José Carlos González Dolríguez

157

Para

José Carlos. 1989

RM68734

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

BIBLIOTECA APOLOGÉTICA

MONSEÑOR LE CAMUS
Obispo de La Rochela y Saintes

LOS ORÍGENES DEL CRISTIANISMO

I

PRIMERA PARTE

LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

VOLUMEN PRIMERO

Τίνα λέγουσιν οἱ ἄνθρωποι εἶναι τὸν Υἱὸν τοῦ ἀνθρώπου;
—Σὺ εἶ ὁ Χριστὸς, ὁ Υἱὸς τοῦ Θεοῦ τοῦ ζῶντος.
«¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?
—Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»
(*Mat.*, XVI, 13, 16.)

TRADUCCIÓN DE LA 7.ª EDICIÓN FRANCESA

POR EL

Dr. D. Juan B.ª Codina y Formosa, Pbro.

CATEDRÁTICO DE HEBREO Y GRIEGO EN EL SEMINARIO CONCILIAR DE BARCELONA
Y NUMERARIO DE LA REAL ACADEMIA DE
BUENAS LETRAS

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA
HEREDEROS DE JUAN GILI
Editores — CORTES, 581

MCMIX

ES PROPIEDAD

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

CARTA

DE SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

AL AUTOR

Querido Hijo, salud y bendición apostólica.

Hemos recibido con satisfacción los volúmenes de tu obra VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, que Nos has ofrecido como prenda de tu filial respeto. Examinado este trabajo, Nos hemos visto resplandecer la prueba de tu piedad, de tu celo, de tu energía para el bien, pues hemos apreciado perfectamente cómo, en un asunto tan elevado, has multiplicado los esfuerzos y las investigaciones para ofrecer á los ojos de los fieles la imagen del divino Redentor en todo el esplendor de su luz celestial, y para excitar en sus almas el fuego del amor divino.

Nos alabamos tanto más calurosamente ese fin nobilísimo, cuanto Nos parece más necesario y útil que los hombres de nuestra edad, trabajados por tantas miserias, fijen sus miradas en este divino modelo, lleno de gracia y de verdad, beban en él la luz de su doctrina y se mantengan fielmente unidos al reino imperecedero que Él mismo fundó en la tierra para salvar á los que estaban perdidos.

Aunque, por causa de numerosísimas ocupaciones, Nos no hayamos podido todavía saborear por completo tu obra, hemos acordado, no obstante, dirigirte las presentes Letras, á fin de no dilatar por más tiempo el testimonio de afecto y alabanza que merecen tu piedad hacia Nos y tu ardiente amor á la Religión.

Rogamos, pues, ardientemente al Dios Todopoderoso que aliente siempre con su gracia tus piadosos trabajos y que, con sus propios dones, asegure á tu celo por su gloria la recompensa que merece. Te concedemos ternísimamente en el Señor, querido hijo, nuestra Bendición Apostólica, prenda de nuestro paternal afecto.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 28 de Abril del año de 1884, séptimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

CARTA

DE SU SANTIDAD EL PAPA PÍO X

AL AUTOR

Venerable Hermano: salud y bendición apostólica.

Juzgamos muy oportuna la publicación de tu trabajo La Obra de los Apóstoles, y agradecemos el obsequio que Nos has hecho de sus tres volúmenes.

No es ya posible conservar la menor ilusión sobre un hecho del todo evidente, cual es que el desprecio, digamos el odio, de la fe y de las costumbres verdaderamente cristianas se acentúan de un modo tan lamentable en nuestros días, que Nos vemos cómo, por desgracia, una grandísima multitud se esfuerza por honrar en la vida privada ó pública lo que fué la vergüenza de la antigüedad pagana. ¿Qué puede imaginarse de más eficaz, para atajar un mal tan grande, que presentar á un mundo que envejece y decae el cuadro de la Iglesia naciente, y despertar así en las almas, por la exposición de lo que nuestros padres dijeron é hicieron, el santo ardor que hay que desplegar para responder á los ataques dirigidos contra las sabias enseñanzas y las virtudes de la Religión cristiana?

Este es incontestablemente el fin de tu trabajo, en el que estudias los orígenes cristianos, de suerte que apareces, no solamente lleno de doctrina y de competencia perspicaz, sino además penetrado por completo de aquella piedad que caracterizó los antiguos tiempos.

Lo que en ti merece un elogio especial, es que, en tu manera de exponer los Sagrados Textos, has puesto gran diligencia en seguir, por respeto á la verdad y en honor de la doctrina católica, el camino del cual, bajo la dirección de la Iglesia, es preciso no apartarse jamás. Así como, en efecto, debe condenarse la temeridad de los que, mucho más preocupados con seguir el gusto de la novedad que la enseñanza de la Iglesia, no vacilan en recurrir á procedimientos críticos de una libertad excesiva, conviene igualmente desaprobar la actitud de los que en manera alguna se atreven á romper con la exégesis escrituraria usada hasta nuestros días, ni siquiera cuando, en salvo la fe, el moderado progreso de los estudios á ello imperiosamente los invita; entre estos dos extremos has trazado muy felizmente tu camino. Con el ejemplo que das, demuestras que nada hay que temer, para nuestros Libros, de la verdadera marcha realizada por la ciencia crítica, y que puede además haber gran ventaja para estos Libros en recurrir á las luces por esta ciencia suministradas. Así realmente sucede cuando se sabe utilizarla con prudencia y discernimiento moderado, como Nos damos testimonio de que tú lo has hecho así.

No es, por tanto, de extrañar el grande éxito que el primer volumen de tu laborioso estudio alcanzó desde su aparición en el mundo científico, y es indudable que los jueces más autorizados hacen justicia á tu obra ya terminada.

Por Nuestra parte, venerable Hermano, te felicitamos

de todo corazón, y hacemos los más ardientes votos para que gran número de tus lectores reporten de tu importantísimo trabajo todo el fruto que con derecho es de esperar. En prenda de los favores divinos y como testimonio de Nuestro afecto, concedemos, ternísimamente en el Señor, Nuestra Bendición Apostólica, á ti, á tu clero y á tu pueblo.

Dado en Roma, junto á San Pedro, el 11 de Enero del año de 1906, tercero de Nuestro Pontificado.

Pío X, PAPA.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Las Cartas de SS. SS. León XIII y Pío X que encabezan esta obra, son su mejor recomendación. Permítasenos, sin embargo, decir tan sólo dos palabras sobre el fondo y la forma de la obra.

En cuanto al fondo, llamamos la atención de nuestros lectores sobre las siguientes palabras de la Carta del Pontífice reinante: «Así como debe condenarse la temeridad de los que, mucho más preocupados con seguir el gusto de la novedad que la enseñanza de la Iglesia, no vacilan en recurrir á procedimientos críticos de una libertad excesiva, conviene igualmente desaprobar la actitud de los que en manera alguna se atreven á romper con la exégesis escrituraria usada hasta nuestros días, ni siquiera cuando, en salvo la fe, el moderado progreso de los estudios á ello imperiosamente los invita; entre estos dos extremos has trazado muy felizmente tu camino.»

Estas palabras, escritas pocos meses antes de la publicación del Decreto *Lamentabili sane* y de la Encíclica *Pascendi,* son de excepcional importancia en la crisis aguda que los estudios bíblicos atraviesan. Ellas nos recuerdan que entre la exégesis ultra-conservadora y la crítica ultra-progresista, hay un término medio, una ciencia crítico-exegética, prudente, mesurada, altamente beneficiosa á los sagrados intereses de la Iglesia; y desautorizan además la conducta de los que temerariamente califican de sospechosa de modernismo á esta ciencia media, por el solo hecho de que traspasa el límite que se había prefijado la exégesis tradicional.

¿Y qué no podría decirse de unos pocos que parecen haber heredado de la antigua Sinagoga la pretensión de suspender las montañas del Dogma de los cabellos de algunos textos interpretados á lo magistral («Sacram Scrip-

turam quasi magistraliter exponunt», como dice el P. Calasanz de Llevaneras), y que lanzan sus anatemas contra los que, en nombre de la verdadera ciencia Hermenéutica, les advierten que el sentido acomodaticio, como argumento estrictamente teológico, no es un uso, sino un abuso de nuestros Libros sagrados?

Hemos añadido algunas notas, ora para insistir en la doctrina del autor, ora para apoyar sus opiniones, ya también en aquellos casos en que los exégetas católicos no son de unánime parecer.

En cuanto á la forma, la prosa del señor obispo Le Camus es altamente sugestiva, y se ha procurado que la versión castellana, sin jamás sacrificar la claridad, se ajuste exactamente á la letra del original.

ERRATA.—En la página 329, línea 48, dice *creer*; léase *crear*.

PRIMERA PARTE

LA VIDA DE NTRO. SR. JESUCRISTO

documentos que han llegado á nosotros, para tratar, aun sin profundizarlo, un asunto tan excepcional.

Todo el mundo sabe, en efecto, el poco cuidado que tuvieron los Evangelistas en hacer obra de biógrafos. Aun armonizándolos á los cuatro, á duras penas llegamos á reconstruir una trama general de la vida pública del Salvador, á través de las más desesperantes lagunas y de las más visibles incertidumbres.

Pues bien, estas son precisamente las dificultades de orden diverso, y en realidad insuperables, que en todo tiempo han provocado entre los amigos de Jesús los más constantes esfuerzos para lograr exponer en una claridad más intensa, si no toda su personalidad divina, á lo menos algunos de sus aspectos particularmente asequibles y consoladores. ¿Quién podría admirarse de ello? ¿Acaso no lo merece el asunto?

Aun no mirando sino el hombre en el Hijo de María, ¡qué satisfacción y qué interés se encuentra ya en producirlo, siempre más verdadero, más vivo, en una palabra, más hermano, ante la humanidad tan legítimamente orgullosa de los que constituyen su gloria. ¿Por ventura no es Él la flor incomparable brotada de su corazón, el fruto suave, exquisito, excepcional, salido de sus entrañas, el hijo mejor, el más puro, el más grande que ella haya engendrado? Y aunque sólo apareciera ante los incrédulos como la resultante inexplicable de las fuerzas morales de esta humanidad, ya que, según confesión de todos, es Él personificación sublime de la justicia, de la bondad, de la santidad, bajo sus diversas formas, ¿no es Él el que conviene ofrecer como ejemplo á nuestro pobre mundo perturbado? ¿No es Él el ser esencialmente bienhechor que obliga á los escépticos á creer en la virtud, porque después de haberla practicado y predicado, se convierte en protector oficial de ella por sus saludables influencias? Solamente el mal—y este fenómeno, de un orden distinto, guarda, para quien sabe reflexionar, su significación profunda,—en su ciego odio al bien, ha podido querer, en ho-

ras de aberración general, arrojar un velo sacrílego sobre la cabeza incomparablemente dulce y bella de este Hijo del hombre, que, ideal seductor, merece, por todos los títulos, la admiración, el amor y la imitación de los hombres. Pero no lo ha logrado. Un grito de indignación universal le ha prohibido siempre este odioso atentado al honor y á la dicha de la humanidad. «En el larario de mi palacio—decía un emperador pagano—quiero ver la imagen de Jesús de Nazaret; fué, sin duda, un verdadero sabio y el sincero amigo del género humano». El día en que, sugestionado por sectarios que decreten que el más perfecto de los hombres ha de dejar de ser el promotor real del progreso social, un pueblo, por muy trastornadas que se hallen sus ideas religiosas, no tenga valor para hacer suyas las palabras de Alejandro Severo, este pueblo, miserable é ingrato, estará definitivamente en sazón para convertirse en esclavo de la servidumbre y de la muerte. Sí; aun desde un punto de vista completamente humano, merecerá siempre bien de los hombres el que dé á conocer al Hijo del hombre.

Pero Jesús no es solamente el germen incomparable y mil veces bendito de la humanidad; es también el Enviado del Cielo. En Él, Dios se ha mostrado á nosotros, no en un reflejo, sino en la esencia misma de su divinidad. «Ver al Hijo, es ver al Padre»—decía Él mismo.—Este Hijo, en efecto, no es otro que el Verbo ó la imagen eterna del Padre. Así, pues, contar á los hombres la maravillosa historia del Hombre-Dios y hacérsela saborear, es ponerlos en contacto con Dios mismo, y ofrecerles esta comunión permanente, este pan celestial, del que depende la vida en lo que ésta tiene de más elevado, de más real, de más duradero.

Hombre y Dios, Jesús es mediador y Salvador. Con este doble título ha tenido y tendrá siempre pendientes de Él las almas más nobles, más generosas, más heroicas, las que constituyen el honor de la humanidad. ¡Atracción tan potente cuanto misteriosa! Por Jesús, á quien amamos sin

PREFACIO DE LA SEXTA EDICIÓN

He aquí la sexta edición de este libro. Ha sufrido algunas modificaciones en la forma é importantes adiciones en el fondo. Exigirme que explique estos retoques en una obra que el público ha acogido ya favorablemente, sería pedir al artista—que siempre concibe su ideal mejor que lo realiza—que manifieste por qué, aun cuando todo el mundo alabe su obra, se siente impulsado irresistiblemente á emprender de nuevo su trabajo, ejercitándose cada día en arrojar más luz sobre ciertos detalles, en dar mayor precisión á otros, en armonizar mejor todos los contornos, hasta conseguir trasladar á su cuadro ó á su estatua todo lo que siente, todo lo que ve, todo lo que puede.

Indudablemente, no ignoro que al tomar la pluma para escribir una vida de Nuestro Señor, preciso es renunciar de antemano á lograr siquiera una perfección muy relativa. ¿Cómo, en efecto, lisonjearse de encerrar, cual si se tratara de un simple grande hombre, en un cuadro digno de ella, esta admirable fisonomía del divino Maestro, esta fisonomía que, de repente, cuando uno cree haberla asido para fijarla en nuestro horizonte terrestre, se agranda en proporciones sobrehumanas, y, á través de esplendores infinitos, se eleva sin cesar hacia el cielo donde va á perderse en lo divino?

Así, de una parte, sobrepujando el asunto, en sí mismo considerado, la fuerza de comprensión de los que lo abordan, y mezclándose por todos lados lo misterioso, lo insondable, lo sobrehumano á la más sencilla y popular de las historias, vese uno obligado, muchas veces por cierto, á detener la pluma en la admiración que aconseja el silencio, cuando no en la grande turbación que produce el vértigo; en tanto que, de otra parte, deberíase uno sentir no menos descorazonado por la insuficiencia evidente de los

verle; por sus bienes, que esperamos sin comprender siquiera el momento de su realización futura; por su reino, que buscamos, á pesar—digámoslo contra todo y contra todos—de Satán, del mundo y de nosotros mismos, damos con fe ardiente y sin piedad nuestra vida en el sacrificio, la imitación, la obediencia y el amor; fiados en su palabra—¡oh sublime locura!—dejamos sin sentimiento lo visible por lo invisible, lo que se toca por lo que no es más que una esperanza, lo presente por lo venidero; nos decidimos á fijar nuestra vida, por lo que tiene de más elevado, en esas regiones sobrenaturales de la gracia, donde los sentidos nada tienen ya que hacer, y aun donde todo conspira contra ellos; en este estado de lucha permanente, en fin, donde, según la frase del Evangelio, no puede uno salvarse sino inmolándose.

Ahora bien, todo lo que se refiere á ese Cristo, Hijo de Dios y Rey de nuestras almas, lo que ha sido, lo que ha hecho, lo que ha dicho, ¿podría no apasionarnos sobre todo lo que hay de más apasionador en el conjunto de las ciencias humanas? Pero el menor rayo revelador que creemos proyectar sobre su fisonomía, ya tan rasplandeciente de belleza divina, nos parece el más envidiable de los triunfos. Cuando se ha obtenido, no son nada las largas horas pasadas en descubrir más exactamente el sentido de una palabra, en precisar más fielmente lo histórico de una situación, en dar más relieve á los detalles de una escena en que el Hijo del hombre, y al propio tiempo Hijo de Dios, se ofrece á nuestra admiración; y uno se dice con alegría que, después de la suya propia, otras almas gozarán de estas nuevas perspectivas entreabiertas en la historia del reino de Dios.

Esta alegría del biógrafo es tanto más legítima cuanto, poniendo su mira en el bien, objeto tan noble como la gloria, su libro, si es concienzudo y documentado, más deberá sobrevivirle. El asunto que ha abordado no dejará nunca de estar á la orden del día. Por más trastornos que nos profetice el nuevo siglo, descontando el empuje del es-

píritu humano en el dominio de las ciencias positivas, de las cuestiones sociales y aun de las religiosas, yo abrigo la convicción de que, después de todas las tempestades, crisis y transformaciones, nuestro mundo se encontrará siempre en presencia del Inmutable, del Único necesario, Jesucristo. Al día siguiente de la terrible y porfiada batalla, ¡cuántas obras grandes y bellas no tendrán su razón de ser!

Y he aquí que la Iglesia, prosiguiendo aquí bajo su eterna victoria, presentará aún, á los pueblos magullados y agotados, como elemento de renacimiento y de nueva prosperidad, el buen libro que enseña todas las virtudes, la sencilla y piadosa vida de Jesús, Hijo del hombre é Hijo de Dios. «¡Basta de blasfemias!—les dirá.—Basta de ilusiones! ¡Basta de locuras! Buscad la salvación donde Dios la ha colocado, en el Evangelio. *Tolle, lege!* Leer la historia del Salvador, es empezar la obra de la salvación».

Esta fe en lo por venir, no menos que la congoja de las almas en lo presente, me determinó, hace cerca de veinte años, á publicar este libro. Ella también me ha obligado á perfeccionarlo.

Las primeras tiradas habían sufrido pocas modificaciones, no obstante haber seguido atentamente los trabajos publicados en el extranjero y en mi país sobre la historia evangélica. Me parecía entonces poco prudente recargar de notas, por útiles que fuesen, una obra destinada á toda clase de lectores. Hoy la edición *Ilustrada y Popular*, cuya publicación he autorizado, me deja toda libertad para añadir á mi primer trabajo lo que parece debe hacerlo más completo. Estas numerosas adiciones son el resultado de mis reflexiones, de mis estudios y de mis viajes desde hace doce años.

Las reflexiones han originado intuiciones nuevas, luces benditas, que el alma cristiana siente surgir en ella, cuando medita, bajo la influencia del Espíritu Santo, el gran libro de la verdad. Esto, tal vez, es lo mejor que puede ponerse en una Vida de Jesucristo.

Un estudio particularmente paciente y atento de los textos me ha conducido, por otra parte, á cotejos, á comparaciones, á discusiones filológicas de una importancia real para la solución de ciertas dificultades. En este punto no es á mí á quien debo escuchar únicamente, sino principalmente á los demás. No podrá negarse que, á través de muchos errores, tan sensibles como sorprendentes, la exégesis actual en Alemania, en Inglaterra, en América y aun en Francia, donde empieza ahora, no haya llegado, examinándola en todos sentidos, á estudiar el Evangelio, y en general la Biblia, como no ha sido hojeado y estudiado jamás ningún libro. Era preciso, por esta parte, ofrecer nuevas y frecuentemente ingeniosas explicaciones á los que no están al corriente de esta interesantísima literatura. Nosotros lo hemos hecho. A este propósito, esperamos que se nos perdone el haber citado, como precedentemente hicimos, el Nuevo Testamento en griego. El original vale siempre más que la traducción y permite hacer más sensibles ciertos matices, con frecuencia importantes y decisivos. El griego es, por otra parte, una lengua familiar al público ilustrado. En todo caso, las citas están generalmente dispuestas de modo que permitan la inteligencia de la frase á los que no conozcan suficientemente la bella lengua de los helenos, que fué, no lo olvidemos, la del Cristianismo naciente.

Los viajes á Palestina, que sólo he podido emprender después de las primeras ediciones de mi libro, y de los cuales he dado cuenta, en parte, en mis *Países bíblicos*, me han probado que era preciso ver con los propios ojos el cuadro topográfico de la vida del Maestro para colocar exactamente los personajes que en él deben moverse. Gracias á las comprobaciones hechas sobre el terreno, he podido tomar mejor minuciosos detalles, que expongo con gran claridad. Desde este punto de vista, las traducciones alemana, italiana y otras que de mi obra se han hecho, demasiado pronto serán inferiores á la traducción inglesa que se prepara. Ciertas perspectivas, que cambio re-

sueltamente de lugar, porque las indicaciones comúnmente aceptadas me parecen insostenibles, han obligado á un retoque en los tres mapas que completan la obra. Tres veces en doce años he ido con mi amigo M. Vigouroux á explorar en todos sentidos este misterioso país del Evangelio. ¡Cuántas santas alegrías hemos saboreado en él! Aun cuando hemos debido convencernos de la no existencia de lúgares demasiado precisos, que sólo una piedad cándida y mal aconsejada no teme recomendar á la devoción de los peregrinos, ¡cuántas reliquias auténticas puede todavía venerar allí la fe!

Jerusalén, la ciudad santa, y, sin embargo, maldita, donde Jesús, el Mesías desconocido, fué condenado á muerte y resucitó; el monte Olivete, de pendientes rápidas y pedregosas, que le vieron sucesivamente sentarse para llorar las desgracias de su pueblo y subir glorioso hacia el Padre celestial; Belén, la humilde aldea donde nació en un establo, mientras que los ángeles cantaban su venida á los pastores, entonces, como hoy, en vela, en el antiguo campo de Booz; Betania, la casa hospitalaria de la amistad; el Jordán, de orillas tristes y agitadas, santificadas por el ministerio del Bautista y la revelación del Mesías; el pozo de la Samaritana, con su agua límpida, que bebe aún el piadoso viajero detenido al pie del Ebal, frente á Garizim, en la llanura de Siquem; Nazaret, de blancas casas escalonadas en el flanco de la colina, y en las que trabajan carpinteros como en otro tiempo trabajó José, donde las jóvenes madres son bellas y humildes como lo fué María, donde los niños, de vistosas túnicas, conservan en su mirada soñadora y profunda algo de la dulzura exquisita que debió palpitar en la mirada de Jesús; las montañas galileas, de cimas verdes y floridas, donde el Maestro oró y predicó; el mar de Tiberíades, vasto espejo de plata encuadrado como en un estuche de elevadas tierras blancas, rojas y azules, al pie de las cuales pasó Jesús el dichoso año de su vida, son otros tantos recuerdos que dirigirán siempre al alma el más conmovedor y el más sugestivo

de los lenguajes. En las orillas de este lago, que contemplábamos hacía ya cuatro días—días particularmente suaves y benditos,—fué donde escribí yo este prefacio. Después de largos siglos de devastación y ruina, todo ha callado, allí donde todo estaba antes lleno de vida. Y, sin embargo, aun en aquel silencio de muerte, creía yo oir todavía, llena de encantos, la dulce y amable voz del Maestro. Escuchábala yo sobre aquellas rocas negras, donde tantas veces se había sentado Él frente á la playa, para instruir al pueblo; oíala yo en el murmullo armonioso de la brisa que parecía conservar todavía su eco; la escuchaba elevándose desde la tierra envuelta en el perfume de aquellas flores campestres que Él había alabado como la obra querida de la santa Providencia; la oía cuando me inclinaba sobre las olas dulcemente encrespadas, que en otro tiempo le habían mecido ó saludado al expirar en la playa. Aquel eco dulcísimo me llegaba de todas partes, envuelto en la calma de la noche estrellada, en los primeros rayos de la aurora, en el insoportable calor del día, en la hora de la gran tempestad, en los reflejos de ópalo del sol poniente, siempre seductor, victorioso, divino. Mis manos se juntaban entonces suplicantes y decía: «Señor, muéstrate; muéstrate, Señor! ¿Por qué ocultarte á los que sufren y ruegan con el ardiente deseo de hacerte más patente á un mundo que muere porque no te ve? Oye el grito de esos desesperados de la vida que tienen tanta necesidad de creer para consolarse. Ellos nos repiten las palabras de los griegos á Felipe de Betsaida: *Querríamos ver á Jesús!* ¡Ah, nosotros no sabemos presentarte!» Y el Maestro parecía decirme, allá dentro, en el fondo de mi corazón: «Búscame, pues, y muéstrame allí donde estoy siempre, en la Escritura y en la Iglesia: en la Escritura donde me oyes hablar; en la Iglesia donde es preciso verme vivir. Por la una y por la otra, yo habito con vosotros hasta el fin de los siglos».

Y me he aferrado á esta idea: que la más bella, la más viva, la más auténtica representación de Jesucristo aquí bajo, es, en efecto, la Iglesia, con la sucesión de sus san-

tos, floración indefectible y milagrosa de la savia divina. Quizás, en vista de esta manifestación prometida á la serie de las edades, ninguno de los Apóstoles ó de los discípulos pensó—ó para ello no tuvo autorización del Espíritu Santo,—en dejarnos una historia completa de la estancia del Hijo de Dios entre los hombres. En esta Iglesia, efectivamente, ¿no parece que la flor de la humanidad se dé cita, repartiéndose los papeles, para continuar la vida del Señor sobre la tierra? A unos, Doctores ó Apóstoles, el honor de mantener toda su doctrina, de continuar su predicación, de arder, á su ejemplo, en celo por las almas. A otros, justos de toda categoría y de todo nombre, el mérito de practicar su mansedumbre, su humildad, su abnegación, su abandono filial al Padre, su amor generoso á la humanidad. Los unos, sin miedo y sin amargura ante los hombres que los persiguen, resignados, infatigables en el sufrimiento y la humillación, dispuestos á todos los martirios en el supremo sacrificio, hacen revivir su valor, mezcla divina de fuerza y de dulzura; los otros, con las delicadezas de las más exquisitas virtudes, la pureza de corazón, el despego de la tierra, los ardientes deseos del cielo, las obras múltiples de la caridad, la pasión por el bien bajo todos sus aspectos, hacen visible su incomparable santidad. De suerte que, en el fondo, la Iglesia, en su desarrollo á través de los siglos, no hace más que escribir, para uso de todos, la verdadera vida de Jesucristo.

Sí, pero á condición de que, tomando la palabra y la obra del Maestro en el Evangelio, una mano cariñosa las ofrezca á las almas que deben alimentarse de ellas y constituir después esta Iglesia. Es preciso sembrar á Jesús, si queremos verle vivir. La obra del Espíritu Santo consiste en fecundar la semilla; la de los amigos del Maestro en esparcirla. Esta es la misión que han recibido oficialmente. Tras de esto, ¿quién podría admirarse de vernos poner en un trabajo tan decisivo un cuidado cada vez más porfiado y celoso? Nada, nada hay que esté por encima de un ministerio tan grande. El Apóstol, escribiendo á los Gála-

tas, lo llamaba *alumbramiento de las almas á la vida nueva haciendo nacer y crecer en ellas á Jesucristo.* Sublime definición y perpetua consigna que se han transmitido, de edad en edad, todos los buenos obreros del reino de Dios.

Carcasona, 2 de febrero de 1901. Fiesta de la Purificación llamada por los griegos el *Encuentro del Señor.*

E. Le Camus.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

De todos los libros, el que puede exponer mejor el conjunto del Cristianismo é inspirar su espíritu, es la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Sólo que no puede escribirse apresuradamente bajo una simple preocupación piadosa ó literaria, sino con toda la amplitud que entraña un asunto tan bello.

Antiguamente se leía el Evangelio y se le comprendía. La Iglesia primitiva y los santos de todas las edades han encontrado en él el secreto de su fe y de sus virtudes. Hoy la potencia meditativa del alma parece aminorada, y muy pocos de los que recorren estas páginas divinas perciben el sentido de ellas y menos su conjunto armonioso. Por eso la fe, al mismo tiempo que la verdadera justicia, se evaporan en el corazón de gran número de personas. Un vago sentimentalismo religioso, el entusiasmo en presencia del milagro, la fidelidad misma en algunas prácticas de devoción no reemplazan el verdadero elemento vital de la Iglesia, que es Jesucristo, conocido en su vida, entendido en su palabra, imitado en su santidad. Si quisiéramos tomar al pie de la letra las hermosas palabras de Clemente de Alejandría: *Nadie es verdaderamente cristiano sino á condición de conocer bien su religión*, ¿no se encontraría entre nosotros tal vez más hombres crédulos que verdaderos creyentes?

Hace ya mucho tiempo que nuestra literatura católica no produce apenas más que dos categorías de obras bien distintas: libros apologéticos ó de controversia, y libros de devoción. Los primeros son leídos por muy pocos y sólo se dirigen á la inteligencia; los segundos, mucho más difundidos, hablan al corazón y no introducen, sino raras veces, una doctrina precisa en el espíritu. Pero la vida de Jesús, bien entendida, puede reunir las ventajas de la controversia y

los consuelos de la devoción, siendo á la vez una apología general de la religión y el origen auténtico de la más alta y sana espiritualidad.

Así, estimamos que, para escribir una obra útil, el biógrafo, sin desconfiar del temperamento serio de nuestros lectores, debe permitir que la ciencia y la devoción hablen por su pluma cuanto es preciso para instruir y edificar. Sin duda que puede hacerse intervenir la exégesis con sus discusiones críticas, y preparar así la totalidad del asunto; la teología diseñará después las líneas maestras, la devoción añadirá el colorido, y, finalmente, los conocimientos históricos y geográficos acabarán felicísimante el cuadro que pondrá de relieve el conjunto.

Tal es, por lo demás, el orden de ideas que hemos seguido al escribir la presente obra. Si nos hemos equivocado, nos lo dirá el juicio del público. Á lo menos dicho orden parece indicado por la lógica tanto como por las necesidades de la hora presente.

En efecto, racionalmente, en una Vida de Jesús, la exégesis interviene en primer lugar con el conjunto de sus observaciones críticas autorizadísimas. Á ella toca preparar los materiales precisando el sentido de los textos, presentando más inteligibles las diversas relaciones y determinando la serie probable de los sucesos. En los discursos del Maestro, la significación de una palabra es á menudo de importancia decisiva; siempre tiene un interés real, aun en los simples hechos expuestos por el evangelista. No es raro que todo lo dramático de una situación se adivine á través de una expresión lanzada al acaso en la frase. El biógrafo, que sabe aprovecharse de ella para delinear un cuadro y acrecentar el encanto de su obra, multiplicando en ella la vida, no inventa como algunos podrían creer; ha visto un rayo de luz allí donde otros no habían sospechado nada, y no ha hecho más que explotarlo para interesar á sus lectores. Pero la exégesis tiene preocupaciones más graves. Una vida relatada por cuatro autores diferentes ofrece divergencias, y aun contradiccio-

nes aparentes, que suscitan las más serias dificultades. Basta leer la peligrosa obra del doctor Strauss para formarse de ellas una idea exacta. Al biógrafo toca allanarlas todas, ora sin que el lector lo advierta, ora indicándole en notas precisas la razón de las diversas soluciones que ofrece. No se trata aquí de ciencia inútil. El peligro ordena la defensa. La fe del creyente no debe tener nubes; una objeción que permanezca en pie en nuestro espíritu es siempre un peligro para nuestra debilidad.

Cuando el terreno ha sido solícitamente explorado y allanado, y cotejados y concordados los textos, el autor, poseído de su asunto, pasa á distribuir sus materias. La exégesis le ofrece al punto un orden cronológico al que podría atenerse; pero esta sería una división superficial de la obra, y él no ha de contentarse con tan poco. Tras los hechos vienen las ideas, las cuales han de ser los jalones que conduzcan al pleno desarrollo del asunto. Resumidas todas ellas en una vigorosa síntesis, quedará trazado por ésta el plan natural. Con la primera página comenzará la obra de la teología.

No es sorprendente que ésta reivindique el derecho de escribir la historia del Hombre-Dios. Ninguna otra mano, fuera de la suya, sería sobradamente segura ni harto delicada para tratar las difíciles cuestiones que se han de encontrar en el camino. El dogma y la moral en el Cristianismo se basan en el Evangelio. Escribir la Vida de Jesús sin indicar la relación admirable entre las palabras del Maestro y la fe actual de la Iglesia, sería sorprender al lector.

La obra se convierte así en un tratado sucinto de teología apologética y en una historia. No abordar este punto esencial sería limitarse á calcar rápidamente sobre el Evangelio, para presentar, sin relieve y sin vida, la imagen del Salvador, en vez de esculpirla en el mármol, á fin de ofrecerla, inundada de verdad, á la admiración de todos, en las proporciones de una estatua magistral. Hay, indudablemente, una dificultad verdadera en analizar los dis-

cursos del Maestro y en explicarlos sin trabar el movimiento; pero aunque se aprecie la belleza literaria de la obra, ¿no vale más iniciar plenamente al lector en el pensamiento divino, que pedirle graciosamente que admire lo que es incapaz de comprender? Hay pocos hombres que puedan seguir la ilación de un discurso de Jesús en el Evangelio de San Juan, si no han sido previamente preparados al efecto. Menos, tal vez, se encontrarían que explicaran convenientemente el *Sermón de la montaña* y la *Profecía del fin de los tiempos.* No hay que retroceder, pues, ante la necesidad de instruir, pues se impone. El lector no rehusará el placer de ser instruído, ya que siente la necesidad de la instrucción.

Por lo demás, el trabajo empleado en hacer entender todo el sentido de una palabra del Señor es tal vez lo que más contribuye á iluminar su incomparable personalidad. No se conoce un hombre sino después de penetrar todo su pensamiento y seguir el desarrollo racional de su obra. En esto consiste, pues, el esfuerzo principal del escritor. Las cuestiones más abstractas de la vida divina en sus misteriosas profundidades, los problemas de la unión hipostática y de la Redención; el mundo, el ángel, el hombre, el bien, el mal, la tierra, el cielo, en sus relaciones con los atributos de Dios, son otros tantos puntos que hay que esclarecer con luz bastante viva para dar al lector idea completa de la religión de Jesús. Puesta una mano sobre el *Credo* de la Iglesia, y la otra sobre la *Suma* de Santo Tomás, el teólogo católico aborda semejantes dificultades. La inspiración divina le traza la regla de fe, de la cual no puede apartarse, y la razón humana, personificada en el Doctor Angélico, le propone las ampliaciones que puede producir. De este modo conducirá al lector por senderos llanos y seguros. En esto precisamente difiere su obra por modo radical de tantas otras vidas de Jesús, por otra parte notables, publicadas en Alemania y en Inglaterra, pero cuyos autores, por muy exentos que se crean estar de racionalismo, han formulado, en sus más bellas pági-

nas, proposiciones que no podrían armonizarse ni con las enseñanzas de los Padres, ni con el antiguo Símbolo de los cristianos.

Á decir verdad, no menos que la autoridad vigilante de la Iglesia se necesita para sostener ó encaminar la pluma del que se ejercita en presentar, bajo su doble aspecto, divino y humano, la figura ideal del Salvador. Pero cuando, después de largos y prudentes esfuerzos, la obra queda diseñada, el alma del obrero se dilata, su fe y su amor quieren hablar. La piedad necesita escribir algunas líneas y dar así una vida particular á las páginas que deben dirigirse al corazón lo mismo que al espíritu. ¡Qué cosa más natural que dejar proferir un grito de admiración al escuchar al Maestro, una palabra de entusiasmo al verle obrar, un murmullo de indignación al chocar con sus adversarios, una lágrima de compasión cuando sufre, un desbordamiento de alegría cuando triunfa, una efusión de reconocimiento cuando nos muestra su ternura! Escribir una historia tan conmovedora sin dejar ver lo que uno siente, nos parece imposible. Por lo demás, no desagrada al lector sorprender en el que le instruye las impresiones que él mismo experimenta en el curso de un relato conmovedor. Para ser digno historiador de Jesús, no basta saber; es preciso amar.

Uno ama tanto más cuanto más de cerca ve al que es amable. Ahora bien, la historia y los nuevos descubrimientos geográficos nos acercan de tal modo al Salvador, que, después de haber visto reconstituído exactamente el doble medio social y topográfico en que vivió, creemos encontrarle vivo ante nuestros ojos. Es esta una de las ventajas que tienen las biografías nuevas sobre las de lo pasado.

Hoy, gracias á los estudios hechos sobre Josefo, Filón y los rabinos, conocemos á fondo las costumbres de los judíos, sus prácticas religiosas, los prejuicios nacionales, en una palabra, su vida moral tan bien como su historia política. Como los romanos intervinieron en ésta, más de un autor

profano trae á su vez un precioso contingente de aclaraciones é indicaciones. Así, vemos con precisión los hombres con quien vivió Jesús, los sucesos políticos de que fué testigo, el género de vida privada que debió de llevar. Todo naturalmente va tomando cuerpo en un cuadro social, en el que su figura pierde esa vaguedad, ese aspecto vaporoso que parece alejarle de nosotros y hacer de Él un ser incomprensible, completamente fuera de nuestra humanidad.

No tan sólo podemos verle muy distintamente, sino que se hace fácil seguirle. El mapa de Palestina ha sido trazado por los más recientes exploradores con una exactitud notable. Se discutirá tal vez aún sobre qué nombre conviene dar á algunas ruinas, así como sobre los antiguos recuerdos que evocan; pero no por eso es menos patente la huella del Maestro en medio de las fatigas de su apostolado. Contemplamos los graciosos paisajes que Él también contempló; junto á sus márgenes se deja uno mecer sobre las olas del Lago, ó se sienta sobre el monte de las Bienaventuranzas; todo se anima á nuestros ojos con una vida real, y de buen grado nos creemos mezclados con la muchedumbre de discípulos que escuchaba al divino Doctor.

Esta es una de las satisfacciones de que goza el escritor antes de ofrecerla á los demás. Termino este libro después de doce años de estudios y meditaciones. Las horas que le he consagrado han sido las más dulces de mi existencia. Además del bien que esperaba hacer á otros, sentía yo mismo una consoladora satisfacción en ver constantemente ante mis ojos la seductora imagen del que yo contemplaba tan viviente en el Evangelio, del que procuraba hacer aún más viviente á los ojos de sus amigos.

¡Oh Jesús; al escribir estas líneas más de una vez ha podido faltarme la ciencia, la penetración, la exactitud; paréceme, empero, que tu amor no me ha faltado nunca ¡Á decir verdad, él hacía mi insuficencia aun más penosa. Te ofrezco esta obra, después de haberte rogado frecuentemente que la bendijeras. Por más indigna que sea de ti, llena está de buena voluntad, y esto es lo bastante para

que tu corazón la acepte. ¡Ojalá pueda hacerte conocer, hacerte admirar y hacerte amar!

Si en las páginas escritas en medio de preocupaciones diversas se han deslizado algunas inexactitudes, deseo ser advertido para corregirlas con humildad y reconocimiento.

Si se hallare algún error dogmático, espero que la Iglesia católica, mi madre, á cuya gloria he querido escribir esta obra, se dignará perdonármelo dándomelo á conocer. Mi pluma habrá traicionado muy dolorosamente mi pensamiento, porque no tengo otra fe que la de Pedro, y la siento palpitar completamente viva dentro de mi corazón.

Castelnaudary, 27 de Junio de 1883, en la fiesta de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

PREFACIO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Después de la primera edición de esta obra, no ha mejorado entre nosotros el estado general de los espíritus frente á la cuestión religiosa. Al contrario, con mayor resolución que nunca, la mayoría parece querer alejarse de la idea cristiana. Y, sin embargo, no creo en el porvenir de la impiedad.

En asuntos de religión, nuestro siglo es más ignorante que culpable. Ha pecado contra el Hijo del hombre, pero todavía no contra el Espíritu Santo: su crimen no será irremisible. No se ha obstinado contra la evidencia; sus prejuicios, su educación incompleta, sus pasiones, le han impedido ver. Ya que este siglo son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros hijos, sepamos compadecerlo útilmente é intentemos una vez más iluminarlo.

No es posible dejar de reconocer que, desde el punto de vista religioso, nuestro siglo ha sido mal educado. Sus dos padrinos, Voltaire y Juan Jacobo, hicieron lo indecible para torcerle, aquél el espíritu, éste el corazón. En el momento en que abría sus ojos á la luz, sólo una fuerza quedaba en pie: la del cañón, que se empleaba en castigar á Europa, mientras que arrojaba afuera su exuberante savia vital, que estuvo á punto de asfixiar á la nueva Francia en la misma hora en que, con sus manos ensangrentadas y afanosas, reconstituía sus propios destinos. Las cabezas estaban más perturbadas aún que las instituciones. Los unos contemplaban lo pasado con tal sentimiento, que todo les parecía lícito para reanudar el antiguo estado de cosas; los otros suspiraban por lo por venir con tales impaciencias, que no permitían á los vacilantes detenerse para dar un adiós á lo que se desvanecía sin esperanzas de restauración.

Sin embargo, la Iglesia de Francia, quebrantada también en la lucha, se reconstituía, pero con elementos incompletos; y cuando sus sacerdotes, formados apresuradamente, quisieron volver á tomar la palabra é instruir como en lo pasado, fácil les fué ver que ya no eran escuchados. Un viento tempestuoso había impulsado á los espíritus hacia las preocupaciones políticas, hacia el culto de las ciencias nuevas y las especulaciones económicas, sin más elemento de resurrección para el alma humana que una filosofía ecléctica desprovista de horizontes.

Entonces fué cuando, para reconquistar al catolicismo alguna consideración, varios escritores célebres emplearon su genio en exponer con elocuencia las armonías humanas de la religión cristiana. La intención era buena, y esta llamada al sentimentalismo de la nación produjo algunos resultados, por desgracia, demasiado superficiales. En presencia de un escepticismo naciente, no era el pedestal lo que convenía embellecer, sino que era preciso inundar de luz la estatua misma, después de haberla despojado de todos los ornamentos superfluos que la imaginación de los hombres y una torpe devoción habían procurado imponerle. El abismo inmenso que se abría rápidamente entre la Iglesia y la sociedad nueva sólo podía colmarse, como el que se abrió en tiempo de Curcio en el foro romano, arrojando en él lo que la patria cristiana tenía de más precioso: Nuestro Señor Jesucristo. No hay otro nombre en la tierra, ni, por consiguiente, otra fuerza, para hacer frente á las revoluciones y responder á las aspiraciones más ardientes de los pueblos, jóvenes ó viejos.

Si, en aquella hora, el clero de Francia, en vez de entregarse á luchas menos útiles sobre cuestiones de jurisdicción, de liturgia, de casuística, hubiese encaminado sus esfuerzos á la exposición dogmática y á la defensa científica de nuestros Libros Santos, no hay duda de que la situación de la Iglesia entre nosotros sería muy diferente. Se creyó que bastaba hacer admirar el exterior, ó aun el interior del edificio, para asegurar el triunfo. Sin duda que

era esto excelente, pero ¿no era más urgente vigilar á los demoledores que minaban los fundamentos?

Medio siglo hacía que Alemania se aplicaba á desgarrar, hoja por hoja, los libros del Antiguo Testamento, y comenzaba ya á desfigurar las narraciones del Nuevo. Con nuestra ligereza ordinaria, afirmábamos que el movimiento crítico, nacido á la otra parte del Rhin, allí moriría sin atravesarlo. En Francia, decíamos, no se entra sino por la puerta del espíritu y con un bagaje de claridad, precisión y método que no poseen ordinariamente las producciones alemanas. Kant, Hegel y casi todos los demás filósofos se habían quedado en la frontera; tanta era la antipatía que el genio francés profesaba á cuanto procedía de los soñadores de allende el Rhin. Lessing, Reimarus, Paulus, de Wette y los otros, con su exégesis bíblica, no podían esperar mejor resultado.

Semejante creencia era un error grosero, y se sostuvo con una fatuidad verdaderamente asombrosa. Cuando apareció la *Vida de Jesús* de Strauss—nunca quizás se asestó tan rudo golpe á la piedra en que descansa la Iglesia,—el mismo P. Lacordaire, á pesar de su grande alma y de sus convicciones profundamente cristianas, se contentó con decir desde el púlpito de Nuestra Señora: «Y, de asco, el libro se me ha caído de las manos».

Cuando lo leí por mí mismo, veinte años después, permaneció en mis manos, temblorosas de santo pavor. Sentía, y no me he engañado, que en aquellas páginas había sobrado veneno para emponzoñar un siglo y matar generaciones. El veneno se ofrecía en ellas con toda la apariencia de la buena fe que hace escuchar las objeciones de todos los siglos y las respuestas que han provocado. Pero ¡con cuánto talento están éstas debilitadas y aquéllas multiplicadas, aumentadas, impuestas! En mi vida he sentido emoción más profundamente dolorosa que aquélla.

Sucedió también que otros la experimentaron igualmente, pero sin tener, como yo, tiempo y gusto para trabar cuerpo á cuerpo ruda lucha con el gigante y convencerse

de que su fuerza era más aparente que real. La impiedad anunciaba por todas partes, y muchos lo creyeron sinceramente, que Strauss había ejecutado definitivamente á Jesucristo. La conciencia del hombre se siente tan dichosa con poder imponer silencio á sus conmociones periódicas con sólo decir: «La religión no está fundamentada; de ello guardo las pruebas en mi biblioteca, y, si bien no he tenido tiempo de leerlas, las juzgo irrefragables; otros lo han hecho por mí»; sí, tan satisfecha, que, cuando Renán publicó su extraña novela *La Vida de Jesús*, muchos le agradecieron que hubiese resucitado á medias lo que la crítica alemana parecía haber anonadado para siempre. ¡Cuán grande es la simpleza humana, y cuán fácilmente los incrédulos se inclinan á creer á cualquiera que apoye sus prejuicios!

Al mismo tiempo, nuestros campeones del libre pensamiento, entreviendo en estos productos indigestos de la laboriosa Alemania elementos de erudición original que explotar, se lanzaron en tropel, á ejemplo de Renán, que encontraba en ello visiblemente su provecho, á buscar oro en el estercolero de Ennio.

De aquí esa invasión súbita de teorías extravagantes, subversivas de toda crítica literaria, histórica y religiosa, que, aun hoy, se suceden, chocan entre sí y se destruyen. El siglo no oye apenas más que el ruido de las armas, y de ello deduce, sin querer saber más, que no hay avenencia. Esto basta para aconsejarle el escepticismo. Con ello pocos hombres bastan para alimentar la impiedad de un pueblo.

Nosotros, hijos y sacerdotes de la Iglesia, somos culpables de no aplastar, en nombre de la ciencia y en todas sus formas, á estos luchadores escandalosos. Para ello habría tal vez que modificar los programas de nuestros estudios eclesiásticos, como se modifica, en ciertas ocasiones, la táctica militar de nuestros ejércitos. Sobre todo habría que iluminar profusamente la divina figura de Aquel que, para imponerse, sólo tiene necesidad, como el sol, de pro-

ducirse en el momento en que, á la acción de un soplo oportuno, se disipan las nubes. Hacer conocer á Jesucristo: he aquí lo esencial, el todo de nuestra misión.

Preciso es que en nuestros seminarios se enseñe á analizar la vida, la enseñanza, la persona del Maestro con una perfección de detalles, que no deje la menor laguna. Aunque momentáneamente tuviésemos que restringir la preponderancia de la antigua teología, que ya no es atacada, para defender las Escrituras, donde la impiedad cree perdidas definitivamente nuestras posiciones, no debiéramos vacilar en hacerlo.

Preciso es enseñar á Jesucristo en nuestras cátedras, prescindiendo de todas las teorías menos cristianas ó menos útiles.

Preciso es hacerle revivir con nuestra pluma, para que toda alma buena vuelva á encontrarle cuando quiera. ¡Qué cosa tan extraña! ¡Hemos escrito, sobre todo desde medio siglo acá, la vida de muchos santos, y aun de muchos hombres que no eran santos, y no hemos escrito la vida de Jesucristo! No basta decir que le tenemos en el fondo de nuestras almas—y este es seguramente el más dulce consuelo de los fieles,—sino que, en un siglo en el que la ciencia histórica reina como soberana, por lo mismo que es Hombre á la vez que Dios, debe ocupar un puesto preeminente en el cuadro constituído por la ciencia, cuadro que ella puede defender é imponer.

Nos toca demostrar, acosando de cerca á nuestros adversarios, que nuestros Evangelios son ciertamente obra de los autores á los cuales se atribuyen; que la leyenda no crea en pocos años, en la época más civilizada del viejo mundo, en un medio á la vez judío, griego y romano, relatos tan sencillos y vivientes, tan moderados en la admiración.

Nos toca establecer que no hay en estos Libros, escritos independientemente unos de otros, una sola contradicción de real importancia; que están exentos de todo error en sus relaciones con la historia contemporánea, con la topo-

grafía, con la arqueología, bajo todas sus formas; en fin que tienen perfecto derecho á ser aceptados por la ciencia de todos los siglos. Lo sobrenatural que suponen no podría ser un obstáculo, una vez demostrado que, humanamente hablando, son dignos de fe. Porque, en último resultado, si se inventan dificultades para admitir la existencia de lo sobrenatural, habrá que convenir á lo menos en que las hay insuperables para establecer su imposibilidad absoluta. Ahora bien—como escribía yo á Renán al enviarle mi libro, —el día en que se demuestre que todos los relatos evangélicos se armonizan perfectamente entre sí; que no chocan con ningún dato de la ciencia histórica; que son obra de escritores autorizados, desinteresados, y, por consiguiente, sinceros como el que más, se habrá destruído la objeción más fuerte contra lo sobrenatural. Inútil que se nos diga: «Yo no admito la hipótesis» ¿Qué pensáis desde luego de la tesis? Si históricamente queda en pie, estaréis obligado á creer en lo sobrenatural, ó volver á emprender, si gustáis, el prodigioso y estéril trabajo de Paulus para establecer que nuestros Evangelios son verídicos, pero que no han mencionado jamás verdaderos milagros.

Debemos probar que nuestro pensamiento religioso es ciertamente el de Jesús, y que, si el cristianismo se ha desarrollado, no se ha transformado. ¡Cuánta vitalidad en esta doctrina, que habremos demostrado ser la misma en nuestros labios, en nuestros símbolos, en los discursos de Jesucristo!

Debemos destruir, por una sabia y fiel exposición del Evangelio, todos los falsos retratos del Maestro que ha creado el libre pensamiento:

a) El Cristo puro hombre de los *unitarios*, engañándose á sí mismo ó engañando á los demás en lo tocante á su misión, á su persona, á sus milagros, sin dejar de ser, no obstante, el mejor de los hombres, el modelo y el ideal más elevado de la humanidad [1];

(1) Los matices son muy diversos, desde Socino hasta A. Coquerel, Re-

b) El Cristo del *panteísmo*, símbolo de la sabiduría divina, [1] de la perfección ideal, [2] de la unión de lo divino y de lo humano, [3] punto culminante de la encarnación continua de Dios en la humanidad, Hombre-Dios más que cada uno de nosotros, pero como cualquiera de nosotros; el Cristo de la idea y no de la historia, el Cristo consciente, el primero entre los hombres, de la unión de lo finito y de lo infinito, y enseñando la distinción radical entre Dios y el hombre;

c) El Cristo [4] salido del *mito*, ó de la imaginación de los pueblos, trabajando algunos textos de las Escrituras; nacido, por una contradicción singular, de la Iglesia que Él mismo ha engendrado, efecto prodigioso sin causa apreciable ó aun posible;

d) El Cristo en quien el Verbo *se anonada realmente* [5], no reteniendo más que los atributos esenciales de la divinidad, verdad, santidad, amor, y despojándose voluntariamente de todos los demás, por mínimo que sea el perjuicio que pudieran recibir de ellos la inmutabilidad divina y la armonía íntima de las relaciones personales en la Trinidad;

e) El Cristo no conservando sino *una naturaleza* en el sentido de Eutiques ó de los monofisitas; [6]

f) El Cristo en quien el Verbo se *encarna gradualmente* [7] en la humanidad, á medida que ésta se va haciendo apta para recibirle;

g) El Cristo, finalmente, de toda concepción fuera de la del símbolo; el Cristo que no sería Dios perfecto, hom-

---

nán y Soury, pasando por Kant, Parker y Channing, quien, á pesar del entusiasmo religioso de su alma, no tuvo la dicha de llegar á la plena luz.

(1) Spinoza.

(2) Kant y Jacobi.

(3) Schelling, Hegel, Strauss, Biedermann, etc.

(4) Strauss.

(5) La gran mayoría de los protestantes que admiten la divinidad de Jesucristo son *kenotistas* ó partidarios del anonadamiento del Verbo en diversos grados, desde Thomasius, Gess, Lange y Kahnis, hasta Delitzsch, Martensen, van Oosterzee, Goodwin, Godet etc.

(6) M. DE PRESSENSÉ, *Jésus-Christ*, prefacio de la 7.ª edición.

(7) DORNER, *Christliche Glaubenslehre*, vol. II, pág. 431.

bre perfecto, en la unidad de persona y la dualidad de naturaleza y de voluntad.

¿Qué puede importar al hombre serio el Cristo según Seeley, [1] Keim, Renán, Schleiermacher, Strauss y Paulus, cuando tenemos el Cristo del Evangelio? Una biografía es como una pintura. La mejor para la familia y para el público es, no aquella en la que el hombre de genio introduce una idea personal, sino aquella en que la semejanza es creada por la verdad y la exactitud.

En suma, después de tantos esfuerzos de la ciencia al servicio del libre pensamiento, ¿cuáles son los resultados obtenidos por la crítica negativa? Remontaos á un siglo, y ved: Eichhorn mató á Reimarus, el desconocido de los Fragmentos de Volfenbüttel; Paulus [2] á Eichhorn; Strauss á Paulus; Bauer á Strauss, dejando á Renán y á Keim el cuidado de cerrar la sepultura.

Luego, otros han muerto á Renán, y la cadena se irá continuando en lo por venir como en lo pasado sin otras variantes. Es la historia de los falsos testimonios que se contradecían en el tribunal de Caifás: *Multi testimonium falsum dicebant adversus eum: et convenientia testimonia non erant.*

Una vez más el catolicismo, manteniéndose fiel á su símbolo, tomará las mismas armas con las que se han combatido sus adversarios y acabará la derrota.

Hora es de comenzar. Abordemos resueltamente las dificultades de la obra histórica.

Las del dogma han sido dominadas por los Padres de la Iglesia, y no hay por qué volver á trazar los surcos abiertos ya por Atanasio, Agustín, León el Magno. Las discusiones teológicas del protestantismo ortodoxo sobre la persona de Jesucristo, después de las de Arrio, Nestorio y Eutiques, parecen juego de niños al lado de los combates

(1) Autor del *Ecce homo*, que luego, en otra obra, *Natural Religion*, Londres, 1882, ha hecho nuevos avances en la impiedad.

(2) El autor se refiere á que los escritos póstumos de H. S. Reimarus aparecieron con el título: Fragmentos de Wolfenbüttel y Fragmentos *de un Desconocido* (eines Ungekannten).—Nota del Traductor.

de gigantes que llenaron los siglos IV y V, y no pueden inspirar sino una profunda compasión. La ciencia no exige, para afirmarse, que vuelva á ponerse á discusión todo lo ya demostrado.

Hay principios que no se discuten. El mal del protestantismo consiste en no haberse atenido á esto; hubiera debido comprender que, no siendo capaz de rehacer la pirámide, era más impotente todavía para cambiar las condiciones de su solidez, colocando el vértice por base y la base por vértice.

La acogida que ha tenido nuestro libro demuestra que se ha comprendido su alcance científico, siquiera hayamos velado la huesosa armadura de la exposición polémica bajo la forma literaria, hoy más que nunca indispensable.

En el siglo XVIII no se hubiera escrito una vida de Nuestro Señor como ésta: tal es el progreso de la ciencia eclesiástica.

El cristianismo católico, que es de todos los tiempos y para todos los hombres, toma el bien donde lo encuentra y tributa á Jesucristo el homenaje de las investigaciones que el orgullo humano había preparado contra Él. Otros nos seguirán valientemente por este camino.

El siglo nos ha abandonado, porque ha juzgado que estábamos fuera de la ciencia; preciso es atraerle á nosotros á fuerza de ciencia. Si, cuando hayamos disipado las nubes aglomeradas por la impiedad, los prejuicios sembrados por los falsos doctores, las desconfianzas inspiradas á la política, no quiere ver, entonces el pecado será irremisible, habrá llegado el fin.

Cualquiera que sea su incredulidad presente, su odio al cristianismo, al que mira como detestable superstición, su menosprecio por los que le predican y defienden, no tengo valor para desesperar de nuestro tiempo. Mal nacido, mal criado, turbado por el orgullo de sus descubrimientos científicos, víctima de la crítica en filosofía, en historia y en religión, ávido de libertad bajo todas las formas, ha perdido la cabeza. No merece otro anatema que el ruego de

Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Sólo que no debemos contentarnos con excusarlos invocando su ignorancia; trabajemos sobre todo por iluminarlos.

La verdad es más fuerte que los hombres. Sólo á ella pertenece el porvenir.

Castelnaudary, 6 de Enero 1887, en la fiesta de la Epifanía.

Jesús: ¿Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen. Sólo que no debemos contentarnos con excusarlos invocando su ignorancia; trabajemos sobre todo por iluminarlos. La verdad es más fuerte que los hombres. Sólo ella pertenece al porvenir.

Carlsbad, 6 de Enero 1897, en la fiesta de la Epifanía.

INTRODUCCIÓN

CAPITULO PRIMERO

De la manifestación personal de Dios en la humanidad

Dios Creador debía á su gloria realzar la humanidad caída; ha encontrado en sí mismo el medio de hacerlo sin sacrificar su justicia; al Verbo pertenecía encarnarse y conducir nuevamente la creación á su principio.—La creencia en un restaurador venido del cielo ha sido universal.—La revolución súbita, inmensa, humanamente inexplicable, que ha transformado el mundo en nombre de Jesucristo, prueba que ha tenido lugar la manifestación divina.

Para cualquiera que admita un Dios personal, Creador del mundo y Padre de nuestra humanidad, la manifestación directa de este Dios aquí bajo, no es sólo una cosa posible, sino que, después de la caída del hombre, se convierte en cosa probable y casi en necesidad de razón.

Cuando el Creador, en efecto, llama los seres á la vida, es para su gloria; pero esta gloria consiste en volver á encontrar en ellos un reflejo de su propia bondad. Así, por una primera ley general, ha establecido que todos, estando impregnados de Él, sostenidos por su concurso y, por consiguiente, adornados de su bondad, le glorificaran fatalmente, ora en la esfera inferior de su vida material, ora en el desarrollo gradual de su vida de instinto. ¿Era esto bastante para la plena armonía de la obra divina? No, pues que ésta parecía esperar su coronamiento en un ser superior, el cual, acercándose más al autor mismo del Universo, recordara más visiblemente su real independencia.

Por una segunda ley particular, el hombre recibió,

pues, el peligroso poder de escoger entre el bien y el mal.

Pero al crear este elemento nuevo y sublime, el libre arbitrio, como medio de glorificación suprema en medio de los mundos, Dios afrontaba todo el peligro inherente al terrible experimento. Querer en la cabeza de la creación un pontífice que recogiese y espiritualizase en su alma el himno inconsciente del Universo, era arriesgarse á introducir un usurpador que se erigiera en ídolo y perturbara con su rebelión la armonía universal, en vez de asegurar la perfección última en su filial adoración.

El peligro debió crear el mérito, y el mérito constituía la gloria.

Si el hombre usaba prudentemente de su libertad, la obra divina resultaría perfecta, desenvolviéndose en toda su belleza original y rindiendo homenaje á su autor. Si, al contrario, se servía de ella para el mal, quedaba manchado, profanado, destruído. Dios, sin embargo, tenía aún el poder de repararlo, cubriéndose en esta restauración de una gloria más grande todavía que la adquirida por la creación primera.

La segunda hipótesis es la que se ha realizado. La caída de la humanidad no ha sido puesta en duda por la filosofía seria. Dios, pues, ha debido tomarse el cuidado de realzarnos. Pero no podía hacerlo por un acto de su omnipotencia sin quebrantar el conjunto moral, que es el carácter distintivo y el honor de nuestra naturaleza. Violentar nuestro libre albedrío, no hubiera sido restaurar la humanidad, sino aniquilarla. Por un trabajo lento, progresivo y sólo de persuasión, debía atraer de nuevo á sí á los hijos descarriados y rebelados. En vano Dios lo había intentado en las lecciones generales que daba á la razón humana, hablándole ora al fondo de la conciencia, ora bajo el velo transparente y móvil de las criaturas. Las pasiones, y los vicios apagaban su voz, y, ciego obstinado, el hombre rehusaba reconocer sus señales. Ninguno de los sabios de Oriente, de Grecia ó de Roma había tenido bastante autoridad para compeler al género humano á levan-

tar la cabeza y mirar al cielo. En vano había hablado Dios un día á su pueblo privilegiado bajo la tienda de los patriarcas, á través de los rayos del Sinaí y en las desgracias del destierro, por las voces humanas que Él inspiraba. Nada se había cambiado aquí bajo; y como el mal era casi universal, la gloria del Creador estaba visiblemente comprometida. Sólo quedaba por hacer una experiencia, pero incomparablemente sublime y decisiva.

Ya que el mundo no quería ir á Dios, Dios tenía que venir al mundo, y estableciéndose en medio de sus criaturas rebeldes, podía permanecer aquí entre ellas, miembro de esta humanidad perdida y signo viviente, al cual podrían algunos contradecir, pero nadie olvidar. Por Él debía restablecerse el equilibrio entre los dos platillos de la balanza, que nuestra libertad hace luego subir ó bajar á su gusto. Como contrapeso de la malvada concupiscencia que el hombre encerraba en sus entrañas, Dios no tenía, en efecto, más que dar su gracia, es decir, su luz, su fuerza, una comunicación íntima de su propia vida.

Tal es la primera conclusión á que llega sin fatiga nuestra razón filosófica. Pero es preciso ir más lejos.

Si Dios debía á su bondad y á su gloria reparar la obra destruída, ¿no debía nada á su majestad despreciada y ofendida? ¿Podía el amor cerrar la boca á la justicia y efectuar la reconciliación sin preocuparse de la expiación? Indudablemente que no. Entonces ¿quién podía expiar? ¿El hombre? Éste había podido perderse, pero no podía rescatarse. ¿Dios? Pero si Dios se daba únicamente satisfacción á sí mismo, ¿cuál sería el mérito del hombre en la reparación del pecado? La solución de la dificultad se encuentra en el triple misterio que constituye el fondo del Cristianismo: Trinidad, Encarnación, Redención.

Durante mucho tiempo y como naturalmente, á pesar de la voz de la razón, el hombre tuvo miedo de proclamar un Dios único, porque no sabía representarse ni el ideal de la vida, ni la dicha perfecta en el eterno monólogo de

un invariable aislamiento. Así, todas las religiones antiguas admitieron la multiplicidad de dioses. El error no es ordinariamente sino una verdad desfigurada. Sí, Dios es único; pero no está solo en su eternidad. Él vive, en efecto, una triple vida que constituye su perfecta felicidad. Ser por excelencia, es, ante todo, actividad permanente é infinita; porque está en la naturaleza del ser el revelarse primordialmente como fuerza. Mas no es solamente Ser; es también Inteligencia, y desde luego produce al exterior su pensamiento, que no es otra cosa que el perfecto conocimiento de sí mismo. Pero esta forma exterior, en la cual Él se encuentra de nuevo por completo, aunque distinta de Él, no está absolutamente separada de Él; no sale de Él, porque es infinito. Y, no obstante, permaneciendo todo en Él unido en una misma esencia, ella constituye una realidad, una Persona tan completa, tan perfecta como el principio eterno que la ha engendrado. Por otra parte, ¿puede ver Dios su pensamiento, su razón eterna, su Verbo, sin amarlo? Y el Verbo mismo, ¿puede mirar al Padre, la divinidad-fuente *(fontana Deitas)*, de donde Él ha salido, sin devolverle su afecto?

De aquí nacerá, pues, un tercer modo de vida en la esencia ó la naturaleza divina: el Amor, el lazo entre la actividad y el pensamiento eternos, el soplo afectuoso que va del Padre al Hijo, que vuelve del Hijo al Padre, y, con el nombre de Espíritu Santo, forma, según la teología cristiana, el nudo mismo de la vida divina.

Si, pues, Dios no es solo en su unidad misteriosa é indivisible, comprendemos que podrá enviar al hombre caído, no ya precisamente un Doctor, sino un Redentor. El Redentor le rescatará pagando por él lo que reclamaba la justicia divina y le pagará de su propio fondo, sin que sea absolutamente verdadero decir que hay identidad perfecta entre el Dios que pide el perdón y el Dios que lo concede. Sí, movido por un sentimiento de compasión, un miembro de la augusta Trinidad se desprenderá del grupo eterno y vendrá á dar á la expiación humana ese ca-

rácter de infinitud que reviste el pecado del hombre, pero que no puede revestir jamás su penitencia.

De las tres personas divinas, la que ha estado más en comunicación con nuestro mundo desde el principio, si así puede decirse, es el Hijo ó el Verbo. En efecto, la creación, aunque obra directa del Padre, ha sido modelada, realizada por el Hijo ó en el Hijo. El Hijo es el gran ordenador de ella, la razón universal. Todo ser dimana del Verbo, imita al Verbo y participa del Verbo; y el Verbo, completamente inmóvil en el seno del Padre, según una hermosa expresión de San Atanasio, tiene en sus manos los seres de la creación como las cuerdas de una lira y los hace obrar, desarrollarse y morir, realizando, por medio de ellos, una armonía digna de su mano divina. En el reino de los espíritus, su acción es mayor todavía. El Verbo es como el sol, sin cuyos rayos el hombre es incapaz de ver. En una palabra, en todo tiempo el Hijo ha estado con nosotros; y si Dios quería salvar el mundo, debía el Hijo hacerse uno de nosotros.

Ahora bien, hacerse hombre, no era solamente tocar con su contacto la humanidad, sino revestir plenamente la naturaleza humana, hacerla entrar en su dominio personal y gobernarla como una parte de sí mismo. El término que expresa mejor esta unión *hipostática* es el de *Encarnación*.[1] La Encarnación, no obstante conservar intactas y completas las dos naturalezas divina y humana, las reune en una sola persona, poco más ó menos, á la manera como en nosotros el yo abriga el cuerpo y el alma bajo una sola responsabilidad. De tal suerte que, después de esta unión soberana, la más íntima de todas, las obras, las palabras del hombre vendrán á ser, en un sentido rigurosamente exacto, palabras y obras de Dios: serán humanamente divinas y á la vez divinamente humanas.

(1) *Juan*, I, 14, fué el primero que empleó esta palabra tan expresiva σάρκωσις. Más tarde se la encuentra casi igual en Justino, *Apol.*, II, 41: σαρκοποιηθέντα λόγον. Empleada por Hipólito, *Opusc. I cont. Beron.*, por Ireneo, *Haer.*, III, 21, acabó por prevalecer contra las otras expresiones οἰκονομία, πρόσληψις, ἀνάληψις, empleadas por los Padres griegos.

Entonces volverá á empezar, en el Primogénito de una raza nueva, la generación pura y santa de los hijos del Altísimo. Las huellas de la caída subsistirán sin duda, pero como sombras que ponen en luz más viva la gloria de la restauración divina. El hombre quedará asociado, por la posesión fraternal de un Dios, á la vía del cielo, podrá esclarecer su inteligencia en el foco de la verdad divina, dirigir su voluntad según las prescripciones de la ley eterna, sentir en su pecho el soplo mismo de Dios. Así, por la Encarnación, la humanidad será conducida de nuevo al principio del cual se había desviado, á su autor, á su término; y en esta evolución circular, según las bellas palabras de Santo Tomás, se encontrará la razón de su perfección definitiva.

He aquí el ideal de rehabilitación que expone la teología, y que, bajo diversas formas, han entrevisto todos los pueblos.

No se encontrará, efectivamente, en el Oriente una sola religión que, en el conjunto de sus dogmas, aun los más extraños, no haya guardado huellas profundas de estas aspiraciones de la humanidad hacia un mediador. (1) China espera á Kiunt-se, el rey pastor, el gran doctor de los pueblos, el santo que vendrá del cielo para gobernar el mundo. (2) En el Japón, en Siam, en el Thibet, (3) los pueblos, según la doctrina de Fô, unen, á la idea de un Dios bajado á la tierra para instruir á los hombres, la noción de un Dios reparador de sus pecados. En un radio más próximo á Palestina, mientras los indios creen en la encarnación de Vichnu ó de Brahma para destruir la obra perversa de Kaliga, la gran Serpiente, (4) los magos enseñan que Mi-

---

(1) V. Trench, *Hulsean Lectures for 1845-46: Christ the Desire of all nations;* Maurice, *The Religion of the World in their relation to Christianity*, Londres, 1854; Volney, *Les Ruines*, p. 228: Boulanger, *Recherches sur l' origene du despotisme oriental*, sect. X.

(2) V. los libros Likiyki y el *Invariable Milieu*, c. XXVII y XXIX.

(3) Huet, *Alnetan. Quæst.*, lib. II, c. XIV.

(4) Dubois, t. III, 3.ª parte, p. 433.—V. también el *Bhagavat Pourana* y *Vana Parva*, v. 15092 y sig.

thra, el intercesor supremo, triunfará también de Ahrimán, el espíritu malo, y reunirá en una sola familia la humanidad entera con una misma lengua y bajo un solo cetro. (1) Oshanderberga, *el hombre del mundo*, matará la iniquidad aquí bajo y restablecerá el universo tal como estuvo en su origen; los reyes le obedecerán y todo prosperará entre sus manos. (2) Surgirá Sosiosh el Conquistador, el restaurador de la santidad que debe purificar el mundo y devolverle, con la dicha, la dignidad perdida. Destruirá toda especie de mal y arrancará hasta las raíces del pecado. (3)

Egipto espera á Horus, el hijo de Isis, madre del género humano, el héroe que aplastará á la serpiente Tifón, esta antigua personificación del enemigo de los hombres; (4) y el árabe nómada invoca bajo su tienda el salvador de los pueblos que ha de venir. (5)

En los antípodas, las poblaciones de América decían que Puru enviaría del cielo su propio hijo para exterminar también á la serpiente (6), y los mejicanos esperaban que una transformación religiosa substituiría las ofrendas inocentes á los sacrificios humanos. (7)

En el norte de Europa, las razas escandinavas invocaban á Thor, el más esforzado de sus dioses, que había de aplastar al dragón y caer luego él mismo en el seno de su victoria. (8) En fin, los druidas, en sus sombrías florestas, levantaban altares á Isis, la virgen cuyo hijo esperaban. (9)

Pero ¡con qué energía más viva y bajo qué formas más correctas no aparece esta esperanza en las dos grandes ci-

---

(1) *Mémoires de l' academie des inscriptions*, t. LXI, p. 298.
(2) Así habla el *Zendavesta*, citado por Hyde, *de Relig. vet. pers.* pág. 388.
(3) V. Jacna, LVI, donde se celebra el triunfo de Craosha ó Sosiosh, el renuevo divino de Zoroastro.
(4) PLUTARCO, *Iris et Osiris*, números 24, 25 etc.
(5) BOULAINVILLIERS, *Vie de Mahomet*, t. II.
(6) GUMILLA, *Hist. nat. de l'Orénoque*, pág. 171, t. I.
(7) HUMBOLDT, *Vue des Cordilleres*, t. I, p. 266.
(8) EDDA, *Fab.* XXV.
(9) V. Elías Schedius, *De Diis germanis*, c. XIII.

vilizaciones de la antigüedad! Atenas oye á Sócrates denunciar á sus discípulos la insuficencia del hombre, cuando se trata de determinar nuestros deberes para con Dios y nuestros semejantes, é invocar con toda su alma al doctor universal que ha de instruir al género humano. Alcibíades manifiesta el júbilo inmenso con que vería levantarse á este sabio y la decisión de seguir todos sus preceptos para conseguir mayor perfección; mientras tanto, espera de la bondad de los dioses que no tardará en amanecer este día bendito. (1) Platón confiesa que la arraigada convicción de su maestro era la de que sólo un enviado de Dios podría reformar las corrompidas costumbres de la humanidad. (2)

Roma, por su parte, escucha satisfecha la palabra de Cicerón anunciando una ley inmutable, universal, que regirá todos los pueblos bajo un dueño común, Dios, rey visible de todos los hombres. (3) Si, por casualidad, sobreviene en medio del foro un prodigio inesperado, la ciudad eterna se sobrecoge de terror y se imagina que la naturaleza está á punto de dar un nuevo rey á los romanos; (4) teme la presencia de este jefe supremo, á quien, según la Sibila, habrá que aclamar para salvarse. (5) Virgilio, en versos armoniosos y bajo las imágenes más graciosas, canta el próximo advenimiento de un príncipe, hijo y conciudadano de los dioses. Ve resquebrajarse, en su honor, el globo terrestre hasta sus fundamentos: la tierra, los mares, el cielo, conmovidos, se estremecen de alegría, saludando la nueva era que va á abrirse. (6)

Estas aspiraciones, estas esperanzas, se generalizan; y Tácito, lo mismo que Suetonio, nos habla de la persuasión común de que, según una tradición antigua y constante,

---

(1) Platón, *Alcibiades*, II.
(2) *Apolog. Socrat.*
(3) *De Republ.*, lib. III.
(4) Suetonio, *Vita Caes. Aug.*, c. XCIV.
(5) Cic, *De Devinitate*, lib. II, c. LIV.
(6) La cuarta égogla de Virgilio reproduce varios versos de la Sibila, cuyo testimonio profético invoca. V. Gallaeus. *Lib. Sibyll*, p. 356, etc.

el Oriente se enseñorearía del Occidente, y que hombres salidos de Judea dominarían al mundo [1].

Esta vez, hasta se encuentra precisado el país mismo hacia el cual vuelve sus ojos la humanidad. Hemos visto á los pueblos del Asia mirar si el libertador llegaría de los países donde el sol se pone, y á las naciones europeas esperarlo del lado de donde nace el sol. En el punto de unión de ambos mundos debemos, pues, buscar la tierra bendita de donde surgirá. De esta suerte, viene á ser Judea el polo de las esperanzas universales de la humanidad.

¡Fenómeno más singular aún! Desde largos siglos el pueblo que habitaba este país creía en la venida de un Mesías redentor. «¡Seas alabado, Jehovah, Dios mío y Dios de mis padres!—clamaba el judío en sus oraciones cuotidianas[2].—Tú te acuerdas de la misericordia hecha á nuestros abuelos y das el Salvador á los hijos de sus hijos. Haces germinar á Jesús, la salvación. ¡Que resuene la trompeta de la libertad! Levanta el estandarte para reunir á los desterrados. Reconstruye á Jerusalén para siempre y restaura en medio de Sión el trono de David. Envía cuanto antes el renuevo del gran rey tu servidor, llegue á nos tu reino, porque hemos esperado siempre en la redención. ¡Alabado seas, oh Señor, tú que haces germinar el tallo de la salvación!» Y en las grandes festividades judías, entre la tercera y cuarta libación de la cena pascual, como en el *Hosanna* del grande Hallel para la fiesta de los tabernáculos, este llamamiento al Mesías futuro tomaba un acento de entusiasmo y de tristeza tan majestuoso como emocionante.

Sí, en los días del rey Herodes, el pueblo y los teólogos judíos [3] estaban acordes en sus comunes esperanzas y

(1) TÁCITO, *Hist.* V, 13.—Suetonio, *Vita Vespasiani*, c. IV.

(2) Después de Esdras, la oración diaria de los judíos tiene dos fórmulas principales: el *Schema* (Escucha, Israel) y el *Schemoneh esré* (los dieciocho deseos del israelita). De esta última está sacado este pasaje.

(3) Véanse las paráfrasis de Onkelos y de Jonatán, las cuales, á pesar de haber sido redactadas á fines del primer siglo de la era cristiana, reproducen con la misma intensidad la nota tradicional de los rabinos anteriores.

aguardaban impacientemente al Redentor de Israel. La literatura apócrifa multiplica sus esfuerzos para persuadir que se llega á su advenimiento. En aquel tiempo aparecen el *Apocalipsis de Esdras* (1), *el de Enoch* (2) y la *Asunción de Moisés* (3), entusiastas producciones que deben resucitar el patriotismo judío y demostrar que ha llegado la hora en que va á aparecer ante su pueblo el Mesías prometido. Ana y Simeón declaran haber recibido del cielo la promesa de saludarlo antes de que salgan de este mundo. Los doctores del Sanedrín, que explican á los Magos la profecía de Miqueas sobre Belén, no se admiran

(1) *El Apocalipsis de Esdras* debió aparecer hacia el año 28 a. de J. C. Aunque el autor era judío, el libro parece haber sido escrito en griego. No conocido durante largo tiempo sino por una traducción latina, fué hallado en árabe á mitad del siglo XVII, y más recientemente, en 1820, en lengua etíope, por Lawrence, quien lo tradujo. El autor demuestra en él á Dios desarrollando gradualmente su plan providencial y preparando la venida del Mesías, para el momento en que el mal llegue á su colmo. El águila con tres cabezas, con seis pares de alas y cuatro pares de garras, es decir, el imperio romano, encontrará entonces su vencedor. Con un soplo de su boca, el enviado de Dios destruirá las naciones ligadas contra él, etc. Su aparato escénico es de una belleza conmovedora; ha sido retocado considerablemente por una pluma cristiana.

(2) El *Apocalipsis de Enoch* expresa con mayor viveza todavía las aspiraciones del judaísmo en el momento que iba á aparecer Jesús. La segunda de las tres parábolas es la que principalmente describe la solemne venida del Mesías y los resultados de su obra. Vulgarizado desde el origen del cristianismo, pues que no sólo Orígenes, Clemente de Alejandría, Ireneo y Justino Mártir, sino el mismo apóstol Judas hacen alusión á él (*Epist. Jud.*, v. 14 y 15; compárese con Enoch, I, 9), este escrito casi había desaparecido con el transcurso del tiempo. No se conocía de él más que un fragmento conservado en la *Cronografía* de Jorge de Syncele (792), hasta que, á fines del siglo XVIII (1773), Bruce lo trajo de Egipto escrito en lengua etíope. El original había sido compuesto probablemente en arameo. En 1887 fué encontrado en un sepulcro egipcio de la época cristiana el texto griego de los treinta y dos primeros capítulos. El libro se divide en cinco partes; en la segunda y la cuarta es donde se trata principalmente del Mesías.

(3) El apóstol Judas, en su epístola, v. 9, parece aludir á este escrito, del cual no ha conocido la Iglesia durante largo tiempo más fragmentos que los citados por Orígenes (*De princ.*, 3, 2, 1,) y algunos otros Padres. Ha sido encontrada recientemente, en gran parte, en unas de sus traducciones latinas, en Milán y publicada por Ceriani, *Monum. Sacr. et. prof.*, t. I, Milán, 1861, y luego por Fritzsche. *Lib. Apocr. V. T.*, Leipzig, 1871. Puede creerse, si se atiende á ciertos detalles del capítulo VII, que recuerdan las sangrientas escenas de la intervención de Varo en Palestina, que esta composición se remonta al tiempo del nacimiento de Jesús (V. Ewald, *Hist. de Israel*, vol. VI, pág. 55 y sig. de la edición inglesa).

de la noticia de su nacimiento. Más tarde envían emisarios á Juan Bautista para obligarle á que declare si él es el Mesías. Hasta el gran sacerdote, desde lo alto de su tribunal, expresa oficialmente la convicción mesiánica de todo Israel, al preguntar á Jesús, á quien se acusa, si es el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

Y, sin embargo, hacía cuatro siglos que habían callado los profetas. Desde que el último de todos, Malaquías, había cerrado el libro de las revelaciones divinas, diciendo á las razas futuras: «Helo aquí que viene» [1], habían caído sobre la cabeza del pueblo infortunado las mayores desgracias. Pero, bajo la espada de los conquistadores, en medio de las persecuciones más crueles, Israel esperaba todavía. Sabía que el segundo templo había de ver al Deseado de las naciones y presenciar el estremecimiento general del mundo [2].

Según los cálculos más positivos, iba á abrirse la 70 semana de Daniel [3]; por eso aguardaba el advenimiento de la Justicia eterna. Israel creía que este Hijo de mujer, de la raza de Abraham, de la tribu de Judá, este legislador semejante á Moisés, este Niño-Dios de la familia de David, fruto de una Virgen, Deseado de todas las naciones, debía nacer en Belén, cuando hubiera pasado el cetro de Judá á manos extranjeras [4]. Así lo creía, y gimiendo ba-

(1) MALAQ., III, 1. (2) AGEO, II, 8, 10.

(3) La famosa predicción de Daniel (cap. IX), cuyo cumplimiento, diga lo que quiera la exégesis moderna, se esperaba entonces (Mat., XXIV, 15, Josefo, *Antiq.*, X, 11, 7), parece dar por punto de partida á estas 70 semanas no el edicto de reconstitución del templo publicado por Ciro en 536 a. de J. C. (*Esdr.*, I) y renovado en 520 por Darío (*I Esdras*, VI; *Ageo*, I, 1), sino el edicto de reedificación de la ciudad con sus murallas y sus puertas concedido por Artajerjes Longomano á Nehemías, el vigésimo año de su reinado (*II Esdras*, II, 1), ó sea, el año de 454 a. de J. C. Según el cálculo más sencillo, el primer período de 7 semanas, 49 años, indicado en la profecía, transcurrió desde 454 á 405, el segundo, 62 semanas ó 434 años, desde 405 a. de J. C. hasta el 30 de J. C.; en fin, el tercero transcurrió, en cuanto á la primera media semana, desde el año 30 hasta el 33 de J. C., y en cuanto á la segunda, desde el año 33 hasta el 37; formando en conjunto 490 años desde el edicto de Artajerjes Longomano hasta la sustitución de la Nueva Alianza á la Antigua, ó sea, á la evangelización de los gentiles.

(4) GÉNES, III, 15; XII, 3; XLIX,10.—*Deut.*, XVIII, 15 y XIX.—*Isaías*, VII, 14; IX, 2-6; XI.—*Jeremías*, XXIII, 5, 6.—*Miqueas*, V, 2, 5.

jo el yugo extraño, preguntaba, levantando los brazos al cielo en el templo y en las sinagogas [1], ó blandiendo la espada en la revuelta [2], si el Mesías de los profetas no había llegado todavía.

Pues bien, en aquel momento de expectación universal, una revolución única, súbita, decisiva, separa en dos grandes partes la historia de la humanidad. Ningún hombre hubiera podido soñarla, menos aún producirla, y no se explica sino á condición de que la manifestación personal de Dios se haya cumplido aquí bajo.

En tiempo de los primeros Césares, los pueblos de origen más diverso experimentan, en efecto, una sacudida tan profunda, que son arrojados, en un instante, á los antípodas, por decirlo así, de su civilización. Las ideas, las costumbres, la vida social ó individual se cambian de repente

---

(1) Los *Salmos de Salomón*, obra de autor desconocido, y compuestos poco después de la profanación de los Lugares Santos por Pompeyo (63 a J. C.), traducían bastante perfectamente, revestidas de verdadera poesía, las emociones del pueblo oprimido. En las asambleas religiosas, todos los israelitas piadosos se complacían en exhalar por medio de estos cantos, que se habían hecho populares, las aspiraciones de su alma hacia un porvenir mejor, y su fe en el advenimiento del Mesías, Hijo de David, mientras esperaban la resurrección y la recompensa eterna (*Salm.* II, 36; V, 22; XV, 1-38, XIV, 2, 7; XV, 11 etc.) Perdido de vista, como la mayor parte de las producciones de la literatura apócrifa de aquel tiempo, el *Salterio de Salomón* fué publicado en 1626 por el P. jesuíta Lacerda, quien lo sacó de un manuscrito de Augsburgo. Este escrito ha sido analizado seriamente por el racionalismo alemán (V. Hilgenfeld, *Mess. Jud*, p. XI y sig.; Fritzsche, *Libri apocryphi vet Test.*, Lips, 1871, pág. 569 y sig.)

(2) Poco faltaba para que este pueblo tan atormentado de santas esperanzas, se lanzase á heroicas y siempre funestas empresas. Vióse así, en tiempo de Herodes, á algunos atrevidos ciudadanos, arrancar, á la voz de dos hombres elocuentes y esforzados, Judas, hijo de Sarifeo, y Matías, hijo de Margaloth, el águila romana colocada sobre la puerta oriental del templo, vanagloriarse de su audacia y aceptar con altivez la muerte. Pocos años después, vióse también sublevarse á varios judíos contra Sabino, gobernador de Siria, que llegaba á Jerusalén para administrar provisionalmente la sucesión de Herodes, y, por odio al extranjero, hacerse dellogar por Varo en medio de las emociones religiosas de Pentecostés. Nada refrenaba esta fe ardiente en una restauración próxima de la teocracia que debía por fin triunfar del gentilismo. Sabido es también que, á una señal convenida, Judas el Galonita ó el Galileo y el fariseo Sadoc, discípulo de Shammai, armaron millares de brazos contra Roma, cuando Quirino pretendió hacer el censo de Judea. A todas horas, este extraño pueblo estaba dispuesto á morir, repitiendo el lema: «¡Israel no tiene más que un Señor y Dueño, Jehovah!»

y para siempre. El paganismo y los viejos errores religiosos se desvanecen como las tinieblas á los primeros rayos del sol. La filosofía puede sorprender en los labios del pueblo, de la mujer, del niño, las verdades trascendentales que, desde tan largo tiempo, buscaba en vano. En adelante, el alma humana siente con mayor viveza el bien y el mal; la virtud introducida oficialmente se hace común en el mundo. Dios es conocido y amado de sus criaturas; el hombre aprende á conocer su propio valor en el tiempo ante sus superiores ó iguales, y en la eternidad ante su conciencia y su Creador. De tal modo el mundo antiguo es destruído y arrojado en un nuevo molde, que la ciencia moderna, á pesar de sus esfuerzos, se reconoce impotente para reconstituir en toda su plenitud la memoria de su pasado. Nada quedó de aquella estatua [1] de cabeza de oro, brazos y pecho de plata, vientre y muslos de bronce y piernas y pies de arcilla, símbolo de la humanidad, que había llenado las primeras edades del mundo con su odiosa mezcla de grandeza y miseria, de fuerza y debilidad; y los restos del coloso quedaron como la trillada paja que se lleva el viento en los días de verano. ¿Quién ha hecho desaparecer este pasado? ¿Quién ha creado lo presente? ¿Quién ha sido la piedra que ha derribado, pulverizándola, la gigantesca estatua? ¿El acaso? Pero el acaso es una palabra, no una fuerza. ¿La conciencia pública, depurada por la serie de los siglos y en sazón para la transformación moral de la humanidad? Pero ¿dónde ha aparecido esta madurez extraña?

La historia nos dice que nunca había sido tan profunda la corrupción, tan universal el escepticismo, tan grande la postración del alma humana. ¿Y de este aniquilamiento había de brotar, como consecuencia natural, la corriente vital más sorprendente y enérgica que se haya visto nunca? No. De grado ó por fuerza, preciso es reconocerlo, la historia presta aquí el testimonio más desinteresado, más

(1) DANIEL, II, 37-43.

completo, más auténtico. Se ha establecido una religión nueva, no gracias á las circunstancias, á los hombres ó á las instituciones, sino á pesar de todo esto. No es el puerto donde el espíritu humano ha querido refugiarse, sino el templo del Dios desconocido, al que ha sido empujado á pesar suyo; no es el fruto legítimo de la conciencia de entonces, sino que se ha establecido contra esta conciencia. Es evidente que una causa personal, libre, sobrehumana, ha operado la renovación religiosa contra todo.

Y, en efecto, de las montañas de aquella Judea que la civilización romana miraba con inquietud, salen entonces hombres dispuestos á trastornar el universo y á reivindicar, como se temía, el imperio del mundo. En un abrir y cerrar de ojos, y, por decirlo así, arrebatados por los cuatro vientos del cielo, estos hombres recorren todo el mundo; hoy en Siria y en el Asia Menor, mañana en Atenas ó en Corinto, y en seguida en la misma ciudad de los emperadores. Hablan á todos los pueblos, no de sí mismos ó de su doctrina, sino de un soberano en cuyo nombre quieren conquistar el mundo, de un rey cuyo dominio quieren imponer, de un Dios, á cuya adoración pretenden sujetar toda la tierra. El paganismo, en su ignorancia, pudo confundirlos, como Suetonio [1], con los judíos cuyos hijos eran, ó hablar de ellos con insultante compasión, como Tácito [2]; mas no por eso es menos cierto que el mundo pagano quedó asombrado de su actividad emprendedora y de sus vastas ambiciones.

Incapaces personalmente de realizar esta obra gigantesca, contaban con la fuerza de quien los había enviado. No eran más que ignominia, debilidad, locura, pero sentían en su alma una energía inmensa que los sostenía; y este puñado de hombres de nada, de locos, como se llamaban á sí mismos [3], llevó á cabo la conquista más sorprendente que

(1) «Judaeos impulsore Chresto, assidue tumultuantes, Roma expulit» (Suet. *Claud.*, 16).

(2) «Auctor nominis ejus Christus; Tiberio imperitante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat» *Annal.*, XV, 44.

(3) *I Cor.*, IV, 10.

haya soñado en tiempo alguno la ambición humana. La historia de su apostolado es seguramente la prueba irrefragable de su misión divina. Porque estos hombres han querido lo imposible, y, á pesar de la desproporción absoluta entre los medios y el fin, su obra irrealizable se realizó. Antes del hecho, podía decirse que el plan de campaña era absurdo ó divino; después del triunfo, lo absurdo desaparece, sólo queda lo divino para explicar el prodigio.

Más tarde volveremos sobre esta misma tesis [1].

Por ahora, bástenos recordar que estos hombres no fueron los autores reales de la revolución llevada á cabo bajo la influencia de su palabra. Personalmente muy inferiores á su empresa, cedieron lealmente la gloria de su triunfo al que los enviaba, y, tras ellos, debemos nosotros saludar con respeto y admiración la augusta personalidad de Nuestro Señor Jesucristo. Él fué quien encendió en sus pechos su entusiasmo inextinguible, Él quien iluminó su espíritu con claridad irresistible, Él quien habló por su boca, Él quien, en ellos, marchó á la lucha, al martirio, al triunfo; y cuando el mundo vencido, quebrantado, pero salvado, levantó la cabeza para reconocer á su vencedor, contempló con más amor que espanto, sola y sin rival, la grande y dulce figura del Salvador Jesús [1].

El nuevo soberano, en efecto, llenó tan perfectamente el mundo, que, después de Él, no ha sido esperado ningún otro. Su nombre, su vida, su culto llenan el mundo. Los esfuerzos de la impiedad y del odio, después de más de diecinueve siglos, no han logrado comprometer su reino. Cuando en una nación criminal, la inmoralidad y la blasfemia, como marea creciente, sumergen su cruz, trasládala Él á naciones más hospitalarias. En verdad, su domi-

---

(1) Tal será el asunto de la *Obra de los Apóstoles*, segunda parte de nuestros estudios sobre los ORÍGENES DEL CRISTIANISMO.

(2) Desde el fin del primer siglo, Plinio el Joven, en una célebre carta dirigida á Trajano (*Epist.* 98, lib. X) confirma este inmenso movimiento religioso que tuvo por resultado la adoración de Cristo: «Carmen Christo, quasi, Deo dicere».

nio no cesa jamás de ser universal y gloriosamente indefectible.

La humanidad quiere siempre conocerle, adorarle y amarle; ha puesto en Él sus esperanzas, como en su término definitivo. Hace ya más de 1900 años que por Él vive y muere; y sobre su cuna como sobre su sepulcro, sobre sus páginas de gloria como sobre las de luto, no ha cesado de escribir, con su sangre, con sus lágrimas, con su genio, esta profesión de fe secular: «Sí, Dios se ha manifestado personalmente al hombre en JESÚS DE NAZARET.

CAPÍTULO II

Libros que tratan de los pormenores de esta manifestación

Epístolas y discursos de los Apóstoles.—Los cuatro Evangelios.—Han sido escritos por la generación apostólica.—Resumen histórico de los tres sinópticos.—Causa de su semejanza.—San Juan y su obra.—Garantías humanas y divinas de veracidad en nuestros cuatro biógrafos.

Nada podría imaginarse más interesante para un hombre juicioso, que la historia de esta manifestación; y, de hecho, no ha habido libros más estudiados, más discutidos en diversos sentidos, y mejor analizados que los que contienen dicha historia. Desgraciadamente, estos libros, estas epístolas, estos discursos de los Apóstoles, y aun los mismos Evangelios, son muy breves y, desde muchos puntos de vista, insuficientes. Digamos una palabra del crédito que merecen.

Los escritos más antiguos que hablan de Jesús son seguramente las Epístolas de San Pablo. El autor, convertido al cristianismo entre los años 36 y 38 de nuestra era, tocaba inmediatamente los sucesos que menciona. Probabilísimamente había pasado su juventud en Jerusalén, donde le encontramos cuando fué martirizado San Esteban, y de donde sale cuando la gracia le tira por tierra en el camino de Damasco. A pesar de sus estrechas relaciones con los fariseos, nada nos induce á creer que hubiese visto ú oído al Maestro; [1] sólo sabemos por él mismo que, después de convertido, tuvo y buscó más de una ocasión para instruirse sobre la historia del Salvador [2]. El entusiasmo

(1) V. *La obra de los Apóstoles*, vol. I.

(2) Va á Jerusalén á ver á Pedro y á Santiago, *Galat*, I, 18; *Hechos*, IX, 28, y muy probablemente se procura los primeros relatos del Evangelio oral, tal vez recogidos ya en hojas volantes.

de su apostolado, á pesar de provenir de la manifestación interior y sobrenatural que había recibido, se inspiró también en hechos positivos capaces de convencerle plenamente y de hacer su fe razonable y razonada. Con la curiosidad natural y el temple de su espíritu, debió escuchar, recoger y discutir. Sus Epístolas nos demuestran que conoció, no tan sólo la doctrina, sino la vida pública y ciertos discursos [1] del Maestro. Á decir verdad, no indica más que los puntos culminantes, pero con bastante autoridad para dejar entrever que posee plenamente todo el resto, desde la preexistencia divina de Jesús y su nacimiento de una mujer, hasta su muerte y resurrección; desde la agonía en Getsemaní, hasta la apoteosis en el cielo. Habla de su vida pobre y humilde, de su carácter dulce y misericordioso, de su poder sobre la naturaleza, de sus enseñanzas tan nuevas como sublimes, de su misión de mediador y de legislador soberano, de su sacrificio expiatorio, y si, alguna que otra vez, quiere entrar en detalles, [2] se ve que los conoce perfectamente y que nadie los contará mejor que él.

Una fuente más antigua aún que las Epístolas de San Pablo, es la serie de discursos pronunciados por los Apóstoles en el primer tiempo de su ministerio, y consignados, en parte, en el libro de los Hechos. Aunque este libro sea de redacción posterior á nuestros tres primeros Evangelios, si las narraciones que contienen son auténticas, es evidente que hay que buscar en esta sencilla y natural relación de los orígenes del cristianismo, los primeros ensayos de biografía intentados por la Iglesia naciente en honor de Jesús. Allí, en efecto, se encuentran esparcidos todos los rasgos principales de esta vida divina. Así, Juan predica el bautismo de penitencia, cuando Jesús de Na-

(1) Véase la institución de la Cena, por ejemplo *I Cor.*, XI. En un libro curiosísimo, Howard Heber Evans, Londres, 1884, ha pretendido probar que Pablo era el autor del Evangelio de Lucas y de los *Hechos*.

(2) M. Godet ha hecho evidente con gran ingenio, los pasajes de las *Epístolas* que se relacionan con el Evangelio, oral, ó en parte escrito, difundido ya en la Iglesia. *Introd. au N. T.* Neuchâtel, 1897, vol. II, p. 254.

zaret, el servidor de Dios, lleno del espíritu Santo, empieza á escoger sus discípulos y á inaugurar su ministerio en Galilea. El Maestro recorre en seguida la Judea, haciendo bien, curando milagrosamente á los enfermos, y más particularmente á los poseídos. Realiza así las palabras que había pronunciado: «Vale más dar que recibir». (1) Finalmente, uno de sus discípulos, Judas, le traiciona; y el Justo, el Santo, acusado ante Pilato por los doctores y el pueblo judío, se ve condenado por el procurador romano, quien, sin embargo, da testimonio de su inocencia. Se le pospone á un ladrón, se le hace morir en un patíbulo, se le deposita en un sepulcro, que al momento es sellado. Á decir verdad, Dios no ha permitido todo esto sino para dar á los hombres la paz, el perdón y la salvación por medio de la cruz. Al tercer día, en efecto, Jesús resucita de entre los muertos, y, durante cuarenta días, se muestra á sus discípulos, conversando, comiendo, bebiendo con ellos. Por fin, sube al cielo y va á sentarse á la diestra del Padre, pero después de haber hecho á los Apóstoles consoladoras promesas para lo por venir, y más particularmente, la de volver aquí bajo para juzgar al mundo. (2)

Sin embargo, hay que reconocer que todas estas indicaciones, lo mismo que las del Apocalipsis, (3) escrito tal vez después de la muerte de San Pablo, hacia el año 68, no son las fuentes propiamente dichas de una vida de Jesucristo. Ellas demuestran sencillamente cuán general era en la Iglesia primitiva el conocimiento de todo lo que se relacionaba con su Fundador; y de tal modo que, en el momento preciso, no hubo necesidad sino de recoger la tradición universal, y la historia de la manifestación de Dios quedó casi redactada.

Desde la época apostólica, cuatro autores diferentes han ensayado este trabajo; los libros que nos han dejado se

(1) Hechos, XX, 35.

(2) Comp. *Hech.*, II, III, X, XIII, etc.

(3) Aun la crítica más negativa reconoce la autenticidad del Apocalipsis. Pues bien, en él, á cada paso, se encuentra á Jesucristo muerto por los pecados del mundo, resucitado en la gloria, etc.

llaman el *Evangelio*. El Evangelio ó la Buena Nueva era el título más natural de una obra que anunciaba al mundo el cumplimiento de las seculares promesas que el cielo había hecho á la tierra.

Considerando atentamente esta colección biográfica, nada sorprende tanto como su sencillez, y aun su aparente insuficiencia, si se compara con la impresión inmensa que ha producido en la humanidad. Incompletos, sin pretensiones, sin arte, parecen redactados los Evangelios en el curso de una conversación familiar. No busquemos, pues, en ellos una historia escrita con orden, [1] sino antes bien el testimonio de corazones que evocaban, sin preocupaciones cronológicas, los recuerdos de que estaban llenos.

Tanta falta hay de perspectiva, que, á primera vista, San Mateo, San Marcos y San Lucas parecen reducir á un año la vida pública de Jesús. Y, sin embargo, el efecto obtenido es el del cuadro más grandioso y sorprendente. No es posible que se borre jamás la imagen que surge de aquellas líneas donde todo es fuego, á través de la calma del relato más sencillo; donde la admiración, dejándose entrever, permanece siempre llena de reserva; donde, finalmente, en un estilo, ni conciso ni difuso, se tratan con claridad y delicadeza incomparables las materias más delicadas. Cree uno ver obrar al Maestro. Su palabra brota todavía llena de fuego de su boca misericordiosa y persuasiva. Nunca, ni artistas consumados, ni genios potentes, han llegado á grabar con tanto vigor el retrato de sus héroes.

Un alma recta no lee diez líneas de este libro sin emocionarse y sin sentirse conmovida y trabajada por el deseo de mayor perfección. En él se encuentra uno trans-

(1) Un sacerdote amigo nuestro, el Abate Azibert, publicó, en el año de 1897, un ensayo de concordancias, *Synopsis Evangeliorum historica*, en el que ha dado pruebas de gran perspicacia. Descansa esta obra en la identificación de *Marc.*, IX, 29, con *Juan*, VII, 10, y, sin cambiar casi nada el orden de cada evangelista, constituye una historia seguida del Salvador. Pero ¿es preciso en realidad buscar una serie cronológica allí donde los Evangelistas parece que no la desearon ni fueron capaces de establecerla?

portado súbitamente á un mundo nuevo, de horizontes más vastos y de cielo más puro. ¿De dónde puede provenir un fenómeno tan extraño sino de la personalidad misma que ilumina y esclarece estas páginas? Si un libro tan hermoso sólo contuviera una leyenda, ¿lo hubiera regado la humanidad con tantas lágrimas, y cubierto con tan piadosos besos, y honrado con tan virtuosos transportes? No, ciertamente. Una obra de imaginación no penetraría tan hondo en el corazón de los hombres, ni con tanta seguridad y persistencia.

Podemos, pues, prever que un examen crítico de nuestros cuatro Evangelios, por rápido que sea, nos conducirá á reconocer su autenticidad evidente y su perfecta veracidad.

Desde la segunda mitad del siglo II, se han visto difundidos por todo el mundo civilizado. Tertuliano los lee en Cartago; Clemente de Alejandría en Egipto; Ireneo los recibe de Policarpo en el Asia Menor y los vuelve á encontrar en Lión, en su obispado de las Galias; Justino el Mártir, natural de Siquem en Palestina, invoca su testimonio en Roma. En todos los grandes centros religiosos de la primitiva Iglesia se hallan, pues, ya publicados y aceptados unánimemente como la palabra de Dios. Esta difusión tan universal y la autoridad de que gozaban, al siglo de ser publicados, entrañan un argumento irrefutable en favor de su origen apostólico. En realidad, los hombres que nos hablan de estos libros no distan de los Apóstoles más que una generación. San Ireneo, por ejemplo, conoció á San Policarpo, y San Policarpo al apóstol San Juan, ¿Cómo admitir que el obispo de Lión recibiera como apostólicos libros de los cuales no le hubiera hablado nunca su maestro, ó cómo suponer que Policarpo, amigo de los Apóstoles, le hubiera hablado de estos libros como si fuesen de los apóstoles, si en realidad no lo habían sido nunca?

Añadamos á esta primera consideración que, en la misma época (150 á 200 a. de J. C.), no sólo la Iglesia leía nuestros cuatro Evangelios, sino que también los tenían en sus

manos las diversas sectas heréticas de aquel tiempo. Quien conozca la profunda división que separaba de los ortodoxos á estos disidentes, no dudará ni por un momento que ni los unos ni los otros recibieron los Evangelios de manos de sus adversarios, y, por consiguiente, que todos ellos los poseían antes de su separación. Y advirtamos que, para llegar al origen de la mayor parte de las sectas gnósticas y marcionitas, es preciso remontarnos á los primeros años del siglo II.

En efecto, hacia el año de 115 ó 120, encontramos ya en Papias, [1] obispo de Hierápolis, contemporáneo de San Policarpo y discípulo de los Apóstoles, indicaciones históricas acerca de las redacciones de San Mateo y de San Marcos. «Mateo—dice—escribió en hebreo los discursos del Señor, y cada uno ha traducido este texto como ha podido. En cuanto á Marcos, el presbítero Juan decía que, intérprete de Pedro, había consignado cuidadosamente todo lo que había podido retener en su memoria, aunque sin cuidar del orden exacto de los discursos ó actos del Señor. ¿Que tiene eso de extraño? Personalmente no había oído ni seguido en realidad al Maestro. Adherido á la persona de Pedro, conocía solamente los relatos de este apóstol, quien, en su predicación, se atuvo siempre, no al orden cronológico de las palabras del Señor, sino únicamente á las necesidades de su auditorio. No puede, pues, reprocharse á Marcos el que haya escrito ciertas cosas en el orden con que se las ofrecía su memoria. Unicamente procuró no omitir nada de lo que había oído, y no referir sino lo muy exacto» [2]. Sin duda que tiene algo de extraño el silencio que guarda Papias acerca de las redacciones de San Lucas y de San Juan, pero en este texto, citado por Eusebio, no tenemos más que un simple fragmento. Es posible que, en los cinco libros de su grande obra, el

---

(1) Fué martirizado en Pérgamo, hacia el año de 164, bajo el reinado de Marco Aurelio, habiendo llegado á una extrema vejez, ἀρχαῖον ἄνδρα Ἰωάννου ἀκουστὴν, dice San Ireneo (*Adv. Hœres*, v, 33).

(2) Eusebio, *Hist. eccl.*, III, 39.

obispo de Hierápolis diese explicaciones especiales sobre estos dos Evangelios, redactados precisamente en Asia, donde él vivía.

Por lo demás, los raros escritos que poseemos de los Padres Apostólicos—en esta época se escribía poco y se obraba mucho—citan más de una vez los sinópticos y aun á San Juan. A decir verdad, no emplean siempre, como en la segunda epístola de San Clemente de Roma, la fórmula diacrítica ἑτέρα γραφὴ λέγει [1] ó, como la llamada de San Bernabé, la indicación consagrada ὡς γέγραπται [2]; pero sus pasajes son demasiado numerosos y exactos para que sólo pertenezcan á la tradición oral de la Iglesia. Así es que, por las citas de San Policarpo en su epístola, escrita hacia el año de 107, á los Filipenses; por las siete auténticas de San Ignacio de Antioquía, el glorioso mártir de Jesucristo que compareció ante Trajano con la decisión de un héroe y á quien Roma arrojó á los leones; por la primera epístola de San Clemente á los Corintios, redactada después de una gran persecución, la de Nerón, hacia el 69 de J. C., ó la de Domiciano hacia el 96, tocamos á los escritos de los primeros discípulos de Jesús.

Pero entre todos estos escritos, los Hechos de los Apóstoles ¿no prueban por sí solos la existencia del Evangelio de San Lucas? ¿No se escribieron los Hechos antes de la muerte de San Pablo? San Lucas mismo ¿no hace probable la publicación casi simultánea de San Mateo y de San Marcos, mientras que San Juan afirma por sus epístolas la autenticidad de su propio Evangelio?

Queda, pues, completa y sólidamente eslabonada [3] la

(1) Caps. 2, 3, 4, 6, 11.

(2) La crítica negativa ha pretendido desembarazarse de este argumento, sacado de la epístola dicha de S. Bernabé, viendo en él una interpolación inocente del traductor; pero después del descubrimiento del manuscrito sinaítico por Tischendorf, hay que admitir que la fórmula ὡς γέγραπται es del autor y no del traductor.

(3) Es evidente que no pretendemos trazar aquí más que las líneas generales de una demostración apologética sobre la autenticidad de nuestros evangelios. Una introducción general no da lugar á tratados completos sobre las diversas materias que aborda. Volveremos á este asunto en la tercera

cadena de pruebas extrínsecas que enlazan los Evangelios con el círculo apostólico en el cual fueron compuestos. Las pruebas intrínsecas, sugeridas por el profundo estudio de los textos, del estilo, de los hechos, y el cotejo con los tiempos y los lugares donde habían vivido sus autores, no serán menos concluyentes.

Pero no es este el momento de explanarlas; ellas mismas se presentarán en el curso de esta obra; y una vez demostrado que unos escritores sin ilustración nos han dejado las más exactas memorias, con los detalles más precisos, el color local más pronunciado, los más auténticos matices religiosos, políticos y morales, las indicaciones topográficas más escrupulosas, en un asunto, por otra parte, lleno de dificultades, nos veremos obligados á reconocer que los Evangelios no fueron una composición fantástica y tardía, resultado de sueños piadosos de la Iglesia naciente, sino historia exacta y autorizada de sucesos recientemente realizados. Sí, todo concuerda para afirmar que son obra real y auténtica de hombres que habían visto y oído á Jesucristo.

¿Quiénes fueron esos hombres? Esto es lo que hay que decir ahora.

San Mateo, según la opinión de la Iglesia y de toda la antigüedad, redactó el primero de nuestros cuatro Evangelios.

Peajero en Galilea, Mateo fué uno de los primeros llamados á seguir á Jesús, y dejando inmediatamente su mostrador, se convirtió en uno de los doce Apóstoles. (1) Con mucha

---

parte de LA OBRA DE LOS APÓSTOLES, *período de organización de la Iglesia.* Puede consultarse con provecho Lardner, *Credibility of the Gospel History*, Londres, 1727-57; P. Schanz, quien publicó desde 1879 á 1885, un sabio comentario sobre cada uno de nuestros evangelios; Rodolfo Corneley, *Introd. spec. in sing. N. T. libros*, París, 1886; Charteris, *Canonicity*, 1880; Westcott, *Introduction to the Gospels*, Londres, 6.ª edic., 1871; *Introduction au N. T.* por el sabio profesor de Neuchatel, F. Godet, 1898; Zahn, *Einleitung in das N. T.*, Leipzig, 1891; B. Weiss, *Lehrbuch der Einleilung in das N. T.*, Berlín, 1886; y con el color liberalísimo de los protestantes, Jülicher, *Einl. in das N. T.*, Freiburg, 1894; Harnack, *Die Chronologie der altchristlichen Literatur*, Leipzig, 1897.

(1) Algunas indicaciones, en apariencia fortuitas, pero que la crítica ha

naturalidad se le ha identificado con el personaje á quien los demás Evangelios dan el nombre de Leví. Difícil es, en efecto, ver dos historias diferentes en una narración absolutamente idéntica, salvo los nombres, y sin que nada pruebe que Leví sea Lebeo ó Tadeo; todo, al contrario, induce á creer que, como Pablo, Leví cambió de nombre al mudar de vida y de vocación. La denominación de Mateo, ó *don de Dios*, no fué indudablemente sino el recuerdo vivo de la gracia que el Apóstol recibiera en el día de su vocación.

Su libro tiene un sello más judío que los otros tres restantes. Diríase que el autor dirige al pueblo infiel la última intimación para inclinarse ante el Mesías desconocido, y como el *ultimatum* terrible que precede á la hora de la ruina definitiva. Los derechos de Jesús al cetro de David son jurídicamente inscritos en la primera página, y la genealogía, que da fe de ello, no es más que el comienzo de una demostración que continúa en lo restante del libro. El autor entiende demostrar que todas las profecías de la Ley Antigua convergen en Jesús y encuentran en Él su perfecta realización. Por esto, de ordinario, agrupa alrededor de algunas palabras proféticas los hechos de que se compone su biografía. [1] Así, su exposición se desarro-

---

puesto de relieve en el primer Evangelio sinóptico, apoyan estos datos de la tradición sobre su autor. Así, San Mateo se encuentra en él constantemente humillado, ya por la calificación de publicano, ya por el puesto secundario que ocupa en la lista de los Apóstoles. En efecto, esta lista agrupa á los doce, dos á dos. De los dos, el más digno es citado invariablemente el primero: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, etc. Ahora bien, en tanto que los otros dos sinópticos dan á Mateo la preferencia sobre Tomás, nuestro primer Evangelio se la da á Tomás sobre Mateo. Se ha observado también que en la insidiosa cuestión sobre el impuesto romano, San Mateo emplea expresiones técnicas: *τὸ νόμισμα τοῦ κήνσου*, que no usan los dos otros evangelistas y que revelan su antigua profesión.

(1) Al comienzo del ministerio de Jesús en Galilea (IV, 14-16), coloca una profecía general. Los sermones de la Montaña y las obras milagrosas que siguen (VIII y IX) se enlazan con la profecía de Isaías, XII, 17, etc. El ardor que muestra este evangelista en establecer la concordancia de la historia del Mesías con los oráculos proféticos, le conducen más de una vez á invocar textos aceptables solamente en sentido acomodaticio, ó aun tomados de escritos que no hemos visto nunca. En vez de torturar sus citas, es

lla regularmente hasta que, habiendo mostrado en Jesús la Salvación esperada de siglo en siglo, el Legislador superior á Moisés, la Víctima ofrecida por el crimen de la humanidad, nos le deja entrever como el gran Juez que ha de venir y la consumación definitiva de la Antigua Alianza.

Según Papias [1] y todos los antiguos escritores eclesiásticos, [2] San Mateo compuso su Evangelio en hebreo. Eusebio cuenta además que San Paulino [3] lo encontró escrito en este idioma entre los indos, á quienes lo había comunicado primitivamente San Bartolomé. Sería temeridad evidente contradecir el testimonio casi unánime de la antigüedad más respetable y más ilustrada. ¿Es posible, sin embargo, sostener que nuestro texto griego de San Mateo sea simplemente una traducción? No, seguramente, porque el escritor observa en él una libertad de acción muy acentuada [4]. Cuando cita el Antiguo Testamento, lo hace algunas veces según el texto hebreo, pero con frecuencia según los Setenta. Sus juegos de palabras, de buen efecto en griego, serían imposibles en la lengua aramea [5]. *Cephas* para él no es *Cephas*, como hubiera transcrito un traductor, sino *Petros*, como debía decir un griego. Finalmente, algunas frases siro-caldeas diseminadas aquí y allá, acaban de revelar una pluma que evoca voluntariamente

---

preferible admitir resueltamente que, para él, como para los judíos de su tiempo, las Escrituras se refieren en su conjunto al Mesías. Así, cada vez que se encuentra en ellas un pasaje ó una palabra que pueda adaptarse á un hecho de la vida de este Mesías, se toma sencillamente como una profecía de este hecho, sin preocuparse del sentido directo y real que tienen en el profeta del cual han sido sacados.

(1) Eusebio, *Hist. eccl.* III, 39.

(2) San Ireneo, *Adv. Hæres.*, III, 1; Clemente de Alejandría, *Strom*, I, 21; Tertuliano, *De Carne Christi*, c. 22, etc.; Orígenes, en Eusebio, *H. E.*, VI, 25; Cirilo de Jerusalén, *Catech*, 14, etc., etc

(3) Eusebio, *Hist. eccl.*, V, 10.—Véase San Jerónimo, *De viris illustribus*, 36.

(4) Desde Erasmo hasta Bleck, Ewald, Ritschl, Keim, Delitzsch, la mayoría de los críticos han sostenido esta tesis.—Véase la historia de esta controversia en Credner. *Einleitung*, I, pág. 78.

(5) Por ejemplo, c. VI, 16: *ἀφανίζουσι, ὅπως φανῶσι*. Véase Hug. *Einl.*, vol. II, pág. 55 y sig.

en su obra reminiscencias de una lengua extranjera. Por otra parte, si nuestro texto actual no es más que una traducción ¿cómo explicar la desaparición total y prematura del texto primitivo? Por muy autorizado que fuese el traductor, no podía hacer olvidar la obra madre de un Apóstol, á menos que lo hubiese escrito bajo la dirección y con la garantía del autor.

A esta última suposición se han acogido precisamente los que no han querido sacrificar ni el testimonio de los antiguos en favor de un original arameo, ni los argumentos filológicos de los modernos en favor de un original griego. En un país donde se hablaban indistintamente las dos lenguas, no es improbable que un libro destinado, no sólo á los judíos de Palestina, sino á los de la dispersión, hubiese logrado dos ediciones correspondientes á las necesidades de todos. ¿No se escribieron, acaso, en las dos lenguas las obras de Josefo? Lo que probablemente ocurrió fué que, ofreciendo el texto griego, con una autoridad no menos grande, una utilidad más universal que el hebreo, quedó sólo en uso en la Iglesia, la cual desde sus orígenes podía muy bien llamarse griega [1]. Llevaba el nombre y la autoridad de San Mateo, por quien había sido publicado, ó á lo menos adoptado y patrocinado auténticamente; estaba escrito en la lengua más difundida del mundo; tal vez había recibido también un desarrollo más completo en su parte histórica, y todo esto era bastante para asegurar su éxito exclusivo.

Este libro debió ser compuesto en la edición aramea, en Palestina, hacia el año 50, cuando la Iglesia no estaba todavía muy difundida por el mundo pagano. La edición griega vendría más tarde, pero no más allá del año 70, porque, al narrar la profecía sobre la destrucción de Jerusalén, el autor nada dice de su cumplimiento. Esto parece

(1) **Del texto arameo, transformado por interpolaciones interesadas y muchas veces ridículas, han salido los Evangelios de los Hebreos y de los Ebionitas.**

suponer visiblemente que aquella catástrofe tenía aún que producirse.

Según S. Ireneo [1], la fecha precisa es la época misma en que San Pedro y San Pablo predicaban en la Ciudad Eterna, es decir, hacia el año 64 de J. C. Según Eusebio [2], Mateo lo escribió en el momento en que, ya de edad avanzada, pero infatigable apóstol, se disponía á abandonar á Palestina para ir á convertir las naciones [3].

Casi simultáneamente se publicaban otros dos relatos acerca de la vida del Salvador, el uno en la capital del imperio romano, el Evangelio de San Marcos, y el otro en el centro de la civilización griega, el Evangelio de San Lucas. «Mientras Pedro predicaba en Roma bajo la influencia del Espíritu Santo—dice Clemente de Alejandría [4], inspirándose en antiguas tradiciones,—los oyentes, en gran número, se dirigieron á Marcos y le rogaron que les escribiese lo que acababan de oir. Marcos debía poseer plenamente el asunto, porque hacía mucho tiempo que era discípulo de Pedro. Redactó, pues, su Evangelio, y lo dió á los que lo deseaban. Pedro, habiéndolo sabido, no hizo nada para animarle ni desanimarle». [5] Eusebio, que nos ha conservado este testimonio, añade que el Apóstol autorizó auténticamente este escrito para que pudiera leerse en las asambleas cristianas. San Ireneo supone que San Marcos, habiendo redactado las predicaciones de San Pedro, después de la muerte de este Apóstol, las dejó á la Iglesia de Roma como piadosa compensación de la pérdida de sus dos ilustres fundadores. Sea lo que fuere, todos los antiguos, desde Papias hasta el Canon de Muratori, y desde San Justino hasta Orígenes, están acordes en reconocer

---

(1) *Adv. Hœres*, III, 1.
(2) *Hist. eccl.*, VI, 14, y VI, 25.
(3) Eusebio, *H. E.*, III, 24.—Otros autores menos antiguos que él, Rufino, *H. E.*, X, 9; Sócrates, *H. E.*, I, 19; Nicéforo, II, 41, suponen que Etiopía, Macedonia y algunas otras partes del Asia fueron evangelizadas por San Mateo.
(4) Eusebio, *H. E.*, VI, 14.
(5) *Hœres*, III, 1.

que el Evangelio de San Marcos no fué otra cosa que un resumen de las predicaciones de San Pedro.

La crítica moderna [1] está lejos de contradecir estas indicaciones. Se aprecia, en efecto, en esta composición, un autor que se propone, no ya demostrar, como lo había hecho San Mateo, el cumplimiento de las profecías, sino exponer, como debía hacerlo San Pedro, y comunicar los sentimientos de admiración que experimentaron los testigos de la historia evangélica. El pueblo romano, con su pasión natural por todo lo grande, no podía menos de prendarse de este modo de iluminar la majestuosa figura del Cristo omnipotente, del conquistador irresistible, que domina á su pueblo por sus obras extraordinarias. Cuando, pues, al principio de su libro, y sin más preparación, San Marcos rompe con estas palabras que revelan el origen oratorio de su narración: «Comienzo de la predicación de la buena Nueva por Jesucristo, Hijo de Dios», hubiera podido añadir: «Según los relatos del apóstol Pedro, que vió y oyó al Maestro [2]». En efecto, en esta serie de cuadros sorprendentes que desarrolla el escritor ante los ojos del lector, se siente revivir toda la imaginación ardiente, la convicción profunda del hijo de Jonás. Las interrogaciones, las inversiones, las acumulaciones se aglomeran ante su pluma y dan á la frase una vida excepcional. Si quiere negar, aumenta sus negaciones hasta triplicarlas; si quiere interesar, busca hasta los diminutivos más graciosos. En el empleo de los verbos, prefiere el presente como precipitando la acción, y como el más conveniente á la forma oratoria de las narraciones.

Indudablemente, este era el modo como hablaba Pedro [3] contando por su propia cuenta lo que los demás ha-

---

(1) Los comentarios que con mayor utilidad pueden leerse sobre San Marcos son, entre los católicos, Schanz, *Comment. über Markus*, Freib., 1881; y, entre los protestantes, Meyer, Morison (3.ª edic., Londres, 1882) y Fritzsch bajo el punto de vista filológico.

(2) Se ha dicho que el discurso de San Pedro á Cornelio (*Hech.*, X) era la miniatura del Evangelio de San Marcos.

(3) KLOSTERMANN, en *Das Markus Evangelium*, ha hecho un curiosísi-

bían olvidado decir, nunca para elevarse, siempre para humillarse y achicarse [1].

Papias, pues, hace bien en llamar *Memorias* á la obra de San Marcos. El libro, publicado en Roma, fué escrito en griego; así lo comprueban abundantemente [2] las expresiones latinas helenizadas que se encuentran en él, los numerosos neologismos y las monedas griegas evaluadas en monedas latinas. La historia evangélica confirma, en efecto, que Juan-Marcos estaba en Roma durante la predicación de San Pablo en esta ciudad [3], y que, por consiguiente, se hallaba en ella al mismo tiempo que San Pedro. Tal vez fué allí donde se añadió á su nombre judío de Juan el nombre romano de Marcos. En todo caso, era originario de Palestina, y probablemente de Jerusalén. En esta ciudad poseía su madre, María, una casa donde se refugió el jefe de los Apóstoles al salir milagrosamente de la cárcel [4]. Convertido á la fe por San Pedro [5], que le

---

mo trabajo para demostrar que, más de una vez, Marcos se contenta con cambiar el *nosotros*, ó la primera persona que debía encontrarse en la predicación de Pedro, por *ellos*, ó la tercera que exigía el relato histórico, á riesgo de dejar algo con frecuencia menos preciso en el texto. Así, en el c. III, 13-19, no se halla confirmada la elección de Pedro; no se habla allí más que del sobrenombre recibido, cuando se indica exactamente la de los demás Apóstoles, aunque tengan sobrenombre. La razón debe de ser que Pedro, en sus discursos oratorios había dicho (vers. 14): «Y *nos* escogió á doce; y me dió á *mí*, et.» Así también I, 20, etc. La solución de continuidad que sobreviene súbitamente después del vers. 8 del último capítulo, infunde sospechas de que su redacción, interrumpida tal vez por la muerte de San Pedro, hubiera sido completada algo más tarde sólo por el autor. En efecto, se ve perfectamente que, á partir de este momento, no habla ya de la predicación de Pedro. Si es fundada esta observación, puede concluirse que nuestro segundo Evangelio se redactó hacia el año 67. La mención (c. XV, 21), de los dos hijos de Simón Cireneo, Alejandro y Rufo, no se explica sino como homenaje rendido á personas vivas, una de las cuales, por lo menos, Rufo, se hallaba en Roma en el momento en que aparecía el libro de Marcos (Rom. XVI, 13). Finalmente, el paréntesis del c. XIII, 14: *ὁ ἀναγινώσκων νοείτω*, concuerda con todas estas indicaciones, confirmando que S. Marcos escribió cuando no se había aún realizado la ruina de Jerusalén, y, consiguientemente, antes del año 70 de J. C.

(1) Compárense Mateo, XVI, 13-23, y Marcos, VIII, 27-33. V. también Marcos, XIV, 72.

(2) *Δύο λεπτὰ ὁ ἐστὶ κοδράντης.* Véase II, 4; V, 9, 15; VI, 27, 37, etc., etc.

(3) *Col.*, IV, 10.

(4) *Hech.*, XII, 12.

(5) *I Ep. Pedro*, V, 13.

llamaba su hijo, Juan-Marcos tomó parte en las misiones de Pablo y de su pariente Bernabé [1], y su gran actividad hizo de él uno de los hombres principales de la Iglesia primitiva.

Hacia la misma época, 65 ó 66 de J. C. [2]—precisamente el tiempo en que cada vez eran más contados los que habían conocido al Maestro,—aparecía también, pero en un medio absolutamente griego, nuestro tercer Evangelio. Lleva el nombre de Lucas, algunas veces Lucano. Según San Pablo, San Lucas, médico de profesión, era de origen pagano, pues está clasificado entre los incircuncisos. Convirtióse en colaborador fiel y preferentemente amado del Apóstol de los gentiles [3]. Originario de Antioquía, según Eusebio y San Jerónimo [4], habla el griego como su lengua materna, y menciona el hebreo como idioma estraño para él [5]. La elegancia de su estilo indica que pertenece á la clase de hombres instruídos; y, en efecto, los médicos de aquella época no ejercían su profesión sino después de haber sido sometidos á una serie de exámenes difíciles ante una comisión especial *(collegium archiatrorum)* y bajo la vigilancia de una policía médica, bastante severa para privar á los incapaces del diploma obtenido.

San Lucas aporta, pues, un elemento nuevo de ciencia humana, y aun de incredulidad nativa, al conjunto de los testimonios tributados á Jesús por nuestros cuatro Evangelistas. No es judío ni ignorante, y, sin embargo, admite lo maravilloso como los demás, lo cuenta con igual satisfacción, lo cree con la misma naturalidad.

Según la tradición [6], San Pablo patrocinó la publicación

(1) *Col.*, IV, 10; *Hech.*, XII, 25, etc.

(2) Los Hechos de los Apóstoles se escribieron antes del martirio de S. Pablo, que no mencionan, y, por consiguiente, antes del año 67 lo más tarde. La redacción del Evangelio ha precedido á la de los Hechos. (*Hech.*, I, 1.)

(3) *Col.*, IV, 14, y *II Tim.*, IV, 9 y 12.

(4) La satisfacción con que narra la fundación de la Iglesia en esta ciudad (*Hechos*, XI, 20 24) apoya esta opinión, y el pasaje de los *Hechos*, XVI, 10, se explica así naturalísimamente.

(5) Hech., I, 19.

(6) Tert., *C. Marc*, IV, 2-5.—Orígenes, citado por Eusebio, *Hist. Eccl.*,

de su escrito, y aun se ha sospechado recientemente que «los libros y principalmente los pergaminos» reclamados á Timoteo por el Apóstol, en el momento en que «sólo tenía á Lucas á su lado [1]» eran, quizás, las notas necesarias al discípulo para la obra que llevaba entre manos.

Sea lo que fuere, el trabajo individual de San Lucas está claramente indicado en el prólogo que da tan feliz principio á su libro. Con encantadora modestia, y en un estilo que recuerda los preámbulos de los mejores historiadores griegos, empieza excusándose de lo atrevido de su empresa. Otros han abordado ya este trabajo; él, á su vez, va también á intentarlo, consultando las fuentes más puras [2] y el testimonio de los que lo han visto todo desde el principio y han llegado á ser los ministros de la palabra. Como sus antecesores, él sólo pertenece á la segunda generación, á quien no fué dado ver ni oir lo que narra, pero se esfuerza en tomar todos los informes necesarios para clasificar, completar y seguir sistemáticamente lo que los demás redactaron al acaso. Mientras que aquéllos comenzaron la historia de la vida pública á partir de su preparación inmediata, es decir, de la predicación y el bautismo de San Juan Bautista, como lo hacían los predicadores del Evangelio [3],

VI, 25, asegura que el Evangelio de Lucas fué aprobado por S. Pablo, *ἐπαινουμένον*. Por otra parte, Eusebio (III, IV) dice que, según varios autores, S. Pablo, al hablar de *su Evangelio*, designó el de S. Lucas. Sin tener en cuenta la estrecha relación que une ciertos pasajes del tercer evangelista con las Epístolas de S. Pablo, (compárese *Luc.*, XXII, 19-20, con I *Cor.*, XI, 23-25, sobre la institución de la Eucaristía; y *Luc.*, XXIV, con I *Cor.*, XV) es evidente que el carácter universalista de la predicación del Apóstol se refleja admirablemente en la redacción histórica del evangelista. Lucas contempla al Maestro desde el mismo punto de vista que S. Pablo; lo toma y representa bajo el mismo aspecto, llamando á la salvación á todo el mundo, á publicanos y gentiles, al pródigo, al ladrón, á los seres corrompidos, decaídos, y constituyéndose Rey Mesías, no sólo de Israel, sino de toda la humanidad.

(1) *II Tim.*, IV, 11 y 13.

(2) Basta comparar el griego, admirablemente correcto, del prólogo con lo restante del libro, sembrado de tan frecuentes arameísmos, para convencerse de que, en sus relatos, el autor renuncia á toda iniciativa personal, y sólo pretende seguir paso á paso los segurísimos documentos que tiene á la vista.

(3) S. Pedro en casa de Cornelio (*Hech.*, X, 37) y S. Pablo en Antioquía de Pisidia (*Hech.*, XIII, 23).

Lucas toma el asunto de más lejos y se remonta á los orígenes de la historia del Mesías. Hasta entonces, sólo había fragmentos agrupados; él pretendió hacer un cuadro de conjunto, distribuyendo, con la mayor exactitud posible, los hechos y los discursos evangélicos [1].

Cualquiera que sea su éxito desde este punto de vista, no se le puede negar el mérito de haber logrado demostrar, según se había propuesto, la inquebrantable certidumbre de las enseñanzas apostólicas. Estas enseñanzas se encerraban en dos puntos principales: la muerte expiatoria y la resurrección gloriosa de Jesús, la doble locura de un hombre inmolado por todos los demás, y la de un judío crucificado, convertido en rey del mundo y del cielo. Para obligar á los gentiles á que aceptasen esas extrañas doctrinas, les muestra, en una feliz gradación, el desarrollo completo y sucesivo de la obra del Mesías: Jesús naciendo en un establo, creciendo en la obediencia y en el silencio del taller, inaugurando luego su reino espiritual por la vocación de sus primeros discípulos, desarrollándolo por la consagración solemne de los doce Apóstoles, proclamándolo brillantemente con la misión oficial de los sesenta y dos discípulos, é instalándolo, en fin osadamente, en la Ciudad Santa con ocasión de su último viaje para la celebración de la Pascua. El libro de los *Hechos apostólicos* completa la demostración. San Lucas, después de haber llevado á través del mundo pagano este reino del Mesías, cuyo comienzo había sido un establo, nos lo muestra implantado junto al trono mismo de los Césares, en la capital del universo, cuya conquista ha de llevar á cabo más ó menos tarde.

Paralelamente á esta vocación de los gentiles á la luz evangélica, coloca el alejamiento gradual de los hijos de Abraham, hasta que llega la ruptura definitiva é irremediable. La doble demostración histórica del llamamiento

(1) Tal nos ha parecido, después de haberlo estudiado largamente, el verdadero sentido de este prólogo, tan diversamente interpretado por la crítica y tan frecuentemente desfigurado.

de los unos y del repudio de los otros da idea exacta de este libro, dirigido al *excelentísimo Teófilo*. ¿Es este el nombre de un personaje conocido en la Iglesia primitiva, ó la calificación de todo cristiano, que, por su fe y sus virtudes, se convierte en amigo de Dios? Nosotros nos inclinamos á la primera hipótesis; [1] pero sea cual fuere el lector á que iba destinado, indicaremos, por de pronto, que el tercer Evangelio, escrito en la misma época que los dos primeros, se mantiene poco más ó menos en el mismo círculo de sucesos en que éstos se encerraron. Expresión de una misma tradición apostólica, nos da de Jesús un diseño muy semejante al que ya teníamos. [2]

(1) El título de Excelencia que lo acompaña parece, en efecto, indicar que se trata aquí de un personaje importante. Muchos han creído que ese Teófilo no era otro que el gran sacerdote judío, hijo de Anás y cuñado de Caifás, á quien depuso de su cargo Herodes Agripa I. Pero esta suposición no es probable: precisamente el libro está escrito para todo lector que no sea judío. Así, aun prescindiendo de tan gran número de indicaciones topográficas y litúrgicas, inútiles á un habitante de Palestina, se ve en todo el escrito la intención visible de dirigirlo á los gentiles llamados al Evangelio. Además, no remonta la genealogía de Jesús solamente á Abraham, padre de los judíos, sino á Adán, padre del género humano; no se contenta con hablar de la misión de los doce Apóstoles, correspondientes á las doce tribus de Israel; sino que recuerda también la misión de los setenta discípulos que representaban los setenta pueblos de la tierra. Por otra parte, como las indicaciones que se dan en el libro de los Hechos no permiten suponer que Teófilo fuese ni de Macedonia (*Hech.*, XVI, 12) ó ni de Atenas (*H.*, XVII, 21) ni de Creta (*H.*, XXVIII, 8 y 12), casi no queda más recurso que considerarlo natural de Italia y aun de Roma, ya que el autor describe minuciosamente los lugares que no podían ser conocidos fácilmente por los romanos (*Hech.*, XXVII, 8, 12, 16), nombrando al propio tiempo como si fuesen familiares parajes tan obscuros como el foro de Apio, Puzzolo y las Tres Tabernas. Pero las *Recogniciones Clementinas* parecen darnos una indicación mucho más exacta. En ellas se cuenta (L. X. 71) que San Pedro convirtió en Antioquía á un señor llamado Teófilo, quien transformó su palacio en iglesia donde el Príncipe de los Apóstoles estableció su primera sede. Dando valor histórico á este documento, nada tiene de improbable que San Lucas, natural de aquella ciudad, dedicase su libro á este poderoso protector del Cristianismo naciente. Y aun acaso —como parece decirlo la terminación de su nombre,—simple liberto de ese Teófilo, le dedicaría en su trabajo, el homenaje de su reconocimiento y afecto. En el libro de los Hechos, San Lucas, suprimiendo el título de Excelencia dado á Teófilo, permite suponer que vivía con este personaje en relaciones más familiares.

(2) Existen gran número de comentarios recientes sobre San Lucas. Los más notables, entre los católicos, son los de *Schanz*, Tubinga, 1883, y *Scheeg*, Munich, 1880, el P. Knabenbauer, París, Lethielleux, 1895. La lista de los protestantes es larga: citaremos a *James Thomson*, Edimburgo, 1851, 3 vol;

No contiene, en efecto, sino nueve relatos propios, mientras que, de los restantes, cuarenta y dos son comunes á sus dos predecesores á la vez, cinco á San Marcos solamente, y catorce á San Mateo. Considerando que San Marcos y San Mateo están aún más interiormente unidos entre sí —pues que, además de los cuarenta y dos pasajes paralelos que les han merecido, como á San Lucas, el nombre de Sinópticos, tienen aún otros doce completamente comunes, de modo que sólo quedan cinco relatos particulares á San Mateo y dos á San Marcos,—no puede uno resistirse á investigar las causas de semejanza tan evidente. Y tanto más cuanto esta semejanza no existe sólo en el fondo del asunto, sino en la forma, en los giros de la frase y aun en las mismas expresiones. Esta semejanza, ya extraña en lo referente al relato de los sucesos, se convierte en sorprendente al tratarse de la reproducción de los diversos discursos del Evangelio, y es absolutamente escrupulosa cuando los discursos son del Maestro.

¿Por qué esto? ¿Señaló Dios por sí mismo, con los propios términos, á los evangelistas lo que debían escribir, siendo así Él autor inmediato de sus composiciones? No, seguramente; porque, ó bien les hubiera dictado una sola biografía completa, perfecta y, consiguientemente, idéntica en todos sus puntos; ó bien, si hubiese dictado cuatro, en vez de repetirse, dividirse, embarazarse con divergencias aparentes, se hubieran armonizado fácilmente, se hubieran completado sus repeticiones, hubieran constituído sin esfuerzo el todo á cuyo objeto tendía la redacción. Pero no fué así.

Preciso es, pues, encontrar una causa humana y completamente natural de la semejanza é identidad más ó menos constantes de los sinópticos entre sí.

Dos son las hipótesis generales que se ofrecen: ó son copias unos de otros, ó están sacados de una fuente común.

Godet, Neufehâtel, 3.ª edic., 1888, 2 vol. muy apreciados; *Mayer*, revisado por B. Weiss, 1878, Keil, 1879.

Así, San Agustín supone que San Marcos se aprovechó de San Mateo, y San Lucas de ambos. Después se ha recorrido el círculo de seis hipótesis posibles, [1] dando prioridad absoluta ó relativa ora á una, ora á otra, sin llegar á una conclusión satisfactoria; y lo más incontestable, en la masa de los argumentos expuestos, es que se destruyen sin compasión los unos á los otros. Á primera vista cada uno de los sistemas tropieza infaliblemente contra una dificultad insuperable. En efecto, dése á cualquiera de los sinópticos la prioridad sobre los demás, como cada uno de ellos tiene relatos particulares que faltan en los otros, será preciso investigar por qué el segundo no trae todos los relatos del primero, y el tercero los de los dos que le precedieron. Si se admite que nuestros evangelistas se han copiado, es absolutamente imposible dar respuesta plausible á esta pregunta. Imaginar, en efecto, que, por espíritu crítico, desecharon ciertos relatos para dar lugar á otros más autorizados, es, no sólo desconocer el carácter de sencilla naturalidad que distingue la edad apostólica, sino, sobre todo, olvidar que tal espíritu de crítica independiente es en absoluto incompatible con la fidelidad de copistas que, por otra parte, se les atribuye. Un mismo hombre no puede lógicamente limitarse á transcribir expresiones y frases de un autor desde el momento en que se dedica á corregir brutalmente su relato. Y luego, ¿cómo explicar las inversiones tan caprichosas á que se entrega al copiar, sin que de nada sirvan para el orden histórico? En las frases copiadas de otro, ¿á qué fin tantas divergencias, tan inesperadas como inútiles? Ciertamente que este sistema de explicación, no menos insuficiente que inverosímil, permitiría creer que los evangelistas no tuvieron la alta idea de exactitud y veracidad que les atribuímos. [2]

(1) Su desarrollo puede seguirse en Bleek: *Introd au N. T.*, parte 1.ª, § 93-99, y en Godet: *Commentaire sur S. Luc.*, 3.ª edic., p. 42 y sig. ¡Cuántos esfuerzos para encontrar la solución del poblema donde lógicamente no puede encontrarse!

(2) ¿Cómo admitir, por ejemplo, que, de conocerse Lucas y Mateo, aquél no dijera una palabra sobre la huída á Egipto, y aun que la suprimiera, pre-

Preciso es, pues, acudir á una fuente común, causa de su semejanza. Algunos han supuesto un Protoevangelio, de donde sacarían, por separado, sus relatos idénticos cada uno de nuestros tres evangelistas. Este libro, escrito en siro-caldeo por San Mateo, según unos, por San Marcos, según otros, ó aun por el diácono Felipe, según Ewald, habría sido sucesivamente traducido, revisado, aumentado por diversos personajes de la época apostólica; y de estas diversas revisiones y numerosas ediciones primitivas, habrían sacado nuestros actuales sinópticos su parte narrativa. En cuanto á los discursos, los habrían tomado de los *Logia* de San Mateo [1], é intercalado diversamente en los relatos.

Pero estas ingeniosas hipótesis resultan tan atrevidas como insuficientes. Si los *Logia* de San Mateo, por ejemplo, son la fuente de los discursos que se conservan en nuestros Evangelios, ¿cómo admitir que estos discursos no sean idénticos en absoluto, ni cortados del mismo modo, ni colocados en las mismas circunstancias? Tratándose de discursos, sobre todo, ó se copia, si se cree en la fidelidad de las fuentes, ó se inventa, y entonces no hay coincidencias como sucede en nuestros sinópticos.

Si un Protoevangelio ha sido el documento primero y común en donde bebieron nuestros sinópticos, ¿cómo explicar, no sólo el plan especial de cada uno, sino también las trasposiciones arbitrarias de hechos particulares, como también las numerosas variantes que se encuentran en los detalles de cada narración? [2] ¿Qué razón dan del estilo, en último resultado tan diferente, de nuestros sinópticos? Fenómeno literario por demás raro es el que de una

sentándonos á la Sagrada Familia, después de la Purificación, camino de Nazaret; y que éste parezca suponer que José y María habitaban en Belén, en la época en que nació Jesús?

(1) Apoyándose en el testimonio de San Papias (Eusebio *Hist. Eccl.*, III, 39), han creído algunos que San Mateo escribió en un principio los discursos del Señor, Λογία, y que refundió en seguida este trabajo en la redacción definitiva de su Evangelio.

(2) V. los poseídos de Gadara, el ciego de Jericó, el bautismo de Jesús, etc.

misma fuente haya sacado sus arameísmos un literato griego, como San Lucas; un judío, como San Mateo, su lenguaje griego, con frecuencia muy castizo, y San Marcos sus expresiones latinas helenizadas; pero todavía es más raro que no haya quedado rastro de este Protoevangelio, digno ciertamente de respeto, si hubiera sido la fuente de los sinópticos. Ni hallamos siquiera nada de él en las numerosas traducciones que, desde el principio, debieron propagarlo entre todas las gentes, y de las cuales no ha resistido ni una sola á la destrucción del tiempo. Es verdad que San Lucas habla, en su prólogo, de frecuentes ensayos llevados á cabo para narrar la historia evangélica; mas no dice nada de una fuente autorizada particularmente, y supone que su obra personal será más correcta que cuantas la han precedido. Lo cual es manifestar claramente que no conocía aún ningún Evangelio de origen apostólico y de autoridad incontestable. Ateniéndonos exactamente al sentido de sus palabras, cuantos ensayos se habían llevado á cabo tenían por objeto consignar por escrito el Evangelio oral, y esto sólo se había logrado imperfectamente; él, al encargarse del mismo trabajo, esperaba obtener mejor resultado. Casi á la misma hora, pero ignorando su mutua labor, los otros dos sinópticos intentaron análogas compilaciones, porque la necesidad de semejante redacción se imponía en todos los puntos de la Iglesia naciente. De aquí que, bebiendo los tres en una misma fuente, se asemejen uno á otro; pero que, siendo oral esta fuente, es decir, menos precisa que un escrito, hayan podido diferenciarse en más de una ocasión.

El Evangelio oral no es una ficción, sino que fué el primero que existió en la Iglesia; he aquí cómo se formó.

Después de la Ascensión de Nuestro Señor, los discípulos vivieron largo tiempo en Jerusalén y en Galilea, conversando habitualmente, en sus piadosas reuniones, sobre las obras y las palabras del Salvador. Cada uno de ellos aducía su narración evangélica, en medio del auditorio más atento, sin cansarse nunca de repetir lo que había con-

tado muchas veces, porque tampoco se cansaban los fieles de oirlo contar. De aquí que el orador se familiarizase con fórmulas que llegaron á ser como sacramentales, se conformase á una disposición general, que el hábito convirtió en invariable, y en fin, se acostumbráse á toda una narración cuya forma quedaba fijada irrevocablemente por virtud de frecuentes repeticiones. Lo mismo pasa también en nuestros días á los predicadores que repiten en el púlpito historias primitivamente improvisadas, pero repetidas, á fuerza de tiempo, con los mismos detalles y frases absolutamente idénticas.

En aquellas reuniones, tomaban la palabra los más dignos de entre los Apóstoles, ordinariamente San Pedro, y otras veces los mismos actores de las escenas que se contaban. A esto se le llamaba *evangelizar*.

Cuando se trató de anunciar á Jesucristo ante el mundo y de salir de aquel círculo íntimo que no bastaba ya á la fuerza expansiva del Espíritu Santo, escogiéronse algunos hombres inteligentes y celosos para predicar especialmente la historia del Salvador. Llamóseles evangelistas [1], y se distinguían de los apóstoles, que tenían la plenitud del sacerdocio, como también de los profetas, de los diáconos y de otros obreros del reino de Dios; su primer mérito consistía en dar á conocer á fondo la Buena Nueva, en la forma consagrada por las predicaciones apostólicas. ¿No habían dado, por ventura, ejemplo de esta paciencia los mismos rabinos, ocupándose en retener escrupulosamente los discursos de sus maestros y vanagloriándose de reproducirlos con la más sorprendente exactitud? [2]

Por otra parte, es casi cierto que, desde muy al principio, los discípulos de los Apóstoles y sus colaboradores, con objeto de descansar su memoria, y también para proceder más pronto á la conquista del gentilismo, se ejercitaban en consignar por escrito el resumen de las conferencias apos-

(1) *Hech.*, XXI, 8; *Efes*, IV, 11; *II Tim.*, IV, 5.
(2) Véase Wachner, *Antiq. hebr.*, t. I, pág. 253.

tólicas á que habían asistido. De aquí esas numerosas compilaciones fragmentarias que sirvieron de transición entre el Evangelio oral y el Evangelio escrito, los *Logia*, de que habla Papias, y aun tal vez lo que los críticos modernos llaman Evangelio hebreo ó Proto-Mateo. Redactadas estas compilaciones sin suficiente unidad de plan, desaparecieron tan pronto como fueron absorbidas en su cuadro histórico por los Evangelios propiamente dichos. A aquellos tímidos ensayos aludía San Lucas en su prólogo, y de ellos se sirvió para su trabajo.

San Marcos debió de haber recogido ese Evangelio oral, directamente, de los labios de San Pedro. Probablemente, el mismo Príncipe de los Apóstoles había determinado, por sus discursos, la forma primitiva y, poco después, consagrada literalmente. Sin embargo, la obra de San Marcos no está hecha de una sola tirada, pues se deja ver en ella fácilmente el origen fragmentario. La vivacidad del colorido supone claramente que la palabra del Apóstol se consignó llena de vida en el pergamino; pero las muchas interrupciones que en él se observan, sin transiciones naturales, demuestran que este trabajo fué ejecutado sucesivamente, quedando reunidos, según su plan determinado, los diversos fragmentos en una redacción subsecuente.

San Mateo redactó probablemente su obra en dos veces. Si hemos de atenernos á la indicación de Papias, su primer escrito fué sencillamente una compilación de *los discursos* del Señor; sólo más tarde pensó en clasificarlos entremezclándolos con los hechos históricos conservados por la tradición. Así, mientras los discursos revelan un origen arameo, el cuadro se ve formado visiblemente bajo una influencia griega. Por consiguiente, para él también parece haber sido de alguna utilidad el Evangelio oral recogido por fragmentos.

Piénsese lo que se quiera de los recursos escritos empleados por los sinópticos, es cierto que la hipótesis que mejor explica la sorprendente semejanza entre ellos y sus

divergencias accidentales [1], es la de un Evangelio oral con documentos fragmentarios que lo fijaron parcialmente. La memoria del predicador y del redactor llegaba hasta un punto determinado, se detenía, y luego emprendía de nuevo la narración; aquí hacía trasposiciones; allá omitía por completo un pasaje. Al referir una parábola popular, un gran milagro de Jesús, procedía con fidelidad notable; por el contrario, al resumir un largo discurso, se mostraba más tímida y menos segura. A veces se le olvidaba una palabra, por más que el pensamiento siguiese su curso; de aquí provienen esos sinónimos, esas comparaciones ó esas variantes, que no hay que atribuir al capricho del Evangelista, sino á la vaguedad de sus recuerdos ó á la palabra menos precisa de los predicadores evangélicos. La factura misma de la frase, uniformemente cortada, indica el origen verbal de la composición; se aprecia, en efecto, que las narraciones sinópticas han sido habladas antes que escritas. No sólo las frases, sino el acoplamiento de las palabras, revela que todo está allí modelado, redondeado de una manera uniforme, como los guijarros arrastrados por el lecho de un gran río. Este fenómeno no se reproduce en San Juan.

Existió, pues, un solo Evangelio oral, recogido acá y allá, en hojas volantes, el cual originó finalmente tres formas principales distintas: tal es la solución de la dificultad. San Pedro y el círculo apostólico que crean este Evangelio predicando en Jerusalén; San Pedro llevándolo á Antioquía; San Pedro anunciándolo en Roma, mientras que discípulos fieles lo van grabando con algunas variantes en su memoria ó en piadosos escritos: he aquí probabilísimamente la causa de la semejanza. San Mateo que, en nombre de los doce Apóstoles [2], para complacer á los fieles,

(1) Esta tesis, que sostuvimos en nuestra *Préparation exégétique à la Vie de N.-S.*, publicada en 1869, ha ganado desde aquella época mucho terreno. V. Cornely, pág. 184, de Pressensé, *Jésus-Christ*, 1884, desde la página 197 á 207; Godet, *Sur Saint Luc*, Introd.; Hase, *Geschichte Jesu*, 1876, página 23; Schegg, etc.

(2) Su Evangelio, en la edición primitiva, llevaba también el título de

lo escribe en Palestina; San Lucas que lo recoge en Antioquía; San Marcos que lo escribe en Roma; he aquí los orígenes particulares, causa de la divergencia.

Prestándose principalmente á la evangelización popular las narraciones del ministerio galileo, no es de admirar que la tradición primitiva se ocupase en ellas preferentemente. Por eso, los viajes á Jerusalén no entraron en el ciclo de los relatos que constituyen el Evangelio oral; en su mayor parte recordaban hostilidades tal vez penosas á una parte de los nuevos convertidos, y casi siempre reclamaban una exposición de doctrinas bastante más difícil que la narración de las conversaciones familiares celebradas con los aldeanos de Galilea. Por eso no figuran en los sinópticos, donde, sin embargo, se las supone. Su ausencia constituía una laguna profunda en la biografía del Señor. Felizmente para nosotros, San Juan la llenó algunos años más tarde.

Éste, en efecto, escribió su biografía, no según los datos del Evangelio oral, sino según sus inspiraciones personales, creando así una obra enteramente original, y, proyectando sobre la divina fisonomía del Maestro los rayos de una nueva luz, nos le hizo admirar sobre todo como Dios.

La superioridad de su trabajo depende á la vez de la naturaleza de su alma, de sus relaciones de intimidad con Jesús y, en fin, de las necesidades de la época en que publicó su libro.

Juan pertenecía á una familia de pescadores, no ricos, pero que vivían con modesta holgura; su padre, Zebedeo, tenía criados que le ayudaban en sus quehaceres [1], y su madre, Salomé, consagró sus recursos y su vida al servicio de Jesús [2]. Alma ardiente y llena de santas ambiciones, esta mujer había educado á su hijo según su imagen;

Secundum XII Apostol. (V. S. Jerónimo, *Contra Pelag.*, III, 1; y S. Epifanio, *Haeres.*, XXX, 13).

(1) *Marc.*, I, 20.

(2) *Mat.*, XVII, 55.

ella fué quien le enseñó á pedir con toda impaciencia el advenimiento del reino del Mesías. Sin duda que debió de sentirse muy dichosa cuando, después de haber dado al principio sus dos hijos por discípulos al Precursor, los vió consagrarse á Aquel de quien el Bautista había pregonado que era el Mesías. Juan, que por su vivo carácter había merecido el sobrenombre de *Hijo del Trueno*, cambió, al lado de Jesús, la nativa impetuosidad de su temperamento en una caridad tierna y misericordiosa [1]. Él fué el discípulo predilecto del Maestro, y esta situación privilegiada le permitió sumergir profundamente su mirada en el alma del que le honraba con su intimidad.

En ella bebió las elevadas inspiraciones de que llenó sus escritos y que honran su vida apostólica [2].

Después de la muerte de Jesús, y como premio de su fidelidad hasta la última hora, tuvo la dicha de recoger á María, como herencia preciosísima. Luego vivió con ella en Palestina [3], dedicándose sin duda á las funciones del apostolado, pero dando sobre todo á su alma, amante de la contemplación, tiempo para volver á encontrar completa y viviente la amada imagen del que había abandonado

(1) Juan llegó á ser, efectivamente, el apóstol de la caridad, y cuando su mano, ya desfallecida, cesó de escribir sus bellas lecciones sobre el amor á Dios y á los hombres, se hacía llevar todavía á la asamblea cristiana para repetir invariablemente el mismo discurso: «Hijitos míos, amaos los unos á los otros». (Véase S. Jerónimo, *in Galat.*, VI). Su gran amor al Maestro inspiróle el odio á la herejía; así debe explicarse su recomendación. *(II Epist., 10)*, y la repugnancia que experimenta en encontrarse bajo el mismo techo que Cerinto (Iren; *Hœres.*, III, 3, 28; Eusebio *H. E.*, III, 28, y IV, 14) ó Ebión (Epif., *Hœres.*, XXX, 24), mientras que nada, ni la edad ni el peligro, le impidieran correr tras el joven pervertido y llevar al redil la oveja descarriada, ó mejor, el lobo convertido en oveja, gracias á su caridad. (Clem. Alej. *Τίς ὁ σωζόμενὸς πλούσιος*, 37; Euseb., *H. E.*, III, 42).

(2) Un poeta de la Edad Media, Adan de San Víctor, dijo admirablemente de él:

Volat avis sine metâ
Quo nec vates nec propheta
Evolavit altius.
Tam implenda quam impleta
Numquam vidit tot secreta
Purus homo prius.

(3) Según una tradición antigua (Clem. de Alej., *Strom.*, VI, 5), Juan no salió de Jerusalén sino doce años después de la resurrección de Jesús.

la tierra. María debió compartir con el discípulo privilegiado esa piadosa tarea del amor que resucita los viejos recuerdos y de la admiración que los conserva.

Así, al paso que los demás Apóstoles recorren todos los caminos del mundo para propagar la Buena Nueva, Juan permanece en el silencio y casi en el olvido. Pablo no le encuentra en Jerusalén [1] ni en su primero ni en su último viaje á esta ciudad, y no indica en sus Epístolas que, en esta fecha, hubiera sorprendido huellas de su paso entre los cristianos del Asia Menor.

Probablemente San Juan llegó á Éfeso hacia el año 60 ó 62, y allí alcanzó una extrema vejez. La tradición nos lo presenta visitando las Iglesias fundadas por los otros Apóstoles y echando las bases de aquella potente organización eclesiástica, que, desde fines del siglo I, hizo de la sociedad cristiana apenas naciente un Estado verdadero. Ni siquiera faltó á su larga vida la gloria de la persecución y del martirio. Tras duro destierro en la isla de Patmos, bajo Domiciano, y su noble confesión de fe en las puertas de Roma, murió en Éfeso imperando Trajano, hacia el fin del primer siglo ó á comienzos del segundo.

Su Evangelio fué dictado ó escrito probablemente hacia el año 80, mucho después de la destrucción de Jerusalén, en Patmos, según unos, [2] en Efeso, según otros, [3] cuando ya Pedro había padecido su martirio y casi desaparecido la generación apostólica.

La primera impresión que ofrece la lectura de esta obra [4]

(1) *Galat.* I, 18; *Hech.*, XXI, 18. Sabemos, por el contrario, que estuvo allí con Pedro hasta los sucesos narrados en los *Hechos*, cap. VIII, y que se hallaba también con él en el segundo viaje de Pablo, *Galat.*, II, y en el concilio de Jerusalén, *Hech*, XV.

(2) Teofilacto, Nicéforo, etc.

(3) S. Ireneo., *Adv. Hæres.*, III, 1; Clem. de Alej., Orígenes, Eusebio, etcétera. La *Sinopsis* de la Sagrada Escritura, clasificada entre las obras de S. Atanasio, concilia ambas opiniones. Según ella, el Evangelio de S. Juan *fué dictado* en Patmos y *publicado* en Éfeso por su predilecto Gayo, huésped de los Apóstoles. Según *Cron. Pasch.*, XI, 411, edic. Dind., el original se conservó durante largo tiempo en Efeso, donde era objeto de una piadosa veneración.

(4) Pueden leerse con provecho, acerca del Evangelio de S. Juan, entre

es la de que muestra el fruto espontáneo de una alma llena de su asunto. Experimenta uno que su autor no ha tenido más que abrir los labios para dejar caer, con sencillez sublime, esos relatos inimitables en que la fisonomía de Jesús se nos presenta rodeada de un esplendor completamente divino. Por otra parte, es propio de las almas contemplativas, al salir de su silencio, subyugarnos con la abundancia de sus luces y la elevación de los pensamientos que desparraman sin el menor esfuerzo. No de otro modo estalla en rayos la nube, largo tiempo silenciosa. San Juan expone los más profundos misterios de un modo sencillo, como contaría un rasgo ó una impresión de la vida vulgar. Verdadero semita de alma y de educación, ve, no demuestra. Desconoce las fórmulas menos afirmativas de los pueblos de Occidente, no sabe deducir, afirma, camina como quien se halla en plena claridad, y no sospecha siquiera las tinieblas.

La atrevida lucidez de su teología depende, pues, en primer lugar, del excelso estado de su alma; pero se explica asimismo por el medio y el tiempo en que se publicó el cuarto Evangelio. En los sinópticos, el dogma cristiano se produjo en simple enunciado, antes en hechos que en fórmulas. Desde San Pablo, empieza á desprenderse de las formas sensibles, para elevarse á las esferas más metafísicas, donde tendía á arrastrarle la rigurosa lógica del Apóstol. San Juan dió cima á ese gran trabajo, escribiendo, como ha dicho admirablemente Clemente de Alejandría [1], el Evangelio *espiritual*, mientras que sus predecesores habían dado á la Iglesia el Evangelio *corporal*. Estos últimos se dedicaron á contar los hechos de la vida del Señor; el primero pone ante todo de relieve el espíritu

los católicos, Corluy, *Comm in Ev. S. Jo.*, Gandavi, 1878; S. Knabenbauer, *Comment in Ev. S. Jo.* París, Lethielleux, 1898; y entre los protestantes, acerca de la autenticidad y crítica general, los cap. VI, VII y sig. de B. Weiss, *Vie du Christ*, liv. I, *les Sources;* Bleek, *Int. au N. T.*, § 36-63, 71-90. Han publicado notables trabajos, como comentadores del texto, Hengstenberg, Lüke, Godet, etc. En el vol. III, *La Obra de los Apóstoles*, estudiaremos por todos sus lados la cuestión de los escritos de S. Juan.

(1) V. Eusebio, *H. E.*, VI, 14.

mismo de Jesucristo. Aquéllos transcribieron su generación humana, éste se ocupó en su generación divina. Así es como señala, desde sus primeras líneas de su libro, la nota exacta que le distingue de sus predecesores.

Á fines del siglo primero, amenazaba á la naciente Iglesia un doble peligro: el ebionismo con sus teorías positivistas y el gnosticismo de Cerinto con sus sueños platónicos. El primero tomó cuerpo entre las masas judíocristianas; el segundo entre los sabios. San Juan prestó un verdadero servicio al cristianismo precisando lo que en Jesús había de hombre y de Dios. Los que le rodeaban experimentaban la necesidad de un libro como el suyo para combatir á sus adversarios y edificarse á sí mismos. La más antigua tradición [1] nos los presenta pidiendo este servicio decisivo al discípulo predilecto. Se le representaba que había llegado el momento de desgarrar enteramente el velo y dejar entrever las profundidades de los cielos. ¿Por qué, pues, no colocar los cimientos filosóficos de la fe remontándose hasta el Verbo? De este modo, los espíritus cultos del judaísmo ó de la gentilidad hallarían una satisfacción real en la contemplación de los misterios de la vida divina y en el perfecto conocimiento de Jesús Hombre-Dios.

San Juan, cediendo á sus instancias, escribió, pues, una exposición doctrinal, antes que un trabajo histórico. Se ve, sin embargo, que en su obra, por teológica que sea, se preocupa en asegurar el orden exacto de los diversos relatos, de suerte que, desde el punto de vista cronológico, presta á sus predecesores el más útil concurso. Y aun con frecuencia, sin parecer buscarlo, los completa y explica, dirigiendo su narración, á través de los numerosos incidentes que aquéllos refieren, por modo magistral y sin temor á engañarse. Se ve en él un hombre que ha visto, que no ha olvidado, y que, en el ocaso de su vida mantiene frescos los recuerdos de su juventud. De aquí la

(1) Jerónimo, *In Math.*, t. IV, pág. 2.

sencillez con que procede y la autoridad con que habla; signos incontestables de una autenticidad que ha acabado por entrever la crítica modernísima y cuya verdadera importancia quiere hacer resaltar. Todo su libro está escrito de un tirón, trazo potente pero contenido, en el que percibimos que el autor sólo da una parte de lo que sabe, de lo que encierra su alma. Los otros evangelistas han agrupado ó puesto laboriosamente en su trabajo materiales diversos; él trazóse un plan y lo siguió, espigando en la memoria del corazón ó en la inspiración permanente del espíritu, cuanto pudo poner de relieve su teología del Verbo sobre la Encarnación.

A pesar de esto, y digan lo que quieran ciertos críticos, el ideal del Salvador que brota de esas sublimes reminiscencias, de ningún modo es diferente del que nos presentan los sinópticos [1]. El Jesús de San Juan es como el de sus predecesores: Mesías, Redentor, Taumaturgo y Doctor. Tiene el mismo carácter de dulzura y firmeza, de sencillez y de heroísmo. Tras una vida de sacrificio y de lucha, á través de los mismos sufrimientos, obtiene la misma gloria. Si no habla el mismo lenguaje, es porque no se dirige á los mismos oyentes. La evangelización popular, cuyo eco son los sinópticos, le coloca en faz de las montañas galileas; San Juan nos le muestra en el centro de la civilización judía, y disputando con los sabios de la capital. Ahora bien, si, aun permaneciendo exacto, cambia considerablemente el aspecto de un mismo paisaje, tomado desde puntos de vista diferentes, mucho más varía la fisonomía de un hombre cuando la consideramos en medios diversos y á una claridad más ó menos luminosa. ¿qué ocurrirá, si no es el mismo pincel el que se ejercita en reproducirla, y si los artistas, en su trabajo, se proponen obtener efectos variados? ¿Se asemeja mucho el Sócrates de Jenofonte al de Platón? No, por cierto; y sin embargo nos complacemos

(1) Según la feliz expresión de San Ireneo no hay más que un Evangelio una forma cuádruple: *τετράμορφον εὐαγγέλιον*.

en reconocer que ambos discípulos se han mantenido dentro de la verdad histórica. Añadamos que, cuanto más armoniosa y rica es la personalidad que se quiere revivificar, más fácil es la variedad y más profundas podrán también aparecer las diferencias.

Empero, aun cuando fuera más extraño el fenómeno que nos ofrecen nuestros Evangelios, habría que admitirlo; pues no es dudoso, para quien reflexione, que poseen todos en igual grado las mejores garantías de verdad histórica y de fidelidad perfecta.

En efecto, fueron escritos en medio de una generación que había presenciado los sucesos que en ellos se narran. ¿Podrían, pues, ser una mentira, siendo, como eran, expresión directa del testimonio de esta generación? ¿Cómo suponer que pueda haberse introducido algún error, ejerciéndose sobre tales afirmaciones una comprobación tan universal é inmediata? Indudablemente no eran sabios avezados á las exigencias de la crítica moderna los que prestaban ese testimonio; pero ¿acaso no bastaba su sentido común para comprobar los hechos sencillísimos, los incidentes más ordinarios de la vida común, las transformaciones más palpables, por múy prodigiosas que fueran? Eran testigos serenos y desinteresados, y esto basta para garantir la veracidad de su testimonio. Nada hallamos en ellos que nos revele que eran unos ilusos. Su testimonio permanece siempre reservado, y casi sin admiración, ante los mayores milagros, como si no viesen nada en ellos que no fuese natural. Desconocen por completo la exageración y la hinchazón [1], y su reservado entusiasmo no es otra cosa

(1) ¡Cuánta diferencia entre sus escritos y los evangelios apócrifos! Estos últimos, llenos de milagros ridículos, de detalles pueriles, sólo pueden ser fruto de imaginaciones enfermizas. V. en Thilo ó Tischendorf. *Evangelia apocrypha.* Aquel cuyos fragmentos se descubrieron (1886-87) en un sepulcro, en Akhmin (Alto Egipto), y que es el *Evangelio de San Pedro*, mencionado por Eusebio, *H. E.* VI 12, 2, Orígenes, *In Matth.* t. X, 19, San Justino, *C. Tryph*, 106, sólo tiene sobre los demás la ventaja probable de mucha mayor antigüedad. Suponemos que fué escrito hacia el año 120. En cuanto al fondo, en las nueve páginas que tenemos de él y que narran la Pasión y la Resurrección de Jesús, el autor, que se hace pasar por el mismo

que el calor del alma engendrado por convicciones profundas y traducido en lenguaje leal.

Ningún interés les mueve á contar sus sorprendentes historias; más todavía, no ignoran que hablar equivale á atraerse persecuciones, cadenas, la ignominia. Comprendemos que son honrados, modestos, sin pretensiones; no dicen una palabra en alabanza propia. Escribiendo sencillamente lo que saben, prescinden de lo que les parece incierto. Sin preocuparse de prevenir el juicio de los lectores ó de escribir una defensa, dejan comprender que su causa bastará para defenderse á sí misma. Y sobre todo, son religiosos, y practicando la sublime moral que predican, nos dan ejemplo de las más heroicas virtudes. Imposible que tales hombres puedan engañar ni ser engañados, y, cier-

---

San Pedro y habla en primera persona, siempre que abandona á los sinópticos, da en invenciones de pura fantasía, en los que se lleva al más alto grado de exageración el gusto por lo sobrenatural. El hecho de que, según observa juiciosamente Harnack y otros, el autor haya conocido los sinópticos y aun á San Juan, es de tal importancia que no puede pasar inadvertido á la crítica apologética. Por lo que toca al *Evangelio según los Hebreos*, encontrado por San Gerónimo en Béroë, la actual Alepo, escrito en arameo, pero transcritos en caracteres Hebreos, y que tradujo al griego y al latín, nada importante añadía al relato de nuestros Evangelios auténticos. Lo mencionan San Ignacio, *Symirn.*, III, 2, Hegesipo en Eusebio *H. E.* IV, 22, 7, Clemente de Alej., Orígenes etc. Sólo nos quedan de él fragmentos sin importancia, si bien parece haber tenido dos ediciones ó redacciones muy diferentes, una en griego para la secta de los ebionitas, y otra en arameo, para la de los nazarenos, y contar, según el catálogo de Nicéforo, 2,200 líneas normales. Por lo demás, si los fragmentos que poseemos hubieran de darnos idea exacta del libro, concluíriamos que el Evangelio de los Hebreos sólo fué una paráfrasis trivial y sin interés de palabras ó de hechos consignados con mayor sobriedad en los sinópticos. Del *Evangelio según los Egipcios*, de que hablan Clemente de Alejandría, Orígenes los *Philosophoumena* V, 2, Epifanio, *Haeres.*, LXXII, 2, y la supuesta epístola segunda de San Clemente, sólo poseemos tres citas muy cortas, pero suficientes para revelarnos la nota general del libro, que es la de los apócrifos. Harnack lo remonta al año 120. Finalmente, cuando nuestros infatigables investigadores y exploradores hayan hallado el *Evangelio ó las Tradiciones de San Matías* de que hablan Clemente de Alej., Orígenes y el Catálogo de Gelasio; el *Evangelio de San Felipe*, citado por San Epifanio, *Haeres.* XXVI, 13; y el de *Santo Tomás*, mencionado en los *Philosophoumena*, V, 7, tal vez en el mismo San Justino *Dial. Tryph.*, LXXXVIII, é inscrito en los catalogos gelasianos y el de Nicéforo, cuando los tengamos á la vista, estaremos en posesión de todos los elementos útiles para afirmar definitivamente la distancia que separa la obra de ficción del testimonio sencillo y leal de la verdad.

tamente, jamás se ha escrito libro alguno que haya ofrecido á la crítica garantías humanas de exactitud histórica más respetables.

Pero debemos añadir todavía, que, para asegurar su exactitud dogmática, cuentan con las más decisivas garantías divinas.

Efectivamente, quien admita la realidad de la historia evangélica y la manifestación del Hijo de Dios en Jesucristo, ha de reconocer, lógicamente, que la pluma de los Evangelistas fué dirigida por una asistencia sobrenatural y preservada de error en la exposición del dogma y de la moral. ¿Cómo suponer que ha podido viciarse en su origen la obra divina por impericia de los Evangelistas no siendo el Evangelio otra cosa que el retrato auténtico de Jesucristo y el código de sus enseñanzas? Si no se consigna su doctrina exactamente en el Evangelio, ¿dónde la encontraremos? De otra manera, ¿no pudiera decirse que la verdad que el Hijo de Dios nos enseñó en el corto espacio de su vida pública no hubiera hecho más que aparecer sin quedarse aquí bajo, como un meteoro fugitivo que se busca en el cielo y que no se encuentra? Pero esto no es posible. La relación inexacta de sus discursos antes fuera para nosotros una desgracia que un beneficio. ¡Pues qué! ¿Hubiera permitido Dios que la humanidad inmolase una parte de sus legítimos goces, y algunas veces hasta su vida, á preceptos mal transmitidos, tal vez imaginarios, obra de evangelistas infieles? ¿Habría permitido que escritores incapaces rehicieran la obra de su Hijo, que los discípulos suplantaran al Maestro? Esto es absolutamente absurdo. La Encarnación del Verbo sería para la humanidad una irrisión amarga, si Jesucristo no hubiese permanecido por entero viviendo y hablando en los Libros Santos y en la Iglesia. Pero no permanecería ya Jesucristo entre nosotros si los Evangelistas ó la Iglesia hubieran podido engañarse al proponernos sus enseñanzas.

El Hijo de Dios, pues, debió dirigir la pluma de sus biógrafos por medio de esa asistencia, de esas iluminaciones,

esa gracia de inspiración que apartan todo error de importancia. Era lo que había prometido á los Apóstoles: «Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que more siempre con vosotros. Y el Consolador, el Espíritu Santo, os enseñará todas las cosas y os recordará todo aquello que os he dicho». (1) En medio de una generación privilegiada, en la que abundaban los taumaturgos y los profetas, nada más natural que esta intervención del Espíritu Santo para dirigir la pluma como la lengua de los ministros del Evangelio. Nuestros escritores sagrados tuvieron conciencia de la inspiración divina que los transformó el día de Pentecostés y que sostuvo su apostolado. «Por el Espíritu enviado del cielo es por quien se predica el Evangelio», dice San Pedro; (2) y San Pablo (3) nos declara que ha recibido «este Evangelio, no del hombre, sino del Maestro que habla en su alma». Si Dios protegió contra el error la palabra predicada, que pasaba corriendo á través del mundo, con mucha mayor razón debió preservar la palabra escrita, que iba á permanecer y hacer fe en medio de los siglos.

Así, pues, tenemos á mano, para escribir la vida de Jesús, documentos excepcionalmente seguros, aunque incompletos (4). Convendrá seguirlos exclusivamente, pues

(1) *Juan*, XIV, 16-26.
(2) I *Pedro*, I, 12.
(3) *Efes.*, III, 3.
(4) Notemos, para no descuidar observación alguna útil, que en los autores eclesiásticos de los primeros siglos se recogieron 177 palabras de Ntro. Señor no contenidas en nuestros Evangelios, y publicadas en 1889 por A. Resch, en *Texte und Untersüchungen* de Gebhardt y Harnack. ¿Cuál es su valor respectivo? Otro sabio alemán, H. Ropes, las sometió á severo examen en su obra *Die Sprüche Jesu*, etc., Leipzig, Hinrichs, 1896. Después de haberlas dividido en diversas categorías, eliminó 108, como no atribuídas con toda claridad á Ntro. Señor; y de las que se le atribuyen realmente, 42 le parecieron no históricas y 13 dudosas. De modo que sólo quedan unas 14 cuya autenticidad puede sostenerse con verosimilitud. Seguramente este crítico demostró muy poca indulgencia; pero, aun aumentando el cuadro de los *Agrapha* auténticos, es preciso reconocer que, en realidad, tiene muy poco que espigar el biógrafo de Jesús fuera de los Evangelios canónicos.

El feliz descubrimiento, invierno de 1897, del papiro de Behnesa, antigua Pahmasit, excitó al principio entusiastas esperanzas. Se hablaba del libro de Papias, *Explicaciones de los discursos del Señor*, Λογίων Κυριακῶν Ἐξηγήσεις,

que, fuera de ellos, no encontramos, ni en el judaísmo rabínico, ni en los autores greco judíos [1], ni en los historiado-

---

que por fin iba á devolvérsenos. El hallazgo de los señores Grenffell y Hunt, en Egipto, se redujo á una hoja de 15 cm. por 9, con 21 líneas descifrables en el anverso y otras tantas en el reverso, pero con lagunas; cada línea contiene unas 18 letras por término medio, y en total comprenden seis sentencias y el comienzo de una séptima. Esto es poco, siendo de sentir que nos haya llegado sólo esa hoja de códice, cuando esperábamos poseer todo el libro. Probablemente formaba parte de una compilación de máximas del Salvador ¿De dónde fueron extraídas? Se supone que del Evangelio llamado de los egipcios, mencionado más arriba, y que tal vez primitivamente no fué un escrito herético. Según citas que encontramos en los Padres de los siglos segundo y tercero, particularmente en la Epístola llamada de Clemente de Roma, y en Clemente de Alejandría, se entrevé que se aproximaba, por sus aforismos, á San Mateo y á San Lucas, y, por su cristología, á San Juan. Lo cierto es que el carácter místico-ascético, tomado por dicho Evangelio de la teosofía de Filón, carácter que domina en las respuestas de Jesús á Salomé (Véase Clemente Romano, 2.ª *Ep.*, cap. XII, y Clemente de Alejandría, *Strom.* III, 6, 9, 13), se encuentra de igual modo en el papiro de Behnesa, cuyo contenido tal vez agradará al lector conocer con sus lagunas, sin comentarios y por versículos:

1. Y entonces verás quitar la viga que está en el ojo de tu hermano.
2. Jesús dijo: «Si no ayunáis del mundo, no encontraréis el reino de Dios, y si no guardáis el sábado no veréis al Padre».
3. Jesús dijo: «He habitado en medio del mundo, y en carne he sido visto por ellos, y los he encontrado llenos de vino, y no he encontrado entre ellos nadie que tuviese sed, y mi alma siente pena por los hijos de los hombres, porque son ciegos de corazón y... (las líneas 22 y 23 están borradas; al final se lee:)... la pobreza».
4. Jesús dijo: «Donde quiera que estén (las líneas 24 y 25 están medio borradas, pudiéndose, sin embargo, entrever el sentido que exponemos en cursiva) *no están sin Dios; si alguien está solo, yo estoy también con él:* levanta la piedra y allí me encontrarás; hiende la madera, también estoy allí».
5. Jesús dijo: «Un profeta no es bien recibido en su patria, y el médico no hace curas entre los que le conocen».
6. Jesús dijo: «La casa edificada en la cima de una montaña y sólidamente cimentada no puede caer ni ser derribada».
7. Jesús dijo: Oyes...

(1) Si algo escribieron por su cuenta los judíos contemporáneos de Jesús se ha perdido, como, por otra parte, se perdieron también los demás productos de la literatura de aquel tiempo, en la gran catástrofe que arruinó la ciudad, el templo y la nación. Diríase que, á partir de aquella lamentable época, el judaísmo quedó incapacitado para contar lo que hubo de seguido y razonable en los sucesos, aun puramente políticos, que habían precedido. Los redactores del *Talmud* sólo se se han complacido en conservarnos pueriles leyendas y escritos incoherentes sin ningún valor histórico; con todo, puede concluirse, según el diálogo de Justino con Trifón (10, 17, 108) y la discusión de Orígenes contra Celso (1, 28), que el odio farisaico, del que tanto tuvo que sufrir Jesús, no concluyó con los fariseos. Después de la muerte de Cristo, continuó desfigurándose su obra haciendo tragar, aun á los paganos, que Jesús había sido sólo un instrumento de Satán. Las indignas calumnias tardíamente consignadas (desde el siglo III al V) en las dos Gema-

res del paganismo, indicación alguna de tal importancia ra, esos extravagantes comentarios de la Mischna, obra de Judá el Santo, nos indican claramente la síntesis de las disposiciones del pueblo maldito respecto á su Mesías desconocido. (Véanse sobre todo los tratados *Sanedrín y Schabbat).*

Hay que hacer á Josefo la justicia de que si bien, por razones políticas ó religiosas, se dispensó de dar á Jesús y á su acción reformadora la capital importancia que se impone á todo historiador fiel é imparcial, á lo menos tuvo el recato de respetar al autor de la religión cristiana. Por dos veces nombra á Jesús en su *Historia antigua de los judíos*, en el cap. XVIII, 3, 3, y en el XX, 9, 1. El segundo pasaje, cuya autenticidad se admite más generalmenfe, tiene el mérito de suponer al primero, ya que se designa á Jesús como alguien de quien ya se ha hablado. Josefo, en efecto, califica allí de muy lamentable el abuso de poder por el cual el gran sacerdote Anano, tan altivo y emprendedor, cuanto duro y cruel, como buen saduceo, se aprovechó del interregno entre Festo, el procurador difunto, y Albino, el procurador no llegado todavía de Roma, «para conducir ante el Sanedrín á Santiago, *hermano de Jesús, llamado el Cristo.* Con Santiago se hallaban también otros acusados. Los hizo al momento morir apedreados, como transgresores de la ley de Moisés. Este acto de violencia fué muy mal visto por las clases más moderadas y, al propio tiempo, más adictas á las observancias mosaicas, que había entonces en Jerusalén». Querer suprimir en este pasaje las tres palabras que se relacionan con Jesús, sería no tan sólo hacer incompleto el sentido, sino ininteligible. No podríamos, en efecto, saber cómo fueran transgresores de la ley Santiago y sus cómplices, si no se hallase mezclado en el asunto el nombre de Jesús, *el Cristo.* Por lo demás, la divergencia que existe desde el punto de vista cronológico (seis años ó siete) y en cuanto al género de muerte (apedreado en uno y precipitado de lo alto del templo en otro) entre este pasaje y la narración de Hegesipo, historiador eclesiástico del siglo II, citado por Eusebio. *H. E.*, II, 23, acaba de demostrar que no intervino aquí, para retocar el texto, una pluma cristiana. Ésta hubiera tenido en cuenta la tradición eclesiástica acerca del martirio del primer obispo de Jerusalén.

Mayores dificultades ofrece el otro fragmento, certísimamente relacionado con éste. Helo aquí en toda su extensión, tal como se encuentra en los manuscritos de la obra de Josefo, y en Eusebio, quien desde 320 ó 340 las trascribió íntegramente dos veces, *H. E.*, I, 11, y *Demonst. Evang.*, III, 5: «Por este tiempo apareció Jesús, hombre sabio, si es que es lícito llamarle hombre. Se le vió, en efecto, obrar grandes prodigios é instruir á cuantos se mostraban ávidos de recibir la verdad. Muchos judíos, y aun muchos griegos, se hicieron partidarios suyos; para ellos era el Cristo. Denunciado por los principales de los nuestros, Pilato le condenó al infamante suplicio de la cruz. Con todo, sin descorazonarse, sus amigos de la víspera continuaron siéndolo al día siguiente. Tres días después de su muerte se les apareció vivo de nuevo. Los profetas divinos habían predicho de Él esta y otras mil maravillas. Aun hoy, no ha desaparecido la secta de los cristianos, á quienes dió su nombre».

Si hemos de suponer que un falsario introdujo en las obras del historiador judío lo que la fe cristiana sentía no encontrar en ellas, ¿podrá creerse que se hubiera contentado con añadir algunas palabras en el curso de un breve párrafo, ó aun intercalar el párrafo entero? Admitiendo la posibilidad y la voluntad del fraude, debe convenirse en que el procedimiento

que nos permita servirnos de ella en nuestro trabajo [1]. A lo sumo rebuscando acá y allá, en diversos autores, puede hallarse alguna afirmación rara relacionada con nuestro asunto; y en el Talmud, algunas explicaciones interesantes sobre detalles materiales ó usos judíos, que, de otro modo, nos hubieran sido incomprensibles.

---

fué sobrado tímido y los resultados muy insuficientes. Lo poco que se dice del cristianismo y de su autor es más desfavorable á su causa que el silencio absoluto. El silencio hubiera encontrado su explicación natural en el odio judío; un párrafo insignificante da á entender que Jesús ocupó demasiado poco el espíritu y la vida de sus contemporáneos para no merecer en una grande historia de los judíos sino la más fortuita de las menciones. Esto resulta más embarazoso.

En realidad, para suprimir ó mutilar el presente pasaje, la crítica negativa sólo invoca la anomalía de que un judío, fariseo y de raza sacerdotal, hable el lenguaje de los cristianos, en contra de las pruebas filológicas y concluyentísimos testimonios extrínsecos de autenticidad. Pero en el caso de que este judío se propusiese escribir lo que pensaban los cristianos y no lo que creía él mismo, ¿á qué se reduce la dificultad? Pues bien, este es precisamente el caso. Examinado de cerca, el texto expresa el sentimiento de los partidarios de Jesús. Sólo en la última línea, permite Josefo manifestar el suyo, cuando, con tono menos benévolo, afirma que la secta de los cristianos aun no ha muerto, *οὐχ ἐπελιπε τὸ φῦλον*. Lo restante es el resumen de las impresiones de los partidarios de Jesús, impresiones cuya influencia llegaba hasta el historiador, pero cuya responsabilidad no aceptaba. Hombres á quienes admira por su carácter y virtudes, le han significado que Jesús hizo obras milagrosas, enseñó la verdadera sabiduría, realizó las profecías, y así lo repite; dicen que se apareció vivo después de tres días de muerto, y lo transcribe del mismo modo, sin discutir. Su carácter, frívolo en religión como en política, franquea las dificultades sin profundizarlas. Y aun si se ve precisado á llamar á Jesús el *Cristo*, no titubea en hacerlo, tanto más cuanto la historia parecía haber ya consagrado este uso llamando á sus discípulos *cristianos*. El testimonio de Josefo, simple eco de lo que oyó decir, es de tan poco valor para nosotros como su natural indiferente y ligero. Auténtico ó apócrifo, parece inútil á la apologética cristiana.

(1) De entre los escritores paganos, sólo hay que citar á Tácito, *Annal*, XV, 44; Suetonio, *Vita Claudii*, 25, y *Neronis*, 16; Plinio, *Epist.*, X, 97, 98 (v. más arriba, p. 41); Luciano, *De morte Peregrini*, c. II; Lampridio, *Vita Alexand. Sever.*, c. 29, 43. Tal vez convendrá añadir á esos testimonios la carta siríaca de Mara-bar-Serapión, escrita hacia el año 74 y publicada en Londres, en 1855, por Curetón, en el *Spicilegium Syriacum*. En él es comparado Jesús con Sócrates y Pitágoras y calificado de «sabio rey de los judíos» que no debía morir en razón de las leyes por él promulgadas, y cuyo martirio atrajo justos castigos á su nación. La antigüedad de este documento queda bien probada por su original sencillez. Con todo, no es muy seguro que Mara fuese realmente pagano. No sería imposible que el cristianismo hubiera conquistado esta alma tan animosamente ávida de la verdadera sabiduría. La carta fué escrita en una cárcel. Alguien ha supuesto que Mara fué de origen persa.

En suma, su ayuda carece de importancia. Diríase que Dios no ha permitido á la ciencia judía ó profana tocar la gran personalidad de su Hijo, para reservar á pobres ignorantes el glorioso privilegio de legarnos un retrato tan inimitable. Necesitábanse almas sencillas y desprovistas de artificios literarios, lo mismo que de sistemas filosóficos ó religiosos, para decir con toda sencillez lo que habían visto y oído. Un literato, aun á pesar suyo, hubiera intentado hacer una obra; los Evangelistas sólo pensaron en transmitirnos un testimonio modesto y verídico. Cabe, sin embargo, el sentimiento de que, por no coordinar sus relatos, hayan condenado á futuros biógrafos á buscar con gran trabajo, en la clasificación de los materiales, no ya un orden incontestable, pues pretenderlo sería perder tiempo, sino un orden probable.

San Juan ofrece indudablemente una disposición cronológica preciosísima. Así, su Evangelio se impone desde luego como cuadro regular en el que han de ser distribuídos los relatos de los sinópticos, pero al mismo tiempo surgen dos dificultades. Primeramente, la de reunir estos mismos relatos en un solo todo, y en segundo lugar, la de dividir ese todo en fragmentos múltiples que vengan á llenar las lagunas del Evangelio de San Juan. Ahora bien, á este doble trabajo han dedicado laudables esfuerzos espíritus muy perspicaces, los cuales, por no tener datos precisos del problema, han llegado á resultados muy diversos. ¿Cómo, en efecto, encontrar en San Mateo y en San Marcos un orden riguroso, si ellos mismos no han cuidado de seguirlo? San Lucas ofrece, tal vez, indicaciones más seguras, porque nos prometió intentar una ordenación de los sucesos; sin embargo, es dudoso que el orden metódico de que da pruebas desde el principio de su libro, se perpetúe hasta el fin.

Por fortuna, para el efecto decisivo de una biografía de Jesús en nuestras almas no es necesaria la ordenación exacta de algunos incidentes ó de algunos discursos. Vengan un poco antes ó algo después, siempre se proyectan

los rayos en potente haz sobre esta gran figura, y bastan para iluminar, en el cuadro más hermoso, el ideal ante el cual se inclina con tanto amor como respeto todo corazón puro y sin prejuicios.

CAPÍTULO III

Del medio dónde se efectúa esta manifestación

Palestina y el pueblo que en ella habitaba.—La Transjordana y sus distritos.—Samaria y su situación á parte.—Galilea y el carácter de los galileos.—Judea y la religión judía.—Jerusalén.—El templo.—Las sectas.—Estado político del país.—Los hijos de Herodes.—Los romanos.

Preciso es conocer el medio topográfico, religioso y político de la historia que vamos á escribir; de lo contrario, nos expondríamos á no apreciar sino á medias la imagen del héroe de ella. Efectivamente, no hemos de presentar á Jesús ante las almas de nuestros contemporáneos en medio de un nimbo de gloria, flotando vagamente entre el cielo y la tierra; de esta manera, sería visto desde demasiado lejos para producir, en espíritus dominados por el positivismo, la impresión saludable y decisiva que nos atrevemos á esperar.

Luego que se haya reconstituído con exactitud el recuerdo de los lugares donde vivió, donde luchó, donde murió, le sentiremos más vivo, más real, más tangible, más hombre entre los hombres y de menos desesperantes proporciones para quien quiera imitarle. A medida que nos iniciemos en la vida de aquella sociedad religiosa y política, que fué la suya, nos sentiremos heridos con la mayor fuerza por la grandeza moral que le distingue del resto de sus conciudadanos. Lógicamente, en efecto, deberá elevarse su personalidad á nuestros ojos tanto más cuanto más bajo fué el nivel de donde emergió.

Una rápida ojeada sobre la geografía de Palestina y sobre el estado social de los judíos en la época del Me-

sías, nos parece, pues, completamente indispensable á la introducción de esta biografía [1].

En el punto donde se tocan las tres grandes divisiones del mundo antiguo, entre los pueblos más civilizados de Asia, Africa y Europa, se halla situada la pequeña provincia que fué teatro de la manifestación divina. Considerando su influencia sobre los destinos de la humanidad, podría decirse que ha sido como el corazón del universo. Designada en un principio con los nombres de Canaán, Israel, Judea, se llamó más tarde Palestina y Tierra Santa.

Se encuentra entre los grados 31 y 33 de lat. N., y 32 y 35 de long. E. Dos cordilleras, que parten de la unión del Líbano y el Anti-Líbano y bajan paralelamente del norte al mediodía, cubren con sus caprichosas ramificaciones un espacio de 1.300 leguas cuadradas, y hacen, en realidad, de Palestina una especie de meseta que se eleva hasta 800 metros sobre el nivel del mar. En su aproximación, levantan una doble barrera que encierra el largo y pintoresco valle por donde serpentea el Jordán, único río considerable que riega el país.

Nacido juntamente con el Banias en el lago de Fiala, ó con el Dan al pie del gran Hermón, el río sagrado, tan celebrado en los anales judíos, desciende en línea recta hacia el Sur, atraviesa el lago de Merom, de aguas cenagosas y malsanas, pasa por debajo del basáltico puente de las Hijas de Jacob y se desliza pacíficamente, con una anchura de treinta y cinco pies, hasta el lago de Tiberíades, donde parece perderse un instante. No hay un paraje más encantador en toda Palestina. Las límpidas aguas del vasto lago reflejan el azul de los cielos, y, como

(1) Véanse el *Onomasticon* de Eusebio, con las adiciones de San Jerónimo, editado en Berlín, 1862, por Larsow y Parthey; *Descriptiones Terrae Sanctae*, según varios viajeros de los siglos VIII, IX, XII y XV, edición Tobler, de Leipzig, 1874; Robinson *Biblical Researches*, Londres, 1841; Stanley, *Sinai and Palestine;* Thomson, *The Land and the Book;* Ritter, *Geog. Palest;* Víctor Guérin, *La Terre Sainte*, y las importantes investigaciones de la *Exploration Fund;* nuestro *Voyage aux Pays Bibliques*, etc.

marco de un espejo inmenso, colinas de azul ó violeta, según las horas del día, las rodean de pintorescos festones, colinas sobre las cuales se levantaron en otro tiempo sonrientes pueblecillos. El clima es delicioso y la temperatura tan apacible como en los trópicos.

Un valle que va ensanchándose gradualmente hasta dos leguas de anchura, y que parece haber sido el lecho de un mar hoy seco, une el lago de Tiberíades al Asfaltites, es decir, la imagen sonriente de la vida, al reino de la muerte. Nada, en efecto, crece ni vive en aquel mar bituminoso, en cuyas orillas, llenas de salumbre tan acre cuanto abundante, no pueden siquiera vegetar las plantas. Allí estuvieron en otro tiempo ciudades célebres por sus desórdenes: Sodoma, Gomorra, Adama, Seboím. Una horrorosa catástrofe las sepultó para siempre; y algunos torbellinos de humo que se elevan de vez en cuando en la superficie de las negras y apestosas aguas, parecen indicar que el fuego del volcán, encendido antiguamente por la cólera divina, perdura todavía y quiere mostrar, hasta el fin de los siglos, su ardor en castigar á los infames.

Por este valle, llamado *La Llanura* por los Libros Santos, en medio de arenas movedizas, á la sombra de algunos sauces llorones, y entre rosales, se arrastra triste y descolorido el Jordán, á través de innumerables sinuosidades, hasta el Mar Muerto, en el que cae, como, á pesar suyo, en una tumba. Pues bien, en torno de este río y de estos dos lagos, como en torno de una gran arteria vital, fué donde Dios agrupó un pequeño pueblo excepcional y privilegiado.

Sin carácter político ni militar, reducido á tres ó cuatro millones de ciudadanos en los tiempos de su mayor prosperidad, ha sido el pueblo de los pueblos. Con la historia en la mano, podemos ver, efectivamente, que las demás naciones sólo se han formado, engrandecido y triunfado para preparar los caminos á su influencia. Cuando después de haberle humillado, quebrantado y destrozado, ca-

yeron ellas mismas en la disolución, él se mantuvo todavía en pie, llevando en su Arca el depósito sagrado de la verdad religiosa y esperando su triunfo en lo venidero. Él fué el único que, en el universo, conservó perpetuamente la idea y el culto del Dios verdadero. Las naciones más civilizadas adoraban ídolos; él, sin cultura filosófica, no adoró nunca más que á un Dios único, soberano, eterno, libre, omnipotente, santísimo, padre y juez de la humanidad. Le adoró en espíritu, sin necesidad de imágenes y estatuas que le hiciesen presente á su conciencia. Para el resto del género humano, todo fué Dios, excepto Dios mismo; para él nada fué Dios, sino el Dios verdadero, y con él mantuvo Dios íntima relación. A pesar de su rudeza y falta de sentimientos elevados y generosos, mientras que lo restante del mundo, olvidando la ley moral, confundía el bien y el mal y se entregaba á los caprichos de las pasiones más bestiales y degradantes, Israel demostró que el hombre puede por la santidad asociar su vida á la vida divina; que hay una ley escrita en el fondo del alma humana, y que la virtud es algo más que una palabra vana y sin sentido.

Este pueblo descendía, por Jacob é Isaac, de Abraham, el ilustre caldeo, padre de los creyentes. Tomóle Dios bajo su protección en Egipto, donde, establecido accidentalmente, y esclavizado, estaba en peligro de olvidar la religión de sus padres, para entregarse á las supersticiosas idolatrías de sus opresores. A través de los sufrimientos del desierto, durante cuarenta años de vida nómada, Israel oyó la voz del cielo, que le instruía por la de Moisés, y, por fin, entró en la tierra de Canaán que Jehová le había preparado.

Allí, en nombre de sus intereses materiales, que no le eran indiferentes, iba á verse obligado á trabajar sin descanso, y sus necesidades cotidianas debían ser la garantía permanente de su fidelidad. Mucha diferencia había de la tierra que se le daba á la que acababa de abandonar. Mientras que en Egipto el agricultor regaba sus campos

como un vasto jardín, Palestina, cortada enteramente por montañas y vallecitos surcados por desecados torrentes, podía ser regada únicamente por el agua del cielo. De este modo se reservaba Dios el derecho de recompensar la fidelidad de su pueblo dando á la tierra lluvias y rocíos fecundantes, ó de castigar sus prevaricaciones cerrando los cielos y dejando al sol devorar el estéril suelo que se resistía á alimentar á los prevaricadores (1).

Con la bendición de Jehová, este país ofrecía á sus habitantes leche y miel, pues ni faltaban pastos á sus rebaños ni flores y sol á sus abejas (2). Empero, al soplo de la cólera divina, los vientos del desierto quemaban las plantas, secaban las viñas y agotaban los manantiales; la langosta, á modo de nubes, invadía y devoraba lo que quedaba de vegetación, y la tierra, con sus profundos sacudimientos, recordaba á aquel pueblo sus descuidados deberes. En una palabra, la naturaleza entera teníalo todo dispuesto para que Israel, siempre bajo la tutela y autoridad inmediata de Jehová, su Señor, conservase viva y ardiente la centella que, más tarde, había de abrasar al mundo.

Por lo demás, á fin de asegurar mejor su perseverancia futura, recibió una ley social que tendía á separarle de todos los demás pueblos. Los obstáculos físicos debían completar este aislamiento, ya que el O. estaba formado por una costa marítima poco favorable al anclaje de las embarcaciones, en tanto que por el S., el E. y el N. dificultaba sus relaciones internacionales un círculo de desiertos y montañas. Finalmente, la hostilidad perpetua de los pueblos vecinos, sirvió al principio y durante siglos

(1) *Deut.*, XI, 10 y sig.

(2) No debe juzgarse de la antigua Palestina por el espectáculo que nos ofrece la Palestina de nuestros días. El desmonte de las colinas, la destrucción de las terrazas que mantenían, sobre los flancos de las colinas, la tierra vegetal, los terribles huracanes, los temblores de tierra, los fenómenos volcánicos y más que todo las invasiones sucesivas de los ejércitos que han cruzado aquellos países, las guerras, la dominación turca, han cambiado en verdadero desierto lo que en otro tiempo debió ser un país tan fértil como agradable. Algunos distritos del Líbano, cuya extensión y cultivo aun hoy admiramos, pueden darnos una idea de Palestina en tiempo de Jesucristo.

para sustraerle á las perniciosas influencias que hubieran ejercido infaliblemente sobre él las grandes civilizaciones del mundo antiguo. En efecto, durante mucho tiempo no pisaron los extranjeros el suelo de Palestina sino en época de guerra, ora porque se diesen cita en él para combatirse mutuamente, ora porque los enviase la cólera divina para castigar á su pueblo prevaricador. De este modo conservó la pequeña nación judía su personalidad tan profundamente original y sus paternales tradiciones.

Desde el principio estuvo dividida en doce tribus. Cada una de ellas recibió una porción de tierra, y la ocupó. Tal fué la primera división geográfica del país, división que se mantuvo siempre en la memoria del pueblo, aun después de los trastornos de la invasión extranjera.

En tiempos de Saúl, David y Salomón, los doce cantones formaron un reino cada vez más floreciente; mas luego, de repente, rompieron su alianza fraternal y fundaron dos Estados diferentes: uno al S., el reino de Judá, que quedó en manos del heredero real, Roboam, con el solo lote de dos tribus, Judá y Benjamín; y el otro al N. y centro, el de Israel, que se compuso de diez tribus y eligió por rey á Jeroboam, astuto fautor de la revolución. El destierro asirio, la cautividad de Babilonia, la dominación greco-macedonia, las guerras de la independencia produjeron sucesivas transformaciones políticas y geográficas en aquel país.

En el momento en que vamos á estudiarlo se hallaba bajo la dominación romana, dividido en cuatro provincias: una de ellas al E. del sagrado río, la Transjordana ó Perea [1]; las tres restantes al O.: Galilea, Samaria y Judea, de Norte á Sur. De las cuatro, la Transjordana era la que contaba en su población mayor número de extranjeros; Samaria la menos judía; la más vigorosa Galilea, y la más célebre Ju-

(1) Ambos nombres tienen un mismo significado é indican el mismo país. Sin embargo, para mayor claridad, llamaremos Transjordana á la reunión de los países situados á la otra parte del río, y Perea, á la región que llevaba más particularmente este nombre.

dea. En torno de ésta se agrupan las demás como en torno de su gobierno central.

La TRANSJORDANA, que se extendía desde los contrafuertes del Hermón hasta el Mar Muerto, era un vastísimo país, según observa Josefo, pero cubierto, en gran parte, de montes calcáreos, basálticos y generalmente poco poblado [1].

De los cinco distritos que comprendía en el Norte, puede decirse que ninguno de ellos estaba unido á Palestina sino por lazos enteramente artificiales y por simples razones políticas. Ni el espíritu eminentemente religioso, ni el exaltado patriotismo que caracterizaban á la nación judía pudieron modelar aquellas multitudes desprovistas de civilización.

La Gaulanítida se parecía, sin embargo, bastante á Galilea, de la que sólo estaba separada por el lago de Genezaret [2]. Pero de sus principales ciudades, Julias, Gamala, Hippos, partiendo de Norte á Sur, á lo largo del lago, por lo menos la última debía ser casi pagana. Formaba parte de la Decápolis, es decir, de la federación que unía las ciudades más ricas, desde Damasco hasta el desierto de Arabia, en una alianza defensiva y ofensiva, contra las correrías de los beduinos y más particularmente de las poblaciones de Iturea.

En efecto, esta provincia, al Norte de la Gaulanítida, vivía casi exclusivamente del pillaje. Sus habitantes, gracias á los estrechos y escarpados barrancos que surcaban el país, podían asaltar impunemente las caravanas de los mercaderes que venían de Damasco, y, después de haberlas desvalijado, huir á sus inaccesibles montañas, cubier-

---

(1) No hace mucho que se ha comenzado á explorar con éxito esos países, hoy casi desiertos y á los que no se aventura uno á entrar sin correr peligro. Véanse Warren *Expedition to the East of the Jordan;* Selah Merrill, *East of the Jordan*, Londres, 1881, y los interesantes trabajos de M. Schumacher, particularmente *Across the Jordan*, Londres, 1886. Este sabio explorador, á quien encontramos en Palestina, continúa, por el D. P. *Verein*, sus investigaciones acerca de la Transjordana.

(2) *Ant.*, VIII, 2, 3; *B. J.*, III, 3, 1; IV, 1, 1.

tas de numerosas grutas. Hábiles arqueros é intrépidos jinetes, sembraban el terror en todo el país, y parecían no temer ni á Dios ni á los hombres.

La Traconítida, con sus negras rocas de basalto, se extendía hasta cerca de Damasco y no estaba mejor habitada. Había sido preciso rodear de altas fortificaciones á Kanata, su capital, para protegerla contra las depredaciones de sus propios súbditos. En esta ciudad, que formaba también parte de la Decápolis, se refugiaban las caravanas cuya presencia excitaba la codicia de aquellos saqueadores. Herodes, después de haber desolado todo el país, sin llegar á extirpar el bandidaje, se vió obligado á establecer, en estado permanente, columnas de tropas que ejercían continua vigilancia en todos los caminos por donde debían pasar los viajeros.

La Auranítida y la Batanea se hallaban situadas al sur de las dos regiones precedentes. La primera, cuyos vastos campos de trigo cubrían toda la llanura de Haurán, estaba regada por numerosos afluentes del Hieromax. Su capital era Astarot, nombre que despertaba los más viejos recuerdos del paganismo. La segunda comprendía las montañas de Haurán, y se extendía por el Sur hasta los desiertos. En Batira, situada al N., estableció Herodes una posta militar considerable con objeto de ejercer continua vigilancia sobre los ladrones de la Traconítida. En este mismo distrito edificaron los romanos á Bostra, en la frontera meridional, á fin de tener también á raya á los árabes.

A estos diversos distritos debe igualmente unirse el de Abilena. Desde Aristóbulo [1], este país, lo mismo que lo restante de la vencida Iturea, había tenido que abrazar por fuerza la religión y las prácticas judías. Situado en la vertiente oriental del Antí-Líbano, hallábase fecundado por el Barada. Abila, su capital, distaba de Damasco 25 km., y 50 de Heliópolis, en el camino que unía ambas ciudades. Hacia el año 39 a. de J. C. estuvo gobernada por un prínci-

(1) *Antiq.*, XIII, 11, 3.

pe judío, y aun, por parte de madre, asmoneo, Lisanias, hijo de Tolomeo Menné [1], que llevaba el título de rey. Gobernó sólo cinco años, y fué muerto por Antonio, quien quería dar sus Estados á Cleopatra. Un reinado tan corto no podría explicar cómo ha consagrado la historia el nombre de *Abilena de Lisanias* [2], á no ser por sus sucesores, que, llevando su nombre, constituyeron en este país una dinastía de Lisanias. Sólo tenemos documentos insuficientes para reconstituir toda la historia de Abilena. Sabemos que, tras la muerte de Cleopatra, Augusto concedió este país á un tal Zenodoro [3], y luego se lo entregó, tal vez con otras posesiones, á Herodes el Grande. Esto, sin embargo, según muchos escritores, es muy incierto, pues el historiador Josefo guarda silencio sobre Abilena [4] cuando enumera los distritos que fueron objeto de la donación. Por el contrario, inscripciones [5] y medallas [6] prueban que hubo durante el reinado del mismo Herodes, y en todo caso después de él, príncipes llamados Lisanias, los cuales,

(1) *Antiq.*, XIV, 13, 3; *B. I.*, 1, 13, 1.

(2) Este nombre, en efecto, permanece aún 86 años después de la muerte de aquel rey. *Antiq.*, XIX, 5, 1, y Tolomeo, *Geogr.*, V, 14, dicen *Abila de Lysanias.*

(3) B. J., I, 20, 4.

(4) *Antiq.*, XV, 10, 1. Así lo ha observado juiciosamente Suskind, *Symb. ad illust Ev.*, p. I, pág. 21, y p. III., pág. 23 y sig.

(5) Ya en 1737, había leído Pococke sobre las ruinas de Abila una inscripción, reproducida en Bockh y Franz, *Corp. Inscr. grec.*, t. III, Berlín, 1853, n.° 4521, en la cual, cierto Nimfeo, liberto del tetrarca Lisanias, «recordaba que había elevado el templo y las plantaciones del contorno en honor de los dos Señores Augustos y de su casa». La fórmula *τῶν Κυριῶν Σεβαστῶν* puede remontarse, todo lo más, á la época en que Tiberio fué asociado al Imperio, año 12 a. de J., y probabilísimamente el tetrarca mencionado en la inscripción es el Lisanias de San Lucas. En 1851, encontró en Baalbek, M. de Saulcy el cuarto fragmento de otra inscripción cuyas dos primeras partes fueron leídas por Pococke, la tercera por Brochi y luego estudiadas por Hogg y Renán. En él se trata de un monumento elevado por la hija de... á Zenodoro [sucesor ó predecesor] de Lis[anias] el tetrarca y á Lis[anias] y á los hijos...» De cualquier modo que se reconstruya el texto, es evidente que en él se supone una serie ó una dinastía de Lisanias.

(6) Poseemos monedas que en el anverso tienen acuñada una cabeza circundada de diadema y en el reverso una Minerva de pie con la inscripción: ΑΤΣΑΝΕΙΟΥ [ΤΕΤΡΑΡΧΟΥ] ΚΑΙ ΑΡΧΙΕΡΕΩΣ. Véanse Sestini, *Lettere e dissert. numism.*, t. VI, pl. 2, fig. 8, y Lenormant, *Trésor de numis.*, París, 1849, p. 116-117, pl. LVI.

con el título de *tetrarca-gran sacerdote*, gobernaron á Abilena. San Lucas [1], tratando de fijar la fecha de la predicación de San Juan Bautista, habla de uno de ellos, pero no de su abuelo, que había muerto hacía sesenta años.

Este país sólo formaba, en realidad, un apéndice muy accidental de Palestina. Entre los habitantes sirios ó árabes se contaban muchos millares de judíos; pero éstos representantes del pueblo de Dios se hallaban perdidos en los vastos hacinamientos de pueblos heterogéneos que había reunido Herodes á su corona. En el fondo, todo esto nada tendrá que ver con el movimiento religioso de que Israel va á convertirse en teatro y propagador. Ello no es más que la corteza áspera y ruda que envuelve el fruto privilegiado cuyo sabor celestial había de regocijar á la humanidad entera.

De otro modo deberemos hablar de la Perea, la cual, extendiéndose desde el Hieromax hasta el Arnón, y desde el Jordán hasta el desierto, había pertenecido siempre á Palestina. Aunque, en sus límites orientales, Gerasa [2] y Filadelfia, la antigua capital de los hijos de Ammón, nos hayan conservado en sus ruinas, en pie todavía tras dieciocho siglos de tempestad, el testimonio de sus costumbres idolátricas y paganas, no cabe dudar que este distrito fué siempre un medio profundamente judío. Gadara, con sus aguas termales y sus colinas taladradas de tumbas; Pella, asilo de los primeros cristianos durante las guerras judías; Hesebón, de situación pintoresca y hermosas fuentes; Betaram ó Livias, que Antipas quiso convertir en capital de la Transjordana, y Maquero, fortaleza terrible destinada á vigilar á los árabes siempre amenazadores, podían contener

(1) Así, después de haber reprochado largo tiempo á este Evangelista el haber hecho reinar á un hombre 60 años después de su muerte, cierto crítico malévolo ha tenido que reconocer con Renán, *Mémoires de l' Acad. des Inscript.*, 1870, parte II, pág. 80, que no tan sólo había sido absolutamente exacto San Lucas, sino que Josefo, á quien se había invocado contra él, tenía de él necesidad para explicar sus textos contradictorios.

(2) Véase en Selah Merrill la pintoresca descripción de Gerasa, páginas 281-284.

cierto contingente de población pagana; empero el mosaísmo desarrollaba aquí todo su vigor, y aun, según veremos, todas sus susceptibilidades. Estaba demasiado sometida á las influencias de la Ciudad Santa para no ocurrir así; y, además, todo recordaba á los habitantes de Perea que eran hijos de Israel y representantes del pueblo amado de Dios.

En efecto, el país de Galaad, con sus bosques de verdes encinas, con sus pinos y sus alfóncigos silvestres, había sido patria de Elías Tesbita, el hombre más admirable por la energía del carácter y el poder de los milagros que había producido Israel. Á través de los desfiladeros amorreos, pasaron en otro tiempo las doce tribus, cuando se dirigían á la conquista de la Tierra Prometida. El monte Fogor había oído cómo Balaam bendecía, á pesar suyo, los ejércitos que quería maldecir. Por último, desde la cima del Nebo, donde había muerto, parecía que Moisés velaba aún por su pueblo y prometía su protección á los fieles observantes de su ley. Los hijos de Rubén y de Gad apacentaban siempre, como en tiempo de los patriarcas, numerosos rebaños, y tomaban espontáneamente las armas para defenderse contra el enemigo ó apropiarse los ricos pastos que les ofrecía la naturaleza. Luego, estos beduinos de pasiones ardientes y alma contemplativa, volvían á entrar en sus tiendas y se preocupaban, con su familia, de seguir fielmente la religión de sus antepasados, observando las prescripciones que había dictado Jehová á Israel por medio de Moisés y de los profetas.

A la otra parte del Jordán, entre Galilea al Norte y Judea al Sur, se hallaba aislada una insignificante nación que tomaba su nombre del mismo país que ocupaba. Por muy enclavada que se hallase, según su posición geográfica y sus lazos políticos, en el centro del más ardiente judaísmo, SAMARIA vivía por completo fuera de la religión israelita. [1] De hecho, era más profunda la división exis-

(1) V. Juynboll, *Comment. in hist. gent. Samarit*, 1846, Lugd. Batav; Gesenius, *Theolog. Samarit.*, Halæ, 1822; Langen, *Das Judenthum in Palaest.*, Freib., 1866.

tente entre un judío y un samaritano, que entre un judío y un pagano. Para un judío, el samaritano, lleno de impureza, de falsedad y de infamia, era incapaz de prestar declaración en justicia, indigno de adorar á Jehová, y tan íntimamente viciado, que, por su solo contacto, convertía todas las cosas en tan impuras como la misma carne de cerdo. Era considerado como la representación oficial y viviente de Satán, y decir de un hombre que era samaritano equivalía acusarle de satélite del espíritu maligno. En desquite, los samaritanos no desperdiciaban ocasión alguna para hacerse antipáticos á los judíos. Trataban tan mal á los peregrinos que pasaban por su tierra, que Galilea y Judea se veían precisadas, para comunicarse entre sí, á tomar el camino más largo y menos cómodo de Perea. No contentos con haber establecido en el monte Garizim un templo rival del de Jerusalén y un sacerdocio cismático, litigaban audazmente aun sobre la autoridad de los Libros Sagrados venerados por Israel. Sin aceptar más que el Pentateuco, pretendían poseer ellos solos la edición verdadera de este libro. Se complacían en perturbar las solemnidades judías cuantas veces les era posible. Ora sembraban furtivamente huesos humanos en el templo de Jerusalén para impurificarlo; ora esparcían falsas alarmas encendiendo hogueras en la cima de sus montañas para engañar á los judíos de la dispersión acerca del momento preciso en que empezaba la luna pascual. En una palabra, aprovechaban todas las circunstancias para vengarse del profundo menosprecio que les demostraban sus vecinos.

Preciso es buscar la razón de este menosprecio en los mismos orígenes de esta pequeña nación. Los samaritanos eran en su mayor parte descendientes de una raza idólatra y usurpadora, y la poca sangre judía que circulaba por sus venas procedía de miserables apóstatas. En efecto, desde que fueron reducidas á cautividad las tribus del reino de Israel, los monarcas asirios, Salmanasar, ó más probablemente su sucesor Sargón, resolvieron repoblar las ricas montañas de Efraím. Fueron, pues, á establecerse allí

sucesivamente varias colonias de Babilonia, con sus costumbres paganas y sus falsos dioses. Por de pronto inspiraron horror; empero, poco á poco, los escasos hijos de Israel que lograron evitar la espada de sus conquistadores, ocultándose en sus montañas, se habituaron á la presencia de los usurpadores y acabaron por aliarse y confundirse con ellos. De aquí salió una raza mestiza, con una religión tan híbrida como la raza misma. Adoraba á Jehová, pero rodeándolo de ídolos llevados del extranjero; no era preciso más para hacerla abominable á los ojos de los verdaderos judíos. El cisma se declaró definitivamente cuando Manasés, sacerdote excomulgado, introdujo en el Garizim un culto rival del de Jerusalén. Dos enemigos pueden alguna vez darse un abrazo; dos rivales jamás. En lo sucesivo, judíos y samaritanos fueron adversarios encarnizados, con frecuencia esclavos del mismo señor, pero nunca hermanos en una misma patria.

Y, no obstante, los samaritanos se hallaban menos lejos de Dios que los paganos. Jesús mismo precisó su situación moral, con respecto á la verdad y al reino del cielo, colocándolos entre los judíos y los gentiles. Según Él, debe predicarse la Buena Nueva en primer término á los hijos de Israel, luego á Samaria y finalmente á la gentilidad. Los samaritanos, mezcla de dos razas y de dos ideas, eran por Él apreciados como un término medio entre el judaísmo y el paganismo. Siendo á la vez israelitas y extranjeros, decláralos, sin embargo, antes extranjeros [1] que israelitas.

No obstante, en más de una ocasión no vacilaron ellos en considerarse como verdaderos hijos de Israel. [2] Tal vez se sentían animados á reivindicar este glorioso privilegio por los grandes recuerdos bíblicos en medio de los cuales vivían.

El Ebal y el Garizim, los dos montes centrales de Sa-

(1) Jesús llama al leproso reconociéndole como extranjero, ἀλλογενής, y, sin embargo, erâ samaritano.

(2) *Juan*, IV, 12; *Ant.*, XI, 8 y IX, 14.

maria, habían oído en otro tiempo á las doce tribus, divididas en dos coros, maldecir ó bendecir alternativamente á los transgresores ó á los observantes de la ley divina. Desde entonces, el Ebal, pedregoso, parecía haberse esterilizado, como si conservase todavía las huellas de las maldiciones que habían descendido de su cumbre. Por el contrario, el Garizim, montaña de bendición, había conservado el más sonriente y encantador aspecto. Entre ambas alturas había sido edificada Siquen, tan antigua como los patriarcas. Allí estuvo Moré, el bosque de terebintos de Abraham; allí los pozos de Jacob. En aquel lugar se reunieron los ancianos del pueblo para recoger los últimos consejos de Josué moribundo. Dentro de sus muros se organizó, en asamblea nacional, el cisma de las diez tribus. Había sido ella la ciudad levítica antes del destierro, y volvió á ser el punto central del culto samaritano después del regreso de Babilonia. Á corta distancia, y al Norte, Samaria, edificada por Amri, recordaba las glorias y los reveses de los reyes de Israel, cuya residencia fué durante largo tiempo. Arrasada y reedificada por dos veces, se hallaba muy floreciente en tiempo de Herodes, quien la llamó Sebasta (Augusta), para adular á Augusto su protector. En el extremo Sur, más abajo de Silo, que había albergado el tabernáculo, Betel se había convertido sucesivamente en casa de Dios con Jacob, y en casa del crimen con Jeroboam y su becerro de oro. Finalmente, al septentrión, sobre aquel Carmelo de armoniosas y frondosas crestas, que parece sentarse majestuosamente sobre las olas del Mediterráneo, vivían aún todos los recuerdos de Elías, el terrible censor de reyes infieles y el gran profeta de Israel. Allí vivió mucho tiempo el hombre de Dios, mostrándose ú ocultándose, y dando como el rayo los más terribles é inesperados golpes. Aun entonces, se preguntaban si reviviría de pronto y descendería una vez más para restablecer los derechos de Jehová desconocido.

Más arriba empezaba la famosa llanura de Esdrelón, y con ella GALILEA. Ésta ocupaba los cuatro antiguos can-

tones de Isacar y de Zabulón, en su parte inferior, y de Aser y Neftalí, en su parte superior. Al principio, se aplicó únicamente su nombre, *Galil*, que significa círculo, á la circunscripción de las veinte ciudades septentrionales cedidas por Salomón á Hiram, rey de Tiro, en pago de las grandes cantidades de madera que le envió éste para la construcción del templo. El monarca israelita había ofrecido tanto más gustoso este país, cuanto apenas estaba habitado sino por gentiles. De aquí la denominación ordinaria: *Galilea de las naciones* (1). En tiempos del cautiverio, aquellos gentiles, que habitaban los alrededores de Cedes, invadieron rápidamente los cantones de Isacar y Zabulón, más ricos que los otros dos, y, habiéndose ensanchado así el círculo de los gentiles, toda la región tomó el nombre de Galilea. Ni cambiaron tampoco los Macabeos esta denominación, cuando tomaron más tarde la patriótica misión de rechazar al invasor dentro de sus primitivas fronteras y devolver la preponderancia á la raza judía. (2) Por lo demás, aun después de su victoria, Cedes, el Tabor, Gabata y Escitopolis pertenecieron largo tiempo á los fenicios, á los sirios y á los árabes. Esta es la causa de las diversas influencias del extranjero sobre las costumbres y aun sobre la lengua del país.

Seforis, Zabulón y Tolemaida tenían gran semejanza, por sus edificios y sus costumbres, con los habitantes de Tiro, Sidón y Berite. Tiberíades, capital de toda Galilea, era ciudad absolutamente griega (3). Esta promiscuidad hacía que los judíos galileos fuesen considerados como mestizos por sus hermanos de Judea. Su lenguaje, lleno de neologismos bárbaros, su acento viciado—por la mala conformación de su boca confundían las guturales—y su espíritu poco cultivado dabánles un aire de real inferioridad. Jerusalén los trataba como buenos campesinos á quienes se ridiculiza con gusto. Y, sin embargo, era aquella una

(1) *Is.*, IX, 1; I *Mac.*, V, 15, Mat., IV, 15.
(2) I *Mac.*, V., 20.
(3) *Ant.*, XIII, 5, 4.

raza grande, bella y esforzada, fidelísima á su Dios y á sus superiores, valiente en la guerra, laboriosa en la paz.

Fértil y pintoresco era el país que habitaba. Se dividía en dos zonas muy diferentes. La una, llamada Galilea superior, cubierta de montañas rocosas, pero verdes y frondosas, era la menos rica y habitada. En las numerosas cuevas que en ellas había excavado la naturaleza, buscaban gustosos un abrigo [1] los bandoleros y los revolucionarios. La otra, llamada Galilea inferior, se hallaba cortada alternativamente de colinas y largos valles, y se parecía bastante á los variados paisajes que encontramos en ciertos contrafuertes de los Alpes. Los pastos, los campos de trigo y aun los viñedos, las plantaciones de olivos, de higueras, de granados, amenizaban con su diversidad los diferentes lugares, tanto más cuanto las armoniosas ondulaciones del terreno se dibujaban bajo un cielo absolutamente puro. Parecía que la naturaleza se había visto obligada á realizar las bendiciones prometidas por Jacob y Moisés á Aser y á Zabulón [2]. Eran sobre todo particularmente fértiles los alrededores del lago de Genesaret; en ellos se veían madurar los frutos de los países más cálidos.

Por lo demás, Galilea explotaba con inteligencia sus tierras y exportaba á Fenicia los géneros que no utilizaba para su consumo. La gran ruta del mar, que se extendía á lo largo del territorio, atravesaba el país. Partiendo de Damasco, iba á Tolemaida, pasando por Cafarnaún, Tiberíades y Seforis. La fácil salida que aseguraba al comercio multiplicaba la riqueza en todo el país. Tal es la razón del bienestar exagerado de algunas ciudades situadas en las riberas del lago de Genesaret [3] y de la gran población de este país. A creer á Josefo, en Galilea no habría menos de tres millones de habitantes [4].

---

(1) Visitamos con especial cuidado este país en nuestro tercer viaje, en 1899, y las poblaciones de metualis que en él se encuentran recuerdan aún por sus costumbres lo que fueron sus antepasados..

(2) *Gen.*, XLIX; *Deut.*, XXXIII.

(3) *Math.*, XI, 21.; *Luc.*, X, 13.

(4) *Bell. Iud.* III., 3.

Podemos, pues, afirmar que dicha provincia era la más próspera de Palestina, sobre todo teniendo en cuenta el patriotismo y el sentimiento religioso que constituían el fondo de aquellas vigorosas naturalezas de campesinos. Acostumbrados desde la infancia á la fatiga, abandonaban gustosos el arado para empuñar la espada; y Josefo, como Tácito, convienen en reconocer que eran incomparables soldados. Por lo demás, el suelo que pisaban sólo hablaba de las gloriosas luchas de lo pasado. La famosa llanura de Esdrelón y de Jezrael había presenciado los combates de Gedeón contra los madianitas, de Saúl contra los filisteos, de Acab contra los asirios. Allí había caído el rey Josías bajo las flechas de los arqueros del faraón Necao. El Cisón, que la atraviesa por occidente, había visto enrojecidas más de una vez sus aguas con sangre humana [1]; era el río de las batallas, mientras que, hacia el oriente, Betsán, Harad, Betseta, Tenac, Mageddo y Jezrael evocaban, alrededor de los montes de Gelboé, sangrientos recuerdos. Aun el norte conservaba huellas de gloriosos combates; y Hasor, Haroset y Cedes recordaban las hazañas de los hijos de Israel. Poco bastaba, pues, para sublevar aquel pueblo, cuyo valor mantenían quince plazas fuertes, y transformarlo en un ejército aguerrido que reivindicase la independencia nacional. Así, más de una vez también se abusó de su ardiente patriotismo para conducirlo á desastrosísimas aventuras.

El galileo era adicto á la religión de Moisés hasta lo más íntimo de sus entrañas. No pasaba una sola de sus fiestas solemnes sin que subiese en caravanas á Jerusalén para cumplir sus deberes religiosos. Frecuentaba las sinagogas y escuchaba á los doctores con profundísimo respeto. No obstante, se paraba menos en menudencias que los habitantes de Jerusalén; el contacto con los gentiles, indudablemente, había relajado algún tanto su piedad y sus ideas. Empero su naturaleza recta y generosa no se

(1) *Juec.*, V, 21.

hallaba viciada ni por una civilización demasiado refinada ni por supersticiones religiosas, que son el peligro ordinario de las generaciones inquietas y enfermizas. Satisfecho con seguir á Moisés y á los profetas, rechazaba instintivamente cuanto pretendía añadirles una ridícula casuística.

La JUDEA propiamente dicha era un territorio trabajado de muy diferente manera por las discusiones teológicas. Sus habitantes, muy quisquillosos en cuanto se relacionaba con la práctica de su religión, acercábanse menos en realidad á la antigua fe de los patriarcas que los campesinos de Galilea. La verdadera vida moral y sobrenatural se extinguen muy pronto cuando se la encierra en un ritualismo exagerado y preponderante. Ya veremos cuán pocos elementos favorables supo ofrecer á la obra de la manifestación divina aquel centro eminentemente judío. Y, sin embargo, no sólo guardaba los mayores recuerdos del judaísmo, sino la especialidad de la enseñanza oficial. En ella se encontraba la Ciudad Santa y el Templo, y residía el Sumo Sacerdote.

Nos alargaríamos demasiado si tratáramos de realzar los nombres célebres que contenía esta provincia principal, de la cual eran sólo dependencias las tres restantes. En el Norte, y dirigiéndose de este á oeste, se encontraba Jericó, la ciudad de las palmeras y de las rosas, en otro tiempo arruinada por las tribus triunfantes, vuelta luego á su primitivo florecimiento, y, por fin, recientemente embellecida por Herodes, rivalizando en esplendor con las más bellas ciudades de Siria. Contribuían sobre todo á acrecentar su prosperidad las numerosas caravanas que la atravesaban y el bálsamo que recogía. Masfa y Gabaón habían presenciado la oración de los grandes siervos de Dios. Más lejos, hacia el occidente, y antes de bajar á la llanura de Sefela, teatro de la heroica lucha del pueblo de Dios con los filisteos, se encontraba el valle de Ayalón, donde mandó Josué al sol detener su curso para dar lugar á que Israel exterminase enteramente á los amorreos. Al sur

de Zara, existían los viñedos de Tamnata y los barrancos en que mostró su fuerza Sansón y realizó sus terribles estratagemas contra los filisteos. En el valle de los Terebintos fué donde David, el pastorcito de rubia cabellera, venció al gigante Goliat; y más tarde, en Modín, hizo Matatías oir á sus hijos el grito de independencia, escribiendo con sangre de renegados y de tiranos los derechos de la conciencia y del Dios de Israel. Más hacia el mediodía, entre áridas y rocosas montañas, como un oasis en medio del desierto, se levantaba Belén-Efrata, lleno de recuerdos y de esperanzas. Cerca de ella, murió Raquel, madre de la tribu privilegiada, al dar á luz á su segundo hijo, Benjamín: así lo recordaba á los viajeros la piedra conmemorativa que Jacob había elevado sobre su tumba. Sus valles habían visto á Rut la Moabita, abuela de David, espigando trigo y cebada detrás de los segadores de Booz. En fin, junto á sus muros, la Virgen profética había de dar al mundo el Hijo de las promesas. Más de una vez habían saludado aquel día los patriarcas, cuyos huesos dormían á algunas leguas de allí, en las cavernas de Hebrón. Amós, el pastor de Tecué, lo había predicho con todos los demás profetas y lo esperaba la nación entera.

Sola, y como descorazonada, parecía ser completamente extraña á estas esperanzas una secta que encontramos aquí á nuestro paso y que merece figurar entre los elementos sociales y religiosos de esta época: la de los esenios. Buscando en sí mismos el principio de la restauración moral de la humanidad, se habían separado del mundo para agruparse en las áridas y desoladas montañas del desierto de Judá, hacia la playa occidental del Mar Muerto. «Nación solitaria—nos dice Plinio el Naturalista—y singular entre todas las demás, vivía sin mujeres, sin amor, sin dinero, sin más compañía que las palmeras. Cada día veíasela multiplicarse y reproducirse; porque eran numerosos los nuevos adeptos que, cansados de la vida y arrastrados por el vendabal de la adversidad, iban á pedirle que les permitiesen compartir con ella su existencia. Sólo

de este modo puede durar largo tiempo una nación en la que no se registra un nacimiento. El pesar que sienten los hombres por su vida pasada es un principio moral tan fecundo como el matrimonio, y él basta para crear un pueblo» [1]. Acercándose á los discípulos de Pitágoras y á los estoicos, mostraron aquellos hombres piadosos lo que era capaz de producir el judaísmo en materia de espiritualismo elevado y de virtudes heroicas, si es que podemos relacionar con la religión israelita unos sectarios que, suprimiendo la mayor parte de las prescripciones legales, parecían haber roto con el mosaísmo oficial. Los esenios no admitían víctimas sangrientas, y, sin visitar jamás el templo de Jerusalén, constituían un culto que nada tenía de común con el de Israel. Su sistema religioso parecía estar inspirado en el dualismo que se encuentra en todas las teogonías de Oriente. Para ellos la materia era un principio de mal. Así, aborrecían toda clase de placeres groseros, y particularmente el matrimonio; esperaban que, evitando todo contacto impuro, sus almas, emanadas del éter sutil, volverían á él, después de haber experimentado el peso del cuerpo. A la otra parte del Océano, debían de existir islas afortunadas para los justos; mientras tanto, endulzaban los dolores de la vida presente con la oración, el trabajo manual y la más cordial fraternidad. Al entrar en esta asociación religiosa, desprendíanse de su fortuna y ofrecían de antemano el producto de su trabajo cotidiano. Era completa

---

(1) Plinio, *Hist nat.*, V, 17. Prescindiendo de este pasaje, hay que buscar enseñanzas más precisas en Josefo. *B. J.* II, 8, 12-13; *Antiq.*, XIII, 5, 9; XV, 10, 4-5; XVIII, 1, 2-6; en Filon, *Todo hombre virtuoso es libre*, §§ 22 y 13; *Apología de los judíos*, fragmento transcrito por Eusebio, *Prep. Evang.*, VIII, II; en San Epifanio, *Haeres.*, XIX, 1 y 2; en San Hipólito, *Refut. de las Herej.*, libro IX, § 18-28. Entre los modernos véanse: Clemens, *De Essenorum moribus*, y Keim, *Hist. de Jesús de Nazara*, vol. I, p. 365 de la edición inglesa; Lucius, *Der Essenismus*, 1881; Friedländer, *Zur Entstehungsgesch der Christentums*, 1694. Es de notar que Jesús, que tantas veces se las hubo con los fariseos y los saduceos, no mencionase nunca á los esenios, los cuales eran, sin embargo, adversarios del Evangelio en muchos puntos dógmáticos y morales. La razón tal vez está en que los esenios, encerrados en su soledad, no se mezclaron nunca en el movimiento popular provocado por Juan Bautista y el Mesías.

la comunidad de bienes. Rehusaban comunicarse con los judíos vulgares, pero educaban gustosos los hijos que les confiaban. Suprimiendo toda distinción de nacimiento, fortuna ó jerarquía, practicaban la igualdad más absoluta. Terribles juramentos los unían á una especie de potente fraternidad ó sociedad secreta, con una iniciación de tres grados. A pesar de su piedad y de sus virtudes, eran muy capaces de aportar á la vida social un elemento de trastornos y divisiones; por fortuna, abandonaban poco su soledad, y dejaban de buen grado que la Ciudad Santa diese el impulso religioso á toda la nación.

Efectivamente, Jerusalén era el punto central, no tan sólo de la provincia, mas también de todo el judaísmo difundido por Palestina y por el mundo entero. Hacia ella se dirigían todos los corazones israelitas. Feliz quien podía visitar á Sión, la ciudad de Dios; más feliz aún quien la habitaba. Allí era donde Jehová se mostraba á su pueblo y atendía á los suplicantes. De sus muros, según los profetas, debía salir la revolución religiosa para dar la vuelta al mundo. Llamada providencialmente, según la etimología de su nombre, *Ciudad de Paz*, eran sus destinos realizar la conquista del universo, como temían los romanos, pero sin violencia y por el éxito más inexplicable.

Al pie de una lengua de tierra desprendida de las montañas de Judea, en dirección á Oriente, se levantaba Jerusalén (probablemente la antigua Salem de Melquisedec) como sobre un istmo rodeado de barrancos [1]. La planta de ella, abrigada por las vecinas alturas, era una montaña dividida en tres colinas de elevación desigual. La más alta era el monte Sión, al S. O., arrebatado por David á los jebuseos. El Acra [2], al N. E. de la anterior, era la más habitada, puesto que servía de asiento principal á la ciudad; tenía la forma de media luna. La más célebre, á causa de estar ocupada casi totalmente por el templo, era el Moria.

(1) V. Olshausen, *Zur Topogr. d. A. Jerusalem*; Kiel, 1883; Spiess, *Das Jerusalem des Josephus*, Berlín, 1881.

(2) Le provenía este nombre de la ciudadela edificada allí por Antioco Epifanes.

Desde que Simón Macabeo hubo arrasado la ciudadela de Antíoco y cegado el valle que separaba el Acra del Moria, ambas alturas formaron solamente una, [1] dominando así el templo á la ciudad propiamente dicha. Exceptuando la parte norte, hacia el lado de Bezeta, *La Ciudad Nueva*, ofrecía Jerusalén el aspecto de una ciudad inexpugnable. Dos profundos barrancos [2], el valle del Cedrón, á levante, y el de Hinnón, al mediodía y al ocaso, la rodeaban de fortificaciones naturales acrecentadas considerablemente por la mano del hombre. Y, en efecto, murallas construídas en zig-zag sobre abruptas rocas alzábanse sobre abismos, mientras que los puntos más accesibles aparecían defendidos por inmensas torres cuadradas ú octagonales, guarnecidas de parapetos almenados.

Numerosas puertas, que ordinariamente tomaban su nombre de su situación ó utilidad respectiva, daban paso á ciento cincuenta mil habitantes [3] que poblaban la ciudad, y á numerosos peregrinos que iban á visitarla. Así, al decir de Josefo, Jerusalén presentaba todavía, en la época de que hablamos, el aspecto de una ciudad grande y bella. Indudablemente, no tenía el esplendor que había alcanzado cuando la sorprendió la invasión babilónica; pero, si bien menos majestuosos, eran todavía muy notables los monumentos elevados en todas partes por la arquitectura griega. Los palacios de Helena, de Adiabena, de los magistrados, del Sanedrín, en la ciudad baja [4], no cedían en magnificencia al de Herodes, edificado en la vertiente septentrional del monte Sión. Josefo cuenta maravillas de este edificio. Mármoles preciosísimos, oro, plata, todo, se había derramado en él con profusión. Los jardines, las gra-

(1) De aquí la frase de Tácito: «Duos colles inmensum editos claudebant muri.» (*Hist.*, V, 11).

(2) Otro tercero, el Tiropeón, ó valle de los queseros, separaba el monte Moria del Sión, desde la fuente de Siloé, en el Cedrón, hasta la muralla Millo, en el ángulo N. E. del monte Sión, y junto á la plataforma llamada Xisto.

(3) Hecateo de Abdera supone que en tiempo de Alejandro el Magno, Jerusalén tenía 120.000 habitantes. (V. Josefo, *Contra Apion*, l. I, c. XXII).

(4) Josefo, *B.* J., l. VI, 6-3.

ciosas columnatas, las fuentes de bronce con esbeltos surtidores, recordaban el lujo oriental en el período de su mayor esplendor. Aquella morada real, rodeada de murallas de treinta codos de altura, estaba defendida aún por el primer muro de recinto y protegida por tres torres, prodigiosas por sus proporciones y admirables por su forma. Habían sido edificadas por Herodes, apareciendo en su conjunto como inmensos cuarteles de mármol blanco, y llevaban los nombres de las tres personas más tiernamente amadas del monarca: un amigo, Hipico, un hermano, Fasael, muertos ambos gloriosamente en la guerra, y una mujer, Mariana, á quien había dado muerte por exceso de amor. Sólo la torre de Psefinos, construída más al Norte y fuera de la segunda muralla, podía rivalizar con ellas. Los príncipes Asmoneos habían dejado también en su capital un palacio magnífico, recuerdo de su gloria y de sus virtudes; pero, transformado por Herodes en castillo, la mansión de los grandes patriotas se había convertido en cuerpo de guardia de los dominadores extranjeros. Llevaba el nombre de Marco Antonio. La baja lisonja de Herodes había llegado hasta el punto de reemplazar de este modo el recuerdo de los libertadores por el de los tiranos, y, desde lo alto de sus almenas, Roma hacía vigilar el Templo y colocaba su férrea mano en el corazón mismo de Israel, para regular sus pulsaciones.

Al ver este conjunto de torres fortificadas, de murallas formidables, de palacios defendidos como ciudadelas, hubiérase tomado fácilmente á Jerusalén por una plaza de guerra. Empero todo este aparato militar, consecuencia de desgraciados sucesos, era la obra prudente de los opresores. En realidad, Jerusalén continuaba siendo, cuando menos, la Ciudad Santa, en la que, por tradición y por instinto, ocupaban lugar preferente, sobre todas las demás, las preocupaciones religiosas. El Templo, real y majestuoso, se cernía sobre su cabeza, como Jehová sobre sus ideas. Hacia él se dirigían todas las miradas y todos los corazones, y aquel pueblo que, por lo que á él se refería, sufría

pacientemente las humillaciones de un yugo extranjero, se convertía en intratable y capaz de todos los martirios cuando se insultaba la casa ó el culto de Dios.

Asentado sobre el Moria, y resplandeciente de belleza, como un vasto bloque de nieve, según frase de Josefo [1], el Templo era el signo visible de la alianza que unía á Dios con su pueblo [2]. Allí el cielo parecía tocar la tierra, y los creyentes se apresuraban á orar y ofrecer sus sacrificios. Desde el *Santo de los santos, Debir* ó *Kodesh Hakkodashim*, aquel santuario, tres veces augusto, visitado tan sólo y raras veces por el Sumo Sacerdote, hasta el atrio de los gentiles, donde podían penetrar los incircuncisos, era fácil distinguir una serie regular de ciclos abiertos á los diversos grados de la perfección religiosa. Así se explica que pudieran entrar libremente los prosélitos de la gentilidad dentro del patio inferior, bajo la rica columnata y el pórtico real del primer recinto, sin tener derecho á penetrar más adentro. A distancia, y cual si fueran una piara de ganado impuro, eran detenidos por una barrera y por inscripciones griegas ó latinas grabadas en mármol. Á pesar de las más nobles aspiraciones, nadie se acercaba á Dios, como no fuese hijo de Abraham. Sólo á los judíos se abría el segundo patio ó plataforma, y aun allí se efectuaba una nueva selección. Pareciéndoles que la mujer sólo podía alcanzar un grado ínfimo de vida religiosa, era aislada en un recinto especial. Luego, á su vez, se tenía al hombre á distancia, sin permitirle presenciar las ceremonias sagradas sino de lejos; se le prohibía el paso al atrio interior ó patio superior, reservado á los sacerdotes

(1) Las construcciones de los patios formaban un cuadrado de 180 m. de lado. El Templo propiamente dicho aparecía revestido exteriormente de placas de mármol; é interiormente con láminas de oro. Los detalles que nos dan Josefo y los rabinos prueban que, por distante que estuviera de igualar al templo de Salomón, era, sin embargo, una verdadera maravilla.

(2) V. para la descripción del Templo: Tobler en su *Topographie de Jérusalem*, p. 459 y sig.; Edersheim, *The Temple* etc., Londres, 1874; Fergusson, *The Temple of the Jews*, Londres, 1878; un interesante artículo del P. Aucler S. J. en la *Revue Biblique; Le Temple de Jérusalem*, por M. de Vogüé, 1864, 1 de Abril de 1898.

y á los levitas. Finalmente, ni á éstos se les consideraba dignos de penetrar en el *Santo de los Santos*. Tal honor era derecho exclusivo del soberano sacrificador.

Estas diversas clasificaciones, la solemnidad del culto, la esplendidez increíble del edificio, la escrupulosa regularidad en los ritos ceremoniales, la piadosa educación de los niños, las antiguas tradiciones nacionales, el temor á Jehová, todo contribuía á mantener una corriente perpetua de vida religiosa en Israel. Á pesar de lo mucho que se hizo para destruirla, la gran autoridad, viva é incontestada entre el pueblo, continuaba siendo la autoridad religiosa; los conquistadores llegaron á comprender que, para subyugar la nación, era preciso extender la mano hacia el sacrificador soberano y escoger, según sus miras, á los jefes de la jerarquía sacerdotal.

No solamente en las sinagogas ventilaban los judíos la cuestión religiosa, sino que todo el día, en las plazas públicas, donde tomaban asiento los ancianos, y por la tarde, en las terrazas de sus casas, en medio de regocijados banquetes, donde se reunían parientes y amigos, se complacían en olvidar sus preocupaciones materiales y las desgracias del tiempo, para discutir, como teólogos casuistas, la ley de Jehová. Á decir verdad, ésta lo era todo para el judío, ya que dirigía no sólo su vida moral, sino también toda su vida física, ya que había llegado, por extrañas innovaciones, á enlazar su mismo cuerpo en estrechísima red de prescripciones ceremoniales.

Efectivamente, en aquella época, había tomado un desarrollo considerable la religión externa. Una secta de exagerados rigoristas, los fariseos [1], exaltaba profundamente las multitudes pretendiendo imponer observancias nuevas

(1) De *Pharusch*, «comentador», ó de *Parusch*, «separado, sectario.» Comúnmente se les daba este nombre, pero ellos se designaban á sí mismos con el título de *Haberim*, *compañeros* ó miembros de una cofradía dedicada especialmente á la estricta observancia de la ley. V. Wellhausen, *Die Pharisäer und die Sadducäer*, Greifswald, 1874. Puede también leerse con interés Hausrath, *Le temps de Jésus*, vol. I, parte 3.ª y Cohen, *Les Pharisiens*, París, 1877.

y complicadísimas. Nacida durante las sangrientas persecuciones de Antíoco, modificó más tarde su programa, que tan santamente patriótico había sido en sus principios. Desde que dejaron de ocupar sus jefes el primer lugar en las asambleas populares, vióseles exagerar su religión para reconquistar lo que les habían arrebatado la opinión pública y los sucesos. Según ellos, no había en el mundo más que el pueblo judío, y en el pueblo judío, la ley mosáica. El incircunciso y no hijo de Abraham no era ya hombre, y más allá de los límites de Palestina empezaba un mundo degradado, cuya atmósfera bastaba para mancillar á un verdadero israelita. Cuanto no era mosaísmo era malo; ni Dios mismo podía añadir algo nuevo á la revelación del Sinaí, la cual era comentada é interpretada por ellos con una sutileza que alentaba todas las supersticiones, á la vez que ocultaba una inmensa hipocresía. Sus adiciones, tan inútiles como ridículas, se multiplicaban hasta transformar por entero la ley divina. De este modo fué reemplazado en la práctica el gran principio de la caridad para con Dios y para con el hombre, por una serie de observancias tiránicas y pueriles: abluciones frecuentes, ayunos, diezmos, actitudes enfáticas, amuletos y diversas formas de vestiduras.

A la secta farisea pertenecían generalmente los escribas, *Sopherim*, «hombres de la escritura» ó «del libro», que pasaban su vida traduciendo y explicando la Biblia [1]. Esta clase adquirió importancia considerable después de Esdras y Nehemías, cuando, en el momento en que desaparecen los profetas, se dió entrada en ella á cuantos querían ocuparse en el estudio y observancia de la Ley. No eran siempre de la tribu de Leví, pero completaban el sacerdocio, el cual, encerrado en el templo, no entraba suficiente y directamente en la vida privada del pueblo para asegurar en él el respeto minucioso de la Ley. Así el pueblo se mostraba ávido de escuchar á los escribas é interrogarlos. ¡Ah, cuán

(1) V. Vitringa, *De Synagog. Vet.*; Keil, *Archäologie*, § 132 y sig.; Gfrröer, *Jharhundert des Heils;* Schürer, *Gesch. d. Jud.*, II, p. 298.

mal respondían á la piadosa confianza depositada en ellos! En vez de hacer revivir en las masas, por una enseñanza seria y substancial, la arraigada religión de los viejos israelitas, perdían el tiempo en las áridas discusiones de las tradiciones rabínicas.

El más célebre de ellos, Hillel [1], á quien recientemente y por capricho, se ha pretendido rodear de una aureola de iniciador que le aplasta, no fué gran cosa más que sus maestros Semaya y Abtalión, el Sameas y el Pollión de Josefo [2]. Su dulzura, su amor á la ciencia, la sencillez de sus costumbres y sus demás virtudes le aseguraron la consideración personal de sus contemporáneos; quizás llegó á encontrar más de una vez, en el fondo de su alma, algunas sentencias morales que le honran. Como resultado final, su enseñanza en nada cambió la corriente que arrastraba al rabinismo de su tiempo á la sofocación completa de toda sincera emoción religiosa.

A su lado, Sammai, su adversario, Simón, hijo suyo, y Gamaliel, su nieto, emplearon toda su autoridad en hacer prevalecer más que nunca estrictísimos puntos teológicos, manteniendo y desarrollando las prescripciones de un ritualismo ridículo. Reunidos todos, y como para demostrar una vez más que los Libros Sagrados de Israel eran efectivamente fruto de una inspiración del cielo y no del genio nacional, acabaron por crear ese miserable producto

(1) No podemos menos de hacer observar á los que se admiran del poco espacio dado á Jesús en los escritos de Josefo, de que mucho menos es el que ocupa Hillel, pues ni tan siquiera es nombrado. Ewald, en su *Hist. d'Israël* vol. VI de la edición inglesa, p. 9-36; Farrar, *Life of Christ*, vol. II, p. 453-460, han recogido, por su propia cuenta, los principales datos biográficos suministrados por el *Talmud*. Convengamos en que aun los rasgos de virtud atribuídos al ilustre rabino tienen algo de pueril, y que, por un lado, no desentonan gran cosa de la nota general del *Talmud*. En cuanto á sus máximas, algunas, á decir verdad, se acercan mucho al Evangelio; pero, escritas mucho tiempo después de él, en una época en que estaban ya extendidos universalmente nuestros Libros Santos, podrán perfectamente ser más cristianas que judías. Delitzsch, en un corto pero interesantísimo escrito: *Jesus und Hillel* Erlangen, 3.ª edición, 1879, ha sacado la siguiente conclusión: «Distan tanto las tendencias del uno de las del otro, como el cielo de la tierra. Hillel hizo casuística para su pueblo, Jesús hizo religión para la humanidad».

(2) *Ant.*, XIV, 9, 4; XV, 1, 10, 4.

del pensamiento humano, el *Talmud* [1], que tan pocos hombres han tenido luego el valor de leer, dejando sólo al judaísmo el cuidado de admirarlo. Diríase que la Providencia permitió tan sólo la redacción posterior de esta monstruosa compilación para dar á entender mejor el medio lastimoso en que había aparecido Jesús, de improviso y sin maestro alguno que le preparase.

Así, pues, ¡triste espectáculo!, al pobre pueblo que pedía pan le arrojaban piedras cruelmente los doctores de Israel. Sin embargo, les era fácil evocar ante los ojos de la multitud los ejemplos de los patriarcas y de los grandes siervos de Dios, ó hacer resonar en sus oídos la palabra, siempre potente, de los antiguos Profetas. Los rabinos preferían demostrar con vanidosa complacencia que sabían con fijeza cuántas palabras, y aun cuántas letras, tenía cada uno de los capítulos de la Biblia. Matando despiadadamente el lado vivo, moral, sublime de la Escritura, se entretenían en inútiles comentarios y pueriles observaciones [2]. Sin embargo, como la tradición gozaba en el pueblo de soberana autoridad, acabaron por dar capital importancia á las glosas de los antiguos. Así fué como se impusieron las innovaciones farisaicas con igual autoridad que el Decálogo. Eran tan numerosas, que reglamentaban

---

(1) El Talmud—palabra que viene del verbo *lamad*, enseñar,—ó mejor, los Talmudes, porque había dos,—son los comentarios de la Mischna, escritos con el nombre de Ghemara «Complemento», uno de ellos en Sura, llamado de Babilonia, y el otro en Tiberíades, dicho de Jerusalén. La Mischna en sí misma era el código de las tradiciones orales que precisaba y desarrollaba la ley de Moisés. Redactado por Aquiba en un principio, y luego por Judá el Santo, hacia fines del siglo II de nuestra era, llamóse la *segunda ley*. Los dos Talmudes, el de Babilonia hacia el 525, y el de Jerusalén, hacia el 350, constituyeron la *tercera ley*. Los seis libros de la Mischna, escritos en hebreo, tratan: 1.° de las simientes; 2.° de las fiestas, 3.° de las mujeres; 4.° de los daños; 5.° de las santidades; 6.° de las purificaciones. El Talmud ó Ghemara de Babilonia los comentó en sesenta volúmenes en 8.°, escritos en arameo. El de Jerusalén, compuesto en la misma lengua, tiene sólo doce volúmenes; pero así el uno como el otro son el más indigesto fárrago de puerilidades que pueda concebirse. Se imprimieron por primera vez en Venecia, en 1520. Las ediciones más recientes son las de Berlín, 1860-67.

(2) Véase el *Pirke Aboth* ó *Los dichos de los Padres*, considerado como el mejor tratado de la Mischna, y, con mucha mayor razón, de los Talmudes.

toda la existencia social, individual y doméstica. Apenas bastaba la vida de un hombre para aprenderlas, lo cual equivale á decir que no había fuerza humana capaz de observarlas.

Así, en virtud de reacción violenta, había sacudido el yugo de todas aquellas supersticiones, y aun del mismo ritualismo legal, un partido, la secta de los saduceos [1]. Estos adversarios suprimían, con el abuso de la Ley, la Ley misma. No son raros entre los reformadores religiosos los ejemplos de tamañas exageraciones. Así es el espíritu humano; no sabe moderarse en la victoria, y sale bien pronto, por la puerta del error, del lugar que legítimamente ocupara en nombre de la verdad. Las observancias del culto exterior no deben, indudablemente, ser colocadas sobre el mismo pie que la moral, porque la suplantarían insensiblemente, y acabaría el hombre por creer que puede ser santo gracias á las prácticas exteriores de que se rodea, mientras se deja arrebatar por detestabilísimas pasiones. Empero, dada nuestra naturaleza, obtienen importancia real estas observancias, y no han sido suprimidas jamás impunemente por el orgullo y las falsas teorías filosóficas.

Burlándose de las prescripciones y del espíritu separatista de los fariseos, los saduceos acabaron por convertirse en escépticos, mundanos, rebeldes. Se mezclaban gustosos con los paganos, aceptaban su género de vida, frecuentaban sus diversiones públicas. En estas condiciones, su moral se desvanecía con la misma rapidez que su piedad. Vivían una vida fácil, no regulada por precepto alguno, negaban la inmortalidad del alma, la existencia de los espíritus, y sólo admitían á un Dios gobernado por el acaso. Sadoc, su fundador, había dicho: «No te separes de la mayoría.» Se les vió someterse sin escrúpulo á todos los gobiernos que les aseguraban el bienestar, en vez de velar por la salvaguardia de la religión de sus padres. Así llegaron á abdicar los nobilísimos sentimientos de los verdaderos israe-

(1) Véase Ed. Montet, *Essai sur les origenes des partis Sadducéen et Pharisien*, etc., París, 1883.

litas: el ardiente patriotismo y la fe en el porvenir de su nación. La mayor parte estaban enfeudados á la causa de Herodes; habían aplaudido impudentemente la fortuna del usurpador, y, al morir éste, mendigaron con sus lisonjas el favor de sus hijos.

Ordinariamente pertenecían á la clase rica y preponderante, porque no en vano frecuentaban el teatro de los representantes del poder público. Los fariseos y los escribas constituían la clase media, si bien había entre ellos varios que procedían de las más antiguas y mejores familias de Israel; sólo que, por haberse mostrado adversarios de los que gobernaban el país, no habían hallado, en el contacto con la autoridad soberana, ocasión de rehacer sus fortunas comprometidas por los sucesos políticos. Por esta razón eran preferidos por el pueblo á los saduceos, quienes se mostraban desdeñosos como advenedizos, y egoístas como vividores. Por lo demás, los fariseos formaban la mayoría del partido de los animosos, y esto es siempre lo que más favorece á un partido ante las multitudes. Añadamos que apelaban á todos los medios para hacer prosélitos. Sus emisarios lo recorrían todo, desde Judea á Galilea, exponiendo sus doctrinas con objeto de atraerse la admiración universal y reclutar partidarios.

Las sinagogas favorecían la acción religiosa de los defensores de Israel. Después del destierro, habían aumentado considerablemente dichos lugares de reunión destinados á la oración en común y á la instrucción religiosa, y en tiempo de Jesucristo había sinagogas casi dondequiera que se encontraban judíos. Eran administradas por un colegio de ancianos, *Zekenim*, y sus funcionarios regulares eran un jefe principal, *Rosch-Hakeneset*, un oficiante, *Scheliach Cibbour*, y un ugier, *Hazzan*. Mediante estos múltiples representantes de su autoridad, el poder central del partido religioso en Jerusalén daba las órdenes al pueblo [1] y seña-

(1) *Act.*, IX, 12. Acerca de la sinagogas judías, V. Jost, *Geschichte des Judenthums*, 1, 168; Hausrath, *Zeitgeschihcte*, 1, 71-75; Schürer *Handb. d. Neues. Zeitg.*, p. 464.

laba la posición que convenía tomar en un terreno donde casi siempre andaban confundidas la religión y la política.

Este poder central se hallaba representado por el Sanedrín [1] y el gran sacerdote que ordinariamente lo presidía. Compuesto de setenta y un miembros, escogidos entre los príncipes de los sacerdotes ó jefes de las veinticuatro clases sacerdotales, entre los ancianos del pueblo, y, en fin, entre los escribas ó los hombres de la ley, este consejo superior representaba lo único que de autoridad verdaderamente judía y nacional había sobrevivido en Israel. Después de haber ejercido simultáneamente el poder administrativo y el poder judicial, veía el Sanedrín que, por su culpa, iban á escapársele ambos de las manos. Él, en efecto, fué el que animó á los romanos á tomar la dirección de los asuntos judíos. He aquí en qué circunstancias.

Sabido es que los romanos empezaron á mezclarse en la historia de Palestina con ocasión de la fratricida lucha sobrevenida entre Aristóbulo é Hircano. Cuando Roma, que tenía conciencia de que su misión era conquistar al mundo, tendía la mano á un aliado, no lo abandonaba ya, y en el abrazo de su temible amistad lo sofocaba muy pronto para castigarle por haber reclamado su intervención. Así, luego que Pompeyo se hubo apoderado de Jerusalén, invadido el Templo, degollado á los sacerdotes y mancillado el Santo de los Santos, ordenó á Hircano, su protegido, á que, deponiendo la diadema, llevara en adelante sólo el título de etnarca, y no el de rey, y le hizo tributario del gobernador de Siria, colocando á Palestina bajo la alta vigilancia de los ejércitos romanos.

Dos hombres contribuyeron en seguida á consumar la servidumbre de la nación; tales fueron Antípatro y su hijo Herodes. Tan ambiciosos como astutos y emprendedores, compraron, con toda suerte de bajezas, el favor de los diversos soberanos de Roma, y apoyados en el extranjero, produjeron la caída de los príncipes asmoneos

(1) Tratado *Sanhédrin*, en Ugulino, *Thes.*, XXV, 1-302, 339-1312; Darenbourg, *Hist. de la Palestine*, pp. 83-94, 465-468, París, 1867

para asegurar su propio acceso al poder. Herodes, sobre todo, vió coronados sus esfuerzos por el éxito. En el mismo momento en que parecía palidecer su estrella, por uno de esos golpes de la suerte que jamás deja escapar un astuto político, colocó sobre su cabeza la corona que había ido á solicitar en Roma para el joven Aristóbulo, «de quien sólo quería ser—decía—el primer ministro». En medio de una verdadera carnicería, fué instalado en el trono el nuevo rey por los ejércitos romanos. (1) La mortaldad fué tan horrible, que Herodes mismo preguntó al general romano si pretendía hacérsele rey de un desierto. De este modo agotaba lentamente el extranjero la vital energía de aquel pequeño pueblo, arrogante é indomable. Herodes se encargó de destruir las dos fuerzas que le restaban aún: la raza real y el Sanedrín. Para ello, derramó impunemente y hasta la última gota, cuanta sangre asmonea quedaba todavía, persiguiéndola cruelmente hasta en su propia familia; luego, después de haber quitado de antemano toda consideración y estima al Sanedrín, lo acuchilló y destruyó, reconstituyéndolo según sus preferencias personales y tendencias autocráticas, y elevando á la jerarquía de sumo sacrificador á un judío obscuro, Hananeel, á quien llamó de Babilonia. Entonces, habiendo elevado su propia grandeza sobre la ruina de todos, sólo tuvo una preocupación política: la de ser siempre para Roma y sus diversos soberanos el vasallo más obsequioso. Edificó ciudades y aun templos en honor de sus protectores, y, para ellos, oprimió al pueblo con impuestos. Al morir, sometió su propio testamento á la ratificación de Augusto, como para protestar muy alto de que nunca había creído ser otra cosa que el primer súbdito de Roma en su propio reino.

No de otra manera juzgaron sus hijos acerca de su situación. Á la muerte de su padre, Arquelao corrió á Roma para hacer ratificar el testamento que le daba el trono. Le siguió Antipas, y muy pronto Pilipo. Entonces, por

(1) V. Hausrath, parte 5.ª, p. 3-52.

una imprevisión fatal, los principales jefes del verdadero pueblo judío se interpusieron entre los competidores, pidiendo al Senado la supresión de aquella familia idumea que se arrogaba la inútil misión de ser la intermediaria entre protectores y protegidos. Judea, según ellos, podía gobernarse muy bien por sí misma bajo el alto patrocinio de los romanos. Augusto prestó atención á todas las recriminaciones, y preparó así su intervención directa y decisiva en los asuntos del país. Todos le aceptaban por soberano. No entraba en las tradiciones del pueblo romano rehusar las provincias que se rendían por sí mismas, cuando dedicaba toda su vida á esclavizar las que se resistían. Aguardó, pues, ó mejor, apresuró con sus maniobras la hora propicia para confiscar en provecho suyo el pequeño pueblo que, no pudiendo ya gobernarse, reclamaba un soberano, y no tardó en sonar esta hora.

Augusto respetó á corta diferencia el testamento de Herodes, suprimiendo tan sólo el título de rey que reivindicaba Arquelao, y reemplazándolo por el calificativo de etnarca.

Vueltos á su país Filipo y Antipas, se instalaron pacíficamente en sus tetrarquías [1]. El primero dió ejemplo de moderación en el gobierno y de bondad para con sus súbditos. Reinó sin agitaciones y en tranquila oscuridad durante treinta y siete años; y no habiendo dejado sucesor, sus provincias de Batanea, Gaulanítida, Traconítida, Paneas y Abilena quedaron incorporadas á Siria (34 de J. C.). El segundo, cruel, impío, voluptuoso, se mostró digno hijo de su padre, teniendo que sufrir mucho de sus caprichos las provincias de Perea y Galilea, por otra parte, embellecidas por él con suntuosas construcciones. Calígula les hizo justicia desterrándolo á las Galias.

En cuanto á Arquelao, á cuyas órdenes estaban Judea, Idumea y Samaria, se hallaba en un medio muy difícil para conservar por largo tiempo el trono que le habían

(1) Ewald., vol. VI., p. 71-80, *Hist. of Israel*, ed. ingl.

legado. Su padre había tenido que echar mano de astucia y audacia sorprendentes para luchar contra las dificultades que, exasperado, le suscitaba cada día un pueblo revoltoso. Ahora bien, Arquelao sólo había heredado de su padre los defectos. Déspota orgulloso, sin valor verdadero, lleno de vicios é impiedad, cayó pronto bajo las acusaciones con que le perseguían sus súbditos. Roma, pretendiendo hacer una justicia tardía al pueblo judío, desposeyó al etnarca, le desterró á Vienne, en las Galias, y redujo su principado á provincia romana dependiente de Siria [1].

Pronto sospecharon los judíos que todas sus reclamaciones no les habían deparado protectores, sino opresores. El censo hecho bajo el primer gobernador de Judea, Coponio, durante el proconsulado de Sulpicio Quirino en Siria, arrebatóles las últimas ilusiones [2]. Ya no les cabía la menor duda de que se había suprimido definitivamente su autonomía. Las revueltas de los celadores, fomentadas por Judas el Gaulonita y el fariseo Sadoc, contrariaron inútilmente al coloso romano, el cual extendió su cetro, más pesado todavía, sobre la nueva provincia incorporada al imperio. Verdad es que, durante cierto tiempo, Ambivio,

(1) A partir de Augusto, se dividieron las provincias en *imperiales* y *senatoriales*. Las primeras fueron presididas por *propretores*, y las segundas por *procónsules*. Unos y otros administraban justicia con igual autoridad. Sólo á los propretores se les concedió el derecho de mandar los ejércitos y de declarar la guerra, con detrimento de los procónsules, á quienes había competido exclusivamente este privilegio en tiempo de la república. Estos gobernadores principales se elegían del orden de los patricios. Después de ellos, venían los procuradores, hombres de más baja extracción. Al principio no tuvieron otra misión que recaudar el impuesto del César en las provincias imperiales, pagar el sueldo á las legiones que defendían su distrito, y remitir á su soberano lo sobrante de la recaudación. Más tarde obtuvieron los derechos de los procónsules, porque podían condenar á muerte, al administrar justicia. Esto fué sólo una consecuencia sobrado natural de la situación en que los colocaban los acontecimientos. En efecto, en los países todavía no sometidos, ó en los que se había aceptado sólo en parte la dominación romana, el poder ejecutivo debía estar en manos del procurador. Así, aun hallándose sometido al legado imperial de la Siria, el procurador de Judea tenía facultades para reprimir las sediciones y aterrar á los conspiradores con la inmediata ejecución de los culpables.

(2) V. Hausrath, parte 6.ª, 72-93; Esvald, vol. VI, p. 36 y sig.

Anio Rufo y Valerio Grato ejercieron la autoridad con moderación, gozando el país de relativa tranquilidad; pero su sucesor, Poncio Pilato (25 de J. C.), desdeñó la política de contemplaciones, y no obstante las tempestades provocadas por su carácter duro, del cual él mismo acabó por ser víctima, acostumbró á los judíos á soportar el yugo de Roma y á considerarse como un pueblo conquistado.

Así, pues, en la época en que va á desarrollarse la historia de la manifestación divina, veíase, no tan sólo en Cesárea, sino en la misma Ciudad Santa, pasearse como dueños por las calles á los soldados romanos. Flotaban sus estandartes en todas las plazas fuertes del país. A la entrada de cada población, sentábanse, en nombre de Roma, los recaudadores de las contribuciones. El procurador romano administraba justicia; sólo él ejercía en Palestina el derecho de vida y muerte sobre sus administrados. Era, pues, completa la disolución política del pueblo judío. Cada una de las tres partes en que había dividido Herodes su reino, tenía distinto soberano, sólo unidos entre sí por un humillante vasallaje á Roma, quien se había reservado el dominio inmediato sobre Judea, punto céntrico de aquella antigua teocracia. La dignidad de gran sacrificador era un puro fantasma, que se anulaba ó se restablecía á capricho de los procuradores. Valerio Grato, en el año 14, destituyó á Anás y le dió en tres años cuatro sucesores, el último de los cuales, José Caifás, fué suficientemente vil para mantenerse en el pontificado durante diecinueve años. Indudablemente que el pueblo protestaba contra la tiránica arbitrariedad del usurpador, conservándose adictísimo y respetuosísimo para con el antiguo gran sacerdote destituído; sábese, en efecto, que Anás continuó siendo siempre el verdadero pontífice para los creyentes; pues según la ley mosaica, la dignidad de sumo sacerdote era vitalicia, y si un intruso llegaba á ser de hecho gran sacerdote, jamás lo era de derecho [1]. El desorden, empero,

(1) Esta es probablemente la explicación más sencilla del pasaje de San

no parecía haber logrado una consagración menos oficial.

Este era el último grado de aniquilamiento á que podía llegar aquella nación desventurada. En la esfera política, tres gobernadores, según observa San Lucas: Poncio Pilato, Herodes Antipas y Filipo. En la esfera religiosa, dos sumos sacerdotes: el uno verdadero por ley divina, el otro falso por autoridad romana. No era posible imaginar una desorganización más profunda.

Y, sin embargo, no obstante lo mucho que había descendido, Israel esperaba todavía una resurrección gloriosa. Verdad es que si, según los profetas, había de salir el bien de la intensidad misma del mal, no había que aguardar más tiempo; la manifestación divina hallábase plenamente preparada.

Lucas (III, 2,) en que se nombran simultáneamente dos grandes sacerdotes, Anás y Caifás.

DIVISIÓN DE LA OBRA

Tal cual brota de nuestros Evangelios, la vida del Salvador, rápida, brillante, llena de peripecias, se nos presenta como un drama sublime. Debemos, pues, naturalmente buscar en ella las tres etapas de toda acción dramática: preparación, nudo y catástrofe. Por eso hemos dividido nuestro trabajo en tres partes principales: *Los Comienzos de Jesús, su Vida pública, su Fin.*

En **Los Comienzos de Jesús,** tomando ejemplo de San Marcos y San Juan, entramos bruscamente en materia. Resuena en el desierto la voz del Bautista, y APARECE EL MESÍAS EN ISRAEL; tal es el asunto del primer libro de nuestra primera parte.

Pero á los treinta años tiene uno tras de sí un largo pasado; á llenar este vacío, es decir, á la HISTORIA RETROSPECTIVA DEL MESÍAS, consagraremos el libro segundo.

En fin, nadie emprende una gran obra sin aquella PREPARACIÓN INMEDIATA que asegura su buen resultado. El tercer libro de los Comienzos de Jesús nos mostrará al Mesías pasando por esta preparación moral, y definitivamente introducido en su pueblo por el solemne testimonio de Juan Bautista.

La Vida Pública, que compondrá la segunda parte, la más rica é importante de la historia del Salvador, se subdividirá también en tres libros, por cuanto entraña tres períodos distintos: período de EXPLORACIÓN GENERAL, período de CREACIÓN EN GALILEA, período de LUCHA EN JUDEA [1].

(1) Esta división, que tiene la ventaja de ser menos superficial que la división por años, sigue con mayor respeto que las demás el orden de los relatos sinópticos, conservando todo el orden de San Juan. Para los sinópticos, efectivamente, el ministerio público de Jesús parece sólo tener dos fases: la primera enteramente en Galilea; la segunda enteramente en Judea. A duras penas, alguna que otra expresión, escapada á su pluma, nos permiten juzgar si tuvieron conocimiento de otras visitas hechas por Jesús á Jerusalén, fuera de la visita última y fatal. Vieron sencillamente como nosotros que Jesús

En el primer libro, período de EXPLORACIÓN GENERAL, veremos á Jesús lleno del fuego sagrado que iba á encender en el mundo, y sin temor á la malicia humana, manifestar su autoridad de Mesías por sus discursos y sus obras, simultáneamente en Galilea y Judea, y aun en Samaria, hasta el momento en que la prisión del Bautista demostró tal cual era el odio envidioso de los fariseos. El rápido examen del estado general de los espíritus que emprende el Salvador, no precisamente para instruirse á sí mismo, sino para poner de manifiesto la iniquidad de los unos y la relativa justicia de los otros, conduce al resultado de que Galilea es particularmente digna de ver el nacimiento del reino de Dios.

El segundo libro de la Vida pública nos mostrará á Jesús, á través del período de CREACIÓN, fundando su Iglesia en Galilea. Allí gozaba de menos influencia el despotismo farisaico y sacerdotal, eran las almas más generosas y estaban mejor dispuestas. El vino nuevo es colocado en odres nuevos. Durante esta parte, la más larga de su vida pública, el Mesías debe *organizar*, *instruir*, *aguerrir* la nueva sociedad. Conduce esta obra con la sabiduría de un Dios, y, arrancando á su Iglesia una profesión de fe definitiva, la encuentra capaz de entrever su gloria y soportar el anuncio de sus ignominias futuras y de su muerte.

El tercer libro está consagrado al período de COMBATE EN JUDEA. Ya que sus enemigos acaban de perseguirle hasta en las montañas de Galilea, afirmará Él su rostro,

---

había fundado su Iglesia en Galilea, y que inmediatamente la había introducido y expuesto solemnemente al combate en Judea. De los sinópticos tomamos la idea de los dos períodos separados; así como la otra idea, la del período preliminar de exploración, la hubiéramos hallado en la lógica de los hechos y sospechádola en nuestros raciocinios, si no nos la contase San Juan con todos sus detalles. Al empezar Jesús su grande obra, había de reconocer de una ojeada general y rápida el terreno sobre el que iba á operar. Y era natural. Los Sinópticos perdiéronlo de vista, absortos en el doble cuadro en que deseaba su pluma circunscribir la actividad del Señor. San Juan llena afortunadamente esta laguna. De él, pues, tomamos exclusivamente la historia de ese primer período; él se unirá á los sinópticos para completar los relatos de los otros dos.

según expresión de San Lucas, y seguro de su naciente Iglesia, trasladará el campo de batalla á Judea, en el mismo centro de Jerusalén. Hace tres distintas apariciones en la Ciudad Santa. La primera, de improviso, durante la *Fiesta de los Tabernáculos*, en la que, sin dar á sus adversarios tiempo para tenderle emboscadas, proclama solemnemente su misión. La segunda, verificada con menos precauciones por la *Fiesta de la Dedicación;* en ella confirma Jesús lo que enérgicamente sostuvo en la primera. En fin, la tercera coincide con las *Fiestas de la última Pascua*, y se transforma en entrada solemne en Jerusalén. Pero cada una de estas demostraciones públicas va precedida de un viaje y seguida de una retirada, á excepción de la última, que conduce á la catástrofe final. Durante esos viajes y esos días de retiro, Jesús evangeliza los campos de la Judea septentrional y oriental, las fronteras de Samaria y las aldeas de Perea. De suerte que, á través de luchas ú ovaciones, resuena por todas partes la palabra de Dios, antes de que suene la hora de la expiación suprema y de la salvación por la cruz.

La tercera parte de la obra histórica refiere **El Fin** de Jesucristo. Naturalmente, debe ser la más conmovedora, porque expone la triple peripecia que termina tan prodigiosa existencia. Puesta en manos de sus adversarios la Víctima divina, parece dormir en la MUERTE, pero resucita en la VIDA y va á sentarse definitivamente en la GLORIA. El primer libro, LA MUERTE, nos hace asistir á los *Preliminares del fin:* al *Proceso de Jesús*, á la *Catástrofe final.* El segundo, LA VIDA, relata la *Resurrección* y las *diversas Apariciones* de Jesús resucitado. Por último, el tercero, LA GLORIA, consagra su *Triunfo* definitivo en el *cielo* y en la *tierra.*

He aquí la idea general de este trabajo.

Una vez más, antes de emprenderlo, pongo la pluma á los pies de mi Salvador, rogándole que acepte mis esfuerzos, y que, en consideración á mi buena voluntad, excuse mi insuficiencia.

PARTE PRIMERA

LOS COMIENZOS DE JESÚS

LIBRO PRIMERO

EL MESIAS APARECE EN ISRAEL

CAPÍTULO PRIMERO

El Precursor

Un nuevo profeta en el desierto de Judea.—Historia milagrosa de su infancia.—El sacerdote Zacarías y su esposa Isabel.—Juan, Precursor del Rey mesiánico.—Cántico de Zacarías.—Educación del nuevo Elías.—Fondo de su carácter. (*Mat.*, III, 9; *Marc.*, I, 4; *Luc.*, III, 1 y I, 5-25, 57,-80; *Juan*, I, 6-9).

En el año 15 de Tiberio César, y, por consiguiente, hacia el 780 de la fundación de Roma [1], una gran agitación religiosa conmovió repentinamente á toda Palestina. Dió la señal de ella un hombre salido del desierto de Judea, de palabras tan austeras como sus costumbres. Como los antiguos profetas, llevaba este hombre sobre sus hombros un vestido de pelo de camello y ceñía sus riñones un cinturón de cuero. No bebía bebida alguna fermentada, porque había hecho el voto de nazareo, y cuando no ayuna-

(1) Creemos conveniente datar el reinado de Tiberio desde su asociación al imperio (enero de 765), y no desde la muerte de Augusto (19 de Agosto de 767). Este modo de contar, muy ordinario en Oriente, se seguía particularmente en Antioquía, como lo prueban las inscripciones y las medallas citadas por Wieseler, *Synopse der vier Evangelien*. Véase Andrews, *Life of our Lord*, p. 25 y sigs. Esta cronología hace coincidir el ministerio de San Juan y el bautismo de Jesús con el año 26 de la era cristiana. Los comentadores que hacen datar el reinado de Tiberio desde la muerte de Augusto, suponen que el Evangelista señala con esta indicación cronológica los principios de la predicación del Bautista y no el bautismo de Jesús.

ba, consistía su comida en langostas y miel silvestre [1]. Nunca habían tocado su barba ni su cabellera tijeras ó navaja alguna. Podía tener unos treinta años, pero la soledad había sazonado y robustecido notablemente aquella alma llena de la inspiración de lo alto y convencidísima de su misión profética en Israel. Su sola persona valía por todo un discurso; razón tenía para llamarse «una voz que clama». Esta voz conmovía al desierto como el rugido del león; las multitudes corrían á ver al nuevo profeta, y Josefo [2], de acuerdo con los Evangelistas, afirma la rápida y honda revolución que provocaba en medio del pueblo judío.

Llamábase Juan. He aquí cuanto sabemos de su origen y de sus primeros años consignados por San Lucas en su Evangelio, después de haber consultado sin duda las piadosas tradiciones de familia á las que conserva su colorido arameo.

En los días del rey Herodes—dice,—había un sacerdote de nombre Zacarías y de la clase de Abía [3]. Su mujer, descendiente de Aarón, se llamaba Isabel. Ambos eran justos delante de Dios, porque seguían fielmente sus preceptos y sus mandamientos. No tenían hijos, y ya habían perdido la esperanza de tenerlos, porque Isabel era estéril, y uno y otra alcanzaban ya una edad muy avanzada [4]. Ello era motivo de gran tristeza para la piadosa familia, porque el judío veía en la esterilidad de su mujer una se-

---

(1) Todavía se encuentran en Oriente pobres que se alimentan de cierta especie de langostas. La miel silvestre es la que depositan las abejas en los huecos de los árboles ó en las hendiduras de las peñas. Sin razón suficiente, ha supuesto alguien que con el nombre de miel se indicaba la goma que destilan por su corteza ciertos árboles del desierto.

(2) *Antiq.*, XVIII, 5, 1-2.

(3) *I Paral*, XXIV, 10.

(4) Según el libro de los *Números*, los levitas cesaban de ejercer sus funciones solemnes á los cincuenta años cumplidos, debiéndose contentar, en lo sucesivo, con servir como subalternos en el templo. No hay razón, por consiguiente, para creer que Zacarías hubiese entrado ya en la edad de la vejez. El texto evangélico significa que, casados hacía ya mucho tiempo, treinta años tal vez, no esperaban, cuando iban ya á envejecer, tener los hijos que no habían podido engendrar en su juventud.

ñal del descontento de Dios. Así, pues, la piadosa pareja, abandonada de Dios como Israel, iba á entrar en una desconsoladora vejez columbrando un porvenir lleno de tristeza.

Agobiado por tan melancólicos pensamientos, había subido Zacarías á Jerusalén, acompañado de otros sacerdotes de la clase de Abía, [1] para hacer en el templo su servicio hebdomadario. La suerte le llamó aquel día á la función más solemne del sacrificio: la ofrenda del perfume en el lugar santo. Dicha ofrenda se practicaba, según la ley de Moisés, dos veces al día, por la mañana y por la tarde, y coincidía con la oración pública, cuyo símbolo oficial era. Al dirigir la elección en este sentido, la Providencia había querido, indudablemente, recompensar la piedad de un fiel servidor; pero deseaba sobre todo proporcionarle una sorpresa singularmente milagrosa y consoladora.

En efecto, Zacarías, por sus piadosos sentimientos y sus patriarcales virtudes, nada tenía de común con el sacerdocio, lleno de impotencia é hipocresía, que obstruía el Templo. Su alma, llena de fe, como la de un verdadero israelita, vivía junto á Dios, dispuesta maravillosamente á recibir una señal del cielo. No es indiferente, en efecto, para ser puesto en relación directa con el mundo superior, que se separe el hombre de la tierra en sus aspiraciones habituales. Él es quien debe dar origen, por su recogimiento y piedad, al comercio espiritual que, en una hora dada, tomará formas sensibles y se transformará en comunicación visible, aunque sobrenatural.

(1) David había distribuído los sacerdotes en veinticuatro clases, que alternativamente debían oficiar en el templo de sábado á sábado. La clase de Abía era la octava (I Paralip., XXIV, 10; Josefo, *Antiq.*, VII, 15 etc.) Partiendo del dato de que el 9 del quinto mes del año 823 de Roma—ó sea el 4 de Agosto del 70 de nuestra era,—día de la destrucción del Templo, prestaba servicio en él la primera suerte ó clase sacerdotal, se ha pretendido llegar hasta el año probable en que nació Jesús, para precisar el mes en que fué concebido San Juan. Empero el resultado de este cálculo varía según que se admita, para la fecha del nacimiento del Salvador, el año 749 ó 750 de la fundación de Roma. Y, en efecto, no basta conocer el punto de que se parte para ir hacia atrás; es preciso conocer también el punto en que ha de pararse el movimiento retrógrado.

Mientras la multitud rogaba devotamente, prosternada en el pavimento sagrado, avanzó Zacarías, con el incensario en la mano, completamente penetrado del papel sacerdotal que iba á desempeñar. Convertida así en conmovido intérprete de un pueblo suplicante, el alma del sacerdote se dilata y toma proporciones tan grandes como las necesidades públicas. Todo eleva al pontífice, que, olvidado de su miseria personal, se siente casi digno de tocar los cielos é inclinarlos. Al entrar en el lugar santo tenía Zacarías á su derecha los panes de la proposición, á su izquierda el candelabro de siete brazos, y en frente el altar de los perfumes. Éste, cubierto de láminas de oro, se diseñaba sobre el velo de púrpura con que se cubría la puerta del Santo de los Santos. De repente se le apareció un ángel, de pie, á la derecha del altar—esta circunstancia era señal de buen agüero,—junto á la mesa de los panes sagrados. El sacerdote se sobresaltó. Las manifestaciones del mundo superior nos sobresaltan, porque nos ponen en presencia de fuerzas desconocidas, y porque, la conciencia, por un naturalísimo fenómeno moral, proclama entonces, más alto que nunca, nuestra debilidad y miseria. «No temas—le dijo el celestial mensajero;—ha sido oída tu oración, y tu mujer Isabel te parirá un hijo y llamarás su nombre Juan. Y será para ti motivo de alegría y regocijo, y se alegrarán muchos en su nacimiento; porque será grande delante del Señor y no beberá vino ni sidra, y será lleno del Espíritu Santo, aun desde el seno de su madre; y convertirá al Señor muchos hijos de Israel, al Dios de ellos; y le precederá con el espíritu y virtud de Elías, para unir los corazones de los padres á los de los hijos, los de los rebeldes á la prudencia de los justos, y para preparar así al Señor un pueblo perfecto [1].»

El Ángel, no es, pues, mensajero de justicia ó de ira,

(1) Las palabras del Ángel recuerdan sucesivamente los pasajes del libro de los *Jueces*, XIII, de *Jeremías*, I, 5, y sobre todo la profecía de *Malaquías*, III, 1; IV, 5, 6. Es de notar que para el Ángel, lo mismo que para el Profeta, Dios y Aquel á quien Juan precederá son una misma persona. Con toda razón, la teología ve aquí la indicación de la naturaleza divina de Jesús.

sino de gracia y bendición. En vez de temblar, debe Zacarías regocijarse y dar gracias, pues van á cumplirse, contra toda esperanza, los votos de su corazón, estériles durante tanto tiempo. Tendrá un hijo; y en su nombre de Juan (Jehochanan, *Jehová hace gracia*), llevará este hijo el feliz presagio de la influencia religiosa que debe ejercer. Así, su nacimiento no sólo será un regocijo de familia, sino un acontecimiento nacional qué excitará gran estremecimiento de entusiasmo en Israel. En efecto, por su virtud y por su autoridad moral, Juan llegará á ser grande delante de Dios como delante de los hombres. Renunciando á las comodidades de la vida, y bajo un exterior mortificado y aun salvaje, suscitando los antiguos tipos de la piedad teocrática, el joven nazareo hará renacer en el corazón de los niños los sentimientos de los patriarcas sus padres. Tal será á lo menos su empresa ideal. Podrá poner obstáculos á sus esfuerzos la libertad humana; empero, operario enérgico, no consagrará con menos ardor su vida el nuevo Elías á despertar y transformar al pueblo que Dios va á visitar.

La promesa del ángel respondió plenamente á los vivísimos deseos del corazón de Zacarías.

Con todo, y por efecto de una inconsecuencia sobrado ordinaria en nuestra pobre naturaleza, duda el sacerdote en creer lo que con tanto fervor solicita. «¿En qué conoceré esto?—exclamó.—Porque yo soy viejo, y mi mujer avanzada en días». ¡Cuántos otros creyentes reclamaron antiguamente signos, como garantía de la palabra divina, sin hacerse por ello culpables delante de Dios! ¡Cuántas veces había placido al cielo ofrecerse él mismo para mantener la fe de los que probaba! Y, no obstante, he aquí que, en esta ocasión, va el ángel á reprender severamente la vacilación y la duda de Zacarías. Sólo al Señor, escrutador de los corazones y de las más profundas interioridades, pertenece comprobar las disposiciones morales de los que le preguntan. Pueden dos hombres pronunciar una misma palabra, efectuar la misma acción, y, no obstante, mediar

un abismo entre sus respectivas intenciones; ó bien, ser idénticas las intenciones, y muy diversas las responsabilidades. Es que todo acto moral da siempre lugar á circunstancias atenuantes ó agravantes. ¿No es, en efecto, tanto más reprensible la duda cuanto se produce en un alma más ilustrada y tras de una manifestación celestial más evidente? Abraham y Gedeón habían sido disculpados; á Zacarías se le halló culpable. «Yo soy Gabriel, que asisto delante de Dios—dijo el Ángel,—y he sido enviado á hablarte y traerte esta feliz nueva». Aquí está la gravedad de la falta: Gabriel es el hombre, el siervo de Dios; á Dios, pues, y no sólo á su enviado, ha ofendido la duda del sacerdote; y esta duda se ha producido precisamente á la nueva tan consoladora de que Dios iba á mostrar su bondad y su poder. En vez de mostrar reconocimiento, Zacarías sólo ha experimentado dudas. «Pues bien, desde este momento, he aquí que quedarás mudo [1]—añade el celestial mensajero,—y no podrás hablar hasta el día en que se cumplan estas cosas. Así serás castigado por no haber dado crédito á mis palabras, las cuales se realizarán á su tiempo».

Aguardaba mientras tanto el pueblo en el atrio exterior, y empezaba á admirarse de la larga demora de Zacarías en el lugar santo. De ordinario se quemaba rápidamente el incienso en honor de Jehová, y el sacerdote regresaba en seguida al pueblo para demostrar que ningún incidente desagradable había perturbado la augusta ceremonia Al reaparecer el anciano, su exterior demudado denunció á la multitud alguna novedad extraña. Quiso dar la bendición final, pero había perdido el uso de la palabra. Sin embargo, su rostro testificaba completísima satisfacción interior. De ello dedujo el pueblo que había tenido una visión, y así lo corroboró él por medio de signos. En adelante, prosiguió del mismo modo sus funciones

(1) Como en varios otros pasajes del Evangelio, la palabra «mudo» significa aquí sordomudo. Hállase la prueba de esto en lo que pasó en el momento de dar nombre al infante nacido.

sacerdotales, porque aquel mutismo sobrevenido milagrosamente no creaba irregularidad legal. Terminados los días de su ministerio, se retiró á su hogar.

No había sido su visión fruto de una ilusión ni de una sobreexcitación extática; por eso logró ella los más positivos resultados: el castigo y la promesa se realizaron plenamente. Zacarías permaneció sordomudo durante nueve meses, y por fin llegó á ser padre. Por aquel tiempo, efectivamente, Isabel, su mujer, concibió un hijo. Sea por falsa vergüenza, á causa de su avanzada edad, sea por prudencia, con objeto de asegurarse mejor de su preñez, se mantuvo oculta durante cinco meses, manifestando á Dios, en aquel retiro, su humilde reconocimiento. Mas cuando, cierta ya de su ventura, osó mostrarse en público: «He aquí—dijo—que el Señor me ha llenado de dicha estos días en que me ha mirado para librarme de mi oprobio entre los hombres».

Al sexto mes, saltando el niño en el seno de su madre, saludó anticipadamente á Aquel de quien había de ser precursor. Al noveno, vino al mundo, corriendo vecinos y parientes sucesivamente á felicitar á la venturosa familia por la misericordia que Dios había obrado con ella [1]. Ocho días después, en medio del regocijo de costumbre, se dispuso la circuncisión del niño. Todos fueron de parecer que se llamase Zacarías, como su padre; pero Isabel, tomando la palabra, dijo: «De ningún modo; se llamará Juan». En vano se le observó que nadie de los de su parentela llevaba tal nombre; ella persistió en su elección, porque sabía, sea por una iluminación interior, sea por su marido, que así lo quería el cielo. Apelaron entonces á la autoridad del padre, quien, presente indudablemente á la discusión, pero sin oir nada, pues era sordo, á la vez que mudo [2], pidió unas tablillas, y, en medio del general asom-

(1) Entre ellos debió encontrarse María, porque, según el Evangelio, había subido á visitar á su prima el sexto mes después de la concepción de Juan, y pasó tres meses en la casa de Zacarías.

(2) En efecto, hablaban á Zacarías por medio de signos *ἐνένευον*, como á un sordo.

bro, escribió estas palabras: «Juan es su nombre». Quedaba con esto evidentemente demostrado que una voluntad superior había impuesto su elección á todas las preferencias humanas. Al momento se abrió la boca del sacerdote, y desatada su lengua, habló y bendijo á Dios.

La admiración universal se convirtió en santo pavor: era patente la acción de Dios sobre la casa de Zacarías.

Al rumor de aquellas noticias, que repercutieron en las montañas de Judea y que cada uno grabó en su corazón [1] para contarlas á la posteridad, todos repetían con estupor: «¿Qué pensáis que será algún día este niño? Seguramente la mano del Señor está con él». Y Zacarías, como para responder á la admiración é inquietud generales, se puso á profetizar; y haciendo que brotase de su alma el cántico que había ido elaborando lentamente durante los días de su mutismo, dijo.

Bendito el Señor, Dios de Israel, (2)
Porque visitó á su pueblo y le rescató de su esclavitud,
Alzando un cuerno de salud
En la casa de David su siervo;
Como habló por boca de los santos que fueron en todo tiempo sus [profetas,
Librándonos de nuestros enemigos y de las manos de los que nos abo- [rrecen,
Para hacer así misericordia con nuestros abuelos
Acordándose de su Santa Alianza:
Juramento hecho á nuestro padre Abraham
De hacernos dueños de nosotros mismos, librándonos de las manos de [nuestros enemigos,
De servirle sin temor, en santidad y justicia,
Bajo su mirada, todos los días de nuestra vida.
Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;
Porque irás ante la faz del Señor á aparejar sus caminos,
Y dar conocimiento de salud á su pueblo
Con la remisión de sus pecados.
...Por las entrañas de su misericordia, el Dios nuestro,
Como el sol, de lo alto de los cielos nos ha visitado;

(1) Tal vez con esto indica el Evangelista las fuentes de donde saca su relato.

(2) Este cántico es de tal modo de origen judío, que es más fácil trasladarlo de nuevo del griego al hebreo ó al arameo, que traducirlo á nuestros idiomas modernos.

Iluminando á los que están sentados en las tinieblas y sombras de la [muerte
Y enderezando nuestros pies por el camino de la paz.

¡Cuán bien suena en este canto el acento de un alma israelita, nutrida de las esperanzas mesiánicas y saludando con un grito de entusiasmo la venida del Señor! Tan sólo, descendiendo un momento de las alturas á que le ha elevado la inspiración divina, pronuncia el sacerdote, en un corto paréntesis, una palabra sobre su propio hijo, é indica su misión en lo por venir; al punto reanuda el himno de acción de gracias y termina con la descripción de los dichosos días que van á llegar.

Sobre aquel mundo que gemía en la impotencia y en el estupor de oscurísima noche, como á los ojos de la caravana sorprendida por la tempestad en el desierto, va á brillar una iluminación celestial. Del seno de Dios desciende el Astro, toca á la tierra, y, elevándose al punto, aparece en el cielo como un Sol deslumbrador. Iluminará su resplandor á las multitudes sumidas en la desesperación, reanimará los corazones helados, y, mostrando el camino que conduce á la vida, á la paz, á la tranquilidad del orden, impelirá á los viajeros á que reanuden la marcha y conquisten la patria perdida.

De este modo interpretaba elocuentemente Zacarías las esperanzas que llenaban los piadosos corazones del reino teocrático. En nombre de Israel, saludaba la aurora del día por tanto tiempo esperado.

El niño, ligado á las obligaciones de los sinceros nazareos, creció y se robusteció entre las montañas de Judea; y cuando pudo bastarse á sí mismo, se aisló por completo y vivió en el desierto.

Allí fué donde adquirió todo su desarrollo aquella extraordinaria naturaleza. Siempre fué la soledad la gran escuela de los hombres superiores. En ella elabora lentamente el alma los pensamientos sublimes; en ella aparece más transparente el cielo, y en ella el mundo invisible parece revestir más potente realidad. Allí debió Juan me-

ditar la larga serie de los avisos dirigidos por los Profetas al pueblo de Israel; y las voces de la naturaleza se unieron á las inspiraciones de lo alto para evocar en su conciencia el ideal profético que debía realizar.

El desierto de Judá es esa desolada tierra, de varias leguas de extensión, que limita la parte occidental del Mar Muerto. El rayo del cielo ha quemado sus montañas rocosas y areniscas, y parece que la vida se ha extinguido por completo en ellas. Apenas alguno que otro arbusto logra hacer brotar sus macilentas ramas; sólo turban el silencio de aquellas terribles soledades las aves de presa y los animales montaraces. Algunos torrentes, secos en verano, recogen las lluvias de invierno para desaguarlas en el vasto lago Asfaltites, cuyas ondas negras y pesadas exhalan mortales miasmas. En los escarpados barrancos ha abierto la naturaleza grutas profundas; allí fué donde se retiró Juan. Aun hoy, todo recuerda una tierra maldita al viajero que visita sus montañas. También al joven anacoreta le hablaba todo de las justicias de Jehová. De esta prolongada contemplación sobre la tristeza y devastación, lo mismo que de la costumbre de una vida dura y solitaria, sacó él su espíritu de austeridad y fortaleza, que el ángel había llamado espíritu del profeta Elías. En efecto, Juan, más bien es el hombre del Antiguo Testamento que el de la Nueva Alianza. Hay en su virtud algo de severo, característico del judaísmo. Su exterior, su vestido, su palabra, parecen el símbolo exacto de su temperamento y de su alma. Este hombre debe ciertamente convertir, pero lanzando rayos. ¡Qué diferencia entre él y el Salvador á quien anuncia! Y, no obstante, el tipo del Precursor es perfecto en su realización. Esa virtud que se impone, esa fuerza que avasalla, mientras declara que sólo es un soplo, esa independencia que no reconoce obstáculo, ni en lo bajo, cuando es preciso chocar con las pasiones populares, ni en lo alto, cuando juzga necesario condenar los crímenes de los grandes, crean en el Bautista esa sorprendente personalidad que no se encuentra en parte alguna, á menos

que no queramos hablar de aquel gran Apóstol de las naciones, que, pocos años después, por su ánimo varonil y el vigor de su palabra, se nos mostrará aún como uno de los hombres excepcionales que la humanidad no engendra ya.

En San Juan, efectivamente, se reúnen Elías y San Pablo, porque posee la virtud y la irresistible palabra de ambos; pero lazo de unión entre el judaísmo y el cristianismo, no puede decirse que sea todo el uno ni todo el otro. Sabe menos que éste y más que aquél. Como Elías, anuncia las venganzas divinas; como Pablo, predica al Salvador. Con igual valor que uno y otro, será mártir de su deber, y, para que resalte más su mérito, morirá sin haber visto el establecimiento definitivo del reino que anuncia. Más que profeta, ángel de Dios, precursor del Mesías, constituirán su mejor panegírico aquellas palabras del Señor: «No, entre los hijos de los hombres no ha habido otro más grande que Juan Bautista.»

CAPÍTULO II

Predicación y bautismo de Juan

Juan predica la penitencia.—Confesión de los pecados.—Idea particular de su bautismo.—Vehemencia del predicador.—Clases de oyentes.—Profundo movimiento popular que Juan provoca al anunciar al Mesías. (*Mat.*, III, 1-12; *Marc.*, I, 1-8; *Luc.*, III, 3 18).

Al salir del desierto, se dirigió Juan hacia las riberas del Jordán, junto á la desembocadura de este río en el Mar Muerto; y habiendo descendido sobre él la palabra de Dios, según la expresión bíblica, predicó la penitencia y el bautismo, símbolo de aquélla.

El arrepentimiento no consiste solamente en mirar lo por venir con mejores disposiciones, ni en ver el pecado bajo un nuevo aspecto, como parecería indicarlo la palabra μετάνοια [1]. Para que el acto moral de la penitencia sea completo, ha de comprender también el sentimiento de haber obrado mal, y la intención de reparar con el dolor y la pena lo que, en algún sentido, nos parece irreparable. Así, exigía Juan frutos dignos de penitencia.

Tan profunda fué la emoción popular producida por esta solemne invitación, que llegaron á verse arrastrados por el movimiento los mismos jefes de la nación. No es raro hallar en la historia de los pueblos horas de contagio saludable que obligan á los recalcitrantes á seguir la corriente general y á dar á Dios públicamente la gloria que merece.

---

(1) Tomada esta palabra en su sentido etimológico, indica, efectivamente, el acto de la resipiscencia; pero ordinariamente se emplea para señalar la penitencia, tal como la entendemos practicada en la ceniza y con el cilicio. (V. *Mat.*, XI, y *Luc.*, X.) Por lo demás, de estos mismos términos usan los dos evangelistas para caracterizar la penitencia de los ninivitas, que no fué, seguramente, una simple resolución de obrar mejor en lo venidero. (*Mat.*, XII, *Luc.*, XI).

Fariseos y publicanos, sabios é ignorantes, ricos y pobres, todos se hallaban sobrecogidos, acusados, trastornados por la gracia. Muchísimos eran los que confesaban públicamente sus crímenes.

Nada de nuevo había en esto. El israelita estaba obligado á la confesión pública antes de ofrecer en el templo la víctima de expiación, siempre que sus faltas secretas no entrañasen la pena de muerte [1]. La teología judía llegaba al extremo de sostener que, para obtener el perdón, era necesaria la generosa confesión del pecado. Dice Maimónides [2]: «El que, ora por presunción, ora por ignorancia, haya faltado á los preceptos positivos ó negativos de la Ley, si quiere librarse de su pecado y hacer penitencia, ha de empezar por confesarlo. Por más que ofrezca una víctima para redimirse de su iniquidad, todo le será inútil sin una confesión sincera, hecha de viva voz. Más aún; el malvado merecedor de muerte ó flagelación, no lavaría su crimen sufriendo el suplicio, si no le añadiese la confesión, signo verdadero del arrepentimiento. He aquí por qué el gran sacerdote hace la confesión de los pecados del pueblo sobre la cabeza de un macho cabrío encargado de expiar todas las iniquidades de Israel.»

Tan natural es esta apreciación de la confesión, que aun en los escritos de los filósofos paganos [3] la encontramos. Lógico es ver al culpable, que por el arrepentimiento se ha desligado interiormente del pecado, adelantar otro paso hacia la justicia, confesándolo exteriormente. El primer momento entraña el dolor de la herida recibida; el segundo la abertura de la llaga, para arrancar de ella los malos principios y curarla.

Como señal de la remisión del pecado, administraba Juan el bautismo. Tampoco esta idea era absolutamente nueva. Desde muy antiguo, Dios, por la boca de sus Pro-

---

(1) *Levit.*, V, 5; *Núm.*, V, 7.
(2) *Tesubhah*, c. I.
(3) Vitia sua confiteri—dice Seneca (Ep., 53),—sanitatis indicium est. La misma teoría desarrolla Sócrates en el *Gorgias*, c. XXVI.

fetas [1], había hecho de la ablución exterior un símbolo de purificación espiritual. Con todo, el nuevo Elías no se contentaba con imponer lustraciones parciales, como eran las usadas en el mosaísmo, sino que exigía una inmersión general del cuerpo, como signo de la purificación radical del alma. En este sentido, su bautimo era una innovación, y exigía de los prosélitos sentimientos de humildad, raros y difíciles en un pueblo orgullosísimo de sus prerrogativas religiosas y engañado por las máximas de un fariseísmo ciego y neciamente presuntuoso. Anunciar y obligar á un judío á que admitiese que, por más que fuese hijo de Abraham y circunciso, se hallaba enteramente sumido en la maldad, era chocar de frente con sus más firmes convicciones y destruir sus mejores esperanzas. «Raza de víboras—exclamaba Juan, como sorprendido de verse rodeado de aquellos advenedizos pietistas,—¿quién os ha impulsado á huir de la cólera que está á punto de caer sobre vosotros? Haced frutos dignos de penitencia, y no os pongáis á decir dentro de vosotros mismos: ¡Abraham es nuestro padre!, porque yo os digo que poderoso es Dios para suscitar, si así lo quiere, hijos á Abraham de estas piedras. La segur está ya aplicada á la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto cortado será y echado al fuego.» En su santa indignación, el Bautista toma sus imágenes de todo cuanto le rodea. Nada ve más odioso que la víbora del desierto ocultándose bajo la yerba para lanzar su veneno á través de las hojas y las flores; con ella, pues, compara á los hipócritas que, sin arrepentirse, se acercaban á reclamar en el bautismo el signo del arrepentimiento. Nada más muerto que los guijarros del río ó las rocas de la montaña; pues bien, aunque estuviera el gentilismo tan muerto como esa inerte naturaleza, el soplo de Dios sabrá sacar de ella hijos de Abraham y crear un pueblo nuevo. La tésis tendía visiblemente á preparar el camino al Evangelio. El punto de vista nacional palidecía ante el punto de

(1) *Ezeq.*, XXXVI, 25; *Is.*, I. 16; *Jer.*, II, 22.

vista moral, que es el único religioso. Y, en efecto, á juicio del Precursor, de ningún modo es necesaria la descendencia carnal del padre de los creyentes para entrar en el reino del Mesías. Sólo se exige la descendencia espiritual, la cual puede ser reivindicada por todas las almas rectas, aun las nacidas en medio del paganismo. Vendrá Dios, y reconocerá á los suyos. ¡Ay de los falsos hijos de Abraham! No evitarán la severidad del juicio mesiánico, y la segur se hundirá sin piedad en las raíces de todo árbol que no dé frutos.

Como era de prever, semejantes afirmaciones debían escandalizar á los fariseos, que se creían miembros natos y ciudadanos indispensables del reino de los cielos. Muchos retirábanse indignados, rompiendo toda relación con el Bautista [1]. Otros, en cambio, como aturdidos por aquella palabra de fuego que, como un rayo, caía sobre ellos, preguntaban temblando: «¿Qué hemos de hacer para salvarnos?» Y Juan respondía: «Partid vuestras dos túnicas y vuestro pan con quien carece de ellos.» La gran ley de la caridad, en su aplicación cotidiana, debía ser, en efecto, la preparación mejor para el reino del Mesías, anunciado como el reino mismo de la caridad. El alma buena no está lejos de Dios; pronto brota la luz en el corazón en que reina la misericordia.

También á su vez acudían en demanda del bautismo los publicanos ó perceptores de impuestos, y decían: «¿Qué debemos hacer, maestro?» Y contestaba Juan: «Exigid únicamente lo que tenéis orden de cobrar». Para probar su caridad, no debe el funcionario público sacrificar los derechos del Estado. Ha de consistir su virtud en no exagerar estos derechos, en no abusar de la autoridad recibida, y, sobre todo, en no crearse derechos personales, imaginarios ó dictados por la codicia y la injusticia.

Interrogábanle igualmente los soldados, judíos probablemente al servicio de Herodes Antípas, ó agentes de la

(1) *Luc.*, VIII, 30; *Mat.*, XXI, 25.

policía nacional, diciéndole: «Y nosotros, ¿qué podemos hacer?» Y él les replicaba: «Absteneos de toda concusión, de toda delación falsa, y contentaos con vuestro sueldo.» En aquella época, consistía el peligro ordinario del soldado, en la vida campestre, en abusar, ya de su fuerza para despojar á los inermes ciudadanos, ya de su crédito ante los jefes para calumniar á los inocentes. La conciencia del deber cumplido y el sueldo para alimentarse: he aquí lo que debe bastar á un soldado. Tales eran las grandes líneas de la moral que predicaba Juan. Como en otro tiempo se habían preparado los hebreos, al salir de Egipto, para recibir la ley de Dios y entrar en la Tierra de promisión, lavando los últimos vestigios de sus impurezas en las aguas del Mar Rojo, que estaban atravesando, así pasaban ahora las multitudes bajo la mano del Bautista, deseosas de disponerse, con una nueva purificación, á la venida del Mesías.

Un israelita no podía imaginarse otro acontecimiento más importante que aquél; así, anunciar su realización próxima, equivalía á hacer vibrar en todos los corazones la cuerda más sensible, á despertar las más santas esperanzas y á excitar las ansias más ardientes. No sólo se esperaba del Mesías lo que, desde David, tan magníficamente había prometido la inspiración profética, sino también todo lo que le habían añadido el sentimiento patriótico y las aspiraciones completamente humanas de almas carnales. El descendiente de Jessé, el glorioso monarca de la edad de oro, debía, en efecto, á la vez que asegurar la renovación espiritual de su pueblo, y, según los prejuicios populares, quebrantar el yugo del opresor, exterminar á los vencidos con suplicios espantosos é implantar sobre las ruinas del universo la dominación de Israel. En medio de este triunfo, el pueblo de Dios iba á encontrar, á la vez que la felicidad material, la más completa satisfacción de todas sus codicias [1]. Desde entonces, todos desea-

(1) Berthold., *Christol.*, p. 26 y sig.

ban pertenecer á aquel pueblo privilegiado, y puesto que empezaba el alistamiento definitivo de los ciudadanos, era llegada la hora de que á cada cual se le designase su puesto.

En medio de esta fermentación general, crecía más y más la autoridad del Bautista, y aun empezaban á preguntarse si no era el mismo Cristo. Pero, fiel á su misión, se esforzaba más que nunca el Precursor en encaminar las almas á Aquel que iba á llegar y cuyos caminos debía él preparar. «Yo—decía—os bautizo con agua. El que viene, que es mucho más poderoso que yo, y de quien no soy digno de desatar el calzado, os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.»

He aquí la diferencia entre la obra del Precursor y la del Mesías. Siervo humilde de Aquel á quien anuncia, Juan sólo tiene la misión de hacer germinar la penitencia en los corazones y de mover las almas invitándolas al arrepentimiento. Correspondía al Mesías apoderarse en seguida de ellas por la comunicación del Espíritu Divino, y quemar en ellas, por el fuego del amor, todo lo que en ellas se encontrase todavía de grosero é incompatible con el reino de Dios. El uno prepara la santificación, el otro la realiza. Aquél reúne el rebaño, éste lo encierra en el aprisco. «¡Paso al rey Mesías!—grita el heraldo.—¡Allanad los caminos, ciéguense los valles, nivélense las alturas!» Y cuando haya desaparecido el orgullo de los unos y se halle curada la indiferencia ó la impiedad de los otros, y corregidos los vicios de todos, el Príncipe esperado hará la entrada triunfal en su pueblo, y toda carne verá la salud de Dios. «Allí está—decía Juan variando de imágenes,—con el bieldo en la mano, dispuesto á limpiar su era. Recogerá el grano en su granero, pero arrojará la paja al fuego que nunca se apaga.» Es el amo que va á sus tierras para visitar su gente ó examinar su cosecha. Ahora bien, en la teocracia judía, sólo Dios podía ser el amo. Luego el Mesías será Dios con nosotros, según la predicación del Bautista. Así lo había anunciado el profeta Isaías [1]: «Sión,—

(1) *Is.*, XL, 9.

había dicho—sube á una elevada montaña; levanta potente tu voz, di á las ciudades de Judá: *¡He aquí que viene vuestro Dios!*»

En la ribera izquierda del Jordán, en el lugar llamado Betania, según unos, ó Betabara [1], según otros, era donde predicaba el Bautista á las multitudes. La gran nueva, llevada á largas distancias por las caravanas que por allí

(1) Difícil es precisar cuál de las dos lecciones es la verdadera. Orígenes, *in Joan.*, *hom.* LXI, confiesa que en su tiempo se leía Betania en casi todos los manuscritos: σχεδὸν ἐν πᾶσι τοῖς ἀντιγράφοις, y aun en el gnóstico Heracleón que vivía hacia el año de 170. Lo cual no es obstáculo para que él adopte la otra lección de Betabara, probablemente porque la había visto en alguna parte; y de hecho, se encuentra en la versión siríaca editada por Curetón y en la que acaba de descubrir la señorita Lewis en el Sinaí. Entre las razones que aduce, la de más peso es la de que no se encontraba lugar alguno llamado Betania en las riberas del Jordán, mientras que se enseñaba uno llamado Betabara, Betara y aun Betarba, donde se suponía que Juan bautizaba. Esta incertidumbre, aun en la ortografía del nombre, comprobada en los manuscritos más antiguos de las obras del gran exégeta, tiene algo de sorprendente. En realidad, Betabara y Betaraba se hallan citadas en el Antiguo Testamento. La primera de estas localidades ha sido descubierta por Conder, á una hora hacia el N. E. de Beisán. En el mismo paraje en que Gedeón, *Juec.*, VII, 24, mandó á los efraimitas que cortasen el paso á los ladrones de Madián. Por el vado de Abara debían pasar, en efecto, cuantos huían por el valle de Jezrael. Pero ¿es probable que el Bautista hubiese inaugurado su ministerio tan lejos de Jerusalén? El desierto donde clamaba su voz no está allí, por lo que es preciso buscar en otra parte, más cerca de Jericó, el lugar indicado por la tradición que invoca Orígenes. En efecto, el libro de Josué, XV, 6, 61; XVIII, 18, 22, sitúa á Betabara al norte probablemente y cerca de Betogla. También hay allí un vado muy frecuentado y las ruinas exhumadas y restauradas en Qasr-el-Yaud, que corresponden seguramente á la iglesia de San Juan Bautista, elevada sobre bóvedas por el emperador Anastasio. Parece incontestable que las grutas pobladas de monjes griegos del barranco de Ain-Kharrar determinan el punto en que, ya desde muy al principio, el peregrino de Burdeos (333), Santa Paula y otros piadosos viajeros veneraron el recuerdo del bautismo de Jesucristo, El mismo nombre de Betaraba parece haberse conservado en el de Kirbet-Arabeh, dado á ciertas ruinas de los contornos. Este punto dista siete kilómetros hacia el N. del Mar Muerto. Es el vado más próximo á Jerusalén, y por él hemos visto pasar numerosas caravanas.

La lección Betabara adoptada por Eusebio y San Jerónimo, quien, sin embargo, no la mantuvo en la Vulgata, fué la preferida por San Epifanio, San Juan Crisóstomo, Eutimio, Teofilacto etc. Pero ¿puede acaso todo esto contrabalancear la autoridad de los manuscritos primitivos en que se lee el nombre de Betania? Es evidente que, por no haber discutido, sino adoptado confiadamente dichos Padres de la Iglesia la opinión de Orígenes, el fondo de la cuestión estriba entre la autoridad del doctor alejandrino y la de los manuscritos anteriores á él. Desde luego no es sorprendente que buen número de exégetas prefieran leer Betania. Véase la excelente discusión de

pasaban, se extendió muy pronto por todo el mundo judío. De aquí aquel concurso de pueblo siempre creciente y casi tumultuoso.

Todos, al oir al nuevo profeta, se sentían como forzados á creer en la realización de sus promesas. ¿Por ventura, en el lecho de aquel río sagrado, no hablaba todo de las misericordiosas relaciones de Dios con su pueblo? Por allí habían pasado á pie enjuto los israelitas al entrar en la Tierra prometida; y las doce piedras, todavía en pie, recordaban allí la visible protección de Jehová y el primer paso hacia la glorificación de Israel. Por aquellas aguas milagrosamente suspendidas habían llegado Elías y Elíseo (1). No lejos del sagrado río había muerto Moisés al saludar la Tierra prometida, y había subido al cielo Elías, arrebatado en un carro de fuego. Allí, pues, donde había terminado la carrera de los dos ilustres guías del pueblo de Dios, ¿no debía comenzar la misión del verdadero Salvador de Israel? Todo lo daba á entender así, por lo que, corriendo entusiasmada la nación entera á la orilla del Jordán, esperaba allí la salvación.

---

nuestro amigo el P. Lagrange, *Revue Bibl.*, 1895 p. 502 y sigs. En realidad, pudo haber habido varias Betania, como varios Belén, varios Betsaida, etc. Si este nombre significa, no sólo *sitio de los pobres*, sino también *lugar de la barca*, tendría aplicación muy natural á una localidad sita en la orilla del Jordán, y en este caso, podría explicarse su desaparición á causa de las guerras de los romanos. Por otra parte, teniendo casi idéntica etimología ambos nombres Betabara y Betania, ¿no podían haber sido empleados indistintamente para designar *el lugar por donde pasaban los viajeros?* He aquí una solución tan sencilla como satisfactoria de esta dificultad.

(1) IV *Reyes*, II, 8.

CAPÍTULO III

La diputación del Sanedrín [1]

Preocupación de la autoridad religiosa.—Emisarios del Sanedrín y su interrogatorio.—Juan no es ni el Mesías, ni Elías vuelto en carne, ni el profeta legendario.—¿Por qué, pues, bautiza?—Se le dejará hacer *(Juan*, I, 19-38).

Semejante agitación debía llamar la atención de la autoridad religiosa; desde Jerusalén, pues, como del centro en que residía, vigilante y atenta á todas las innovaciones, aquella autoridad, personificada en el Sanedrín, expidió

(1) La mayor parte de los exégetas modernos, preocupados con la expresión τῇ ἐπαύριον, tres veces repetida por San Juan en la serie de testimonios que pone en boca del Bautista, han imaginado una sucesión regular de *días siguientes*, llegando á descubrir en el fragmento del cuarto Evangelio (I, 19; II, 1) la historia completa de una semana. Esta opinión no deja de violentar visiblemente la serie natural de los sucesos. Si Jesús, cuando llegó la embajada del Sanedrín, hubiera sido ya bautizado, y se hubiera manifestado ya como Mesías á Juan, ¿por qué no lo dijo el Precursor á los diputados del gran Consejo? Hablando vagamente, como lo hizo, del Mesías, ¿no hubiera faltado á su deber de rendirle testimonio? ¿Cómo imaginar que no hubiese sido apremiado por los que le interrogaban á explicarse sobre aquel personaje, si le conocía? Se supone que Jesús se presentó para ser bautizado al día siguiente de la embajada, por la mañana, y que Juan daría, por la noche, el testimonio que hace alusión á esta visita. Pero los mismos términos del testimonio no parecen indicar un acontecimiento que ha tenido lugar en el mismo instante. En todo caso, ¿cómo intercalar los cuarenta días de la tentación entre este segundo testimonio y el del segundo día siguiente? Y, como todos los días de esta primera semana quedarían indicados, preciso sería trasladar la retirada al desierto después de las bodas de Caná; pero en este caso, se sacrifica la indicación de San Marcos, que enlaza inmediatamente con el bautismo la retirada al desierto. ¿Por qué no ha de tomarse la expresión τῇ ἐπαύριον en el sentido de *más tarde*? De este modo lo ha entendido la traducción de los Setenta en multitud de pasajes *(Gén.*, XXX, 33; *Jos.*, IV, 6, y 22, 24 etc.). Es evidente, por otra parte, el pensamiento del Evangelista. Tiende á acumular los testimonios de Juan acerca de Jesús y á producirlos en luminoso haz, sin afirmar que se hayan sucedido regularmente de un día á otro, sobre todo cuando esta sucesión, en sí misma, es poco natural La fórmula por él empleada viene á decir: *Una vez* vió Juan que Jesús se dirigía hacia él, etc.; *en otra ocasión*, rodeado de sus discípulos, etc. A lo más, sólo en la tercera repetición, V, 44, indica en realidad el Evangelista un *día siguiente*.

una embajada al Predicador. Todo parece indicar que se tomó esta resolución con benévolas disposiciones, y sabemos, por Jesús mismo, que el gran Consejo [1] había visto con alguna satisfacción la naciente influencia del Bautista en Israel. ¿Por ventura esta influencia no era la señal de una gran resurrección religiosa y política, la inauguración de una nueva era, y el fin, para el pueblo de Dios, de sus seculares infidelidades? En todo caso, el éxito de Juan no podía menos de contribuir á realzar el prestigio de la autoridad religiosa, de lo cual debía ser el Sanedrín el primero en alegrarse.

Como la embajada era oficial, pesáronse con la mayor precisión los términos del mensaje. La nación, según observa San Lucas, no distaba mucho de mirar á Juan como al Mesías; mas era natural que los representantes del Sanedrín aparentasen más prudencia que la multitud. «¿Quién eres?»—preguntaron al Bautista, con intención de confiarle el pueblo ó apartarlo de él, según que aprobasen ó condenasen las pretensiones del novador.—Ante la reserva de su pregunta, reconoce Juan que se preocupaban del rumor popular según el cual era tenido por Mesías. Contesta, pues, empezando por decir, no lo que es, según era lo natural, sino lo que no es, para cerrar el paso á toda vana preocupación. Sin vacilar, categóricamente, dice: «No soy el Cristo». Nada más agradable al hombre naturalmente vanidoso que permitir que tomen cuerpo los rumores que le honran; así como uno de los más penosos sacrificios á su corazón consiste en tener que renunciar al favor popular que le lisonjea, ó al renombre legítimo ó inmerecido con el cual le embriaga la voz pública. Pero, para Juan Bautista, llamarse el Cristo hubiera sido lo mismo que negar á Cristo. Su lealtad no admite la menor vacilación, y á fin de darnos á entender cuán poca presa hacía en aquella alma recta y enérgica la tentación de la vanagloria, observa el Evangelista que, lejos de provocar la menor

(1) *Juan*, V, 33-35.

duda, proclama espontánea y resueltamente la completa equivocación en que estaba el pueblo, y que él no era el Cristo. «Pues entonces—replican los emisarios con la impaciencia natural de hombres que han experimentado una decepción,—¿eres Elías?» Á esta nueva pregunta respondió también Juan: «No lo soy». En efecto, Juan no es Elías, en el sentido en que lo entienden sus interlocutores, Elías vuelto en carne y hueso, Elías vivo personalmente, Elías bajado del cielo. Posee, sin embargo, el espíritu de Elías y su virtud; y como ambas cosas, las mejores del hombre, constituyen el hombre mismo, podrá decir Jesús de él que en él se realizan las palabras de Malaquías [1] á que aluden aquí los judíos. Á ser menos humilde Juan Bautista, y á preocuparse menos de rebajarse, hubiera podido contestar que entrañaba el pensamiento, la energía, el alma de Elías; que él era su reproducción, no material, sino espiritual, y con esto no hubiera faltado á la verdad. Elías había sido una figura, Juan era su realización.

Prosiguiendo su gradación descendente á medida que reciben respuestas negativas, añaden los emisarios: «¿Eres el Profeta?» [2] La tradición popular, en efecto, sostenía que, además de Elías vendría á inaugurar la era del Mesías otro enviado del cielo, Enoch, Josué, ó sobre todo Jeremías, el profeta por excelencia desde las desgracias del cautiverio. Con mayor razón todavía que á la anterior pregunta, contesta Juan: «No». Ningún fundamento tenían aquellas fantasías de la multitud [3].

Sin embargo, semejantes respuestas, puramente negati-

(1) *Mal.*, IV, 5; Comp. *Mat.*, XI, 14.

(2) No puede traducirse *«¿Eres profeta?* por dos razones: la primera, porque el artículo griego ὁ indica que se trata de un profeta conocidísimo y popular; la segunda, porque, de otro modo, no hubiera contestado Juan absolutamente que no era profeta, pues que Jesús dijo de él que era profeta y más que profeta *(Mat.*, XI, 9), y porque, por otra parte, se hubiera anulado definitivamente á sí propio con semejante respuesta.

(3) Han creído muchos que se trataba aquí del profeta anunciado por Moisés *(Deut.*, XVIII, 15); pero siendo este profeta el Mesías mismo, no hay por qué plantear nuevamente una cuestión á la que ya se ha contestado. Por lo demás, es evidente que el interrogatorio de los enviados va de lo más á lo menos.

vas, dejaban mucho que desear; había que obligar al Bautista á que precisase sus títulos y su misión. Dijéronle, pues: «¿Quién eres tú? Porque algo hemos de contestar á quienes nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo?»—«Yo —contesta él—soy una voz que clama en el desierto. Enderezad el camino del Señor, como dice Isaías profeta». Así se anula hasta no ser más que una voz, un grito, un soplo que se pierde en el aire. Pero esta voz ha sido predicha: es la del heraldo que anuncia á su soberano. Así lo observa Juan á los que le preguntan, y con ello entiende afirmar la legitimidad de su misión.

Los emisarios, empero, no comprenden su pensamiento, y se admiran de que introduzca innovaciones sin ser ni el Mesías ni el profeta. Celosísimos de todo cuanto se refiere á reformas religiosas, pues pertenecen á la secta de los fariseos; defensores acérrimos de las tradiciones paternas, y dispuestos siempre á interpelar y á juzgar á quienquiera que chocase con sus prejuicios, por sus obras y palabras, dan pruebas aquellos inquiridores de que merecen toda la confianza del Sanedrín. «Pues entonces, si no eres el Cristo, ni Elías ni el profeta—le replican con viveza,—¿por qué bautizas?» Sólo, en efecto, podía autorizar su bautismo su misión superior; y puesto que el Bautista no proclama ésta, ¿cómo legitimará aquél? «Sí—responde el Precursor; —bautizo porque está ya en medio de vosotros [1] Aquel á quien no conocéis, Aquel á quien yo precedo, y de quien no soy digno de desatar las correas de sus zapatos». Tal es, pues, la razón de su ministerio; está ya allí el Emperador de las naciones; los judíos pueden ignorarlo, Juan lo sabe, y he aquí por qué le prepara oficialmente los caminos, según habían anunciado los profetas. [2]

---

(1) Equivocadamente se ha querido ver en estas palabras la prueba de que el Mesías había sido revelado ya á Juan, cuando lo único que de ellas debe colegirse es la fe en su existencia y en su próxima aparición. Si Juan es el Precursor, lo es porque esta allí Aquel á quien inmediatamente precede. En cuanto á designarlo de un modo más preciso, no hubiera podido hacerlo, porque no le conocía personalmente.

(2) *Is.*, XL, 3; *Malaq.*, III, 1, comparados con *Malaq.*, IV, 5, 6.

Calla el Evangelista las consecuencias de esta embajada, y si el Sanedrín dió curso á la instrucción del proceso que había emprendido. Probablemente creyó que, antes de pronunciarse, era preciso atestiguar la llegada y apreciar á Aquel de quien Juan se consideraba como heraldo. La legitimidad de la misión del uno quedaría probada por la manifestación auténtica del otro. Así, veremos más adelante que el Sanedrín retira gradualmente su confianza al Bautista, á medida que el Mesías se va haciendo sospechoso á Israel. El día en que estalle la guerra entre Jesús y aquella corporación, el resultado directo del conflicto será el que esta última se determine á denunciar, y aun entregar á Herodes, al hombre de quien ella cree que hizo la fortuna religiosa del carpintero de Nazaret.

Provisionalmente, Juan puede continuar su obra, pues, por de pronto, nada entraña que no sea provechoso á las patrióticas esperanzas del antiguo partido judío. Siempre es bueno preparar un levantamiento contra el extranjero. Si no viene el Mesías, ellos mismos, de conformidad con sus aspiraciones, dirigirán el movimiento popular, y tal vez lleguen á sacudir por sus propias manos el yugo del opresor.

CAPÍTULO IV

El Mesías se manifiesta á Juan Bautista

Bautizando ha de reconocer Juan al Mesías.—Preséntase Jesús á reclama el Bautismo.—Es preciso que se cumpla toda justicia.—Manifestación celestial.—¿Qué sentido habrá que darle?—Para Juan Bautista, Jesús es e Mesías. (*Mat.*, III, 13-17; *Marc.*, I, 9-11; *Luc.*, III, 21, 22).

Sin embargo, Juan Bautista había recibido de Dios la seguridad de que le sería revelado el Mesías por un signo milagroso [1]; este signo debía producirse en la administración del Bautismo. Quería el plan divino que la Antigua Alianza terminase en el desierto donde había empezado, y que en él fuese inaugurada la Nueva solemnemente por la manifestación auténtica del verdadero Salvador de Israel.

Hacía ya unos seis meses, según la opinión más probable, que esperaba el Bautista dicha manifestación. En vano con sus palabras conmovía las almas, en vano su mirada interrogaba las conciencias: nadie se había presentado que revelase ser el Redentor.

Pero he aquí que, á su hora, hora fijada por Dios, un joven desciende de las montañas de Galilea para reclamar el bautismo, mezclándose á los demás hijos de Israel. Podía tener treinta años; se llamaba Jesús. Encerrado hasta entonces en el oscuro taller de un carpintero, nada ofrecía que le distinguiese de la multitud: cierto que, observándole de cerca, la mirada de sus conciudadanos no hubiera dejado de ver en sus palabras, y aún á través de las relaciones más ordinarias de la vida, los reflejos luminosos de su alma incomparablemente grande y religiosa; pero

(1) *Juan*, 1, 33.

¿quién habría imaginado que, de Nazaret, saldría el Salvador del mundo [1] y que este Salvador sería un carpintero?

Por su parte declara Juan que de ningún modo había sospechado el carácter mesiánico de Jesús. Tal vez, al afirmar que no conocía á su pariente hasta el día del bautismo, quiso significar que, desde la infancia y por sucesos que no menciona la historia evangélica, habían vivido completamente separados. ¿Por qué, de otra parte, no habían de guardar Isabel y Zacarías el secreto de María sobre la concepción milagrosa de Jesús, permitiendo así, sobre todo si murieron pronto [2], que su hijo ignorase las manifestaciones celestiales de que se había visto rodeada la cuna de su primo?

San Lucas no parece preocuparse de esta dificultad, y, después de haber relacionado íntimamente el origen de ambos niños, se contenta con decirnos que el uno vivió en el desierto y el otro en Nazaret, sin suponer que los hubiesen unido jamás relaciones anteriores al bautismo. Y, en efecto, ni el uno tuvo que adelantar su hora revelando á Juan su misión religiosa, ni el otro, retirado en el desierto, pudo mantener las relaciones de familia que hubieran podido darle á conocer á Jesús. Y si fuera cierto que, desde su tierna edad, el hijo de Zacarías había sido recogido por alguna de las numerosas comunidades de esenios que vivían en las riberas del Mar Muerto, se comprendería mucho más fácilmente la separación completa de los dos primos. Pero las miras religiosas del Precursor son tan diferentes de las tendencias esénicas, que es imposible suponerle discípulo de tales maestros, á menos que se hubiese impuesto la misión de contradecir y demoler todas las doctrinas de los que le habían educado. Sea de esto lo que fuere, en la hora actual de la historia evangélica, sabe Juan que el Mesías vive en Israel, que está á

(1) *Juan*, I, 47.

(2) Recuérdese que, según hemos visto, eran de edad avanzada al nacer Juan Bautista.

punto de manifestarse, que Dios debe revelarle milagrosamente en las aguas del Jordán; sólo ignora quién es el Mesías y de dónde vendrá.

Se acercó, pues, Jesús al Precursor para pedir el bautismo. Naturalmente, se entabló una conversación preparatoria entre el penitente y el Bautista. Cambiaron piadosamente sus pensamientos, y á medida que hablaba Jesús del reino del Mesías, de las miserias morales del pueblo judío y de la humanidad, sentíase impulsado Juan á saludar en él el ideal profético del Mesías. Escuchó religiosamente aquellas subyugadoras palabras, y sumergiendo poco á poco su inspirada mirada en aquella alma sobrenatural que se le revelaba, comprendió que se hallaba en presencia del Soberano esperado de Israel. ¡Cuán enemigo de todo pecado y exento de toda mancha era el corazón del neófito, muy superior aun que el suyo propio! ¡De qué modo se reflejaba el cielo, con su pureza, con sus armonías, con su caridad, en aquella conciencia tan bella como transparente! ¡Qué entusiasmo! ¡qué aspiraciones! ¡qué generosidad! Habla Jesús, y, á pesar de su modestia, se impone al que le escucha. Sus miras de restauración, de misericordia, de penitencia para el mundo culpable; su penetración de las verdades más insondables; su conocimiento del plan divino, revelan la misión superior que ha recibido; y cuando, una vez terminada la manifestación de aquellos efluvios de vida religiosa que llenan su corazón, quiere inclinarse para pedir el agua bautismal, ve postrado á sus pies al Bautista, quien, conmovido y subyugado exclama: «¡Yo soy el que debo recibir tu bautismo, y vienes á reclamar el mío!» Y, en efecto, pedir la purificación equivalía á pedir que se elevase la vida de uno al nivel moral de quien la purificaba, asociarse á su perfección religiosa y hacerse partícipe de su santidad. Ahora bien, Juan se sentía muy inferior para comunicar la más mínima perfección al eminente prosélito, por lo que declara que nada tiene que dar, sino recibirlo todo. «Déjame hacer ahora—dijo Jesús;—conviene que cumplamos así toda justicia.»

Para Juan exigía la justicia que, destinado á ser el último representante del mosaísmo, no se convirtiese en primogénito del Evangelio. Como Moisés, tenía la misión de enseñar á su pueblo la Tierra prometida, pero no entrar en ella. Su destino consistía en morir á las puertas del Reino bendito, sin participar de sus gloriosos beneficios; debía salvarse por la fe en el Mesías que debía venir, y no por las instituciones sacramentales del Mesías venido. Para Jesús, empero, nacido bajo la Ley, como dice San Pablo [1], exigía la justicia que escuchase la Ley y la cumpliese, esperando el momento de transformarla. Hijo de Israel, miembro por el nacimiento y la circuncisión de aquel judaísmo que se encaminaba al Cristo, sigue con regularidad el movimento religioso de su pueblo; con él se dirige hacia el Rey que se acerca, hasta la hora en que su Padre le ordene detener toda aquella agitación, diciendo: «¡No vayáis más lejos: el Cristo, el rey que buscáis, soy yo!» Pero mientras no reciba esta orden, la justicia para él consistirá en someterse á todas las exigencias del mosaísmo: la circuncisión, la presentación en el Templo, el Bautismo de Juan, y todo lo demás. De derecho, tomará parte en el ritualismo que alimenta la vida religiosa en Israel, hasta el día en que convertirá en superfluos todos los sacrificios y todos los símbolos, consumándolos con su propia oblación en la cruz. Así, pues, que Juan intente inclinarse ante la Nueva Alianza, de la cual no ha de formar parte, no es más que una piadosa impaciencia que su misión le prohibe; pero que Jesús quiera honrar el Antiguo Testamento antes de sepultarlo, que ratifique públicamente la misión del Precursor y preste homenaje á su autoridad, es una justicia que su sabiduría le ordena.

Por lo demás, una inspiración, por otro concepto elevada, dirige sus pasos; menos por Él que por la humanidad entera, cuyo representante oficial es, pide el bautismo. Lavándola hoy simbólicamente en las aguas del Jordán, se

(1) *Gal.*, IV, 4.

prepara á purificarla pronto en la ablución sangrienta de la cruz. A sus ojos, el bautismo es la imagen, ó aun el preludio, de su muerte, y por el paso que da con relación á Juan, acepta oficialmente la misión de Redentor, tan llena de dolores como de gloria. El desconocido de Nazaret, despidiéndose de su vida tranquila y dichosa, va á inaugurar el generoso y largo martirio de su vida pública. Así cumplirá toda justicia.

El Bautista se deja persuadir, y le otorga el bautismo. ¿Qué pasó entonces en el alma de Jesús, tan profundamente conocedora de todo lo que tenía de solemne aquella hora? No ha intentado decírnoslo la pluma de los Evangelistas. Sólo San Lucas observa que, después del bautismo, expansionó el neófito su corazón en ardentísima y filial plegaria. Y Juan le admiraba en el éxtasis de su adoración. De repente pareció que se desgarraban los cielos, y descendiendo el Espíritu de Dios, como una paloma luminosa, se detuvo y se posó sobre la cabeza del bautizado. Al mismo tiempo, decía una voz de lo alto: «Este es mi Hijo muy amado, en quien puse todas mis complacencias.»

Parece que Jesús [1] y Juan [2] fueron los únicos testigos de esta manifestación celestial. El Bautista habla de ella como de una señal que se le había concedido personalmente [3]; por otra parte, si todo el pueblo hubiese estado congregado allí, no hubieran descuidado los Evangelistas mencionar el entusiasmo producido por tan extraño acontecimiento.

Poco importa que el Precursor y el Mesías estuviesen solos en aquel momento, ó que Dios reservase una vez más la facultad de ver su señal á los ojos que eran dignos de contemplarla. Es lo cierto que la distinguieron perfectamente dos testigos. [4] No fué, pues, una impresión

(1) *Marcos*, I, 10, y muy probablemente, *Mateo*, III, 16, declaran que Jesús vió el prodigio.
(2) *Juan*, I, 32.
(3) *Ibid.*, I, 33.
(4) No es raro comprobar en la Escritura que no todos los testigos de un

moral, sino una realidad física, con su significación espiritual bien determinada. De los cielos, entreabiertos hasta sus profundidades, parte un rayo luminoso que expresa la íntima unión que existe entre Dios y Jesús. Este rayo no es otro que el Espíritu Santo, uniendo, desde toda la eternidad, al Padre y al Hijo en su vida celestial, y continuando esta misma relación íntima y substancial entre el Padre del cielo y el Hijo encarnado en la tierra. Toma en su manifestación la figura de una paloma, porque es espíritu de pureza, de dulzura y de amor, y porque la paloma simboliza todas esas virtudes; reposa sobre Jesús, menos para crear un nuevo estado, que para indicar y hacer visible la unión que existía ya: la del Hijo y del Padre. Jesús Hijo de Dios, nada tiene, en efecto, que recibir, todo lo ha recibido desde el principio, y la voz celestial lo confirma diciendo: no «He aquí el que se convierte en mi Hijo, y en quien voy á complacerme», sino: «He aquí el que es mi Hijo muy amado en quien puse (desde hace mucho tiempo) todas mis complacencias». Nada más claro que estas palabras.

Y, sin embargo, ¿agotan estas consideraciones todo el sentido del bautismo de Jesús? No es probable, porque desde el punto de vista del mismo bautizado y de su misión, el rito practicado parecía ser un acontecimiento capital. Los Evangelistas le conceden visiblemente una importancia, que tal vez la teología y la exégesis han descuidado con demasiada facilidad. La plegaria de Jesús, como todo lo que la precede ó la sigue, parece indicar la inauguración en Él de una vida, no más perfecta, pero sí distinta. Mas ¿en qué sentido distinta? ¿En lo exterior solamente ó en lo interior? No es fácil precisarlo, porque una vez más topamos aquí con el misterio de la unión hipostática. En realidad, el Espíritu que se cierne sobre Jesús como una paloma, parece acabar la obra creadora empezada por Él treinta años antes en el seno de María.

---

prodigio comprendían del mismo modo su significación. (*Act.*, IX, 7; *Juan*, XI).

Queda, pues, constituído oficialmente el Mesías por la intervención del cielo; y Pedro tendrá razón al decir más tarde que Jesús fué consagrado por el Espíritu y la virtud de Dios [1].

De todos modos, Juan, en cuyo obsequio se obró la señal celeste, ve disipadas sus dudas y lo declara resueltamente. Para él ya no hay que esperar ni buscar al Mesías; ya ha venido, él le ha visto: es Jesús de Nazareth. Consagrará los últimos días de su apostolado á anunciarle á Israel.

Ahora bien, Jesús tenía entonces unos treinta años. Era la edad en que, según las prescripciones de Moisés [2], se admitía al levita al ejercicio de su ministerio, y en que el joven, bastante maduro ya para ser realmente útil á su país [3], podía ocuparse en los negocios públicos en las naciones civilizadas. Puesto que la Ley lo permite y la hora de Dios le invita á ello, va á empezar su obra el joven carpintero, recién salido de las aguas del Jordán. Pero antes de seguirle en su vida pública, debemos averiguar con más exactitud quién es, cuál fué su origen y cuál la historia de sus primeros años.

Si hay un interés real en esclarecer la obscuridad que rodea los orígenes de un gran hombre, ¿cuánta mayor satisfacción no experimentaremos al recoger los detalles que nos revelan los comienzos del Hijo de Dios? Las pocas páginas que constituyen el fondo del libro siguiente son incomparables en poesía, en delicadeza y en sencillez. Dícese que es privilegio de las madres contar deliciosamente la historia de sus hijos. Sin duda alguna que una madre es la que ha dicho lo que sabemos de los primeros años de Jesús; su memoria, mejor aún, su corazón, es el que ha conservado á los relatos de la infancia aquella viveza de colorido, aquella gracia conmovedora, aquel acen-

(1) *Act.*, X, 38.
(2) *Núm.*, IV, 3, 47. Sin embargo, en el cap. VIII, 24, es admitido el levita á los veinticinco años.
(3) Jenofonte, *Memor.* 1; Dionisio de Halicarnaso, *Hist.*, IV, 6.

to de piedad que hacen de ellos una composición inimitable. Después de Pentecostés, habiendo recibido María, como los Apóstoles, el Espíritu de Dios, debió verse impulsada, más de una vez, á romper, para edificación de la naciente Iglesia, el silencio que hasta entonces había guardado con tanta religiosidad [1]. Habló ella, y sus relatos, cuidadosamente recogidos, enriquecieron el primer Evangelio oral, del cual se aprovecharon luego San Lucas y San Mateo.

(1) *Luc.*, II, 19.

LIBRO SEGUNDO

HISTORIA RETROSPECTIVA DEL MESIAS

CAPÍTULO PRIMERO

La genealogía de Jesús

Señalan los Evangelistas dos descendencias de Jesús, porque tiene dos naturalezas.—Como *Logos* ó *Verbo* encarnado, desciende de Dios Padre, de quien es igual.—Como hombre, desciende de David por José, su padre según la ley, y por María, su madre según la sangre.—Comparación de las genealogías de San Mateo y de San Lucas.—Sus caracteres respectivos. (*Juan*, I, 1-18; *Mat.*, I, 1-17; *Luc.*, III, 23-38).

He aquí la primera pregunta que formulamos cuando un hombre llama la atención pública: ¿De dónde viene? ¿Quién es?

Los Evangelistas dan á Jesús un origen doble, divino y eterno el uno, y humano y terreno el otro, porque distinguen en él dos naturalezas, dos elementos diferentes, la *divinidad* y la *humanidad*. Debe, pues, haber una genealogía como Hijo de Dios, y otra como Hijo del hombre.

San Juan se reservó trazar la primera en el prólogo mismo de su Evangelio [1]; San Mateo y San Marcos se

(1) Varias dificultades se han suscitado acerca de la doctrina de San Juan sobre el *Logos*, y de su manera de producirlo súbitamente, como si fuera ya conocido de los lectores. Pero ni debe sorprendernos la idea de este Ser divino, ni el nombre con que le designa. Todo cuanto se dice en el prólogo sobre el Verbo, su preexistencia á la creación, su identidad de naturaleza con el Padre, su actividad en el mundo antes de la encarnación, se encuentra claramente desarrollado en los discursos del cuarto Evangelio, en el que se califica Jesús á sí mismo. El nombre de *Logos* está tomado, no de Filón, con quien nada tiene de común la doctrina de San Juan, sino del lenguaje del Antiguo Testamento. (V. Dornes, *Doctrine of Person of Christ*, vol. I., Introd. B.). Los autores sagrados hablan con frecuencia de un enviado divino, *Maleach*, distinto de Jehová, pero con quien se le identifica ordinariamente (Comp. *Gén.*, XVI, 7, con XVI, 13—*Exod.*, XXIII, 21—*Os.*,

encargaron de conservarnos la segunda. Estudiémoslas por separado.

En el mismo seno de Dios, por encima de todas las demás criaturas, es donde va á buscar el cuarto evangelista el origen divino del Cristo. «En el principio—dice—era el Verbo [1]», y en esta primera afirmación establece la eter-

XII, 4-5—*Zac.*, XII, 10, etc.) y que debía de ser el mediador definitivo. Personifican también la *Sabiduría* divina (Prov., VIII) y la hacen partícipe en la obra de la creación. Finalmente, la *Memra* ó *Palabra* del Eterno se les aparece como un agente particular de la actividad divina en el mundo (*Sal.* CVII, 20; CXLVII, 15—*Is.*, LV, 11), siendo ella á quien dijo Dios: «Siéntate á mi diestra». Como la Palabra, órgano de la revelación divina, encierra eminentemente la Sabiduría de Dios y es también su agente personal, su papel en la teología judía es predominante. Queriendo caracterizar San Juan la acción mesiánica de Jesús, cree completamente natural identificar al Salvador con el Ángel de la Alianza, la Sabiduría y la Palabra de Jehová, los cuales, en realidad, no eran otra cosa que la manifestación personal y exterior de Dios. Le dió tal vez el nombre de *Logos*, *Verbo* ó *Palabra*, para demostrar á los judíos helenistas, partidarios de la filosofía alejandrina, que debía buscarse sólo en Jesús la personificación del intermediario necesario entre Dios y el mundo. El *Logos* con que soñaban ellos, en sus especulaciones filosóficas, era una fantástica abstracción; el que anuncia San Juan es una realidad. Los discípulos lo comprobaron con sus ojos y sus manos en la persona de Jesús. Véase acerca de la teoría de San Juan sobre el Verbo, á B. Weiss, *Biblical Theology of N. T.*, vol. II, p. 337 y sigs. Desde San Juan, han tomado los teólogos en tres sentidos la palabra *Logos*. En efecto, expresa simultáneamente la palabra interna ó la razón, la externa ó proferida por Dios y, finalmente, el revelador del Padre, pues que es la persona que le anuncia y le proclama. Así, pues, al engendrar su Verbo ó su Hijo, Dios Padre expresa todo lo que El mismo es, le confía todo lo que quiere hacer ó lo que hace, dice por Él todo lo que quiere comunicar á sus criaturas. (V. Ginoulhiac, *Hist. du dogme cathol.*, I parte, lib. IX, cap. I.).

(1) En una serie de diez proposiciones casi rimadas y repartidas en tres estrofas, en las cuales cada proposición reproduce, desde la primera palabra, la última que es la más importante de la precedente:

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ Λόγος,
καὶ ὁ Λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν,
καὶ Θεὸς ἦν ὁ Λόγος, κ. τ. λ.

se precisa lo que es el Verbo en sí mismo, con respecto á Dios, con respecto al universo y con respecto al hombre. Termina, á través de otros ocho versículos, escritos con el mismo procedimiento de repetición y de cadencia rimada, estableciendo la afirmación dogmática de la Encarnación:

Y el Verbo se hizo carne,
y habitó entre nosotros,
y vimos la gloria de él,
gloria como de Unigénito del Padre
lleno de gracia y de verdad.

nidad del que nos quiere dar á conocer; porque si el Verbo era antes del principio, no ha empezado nunca. Si era antes de que se creasen todas las cosas, Él no ha sido creado.

Por más que remontemos con la imaginación la serie de los siglos posibles, dondequiera que se detenga nuestro espíritu, encuentra que el Verbo ya era, y por esfuerzos que hagamos, no descubriremos nada más antiguo que Él; porque si era al principio de todo, ha sido siempre. Es, pues, antes del tiempo, y pertenece á la eternidad. Así, muchos teólogos entienden por «el principio» la eternidad como principio racional del tiempo. Sólo, en efecto, la eternidad puede servir de punto absoluto de partida á nuestro pensamiento, el cual, si permanece en el tiempo, concibe siempre un momento anterior á aquel en que se coloca.

«Y el Verbo era con Dios». Luego el Verbo es personalmente distinto de Dios Padre, con el cual, sin embargo, le veremos dentro de poco unido por la común esencia. Ser con alguien, ¿no supone, en efecto, una relación entre dos personas? Quien es con otro, ¿no es distinto de aquel con quien es?

El Verbo, persona real y no modo divino, ha sido, pues, siempre con Dios; esta unión permanente le es esencial. Un movimiento eterno de amor le pone en relación con el Padre; Él es en Él, en perpetua y activa relación con Él. Esto es lo que precisa el evangelista con un atrevimiento de lenguaje que no es posible comunicar á la traducción de su texto [1].

«Y el Verbo era Dios»—prosigue.—Luego el Verbo, por ser distinto del Padre, no es menos, en su esencia, uno con Dios, y, lo mismo que el Padre, el Hijo es Dios; porque, si es otra persona, no es otra cosa que Aquel con quien Él es. Sin ser el Padre, es consubstancial con Él. Con todo y ser Verbo, es perfectamente Dios.

Tal es la gradación que sigue el Evangelista: el Verbo

(1) Construye el verbo *ser*, ἦν, con una preposición que indica movimiento y toma el acusativo, πρός Θεὸν, para significar no solamente *en Dios, cerca de Dios, con Dios*, sino en una comunión substancial y activa con Dios.

ó Logos *es* antes de todo lo que ha sido creado, y, por consiguiente, eterno; es con Dios, constituyendo en Él una persona distinta. Ahora bien, como nada es eternamente en Dios, si no es Dios, termina San Juan su frase de modo tal que pone de relieve la palabra [1] en que entraña su principal pensamiento: «y el Verbo era Dios» [2].

He ahí, pues, plenamente caracterizado y sorprendido en el misterio mismo de su eternidad, en el seno del Padre, ese «Verbo que en el principio era con Dios». Pertenece á la esencia divina, siendo á Dios lo que la palabra es al pensamiento. Vive de Él en lo interior y le revela en lo exterior, con relación á nosotros, en dos operaciones principales: la creación del mundo y la redención.

«Todas las cosas fueron hechas por Él; y nada de lo que fué hecho, se hizo sin Él.» La potencia radical de la vida, la fuente primera, es el Padre, de quien todo procede; pero nada llega á la existencia sin pasar por el Verbo, que da la forma, el orden, la belleza y la vida [3]. El Hijo, pues, es el gran obrero del Padre. Por Él, como por la Razón ó la Sabiduría eterna, pasa la actividad del Padre, y todo, espíritu ó materia, nace de su soplo, lleva su sello y sigue su gobierno. Él es, en efecto, quien, por su acción incesante, crea todo cuanto subsiste. Luego es la vida universal de los seres visibles é invisibles [4]. Efectivamente, «en Él

(1) Coloca, en efecto, el atributo Θεός á la cabeza de la proposición, y da al sujeto el lugar del atributo, Θεὸς ἦν ὁ λόγος, del mismo modo que más tarde (IV, 24) dirá πνεῦμα ὁ Θεός. No podemos equivocarnos acerca del verdadero sentido de la frase. El Verbo ha sido el sujeto de las dos proposiciones precedentes, y lo es de la tercera, como lo va á ser también de la frase siguiente. Por otra parte, se trata aquí de saber no quién es Dios, sino quién es el Verbo.

(2) La teología ha arrojado viva luz sobre la naturaleza misma del Verbo de Dios. Así como el sol no es sin su esplendor, así Dios no es sin el Verbo. Este Verbo no es otra cosa sino la imagen perfecta y substancial de su ser divino, imagen producida perpetuamente de una manera indivisible y eternamente actual, porque Dios no puede cesar un instante de conocerse, y, conociéndose, engendra su Verbo. (Véase sobre todo el magnífico tratado de Tomasino. *De Incarnatione Verbi Dei.*

(3) El Hijo no es separable del Padre en la acción creadora; es su mano, su brazo, su consejero, su fuerza, su energía, y, por consiguiente, es igual al Padre en la obra de la creación.

(4) Véanse las magníficas enseñanzas de los Padres sobre este punto, y

era la vida», no la suya, esto es demasiado evidente, sino la nuestra; «y la vida era la luz de los hombres», vida tan abundante, que todos los seres beben en ella sin disminuirla. De ella se alimentan todos los seres, los de orden inferior y material, lo mismo que los de orden superior y espiritual. El Verbo es, en efecto, el sol de las inteligencias, y, como el sol manifiesta los objetos á los ojos del cuerpo, así el Verbo manifiesta la verdad á los ojos del espíritu. «Las almas racionales—ha dicho San Agustín, y después de él lo repite toda la gran teología católica—no tienen otra luz verdadera que el Verbo de Dios mismo... Él es quien continuamente las alimenta» (1).

Sólo que, así como es inútil que esté presente el sol á quien no quiera estar presente á él, así también la voluntad perversa conserva siempre la libertad de cerrar los ojos. Tal ha sido la suerte de la humanidad desde la caída del primer hombre. En vano el Verbo proyectaba en medio de las tinieblas del mundo su vida y su luz, porque las tinieblas resistían á esta divina iluminación. Había, pues, que preparar una revelación más sorprendente, y el Verbo ó la Palabra resolvió hablar directamente, boca á boca, con la humanidad, para que el hombre, entrando en comunicación con el Verbo, se convirtiese también en hijo de Dios. Nada tenían que ver aquí la sangre, el nacimiento, la obra humana; solamente por la fe debía efectuarse la entrada en la familia divina.

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.» Declara el Evangelista que «Él fué visto, contemplado—el declarante pertenece al número de testigos inmediatos,—en su gloria, la del Unigénito venido del Padre, todo lleno de gracia y de verdad.» Juan, el hombre enviado por Dios para dar testimonio de la luz, el Precursor autorizado por el cielo, testificó públicamente la descendencia divina de

---

más particularmente las de San Atanasio: *Oratio contra Gentes*, desde el n.° 40 á 45.—San Gregorio Naz., *Oratio*, XXXII, cap. VII-VIII.

(1) *De Gen. ad litt.*, V, n.° 30. Véase Santo Tomás, *Contra Gentes*, libro IV, c. XIII.

Jesús, y lo proclamó Hijo único de Dios, descendido del cielo á la tierra para revelar los secretos que había leído en el seno del Padre y, en virtud de este título, distribuir la gracia y la verdad.

He aquí la primera genealogía de Jesús. Es esencialmente Hijo de Dios, engendrado de toda eternidad por su Padre, y no creado; Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios nacido del verdadero Dios antes de los siglos. Su naturaleza divina queda altamente proclamada, y será esclarecida principalmente por el cuarto Evangelista en la biografía que va á trazar del Salvador.

No le contradicen sus tres predecesores. También ellos llaman á Jesús «Dios con nosotros, Emmanuel, Hijo de Dios», de una manera absoluta y sin restricción [1]. Reconocen que este nombre es su verdadero nombre, que responde á una realidad [2], y que Dios Padre se lo ha otorgado, con especial complacencia, en dos circunstancias solemnes; sólo que no investigan la historia eterna y misteriosa de esta persona divina encarnada en Jesús. Y es que la época en que se formó el Evangelio oral no soportaba fácilmente la clara y categórica exposición de San Juan. Existía el temor de soliviantar el monoteísmo judío, y convenía atenerse á las teorías menos precisas de la teología rabínica acerca del Mesías; eso fué lo que hicieron los sinópticos.

Preocupados de mostrar en Jesús al Enviado de Dios, evocan con preferencia todas las indicaciones proféticas que encontraron en Él su perfecta realización.

Una de las principales, entre estas indicaciones, era la descendencia de David. El Profeta había dicho: «Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y un tallo brotará de su raíz» [3]. Se esperaba, pues, que de este tronco mutilado, que permanecía en tierra desde que el gran árbol real fué abatido, de esta raíz, pisoteada y sin vida, saliese el res-

(1) *Marc.*, I, 1.
(2) *Luc.*, I, 33-35.
(3) *Isaías*, XI, I.

taurador de Israel. He aquí por qué, con su árbol genealógico, entienden establecer los Evangelistas, cada uno á su manera, que Jesús, hijo del gran Rey, es el vástago de salvación anunciado por los Profetas.

En tesis general, no vemos que le rehusaran jamás este honor sus contemporáneos. Desde la cananea, los ciegos de Jericó y los habitantes de Jerusalén, hasta los Apóstoles, que hacen de esta afirmación punto de apoyo para sus demostraciones apologéticas, todos reconocen que por sus venas circula la sangre de los reyes. «Viene—según la palabra del Ángel—á realzar y ocupar el trono de David, su abuelo.»

Con objeto de obtener la comprobación legal de esta descendencia, trazaron San Mateo y San Lucas dos genealogías, que, á pesar de no concordar, visiblemente se apoyan una y otra en datos históricos fidedignos.

Serie de generaciones, según San Mateo:

Abraham	Salomón	Salatiel
Isaac	Roboam	Zorobabel
Jacob	Abías	Abiud
Judas y sus hermanos	Asá	Eliacim
Farés y Zara de Tamar	Josafat	Azor
Esrón	Joram	Sadoc
Aram	Ozías	Aquim
Aminadab	Joatán	Eliud
Naasón	Acab	Eleazar
Salmón	Ezequías	Matan
Booz de Rahab	Manasés	Jacob
Obed de Rut	Amón	José
Jesé	Josías	(María?)
14 David	28 Jeconías y sus hermanos	42 Jesús

Según San Lucas:

1 Jesús	José	Matatías	Salatiel	Jesús
(José)	Matatías	Semei	Nerí	Eliezer
Helí	Amós	José	Melquí	Jorim
Matat	Nahum	Judas	Addi	Matat
Leví	Hesli	Joanna	Cosán	Leví
Melquí	Nagge	Resa	Elmadán	Simeón
7 Janna	14 Mahat	21 Zorobabel	28 Her	35 Judas

José	David	Aram	Taré	Cainán
Jonás	Jesé	Esrón	Nacor	Arfaxad
Eliaquín	Obed	Farés	Sarug	Sem
Melea	Booz	Judas	Ragáu	Noé
Menna	Salmón	Jacob	Faleg	Lamec
Matata	Naasón	Isaac	Heber	Matusalén
42 Natán	49 Aminabad	56 Abraham	63 Salé	70 Enoc
Jared	Cainán	Set	77 Dios	
Malaleel	Henós	Adán		

Ambas listas se sacaron probablemente de los cuadros oficiales de la nación [1]. Sabemos, en efecto, que los israelitas conservaban religiosamente la genealogía de la raza sacerdotal y, sobre todo, la de la raza real, de la que debía salir el Mesías [2]. Con todo, si consideramos de cerca los nombres de Farés en vez de Perets, Naasón en vez de Nachsón, etc., podría suponerse que, si los nombres de los más próximos á Jesús fueron suministrados por documentos de familia, el resto parece haber sido tomado directamente de los Setenta.

A primera vista, presentan ambas genealogías una anomalía sobrado extraña. Parece que dos evangelistas hacen pasar la descendencia davídica de Jesús por José; pero uno y otro declaran expresamente que José no intervino para nada en la milagrosa y sobrenatural concepción del Hijo de María. ¿Admitieron los dos que bastaba una adopción simple para legitimar lo anunciado por los Profetas acerca de la filiación real del Mesías? No es probable; en todo caso no se tarda en reconocer que sus árboles genealógicos conducen á un resultado en apariencia contradictorio.

(1) Josefo en su *Autobiogr.*, c. I, menciona estos cuadros públicos δημόσιαι δέλτοι, y declara que en ellos encontró su genealogía. Comp. *Contra Apion.*, I, 7. Hillel se sirvió también de ellos para mostrar su descendencia de David. V. *Bereschit Rabba*, 98. Véase también lo que cuenta Hegesipo en Eusebio, *Hist. Eccl.*, III, 29, con relación á los nietos de Judá, hermanos del Señor.

(2) Diga lo que quiera Julio Africano, en Eusebio, *H. E.*, I, 6, es poco probable que Herodes hiciera quemar los registros genealógicos para evitar toda comparación humillante entre su descendencia y la de sus súbditos principales. Pero aun cuando hubiera cometido esta indignidad, hemos comprobado que los judíos no por ello conocieron menos la serie de sus abuelos. Así, la profetisa Ana es de la tribu de Aser, *Luc.*, II, 36. Pablo sabe perfectamente que pertenece á la tribu de Benjamín y conoce los lazos genealógicos que le unen á su primer ascendiente. *Rom.*, XI, I; *Filip.*, III, 5.

Siguiendo una línea diferente desde David, no dan á Jesús el mismo abuelo; San Mateo le asigna á Jacob, San Lucas á Helí. Verdad es, no obstante, que se ha acudido á ingeniosísimas explicaciones para demostrar cómo podía ser José hijo, á la vez, de Helí y de Jacob. Según unos, Jacob representaría la descendencia directa de los reyes y el derecho inmediato á la corona de David, y Helí sólo la descendencia colateral á esta línea real directa. De modo que José sería hijo de Helí en la rama colateral, y heredero de Jacob en la rama directa, lo cual podría haber autorizado á los Evangelistas para llamarle hijo de Jacob y de Helí á la vez, hijo legal, ó mejor, heredero del uno, é hijo real del otro. Entre los judíos, como entre nosotros, extinguida la rama directa, la herencia pasaba á la rama colateral; de aquí las relaciones que se notan en las dos genealogías. Así, después de Jeconías ó Joaquín, que muere sin hijos, Salatiel, de la descendencia colateral, recoge la sucesión real de la familia de David. Tres generaciones después, se separa de nuevo la descendencia: Eliacim, primogénito de Judá (Abiud) representa la herencia directa, y José, hijo segundo, la herencia colateral. Probablemente vuelven á reunirse las dos líneas en Matat ó Matán, abuelo de San José. Aquél tuvo dos hijos; el primogénito, Jacob, hereda los derechos al trono de los descendientes de David, pero muere sin sucesión masculina [1]; José, hijo de su hermano Helí, recoge la sucesión nobiliaria para transmitirla á su hijo adoptivo Jesús.

Según otros muchos, Jacob y Helí podrían haber sido medio hermanos, hijos de una misma madre. Habiendo muerto uno de ellos sin hijos, tomaría el otro por mujer, según la ley judía, á su cuñada, para perpetuar el nombre y la raza de su hermano. De este modo, habría podido figurar José en una lista como hijo del que realmente le

(1) Varios autores han supuesto que era padre de la Santísima Virgen. Si así fuera, habría llegado la sucesión real directamente al Mesías mediante su madre, heredera, según la sangre, é indirectamente por su padre putativo, José, heredero según la ley.

había engendrado, y en la otra, como hijo de aquel á quien lo atribuía el precepto del levirato.

Empero distan mucho de dejarnos satisfechos esas hipótesis más ingeniosas que verosímiles; y como, por otra parte, sólo establecen entre Jesús y la línea real de David una relación completamente externa y de pura legalidad, invenciblemente se halla uno obligado á creer que, á lo menos, una de las dos genealogías llega á Jesús por su madre, María, y no por José, su padre putativo.

San Mateo, el evangelista esencialmente judío, debió preocuparse sobre todo de la cuestión legal. Para el medio en que vivía, era importante establecer que José, el padre supuesto de Jesús, pertenecía realmente á la raza de David; este trabajo no era difícil.

Y únicamente porque, según los cuadros oficiales, y la opinión pública, era incontestable esta descendencia de José, el título de hijo de David, dado á Jesús, fué incontestado. En efecto, por su matrimonio, no sólo José había dejado á cubierto el honor de María, sino que, sobre todo, había comunicado á Jesús el último reflejo de gloria y las esperanzas mesiánicas vinculadas en los antiguos reyes de Israel.

Así estaba obligado á establecerlo San Mateo desde la primera página de su Evangelio. Divídese su árbol genealógico en tres secciones de catorce miembros cada una de ellas, y comprende desde Abraham, padre de los creyentes, hasta Jesús, el Mesías. Para obtener esta perfecta regularidad, debióse sacrificar algunos nombres [1]; pero, además de que los orientales son aficionados á estas divisiones paralelas, como auxiliares de la memoria, el número catorce tenía la ventaja de encerrar eminentemente el siete, número sagrado, y representar el valor numérico del nombre de David, fuente real de la genealogía [2]. La primera serie comprende desde Abraham jefe del pueblo de Dios, hasta Da-

(1) Así, entre Joram y Ozías fueron suprimidos tres reyes muy conocidos: Ocozías, Joás y Amasías; y entre Josías y Jeconías, debería colocarse á Eliacim ó Joacim como hijo y como padre.

(2) El valor numérico de *Dvd* (David) es 4+6+4=14.—*(N. del T.)*

vid, llamado enfáticamente el Rey, y encierra todos los grandes recuerdos de los Patriarcas. La segunda, desde Salomón hasta la cautividad, y nos demuestra la decadencia é ingratitud siempre crecientes de los reyes de Israel. La tercera, finalmente, desde el regreso del cautiverio hasta Jesús, el restaurador de la eclipsada gloria de Israel. Únicamente esta última serie cuenta trece nombres.

Supúsose al principio que torpes copistas habían omitido uno; pero es poco probable, pues ya desde el tiempo de Porfirio fué señalada esta irregularidad. Y, sin embargo, el Evangelista contó catorce generaciones en esta serie. ¿Cómo explicarlo? El nombre que parece faltar es probablemente el de María, que no contamos, y que á buen seguro lo contó él. Efectivamente, la descendencia davídica pasa de José á Jesús, mas no directamente como de padre á hijo, sino por María á quien la comunica José por su matrimonio. María es el término medio que une á dos hombres extraños uno al otro; por eso, mostrándose muy circunspecto cuando llega á José, el Evangelista vigila con sumo cuidado sus expresiones, para determinar la descendencia de Jesús: «Jacob—dice—engendró á José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo» [1]. Con respecto á Jesús, María desempeña el papel

(1) Sabido es que la traducción siríaca de los Evangelios, hallada recientemente en el Sinaí por Inés Smitth Lewis y su hermana, ofrece una variante de la cual se han preocupado vivamente en Inglaterra y Alemania. Léese, en efecto, en ella: *Jauseph da-mekira hewat léh Mariam betulla auled le-Jésu de-métqeré Mesiha:* es decir: *José, con quien estaba desposada la Virgen María, engendró á Jesús, que es llamado Cristo;* y más abajo, vers. 21, en vez de: *Ella dará á luz un hijo*, se dice: *lilad lak déin bera*, cuya traducción es: *Ella te dará un hijo*; y en el vers. 25: *we-iéldat léh bera*, como conclusión: *Ella le dió un hijo*: ¿Habrá de creerse que quiso el traductor negar la concepción milagrosa de Jesús? En este caso, debiera haber suprimido todo lo restante del capítulo, en que tan categóricamente la afirma. No lo hizo por la sencillisima razón de que no tuvo la idea que quisieran atribuirle. Por muy explícitas que sean aparentemente las expresiones de que se sirve, hallan su verdadero sentido en el contexto, y, por otra parte, su equivalente, en los términos empleados por San Mateo; Ιωσὴφ τὸν ἄνδρα Μαρίας ἐξ ἧς ἐγεννήθη Ἰησοῦς. Se supone que la mujer casada da á luz el hijo de su marido, y el texto griego dice tanto como el siríaco. Sólo el contexto explica claramente ambos, y reduce á su simple extensión legal la paternidad de José.

de padre y de madre; merecía, pues, constituir por sí sola, un grado de la genealogía real; de este modo encontramos catorce generaciones desde Salatiel á Jesús.

Queda, pues, completo en su especie y perfectamente exacto el trabajo de San Mateo, y su origen completamente judío se revela en las observaciones de detalle que le caracterizan. Finalmente, logra el resultado apetecido demostrando el cumplimiento de dos profecías, en apariencia contradictorias, porque el Mesías debía nacer de una Virgen y á la vez heredar el trono de David. Pero si estaban excluídas las mujeres de la herencia real, ¿cómo una Virgen podía comunicar á su hijo derechos que ella misma no tenía? Convirtiéndose en esposa del heredero de David, y adquiriendo con esta unión los derechos oficiales que transmitiría al hijo, aun cuando no fuese fruto de esta unión. José es hijo de David, y María esposa legítima de José; luego Jesús es el heredero de David. He aquí el resumen de su estado civil; esto solo basta para satisfacer las miras del Evangelista y las exigencias de la sociedad judío-cristiana.

Sin embargo, podía probarse más. Jesús no se une á la familia real por una simple adopción, por un lazo completamente externo; su descendencia era un hecho real fundado en la misma esencia de las cosas. Para el Ángel [1], los Evangelistas [2] y el Apóstol San Pablo [3], había recibido en sus venas la sangre de David mediante María.

Al lado de la genealogía de sabor totalmente judío, conservada por San Mateo, había lugar á la genealogía más realista de San Lucas. Este debía tener un interés completamente particular en demostrar que Jesús, hijo de una Virgen, era, según la carne, descendiente de los reyes de Israel. Sólo, entre los griegos, como entre los judíos, las mujeres no tenían puesto en una lista genealógica. El ni-

(1) *Luc.*, I, 32.

(2) *Luc.*, I, 27, 32, 69; II, 5, etc.—*Mat.*, IX, 27; XII, 23, etc.—*Marc.*, X, 48-58. Comp. con *Hech.*, II, 30; XIII, 23.

(3) *Rom.*, I, 3. Comp. con *Galat.*, IV, 4; II, *Tim.*, II, 8; *Hebr.*, VII, 14 etc.

ño era hijo del padre y no de la madre; pero, faltando aquí el padre, debía unirse á Jesús con su abuelo, suprimiendo el nombre de la madre y mencionando sencillamente el nombre del padre putativo, José.

Esto es lo que hizo San Lucas con toda la delicadeza de un espíritu helénico. «Jesús—dice,—en el momento de inaugurar su vida pública [1], tenía unos treinta años, siendo hijo, según la opinión común, de José, pero en realidad de Helí, de Matat, etc» [2].

Es de notar que, según los rabinos, María era hija de Helí [3]. Si se inspiraron en la genealogía de San Lucas, es porque la interpretaban como nosotros; y si seguían la tradición judía, es porque nuestra genealogía estaba conforme con los datos históricos más exactos. Tal vez hay que ver únicamente en Helí una abreviatura de Eliacim, y en Eliacim un sinónimo de Joaquín [4], nombre que la creencia común de la Iglesia da al padre de la Santísima Virgen. Sea lo que fuere, siempre será posible que Helí fué llamado simultáneamente Joaquín. Esta era la suposición de Neconías Ben-Cana en este pasaje recogido por Galatino: «Había en Belén de Judá una virgen llamada María, hija de Joaquín Helí». Esta fué también la contestación, según el mismo autor, de Judas el Justo al cónsul que le interrogaba: «El abuelo materno del Mesías debe llamarse Helí y Joaquín» [5].

---

(1) Esta traducción de la palabra ἀρχόμενος es más correcta que la adoptada antiguamente por nosotros: *Jesús parecía tener treinta años.*

(2) Mientras que todos los demás nombres llevan el artículo τοῦ, José se halla privado de él, cuando debería llevarlo particularmente si fuese el principal punto de apoyo del árbol genealógico. Ello es señal de que él no entra en la descendencia, y que es mencionado solamente teniendo en cuenta la opinión pública. De este modo resulta bien visible la soldadura por la cual enlaza el Evangelista á su narración la genealogía tomada de un documento especial. Este documento empieza en τοῦ Ἡλεὶ, y estas dos palabras se enlazan directamente como complemento, no á Ἰωσήφ. sino á υἱός, es decir, á Jesús, que regirá igualmente todos los demás nombres precedidos del artículo τοῦ hasta el último término, Dios. La palabra *Hijo* se entiende aquí, como ocurre frecuentemente, en el sentido de *nieto, biznieto*, etc.

(3) Lightfoot. *Horae hebr.*, in Luc., II, 23.

(4) Comp. con *Judit*, XV, 9, y IV, 5-7-11,—y *IV Reyes* XXIII, 34.

(5) Pedro Galatino, *De Arcan. cath. veritatis*, VII, c. 12.

El árbol genealógico de San Lucas está en completa armonía con las ideas y el carácter del tercer Evangelista y de San Pablo. No se detiene, como el de San Mateo, en el Padre de los creyentes; se remonta hasta Dios. El Salvador y la Buena Nueva no son para un solo pueblo, sino para todos. Jesús no es sólo hijo de Abraham y judío; es hijo de Adán y hermano de todos los hombres. Su redención será universal como su familia.

La genealogía de San Mateo descendía el curso de las generaciones. Era la reproducción de un cuadro existente donde habían sido inscritos los individuos, según el orden de su nacimiento. Se ve en ella la mano de un hombre que, tomando la revelación por punto de partida, pasa suavemente de la causa al efecto. La genealogía de San Lucas pasa del efecto á la causa; remonta la serie de los siglos. Se comprende que el autor transcribe en ella un cuadro ya existente, pero sin añadir reflexiones propias como San Mateo. Procede con reserva, y se mete en un terreno que no es el suyo. Contando á Dios y á Cainán, que toma de los Setenta, y que faltan en el texto hebreo, su genealogía cuenta setenta y siete miembros, es decir, la multiplicación más feliz del número siete, el número sagrado. Pero es probable que San Lucas se preocupase menos de obtener esta ingeniosa combinacion, que de observar escrupulosísima exactitud. Según toda apariencia, no omitió miembro alguno de la ilustre familia. A decir verdad, la línea que sigue, á partir de David, sólo contiene nombres obscuros, respecto de los cuales se hace imposible toda comprobación; pero el número de generaciones establecidas corresponde sobrado exactamente á la serie de años transcurridos. Por dos veces parece acercarse á San Mateo, en Salatiel y Zorobabel la primera, y en Matán ó Matat la segunda; pero se separa de él muy presto, sin dar lugar, no obstante, á dificultades serias [1], y

(1) Han opinado algunos que estos nombres designan, en las dos genealogías personajes diferentes (V. Wieseler)—Otros se han acogido á la ley del

recuperando una libertad de procedimientos que revela á un escritor seguro de sus documentos, y poco cuidadoso de armonizarlos con los datos que puedan tener otros.

Al paso que San Mateo parece haber tomado todos sus informes, (tanto para su genealogía como para sus relatos de la infancia) de la familia de José, todo nos induce á creer que San Lucas se inspiró en fuentes procedentes de María. Sea de ello lo que fuere, ambos grabaron con buril, á través de los siglos, esa acta nobiliaria incomparable inscribiéndola gloriosamente á la cabeza de su historia de Jesús: San Mateo en la primera página de su Evangelio, y San Lucas en el momento en que va á comenzar su vida pública el carpintero de Nazaret, en recuerdo quizás del lugar que ocupa en el libro del Éxodo [1], la genealogía de Moisés.

Todo cuanto de gloria, de virtud, de fe, de piedad, hubo en esta gran raza de Israel, va á reposar en el Hijo de María, heredero de las promesas divinas. Por pobre y descalificado que nos parezca en sus humildes comienzos, no podemos menos de saludar en torno de su frente tan gloriosos recuerdos de lo pasado, y en la sangre que hace palpitar su corazón la vida misma de los más ilustres antepasados.

Por otra parte, habiéndonos instruído San Juan de cómo llevaba en sí, no solamente la sangre de los reyes, sino el mismo Verbo de Dios, estamos autorizados á decir que, para formar al Mesías, habían dado el cielo y la tierra lo que tenían de más precioso.

Y ahora, entrevisto ya el secreto de su personalidad, en la que se unen dos naturalezas distintas, aferrémonos fuertemente á esta doble afirmación que debe guiarnos en

---

levirato, y en fin, varios han supuesto que el mismo personaje era hijo real en una rama é hijo adoptivo ó hijastro en la otra. (V. para una discusión completa á Grimm, *Einh. der Evang.*, p. 737 y sig.; Hervey, *Genealogies of our Saviour*, Londres, 1853.)

(1) *Exod.*, VI, 14.

la exposición de esta difícil biografía: Jesús es Dios y hombre verdadero. Este pensamiento esclarecerá muchas dificultades y nos iniciará plenamente en el secreto de una vida propuesta á cada uno de nosotros para que la imitemos y veneremos.

CAPITULO II

Concepción de Jesús

Como Adán, el hombre nuevo no debe nacer, sino ser creado.—María, la esposa (1) de José, es la elegida del cielo para cooperar á esta creación.—Mensaje del Ángel.—Coloquio arrobador.—María se convierte en Madre del Hijo de Dios.—Apresúrase á comunicar á Isabel el secreto celestial.—El *Magnificat* revela toda su alma. (*Luc.*, I, 26-56).

La genealogía de San Lucas, procediendo de Jesús á Adán, parece establecer entre estos dos términos extremos un paralelismo que ha ido desarrollando lógicamente la dogmática cristiana desde San Pablo acá. En efecto, si fué Adán la cabeza de la humanidad antigua, Jesús es el principio de la humanidad nueva; uno y otro se nos ofrecen como el primer tronco de una descendencia que comienza; y desde este momento, convertidos en punto de partida de lo que va á seguir, deben, no ya nacer, sino ser creados. Puesto que en ellos va á elevarse la vida á un nuevo grado, ó, por mejor decir, puesto que va á inaugurarse en ellos una nueva vida, no procederán de un esfuerzo normal de lo ya existente, sino que Dios intervendrá para sacar directamente de la nada lo que nada era todavía.

Del mismo modo que para hacer á Adán tomó un puñado de tierra—pues el primer hombre debía tener un lazo de origen con el mundo que iba á espiritualizar,—así también, para formar á Jesús, tomará una gota de sangre de la humanidad—pues es muy necesario que tenga el Redentor un punto de contacto con lo que va á purificar, restaurar, asociar á la vida divina,—y esta gota de sangre, que pasó no solamente por las entrañas de santos y mujeres castas, sino también por las venas de reyes prevaricadores

(1) Tomamos aquí la palabra esposa en su significación etimológica: persona que ha contraído esponsales.—(N. del T.)

y mujeres pecadoras, será el elemento del cual va á servirse su actividad omnipotente para formar, sin el concurso del hombre, en el seno de una Virgen, al jefe de la nueva humanidad, Jesucristo.

Como Adán, no tendrá Jesús otro padre que Dios mismo; Él será el verdadero don del cielo. Adán salió de la tierra; Él de la humanidad. Ya que les era necesario un lazo de unión con el mundo que iban á transformar, encontró cada uno el suyo: aquél en un pedazo de cieno y Éste en una molécula de carne viviente tomada de la más pura y perfecta de las hijas de Judá.

En Nazaret de Galilea, vivía una virgen de la casa de David; llamábase María [1]. Nada nos dicen los Libros Santos de su origen ni de la historia de sus primeros años.

---

(1) Parece que fué muy común en aquella época el nombre de María. Así vemos que lo llevaban varias mujeres del Evangelio, como María Magdalena, María Salomé, María madre de Marcos, y otras. Sólo que, mientras éstas son llamadas Μαρία, la Madre de Jesús es llamada invariablemente, en nominativo, Μαρίαμ. En Josefo, *Antiq.*, IV, 4, 6, este mismo nombre se escribe Μαριάμμη ó Μαριάμνη.

¿Añadíase la letra μ para acercarse más al original hebreo *Miryam*, popularizado por la hermana de Moisés, la única, por lo demás, de este nombre entre todas las mujeres conocidas de la Antigua Alianza, ya que, *Paralip.*, IV, 17, menciona probablemente un hombre? Es posible. Ordinariamente es fácil fijar la etimología de los nombres hebreos, sobre todo si son de mujeres, las cuales casi siempre llevan nombres de frutos, de flores, de animales: Gacela, Azucena, Rosa, Manzana, etc. No ocurre lo mismo con el nombre de María; la variedad de significaciones que se han propuesto del nombre de Maríam es muy considerable. Los *Onomástica* griegos, falsamente atribuídos á Filón y á Orígenes, dicen que Maríam viene de *mar* «amargo» y de *iam* «mar», ó también de *mareya* «soberana», si se le hace derivar del arameo. San Jerónimo se detuvo en estos dos sentidos: «Melius est—dice,—ut dicamus, sonare eam *stillam maris*, sive *amarum mare*. Sciendumque quod Maria, sermone syro, *domina* nuncupatur.» Sabido es el provecho que han sacado la poesía y la elocuencia del descuido de los copistas en escribir desde el principio *stellam* por *stillam*, á pesar de que el gran doctor nunca pensó en traducir por *estrella* el substantivo *mar*, que en Isaías, XL, 15, significa *gota* y se halla traducido en la Vulgata por la palabra *stilla*. Pero si María es sólo una transformación del antiguo nombre hebreo Miryam, éste es el que debe sugerir la etimología real. Ahora bien, suprimiendo la terminación *am*, que no es ni substantivo, ni adjetivo, ni siquiera sufijo de la tercera persona del plural, sino un apéndice sin significado alguno, nos hallamos en presencia de dos raíces *marah*, con un *he*, y *mara*, con un *alef*. La primera significa *ser rebelde;* la segunda *estar gordo*, lo que, para los orientales, es sinónimo de ser hermoso. Según eso, Miryam con el sufijo significa-

Así, y como para vengarse de este silencio, multiplicó la leyenda, desde el principio, las narraciones más raras y menos verídicas; ciertos Evangelios apócrifos están llenos de ellas; pero andaría muy equivocado quien pretendiese encontrar algo serio en tan pueriles composiciones (1). Ni las artes, ni sobre todo la piedad deben beber su inspiración en dondequiera que aparezca evidente la obra de la mentira. Lo que no se halle en la verdad ha de ser rechazado enérgicamente como peligroso y mal sano; conformémonos con no saber nada de lo que nada quisieron decir los verdaderos Evangelios.

Hija probablemente de Helí-Joaquín, tenía María por hermana, ó mejor, por cuñada (2), á la mujer de Cleofás, llamada María, como ella. Aunque perteneciente á la tribu de Judá, tenía algún parentesco (3) (συγγενής) con la de Leví, y su descendencia davídica no le impedía ser pariente de Isabel y Zacarías, miembros de la casta sacerdotal.

Cúando aparece en el teatro de la historia evangélica,

ría *nuestra rebelde* ó *nuestra hermosa*. El último sentido sería más agradable que el primero, pero probablemente menos fundado. (*)

(*) Muchos hebraizantes pondrían grandes reparos á esta doble etimología final.—(N. del T.)

(1) Notable éxito é influencia lastimosa obtuvo, sobre todo en la Iglesia de Oriente, una de ellas; tal es el Proto-evangelio, así llamado porque cuenta hechos anteriores á lo consignado en nuestros Evangelios canónicos; el milagroso nacimiento de María, su educación en el Templo en donde fué alimentada por mano de ángeles, la serie de prodigios que determinaron al gran sacerdote á confiarla á José, ya viejo y cargado de familia, etc. Este libro, atribuído á Santiago, hermano del Señor, se halla mencionado por Orígenes, *in Mat.*, III. Conocido probablemente de Clemente de Alejandría, *Strom.*, VI, y de San Justino, *Dial. c. Tryph.*, 78, lo hallamos muy extendido en Oriente á partir del siglo IV. (V. Gregorio Niceno, *Orat. in diem nat. Christi*; San Epifanio, *Haeres.*, LXXVIII, 7, y LXXIX, 5, etc. Aun cuando de ningún modo fué aceptado como canónico, era leído como libro de edificación en las liturgias, y á este fin fué traducido al siríaco y al árabe, y acabó por introducirse en Occidente, bajo una forma doble y con diversos desarrollos, en el *Evangelio de la Natividad de María* y en el *Evangelio del Pseudo Mateo*. Así fué como influyó en las historias de María y José, que una piedad mal aconsejada creyó deber escribir. Si los lectores de semejantes leyendas tienen alguna vez curiosidad de recorrer los apócrifos de donde se sacaron, juzgarán fácilmente del crédito que merecen. (V. en Thilo y Tischendorf, *Ev. apocrypha*).

(2) Sería muy extraño que las dos hermanas llevasen el mismo nombre. María de Cleofás fué tal vez hermana de José. *Juan*, XIX, 25.

(3) *Luc.*, I, 36.

es ya esposa de José, obscuro vástago, como ella, de la familia de David. Tal vez por no tener hermanos, y ser, por este título, heredera privilegiada de la casa paterna, se vió obligada, según las prescripciones legales, á desposarse con algún pariente suyo. En todo caso, sus raras virtudes y sus gracias modestas debían ciertamente bastar para que la apreciasen sus parientes y para conquistarse el corazón de su primo.

No hay razón alguna que pruebe que hubiera éste alcanzado la edad madura—menos aún la vejez,—cuando solicitó esta unión; y no se justifica que el arte cristiano, siguiendo las leyendas heréticas, se haya obstinado en arrojar sobre este patriarcal matrimonio la apariencia del ridículo que acompaña siempre á la mal adecuada unión de un viejo y una joven. En el plan providencial, José debía alimentar con su trabajo á la Sagrada Familia, protegerla é impedir que la calumnia sospechase de la más casta de las esposas. Ahora bien, esta misión no era muy propia de un viejo. El testimonio de los apócrifos [1] ha sido

(1) En efecto, los Evangelios apócrifos están contextes en representarnos á José como un viejo decrépito. En el *Protoevangelio*, IX, 2, le hace decir el autor: πρεσβύτης εἰμί; en el *Pseudo-Mateo*, VIII: *Senex sum et filios habeo; ut quid mihi infantulam istam traditis, cujus etiam aetas minor est nepotibus meis?* Según la *Historia de José*, X, el piadoso carpintero, casado á los noventa años, debió morir á los ciento once, superando así en un año la longevidad del hijo de Jacob, cuyo nombre llevaba. Por otra parte, su vejez fué una vigorosa juventud, pues ni se había debilitado su vista, ni caído uno solo de sus dientes, ni se habían abatido sus ánimos etc., etc. San Epifanio, *Haeres.*, LI, LXXVIII, sigue obstinadamente esta extravagante opinión, y supone que José, casado á los ochenta años, volvió de Egipto á Nazaret á los ochenta y cuatro, y murió á los noventa y dos. Aceptando confiadamente las tradiciones apócrifas, este escritor eclesiástico, de ideas frecuentemente singulares, abrió el camino á todos los que dieron á José cuatro hijos de su primer matrimonio: Santiago, José, Simeón y Judas, los mismos que son llamados *hermanos de Jesús* en nuestros Evangelios, y dos hijas: Salomé y María (V. *Haeres.*, XXVIII, 7 y LXXVIII, 9. Comp. *Anchorat.*, 60). Por grande que fuera la autoridad personal de los doctores que compartieron esta opinión, Orígenes, Gregorio Niceno, Crisóstomo, Cirilo de Alejandría, es digno de verse el vigor con que los refutó San Jerónimo en su libro contra Helvidio, apoyándose en la autoridad de los Padres apostólicos, Ignacio, Policarpo, Ireneo, Justino Mártir, etc. La única indicación que puede aducirse de nuestros Evangelios para afirmar que José era de avanzada edad cuando se desposó con María, es que probablemente había fallecido en

aceptado demasiado fácilmente por espíritus pusilánimes que ignoran lo que puede el hombre sobre su propio corazón, cuando Dios le manda permanecer virgen al lado de una Virgen consagrada por la gracia de lo alto. Quienquiera que conozca la naturaleza humana, sabe que no es la vejez la que da la castidad, sino la virtud; y ésta no es menos valiente y poderosa á los treinta años que á los cincuenta. La juventud, generosa y ardiente, nunca ha sido incapaz de grandes sacrificios.

José, pues, como todo hijo de Israel llegado á la edad núbil, procura fundar su hogar doméstico. El celibato no era honroso entre los descendientes de los patriarcas. Al escoger á María, había seguido los impulsos de su corazón. Nos son desconocidos los detalles de las negociaciones preliminares, cuya última palabra únicamente Dios debía pronunciar; veamos, con todo, cuáles eran los usos de los judíos en caso semejante.

Hecha la elección por el joven, dirigía éste su demanda al padre, á la madre, á los hermanos de la joven. Si era acogida favorablemente, se procedía á los esponsales, es decir, comprometíanse con juramento por una y otra parte á contraer el matrimonio. El novio ofrecía al jefe de la familia el *mohar* ó presente principal, que era el precio de la joven [1]; y á los demás miembros de la parentela les distribuía el *mattán*, ó sea, un regalo gracioso de menor importancia, destinado á reconocer el favor que, según sus derechos, se dignaba concederle cada uno de ellos.

Estas encantadoras costumbres, que encontramos en los griegos de Homero y en los germanos, fueron consignadas

---

el momento en que empezó Jesús su ministerio público. Y, en efecto, después del incidente de *Lucas*, II, 42, no se le vuelve ya á mencionar; pero para dar algún valor á esta inducción, fuera preciso admitir que uno no puede morir sino de vejez, lo cual no es exacto. Al declarar el texto del mismo Evangelista, II, 51, que Jesús permaneció sumiso *á sus padres*, es decir, á su padre y á su madre, nos obliga á creer que, después de haber encontrado á su hijo en Jerusalén, José tuvo la dicha de servirle aún largo tiempo de padre, tal vez quince ó dieciocho años.

(1) *Gen.*, XXIX, 18, 27; XXXIV, 11, 12; *Jos.*, XV, 16; *I Reyes*, XVIII 23-26; *II Reyes*, III, 4.

más de una vez en nuestros Libros Santos, en relatos tan admirables por su sencillez como por su poesía. Todavía subsisten, en parte, en Nazaret [1].

Convenidos ya, y pagado el *mohar*—en tiempo de Moisés [2] variaba entre treinta y cincuenta siclos,—considerábase á los jóvenes como legalmente unidos entre sí [3].

Sin embargo, entre los esponsales y el matrimonio, mediaba un lapso de tiempo relativamente considerable: un año completo para las vírgenes, y un mes para las viudas. Los esposos sólo se veían alguna que otra vez; y sus relaciones amorosas eran mantenidas por un intermediario que recibía el nombre de «amigo del esposo» [4].

Si se demostraba que la joven faltaba á la fidelidad, no era menos culpable que una verdadera esposa; podía ser, mediante el billete de divorcio, repudiada ignominiosamente y aun condenada á muerte. Filón dice expresamente [5] que los esponsales unían con iguales lazos que el matrimonio, cuyos derechos, á excepción del de cohabitación, conferían por entero. Al esposo se le llamaba también con frecuencia marido, ἀνήρ, y la esposa era calificada de mujer, γυνή; el niño concebido durante el tiempo de los esponsales no era ilegítimo, ni ante la opinión, ni ante la ley [6]. Sin embargo, el título ordinario de la esposa era el de virgen, porque vivía lejos de su futuro marido, y, en toda verdad, podía decir que no tenía hombre.

Tal parece haber sido la situación de María en el momento en que se posó sobre ella la mirada de Dios. Hasta entonces había vivido piadosamente en su casa paterna ó en la de algún pariente próximo, en Nazaret, dejando á la

(1) *Gen.*, XIV, etc., y nuestros *Enfants de Nazareth*, p. 78 y sigs.
(2) *Exod.*, XXI, 32; XXII, 15.
(3) *Deut.*, XXII, 23.
(4) *Juan.*, III, 29.
(5) *De Spec. leg.*, pág. 788. (V. también los textos de los rabinos en Lightfoot, *Horae hebr.*, in Matth., I, 18.
(6) Selden, *Uxor hebr.*, 2, lib. II, cap. I, y en otros lugares. Esta observación es decisiva para la opinión que coloca la concepción antes del matrimonio de María.

Providencia conducir el curso de su vida y fijar la suerte de su juventud. Se la había prometido en casamiento, sin que su alma tal vez hubiese considerado ninguna de las graves obligaciones que podría imponerle el lazo conyugal. Existen naturalezas privilegiadas que, absortas en la meditación y el éxtasis del amor divino, dejan que se agiten en torno de ellas los hombres, y únicamente contemplan el cielo. Sólo de aquí esperan el signo decisivo que determina su porvenir. Su virtud consiste en querer heroicamente todo lo que Dios quiere. El Evangelio nos enseña que María fué una de esas almas meditativas que se complacen en el íntimo coloquio consigo mismas y con el mundo sobrenatural. Dios la había colmado de sus gracias y, correspondiendo á ellas, se había convertido, entre todas las criaturas, en la menos indigna de las miradas del Creador. En ella, como en purísima y perfumada flor, habíanse abierto la fe viva de los Profetas, la esperanza de las generaciones pasadas, la piedad dulce y humilde de las santas mujeres; y, de todas las almas creadas, si exceptuamos la de Jesús, ninguna fué tan armoniosa, inmaculada y santa como la suya.

Dios, pues, juzgando que había llegado ya la hora en que debía ser rescatado el mundo, envió á uno de sus ángeles para celebrar la alianza del cielo con la tierra y preparar la Encarnación de su Hijo. Gabriel, el mensajero de las buenas nuevas, descendió á Nazaret. ¿Se hallaba entonces la joven en la oración ó en el trabajo, tejiendo ó hilando? Poco importa. Para las almas piadosas, el trabajo es una oración, y su vida, á pesar de todas las agitaciones y preocupaciones humanas, un perpetuo diálogo con el Dios á quien está consagrada. Hallábase sola cuando se le presentó el Ángel. «Dios te salve, llena de gracia—dijo el celestial mensajero;—el Señor es contigo». Nada más sencillo ni más amable que este saludo dirigido á la humilde joven. Gabriel no desea, sino que atestigua el estado de gracia, y alaba á María por su íntima unión con Dios. Ello es una revelación para la candorosa niña, que no sospecha

su excepcional perfección y que se muestra turbada en su sencillez y modestia. ¿De dónde proviene y qué significa esta salutación? Va á decírselo el divino mensajero, disipando así todas sus dudas. «No temas, María—le dice,—porque has hallado gracia delante de Dios». La llama por su nombre para inspirarle confianza; y en seguida le revela, con su presente santidad, su dignidad futura: «He aquí que concebirás en tu seno y darás á luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús». María desempeñará, pues, respecto al Mesías, todo el papel que ha confiado la naturaleza á la madre. En sus entrañas germinará el renuevo de David, como en tierra bendita, y de su seno virginal, como de arca inmaculada, saldrá la flor de la humanidad. «Será grande este tu hijo—continúa el Ángel,—y será llamado *Hijo del Altísimo*, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino».

¡Qué nueva tan sorprendente! ¡Cuán trastornada debió de quedar la piadosa Virgen! En ella iba á cumplirse lo que durante tantos siglos habían deseado las mujeres de Israel. Se le prometía un hijo, y este hijo debía ser llamado legítimamente *Hijo de Dios*. Jamás hombre alguno había llevado título tan abrumador. En el Hijo de la promesa se convertía en la expresión exacta de una dignidad sobrehumana y en la prueba de su origen celestial. Verdadero Mesías, le pertenecerá realzar el trono de David y reinar, sin otros límites de tiempo que la eternidad, sobre la casa de Jacob, cuya familia mística será formada por todos los creyentes de la tierra.

Sin embargo, por grande que sea este honor, hay en él algo que alarma su pureza virginal; de aquí la pregunta, tan llena de deliciosa sencillez, que le dicta su agitada conciencia: «¿Cómo se hará esto, si yo no conozco varón?» Virgen hasta aquella hora, no conoce varón, y, parece dar á entender que no lo conocerá nunca, por más que su familia la haya prometido á José: tanto repugna á su delicada conciencia toda unión carnal, por muy legítima que

se la suponga. Entonces Gabriel, con tanto respeto como apresuramiento, tranquiliza su susceptibilidad, y descubriéndole el secreto del casto misterio: «El Espíritu Santo—le dice—vendrá sobre ti, y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por eso, el Santo que nacerá de ti, será llamado *Hijo de Dios*».

Aquí, pues, queda suprimido el Agente principal de toda generación humana, el Padre, y toma su lugar el Espíritu Santo. Este Espíritu, que, en el principio, se extendió sobre el abismo para derramar en él los gérmenes de vida de donde debía salir nuestro universo, cubrirá á María con su sombra para preparar una creación nueva, y escogiendo en entrañas virginales el germen tres veces santo que en ellas dormitaba, le despertará, le fecundará, le vivificará.

Así, y aun desde un punto de vista absolutamente humano, habrá razón para llamar al niño Hijo de Dios, pues no tuvo, en cuanto hombre, otro padre que Dios. Así, es perfectamente puro y santo, al igual que Adán, aquel otro hijo de Dios [1], cuando salió de las divinas manos. Sólo que, mientras éste dejó decaer lastimosamente la naturaleza humana, cuyo primer representante era, aquél la realzará hasta su más sublime ideal, dando á sus discípulos, que serán sus verdaderos descendientes, el ejemplo de todas las virtudes humanas realizado en el libre juego de las facultades del alma, bajo el reino y para gloria de Dios.

Escucha María religiosamente la palabra angélica. No pide señales, pues su fe y su amor pueden pasarse sin ellas; sin embargo, el ángel le dará una, estrechamente ligada con la concepción del Mesías futuro. «Y he aquí—añade como para subrayar lo imprevisto de lo que va á decir,—que Isabel, tu prima, ha concebido también un hijo en su vejez; y por más que todos le echasen en cara su esterilidad, este es ya el sexto mes de su embarazo; porque no hay cosa alguna imposible para Dios.» En efecto, las

(1) *Luc.*, III, 38.

leyes que ha dado Dios al mundo para regirlo no son cadenas que ligan sus manos, sino hilos cuya elasticidad se presta á todas las combinaciones de su sabiduría y de su misericordia. Tiene razón el Ángel al decir que la palabra *imposible* no es divina.

Cada una de estas palabras caía en el alma de María, como un rayo luminoso que esclarecía las incertidumbres de su virginal candor. Era Dios quien pedía una esposa, ó mejor, un elemento humano para hacer al hombre nuevo. Fácil era dar su consentimiento á tal honor; pero ¿no había alguna sombra negra y amenazadora en esta perspectiva? ¿No podía ser el camino de la vergüenza ó del menosprecio aquel camino del milagro por donde le pedía el Ángel que se dejase conducir? ¿Cómo explicar su embarazo á su esposo, á los hombres? ¿Se daría fe á su extraño relato? ¿Sería bendecida ó maldita, glorificada ó apedreada? Todo presagiaba severísimas apreciaciones, un porvenir dolorosísimo. Afortunadamente, poseía la Madre aquel valor heroico que admiraremos más tarde en el Hijo. También ella se considera capaz de llevar la cruz con toda su deshonra, cuando se trata de salvar al mundo. Si Dios está con ella, nada le importará todo lo demás. «He aquí—dice—la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Expresión sublime, que responde al estado de esta alma admirable, y que sólo podía hallar en su corazón la más santa de las criaturas. Habla primero la humildad, y ofrece una esclava en quien se busca una madre; sigue de cerca el espíritu de sacrificio, y pronuncia el *fiat*, ese consentimiento por el que es dado al mundo el Salvador; finalmente, la esperanza en la bondad divina pronuncia la última palabra. Pero ¡qué profunda delicadeza preside á todo esto! En el texto original, usando un matiz intraducible en nuestra lengua, en vez de pedir que esto llegue pronto, deja entrever María, delicadísimamente [1], que se remite á Dios para el día y la hora en que habrá de rea-

(1) Emplea el aoristo γένοιτο, y no el presente.

lizarse el milagro. Nada del apresuramiento que hubiera podido manifestar la vanidad; nada de dudas como hubiera podido hacerlo la desconfianza: el heroísmo en su sencillez, he aquí lo que encontró sin buscarlo la amable Virgen.

Al retirarse al punto el Ángel, llevó al cielo esa incomparable respuesta de fe, de amor y de obediencia.

Sólo tocaba ya á la joven esperar en el silencio la realización del divino mensaje; pero ¡qué emociones debieron traspasar su alma! Pronto encontraremos el eco viviente de ellas en su himno de acción de gracias. Sin duda alguna que, desde aquel momento, se le reveló por completo su misión, con sus dolores, sus influencias y sus glorias; solamente la humildad y la prudencia le inspiraron la decisión de no descubrir todavía á nadie el misterio cumplido en sus castas entrañas. Por lo demás, su timidez virginal debía hacerle su secreto más fácil y más caro. No ignoraba cuán pocas son las almas que entran simplemente en los designios del cielo, y cuán numerosos los impíos que los desfiguran. ¿No hubiera hecho sonreir á un mundo lleno de malicia esta concepción milagrosa que tan fácil era de calumniar? ¿no se hubiera confundido la obra de Dios en la opinión de los hombres con la obra de los malos?

Si en aquel momento hubiera sido María mujer de José, á él hubiera debido comunicar desde luego el mensaje celestial y su consentimiento á las proposiciones divinas que afectaban al derecho conyugal. Y aun puede afirmarse que si hubiera vivido con respecto á él en esas relaciones de afecto respetuoso, pero íntimo, que unen ordinariamente á los esposos, José no habría dejado de entrever en su límpida alma, la huella de las emociones que había suscitado en ella el milagroso incidente.

María estaba simplemente prometida por su familia. No habiendo dado nada por sí misma, ni su corazón, ni sus promesas definitivas, se consideró como casi libre y extraña con respecto á su esposo. Así, sin temor de faltar al derecho y á las conveniencias, procuró ella buscar, fue-

ra de él, el primer confidente de la gran nueva. Un corazón de mujer parecía particularmente dispuesto á recibir el precioso secreto. Según todas las probabilidades, María no tenía ya madre; por eso pensó naturalmente en la prima que le había mencionado el Ángel, y que hecha también fecunda por milagro, debía, más que cualquier otra, comprender y apreciar la asombrosa revelación.

Habiéndose, pues, levantado la Virgen, corrió presurosa á las montañas de Judá, hacia la ciudad sacerdotal [1] en que habitaban Zacarías é Isabel su esposa. Para ella por lo menos, habría cuatro largos días de viaje desde Nazaret á la región montuosa que se extiende al sur de Jerusalén. Pero María, sostenida por su fe, recorrió esta distancia sin preocuparse ni de las fatigas del camino, ni de los inconvenientes de su larga ausencia.

La presencia de ella en el umbral de la casa de Zacarías, llena del inmenso júbilo que no trataba de contener, y radiante de la gracia divina que la inundaba, fué para Isabel como una visión celestial. La santa mujer, desde que había concebido al Precursor, debía contar con la próxima venida del Mesías, pero no podía conjeturar de dónde vendría. La visita de María reanimó todas sus esperan-

(1) Se ha preguntado cuál era esta ciudad. Suponen unos que era Maquero, la primera ciudad de Judá después de Jerusalén, situada al pie de los montes arábigos. Otros, como Ewald, Townsend, han creído que era Hebrón, que se hallaba en las montañas de Judá y era una de las grandes ciudades sacerdotales. En fin, varios, como Ritter, Raumer, Robinson, son de parecer que la ciudad de Judá no era otra que Juta, de que habla el libro de Josué (XV, 55, y XXI, 16), clasificada entre las ciudades de los sacrificadores. Pero ningún manuscrito indica una corrupción de copista, y si el Evangelista hubiera querido citar realmente la ciudad en que habitaba Zacarías, lo hubiera hecho cuando nos habló de él por primera vez. A no ser quizás por la dificultad de sustraer el hijo de Isabel á la matanza de los inocentes, no vemos la dificultad de admitir, siguiendo las indicaciones tradicionales, á falta de otras mejores, que Zacarías habitaba en el mismo lugar de Ain-Karim, á 6 kilómetros al S. O. de Jerusalén y 7 al N. O. de Belén. No menos que los cristianos, debieron los discípulos del Bautista tomar á pechos el conservar el recuerdo de los lugares en que había vivido su maestro; no es fundada la observación de Tobler de que las tradiciones de Ain-Karim no se remontan más allá de las Cruzadas. La escena de la Visitación habría tenido lugar en la casa de campo de Zacarías, á donde Isabel se había retirado, á pocos minutos de la pequeña ciudad.

zas, y el acento de las primeras palabras que la oyó pronunciar conmovióla hasta en lo más profundo de sus entrañas. Al punto se estremeció el niño que llevaba en su seno, como se agita y sonríe la dormida naturaleza á la aproximación de los primeros rayos del sol. Al sentir este signo interior, que tan bien correspondía á las impresiones de su alma, Isabel no dudó más, y, abandonando su corazón al Espíritu que la dominaba, exhaló un gran grito [1].

Del mismo modo que los Profetas sometidos á una influencia superior, veía ella en los secretos de Dios lo que no había entrevisto aún el ojo humano, y escuchaba lo que no había oído aún oreja humana. «Bendita tú entre todas las mujeres—dijo á su prima,—y bendito el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde esto á mí que venga á mí la madre de mi Señor?»

La Encarnación es, pues, un hecho consumado; así lo afirma Isabel, porque siente su milagrosa influencia. «He aquí—añade—que, luego que llegó la voz de tu salutación á mis oídos, mi hijo dió saltos de gozo en mi seno. Bienaventurada tú que creíste, porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor.» María escucha en silencio esta primera felicitación, brotada de labios humanos, á su maternidad divina, y, aceptándola, su alma la transfiere generosamente al Dios de quien ha recibido su extraordinaria grandeza. No necesita, como Isabel, de una inspiración particular del Espíritu para hablar del misterio de que está llena; le basta dejar que rebosen de sus labios los sentimientos de un alma en adelante absorbida en el elemento divino.

Á pesar de la grandeza de su dicha, su expresión es serena y majestuosa; no va á hablar una mujer, sino una reina, la Esposa del Altísimo, y en sus acentos hay algo que asombra y arrebata de admiración á los corazones dignos de oir la voz del cielo.

---

(1) *Luc.*, I, 4. El texto más autorizado *ἀνεφώνησεν κραυγῇ μεγάλῃ*, supone efectivamente que Isabel, bajo la acción del Espíritu Santo, expresó con un grito su admiración, aun antes de hablar á su prima.

Podemos dividir en cuatro estrofas el himno entonado por María.

Glorifica mi alma al Señor,
Y mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador,
Porque miró la bajeza de su esclava.

Únense aquí el regocijo y la gratitud para excitar sus más vivos transportes. Exalta á su Señor, sometiéndose á su imperio, y glorificando su majestad por el completo abandono de su ser en la adoración y el reconocimiento. Su espíritu, este punto, el más sutil y elevado, por el que el alma encuentra á Dios; este tabernáculo donde residen las ideas del mundo invisible, se ha estremecido bajo la influencia misericordiosa del Ser Soberano que prepara la salvación. Ella, la humilde hija del pueblo, frágil renuevo de una familia arruinada, y por siempre más sin gloria, la prometida de un artesano, ha obtenido del Cielo la mirada más consoladora y más honrosa.

Porque he aquí que desde ahora me dirán bienaventurada todas las gene-
[raciones,
Porque ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, y su nombre
[santo.
Y su misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le
[temen.

María, llena del sentimiento de su súbita grandeza y de su gloria futura y universal, profetiza su gloria en lo venidero con tan sorprendente seguridad como modestia. En sí misma nada es sino el miserable pedestal que sostiene la inmensidad de una obra edificada por el poder, la santidad y la misericordia de Dios. Por esto, sólo glorifica al Señor, aun en medio de los arrebatos de su alegría; á Dios que cobija con su misericordia á sus siervos y estrella en su cólera á sus enemigos.

Ha sonado ya la hora de la intervención divina en el mundo: María, Isabel y Zacarías son de ello la primera prueba. El advenimiento del reino mesiánico no hará más que universalizar esta feliz revolución.

Ha desplegado la fuerza de su brazo.
Ha esparcido á los que se enorgullecían en los pensamientos de su co-
[razón.

Ha arrojado de su trono á los poderosos,
Y ha ensalzado á los humildes.
Ha colmado de bienes á los hambrientos,
Y ha rechazado á los ricos despojados de todo.

Tal será la idea dominante del Evangelio: lo que es nada derribará á lo que es todo. No permite Dios que se crea que necesita de nuestro concurso para llevar á cabo sus obras. Es preciso que nos anonademos, que nos aniquilemos en lo interior de nuestra alma, que proclamemos nuestra miseria, y entonces vendrá á realzarnos la bondad divina. Son rechazados los orgullosos fariseos, los ricos de la tierra, Herodes, César, y, en cambio, dos pobres hijas de Israel son escogidas por objeto de la grandiosa manifestación celestial. El orgullo, la tiranía, la fortuna han acabado, pues, su reinado. Dios los aborrece para cubrir con su afecto, con su santidad, con un rayo de su gloria, la humildad, la bajeza, la pobreza. El fiel Israel podrá dar testimonio de ello. Al paso que serán aplastados los enemigos de Dios, él recibirá la realización de las promesas hechas á los Patriarcas. Tal es la idea de la cuarta estrofa que termina el himno:

Socorrió á su siervo,
Acordándose de su misericordia—
Como lo dijo á nuestros padres,—
Para con Abraham y su descendencia por siempre jamás.

En realidad, sólo esta página nos ofrece el Evangelio para iniciarnos en la vida espiritual de la Santísima Virgen [1]; pero ¡qué luminosa revelación de un interior que jamás hubiera sospechado nuestra piedad, por muy filial que fuese! ¡Cuán mal hubiera sido juzgada esta existencia, si, por razón de su papel generalmente eclipsado, se hubiera confundido con esas vidas vulgares que llenan la his-

(1) ¿Será preciso mencionar aquí la singular variante de tres manuscritos de la Itala y, según Orígenes, *in Luc. hom.*, VII, trad. por San Jerónimo, de varios testimonios griegos que colocan el sublime canto en labios de Isabel y no de María? Ni en el texto, ni en los testimonios extrínsecos, hallamos nada serio que nos autorice á preocuparnos de una lección visiblemente defectuosa.

toria de la humanidad! ¡Qué fuego oculto bajo una ceniza humilde y apacible! María alimentó su juventud con los más bellos pasajes de nuestros Libros Santos, y llenó su corazón con el recuerdo de las heroinas del Antiguo Testamento. Así, cuando habla para alabar á Dios, vuelve á encontrar los pensamientos, las expresiones de ellas, que fueron el alimento perpetuo de su alma [1]. ¡Cuán potente y religioso es el soplo que hace palpitar el pecho de la jovencita Virgen! No habla, sino que canta. Verdad es, por otra parte, que la lengua hebrea se prestaba á la transición insensible de la forma vulgar á la forma poética y métrica. El alma del semita pasaba sin esfuerzo, bajo una impresión profunda, desde la conversación al himno, elevándose gradualmente á los más bellos acentos de la poesía lírica.

El silencio que hasta entonces había guardado María sobre las celestiales comunicaciones no había hecho más que prepararla á una emoción más viva y á una efusión más elocuente para el día en que revelara su secreto. He aquí el por qué cantan á la vez en sus labios la piedad, la gratitud, el gozo espiritual, la abnegación. A la suya había pasado el alma de los viejos creyentes del Antiguo Testamento. Pero aquellos grandes siervos de Jehová, no tuvieron acentos más elevados, más nobles y generosos que los de María al profetizar, con santo estremecimiento, la nueva revolución religiosa y el triunfo de los amigos de Dios. Como ellos, ama á su nación. La última palabra de su cántico es un grito de patriotismo que nos conmueve. Mejor que ellos, conoce y honra á su Dios.

La estancia de María en casa de Zacarías fué bastante larga; habitó allí tres meses, es decir, hasta el alumbramiento de su prima. Aquel ambiente teocrático estaba en ar-

---

(1) He aquí los lugares en que la ciencia exegética ha ido á buscar los bellos pensamientos de este cántico: *Salmos* XXXIII, 4, XXXIV, 9; LXV, 18, 19, CX, 9; CII, 9, etc., y sobre todo *Reyes*, II, *Génesis*, XXX, 13; *Éxodo*, XV, 16; *Deuter.*, VII, 9; *Is.*, XLI, 8, y *Miq.*, VII, 20. Véase este cotejo en Geikie, *The Life of Christ*, vol. I, pág. 109.

monía con el estado de su alma, pues entrañaba todo cuanto el judaísmo había producido de más perfecto en materia de delicadeza de sentimiento y aspiraciones sobrenaturales. Todos juntos, en los dulces desahogos de la piedad y del afecto, glorificaban á Dios y fortalecían su fe.

Así que nació Juan, su padre, según hemos notado en otra parte, recobró el habla y cantó también un cántico, poniéndose al unísono con el alma que acabamos de escuchar.

Después de asistir á las fiestas de familia que honraron el nacimiento y circuncisión de Juan, María volvió á su casa [1], para aguardar á que pluguiese á Dios proveer á una situación moral cuya gravedad iba acentuándose de día en día.

---

(1) La expresión empleada, *Luc.* I, 56, *καὶ ὑπέστρεψεν εἰς τὸν οἶκον αὐτῆς*, indica claramente que no iba acompañada de José y que vivía aún con su propia familia. Por otra parte, no se comprendería que no estuviese mencionado José, si hubiese hecho el viaje con ella. Se ha dicho, pero nada lo prueba, que entre los judíos las esposas no podían viajar. Debió acompañar á la joven hasta la casa de su prima un criado ó algunos parientes ó amigos, y ello era bien fácil por cuanto hacia esta época (*Nisan*, Marzo-Abril), subían en caravanas á Jesusalén.

CAPÍTULO III

Matrimonio de María y José

Advierte José el embarazo de María.—Angustias respectivas de ambos.—Habla Dios á José el Justo.—Doble servicio que le pide.—José toma á María por mujer y la respeta como á hermana.—Los hermanos de Jesús.—Misterio de la virginidad cristiana. (*Mat.*, I, 18-25).

Habíanse hecho visibles, en efecto, las consecuencias de la obra divina en las castas entrañas de María, y así lo advirtió José, más interesado que nadie en el estado de su esposa.

Según la observación del Evangelista, le sorprendió como cosa inesperada [1]; prueba de que ignoraba la visita del Ángel y las santas conversaciones de las dos primas en la casa de Zacarías. Probablemente su alma religiosa y recta no se hubiera manifestado menos sumisa á la voluntad del cielo, ni menos creyente que la de María, si se le hubiera iniciado en lo que ésta había visto y oído; mas, ignorante de todo, conturbóse en extremo. No se atrevía á poner en duda la virtud de su esposa. El pasado de una adolescencia incomparablemente pura y la serenidad de una mirada no empañada por inquietud alguna, le decían muy alto que cualquier sospecha sería un crimen. Y, sin embargo, contemplaba con sus propios ojos la perturbadora realidad. Así, su espíritu estrellábase á la vez contra un hecho físico patente, el embarazo de María y contra un hecho moral no menos incontestable, su virtud acrisolada. Pedir una explicación, sería demasiado penoso; me-

(1) Las palabras de que se sirve San Mateo *se halló, se advirtió* que ella había concebido, Εὑρέθη, indican que José se enteró del suceso por lo que vió, no por lo que se le dijo. (*)

(*) Es decir, que aquí εὑρέθη (*inventa est*) equivale á ἐφάνη (*apparuit*), como ya observó Eutimio.—(N. del T.)

jor que nadie comprendía José lo mucho que debería herir con ella á la que tanto amaba y veneraba todavía. Aceptar la situación y cerrar los ojos, le parecía poco razonable; seguirá, pues, los consejos de su corazón bueno y rectísimo [1]. Entre los parientes de la joven y él, ha mediado tan sólo una promesa de casamiento, un simple lazo verbal. Luego una palabra puede todavía romper lo que otra palabra concertó. Otros hubieran roto estrepitosamente; él, inspirándose en la benignidad, que es el fondo de su carácter, usará de prudencia y de comedimiento. La decisión que va á tomar estará de acuerdo con su repugnancia á creerla culpable. Secretamente, sin ruido ni escándalo, la autorizará á permanecer libre; de este modo nada tendrán que ver los hombres en este asunto. José desconfía de la justicia de los magistrados de la tierra, é incapaz de juzgar por sí mismo en una causa tan difícil, se remite á la justicia del cielo.

Naturalmente, debió María sospechar las angustias de su esposo, y tal vez temer la afrenta de una ruptura próxima. Así, comenzaban para ella, al propio tiempo que sus goces maternales, aquella serie de sufrimientos morales que iban á torturar toda su vida. ¡Qué perspectiva, si José rehusaba casarse! La más pura de las vírgenes se convertiría en la más despreciada de las mujeres de Nazaret, y el fruto de sus entrañas nacería bajo el peso de la más afrentosa deshonra. ¿Era, pues, preciso publicar el

---

(1) Han supuesto algunos intérpretes que, habiendo descubierto María á su esposo la obra de Dios en ella, no quiso José, porque era justo, remitirse simplemente á su palabra acerca de punto tan delicado. Para salir fiador de la acción divina en María y del milagroso origen del Niño que ha de nacer, preciso es que se convenza por sí mismo, mediante pruebas incontestables; sin esto, no quiere tomar parte en ese asunto de gravedad decisiva desde el punto de vista religioso. Por otra parte, no osa poner en duda el relato de María, á la que siempre ha conocido tan perfecta, apareciéndosele tan pura y tan santa. En la duda, temía igualmente denunciar á su esposa entregándola á los jueces, ó protegerla casándose con ella; por esto la repudiará en secreto, es decir, entregándole un billete de divorcio, en forma legal, pero sin indicar la queja que ha provocado su determinación. De este modo se muestra justo, dejando al Cielo el cuidado de esclarecer una situación en que no ve más que tinieblas.

secreto del cielo? Pero ¿quién se avendría á creer un relato tan extraño? ¿Guardaría silencio al sentirse abrumada por la calumnia? Indudablemente, podía inmolarse á sí misma; pero ¿no debía permanecer intacta la honra de Dios? ¿Cuál sería el porvenir de aquel Mesías, cuya cuna podría ser mancillada por la calumnia con alguna apariencia de razón? A decir verdad, este pensamiento, por triste y amargo que fuese, debía sostener su probada fe. Lógicamente no tenía más recurso que remitirse á Dios, cuya sabiduría no podía dejar de interesarse en una obra tan milagrosamente emprendida. Sin saber precisamente de dónde le llegaría la salvación, en medio de todas aquellas inquietudes, esperábala María sin descorazonarse.

Más legítimamente turbada y más violentamente oprimida se hallaba el alma de José, ya que nadie le había iluminado todavía en su prueba. Dios no podía ya callar por más tiempo. Una noche en que se hallaba acostado el carpintero, con el corazón preso de angustiosísimas congojas, se le apareció el Ángel del Señor. Jehová había dicho, por boca de Moisés [1], que hablaría algunas veces á sus profetas á través del sueño. En efecto, por más que en el sueño están generalmente adormecidas la razón ó el juicio—estas facultades reflejas con cuyo auxilio comprueba el alma sus impresiones y distingue lo imaginario de lo real,—la sensibilidad y la imaginación son excepcionalmente activas.

Se comprende, pues, que, aun en estas condiciones, Dios ó un ser superior puede entrar en comunicación con nuestro espíritu. Sólo que habrá siempre un criterio de verdad con cuya ayuda juzgará de estas impresiones el alma que sueña; ya que, por la manifestación ó la influencia real de un ser superior, será afectada de muy diferente modo que

---

(1) *Núm.*, XII, 6. Quizá para conformarse con este pasaje, el Ángel, en el bíblico Mateo, habla siempre del Señor á José ó á los Magos durante el sueño. (*Mat.*, I, 20; II, 13. Comp. II, 12, 22), mientras que, en San Lucas, se muestra á Zacarías, á María, á los pastores durante la vigilia. (*Lucas*, I, 11, 26; II, 9, etc.)

por ilusiones ó simples sueños. La nitidez de la percepción, la importancia de la comunicación, la convicción íntima del que, despierto, declara no haber soñado, sino haber visto, bastan para establecer una distinción radical entre el mundo de las quimeras y el mundo de las realidades. «José, hijo de David—dícele el Ángel,—no temas recibir á María por mujer, porque lo que en ella ha nacido, obra del Espíritu Santo es. Y dará á luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará á su pueblo librándolo de sus pecados.»

Bastaron esas palabras pronunciadas por el celestial mensajero para inundar de luz, de alegría y de admiración el alma del joven esposo. Al punto cesan sus inquietudes y se disipan las nubes. Hállase ya, no en frente de una virtud comprometida, sino ante la esposa misma del Espíritu Santo. Desígnase entonces claramente á sus ojos el papel providencial y glorioso que Dios le asigna: salvaguardar el honor de María y de Jesús, pretegiendo, con un casamiento oficial, á la Madre y al Hijo; respetar á aquélla como á templo del Altísimo; alimentar y proteger á éste como si fuese su propio hijo. Tal es el conjunto de deberes que acaba de imponerle el mensajero celestial. Heredero legítimo de los creyentes de Israel, José no duda en aceptar esta santa misión de caridad y de castidad.

Habiéndose, pues, levantado, hizo lo que le había pedido el Ángel, y se convirtió en salvaguardia de la honra de María tomándola por mujer [1].

---

(1) Evidentemente, las palabras pronunciadas por el Ángel: «No temas recibir á María por mujer», suponen que no se había celebrado el matrimonio; porque, además de que no podemos temer hacer lo que ya hicimos, sino solamente lo que está por hacer, el término *recibir* dice con precisión que la familia de la joven no la había entregado todavía por mujer. La conclusión del relato, *παρέλαβεν τὴν γυναῖκα αὐτοῦ*, indica con no menor claridad que sólo se habían celebrado los esponsales, y que no existía la cohabitación, como, por otra parte, lo había observado el Evangelista en el vers. 8, *πρὶν ἢ συνελθεῖν αὐτούς*. No admitir esta explicación es, según puede verse en Strauss, (*Vie de Jésus*, Vol. I, pág. 173 y sigs.), meterse en una red de inextricables dificultades. (*)

(*) Antes de Strauss, estas difilcultades habían sido previstas por Salmerón, Calmet, Lamy y otros exégetas católicos.—(N. del T.)

Según la fe católica, tan antigua como unánime, vivió José como hermano de su esposa, y María permaneció siempre virgen. Confirma invenciblemente esta tradición el Evangelio, á través de algunas aparentes dificultades [1]; porque, dando á Jesús por hermanos los que fueron solamente primos, la historia sagrada establece lógicamente que no hubo hermanos verdaderos. En tanto, efectivamente, entraba en las costumbres judías dar el título de hermanos á los primos de un hijo único, en cuanto era imposible concederlo, sin trastornar todas las ideas, á los primos del que tenía ya hermanos verdaderos. Ahora bien, no puede ponerse en duda que los que el Evangelio llama hermanos de Jesús eran sólo primos. Llamábanse Santiago, José, Simón y Judas [2]. Santiago, á quien San Marcos apellida *el Menor*, y José tenían por madre [3]

(1) Observa, efectivamente, San Mateo que José respetó á su esposa *hasta que hubo dado al mundo su primogénito*. Su pensamiento, al hablar de este modo, no era otro que recordar sencillamente que Jesús nació por obra única del Espíritu Santo; de ningún modo entiende insinuar cosa alguna contra la virginidad perpetua de María. Sin duda que la locución ἕως οὗ puede, á primera vista, parecer que afirma ó niega una cosa tan sólo hasta el tiempo indicado, y suponer, á partir de este límite, lo contrario de esta cosa. De manera que al decir: José respetó á María *hasta* el nacimiento de Jesús, hubiera querido el Evangelista dar á entender que no hizo lo mismo posteriormente. Pero, según observa San Jerónimo, el adverbio *hasta que* explica lo que es dudoso y calla lo que es cierto. Así, al decir «Helvidio no se convertirá hasta que haya muerto», no se pretende decir, por cierto, que hará penitencia después de su muerte. San Mateo declara, pues, que María permaneció virgen hasta el nacimiento de Jesús. En cuanto á lo que pasó después, nada dice, porque se supone que el lector lo sabe por la continuación del Evangelio, que no da á María otros hijos. Indudablemente parece algo extraño el giro que emplea; pero es necesario tener en cuenta el genio de la lengua hebrea, que usa con frecuencia locuciones semejantes (*Gén.*, VIII, 7): «No volvió el cuervo hasta que la tierra estuvo seca», sin que por eso se pretenda decir que volvió después. El término primogénito, πρωτότοκος, que falta en varios manuscritos, aplicado á Jesús, hizo decir á Luciano (*Daemonax*, 29): «Si es el primero, no es único; si es único, no es el primero. Empero es probable que los Evangelistas empleasen esta palabra solamente para aludir al término de la ley y dar á Jesús un título que halagaba á todo verdadero israelita, ya que el primogénito era ofrecido á Dios, y, por un momento, se convertía en hombre de Dios. El primogénito, designado, de otra parte, por la ley (*Éxod.*, XIII, 2), era frecuentemente único, y quedaba siendo el primero, aun siendo único. Estos diversos argumentos nada prueban, si, por otra parte, se establece que Jesús no tuvo hermanos.

(2) *Mat.*, XIII, 55.

(3) *Ibid.*, XXVII, 56; *Marc.*, XV, 40.

á María, mujer de Cleofás, y hermana ó cuñada de la Santísima Virgen [1]. Eran, pues, simplemente primos de Jesús. San Pablo, en su Epístola á los Gálatas [2], da precisamente á Santiago el Menor el título de hermano del Señor. En efecto, entre los Apóstoles, dos solamente llevaron el nombre de Santiago: el uno hijo de Zebedeo, y el otro hijo de Clopás ó Cleofás ó aún Alfeo, según que se deformaba diversamente en griego el original arameo [3]. Ahora bien; en San Pablo se trata, no del primero, que había sido ya martirizado, sino del segundo, cuyo voto fué preponderante en el Concilio de los Apóstoles y que era hijo de Alfeo, de ningún modo de José. Y, sin embargo, se le llama hermano del Señor. Y como quiera que este Santiago tenía por hermano á Judas, según nos lo aseguran los catálogos apostólicos [4], y de ello también da fe la Epístola canónica de San Judas, síguese que hay un tercer hermano de Jesús, que, en realidad, sólo fué primo, ya que era hijo de María Cleofás. Simón es el único cuya genealogía no se halla explícita en el Nuevo Testamento; pero un autor que toca muy de cerca al ciclo apostólico Hegesipo,—escribía á mediados del siglo II—nos hace saber que el segundo obispo de Jerusalén fué Simón, hijo de Cleofás y *primo* del Señor, martirizado á la edad de ciento veinte años, imperando Trajano [5].

La demostración parece concluyente [6]. No hay que ex-

(1) *Juan*, XIX, 25. Compárese con *Mat.*, XXVII, 56 y *Marc.*, XV, 40.

(2) *Gal.*, 1, 19.

(3) El *jet* ó *cheth* hebreo, que es la primera letra de este nombre, fué transcrita realmente en griego ó en latín, ya por una aspiración fuerte (*h* dura), ya por una consonante más ruda todavía, *c* ó *k*.

(4) *Luc.*, VI, 14. 16.

(5) Eusebio, en su *Hist. Eccl.*, nos ha conservado el testimonio de este autor. Así, en el libro III, XI, 4, asegura que «Simeón, segundo obispo de Jerusalén, era primo, ἀνεψίος, del Señor, siendo Cleofás, según Hegesipo, hermano de José.» Más abajo, cap. XXXII, 5; y lib. IV. XXII, 15, particulariza, siempre sobre la fe del mismo historiador, que Simeón era hijo *del tío del Señor*, ὁ ἐκ θείου τοῦ Κυρίου.

(6) Una dificultad surge, á propósito de *Juan*, VII, 5, en donde se dice que, seis meses antes de la Pasión, los hermanos de Jesús no creían en él, lo cual no concuerda mucho con el hecho de que los tres eran ya apóstoles. ¿Responderemos que se trata aquí de una incredulidad relativa? El texto los cla-

trañarse, pues, de que Jesús, en su última hora confíe su Madre á un discípulo, á un amigo; es que esta Madre no tiene otro hijo que él. Sólo es grata la hospitalidad de un hijo adoptivo cuando faltan hijos verdaderos. Y no se diga que María se retiró á casa de Juan porque los hermanos de Jesús eran incrédulos; los mismos hermanos se encuentran al lado de ella en el Cenáculo, compartiendo su fe y sus esperanzas.

La conclusión lógica es que el primogénito había agotado moralmente toda la fecundidad de las entrañas virginales que le habían concebido, como un fruto excepcionalmente bello, ó una flor particularmente delicada, absorben toda la fuerza vital del árbol que los produce. Por otra parte, si el hombre tiene naturalmente respeto á los lugares habitados por la Divinidad, ¿cómo admitir que José, el Justo, el piadoso, no se hubiese sentido sobrecogido de profundísima veneración hacia el templo bendito en que había reposado la sombra del Dios vivo? Él fué, pues, el primero de la raza gloriosa que debía guardar el santuario del Señor, no ya solamente en la justicia, sino también en la más valerosa castidad. Así se convirtió en modelo de esos héroes del sacerdocio que, en el transcurso de los siglos, han pasado su vida en la casta contemplación de los misterios que tocaban, sin acordarse de que la carne y la sangre reclaman derechos á los que ha renunciado solemnemente el corazón.

José se desposó con María, como se desposa con la Iglesia el sacerdote católico, dominado por la idea del sacrificio y de la inmolación; ofrecióse á ella generosamente para servirla y honrarla. Este sentimiento de elevada misión, recibida del cielo y aceptada libremente, basta para

---

sifica entre los galileos incrédulos: «Sus hermanos *tampoco* creían en él,» y Jesús les dice con severidad que «el mundo no puede aborrecerlos», porque son todavía del mundo y están fuera del reino de Dios. No debiéndose entender cosa semejante de los miembros del Colegio Apostólico, (compárese *Juan*, XV, 19), sólo resta echar sobre José y los maridos de las hijas de Cleofás, llamadas hermanas de Jesús, la acusación de incredulidad que se nos objeta.

explicar cuanto puede haber de admirable en la castidad sacerdotal, lo mismo que en las relaciones virginales de nuestros dos jóvenes esposos. Los que jamás han oído la voz de Dios en el fondo de su alma son los únicos que no comprenden este misterio de la virginidad.

Natural es creer que María y José guardaron para sí solos el secreto de esta unión, tan excepcional en el fondo, pero, en lo exterior, tan semejante á todas las demás. ¿Qué interés hubieran encontrado en revelarla á un mundo que no estaba en disposición de entenderla? Así se explicarán, más tarde, la actitud de los nazarenos respecto á Jesús y la incredulidad de los próximos parientes.

CAPITULO IV

Nacimiento de Jesús en Belén

Doble designio de Dios al hacer ir á María desde Nazaret á Belén.—El empadronamiento en Palestina.—Su modo y su fecha.—No hay lugar en la ciudad para el Hijo de David.—El hospedaje.—Nacimiento en el establo. —Cántico de los ángeles.—Adoración de los pastores. (*Luc.* II, 1-20).

Sin embargo, acercábase el noveno mes desde el mensaje del Ángel, y la piadosa pareja, en mutua efusión de fe y esperanza, podía entrever la hora en que nacería el Hijo de la promesa. Dios, que á beneplácito suyo dirige á los hombres y encamina los sucesos, provocó una medida política, cuyo resultado debía ser alejar de Nazaret á María y á José, para colocarlos en un medio absolutamente nuevo. Además, el censo de Palestina aseguró el cumplimiento de las antiguas profecías, haciendo nacer al Mesías en Belén y no en Nazaret.

«Por aquel tiempo—dice San Lucas,—publicó César Augusto un edicto de empadronamiento para todo el mundo romano.»

El momento era favorable. Por vez primera gozaba el Imperio de una paz profunda, se hallaba cerrado el templo de Jano, y Augusto, llegado al apogeo de su poder, podía ocuparse útilmente en organizar sus vastos Estados.

Ya, bajo el consulado del primer César y de Marco Antonio (44 a. de J. C.), un senadoconsulto, al dividir el imperio en cuatro partes, había enviado por doquiera agricultores con objeto de medir las provincias y estable-

cer catastros completos. Este trabajo, que terminó en tiempo de Augusto, duró treinta y dos años. Entonces fué cuando Balbo, según los datos cuidadosamente recogidos, describió la configuración de todas las provincias, siendo publicada en todas partes la ley agraria [1].

El censo debía formar el natural complemento de esta primera operación del catastro. En efecto, el Breviario del imperio, escrito todo él de mano de Augusto y leído después de su muerte en el Senado, parece suponer que había tenido ya lugar este empadronamiento. En él se hallaban detalladas todas las rentas del Estado, «el número de ciudadanos y de aliados en armas, la cifra de las flotas, de los reinos y de las provincias; los tributos y los ingresos [2].» ¿Cómo explicar esta nomenclatura tan preciosa sin una información previa, no tan sólo sobre las tierras del imperio propiamente dicho, sino también sobre los pueblos aliados?

Pues bien, en el número de estos *regna reddita* que debieron someterse á esta medida, contábase el reino de Herodes [3]. Desde la toma de Jerusalén por Pompeyo, Judea era, en efecto, tributaria de Roma, y pagaba un impuesto por cabeza y una contribución territorial. En los últimos tiempos de Saturnino, según Josefo, hasta se obligó á los judíos á prestar individualmente juramento de fidelidad al emperador Augusto [4].

---

(1) Frontin, *De Coloniis*, ed. Gœs., p. 109.

(2) Tácito, *Annales*, 1, II. Comp. Suetonio, *August.*, XXVIII, 101, y Dion, LIII, 30; LVI, 33.

(3) Se ha creído encontrar en la segunda tabla, á la derecha, líneas 9 y 10, del monumento de Ancira, la prueba de que el empadronamiento de Augusto se había extendido á las provincias aliadas del imperio.—Véase el hermoso trabajo de Huschke sobre toda esta cuestión. Compárese Wieseler en su *Synopse*.—Tertuliano, *Adv. Marc.*, IV, 19, se remite á monumentos públicos que comprueban la realidad histórica de un empadronamiento hecho bajo Augusto por Sencio Saturnino. Los testimonios de Casiodoro (*Var.*, III, 52), y de Suidas en la palabra ἀπογραφή aunque posteriores, tienen un valor real según lo prueba el carácter de independencia que revisten.

(4) *Antiq.*, XVIII, 24.—Hubo seis mil fariseos que no quisieron jurar; luego, por medio del registro, se había tenido en cuenta á los que prestaban ó rehusaban este homenaje.

Así, pues, cuando quiso hacer el César un empadronamiento en toda regla, no tuvo más que hablar, y el vasallo obedeció. El empadronamiento de que aquí se trata parece haber sido ejecutado por las mismas autoridades locales y según los usos judíos. Esta fué la razón que movió á José á inscribirse, no en Nazaret, su domicilio, según la costumbre romana [1], sino en Belén, patria de sus antepasados, conforme á la costumbre nacional. Toda la organización del Estado judío se basaba en la constitución de Israel por tribus, razas y familias. Para determinar con orden y exactitud el número de ciudadanos, era preciso unir cada individuo á su familia, cada familia á su raza *(gens)*, cada raza á su tribu. Las doce tribus constituían todo el árbol genealógico de Israel, y cada una aportaba su contingente para formar así la población total.

Las mismas mujeres ocupaban su puesto en los registros públicos, cuando, por no tener hermanos, heredaban los bienes paternos [2]. Como no leemos que María tuviese hermanos, tal vez se hizo inscribir con José á título de hija heredera.

Han sostenido varios autores, no sin alguna verosimilitud, que, si tomó parte en el empadronamiento, fué, no por razón de un privilegio, sino porque á ello estaban obligadas todas las mujeres de Israel. Sabemos [3], efectivamente, que los romanos sometían al impuesto personal á las mujeres desde los doce á los setenta años, y no es sor-

---

(1) No es absolutamente cierto que la ley romana, cuando se trataba de un empadronamiento., ordenase que se hiciese en el punto de residencia y no en el lugar de origen. Vemos, efectivamente, que en todo tiempo los latinos mismos que residían en Roma debían trasladarse, en la época del empadronamiento, á sus respectivos municipios. (Tito Livio, XLII, 10). Cuando se concedió la ciudadanía romana á todos los naturales de Italia, se estableció que todos fuesen á hacerse inscribir en la ciudad de que eran ciudadanos, y decir en donde habían nacido ó en donde habían sido adoptados ó manumitidos; en otros términos, en su lugar de origen natural ó moral.—V. Zeller, *Choix d' Inscriptions romaines*, p. 275: *Quæ municipia.*

(2) *Núm.*, XXXVI, 8-9.

(3) Ulpiano, *D. L.*, XV, *De Censibus.*

prendente que, para comprobar su edad, se las obligase á presentarse, aun tratándose sólo de un empadronamiento puramente preliminar y preparatorio á la repartición del impuesto. En fin, tal vez llevando consigo su esposa á Belén, tuvo sencillamente José la intención de buscar en aquel lugar un nuevo domicilio, si, por acaso, sus relaciones de familia llegaban á prometerle trabajo y un modesto pasar. Pero las razones que se sobreponían á todas las miras humanas eran las de la Providencia. Dios quería establecer oficialmente por algunos lazos auténticos que el hijo de María estaba unido á David, el gran rey de Israel.

Muy importante sería la fecha de este viaje si se la pudiese determinar con exactitud; pues, en efecto, podría precisarse fijamente la época en que nació el Salvador del mundo. Pero es difícil explicar el pasaje en que consigna San Lucas su indicación cronológica. ¿Dice que el empadronamiento fué hecho por Quirino, entonces *cuestor*, no *gobernador*, de Siria? (1) Así lo han sostenido varios autores, con alguna verosimilitud (2).

¿Dice que este empadronamiento antecedió ó preparó el de Quirino, como lo entienden otros? (3)

---

(1) Sabemos que, según Josefo; (*Antiq.*, XVIII, II., comp,, *B. J.*, II. 8, 1 etc.), hizo Quirino diez años más tarde, como *gobernador* de Siria, un empadronamiento en Judea. Pero, á menos de atribuir á San Lucas una grosera equivocación, no es posible que se trate de éste.

(2) Suponen estos autores, siguiendo á Tácito, (*Ann.*, III, 48) que Quirino, personaje muy apreciado del emperador y muy mezclado en los asuntos de Oriente, podía muy bien administrar la Siria desde el punto de vista rentístico, mientras que Varo la gobernaba militarmente desde el año 749 de la fundación de Roma. Josefo, *Ant.*, XVI, 9, 1-2 y *Bell. Jud.*, 1, 27, 2, da al cuestor, lo mismo que al gobernador, el título de ἡγεμών; según esto, sería absolutamente exacta la indicación de San Lucas. Mommsem (*Res gestæ D. Augusti*, etc.) ha querido probar, sacándolo de una inscripción tumularia, encontrada en Tívoli, la doble administración de Quirino en Siria.—Zumpt, *De Syria Romanorum Provincia*, etc.), sostuvo la misma tesis, pero apoyándose en otros argumentos (V. sobre todo el libro de este autor, *Das Geburtsjahr Christi*, 1869, pág. 190, acerca de esta cuestión. También M. Bour publicó en Roma, 1897, un notable trabajo: *L' inscription de Quirinius et le Recensement de Saint Luc.* Véase también, en el *Expositor*, Abril-Junio, 1897, un excelente estudio de M. Ramsay, *The Census of Quirinius.*

(3) Mucho tiempo hace que los gramáticos, para librar á los apologistas

En uno y en otro caso, no nos consta la época precisa, viéndonos reducidos á simples conjeturas. Hay que determinarse á tomar la indicación general en el sentido que cada cual juzgue mejor. El relato de San Lucas conserva siempre su autoridad, y encontramos un encanto particular en seguir piadosamente sus detalles tan graciosos como verídicos.

Participando del movimiento general de los hijos de Israel, José y María, su esposa [1], abandonaron, pues, á Nazaret de Galilea, para dirigirse, salvando una distancia de unos 120 km., hacia la ciudad donde había nacido su antecesor David. Largo era este trayecto para una mujer en vísperas de parto. Verdad es que en Oriente se viaja sin precipitación, y que las hospitalarias costumbres de aquel país permiten hacer más de una escala en el camino. Por otra parte, tenemos fundamento para suponer que María estuvo exenta de las enfermedades que origina un penoso embarazo, pues se hallaba colocada por encima de las leyes de la naturaleza en su milagrosa maternidad. Por lo demás, el entusiasmo del alma aligeraba en ella la fatiga del cuerpo.

Penetrada de las miras de Dios sobre su Hijo, camina

---

de un texto difícil y embarazoso, tradujeron así el versículo de San Lucas: «Tuvo lugar este empadronamiento antes que Quirino fuese gobernador de Siria». Πρώτη vendría á ser como un comparativo. No es raro, en efecto, (que cuando una preposición entra en la composición de una palabra, rija, aun sin ser repetida, las palabras que siguen. Así, leemos en *San Juan*, 1, 15: πρῶτός μου ἦν. (V. también XV, 18). Los autores profanos tienen construcciones análogas. Otros autores han dado á ἐγένετο el sentido de *se concluyó*, leyéndose así: «este primer empadronamiento, empezado entonces, se concluyó bajo Quirino». Para ello se invoca el texto de Tertuliano mencionado más arriba. Supónese en él que hubo en Judea algunos empadronamientos bajo Saturnino, predecesor de Varo: «Sed et census constat actos sub Augusto nunc in Judea per Sentium Saturninum, apud quos genus ejus inquirere potuissent». Ahora bien, al afluir estos empadronamientos al de Quirino, se confundirían históricamente con él. V. Schanz, *in Luc.*, II, 2. (*)

(1) Hay en esta expresión del Evangelista una intención particular. María era la mujer legal de José; he aquí el por qué le seguía ella en este viaje; pero, aunque mujer, era respetada de su marido como si no hubiese sido más que esposa, σὺν Μαριὰμ τῇ ἐμνηστευμένῃ αὐτῷ γυναικί.

(*) Semejantes agudezas de *algunos* gramáticos (no de *los* gramáticos) no han convencido á la mayoría de los exégetas.—(N. del T.).

con energía hacia el lugar á que la llaman las profecías de Israel, y adonde la llevan las esperanzas mesiánicas del universo. A medida que se acerca á las montañas de Judea, los grandes recuerdos bíblicos de Raquel, de Booz, de Rut, de David, grabados por doquiera arrojan luz gloriosa sobre su misión providencial, y, como nuevas voces, le repiten su grandeza. Ni siquiera permanece mudo el Hijo que vive en sus castas entrañas y que en su divino lenguaje le inspira santísimas energías. Cada paso de la joven Madre adelanta la hora de la salvación del mundo; ¿no es esto suficiente para hacerle olvidar las fatigas del camino y sostener toda su energía?

Cuando llegaron á Belén, era ya inmensa la muchedumbre que allí había á causa del empadronamiento. Los primeros en llegar habían recibido hospitalidad en las casas de sus amigos ó en las hospederías. Los demás se habían alojado del mejor modo posible en el *khan* de la pequeña ciudad. Este khan era probablemente el que Camaam, hijo de Berzelai de Galaad, había hecho construir en Belén, [1] y que servía de estación á las caravanas que iban á Egipto. Lo que resta de él, en la actual basílica de la Natividad, no puede darnos una idea de lo que fué en otro tiempo. Mejor es, para la inteligencia del relato evangélico, representarnos el khan ó gran parador antiguo de las caravanas, como se le ve todavía en Khan-el-Ahmar ó en Khan-Jub-Jusef, por ejemplo. Era un gran cuadrado, construído con bloques de piedras groseramente superpuestos, y dividido en dos partes diferentes: nn patio, donde se agrupaban los animales, y una galería interior bajo la cual se hallaban dispuestas pequeñas habitaciones para los viajeros [2]. Estas habitaciones y las que formaban el antecuerpo, sirviendo de entrada al khan, constituían la hospedería propiamente dicha. Ahora bien, ni siquiera en esta hospedería hallaron lugar María y José.

(1) *Jerem.*, XLI, 17.

(2) En nuestra *Vie illustrée de J. C.*, Vromant, Bruselas, 1897, publicamos algunas fotografías de estos paradores.

Quedábanles por todo refugio las excavaciones abiertas en las rocas, á las cuales se adosa de ordinario todo khan, y en donde se guarecen los rebaños durante las noches frías, en vez de estacionarlos en el patio.

A una de estas grutas [1], prolongación ordinaria del khan, y comunes á hombres y animales, se retiraron, pues, los recién llegados. Tal vez no lejos de allí, en la fortaleza á que había dado su nombre, [2] Herodes el Idumeo, recostado en púrpura y oro, recibía los homenajes de sus cortesanos ó se sentaba al suntuoso banquete de una fiesta, en tanto que los legítimos herederos del trono se calentaban en la paja de un establo. Belén, que aclamaba á Herodes y al César, dos tiranos, ó por lo menos, dos usurpadores, había cerrado sus puertas al Rey prometido hacía ya cuarenta siglos y en cuya cabeza reposaban tan gloriosas promesas. Verdad es que el Mesías no pretendía los reinos de este mundo perecedero y corrompido, sino que pedía para sí la dominación de un mundo espiritual y nuevo, cuya perfecta realización estaba ya en el fondo de su corazón.

---

(1) No es sólo en los Evangelios apócrifos donde hallamos la tradición, según la cual nació Jesús en una gruta, sino que también se halla mencionada, desde la mitad del siglo II, por San Justino, quien dice, en el *Diálogo con Trifón*, c. 78: «Habiendo nacido entonces el niño en Belén, como José no hubiese hallado donde alojarse en esta ciudad, se instalaron en una caverna vecina». Orígenes declara que todavía se enseñaba en Belén la célebre gruta: «Δείκνυται τό ἐν Βηθλεέμ σπήλαιον, κ. τ. λ.» (*C. Cels.* l. I, 51). Hacia el año de 325, la emperatriz Elena fijó, con la edificación de una iglesia, el lugar mismo en que había nacido el Salvador del mundo. (V. Eusebio, *Demostr.* VII, 2 y *De Vita Constantini*, III, 41; Epifanio, *Haeres.*, XX; Teodoreto, *In Joel*, II, 31). Junto á esta caverna, en la tierra de donde, según el Salmista, «ha salido la verdad,» fué donde quiso vivir y morir San Jerónimo, el defensor ardiente de la Iglesia. Allí atrajo á su ilustre amiga Santa Paula y á su hija Eustoquia, y juntos se tuvieron por dichosos de santificarse y trabajar por Jesucristo, traduciendo las Escrituras en el mismo punto en que habían tenido tan exacto cumplimiento. (*Epist.* LVIII, *ad Paulin* et *passim*). Sabido es que los peregrinos veneran todavía, en la Gruta de la Natividad, en Belén, los recuerdos de estos piadosos personajes, por más que el cuerpo del gran doctor, junto con los restos del santo pesebre, hayan sido trasladados, desde hace mucho tiempo, á la iglesia de Santa María la Mayor, en Roma.

(2) Herodión, cuyas interesantes minas visitamos en 1894.

Entre tanto la Virgen Santísima dió á luz un hijo, y, con sus propias manos, lo recogió, lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre donde comían los animales. ¡Qué cuna para el hijo de Dios!; y, como más tarde diremos de su cruz: ¡Qué trono para el Rey del mundo!

Hay antítesis violentas que el espíritu del hombre no quiere ni puede imaginar.

Estas tan profundas oposiciones de poder y de debilidad, de grandeza y de humildad, no ya serían un contrasentido en el plan humano de una religión por inventar, sino que nos parecerían una imposibilidad moral ó aun la carencia de todo sentido. Y, sin embargo, Jesús, uniendo ambos extremos, el de la gloria divina y el de la miseria humana, las realizó. Hasta encuentra el secreto de instruirnos desde el fondo de su pesebre, pues hace brotar de su oscuro nacimiento utilísimas enseñanzas. ¡Qué ruda lección para nuestras presuntuosas ambiciones! ¡Qué consejos para nuestra locura! Él desprecia la riqueza, los honores, los placeres... ¡Oh hombre! ¿piensas acaso, en tus culpables deseos, ser más sabio que tu Dios?

En el momento mismo en que, sin llamar la atención de la tierra, nace Jesús, se conmueven los cielos en sus profundidades, y dejan resonar los ángeles sus cánticos de gloria á Dios y de esperanza á la pobre humanidad.

El Evangelista nos refiere que uno de estos ángeles se apareció de repente y deslumbró con su viva claridad, causándoles gran pavor, á algunos pastores que, acampados en las cercanías, [1] velaban por turno para preservar sus rebaños de las bestias feroces. Sorprenden y causan siempre pavor las manifestaciones celestiales á los que son

---

(1) Encuéntranse, á 1500 metros al oriente de Belén, en un punto en que se reúnen cuatro colinas muy propicias para la guarda de los rebaños, los restos de una antigua torre edificada sobre la roca aplanada. Junto á ella hay todavía una gruta en donde se abrigan las ovejas durante el invierno. Llaman los árabes á este lugar *Seiar-er-Rhanem*, (establo de carneros), y recuerda á *Migdal Eder*, (la Torre del Rebaño), donde decía San Jerónimo que se habían aparecido los ángeles á los pastores. Los restos de una iglesia con su catacumba y de un vasto convento inducen á creer que, desde muy

testimonios de ellas: «No temáis—dice al punto el celestial mensajero;—he aquí que os anuncio un grande gozo para todo el pueblo. Hoy os ha nacido, en la ciudad de David, un Salvador, Cristo Señor. Le conoceréis por esta señal: es un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». En el mismo instante apareció con el Ángel un coro de la milicia celeste que entonaba el himno de la reconciliación en la cuna del Reconciliador [1]:

Gloria á Dios en lo más alto de los cielos,
Y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Y los pastores escuchaban arrobados estos entusiasmos del mundo invisible que habían de dar la nota á las adoraciones de la humanidad. En presencia de la obra de las obras, ante la Encarnación, este prodigio obrado por Dios en medio de los siglos, debe el mundo prorrumpir en un grito de admiración, de alabanza, de agradecimiento, subiendo de cielo en cielo hasta las profundidades en que tiene asiento el Eterno. El mensaje de paz escrito en carne humana acaba de ser dirigido á la tierra por Dios Padre, el Juez por tanto tiempo irritado é inexorable. Toca al hombre, en su buena voluntad, acogerlo si quiere participar de la salvación.

Luego que hubieron cesado las manifestaciones celestiales, y encontrándose solos los pastores, bajo la impresión de los prodigios que habían visto, dijéronse mutuamente;

---

al principio, fué venerado por los fieles este lugar como el teatro tradicional de la manifestación celeste.

(1) Este canto de los ángeles, que forma una especie de dístico con miembros exactamente paralelos, ha sido diversamente traducido en su segunda parte. Pretenden varios escritores que es preciso entender: «Paz en la tierra á los hombres á quienes Dios ama, ó á los hombres objeto de la benevolencia divina.» Pero el genitivo *εὐδοκίας* es aquí ciertamente genitivo de calidad, é indica algo que se encuentra, no en Dios precisamente, sino en el hombre al que se refiere este genitivo. Otros, con alguna razón, sacrifican la lección alejandrina y leen como la Peschito, el T. R, y los bizantinos, el canto de los ángeles con *εὐδοκία* en vez de *εὐδοκίας* en tres aclamaciones distintas: «¡Gloria á Dios en las alturas! ¡Paz en la tierra! ¡A los hombres de buena voluntad!»

«Vamos á Belén y veamos la realización de esta nueva que el Señor nos ha comunicado». Naturalmente y sin vacilaciones, las almas sencillas y buenas siguen las señales venidas de lo alto; ni siquiera sospechan que haya podido ser engañada su rectitud. A toda prisa, pues, se dirigieron los pastores á Belén.

Es probable que no hubiera aquella noche muchos niños recién nacidos en la ciudad de David, y, en todo caso, nadie más que el Mesías tenía por cuna un pesebre. Han supuesto algunos intérpretes que los piadosos pastores, habitantes ordinarios del khan y del establo, conocían ya á la Sagrada Familia y participaban de sus esperanzas. Sea de ello lo que fuere, debió ser grande su dicha al contemplar la realización de lo que el Ángel les había anunciado. En un pobre pesebre, encima de un poco de paja, hallaron acostado al recién Nacido. En torno suyo, y absortos en una fe extática, estaban María, José y tal vez algún amigo, alojado como ellos en el establo del khan [1]. Todos juntos, al oir el relato de los pastores, sentían crecer su admiración y la manifestaban. Sólo María, asociada desde hacía mucho tiempo al pensamiento divino de la Redención, parecía limitarse á un atentísimo recogimiento; confiaba á la memoria del corazón el recuerdo de las maravillas que contaban labios sencillos y sinceros.

La más antigua tradición nos dice que María no había sentido los dolores del parto. Esta creencia encuentra un apoyo en el texto evangélico, porque, según San Lucas, ella misma tomó en sus manos al niño que acababa de nacer, lo envolvió en pañales y lo recostó en el pesebre, como si ella sola hubiese sido digna de recoger el fruto que, única entre todas las hijas de Israel, había merecido llevar.

Después de algunas horas de santas conversaciones, en

(1) Dícese en el Evangelio: «todos los que oyeron el relato de los pastores se admiraron.» Esta pluralidad de oyentes ha parecido designar á otros personajes fuera de José y María, pues ésta, á lo menos, no parece que tomase mucha parte en las expansivas demostraciones de los asistentes.

que se fortaleció la fe de cada uno y en que se exaltaron á porfía las comunes esperanzas, volvieron gozosos los pastores á sus rebaños. Su alma agradecida daba gracias al Dios de Israel, quien, habiéndose acordado de su pueblo, iba por fin á abrir la era de sus misericordias.

Según la tradición común, era entonces invierno, transcurría el mes de Tebet [1], y según las indicaciones crono-

---

(1) A la Iglesia toca, preguntando á sus más antiguos recuerdos, fijarnos la estación del año en que nació el Salvador. El Evangelio dice claramente que Jesús fué concebido seis meses después que Juan Bautista, de lo cual se deduce que debió nacer quince meses después de la visión de Zacarías en el Templo. Pero es imposible precisar la época en que tuvo lugar esta visión. Los que la colocan en 23 de Septiembre, fiesta de las expiaciones, porque este era el único día en que el gran sacerdote entraba en el *Santo de los Santos*, olvidan que, según San Lucas, Zacarías fué un simple sacerdote, y que vió al Ángel, no en el *Santo de los Santos*, sino junto al altar del incienso, es decir, en la parte del templo llamado el *Santo*. Otros, buscando, según el calendario judío y el orden de las clases sacerdotales, las dos épocas del año en que la clase de Abía cumplía las funciones sacerdotales, han afirmado que su primera semana caía hacia mediados de *Casleu* (Noviembre-Diciembre), y la segunda á mediados de *Siván* (Mayo-Junio). Siendo esto así, Jesús habría nacido en Marzo ó en Septiembre, según que Juan hubiese sido concebido en Diciembre ó en Junio. Pero nada hay menos cierto que este cálculo hipotético de las semanas sacerdotales. Las razones que se aducen para hacer prevalecer una ú otra de estas dos fechas, ya de los rebaños que pasan la noche al aire libre, ya del empadronamiento que sólo debió ser llevado á cabo en la primavera, no son muy poderosas. Aun hoy, los árabes después de las lluvias de Diciembre, es decir, hacia fines del mes, abandonan sus moradas y bajan á la llanura con los rebaños. Barclay, Schwartz, Schubert y otros viajeros célebres declaran que las semanas del fin de Diciembre son frecuentemente en Palestina las más agradables del año. Cúbrese la tierra de verdor, y Tobler asegura que se aprovecha esta temporada para sacar las ovejas del redil y apacentarlas por los campos. En cuanto al momento propicio para el empadronamiento, el pueblo romano no acostumbraba á inquietarse por las incomodidades de sus aliados y de sus tributarios. Si se promulgó la orden de Augusto en Septiembre, después de la pacificación del imperio, el empadronamiento sólo pudo hacerse en invierno para los países tan alejados de Roma como Palestina. No están, pues, acertados los autores recientes y graves que han querido fijar en fechas tomadas fuera de los días del solsticio de invierno, el tiempo en que nació Jesús. Ellicott (*Lect. on the Life*, etc.) opta por Febrero del año 750 de Roma; Greswell (*Dissert on the Harm.*, I, 402) por el 5 ó el 6 de Abril; Lardner (*Œuvres*, t. I, 370) hacia mediados de Agosto ó de Noviembre, etc. Ya entre los antiguos, señala Clemente de Alejandría (*Strom.*, I, 21) la opinión de los que colocaban la Natividad ora en el 25 de *Pachón* (20 de Mayo), ora en el 25 de *Farmuti* (20 de Abril). Pero afirma que la fecha preferida en la tradición universal de la Iglesia alejandrina era del 11 al 15 de *Fibí* (del 6 al 10 de Enero).

El Oriente y el Occidente se entendieron, en efecto, desde muy al princi-

lógicas más probables, hacia el año 749 de la fundación de Roma, unos tres meses antes de la muerte de Herodes [1].

---

pio para reconocer que el nacimiento de Jesús había ocurrido durante una de las doce noches sagradas que veneraba la antigüedad con particular respeto (desde el 25 de Diciembre al 6 de Enero). Había, en efecto, razones místicas para hacer brillar en el mundo la gran lumbrera del Mesías en la misma época en que, llegado al signo de Capricornio, se eleva el sol por encima del punto solsticial y se remonta de nuevo hacia la primavera con objeto de comunicar nueva vida á la tierra. Empero la razón fundamental fué que la primera generación cristiana sabía que el Salvador había nacido en un establo durante una noche de invierno. En San Hipólito, *In Dan.*, IV, edic. de Bonn, pág. 181, II, 19, hallamos la autoridad más antigua en favor del 25 de Diciembre. El *Can. Pasc.* an. 222 fijaba la concepción en Marzo. Las circunstancias de la privación y del frío convirtiéronse en la tradición en un comentario natural del Evangelio que la Iglesia no podía olvidar. El Oriente celebró desde luego la fiesta de la Natividad la última de las doce noches sagradas. Roma prefirió sustituirla á las fiestas paganas que se celebraban el 24 de Diciembre en honor del nacimiento del Invencible, *Natales Invicti*, San León el Grande, *Serm.* 21, 6; San Agustín, *c. Faust.*, 20, 4. En el siglo V, la Iglesia griega admitió la fecha de la romana. V. San Crisóstomo, *De die natali Christi*; desde entonces se celebra en todas partes la Natividad el 25 de Diciembre.

(1) No es posible precisar con seguridad ni siquiera el año en que vino Jesús al mundo. Sabemos que nació certísimamente antes de la muerte de Herodes, por consiguiente, antes de la Pascua del año 750 de Roma, y probablemente después de la pacificación universal del mundo bajo Augusto, es decir, después del verano de 746. El edicto de empadronamiento del imperio sólo pudo, efectivamente, ser promulgado después de haber sido ya cerrado solemnemente el templo de Jano. Los cronologistas graves no han salido de la serie de años que va desde 746 á 750 de Roma.

Para determinar exactamente cuál fué el año que vió nacer al Salvador, sería preciso sorprender, en el Evangelio ó en la historia profana, indicaciones que no se han encontrado todavía.

Así, ignoramos si el censo que condujo á María á Belén fué hecho por Quirino, como parece decir San Lucas, ó por Saturnino, como quiere Tertuliano; y menos sabemos todavía en qué año de su gobierno lo llevarían á cabo estos dos delegados de Roma.

Los cálculos por los cuales nos remontamos desde el 11 *Lous* (Agosto de 823 de Roma), día en que fué devastado el Templo, y en que estaba en funciones la clase de Joiarib, hasta los años 746, 747, 748 y 749, que vió á la clase de Abía ejercer su ministerio en Septiembre, están no tan sólo complicados de dificultades, sino que sobre todo son inútiles, porque en ellos se da por demostrado lo que es muy controvertible. Efectivamente, nada hay que pruebe que Juan Bautista fuese concebido en Septiembre.

No esclarece más el asunto la estrella de los Magos. Convendría, ante todo, saber con exactitud qué es lo que fué. Aun cuando, lo que no creemos, se la identificase con la conjunción de Júpiter y de Saturno, en el signo *piscis*, acaecida, según Ideler, hacia el 749 de Roma, quedaría por demostrar que coincide perfectamente con el nacimiento de Jesús, sin precederlo ni seguirlo.

Finalmente, según San Lucas, Juan Bautista empezó su predicación el año 15 de Tiberio, y bautizó á Jesús que parecía tener *unos* 30 años. Pero sin contar que en el texto no se expresa *cuánto tiempo* hacía que bautizaba Juan cuando fué Jesús á él, y que, por otra parte, la locución *unos* 30 años tiene algo de muy vago, nos vemos siempre muy embarazados para fijar la fecha exacta de la elevación de Tiberio al trono imperial. ¿Empezó su reinado á la muerte de Augusto, ó á raíz del acta por la cual fué asociado al imperio? Si á la muerte de Augusto, acaecida en Agosto de 767, ¿será preciso contar en los quince años mencionados por San Lucas, el mismo año de 767? Y si á la asociación del imperio, ¿en qué momento debe colocarse esta asociación? Según Suetonio, sería en 761; según Patérculo, en 764.

El pasaje de San Juan, II, 20, acerca del tiempo empleado en la construcción del templo, no ofrece, como diremos más tarde, base absolutamente sólida para una cronología.

Puede decirse, sin embargo, que el conjunto de estas diversas indicaciones concuerda visiblemente en colocar el nacimiento de Jesucristo hacia el año 749, ó principios del 750 de Roma. El fin del 749 nos parece la fecha mejor, sin que intentemos por eso reprobar á los cronologistas que prefieren otra.

CAPÍTULO V

Jesús sometido á la ley.—La Circuncisión

Significado de esta ceremonia.—Quiénes eran los ministros de ella.—Al padre correspondía dar el nombre.—Dios escogió el de su Hijo.—Su significación profética.—A *Jesús*, nombre de la persona, se añadió el de *Cristo*, nombre de la función. (*Luc.*, II, 21).

Llegado el octavo día después del nacimiento, fué preciso circuncidar al Niño. Por esta ceremonia sagrada tomó el judaísmo posesión del recién nacido; le declaró auténticamente hijo de Abraham, y, grabando en su carne el título mismo de su nobleza, derramó, sin sospecharlo, las primicias de una sangre que había de regenerar al mundo. San Lucas, que tanto se extendió sobre los incidentes que rodearon la circuncisión de Juan Bautista, relata con laconismo la de Jesús. La razón es, indudablemente, porque la circuncisión tenía una importancia real para Juan, hombre del Antiguo Testamento, mientras que para Jesús, hombre de un mundo nuevo, sólo tenía el valor de un símbolo. Ahora bien, el símbolo es nada, cuando se toca la realidad viviente de la cual es aquél una figura.

Según la usanza judía, fué Jesús circuncidado, no en el templo ó en la sinagoga, sino en el establo, si se admite, —lo cual es poco probable—que, después de la manifestación celestial, de la que debían haber hablado los pastores, José no hubiese encontrado todavía una casa [1] en que dar abrigo á la Madre y al Hijo. La circuncisión se practicaba, efectivamente, en el seno de la familia. El padre ó aun la madre eran ordinariamente sus ministros. Así,

(1) En todo caso, según *Mat.*, II, 11, los Magos visitaron al Hijo y á su madre, no en el establo, del cual no habla este Evangelista, sino en la *casa* en que se hallaban.

Abraham, Isaac, Jacob, no cedieron á otros este derecho; y Antíoco condenó á muerte á algunas mujeres por haber circuncidado á sus hijitos [1]. A José, pues, correspondió aquí el honor de imprimir, en el cuerpo del Niño, el signo tradicional que distinguía al pueblo de Dios en medio de todas las naciones.

Al hacer la incisión, decía el padre: «Bendito sea Jehová, el Señor, pues ha santificado á su amado desde el seno de su madre y escrito su ley en nuestra carne! Él es quien marca á sus hijos con el signo de la alianza para comunicarles las bendiciones de Abraham, nuestro padre.» Y los asistentes respondían con la palabra del Salmista: «Viva aquel á quién habéis escogido por hijo» [2].

El recién nacido recibía en la circuncisión un nombre, que le imponía su padre. Esta vez había usado Dios de esta prerrogativa al declarar de antemano que su Hijo, nacido de María, se llamaría Jesús. Este nombre, que en hebreo se escribía *Jehoschuah*, y más tarde, para abreviar, *Jeschuah*, tenía una significación sagrada como indica su origen. En efecto, Oseas, hijo de Nun, fué llamado por Moisés, Josué, *Socorro de Dios*, por razón de la misión providencial que debía llevar á cabo al introducir á su pueblo en la Tierra Prometida. Este nombre llegó después á ser común en Israel; pero darlo con intención y como presagio de una misión excepcional á un hijo del pueblo nacido en un pesebre, era solamente propio de un loco ó de un profeta.

¿Qué razones humanas había para esperar, desde el octavo día de su nacimiento, que este obscuro hijo de una nazarena salvaría á su pueblo y al mundo? Ninguna seguramente. Aún más, en la época misma en que consignaron los Evangelistas en sus libros esta significación profética del nombre de Jesús, ¿quién podía prever las influencias decisivas, la acción reparadora, la salvación, en una palabra, que el universo debía esperar del Hijo de María? Hay,

(1) II *Mac.*, VI.
(2) *Hieros. Baracoth*, fol. 13, I.

pues, aquí una profecía categórica y precisa, formulada antes del suceso; una profecía cuyo cumplimiento sólo había de acentuarse, evidenciarse, hacerse incontestable en la serie de los siglos. ¿Se ha realizado? ¿Es verdad, para quien sepa leer la historia, que Jesús salvó al mundo ayer, lo salva hoy y lo salvará en los siglos venideros?

Desde muy temprano, se le dió también al Hijo de María otro nombre: el de Cristo ú *Ungido*, traducción griega del *Meschiah* de los hebreos.

Al paso que el primero era el nombre de la persona, el segundo será el nombre de su ministerio oficial. Aquél señala la individualidad histórica; éste la dignidad mesiánica. Por más que el Antiguo Testamento conceda el título de Mesías á los reyes, á los sacerdotes ó á los profetas, nadie ignoraba que aquella designación había de ser la dote particular del Deseado de las naciones [1]. Él era, en efecto, en quien, con plenitud absoluta, por medio de la unión hipostática, la naturaleza humana debía recibir la consagración más perfecta con que puede ser honrada por la Divinidad.

La costumbre ha hecho poco menos que inseparables estos dos nombres: Jesús y Cristo. Sobre todo el apóstol San Pablo parece haber contribuído á hacerlos pasar así unidos al lenguaje ordinario de la primitiva Iglesia. Posteriormente, ¡cuántos labios los han pronunciado en la alegría, en el dolor, en la fe, en la esperanza, ante los perseguidores, en el pretorio, en la arena, en el suplicio, ante la seducción, en el silencio del corazón, ó en las tormentas de la vida! Podemos decir que este nombre, JESUCRISTO, ha sido la consigna de la humanidad virtuosa, grande, heroica; y bajo el cielo, ningún otro fué ni será dado como símbolo y como medio de salvación.

La circuncisión se practicaba delante de diez testigos, que daban fe de la inscripción oficial del niño en el pueblo teocrático. Según la creencia popular [2], Elías, aun per-

(1) *Salm.* LXI, 1; *Luc.*, IV, 18.
(2) Buxtorf, *Synag. Jud.*, lib. IV.

maneciendo invisible, debía tener puesto entre dichos testigos, y por eso se le preparaba un asiento de honor, sobre el cual era depositado un instante el recién circuncidado para recibir la bendición del gran siervo de Dios. Si aquel terrible defensor de los derechos de Jehová tenía por misión comprobar que el signo patriarcal marcaría en Israel los orígenes de la vida hasta la llegada del verdadero Hijo de Abraham, el Mesías, podía retirarse ahora, pues había terminado ya su comprobación. El Hijo de la promesa había nacido, y la circuncisión no era ya necesaria. Jehová reconocería en adelante á su pueblo, no por un signo marcado en la carne, sino por un carácter invisible impreso en el alma. No era ya la circuncisión, sino la fe, la que debía separar de los malos al nuevo pueblo amigo de Dios.

CAPÍTULO VI

La visita de los Magos

Tras de la sencillez de los pastores, llega la ciencia á la cuna de Jesús.—Los Magos de Caldea.—Signo que vieron en el cielo.—Su llegada á Jerusalén. —Habilísima actitud del viejo Herodes.—La estrella conduce los Magos á Belén.— Lo que hicieron allí.—Cómo volvieron á su país. (*Mat.*, II, 1-12).

Empero el cielo, que había empezado por atraer á la cuna del recién nacido, en la persona de los pastores, al pueblo ignorante y pobre—esa parte de la humanidad á la que quiere consolar antes que á ninguna otra, porque la encuentra más visiblemente agobiada por el peso de la vida, —no podía excluir de la salvación á los grandes y á los sabios de la tierra. Estos conservan, efectivamente, su lugar providencial y considerable en la historia de la humanidad. Sus primicias serán escogidas por la divina misericordia de entre los gentiles, en el fondo de aquel país de Caldea [1], de donde en otro tiempo salió Abraham, de entre los filósofos que consagran su vida á la investigación de la verdad, mediante el paciente y razonado estudio de la naturaleza.

El mismo que envió ángeles á los pastores de Belén para hablarles el lenguaje del hombre, hará surgir un me-

---

(1) Dice el texto sagrado que venían de Levante, ἀπὸ ἀνατολῶν, es decir, de las regiones que se extienden desde Palestina al Eufrates. La palabra *mago*, si se toma del pelvi *Mogh*, significa *sacerdote;* tomada del sánscrito *Mahat*, μέγας, *magnus*, quiere decir *grande*. En todo caso, la historia nos los representa desempeñando un papel considerable en el imperio asirio. Después de la decadencia de las diversas dinastías, fueron todavía poderosos en su país. Aun cuando luego se difundieran por Arabia ó por Egipto, no es menos cierto que, según el sentido ordinario de las palabras, por Oriente, debe entenderse Persia ó Babilonia, patria ordinaria de los Magos.—V. Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens*, París, 1874, y W. Upham, *The Wisemen*, Nueva York, 1873.

teoro, un astro, para hablar á los Magos de Oriente el lenguaje del cielo. Secuaces, ó aun sacerdotes de la religión de Zoroastro, estudiaban aquellos sabios la astronomía y la historia natural en sus relaciones cou la teología; pedían á la creación entera sus secretos, y gozaban en Persia de la más alta consideración. Por lo demás, con objeto de mantenerse en la estimación pública, no temían emprender largos viajes y emplear en sus investigaciones numerosas vigilias. Distinguidos de sus conciudadanos por su superioridad intelectual y moral, sólo pudieron ser llamados Reyes por un abuso de lenguaje [1]. Sacerdotes y filósofos, no llevaron jamás otra corona que la de la ciencia y la de la religión.

Poco tuvo que hacer Dios cuando quiso conducirlos á la cuna del Redentor. En la religión del Zend-Avesta, nada era más común que la idea de la redención por el gran Sosiosh, triunfando del mal y regenerando la humanidad. Pero, muy probablemente, la lectura de los Libros Sagrados había iluminado con claridades nuevas y fijado en formas menos indecisas aquellas extrañas doctrinas, mezcla extraña de error y de verdad. Es, efectivamente, increíble que, durante el destierro de Babilonia, los Libros Sagrados de Israel y las Profecías que anunciaban al futuro Mesías no hubiesen llamado la atención de aquellos sabios tan deseosos de conocer, para juzgarlos, los diversos sistemas de religión y de moral que se practicaban en el mundo. De este modo debe explicarse que, á la primera señal milagrosa, aquellos hombres, ya iniciados en las esperanzas judías, se dirigiesen á Jerusalén [2].

La señal se mostró en el cielo, libro familiar en que leía cada noche su mirada escrutadora. Según varios sabios modernos, no fué aquella otra cosa que un fenómeno astronó-

(1) Este error popular proviene de una falsa interpretación del Salmo LXXI, 10, *Reges Tharsis*, etc. En este pasaje no se trata de la adoración de los Magos, sino más bien del homenaje que el mundo entero tributa al Mesías. Tarsis, en efecto, y las islas eran probabilísimamente tierras europeas.

(2) *Números*, XXIV, 17.

mico perfectamente natural, pero muy extraordinario, por cuanto sólo tiene lugar cada ochocientos años: dos planetas, Júpiter y Saturno, entrarían en conjunción en el signo Piscis en tres diferentes ocasiones (Mayo, Septiembre, Diciembre), simulando un solo astro de grandeza y resplandor sorprendentes, llamado por los Magos la estrella del Mesías.

Los cálculos de Kleper, rectificados por Idélez, casi han demostrado [1] que este fenómeno debió de producirse hacia el año 747 de Roma; pero hay sus dificultades para admitir que corresponda plenamente á los datos evangélicos. El astro que apareció era algo nuevo, algo milagroso, que no se halla explicado por la ciencia; he aquí por qué se conmovieron los Magos. Marcha delante de los viajeros, y se detiene sobre la casa donde se hallaba la Sagrada Familia. Debía, pues, tener poca elevación, y, por su misma naturaleza, parecerse mucho menos á un astro que á la columna de fuego que antiguamente había guiado á los israelitas por el desierto. Marchaba de Norte á Sur, precediendo á los viajeros desde Jerusalén á Belén; por consiguiente, su dirección se separaba por completo de la evolución asignada á nuestro mundo sideral. Llámalo el Evangelio un astro ó una estrella, pero no es raro ver las cosas calificadas según su apariencia, y no según su realidad. Aquel cuerpo luminoso, formado milagrosamente en el aire por materias inflamables, pudo muy bien ser solamente un meteoro. También se ha tratado de indagar por qué razón no se hizo visible sino á los Magos. Los signos celestiales son ordinariamente para algunas almas privilegiadas; Dios, que inunda á los justos con su luz, deja en las tinieblas á los que no ha elegido su gracia.

Como quiera que sea, mientras que la hipótesis de Kepler, efectuándose sin necesidad de acudir á un milagro, pa-

(1) Véase á Kepler, *De J. C. vero anno natalitio*, Francfort, 1614; Ideler, *Handbuch der chronologie*, II, 339. Consúltese, en sentido contrario, desde el punto de vista astronómico, á Smith, *Dict. of the Bible*, art. *Star*, etc., y vol. II, pág. 1375.

rece empeñar, sin preverlo, la responsabilidad divina, y permite creer que hay realmente, entre las revoluciones celestes y los acontecimientos de la tierra, una relación de causalidad perfectamente establecida, la idea de un astro, creado milagrosamente para las circunstancias, de ningún modo autoriza las conclusiones de una astrología ridícula. En la primera explicación, podría creerse que la suerte de un hombre depende fatalmente del astro bajo cuya influencia ha nacido; en la segunda, nace el astro para honrar al hombre que le es superior. Así es como la estrella debe su destino á Jesús, y no Jesús á la estrella. La astrología no ha de prevalerse de un hecho que está absolutamente fuera de sus pueriles deducciones. Aquí los Magos deducen legítimamente, del milagroso fenómeno que contemplan, un suceso extraordinario que esperan. La profecía de Balaam llamó sobre todo su atención, é interpretándola en un sentido literal, suponen que la estrella que ven en el firmamento es el símbolo visible de la estrella saludable que va á brillar en Jacob. Quieren ver si es cierto lo que sospechan; por eso se ponen en marcha hacia el país del Mesías.

¿Coincidió su partida con el nacimiento de Jesús ó solamente con la aparición del astro? Lo ignoramos. En todo caso, no hay necesidad de tener en cuenta, para la cronología evangélica, la cuestión de su viaje y su duración, porque nada se opone á que el astro hubiese aparecido antes de la realización del suceso que anunciaba, y que los Magos hubiesen empezado su peregrinación con la suficiente antelación para llegar á Belén cuando justamente hubiese nacido el Rey de los judíos.

La tradición ha variado acerca del número de estos piadosos viajeros. San Agustín y San Crisóstomo creyeron que eran doce; pero la opinión más común es la de San León el Grande, que sólo reconoce tres. Fúndase probablemente en el número de regalos mencionados en el Evangelio, y la significación simbólica de este número sagrado la popularizó definitivamente.

En efecto, la leyenda recogida por S. Beda, el Venerable, no sólo nos da su retrato [1], sino que nos permite entrever que, desde muy temprano, se reconoció simultáneamente en los tres viajeros el emblema de las tres edades de la vida, y los representantes de las tres grandes razas que constituían la humanidad. En los tiempos modernos, el el arte cristiano se ha atenido á esos datos de la tradición común; pero en la más remota antigüedad, las pinturas de las Catacumbas representan indiferentemente dos, tres y cuatro Magos ofreciendo á Jesús sus presentes y sus adoraciones.

Grande debió ser la sorpresa de estos peregrinos cuando, al llegar á Jerusalén, encontraron la Ciudad Santa absolutamente extraña á las preocupaciones religiosas que los habían arrastrado á ellos, gentiles, tan lejos de su país, á través de tantas fatigas y peligros. «¿Dónde está, pues, el Rey de los judíos que ha nacido?»—preguntaron con impaciencia.—Al subrayar así el título real del Mesías, querían hacer que se sonrojasen de su indiferencia los súbditos naturales de este Rey. Por lo demás, sabían perfectamente que, no porque proviniese de los judíos, habría de extender menos el Mesías su imperio por todo el mundo, y ellos mismos corrían á rendirle homenaje como diputados de la gentilidad entera.

Aun cuando, con su pregunta, se mostraban ciertos acerca del nacimiento de este Rey, dieron al punto la razón de su certidumbre afirmando que habían visto en el cielo el astro mesiánico. La afirmación de aquellos forasteros que, aunque viajaban probablemente sin escolta imponente, se recomendaban á lo menos por su título de filósofos y de sabios, levantó en Jerusalén un repentino rumor.

Llegó á oídos de Herodes, y se mostró más alarmado

---

(1) «Primus dicetur fuise Melchior qui, senex et canus barba prolixa et capillis, aurum obtulit Regi Domino.—Secundus, nomine Gaspar, juvenis, imberbis, rubicundus, thure, quasi Deo oblatione digna, Deum honoravit.—Tertius fuscus, integre barbatus, Balthassar nomine, per myrrham Filium hominis moriturum profesus.» Beda, *De Collectaneis.*

que su pueblo. Debió parecerle más que extraño el hecho de que llegasen aquellos hombres en busca de un nuevo rey de los judíos en su capital y hasta en su propio palacio, cuando él había mandado dar muerte á sus mismos hijos para no tener que temer el destronamiento. Disimulando, sin embargo, sus aprensiones, propúpose el taimado viejo obrar vigorosamente si llegaba á confirmarse la noticia. Por deferencia á sus ilustres huéspedes, convocó en seguida al Sanhedrín, que era, en las cuestiones religiosas, el oráculo unánimemente aceptado. Componíase de los príncipes de los sacerdotes ó jefes de las veinticuatro familias sacerdotales, de los doctores de la Ley ó escribas renombrados, y de los ancianos del pueblo ó seglares influyentes, llegando en conjunto al número de setenta, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote. La cuestión que se propuso fué la siguiente: «¿Dónde ha de nacer el Mesías?» Ellos contestaron unánimemente: «En Belén de Judá.» Leíase, efectivamente, en la profecía de Miqueas [1]: «Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales ciudades de Judá; porque de ti saldrá el caudillo que gobernará á mi pueblo de Israel.» Herodes recibió en seguida á los Magos en audiencia privada y les comunicó esta contestación. Al mismo tiempo, se informó exactamente de la época en que había aparecido la estrella por primera vez. Si, más tarde, fuera preciso deshacerse de un niño peligroso, su prudencia habría ya tomado todas las medidas para descubrirlo. Por el momento, juzgó que lo mejor era despreciar la credulidad de los viajeros, y persuadir á todos, simulando una perfecta indiferencia, que no daba importancia alguna á quiméricas preocupaciones. A decir verdad, poco le hubiera costado enviar algunos hombres á Belén para tomar informes directos; pero ¿no hubiera favorecido de este modo la conmoción popular y congregado tal vez en torno de la cuna un ejército de supersticiosos que obstinadamente tratarían de

(1) *Miqueas*, V, 2.

defenderla? En todo caso, ¿no daría pábulo con esta conducta á que se creyese en la posibilidad del suceso? Ahora bien, la sola posibilidad podía suscitar un peligro verdadero. Prefirió, pues, reirse de los viajeros, pobres visionarios, á quienes era necesario dejar que buscasen á su gusto al rey cuyo nacimiento habían leído en el firmamento. Tal pareció al viejo zorro el mejor medio de sofocar aquel asunto, ó, si por casualidad había en ello un complot, seguir cómodamente sus ramificaciones sin despertar la atención pública. Sin embargo, recomendó á los Magos que continuasen sus investigaciones, rogándoles que, cuando hubiesen encontrado al niño, volviesen á avisarle, pues intentaba ir él mismo á Belén para adorar al recién nacido, es decir, para ahogarle en la cuna.

Esta actitud de Herodes, llena de ironía y de escepticismo, lo mismo que la indiferencia del Sanedrín, tendían directamente á herir el alma religiosa de los Magos y á desanimarlos. Era muy extraño que ellos, extranjeros, hubieran ido á saludar al nuevo rey venciendo mil obstáculos; pero mucho más sorprendente era que los judíos, el pueblo de las promesas, ignorando al principio y desdeñando luego la gran noticia, ni siquiera pensasen en seguirlos para honrar su cuna. Si ellos no creían en el cumplimiento de las profecías de que eran únicos depositarios oficiales, ¿habían de darles mayor importancia los gentiles, á quienes no iban dirigidas?

Pasada la mayor parte del día, ora en provocar y aguardar la respuesta del Sanedrín, ora en obtener audiencia del rey Herodes, era ya por la tarde cuando los Magos se volvieron á poner en camino. En Oriente se viaja con preferencia por la noche, pero esta vez había una razón especial para atenerse á semejante costumbre, y era la esperanza de ver reaparecer en el firmamento el meteoro conductor. Y en efecto, á su salida de Jerusalén, brilló de repente ante ellos la estrella milagrosa invitándolos á proseguir su viaje y ofreciéndose á dirigirlos.

Después de hora y media de camino, dejando á derecha

y á izquierda numerosos recuerdos bíblicos, llegaron á Belén, en donde se detuvo el astro, indicando, por la emisión de sus rayos luminosos, el lugar en que habitaba el recién nacido. No era ya el establo del khan, sino una casa propiamente dicha. Al punto penetraron en ella los Magos, encontrando al Niño con María, su Madre, ambos iluminados de celestial hermosura, y prosternándose en señal de veneración los peregrinos, adoraron á Jesús. «Siempre que en Oriente se encuentran dos hombres de camino—dice Herodoto,—es fácil determinar su respectiva dignidad. Si son de igual jerarquía, se abrazan para saludarse; si el uno es inferior al otro, aquél se prosterna y adora á su superior.» ¿Era esto precisamente lo que pretendían hacer los Magos al caer de rodillas, pegado el rostro á tierra, ante el Niño á quien visitaban [1]? Su homenaje ¿no tenía acaso mayor significación que la de un simple testimonio de respeto ó de dependencia? Sí, seguramente; porque, ante todo, aquel testimonio extrañaba carácter religioso. Sin comprender tal vez toda la idea teológica de aquel Emmanuel, Niño Dios, que contemplaban, no por eso era menor el testimonio de su veneración al rey Mesías. La triple ofrenda que depositaron á sus pies, oro, incienso y mirra, aun limitándose á los presentes usados en Caldea, ha parecido á muchos que tendía á honrarle más particularmente como Rey, como Dios y como Hombre. En todo caso, las revelaciones que pudo hacer María á sus visitantes durante su estancia en Belén, debieron acabar de iluminar aquellas almas rectas y generosas. ¿Por qué, en efecto, no hemos de admitir, que, á ejemplo de María y de José, llegasen á ser creyentes los Magos, fortalecidos paulatinamente y cada vez más en su fe al oir los sorprendentes relatos de la Sagrada Familia, y recompensados por Dios por sus méritos humanos de viajeros esforzados?

El contraste sorprendente entre el interior doméstico

(1) *Mat.*, II, 11 dice: *καὶ πεσόντες προσεκύνησαν αὐτῷ·*

de Belén, tan resplandeciente de belleza moral y de vida sobrenatural, y el sombrío palacio del tirano de los judíos, acabó de fijar sin duda la impresión detestable de escepticismo, de incredulidad, de malicia, que Herodes había dejado en sus almas. Así, parecióles llena de peligros la recomendación que les había hecho el astuto monarca de que pasasen por Jerusalén, para darle noticias del Niño. Dios los confirmó en esta impresión mediante un sueño, en el que claramente les indicó que volviesen á su tierra, no por Jerusalén, sino por otro camino [1].

Cumplieron los Magos esta orden, y fueron á llevar á su país la buena nueva. Así caían, desde la primera aparición del Mesías, las barreras que habían encerrado el culto del Dios verdadero en Palestina. Todas las naciones fueron invitadas á convertirse en un solo rebaño, bajo un mismo pastor. ¡Hombres de Oriente, sabios de Caldea, volved á vuestros hogares y proclamad que los pueblos van á reunirse por fin en la santa fraternidad de una misma religión; ya no habrá ni judíos, ni gentiles, ni griegos, ni bárbaros; en adelante sólo se conocerán cristianos!

(1) Llegados probablemente por el camino que iba de Damasco á Jerusalén, debieron tomar á su regreso el camino del desierto, por la otra parte del Mar Muerto.

CAPITULO VII

Purificación y Presentación

La ley de purificación y sustitución.—Cómo se someten á ella Jesús y María.—El sacerdocio en decadencia no sospecha los misterios que toca.—Los piadosos siervos de Dios.—Simeón y su himno profético.—Ana y su papel tan modesto como su virtud. (*Luc.*, II, 22-38).

Según la ley mosaica [1], la mujer que había dado á luz un hijo varón quedaba impura durante una semana entera; después, al cuadragésimo día, subía al Templo para pedir su purificación. Así se complacía Dios—fuera de todas las razones higiénicas que se alegan,—en recordar que, aun en la obra lícita del matrimonio y las bendiciones de la fecundidad, después de la caída del primer hombre, podía haber lugar á la concupiscencia culpable y á la demanda de una expiación.

Por otra parte, si este hijo era el primogénito, debía ser *santo para el Señor*, es decir, separado de todo lo profano y consagrado al servicio de Jehová [2].

De este modo, exigiendo las primicias de la familia, como había exigido las primicias de los bienes de la tierra y de los animales domésticos, afirmaba Dios su soberano dominio sobre Israel. A Él, y no al padre según la carne, pertenecía todo primogénito; y por los primogénitos de las diversas familias, debía tributársele el culto oficial. Cierto que una reglamentación especial había ordenado que, en lugar de los primogénitos, cumpliese las funciones sacerdotales la tribu de Leví [3]; pero esta sustitución sólo

---

(1) *Levit.*, XII, 2 y sig. Para una hija, el período era doble: la impureza duraba dos semanas y la reclusión ochenta días. V. Michaelis, *Mos. R.*, § 192.
(2) *Exod.*, XIII, 2.
(3) *Núm.*, III, 13-18.

se hizo á condición de ofrecerlos desde el primer momento en el Templo, salvo su rescate inmediato por cinco siclos (como unas quince pesetas). Esta consagración simbólica, en la que, en nombre del Señor, tomaba posesión del niño un sacerdote y sólo lo devolvía á sus padres á cambio de la ofrenda redentora, bastaba en la teocracia judía para mantener los derechos de Dios y los deberes de cada familia.

Llegado, pues, el cuadragésimo día, subieron al Templo María y Jesús, bajo la salvaguardia de José, la madre para purificarse, el Hijo para ser consagrado al Señor. Seguramente, ninguna de estas dos formalidades tenía razón de ser en semejante ocasión. María, por haber concebido y dado á luz fuera de la ley común, estaba exenta de toda impureza; y Jesús, por ser realmente el Hijo de Dios y su sacerdote, no tenía necesidad de ser consagrado. Pero la humildad, el silencio discreto acerca de la obra divina y el respeto absoluto á la ley, se avenían mejor con el carácter reservado, modesto, piadoso, de la joven madre, que una revelación prematura de los misterios celestiales ó una proclamación imprudente de sus excepcionales prerrogativas. Acudió, pues, como mujer manchada á la puerta del Templo, y un sacerdote la hisopeó con sangre. No pudiendo ofrecer un cordero [1], presente obligado de las familias ricas, dió la ofrenda de los pobres, dos tórtolas ó dos palominos, y quedó limpia, oficialmente, de la impureza legal que no había contraído.

Á su vez, el Niño fué presentado al Señor como la víctima ante el altar, y el sacerdote creyó sin duda libertarle, recibido el rescate de cinco siclos. Ignoraba que esta vez la liberación condicional era ilusoria, porque el que se ofrecía estaba designado, según el plan divino, para substituir Él mismo á la humanidad toda entera y representarla en el servicio de Dios. Por derecho de nacimiento, era Jesús el Pontífice universal, único capaz de recon-

(1) *Levit.*, XII, 6-8.

ciliar el cielo con la tierra. Toda la tribu de Leví hubiera sido incapaz de suplirlo; he aquí por qué venía aquel día á constituirse víctima de su sacerdocio. Treinta y tres años más tarde, clavado en la cruz, podrá verse claramente que nadie le había dispensado de inmolarse á la gloria de su Padre, y se comprenderá el cómo, siendo verdadero sacrificador y única víctima, reemplazó en un templo más perfecto [1] un sacerdocio estéril y unas víctimas impotentes.

Llegaba la ceremonia á su fin, sin que nada hubiera levantado el velo de aparente vulgaridad que envolvía dos vidas, en el fondo tan extraordinarias y tan llenas de Dios. No es raro que el cielo se complazca en ocultar, bajo las exterioridades modestas de sus criaturas más humildes, su propia majestad y sus potentes manifestaciones; de tal modo que sólo las descubren los que miran con los ojos del alma y oyen con los oídos de un corazón puro. El sacerdote oficial, esclavo del formalismo farisaico y en plena degeneración espiritual, había tocado al Santo de los santos, sin sospechar su grandeza; en cambio, dos almas del pueblo, justas y profundamente religiosas, fueron inspiradas de lo alto para hablar en su lugar y dar la bienvenida al Salvador de Israel.

Simeón, á quien algunos han identificado, sin razones suficientes con Simeón el Piadoso [2], ó con el hijo [3] de Hillel y el padre de Gamaliel, era un anciano justo y temeroso de Dios. Creyente fiel, veía, desde hacía mucho tiempo, con dolor profundo y justa indignación, las prevaricaciones de Israel y su sumisión al yugo extranjero. En comunicación íntima con Dios, le había preguntado más de una vez en qué se habían convertido sus promesas,

---

(1) *Hebr.*, IX, 11.

(2) Josefo (*Antiq.*; XIV, 9, 4) nos ha dejado un hermoso retrato de este Simeón, profeta, miembro del Gran Consejo, ciudadano amado y bendecido de todo el pueblo, que obligaba al mismo Herodes á someterse al prestigio de su piedad y de su justicia.

(3) Parece esto poco probable, porque el hijo de Hillel, hombre poderoso en Jerusalén y célebre por su sabiduría, llegó á ser presidente del Sanedrín el año 13 de J. C.; no podía, pues, ser viejo al nacimiento de Jesús.

y Dios le había contestado en el secreto del corazón: «Espera un poco más, y llegará mi Mesías; no morirás sin haberle visto.» Y Simeón confiaba en esta promesa. Habían ya transcurrido muchos años; un alma de menos temple que la suya hubiera perdido la esperanza; él, sin embargo, tan cercano á la tumba, esperaba animosamente.

Aquel día, había entrado en el templo impulsado por una influencia sobrenatural. Ofrecíase al Señor un primogénito. Mira al Niño, mira á la Madre, y su alma siente un profundo estremecimiento. Pregunta de dónde ha venido este Niño ¿De Belén? ¡De allí ha de salir el Mesías! ¡Allí se han dirigido los Magos conducidos por la estrella milagrosa! (1) Solicita el honor de tener un instante al recién nacido en sus brazos para contemplarle más de cerca. Ahora bien, mientras le contempla, le dice el Espíritu Santo en el fondo del corazón: «He cumplido mi promesa; estás tocando al Salvador de Israel.» Al punto se exalta la fe del nuevo patriarca, eleva sus ojos al cielo en expresión de reconocimiento, palpita su corazón de entusiasmo, y prorrumpen en un cántico (2) sus labios:

Ahora ¡oh Señor! despides á tu siervo
En paz según tu palabra;
Porque han visto mis ojos tu salud,
Que has aparejado ante la faz de todos los pueblos,
Como luz que ha de iluminar á los gentiles,
Y gloria de tu pueblo de Israel.

De este modo encontraba el santo anciano, bajo la inspiración divina, el acento solemne, la frase lírica, la pala-

(1) El orden cronológico que seguimos, y que, por otra parte, es el más natural, permite explicar varios puntos que originan dificultades. Se comprende que Simeón hubiese sentido revivir sus esperanzas, pues habían pasado los Magos por Jerusalén. De igual modo se explican las inquietudes y el furor de Herodes á causa de la publicidad que se había dado á la escena de la Purificación. Por lo demás, tanto la visita de los Magos como la huída á Egipto contadas por San Mateo, no pueden intercalarse en San Lucas sino inmediatamente antes y después de la Purificación.

(2) Admira ciertamente el poderoso estro que hay en estos seis versículos. Pueden dividirse en dos estrofas. En la primera, vers. 29 y 30, el santo anciano expresa su alegría por haber vivido bastante tiempo para poder contemplar al que lleva la salvación, *σωτήριον*. En la segunda, vers. 31 y 32, predice lo que constituirá la salvación para las naciones y los judíos.

bra original y casi enigmática de los antiguos Profetas. Él es el siervo, y Jehová el Señor. Mientras plugo á Dios dejarle en esta triste vida para esperar en ella la aparición del Salvador, soportó pacientemente la pesada carga; ahora que ha contemplado con sus propios ojos el instrumento de salvación, el medio de liberación, puesto por Dios á disposición de la humanidad pagana y judía, sólo le resta ser despedido para ir á descansar en paz con sus padres. ¡Qué consuelo para un alma religiosa ver asegurados, al fin, para el mundo días mejores! Nadie será excluído de la redención, y como Isaías (1), como el Salmista (2), como los Patriarcas (3), ve distribuirse la bendición celeste sobre toda vida, sin distinción de raza, de judíos ó de paganos, de libres ó de esclavos. Para los gentiles encerrados en las tinieblas de oscura prisión, será el Mesías la luz que muestre la verdad; para los judíos humillados será la gloria que rehabilitará á una nación abatida. Los primeros llamados de un modo eficaz á la salvación son los paganos; el santo anciano presiente la actitud hostil del judaísmo frente al Mesías, y anuncia la glorificación de Israel, como la última consecuencia de la conversión de los gentiles. En su pensamiento, sólo tomará Israel su parte en la salvación cuando el mundo entero haya entrado en el reino del Mesías.

José y María le escuchaban llenos de admiración. De repente el anciano, cuya frente cargada de años parecía iluminada de gloria celestial, volvióse hacia ellos, y, después de haberlos bendecido, se dirigió á María. El instinto profético le decía que, verdadera madre, sólo ella estaba unida á Jesús con los lazos de la sangre, mientras que José, padre adoptivo, lo estaba únicamente por los del corazón: «He aquí que éste es puesto (4) para caída y para levantamien-

(1) *Is.*, XI, XIX, XIII.
(2) *Salm.* LXXXVII.
(3) *Gén.*, XII, 3; XVIII, 18; XXVIII, 14; etc.
(4) Esta imagen está tomada ya de *Isaías*, XXVIII, 16; ya de *Daniel*, II 54; ya de *Zac.*, III, 9, en que se compara al Mesías con la piedra que quebranta á los malos y salva á los justos.

to de muchos en Israel, y para señal á la que se hará contradicción—exclamó—y una espada traspasará tu alma, para que en el gran día sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones.»

Ahora bien, todo ello tendrá su cumplimiento según lo profetiza Simeón. Desde los principios de su vida pública y en su acción primera sobre Israel, será Jesús para unos piedra de escándalo y para otros principio de resurrección. En seguida se formarán los dos campos profundamente divididos, y entre ellos se levantará sobre la cruz, como el signo que éstos querrán defender y aquéllos contradecir. María, mientras tanto, padecerá congojas de muerte al pie del patíbulo sangriento.

El drama terrible, dejando de localizarse en el pueblo judío que fenece, se trasportará á la humanidad entera, la cual, por ser eminentemente hija de Dios, es el verdadero Israel. Todavía vemos hoy á unos caer y á otros renacer en torno de la cruz. Cristo es el gran signo de contradicción de todas las edades, de todos los países, de la filosofía, de la ciencia, de la literatura, de la elocuencia, de nuestras instituciones políticas, del pensamiento bajo todas sus formas. Sin abandonar jamás á los indiferentes, hace brillar en el gran día el bien ó el mal que se ocultan en el fondo de las almas, é inspira fatalmente el amor ó el odio. El santo anciano había leído perfectamente la historia de lo por venir.

Detrás, presenciando esta conmovedora escena, se hallaba una mujer, iniciada también por el Espíritu Santo en los secretos del cielo, y esperando en la tierra la recompensa de las encantadoras virtudes que habían llenado su larga vida: era Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser [1]. El Evangelista la califica de profetisa, es decir, que siendo persona de buen consejo en Jerusalén, defendía con sus discursos la ley de Dios, reprendía el vicio y alentaba á la virtud. Tal vez tenía también el privilegio de conocer lo

(1) Hay que notar aquí la indicación genealógica, pues confirma la existencia de registros en las familias judías.

futuro. Dios recompensa frecuentemente con dones extraordinarios la fidelidad generosa de sus siervos. La santa mujer, que tenía entonces ochenta y cuatro años [1], había quedado viuda muy pronto, á los siete años de matrimonio. No salía ya del lugar santo, honrando á Dios con sus ayunos y plegarias y trabajando día y noche para su gloria. ¡Con qué alegría debió de contemplar al nuevo Dominador de Israel, que iba á visitar el segundo Templo y hacerlo así más ilustre que el primero!

No nos ha transmitido el Evangelista las palabras de enhorabuena y amor que pronunció esta santa mujer; se contenta con decirnos que rindió homenaje á Dios, como Simeón, y que hablaba de Jesús á todos los que esperaban la redención de Israel. Tal vez á ella debemos el que se nos haya conservado el relato de la escena que acabamos de describir [2].

De esta manera, en medio del mutismo del sacerdocio, saludaba el judaísmo, en el mismo Templo, al enviado del cielo por la voz de dos santos sacerdotes, herederos de la ardiente fe de los tiempos antiguos. Cuando ve Dios que sus sacerdotes no disciernen su mano y su obra, suscita almas más religiosas cuya misión extraordinaria es hablar en vez de ellos.

---

(1) Seguimos la interpretación más común, pero no fuera extraño que la mejor lección fuera esta: «Habiendo vivido siete años con su marido después de su virginidad, y viuda desde hacía ochenta y cuatro años, era ya de edad muy avanzada.» Siete años de casamiento y ochenta y cuatro de viudedad con quince de virginidad darían un total de ciento seis años, lo cual legitimaría el texto: προβεβηκυῖα ἐν ἡμέραις πολλαῖς.

(2) Hacen probable esta opinión, no menos que los detalles biográficos, relatados minuciosamente, el papel modesto que ella se atribuye y el tono particular de la narración.

CAPÍTULO VIII

Persecución y huída á Egipto

El rumor público despierta las inquietudes de Herodes.—Ideas que sugiere la crueldad del viejo tirano.—Huída á Egipto.—Matanza de los inocentes. —Muerte de Herodes.—Vuelve la Sagrada Familia á Nazaret.—La variedad de sus domicilios explica lo que sería inexplicable. (*Mat.*, II, 13-23.—*Luc*, II, 39-40).

Al salir de Jerusalén la Sagrada Familia, dejaba trás de sí una conmoción peligrosa. Indudablemente debieron preocuparse en el Templo del incidente que en él se había producido; Simeón y Ana contaron al pueblo lo que habían visto, y el rumor público llegó pronto á oídos de Herodes.

El viejo rey se hallaba ya entonces probablemente muy enfermo en su palacio de Jericó. Se acordó de que los Magos no habían reaparecido, y, falto de detalles acerca del resultado de su viaje, se entregó á todas las suposiciones. No le pareció improbable la organización de un vasto complot en el momento en que iba á acabar su reinado, pues su amarga experiencia de la vida política le había familiarizado con semejantes temores. En sí mismo, un niño no era temible; pero el pueblo, que se arriesgaba á rodear su cuna con prejuicios supersticiosos y con esperanzas patrióticas, debía parecerle más peligroso. Este pensamiento acabó por obsesionar al tirano y despertó los instintos sanguinarios de su alma cada vez más malvada, á medida que se acercaba á la eternidad. El miserable había mandado impunemente dar muerte á sacerdotes y grandes de su reino, había ahogado á su yerno, inmolado á sus propios hijos, Alejandro y Aristóbulo, á sus tíos, á su cuñado, á sus amigos y á su suegra Alejandra; había estrangulado á su mujer, la bella

Marianna, á quien, sin embargo, amaba apasionadamente; y toda esta sangre derramada, al torturar su conciencia, parecía acrecentar cada vez más su ferocidad. Cuenta la historia que, hacia el fin de su vida, pensó encerrar en el anfiteatro de Jericó á los jefes de las familias más nobles del país para mandarlos matar el día que él muriese. «Así —decía—habrá lágrimas en mis funerales.» Nada, pues, más natural que verle, en presencia de un peligro, aun imaginario, recurrir á medios violentísimos. Ya que el pueblo se atreve á saludar en un recién nacido al futuro rey de Israel, nada más fácil que imponer silencio á sus prematuras aclamaciones ahogando con sangre sus locas esperanzas. Si ha nacido el Mesías, morirá, y para que su muerte sea cierta, serán inmolados todos los niños de dos años abajo que haya en Belén y en sus alrededores. Dar la muerte á uno solo, aunque fuese aquel á quien designa el rumor público, no bastaría para aniquilar las pretensiones de los patriotas agitadores; serían capaces de poner sus esperanzas en cada niño de la generación que acababa de nacer en aquel distrito de Judea. Si todos sin excepción entran en la matanza, la efervescencia popular se apaciguará por sí misma, porque dirá Herodes á los judíos: «Vuestro Mesías no ha venido, ó si vino, murió al nacer.» Así razonaba el viejo monarca, y al mismo tiempo daba orden de ejecutar su criminal proyecto.

Pero Dios se burla de los malos y de su criminal prudencia. Después de la presentación en el Templo, había conducido José á Belén la Sagrada Familia [1], don-

(1) San Lucas, que parece haber ignorado la huída á Egipto, encamina la Sagrada Familia á Nazaret. La laguna que deja nos autoriza para creer que la estancia en Egipto no fué larga, pero, en realidad, no contradice el relato de San Mateo. El Evangelista dice lo que sabe: «Jesús, que nació en Belén, fué educado en Nazaret,» sin pretender excluir los incidentes que, sin él saberlo, hubieran podido acontecer entre el nacimiento en Belén y el domicilio elegido definitivamente en Nazaret. Semejantes lagunas no son errores. Y, sin embargo, son prueba evidente de que los dos Evangelistas, por más que diga Resch en su curioso libro *Das Kindheits Evangelium nach Lucas und Matthæus*, Henrichs, 1897, no tomaron sus datos de una fuente común, y de que ni siquiera se conocieron. De otro modo, sería preciso concluir que el uno dió poco crédito á las narraciones del otro.

de, según dijimos, intentaba tal vez fijar su domicilio. El obrero, cuya fortuna consiste solamente en el trabajo de sus manos, se establece gustoso en dondequiera que encuentra el modo de ganar el pan. El relato de los pastores y la visita de los Magos no habían podido hacer otra cosa que conquistar el favor del pueblo para el carpintero, en torno del cual ocurrían hechos tan prodigiosos. Todo esto le prometía trabajo y un modesto bienestar en Belén, en donde quizás poseyera algunas tierras, insignificante herencia de su familia.

Iban, pues, los emisarios del rey Herodes á sorprender al recién nacido y envolverle en la matanza universal, cuando Dios avisó á José durante su sueño. El fiel siervo conservaba, aun en sus sueños, el sentimiento de las graves responsabilidades que había aceptado. No de otro modo vela el centinela, sin entregarse al reposo, delante de la tienda de su rey dormido, y, al primer peligro, arrebata y salva al príncipe en sus brazos. «Levántate—dice el Ángel del Señor á José,—toma al Niño y á la madre, huye á Egipto, y mora allí hasta el momento en que te avise que vuelvas, porque Herodes quiere buscar al Niño y matarle.» Al punto, y sin aguardar á que amaneciese, se levantó José y se dirigió hacia Egipto con la madre y el hijo [1].

La frontera egipcia se hallaba solamente á dos jornadas de Belén; en una semana podíase llegar al corazón mismo de aquel rico país, asilo ordinario de aquellos á quienes la miseria ó la persecución expulsaban de Palestina. Allá emigraron los judíos huyendo de la ira de Nabucodonosor; allá pudieron sustraerse á la venganza de Antíoco, Onías, hijo del gran sacerdote de este nombre y varios de sus compatriotas. Durante las guerras de Hircano y Aristóbu-

(1) La leyenda ha señalado las principales etapas de este viaje: así, se nos enseñó en Hebrón y en Gaza los lugares en que pasaría la noche la Sagrada Familia. Otra de sus paradas en Egipto está indicada en Matariyeh, cerca de Heliópolis. Todavía se pretende enseñar allí el viejo sicomoro que albergó á los viajeros, y se ofrecen ramas de él á los crédulos peregrinos.

lo, refugiáronse allá también los judíos, en torno de un templo que recordaba el de Jerusalén, edificado en Leontópolis, en la época de Tolomeo Filométor. A fuerza de emigraciones sucesivas, habían acabado por implantarse completamente en el país; y al principio de la era cristiana, una numerosa colonia judía florecía, no sólo en Alejandría, donde los judíos constituían una tercera parte de la población, sino en el distrito de Heliópolis, donde vivía dividida en grupos, según las profesiones respectivas de los expatriados.

A una de estas colonias, singularmente prósperas en Babilonia ó en el viejo Cairo actual, debió incorporarse José para encontrar inmediatamente trabajo y pan. Por otra parte, se ha supuesto, y no sin razón, que los dones de los Magos debieron subvenir á las necesidades de un viaje súbitamente improvisado. Según la leyenda, debieran haber sido superfluos, por cuanto las palmeras, durante todo el viaje, inclinaban sus ramas para ofrecer sus frutos á los augustos viajeros, mientras que los dragones y los leopardos iban á adorar al divino Infante y las rosas se abrían á su paso. Según otros relatos maravillosos, en el momento en que puso el pie la Sagrada Familia en el suelo de Egipto, cayeron de su pedestal y se estrellaron las estatuas de los falsos dioses. Pero el Evangelio, sobrio como la verdad, guarda silencio sobre tan extraños prodigios, y nos concede el derecho de creer que sólo han tenido realidad en la imaginación enfermiza de autores apócrifos, ansiosos de inventar algo allí donde la historia nada había mencionado.

Entre tanto las órdenes de Herodes eran cruelmente ejecutadas. Podía haber en Belén, ciudad de unos tres mil habitantes, de veinte á treinta niños varones menores de dos años. Pues bien, á ninguno perdonó el furor de los si carios. ¿Fueron degollados todos juntos en una carnicería espantosa, ó los unos tras los otros, sin ruido, y tal vez por medios diversos? Lo ignoramos. No sería imposible que Herodes hubiese tenido hábilmente oculta la mano

que ahogaba uno por uno á aquellos inofensivos pretendientes. En todo caso, aun cuando la historia se haya olvidado de registrar este acto de barbarie [1] en un reino, por otra parte, lleno de sangre, no por eso fué menos terrible, en el corazón de las madres, el dolor que sembró por todas partes la violencia de los homicidas. Raquel, que había recibido su sepultura en el camino de Efrata, pareció llorar todavía en su tumba, y unir sus lamentaciones á las de las madres que no querían ser consoladas, porque ya no tenían hijos. Debía sobre todo lamentarse la antigua esposa de Jacob por la triste servidumbre de su pueblo, que sufría en silencio el sanguinario despotismo del viejo tirano. Si Jeremías pudo decir á los israelitas que, conducidos á la cautividad, pasaban ante la tumba de Raquel: «Oid los gemidos de vuestra madre [2]; la que murió en los dolores del parto sufre de nuevo», ¿no tenía derecho á exclamar el Evangelista que el ilustre antepasado de Israel lloró todavía al ver sufrir á su pueblo, en su propio país, una esclavitud más dura que la de Babilonia?

No impedían, por cierto, todos estos crímenes que la horrible enfermedad que se había apoderado del tirano ejerciese en él sus estragos. Una úlcera devoraba su vientre, y sus intestinos podridos hervían en gusanos. La pestilencia se extendía por todo el palacio. El desgraciado quiso acabar con la vida, pero sus cortesanos se lo impidieron, como si hubiesen querido dar tiempo al dedo de Dios para grabar en cada parte de su cuerpo el castigo de todos sus crímenes. Respiraba á duras penas; una fiebre continua le hacía experimentar los tormentos de la más viva sed, y al propio tiempo nada podía saciar su hambre.

(1) Macrobio, en el siglo IV de nuestra era, es el único autor que parece haber leído en documentos más antiguos un testimonio histórico que confirma esta matanza. Cuenta (*Saturnal.*, II, 4) que Augusto, al saber la noticia de que Herodes había comprendido á su propio hijo en una ejecución de niños exterminados en Siria por su orden, exclamó: «Vale más ser cerdo de Herodes que hijo suyo.» El juego de palabras entre ὗν y υἱόν permite creer que, á pesar del error histórico sobre la muerte de Antipatro, aquella frase feliz era auténtica.

(2) *Jerem.*, XXXI, 15.

Sufría todos los dolores físicos de un condenado, y probablemente también todos sus dolores morales. En fin, cinco días después de haber hecho matar á su hijo Antipatro, murió á la edad de setenta años, el treinta y cuatro de su reinado [1].

El Ángel de Dios advirtió en seguida [2] á José que podía volver á su país, porque habían muerto los que querían matar al Niño. José abandonó á Egipto y se dirigió á Palestina; mas habiendo sabido, en la frontera, que reinaba Arquelao, temió entrar en sus Estados. Hijo digno de su padre, este príncipe acababa de inaugurar su reinado mandando matar á tres mil súbditos. Por lo contrario, Herodes Antipas, á quien había tocado en suerte Galilea, parecía bueno para su pueblo. Ocupábase sobre todo en embellecer su tetrarquía, con el objeto de atraer á ella muchos extranjeros. José renunció definitivamente al proyecto de establecerse en Belén, y entró en Nazaret, que fué desde entonces la ciudad-patria de Jesús.

De este modo, á través de estos sucesivos viajes, sustraía Dios al Niño del prodigio, no sólo del odio de sus enemigos, sino también del culto prematuro y de la devoción intempestiva de sus amigos. La persecución de Herodes, al paso que le arrebataba de repente del teatro en que se obraron las grandes manifestaciones divinas, permitió que los pastores olvidasen el cántico de los ángeles; y las almas creyentes, escandalizadas tal vez de esta precipitada huída, se preguntaban si era verdaderamente Dios aquel que temía la ira de un rey mortal. Menos tiempo tarda en desvanecerse la fe que en nacer. ¿Eran acaso una ilusión momentánea las señales celestes que decían haber sido vis-

(1) Véase en Josefo, *Antiq.*, XVII, 6, 5 y sigs., la horrible historia de sus últimos momentos.

(2) Si es exacta nuestra cronología, fué cortísima la estancia de la Sagrada Familia en Egipto. Herodes murió tres meses después del nacimiento de Jesús, y José, advertido por el Angel, volvió á no tardar de su destierro. La brevedad y la poca importancia del accidente explican quizás que no haya sido consignado en las memorias ó relatos tradicionales de la Sagrada Infancia, utilizados por San Lucas.

tas? Murieron Simeón y Ana y nadie heredó sus santas esperanzas. Belén y Judea ya no se acordaron más de Jesús. Nazaret, ciudad obscura, de donde nada bueno había salido, [1] le recogió, viviendo allí ignorado de todos hasta la hora de su solemne manifestación.

(1) La frase: «¿A Nazareth potest aliquid boni esse?» es de Natanael, *Juan*, I, 46. Los judíos miraban con cierto desdén á los galileos en general y á los nazarenos en particular. En el mismo sentido decían los atenienses fulano es un beocio».—(N. del T.).

CAPÍTULO IX

La infancia en Nazaret

Nazaret en nuestros días.—Un taller de carpintería.—La educación de Jesús y la cuestión de su desarrollo intelectual y moral.—Unico rasgo conocido de su adolescencia.—Jesús perdido y encontrado en el templo, sentado entre los doctores.—Vuelta á la vida obscura del taller. (*Luc.*, II, 41-52.)

Después de Jerusalén, Nazaret [1], patria del Salvador, es la ciudad de los grandes recuerdos para el cristiano.

Nuestra fe siente indecible alegría al hallar aún en pie y habitada esta modesta ciudad, en medio de las ruinas que cubren á Tierra Santa.

Nazaret, en efecto, no ha desaparecido, como tantos otros

(1) Sin razones suficientes quiere Keim, en su *Vie de Jésus*, hacer que prevalezca el nombre de Nazara sobre el de Nazaret que se lee en la inmensa mayoría de los manuscritos. Aun cuando hubiera sido Nazara la forma primitiva del nombre, no se seguiría que fuera ella la más usada en el tiempo de Jesús. Más autorizado que el de Julio Africano y algunos otros, es el testimonio de todos los manuscritos que consignan regularmente Nazaret ó Nazareth. Puede también tenerse como cierto que la etimología de este nombre es precisamente *Nêtzer* (*Is.*, XI, 1), *renuevo*, *tallo*, á causa de los arbustos que cubrían los cerros vecinos á la ciudad, y no el de *Notzerah*, *la protectora* (IV *Reyes*, XVII, 9). De suerte que hubo algo de providencial en la elección de domicilio hecha por José, en Nazaret, al regreso de Egipto. Había dicho Isaías que el Mesías sería un *renuevo (Nêtzer)* de Jesé. Jesús, llamado más tarde comúnmente por todos, amigos y enemigos, el *Nazareno*, podía ser tomado por el renuevo profetizado, débil y humilde como un arbusto, hermoso é ilustre como la raza real de que descendía. Como esta misma imagen del *renuevo* se encuentra, aunque sin el término *Nêtzer*, aplicada al Mesías por *Jerem.*, XXIII, 5, XXXIII. *Zac.*, III, 8; VI, 12, es fácil comprender que el juego de palabras sugerido por el texto de Isaías, tentase á San Mateo, II, 23. *Nêtzer* recuerda á Ναζωραῖος. (*)

(*) Sobre que el *Nazaraeus* de san Mateo se refiere al Mesías anunciado como *flos* y *germen* ó como *inglorius* y *despectus*, es lo cierto que en el texto «quoniam Nazaraeus vocabitur» no hay que ver un simple juego de palabras ó de ideas, sino un apelativo verdaderamente profetizado, aunque de un modo oblicuo ó indirecto.—(N. del T.).

lugares bíblicos, en la larga serie de catástrofes que han trastornado el país. Colocada fuera de las vías más concurridas de Palestina, y demasiado lejos de los centros de más actividad, la antigua aldea de Galilea, persiste aun hoy, poco más ó menos, la misma que fué en otro tiempo. En un repliegue del terreno, ampliamente abierto en medio de las montañas que dominan al Norte la llanura de Esdrelón, detrás de grandes cactos, entre grisáceos olivos, higueras, alfónsigos y escuálidos almendros, aparecen escalonadas, como en otro tiempo, sus casas, edificadas de piedra blanca en el flanco de la colina. Casi todas son de construcción reciente, si bien reproducen el tipo invariable de la habitación judía, con su forma cuadrangular, su escalera exterior, su terraza de arcilla y, á veces, con el departamento superior, correspondiente al antiguo *aliyya* ó cenáculo. En las pendientes y mal conservadas calles, vense siempre, diseminados sin ningún orden, talleres muy primitivos, en que los obreros forjan el hierro, cardan el cáñamo ó trabajan la madera, según la vieja rutina de los antiguos, con imperfectísimos instrumentos. Vagando por delante de estas modestas tiendas, olvídase uno fácilmente de que han pasado mil novecientos años y cree de buen grado que se encuentra aún en los días de José el carpintero. Cuando, por la noche, sube la familia á la terraza de la casa para recogerse en la intimidad ó en la oración, se dice uno: ¡lo mismo hacían María y José! Cuando se contempla á los niños correr por los flancos de la colina, con sus vistosas túnicas de lana ó de hilo, para entregarse á sus ruidosos y sencillos juegos, cree uno que, como ellos, y en los mismos peñascos, jugó también Jesús en otro tiempo; y á la hora en que las bellas nazarenas, de tipo sirio en todo su esplendor, llenas de pureza en la mirada y de dulzura en sus palabras, van á la antigua fuente á llenar su cántaro, conduciendo de la mano á sus hijitos, siéntese uno tentado á esperar para ver si entre ellas aparece también, como en otro tiempo, la virgen de Judá, para tomar turno, y recibir las felicitaciones de sus

graciosas compañeras [1]. Durante nuestras sucesivas estancias en Nazaret, ¡cuántas veces se complació nuestra piedad en reconstituir el medio humilde y apacible en que pasó Jesús treinta años de su vida! El pobre taller del carpintero se abre de un lado sobre la calle, y del otro se hunde en bóveda dentro de la roca. Junto á la entrada, algunas herramientas rudimentarias, suspendidas de la pared ó recogidas en cajas mal cerradas, dicen visiblemente que ni la habilidad del artesano, ni aun sus instrumentos de trabajo, han progresado con los siglos en la pequeña aldea. Confundidas con yugos, carros y algunos muebles groseramente labrados, vense esparcidas acá y allá maderas de sicomoro ó de fresno casi cuadradas. Nunca tuvo el tenducho departamento alguno destinado á cocina ni alcoba. El obrero, hoy como en los antiguos tiempos [2], prefiere instalar su hogar fuera del taller. Allí es donde hay que visitarle, hacia la caída de la tarde, para estudiar los detalles de su vida doméstica. En la terraza, á la que se sube por una escalera exterior, los niños mayores que recuerdan á Santiago, Simón, Judas, José, los parientes de Jesús, sentados gravemente alrededor de tres piedras erigidas en hogar, ó de un hornillo de barro cocido, cumplen el encargo de vigilar la olla antigua, vaso modesto al que acaricia insistentemente el humo antes de elevarse indeciso hacia el cielo. Pronto aparece una mujer, de mirada dulce y casta, medio oculta entre sus largas pestañas: es la madre. El cristianismo la ha señalado con un sello que recuerda la Virgen María. Acaba de volver de la fuente llevando, ligeramente inclinada en la cabeza, el ánfora llena para la comida de la tarde. Con una palabra y con una mirada, ha comprobado que todo ha permanecido en orden durante su ausencia, y en seguida se ocupa en

(1) Véase nuestra obrita ilustrada *Les Enfants de Nazareth*, Vromant, Bruselas. Al describir lo que es hoy la vida de familia en Nazaret, hemos intentado diseñar lo que fué antiguamente.

(2) V. *Historia Josephi fabri lignarii*, cap. IV, en los apócrifos de Thilo, pág. 13.

limpiar y extender la estera sobre la cual comerá la familia, al ponerse el sol. Más impaciente que todos, llora un recién nacido y grita en el fondo de su cuna; la madre corre presurosa, se inclina sobre él para apagar su hambre, y, de rodillas, le da el pecho con inefable ternura. En aquel momento vuelve de su taller el padre sonriente y dichoso; y de buen grado olvida su fatiga ante aquel espectáculo de amor maternal.

Así vivía la Sagrada Familia. María, como las nazarenas de nuestros días, debió dar el pecho dos años por lo menos á su hijito. Cuando se lo quitó, reunidos en una fiesta todos sus parientes y amigos, según la costumbre judía, fueron á cumplimentarla. De derecho, el niño quedaba todavía bajo la dirección de la madre, hasta la edad de siete años; luego empezaba el padre á ocuparse en él, enseñándole la ley de Dios y admitiéndole á seguir de cerca los trabajos en los cuales quería iniciarle.

Á esta edad, pues, fué cuando recibió Jesús las primeras lecciones de José. Represéntalo nuestra fe con ternura prestando á su padre adoptivo el concurso de sus bracitos y aplicando á las piadosas conversaciones de su madre toda la atención de su hermosa alma infantil. Difícilmente hubiera encontrado aquí bajo mejores maestros que José y María, aquellos dos amigos del cielo, alumbrados con las iluminaciones de la gracia, y asociados á los pensamientos mismos de Dios; pero el principio de su completo desarrollo estaba en la misma naturaleza del niño. Samuel, Salomón y tantos otros habían tenido maestros para formarse; Jesús ni siquiera tuvo el Hazán de la Sinagoga para instruirse [1]. Por eso fué, más tarde, tan grande la admiración de los nazarenos cuando le oyeron leer y ex-

(1) Parece que la instrucción primaria en Palestina fué organizada mucho más tarde por un hijo de Gamaliel, el Sumo Sacerdote Jesús, hacia el año de 65, es decir, poco antes de la ruina de Jerusalén y de la esclavitud completa del pueblo judío. Van Gelder, *Die Valksschule, des Jüdischeu Alterthums*, Berlín, 1872; Simón, *L' education des infants ches les anciens Juifs*, Leipsig, 1879; y Keim, en su *Vie de Jésus*, Vol. II, pág. 131 y sig., ofrecen curiosos datos sobre esta cuestión.

plicar la Ley, como si la hubiera estudiado toda su vida. Para los Evangelistas, como para nosotros, era natural concluir que todo lo había aprendido por sí mismo, porque esta es, en efecto, la consecuencia lógica de la fe en la Encarnación. Si el Verbo de Dios se hizo hombre en Jesús, se constituyó en Él en una hoguera divina donde el alma podía iluminarse sin cesar, y en preceptor infalible que debía guiar á la humanidad para impedir que tropezara en las piedras del camino ó se extraviase por los senderos de la ilusión. ¿Cómo se ejerció esta influencia de la persona divina sobre la naturaleza humana en Jesucristo? He aquí el misterio de la unión hipostática. Las mayores dificultades detienen al teólogo que quiere dilucidar esta cuestión [1]. Si olvida que Jesús fué verdadero hombre lo mismo que Dios verdadero, ó verdadero Dios lo mismo que verdadero hombre, suprime uno de los elementos que constituyen su persona y destruye la Encarnación. Lo más cuerdo es atenerse fuertemente á esta doble verdad, á saber: que Jesús no sólo tuvo la apariencia de la naturaleza humana y de la naturaleza divina, sino la realidad plena y completa de ambas. Es Dios como su Padre, y hombre como nosotros, salvo el pecado; y del mismo modo que no se aminora la divinidad por su contacto con la humanidad, así tampoco fué absorbida la humanidad, si no simplemente perfeccionada, en su unión con la divinidad. La humanidad quedó integérrima, sirviéndose de la unión hipostática con el Verbo para evitar los errores y flaquezas, pero sin llegar á ser jamás algo completamente fuera de nuestra naturaleza, y, por consiguiente, sin entrañar nada de inimitable ó inútil á nuestra edificación.

Convenía, en efecto, que Jesús viviese y obrase como hombre en medio de nosotros, y que no se mostrase Dios sino cuando, por excepción, fuese preciso despertar con un gran golpe la atención de las muchedumbres indife-

(1) V. en Schanz, *Evang. des h. Lucas*, 148, los sentimientos de los Padres de la Iglesia.

rentes ó incrédulas. Empero el hombre, que en el fondo de esta personalidad única no se separaba nunca de Dios, iba abriendo progresivamente, y según se ofrecía la ocasión, los ojos de su alma á la luz del Verbo, al que llevaba en sí esencialmente presente, y en Él leía la obra que había de realizar ó la palabra que había de pronunciar. Así, á la ciencia natural y humana, se añadía la ciencia divina, á la cual recurría en las proporciones requeridas por los acontecimientos y según las prudentes leyes que trazaba la Providencia. Pero estos sucesos estaban siempre conformes con las fases regulares de la vida humana; por eso observa el Evangelista que el Niño crecía en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres, es decir, que á pesar de tener la ciencia infinita de Dios á su servicio, el hombre en Jesucristo sólo se servía de ella proporcionalmente á sus necesidades, conforme á las leyes del desarrollo de su naturaleza humana y de su misión divina. De aquí que no hubiese en Él nada anormal. Mientras sea niño, no hablará ni obrará como hombre; esta precocidad contra naturaleza hubiera sido más asombrosa que edificante; se contentará con ser un niño perfecto. A medida que vayan sucediéndose los años, el espectáculo del universo, las relaciones con los hombres y el hábito de la meditación desarrollarán gradualmente su ciencia humana [1]; y, en su plena conformidad con la voluntad del Padre, perfeccionará esta ciencia iluminándola á la luz eterna que lleva en Él.

---

(1) Los dos pasajes de *Luc.*, II, 40 y 52, establecen una correlación tan evidente entre el desarrollo físico y el desarrollo moral, que parece difícil admitir que uno fuese real y el otro simplemente aparente. A la teología toca explicar, si puede hacerlo, el misterio, observando que el participio de presente πληρούμενον, mal traducido en la Vulgata por *plenus*, expresa tan bien como ηὔξανε, προέκοπτε, la idea de un hecho no realizado, sino que se va realizando progresivamente. (*)

(*) El participio de presente de la voz media tiene idéntica forma que el de la pasiva. San Jerónimo seguramente no lo ignoraba; pero creyó que debía traducirse por pasiva, como así vertió también Arias Montano. Que esta interpretación sea gramaticalmente defectuosa, no es un exioma. En el terreno teológico, el vers. 40 de la Vulgata se refiere á la ciencia beata y á la infusa del alma de Cristo, el 52 á la ciencia adquirida ó experimental. Si la

Los apócrifos, al representárnosle con costumbres fuera de su edad ó con un poder milagrosamente prematuro, han hecho de Él un ser extraño, imposible, fantástico [1]. Nuestro Evangelista nos le pinta con mayor verdad y encanto, sometido á sus padres, y atrayendo sobre Él la aprobación del cielo y de la tierra con su obediencia, su modestia, su dulzura, su inteligencia, su piedad y su gracia. De este modo, permaneciendo de lleno en las condiciones de la infancia, santificó esta amable edad de la vida y se constituyó en modelo de todos los que la atraviesan.

Sabido es que hacia los doce años entra el niño en nuevo período de desarrollo, así moral como físico, empezando á presentarse á su vista vastos horizontes. Esta fué precisamente la hora en que, por vez primera, dejó entrever Jesús públicamente la perfección de su alma, la elevación de su pensamiento y la profundidad de sus sentimientos religiosos. Sólo un rasgo se nos ha conservado por San Lucas, pero es la confirmación perfecta de cuanto hubiera sospechado nuestra piedad. Esta súbita manifestación de su interior enlaza, por otra parte, afortunadamente, las milagrosas escenas del Nacimiento y del Bautismo y demuestra que, no por estar oculto bajo la ceniza, era menos vivo el divino fuego en el corazón del Hijo de María.

Todos los años, por lo menos en las fiestas de la Pascua, el representante varón de cada familia, salvo estar legítimamente impedido, debía subir á Jerusalén para tomar parte en las ceremonias religiosas. Empezaba la obligación

---

frase *plenus sapientiâ* del vers. 40 debiera tomarse en el mismo sentido que la frase *proficiebat sapienta* del vers. 52, ambos versículos se referirían á la ciencia experimental.—(N. del T.).

(1) Aun cuando los milagros contados por los apócrifos no fueran tan pueriles como ridículos, su perfecta inutilidad sería motivo suficiente para ponerlos en duda. ¿Cómo, en efecto, habrían servido para una causa cuya defensa no era propia de un niño? ¿No habrían puesto á María y á José en el más cruel embarazo y en la más penosa de las situaciones? Por otra parte, queda zanjada la cuestión por San Juan al decir que el milagro de Caná fué el primero de los de Jesús y que la curación del hijo del centurión fué el segundo. En fin, no se explicaría la admiración de los nazarenos, en el momento en que Jesús empezó su vida pública, si desde larga fecha hubieran estado acostumbrados á verle obrar prodigios.

á los doce años, edad que, entre los orientales, constituye la virilidad. Si bien las mujeres quedaban libres de tomar parte en estas peregrinaciones, no es menos cierto que las más piadosas procuraban ardientemente unirse á ellas, para ir á adorar á Dios en la Ciudad Santa. Habiéndose convertido Jesús en *hijo de la ley*—como decían los judíos,—puesto que ya había cumplido los doce años, se dispuso á subir á Jerusalén con José. María se unió á ellos. Nadie podrá extrañar que una madre tan excelente quisiese asociarse á la primera peregrinación de su Hijo.

Pasó Jesús los siete días de la fiesta en santo arrobamiento. Todos los grandes recuerdos del judaísmo conmovían deliciosamente su alma, á medida que los meditaba; y, á través de los símbolos de lo pasado y de lo presente, elevábase á la contemplación de las sublimes realidades de lo por venir. Cuando llegó la hora de abandonar aquel medio privilegiado, sintió que su corazón se adhería á él, como al elemento esencial de su vida; y mientras que los suyos volvían á tomar el camino de Galilea, Él, impulsado por el Espíritu Divino, y dejándose arrebatar de las grandes aspiraciones de su excepcional naturaleza [1], dirigióse al Templo, hogar oficial de la vida religiosa. Nacido para difundir la verdad en el mundo, buscaba insensiblemente todo cuanto podía preludiar su gloria, su ministerio, sin preocuparse de la emoción que su súbita ausencia había de provocar entre los suyos.

Ordinariamente eran muy numerosas las caravanas de los peregrinos. Fácilmente perdíase á uno de vista á través de aquella multitud de viajeros, que, dividida en grupos regulares de hombres y de mujeres, cabalgando unos y otros á pie, armados de largos bastones, cantaban salmos para santificar el viaje. Jesús, amado de todos, lleno de gracia y afabilidad, tenía tal vez por costumbre pasar de un grupo á otro, sembrando el encanto de sus palabras en-

(1) La palabra ὑπέμεινεν, que emplea el Evangelista, está muy bien escogida para indicar todo lo que en ella hubo de enérgicamente querido y reflexionado en la estancia de Jesús en el Templo.

tre los parientes y amigos que se disputaban el placer de poseerle. De este modo se explica que pudieran caminar un día entero José y María sin preocuparse de su ausencia. El afecto universal les parecía protección suficiente para su juventud. Por otra parte, caminando María y José en diferentes grupos, aquella podía suponer que el Niño estaría con su padre, mientras que éste le creía con su madre. Entre los orientales, un adolescente de doce años empezaba á gozar de cierta libertad y á responder de sí mismo.

Llegada la noche, hizo alto la caravana [1]. En Oriente limitan de ordinario los viajeros á doce ó quince kilómetros la jornada del primer día. Agrupados, pues, para pasar la noche, contáronse los individuos que la componían. Jesús no estaba entre ellos. Grande debió ser el sobresalto de María y de José. Se le buscó entre parientes y amigos; pero todas las indagaciones resultaron infructuosas.

Al amanecer del día siguiente, el padre y la madre volvían á estar en camino para Jerusalén; llegaron cuando había anochecido, y por aquel día, tuvieron que renunciar á descubrir á Jesús en medio de una muchedumbre muy numerosa todavía, llegada de todos los países, y muy poco preocupada de un niño que no mostraba inquietud alguna.

Sólo al día siguiente, y por lo tanto, al tercero, fué cuando María y José encontraron á su Hijo en el Templo en una de las sinagogas [2] en que se reunían los rabinos para enseñar la ley. Aun hoy puede verse entre los Askenasim y los Sefardim, en Jerusalén, cómo se practicaba esta [3] enseñanza. Cada maestro, instalado detrás de un pupitre, tiene delante [4] de él á cuantos quieren escuchar-

(1) Indica la tradición que fué en El-Bireh, la antigua Beroth, en donde una hermosísima fuente brinda á las caravanas á detenerse cuando se va de Jerusalén á Galilea, por Samaria. Pero ¿siguieron los peregrinos esta ruta? Las hostilidades que debían temer por parte de los samaritanos hacen poco probable esta hipótesis.

(2) Una de ellas estaba «prope atrium in monte templi». *Gloss. Yoma*, f. 68, 2; V. también Lightffoot, *in Luc.*, II, 46.

(3) En 1887, y posteriormente varias veces, asistí á estas curiosas interrogaciones. V. *Notre Voyage aux pays bibliques*, vol. I, p. 322.

(4) Pretenden los rabinos que regularmente se asistía de pie á las lecciones de los doctores, y que la deplorable costumbre de sentarse no se intro-

le ó preguntarle, de manera que hay tantos grupos cuantos son los rabinos que enseñan. Cuando leemos que Jesús estaba sentado en medio de los doctores, hay que entender que estaba, no en uno de los asientos de ellos, sino entre los grupos que paulatinamente y en silencio se iban disponiendo alrededor de Él para ver cómo su joven inteligencia se las había con los viejos legistas de Israel. Las catequesis rabínicas procedían por preguntas y respuestas. Entonces, como hoy, complacíanse los doctores en llamar la atención de cuantos los rodeaban por medio de cuestiones que acababan por solventar ellos mismos, cuando los más sagaces de sus oyentes no podían llegar á resolverlas. Otras veces deseaban ser interrogados para demostrar su perspicacia natural y su perfecto conocimiento de la Ley. Cuando tomó Jesús la palabra, llamó la atención por la nitidez de sus respuestas y la originalidad de sus preguntas. El genio de la nueva humanidad, que hablaba por su boca, era para sorprender á los representantes del antiguo formulismo judío, y los viejos doctores quedaron pasmados ante el joven nazareno.

Sin duda sabían José y María qué hijo les había confiado el cielo; pero acostumbrados á verle llevar una vida humilde, modesta, llena de sumisión y de reserva, se admiraron de una actitud que era en realidad la primera revelación de su personalidad superior. Los viejos doctores de la Sinagoga, notabilidades que los piadosos galileos veneraban como otros tantos prodigios de ciencia y autoridad, se mostraban también llenos de admiración y de entusiasmo ante su joven interlocutor. ¿No era esto, en efecto, una extraña sorpresa? José, puesto que era simplemente padre por delegación, representa aquí un papel secundario, pues se limita á admirar al Niño en respetuoso silencio. María, empero, no contiene su corazón maternal, y formula tiernamente un dulce reproche, como para justificarse de una negligencia momentánea: «Hijo mío—le

dujo sino después de Gamaliel. (V. *Megillah*, 21) Pero su aserción no tiene fundamento. V. Vitringa, *Synag*, p. 167.

dice,—¿por qué te has portado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te buscábamos muy angustiados.» Si razonara siempre como un silogismo el corazón de una madre, podríamos decir que María obró mal al dejarse llevar de la congoja, porque no ignoraba que era imposible se extraviase un hijo como el suyo. Pero las impaciencias del amor maternal y sus alarmas se adelantan siempre á la razón. Así, no deja Jesús de indicárselo indirectamente á su Madre. «Por qué me buscábais?—le dijo—¿no sabíais que debo estar allí donde se tratan las cosas de mi Padre?» Estas son las primeras palabras del Salvador que nos ha transmitido la tradición. Por muy breves que sean, revelan el fondo de esta alma de adolescente que sólo reconoce á un Padre verdadero: Dios; una preocupación digna de Él: los asuntos de este Dios; una casa en que deba buscársele fuera del hogar paterno: el templo de este Dios. Puede considerarse esta respuesta como un compendio del Evangelio, porque precisa, no solamente la realidad de la Encarnación, sino también su objeto: el restablecimiento del reino de Dios aquí bajo. Ni José ni María comprendieron entonces todo su sentido. Era preciso haber visto el conjunto de la obra mesiánica, para abarcar todo el haz luminoso que irradiaba de estas palabras. María las conservó religiosamente en su corazón, y, más tarde, pudo admirar su realización maravillosa.

El Niño, obediente y sumiso, abandonó el Templo para volver á Nazaret y aguardar allí pacientemente la hora de la providencia, manejando el hacha y el formón, en el ejercicio de la humilde profesión de su padre. Los nazarenos se habituaron á verle encorvado sobre el trabajo; y cuando, más tarde, se levantó para cumplir la misión que á los doce años había determinado como el ideal de su vida, mostráronse estupefactos y turbados bajo la autoridad irresistible de su palabra. Complácese Dios frecuentemente en preparar en el silencio las grandes almas, en formarlas lentamente en la humildad ó aun en el sufrimiento, y luego, de repente, las coloca en el campo de batalla en que

deben glorificarle. Jesús, su Hijo, siguió también esta ley providencial: sólo después de dieciocho años de recogimiento y de humillación en las fatigas del taller, determinóse á empezar su vida pública.

CAPITULO X

Desde los doce á los treinta años

Desarrollo físico de Jesús.—Lo que se ha dicho acerca de su exterior.—Sométese al duro trabajo del taller, que Él honra.—Sus relaciones de familia y sus relaciones sociales.—Su alma completamente preocupada de Dios.—Evidente originalidad de su genio religioso. (*Luc.*, II, 40 y 52).

No sin alguna estupefacción se detiene el espíritu humano en este período de la vida de Jesús, que va desde su adolescencia al comienzo de su vida pública. Según acabamos de ver, tenía conciencia plena de su misión, y, sin embargo, en la edad misma en que brota en todos la actividad humana, llena de exuberancia y ardor, permanece Él callado, y parece rodearse de silencio y de oscuridad en los detalles de una vida vulgar, como si su corazón no abrigase más elevadas aspiraciones. Sus compatriotas nada sospechan de su porvenir, de su alto valor religioso, de su naturaleza excepcional. Sin embargo, podemos creer que, aun en los aspectos ordinarios que ofrece la vida común, tenía el divino Maestro bellas y útiles lecciones que darnos.

Fuera del incidente que acabamos de referir, todo cuanto de la infancia de Jesús se sabe está resumido en dos frases casi idénticas: «Y el Niño crecía y se fortificaba; lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en Él;» y luego, un poco más abajo: «Crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres» [1]. Á través de estas tres líneas hay que adivinar su desarrollo físico y moral, la naturaleza de sus ocupaciones diarias y el ca-

(1) *Luc.*, II, 40 y 52.

rácter de sus relaciones con la familia y con la sociedad. Quedamos, pues, condenados á entrar con gran frecuencia en el dominio de la hipótesis, tal vez con detrimento de la verdad.

Así, del exterior de Jesús casi nada sabemos. En efecto, nuestros Evangelistas, menos escribieron una biografía que la historia de una idea, de una revolución religiosa, de la Buena Nueva. De modo que, al paso que el verdadero historiador no se hubiera descuidado de trazar el retrato de su héroe para darle mayor realce á los ojos de la posteridad, ellos se preocupan únicamente de decirnos sus palabras y sus obras, queriendo presentarle como un ideal, no á nuestros ojos, sino á nuestras almas. Sólo Lucas, al precisar insistentemente que Jesús crecía en edad y en gracia, parece haber querido atestiguar que el joven adolescente estuvo dotado de gracias y atractivos exteriores. El término de que se sirve significa, efectivamente, la estatura desarrollándose en la armonía de las formas físicas [1]. Podemos, pues, sorprendernos con justicia, cuando encontramos en Justino, Clemente de Alejandría, Tertuliano y Orígenes la afirmación de que Jesús fué de corta estatura ó de exterior desagradable. [2] Aun cuando las afirmaciones contrarias de otros Doctores [3], no nos dijesen el caso que hay que hacer de esos testimonios, la indicación de San Lucas, que nos parece intencionada y categórica, destruiría, por su propia autoridad, las miras absolutamente individualistas de los autores eclesiásticos que escribieron dos siglos después de Jesucristo.

Fuera de esta indicación general, que hace del Hijo de

---

(1) Ἡλικία significa aquí como en *Mat.*, VI, 27 y *Luc.*, XIX, 3, *estatura, desarrollo físico.* Comp. ηὔξανε καὶ ἐκραταιοῦτο del vers. 40.

(2) Justino, *Tryph.*, XIV, 36, etc: ἀειδής, ἄδοξος, ἄτιμος; Clement. *Strom.*, II, 440: *Paed.*, III, 1, 3: τὴν ὄψιν αἰσχρός; Tert. *De Carn. Christ.* 9: «Nec humanae honestatis corpus fuit, nedum coelestis claritatis»; Orig., *C. Cels.*, VI, 75: τὸ σῶμα μικρὸν καὶ δυσειδές, καὶ ἀγενὲς ἦν.

(3) S. Jeron., *in Mat.*, IX, 9. S. Agustín, *de Trin.*, VII, 4, 5. S. Crisost., *in Ps.* XLIV, refiriéndose, no ya, como los precedentes á *Is.*, LII, 14, LIII, 2, sino al *Salm.* XLIV, 3.

María un joven alto y hermoso, nada más sabemos con precisión.

La fantasía de los fieles se ha ejercitado libremente en variar sus concepciones sobre las cuestiones de detalle, pero la crítica seria conviene comúnmente en que, desde el retrato del Salvador trazado por Nicéforo en el siglo XIV, hasta la carta apócrifa de Léntulo, todo descansa en los sueños fantásticos de algunos espíritus audaces [1]. Inútil

(1) San Nicéforo, *H. E.*, I, 40, y una carta reputada apócrifa de San Juan Damasceno, *ad Theoph. Imp. de venerandis Imag.*, dicen que Jesús había sido el vivo retrato de su madre. Lleno de majestad en su porte, inclinaba un poco, al caminar, su elevada estatura. Sus ojos eran hermosísimos, sus cabellos rizados caían en grandes bucles sobre sus hombros, su rostro pálido, aceitunado, y largos y delgados sus dedos. Su profunda mirada respiraba sabiduría, paciencia y bondad.

Mejor revelan todavía la pluma de un falsario, tan incapaz como cándido, los detalles más precisos de una carta de Léntulo, *Presidente del pueblo de Jerusalén* (ignoramos lo que significa este título singular), al Senado Romano. Esta relación dirigida á dicho Senado se encuentra por vez primera en un manuscrito de las obras de San Anselmo en el siglo XII. No se sabe en qué fecha fué compuesta.

Nada ofrecen de serio, como garantía histórica, y menos aún como precisión de líneas y nitidez de dibujo, la impresión sangrienta que habría dejado el rostro de Jesús en el velo de la Verónica ó en el sudario de Nicodemo, (Nicéf., *H. E.*, II, 7), como tampoco su imagen radiante, impresa en el lienzo con la que enjugaba la frente y que fué remitido á Abgar, rey de Edesa, en vez del retrato que no había podido ser reproducido por el artista enviado por rey (San Juan Damasceno, en *Moses Cohron.*)

Más satisfactorias serían quizás, si existiesen aún, las estatuas de Jesús enviadas una por la Hemorroisa á Paneas (Eusebio *H. E.*, VII, 18), y colocada la otra, junto con los bustos de Abraham, de Orfeo y de Apolonio, en el oratorio de Alejandro Severo (Lampridio, *Alej. Sever.*, 29). Pero se han perdido; y además, en cuanto á la última producción, podríamos temer que, ejecutada demasiado tarde, (de 208 á 235), respondiese sólo á un ideal, como las de Abraham y Orfeo, en vez de hacer revivir la realidad.

Las pinturas más antiguas de las catacumbas representan con mucha frecuencia á Jesús bajo símbolos: el pez, el cordero, el buen pastor. En cuanto á las imágenes propiamente dichas del Salvador, pertenecen á la época menos primitiva, y en todo caso son únicamente fruto de la imaginación del artista.

Sabido es que las sectas gnósticas se complacían en colocar los retratos de Cristo al lado de los de Pitágoras, Platón y Aristóteles. Se supone que provenían de un original debido á Pilatos: Iren., *Haeres.*, 1-24, y *Philosophum*, VII, 36. Se han encontrado dos de estas imágenes. La una, de tierra, representa á Cristo de perfil, como un joven imberbe, con la inscripción Χριστος y el pez simbólico. La otra, especie de medallón, lleva en hebreo el nombre de Jesús y representa al Señor con largos cabellos partidos sobre la frente que le cubren las orejas y le caen hasta los hombros. (V. Milman, *Hist., of Christianity*, p. 492).

es añadir que las pinturas atribuídas á San Lucas no tienen mayor autoridad, porque si hubiesen existido en tiempo de los iconoclastas, hubieran sido para los Padres del séptimo Concilio general (segundo de Nicea), el argumento apostólico más decisivo contra los terribles innovadores.

Gracias á su robusta constitución y al perfecto desarrollo de sus fuerzas físicas, pudo el joven ejercer el oficio de su padre nutritivo; pues sabemos por un grito de asombro escapado [1] de la boca de los nazarenos, que Jesús ejerció de carpintero hasta la edad de treinta años. Alguien ha supuesto que, con abrazar una profesión manual, no hizo más que conformarse con la práctica común de los rabinos judíos, quienes, no porque se dedicasen al estudio de las letras sagradas, dejaban de escoger un oficio con el que pudiesen ganarse el pan, y descansar á la vez el espíritu. [2] Empero esto es violentar la verdad histórica. Jesús no fué rabino y carpintero, sino solamente carpintero, y ejerciendo esta profesión ganaba cada día su pan con el sudor de su frente. Esta conducta parece encaminada á herir de frente los prejuicios más inveterados en el espíritu de los pueblos cultos. La aristocracia de todas las edades pensó, efectivamente, y piensa hoy, que los artesanos constituyen, por la misma naturaleza de sus ocupaciones, una clase de humillados y envilecidos. Jesús quiso demostrar que el trabajo más grosero y penoso no mancilla jamás un alma elevada. ¿No está acaso condenada á este

---

¿Inspiróse el arte cristiano en estos datos para presentarnos siempre á Cristo con la cabeza descubierta? Tenía derecho para hacerlo; pero no olvidemos que en este particular se coloca en el dominio de lo ideal y fuera de toda realidad. Antiguamente, como hoy, ningún habitante de Palestina salía de su casa sin llevar cubierta la cabeza, tanto por necesidad, á causa del ardor del sol, como por conveniencia. Es de creer que Jesús hizo como sus contemporáneos y llevó en la cabeza el *cufyeh* tradicional. V. sobre las imágenes de Jesús: Jablowski, *De origin imag. Christi D.*, Lug., Batav., 1804; Jameson y Eastlake, *The History of our Lord*, etc., Londres, 1865.

(1) *Marc.*, VI, 3.

(2) Sepp., *Vie de Jésus*, 2.ª parte, cap. XIX, y sobre todo el interesante opúsculo de Delitzch, *Vie de l'artisan chez les Juifs.*, más particularmente el § V: *Comment les études bibliques se combinaient chez eux avec les arts manuels.*

trabajo la inmensa mayoría de los hijos de Adán, si quiere vivir? ¿Podía haber alguna deshonra en cumplir una obligación que impone la Providencia y en la que demuestra el hombre, con su resignación, el vigor de su alma, y, con sus esfuerzos, la generosidad de su naturaleza? No, seguramente; como tampoco la hay en vivir en la pobreza, porque ésta, en vez de empequeñecer las almas, las hace más enérgicas y más independientes. Sólo la miseria que es fruto del vicio ó de la incapacidad, tiene algo de vergonzoso. Jesús, pues, no temía ser ni parecer pobre; y haciendo de la honesta mediocridad de su taller la condición de su vida, demostró que ni los dones de fortuna, ni el brillo de una elevada posición son necesarios para asegurar la felicidad del hombre ó su poderosa acción sobre el siglo que quiere transformar.

Por lo demás, su ejemplo ha ejercido sobre las ideas de la humanidad la más decisiva influencia.

Después de El, han sido muchos los que han creído que la pobreza puede ser una dicha y aun una gloria; y los verdaderos sabios se han convencido de que el trabajo nada tiene de humillante ni de impuro, desde que la mano del Restaurador de la humanidad manejó el martillo y el formón, y desde que el sudor divino regó el taller de un artesano.

Así, pues, durante dieciocho años fabricó Jesús, según las circunstancias, los instrumentos que sirven al labrador para cultivar sus campos, como yugos, arados y almocafres [1]; el rudimentario maderaje que sostiene el techo de las casas ó las puertas que protejen la propiedad contra los atentados de los ladrones; y en fin, los más ordinarios utensilios caseros: baules donde encerrar el precioso ajuar de la familia, vasijas para la leche, ó taburetes para descansar de sus fatigas los trabajadores. ¿A qué precio no adquiriríamos hoy una sola de las obras salidas de sus ma-

(1) V. Justino, *Diálogo con Trifon*, 88; Celso, en Orígenes, lib. VI, 36, quien, en mala ocasión, desconoce el texto de San Marcos, VI, 3; Teodoreto, *H. E.*, III, 18.

nos, si la piedad de sus contemporáneos nos hubiese conservado alguna de aquellas preciosas reliquias?

Pero en aquella época, nada se sospechaba de particular en unas obras que, modeladas por dedos divinos, fueron tan poco apreciadas como las de cualquier vulgar artesano [1]. ¿No entraba acaso en el plan divino envolver á Jesús en un velo poco menos que impenetrable, hasta que hubiese llegado la hora de la revelación mesiánica? Por cierto que los apócrifos dejaron consignado que, más de una vez, el joven carpintero rectificaría milagrosamente los errores de José, obrero, según ellos, bastante mediocre y singularmente inexacto en sus medidas; pero carecen de todo valor histórico estas ridículas narraciones.

La actitud de Jesús con relación á su familia fué, por el contrario, al decir de San Lucas, completamente sumisa y filial.

José murió pronto, probablemente, puesto que no figura en ninguna de las escenas de la vida pública, y porque los nazarenos, cuando tuvieron que designar á Jesús, al principio de su ministerio, le llamaron sencillamente «el carpintero, hijo de María [2].» Según todas las probabilidades, Jesús le reemplazó en el trabajo del taller, y tuvo el consuelo de alimentar á su Madre con el sudor de su frente.

Por otra parte, no sería imposible, que, al perder á su jefe, la Sagrada Familia se hubiese establecido en casa de Cleofás, cuñado de María; de este modo se explicaría más fácilmente aún la calificación de hermanos y hermanas dada á los hijos de éste con relación á Jesús.

En todo caso, nos enseña el Evangelio que fueron varios los miembros de esta familia que tardaron en entender la misión de su glorioso pariente, incredulidad que debió ser particularmente penosa para Jesús. Afortunadamente, María, su Madre, tenía un corazón preparado

(1) V. *Protev.*, cap. IX y XIII; *Ev. Thomae* XIII; *Ev. Infant. Arab.*, XXXVIII y XXXIX; *Hist. Josephi Arab.*, II y IV.

(2) *Marc.*, VI, 3.

por la gracia de muy diferente manera. Sólo en ella, después de la muerte de José, encontró Jesús un eco digno de las santas emociones de su alma. Con ella hablaba de lo presente y de lo por venir. La primera tierra virgen en que depositó la semilla evangélica, fué ciertamente este incomparable corazón de madre.

Fuera de estas efusiones íntimas, se complacía con su naturaleza dulce, buena y generosa, en conciliarse el favor de los hombres como tenía el de Dios, según observa San Lucas. Fácilmente nos sentimos inclinados á prestar homenaje á las cualidades del corazón, cuando éstas se unen al encanto natural de las formas físicas. Jesús sedujo siempre por la amenidad de sus modales, la sabiduría de sus discursos y la elevación de sus sentimientos.

No se concibe, en efecto, que la perfección íntima de su naturaleza no hubiese reflejado en parte en su exterior, por más que Él hubiese deseado disimular su personalidad divina. Hay expansiones que jamás podrán ser comprimidas por el alma. Teníalas Jesús, no solamente con los hombres, sino con todos los seres de la creación. De buen grado nos le representamos en la cima de los collados de Nazaret, ora en la meditación y el éxtasis, en presencia de la hermosa naturaleza, ora de rodillas ante el Padre celestial para contemplarle y adorarle. Todo le hablaba un lenguaje hasta entonces ininteligible para el resto de la humanidad: el sol poniéndose entre las olas del mar, detrás de las cumbres del Carmelo; el viento descendiendo con sus frescos aromas de nieve desde las cimas del Líbano; las agitaciones del insecto bajo la hierba, del ave en el aire ó del hombre en el valle de Nazaret; los lirios y las anémonas vestidas de blanco ó de escarlata; los pajarillos en sus nidos suspendidos de las rocas del torrente; los niños jugueteando en el flanco de la colina; el sembrador depositando la semilla en el surco; todo lo veía lleno de Dios y su corazón se expansionaba en esta religiosa contemplación del nombre de su Padre, escrito en las obras de la naturaleza. Su alma, el espectá-

culo del universo, la vida bajo sus más elevadas formas, fueron el gran libro de la tierra de donde extrajo su ciencia humana, bajo la iluminación personal del Verbo divino. Así, preciso es mirar compasivamente los esfuerzos de la crítica, cuando busca obstinadamente en sus palabras el eco de los teólogos y de los sectarios de su tiempo. Nada tuvo de común con ellos; todo le separó de sus doctrinas.

Obligado por su rectísima conciencia religiosa á declararse adversario de los fariseos, detestaba su exclusivismo exajerado, su hipócrita formalismo y sus pueriles sutilezas; así como despreciaba el nauseabundo materialismo de los principios y la indecencia de las teorías morales y políticas de los saduceos y condenaba las ideas fatalistas, los sueños vacíos, el orgulloso separatismo, y el feroz ascetismo de los esenios. Manteniéndose alejado de unos y otros, fué siempre él mismo, y, llegado el día, su vida, encerrada por tanto tiempo en el silencio de la reflexión y de la oración, y alimentada completamente de Dios, con quien comunicaba sin cesar, brotó de un solo impulso, incomparable en originalidad y en belleza. Su meditación ordinaria versó evidentemente sobre la doctrina de los Libros Sagrados, la cual se iluminó en su alma con claridades completamente nuevas, de modo que nadie ha leído el Antiguo Testamento como lo leyó Él. Allí se encontraba á sí mismo en cada página, como el divino objetivo y última realización de todas las profecías.

Enumerar los profundos sentidos que nos reveló en la Escritura, equivaldría á esbozar prematuramente una serie de observaciones que más tarde tendrán su lugar indicado. Así, para Él, invocar al Dios de Abraham, de Isaac y Jacob, será afirmar que los muertos viven y que la inmortalidad de los justos es un dogma inscrito en la fórmula misma de la oración repetida, durante largos siglos, por todo hijo de Israel. A su ojos, las enseñanzas de Moisés y de los profetas se resumirán en la unión íntima de las dos leyes separadas hasta entonces, y que constituyen la base

única de toda la vida moral: el amor que se eleva á Dios y el amor que se extiende al hombre. Él dará la verdadera significación del sábado, observando que el Padre obra sin descanso. Su teología, tan sencilla como profunda, avasallará el espíritu de las muchedumbres, pues, vulgarizará los pensamientos que, sobre Dios, sobre la Redención y sobre la Justicia, constituyen su fondo. De esta manera, como doctor incomparable, inaugurará una lengua que se dirigirá á todas las edades, á todos los pueblos, á todas las condiciones. Mientras que los filósofos no hablarán nunca otra lengua que la de su tiempo, Él habrá hablado el lenguaje de la eternidad.

He ahí lo que sabemos de los orígenes de Jesús; es tan poco que, de cuatro Evangelistas, dos no dijeron nada, contentándose con empezar sencillamente su historia en su vida pública.

LIBRO TERCERO

PREPARACIÓN INMEDIATA Á LA VIDA PÚBLICA

CAPÍTULO PRIMERO

El retiro en el desierto

Jesús en el desierto recuerda á Adán en el Paraíso.—Su doble preocupación.—Hacimiento de gracias á Dios, que acaba de proclamarle Hijo suyo: éxtasis de su alma.—Prepárase á su misión divina: ayuna durante cuarenta días. (*Mat.*, IV, 1, 2; *Marc.*, I, 12, 13; *Luc.*, IV, 1, 2.)

En realidad, la voz de Dios es la que inaugura la era mesiánica en el momento en que, en las orillas del Jordán, proclama á Jesús Hijo suyo amadísimo y objeto de las complacencias celestiales. Esta voz dice á Juan que, habiendo llegado el Mesías, no tiene que hacer más que presentarle á Israel; y simultáneamente dice á Jesús que ha sonado la hora de inaugurar su ministerio público.

Compréndese que, desde aquel momento, el alma del recién bautizado se entregase por completo, de una parte, al reconocimiento y al amor de Dios, que le había consagrado Mesías, y, de otra, al estremecimiento y al espanto que le inspiraba la obra sobrehumana que iba á emprender. Entonces fué cuando, para darle tiempo de ofrecer al cielo las más legítimas acciones de gracias, mientras se preparaba inmediatamente á la labor divina, apoderóse de

Él el Espíritu Santo y, sin dejarle volver á Galilea, arrastróle á las soledades de un desierto triste y salvaje.

Fué este desierto la región montañosa é inhabitada que se extiende de Norte á Sur por la orilla occidental del Mar Muerto. Nadie que se haya extraviado una sola vez por aquellas áridas soledades, podrá olvidar jamás la impresión de tristeza y de espanto que inspira, de un lado, el inmenso mar de colinas arenosas desarrollándose en olas amarillas é inmóviles, y, del otro, los picos rocosos suspendidos á plomo sobre los valles desecados, en donde parece haber desaparecido toda clase de vida, abrasada, al nacer, por los rayos del sol ó el simún. Jesús se retiró á uno de esos barrancos ó á la cumbre de uno de aquellos montes (1).

En las excursiones que hicimos por este desierto, pudimos comprobar por nosotros mismos la existencia de sitios horriblemente desolados. Todavía se refugian hoy allí, en sombrías cavernas disputadas á las hienas y chacales, algunos ermitaños, procurando con ayunos extraordinarios honrar el retiro del Señor.

Entregado por completo al Espíritu Santo, en medio de aquella naturaleza desierta y maldita, Jesús dió enteramente de mano al mundo exterior, y anduvo errante, arrobado en las grandes ideas que conmovían su alma (2). De igual modo había sido colocado Adán en las soledades del

---

(1) Todo el mundo sabe que la tradición de la Edad Media indica la Cuarentena como el lugar donde se retiró Jesús. Pero, por abrupta y peñascosa que parezca esta montaña, ¿no estaba demasiado cerca de Jericó para que pudiera representar convenientemente el lugar aislado de todo centro de vida, y habitado tan sólo por las bestias feroces de que habla el Evangelio? En efecto, desde sus alturas podíase contemplar la gran ciudad con sus ruidosas agitaciones, en medio de un oasis de rosas y palmeras. En realidad, cualquiera que tuviese hambre, en la Cuarentena, podía bajar fácilmente en una hora y tomar pan en Jericó, sin necesidad de que ocurriese ningún milagro para alimentarse. Pero si uno se interna algo hacia Occidente ó Mediodía, el aislamiento se hace mucho más penoso y salvaje. Las gargantas que seguimos en el Kelt, por la parte de Tell-el-Jara, aunque menos abrasadas que las colinas de arena que costean el Mar Muerto, no son ni menos desesperantes en su silencio ni menos aterradoras en su aridez.

(2) Al decir *San Lucas*, IV, 1; ἤγετο ἐν τῇ ἐρήμῳ nos pinta esta agitación exterior de Jesús yendo de un lugar á otro en el desierto, y manifestando así el trabajo moral á que se entregaba su alma.

mundo primitivo para someterse en ellas á la prueba; sólo que en vez de un desierto poseía un paraíso, en donde, rodeado de las delicias que le ofrecía la creación, dominaba á los animales y les daba nombre y órdenes. El primer jefe de la humanidad olvidó lo que debía á Dios y á su propia descendencia, para acordarse sólo de las codicias de su alma; el segundo se absorbe en la contemplación de su relación personal con el Padre y de sus nuevos deberes para con la humanidad degenerada. Aquél nos perdió por la gula; Este viene á salvarnos por el ayuno. Adán dió oídos al apetito de su carne; Jesús sólo atendió á las aspiraciones piadosas de su alma.

¿Qué pasó en esta alma? ¿Qué himnos de reconocimiento no dirigió el Hijo amadísimo á su Padre, que acababa de consagrarle Mesías? Para sospecharlo fuera preciso que se hallase uno á la altura de una unión tan perfecta. Cuando aquí bajo oye el justo caer en su conturbado corazón una palabra de Dios, experimenta una alegría tan viva, que entra en éxtasis. Arrobado por completo, pierde de vista las preocupaciones de la vida terrenal para entregarse á sus dulces impresiones de la vida del cielo. Los cantos de alegría, los gritos de amor, el reposo suave, y, en esta quietud, la sensación profunda de la posesión de Dios, se suceden en el fondo del alma venturosa.

Todo esto y en el grado más superior, debió experimentar en su alma, Jesús retirado en el desierto y recogido bajo la mirada del cielo. Abandonando todo su ser moral al soplo que le elevaba, alimentóse durante cuarenta días de Dios y de sus sublimes comunicaciones. Oía sin cesar el llamamiento de su Padre, y sin cesar también respondía con amor: «Señor, heme aquí para hacer tu voluntad.»

Entonces surgió delante de ella, en grandiosas proporciones de sombras terribles y resplandores gloriosos la clara visión de su obra mesiánica. Esta voluntad de Dios, que quería cumplir, exigía, no la muerte de los pecadores, sino su conversión y su vida. Tenía, pues, que buscar y salvar lo que se había perdido. Ahora bien, lo que se

había perdido era el mundo entero, el cual era preciso penetrar de un pensamiento nuevo, transformarlo en sus aspiraciones y arrancarlo al imperio del mal. A este trabajo intelectual y moral llamará Él *establecer su reino ó el reino de Dios.* A nada menos, pues, iban encaminadas sus obras que á llegar á ser Rey de la humanidad restaurada, salvada y reunida por El en un solo redil. Sí, pero esto se efectuará sin amenazar la existencia de las monarquías de la tierra, porque siendo Rey de las almas, entiende limitar su dominación suprema, á una acción espiritual.

Más elevado y firme que todo lo perecedero, su poder, al suprimir las distinciones de razas y naciones, influirá nada menos que en los corazones religiosos, constituyendo de este modo el imperio más duradero y universal. Sin embargo, antes de llegar al triunfo final, pesa el Mesías una á una las dificultades que suscitarán los malos á su obra, las infidelidades de su pueblo y el endurecimiento que debe consumarlas. De modo que, en la lontananza del cuadro en que se diseña su vida pública, contempla Jesús, como una sangrienta sombra, el patíbulo que levantará la catástrofe final. Su alma lee en profecía la historia anticipada de todos los dolores que le esperan, y pasa de la más viva alegría al estupor más profundo.

En estas alternativas de beatitud soberana y de turbación violenta, de amor generoso y de pavor santo, vivió cuarenta días. Cuarenta era el número sacramental, cuando se trataba de expiar el pecado ó de interceder por los pecadores. Durante cuarenta días y cuarenta noches estuvieron cayendo las aguas del diluvio sobre el mundo culpable. Cuarenta años había caminado Israel errante por el desierto, en castigo de su infidelidad; y en cuarenta había fijado la ley el número de azotes que recibía el culpable por su falta [1]. Finalmente, no menos tiempo habían durado los ayunos solemnes de Moisés y de Elías, y

(1) *Deut.*, XXV, 3, y II *Corint.*, XI, 24.

los mismos ninivitas [1] habían pretendido rescatar sus crímenes con cuarenta días de penitencia.

¿Fué absoluto el ayuno de Jesús? Así lo afirma [2] categóricamente San Lucas; y recientes ejemplos han demostrado que, aún fuera de todo auxilio sobrenatural, puede vivir el hombre siete semanas sin tomar alimento. Sólo que, en el caso presente, hay que reconocer además que el estado moral en que entró el Salvador fué un eficaz auxiliar para la naturaleza que desfallecía. Propio del éxtasis es, en efecto, absorber la vida material en la poderosa corriente de la vida espiritual. Pero semejante estado ha de tener un término, y entonces es cuando, con particular energía, reclama sus derechos la naturaleza violentada. Esta fué la ocasión que aprovechó Satanás para dar una forma precisa á las tentaciones con que asediaba á Jesús [3] desde hacía cuarenta días.

(1) *Jon.*, III, 4.

(2) Dice, en efecto, *οὐκ ἔφαγεν οὐδέν* lo cual impide tomar la expresión de *Mat.*, IV, 2, *νηστεύσας* en un sentido lato, y admitir que, aun excluyendo el alimento ordinario, hasta el pan y el agua, el ayuno no prohibía comer raices; hojas de árboles y miel silvestre, como quizás lo hicieron Moisés y Elías.

(3) Según *Luc.*, IV, 2, y *Marc.*, I, 13, parece en efecto, que las tentaciones se sucedieron durante toda la permanencia de Jesús en el desierto. Las tres que se relatan minuciosamente, sobrevenidas al fin de los cuarenta días, serían como un resumen ó muestra de las otras.

CAPITULO II

Satanás el adversario

Es natural que se agite Satanás á la venida del Mesías.—Lo que dice la razón acerca de la existencia del demonio.—Lo que añade la revelación sobre su naturaleza, su influencia y su poder.—La idea de redención basada está en la idea de Satanás, opresor de la humanidad.—Lucha de Satanás y de Jesús.—En qué sentido podía ser Este tentado.—Lo que quiso saber Satanás de El. (*Marc.*, I, 13; *Luc.*, IV, 2; *Mat.*, IV, 3.)

Satanás, como lo indica su nombre [1], es el antiguo adversario de Dios y de la humanidad. Se le ha llamado demonio [2], para denotar su naturaleza inteligente y espiritual, y también diablo [3], calumniador, sembrador de fal-

---

(1) Se deriva del verbo hebreo *Shatán*, que significa *oponerse, ser contrario*. Lo encontramos empleado en este sentido de *adversario*, en III *Reyes*, XI, 14; «El Eterno suscitó un *adversario* á Salomón, fué éste Hadad el Edomita;» Comp., en este mismo cap., ver., 23. V. también I *Reyes* XXIX, 4; *Números*, XXII, 22, etc. En *Job.* I, 6, 7, 8, etc. y *Zacarías*, III, 1, 2, se da este nombre al demonio, como en I *Paralip.*, XXI. En el Nuevo Testamento es de uso corriente llamar al demonio Satanás.

(2) La palabra δαίμων ὁ δαιμόνιος significa generalmente un ser bueno ó malo, inferior á Dios y superior al hombre. Platón en *Cratilo*, XVI, edic., Didot, le da por etimología δαήμων, *conocedor*, y supone que con ella se ha querido indicar la ciencia superior de estos espíritus que sirven de intermediarios entre Dios y el hombre. Los paganos admitían demonios buenos y malos. V. Platón, *Cratilo*, *Timeo* passim y Plutarco, *de Defect. Orat*, etc. En el Nuevo Testamento la palabra *demonio* indica siempre el espíritu malo, cuyo papel y nefastas influencias se hallan descritas en *Santiago*, II. 19, *Hech.*, XIX, 12, 13, etc., *Apoc.*, XVI, 14, y generalmente en los Evangelios y en las Epístolas.

(3) La expresión διάβολος, derivada del verbo διαβάλλω, *yo pongo algo de través, yo acuso, yo calumnio*, se toma, aun por los autores profanos, Jenofonte, *Agesilao*, XI, 5, en el sentido de calumniador: τοὺς διαβόλους μᾶλλον ἢ τοὺς κλέπτας ἐμίσει. Aristófanes. *Caball.*, 45; Aristóteles, *Topic.*, IV, 5. En el lenguaje evangélico designa al calumniador por excelencia, el que dice á Dios mal del hombre y al hombre mal de Dios: *Mat.*, XIII, 39; *Luc.*, VIII, 12; *Juan*, XIII, 2, etc. Sólo tres veces, I, *Tim.*, III, 11; II, *Tim.*, III, 3; *Tit.*, II, 3; se halla empleado como calificativo y designa á los que calumnian.

sos informes, para dar á entender que, en sus relaciones con los hombres, es siempre autor perpetuo del mal.

Esta es la vez primera que aparece en la escena de la historia evangélica este misterioso malhechor. En adelante nos encontraremos con él á cada paso, porque retado animosamente por el que viene á arruinar su imperio, se verá obligado á presentarse y combatir. Si alguna consecuencia puede sacarse de la historia de la humanidad, tal como la leemos en los Libros sagrados, es que, después de su velada manifestación en el Edén y de su cruel victoria, permaneció oculto en segundo término en nuestro mundo convertido en conquista suya (1).

No es posible, con todo, negar la universalidad de su influencia aquí bajo: Así, el paganismo fué su obra y completo triunfo. Por él, logró reducir á esclavitud la serie de las generaciones y gozó sin ruido y sin peligros de su homicida reinado. Sólo discernieron su existencia y le conocieron por sus obras (2) algunos siervos de Dios, disgustados de esta tierra de abominación: el resto de los hombres, bebiendo la iniquidad como el agua, se sometieron á su ley, sin sospecharlo siquiera: ¡tan densas eran las tinieblas que envolvían la vida humana!

Mientras Satanás fué dueño absoluto, mantúvose oculto; pero, al verse amenazado, no pudo menos de salir á luz. ¡Cuánta turbación en su reino, qué exhibición de fuerzas, cuánto clamor, cuando el Hijo de Dios se presentó para destruirlo! Así, cuando una mano atrevida lleva la luz á las profundidades de una oscura caverna, en donde, desde largo tiempo, reinan como únicas soberanas las aves nocturnas, el tumulto y los gritos de guerra y de espanto anuncian una batalla decisiva.

Hase preguntado la filosofía racionalista si existe realmente el demonio y si su imperio existe únicamente en la

---

(1) V. las magníficas consideraciones de San Agustín sobre los demonios, *De Genesi ad lit.*, lib., XI, c, XIII-XXVII.

(2) *Job.*, I y II; *Zacar.*, III, 1, 2; p. I, *Paralip.*. XXI, 1: *Sabiduría.* II, 24; *Eccli.*, XXI, 27.

crédula fantasía de los pueblos. No vemos ciertamente de donde provienen tales escrúpulos. ¿No nos dice la razón que puede haber seres inmateriales, superiores al hombre y creados libres como él? Ahora bien, la libertad supone la prueba; y la prueba tiene por consecuencia lógica el triunfo ó la derrota. Puede, pues, haber espíritus derrotados, convertidos en esclavos y aun en agentes del mismo mal que han cometido. ¿Por qué no admitir entre ellos, como en toda sociedad, que unos ejerzan sobre los otros una ú otra influencia preponderante, y que, constituídos en forma jerárquica, tengan un punto central en torno del cual giren, un rey del cual dependan?

Que todo esto sea así, nos lo asegura la revelación; y Jesús, no para acomodarse á los prejuicios populares, sino porque tal era la verdad, reconoció en los términos más explícitos, el reino de Satanás (1) y la existencia de sus (2) satélites. Contra la actividad perniciosa del maligno espíritu, promete resueltamente su propio auxilio. Satanás quiere pasar á los Apóstoles por la criba (3), como el trigo en la era, es decir, probarlos, y Jesús, rogó para que no desfalleciese la fe de Pedro. Satanás está en posesión del mundo, y el Hijo del hombre, más fuerte que el malo, viene á desposeerle (4). Satanás es enemigo de la humanidad á la que logró arruinar (5) desde el principio, mientras que Jesús es el amigo y el pastor de ella y le asegura su salvación.

Bueno por su propia naturaleza, puesto que salió de las manos de Dios, pervirtióse el demonio por propia culpa, abusando de su libertad; la prueba que había de decidir de su mérito, determinó su derrota. Probablemente fué el

---

(1) *Mat.*. XII, 25. «Todo reino dividido contra sí mismo será destruído.»

(2) *Mat.*, XXV, 41. «Id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.»

(3) *Luc.*, XXII, 31, donde la acción de Satanás es absolutamente personal como la de Jesús.

(4) *Luc.*, XI, 21-22, en donde el hombre fuerte, Satanás, vió arrebatada la casa por el hombre más fuerte, Jesús Salvador.

(5) *Juan*, VIII, 44, «Vosotros tenéis por padre al diablo y queréis cumplir sus deseos; él fué homicida desde el principio, etc.»

orgullo el que le hizo pecar [1] á la cabeza de sus ángeles. Á todos ellos los fijó eternamente la justicia de Dios en el pecado que cometieran; y su castigo no les arrebató ni sus ambiciosas presuntuosas, á las que debieron su caída, ni el odio á Dios, contra el cual se revolucionaron. Déjales obrar Dios, como consiente obrar entre nosotros á los malos, impíos y malvados. Ellos son los principales obreros del mal que entra en el plan providencial de este mundo, y, ejercitando la virtud de los justos, contribuyen con frecuencia á acrecentar los méritos de éstos. Su acción, según la Escritura, se ejerce tan sólo en la medida trazada por la sabiduría y la justicia divina: no pueden, pues, constituir un poder independiente del Dios único, ni conducirnos á la idea de un peligroso dualismo. No; los demonios son simplemente causas segundas; pueden tentar la virtud de Job ó la fe de Pedro, pero no pueden hacerlo sin el permiso divino.

Á pesar de las tinieblas que oscurecen su inteligencia de seres malos y degradados, su naturaleza espiritual los hace bajo muchos conceptos, muy superiores á las criaturas irracionales y al hombre mismo. De aquí las influencias inmediatas que pueden tener sobre la materia y sobre los espíritus. Si casi todos los pueblos admitieron la existencia de estos genios malhechores, es porque los habían visto ó sentido; la fe universal se apoyaba en la experiencia de los siglos. En el curso de esta obra veremos confirmada la acción que ejercen los demonios sobre los poseídos; por lo demás, cada día sentimos la que pueden ejercer sobre nuestro corazón.

Dueños del mundo corrompido, soberanos de las tinieblas que les rodean, según las expresiones bíblicas, [2] disponen á veces la luz y la oscuridad alrededor de los objetos que nos preocupan, preparan las coincidencias de modo que puedan modificar las impresiones de nuestras almas y excitar vivamente la mala concupiscencia que hay en

(1) I *Tim.*, III, 6.
(2) *Efesios*, VI, 12,

nosotros. Tienen además sus soldados y sus súbditos, que son los malos; porque, de la misma manera que los demonios se ocupan, bajo la inspiración de su caudillo Satanás, en sembrar la zizaña por el mundo, así los hombres, que son esclavos de estos demonios, buscan el modo de pervertir á los siervos de Dios.

De aquí esa extensión progresiva del reino diabólico que, después de la caída del primer hombre, se impuso como fatalmente al mundo entero. Por fortuna, un punto casi imperceptible evitó la terrible influencia; y de este punto, de esta gota de sangre, transmitida de generación en generación, germinó la salvación y salió el reino de Dios.

Siendo el reino de Dios la negación del de Satanás, el establecimiento de aquél equivaldría á emancipar la humanidad y arrancarla al yugo diabólico; he aquí por qué —y sea dicho de paso—la idea de la redención descansa, casi por entero, sobre la fe en la existencia de un opresor de esta pobre humanidad. El carácter esencial de Cristo, como Redentor, consiste en constituirse adversario del terrible enemigo de Dios y de los hombres; su obra estriba principalmente en disipar las tinieblas que había acumulado Satanás sobre la cabeza del género humano. Con este objeto, dará preceptos y ejemplos de virtud perfectísima, é iniciará á su pueblo en la verdadera religión digna del Creador y de la criatura; y para esto, en fin, entregará su vida, comprando con su sangre la gracia divina, ese contrapeso del poder diabólico, y, al término de su carrera, nos devolverá en parte, mediante su triunfo sobre Satanás, lo que la caída del primer hombre nos había arrebatado.

Terrible fué la lucha. Cristo, antes de conquistar para otros los elementos de la victoria, debió empezar venciendo por sí mismo. Satanás procuró perder al nuevo Adán, como había perdido al primero; y ora por la vía de los deseos que pretendía excitar en su corazón, ora por la de los temores que pretendía inspirarle, puso sitio á su adver-

sario. No faltaron á su temible estrategia ni la habilidad ni la audacia. Hubo sobre todo dos momentos críticos en los cuales multiplicó sus esfuerzos, uno al principio y otro al fin de la carrera mesiánica; pero, de una manera general, no dejó nunca de hacer al Redentor una guerra sorda y disimulada. Se ha preguntado hasta qué punto la tentación hizo presa en el alma de Jesús, y en qué sentido pudo el Espíritu del mal asaltar y conturbar al adversario á quien atacaba.

La cuestión ofrece una dificultad extrema, porque se relaciona inmediatamente con el misterio de la unión hipostática. Es cierto que si se supone al alma de Jesús siempre igual y necesariamente iluminada por las comunicaciones directas del Verbo, no hubiera habido lucha. Si la irradiación divina es siempre la misma en el fondo de la conciencia del Salvador, ¿qué significan esos períodos de alegría religiosa y de tristeza tan claramente señalados en el Evangelio? ¿Qué denota sobre todo ese grito de angustia suprema: «¡Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?»

Los teólogos de todos los tiempos han sostenido que, en las horas de prueba, la Divinidad se retiraba á las partes superiores de Jesús y parecía que se cubría con un velo. ¿Qué quiere decir esto, sino que el Verbo suspendía sus comunicaciones luminosas y dejaba el alma como abandonada á sí misma? Así parece que abandona la madre á su hijito para que haga por sí solo la experiencia de sus fuerzas; pero no por que oculte ó retire por un momento su mano tutelar, deja de continuar, con su vigilancia, su potentísimo socorro. Verdad es que no sucumbirá nunca el pequeñín que se echa á correr, ó va á luchar contra un obstáculo, porque en cuanto empiece á desfallecer, el brazo maternal se extenderá al punto para protegerle; y sin embargo, como anda sin caer y triunfa sin desfallecimiento, no es menor su gloria que si un ojo vigilante y un auxilio poderoso no le hubieran vigilado. En las tentaciones de Jesús, el triunfo se hallaba asegurado siempre por

la presencia del Verbo. Parecía que Jesús había perdido la forma de Dios, la Divinidad, para no conservar sino la forma de esclavo, la humanidad, pero esta humanidad era tan pura, estaba tan bien guardada por la Divinidad, que permanecía absolutamente impecable.

Y, no obstante, aislada así en la prueba, puede proponérsenos como modelo que imitar. Sin duda que había todavía diferencias esenciales entre la actitud natural de Jesús y la nuestra frente á la tentación. Así ésta, con relación á Él, era puramente externa, sin hallar el menor punto de apoyo en su corazón; mientras que, con relación á nosotros, se convierte en seguida en interna, y encuentra un auxiliar precioso en nuestras malas concupiscencias; la razón es que su corazón no estaba solamente purificado como el nuestro, sino que era puro por esencia. En nosotros, aun siendo justos, cuando la tentación conmueve nuestras almas, encuentra en el fondo recuerdos del pecado, huellas fugitivas de la mancha antigua; y esta sencilla remoción basta para que aparezca turbio y cenagoso lo que, un momento antes, parecía transparente y límpido. En el corazón de Jesús, por el que jamás pasó la menor maldad, no pudo causar la tentación turbación alguna.

A pesar de esto, puede decirse, con San Pablo [1], que Jesús fué tentado, como nosotros mismos, de todas las maneras, y, en su enérgica resistencia, tiene derecho á proponérsenos como modelo.

Cuando empezó Satanás á librarle batalla, no sabía con claridad á quién se dirigía. Sin duda que, á través de las voces del cielo y de la tierra, oía bien el nombre de Hijo de Dios dado á Jesús, y ello le preocupaba profundamente, según veremos en la historia de la tentación; pero ¿quién era en realidad el Hijo de Dios? ¿Un hombre particularmente santo y amado del cielo? ¿Un reformador de la humanidad, el fundador de una religión nueva? ¿El Verbo de Dios encarnado, y Dios como su Padre? Dícese que Sata-

(1) *Hebr.*, IV, 15.

nás cayó en otro tiempo de su esplendor, y fué sepultado en el abismo, por haberse negado á creer en la futura realización del misterio de la Encarnación. En todo caso, impaciente por saber qué había en el fondo de aquel hombre, objeto de sus inquietudes, se dirige á Él sin tardanza para probarle ó tentarle.

CAPÍTULO III

Historia de la tentación

Satanás no sabe exactamente á quién tienta.—Vuelve á emprender su antigua campaña contra Adán.—Primera tentación, de sensualidad.—¿En qué sentido? Segunda, de orgullosa presunción.—¿En qué sentido?—Tercera, de dominación.—¿En qué sentido?—El ideal del Mesías no puede ser desfigurado.—Victoria de Jesús y la humanidad.—La tentación, en su realidad incontestable, ¿fué un hecho físico ó moral? (*Mat.*, IV, 1-11; *Marc.*, I, 12, 13; *Luc.*, IV, 1-13).

El choque entre estos dos representantes de fuerzas adversas había de ser violento y decisivo. Satanás es el gran agente del mal en este mundo; Jesús el agente principal del bien. ¿Cuál de los dos arruinará el imperio del otro? El resultado de la primera lucha nos lo hará presentir; pero la derrota de Satanás sólo será definitiva en la cruz, cuando todo haya sido consumado. Á decir verdad, si el demonio hubiera luchado contra Dios mismo, su derrota hubiera sido segura de antemano; él es tan sólo una criatura, y por muy extraña que sea su demencia, no le permite ignorar que debe respetar la santidad del Creador y doblegarse á su poder. Pero desciende á la arena con un representante de la humanidad, y, según hemos observado, parece quedar como velada un instante, por misteriosa industria, la divinidad de Jesús, para permitir que solamente el hombre se debata bajo la presión de su adversario. Esto es lo que hace tan audaz á Satanás y tan glorioso el triunfo de Jesús.

En torno del árbol prohibido, allá en el paraíso terrenal, la humanidad fué tentada de gula, porque el fruto era hermoso á la vista; de presunción, pues la serpiente había

dicho que podían comerlo sin temor de morir; y, finalmente, de orgullo insensato, ya que, en cuanto lo comiese, se convertiría el hombre, como Dios, en dueño soberano, sabedor del bien y del mal.

En el desierto, el representante de la nueva humanidad será también tentado por este triple medio, que seguramente encuentra eco en el corazón de todo hijo de Adán, puesto que es la triple ramificación de la mala concupiscencia. Espera Satanás (en el caso de que se encontrara realmente frente al Mesías) trastornar con sus sugestiones todo el plan divino en la obra mesiánica, como logró trastornarlo en la obra primera de la creación. El objeto, pues, que se propuso fué desfigurar el ideal que concibió Jesús de su misión, esto es, el ideal divino. El Mesías—dirá Satanás—no solamente no puede ser un Mesías paciente, sujeto á las miserias humanas, sino que debe asombrar al mundo por la exhibición de los milagros más sorprendentes, y realizar finalmente aquí bajo, por medios naturales, el más vasto de los reinos.

Así, el tentador se dirige sucesivamente á la sensualidad, concupiscencia de la carne; á la presunción, orgullo de la vida, y á la sed de los bienes de la tierra, terrible concupiscencia de los ojos. Pero en cada uno de estos tres asaltos se estrellará inútilmente el adversario de la humanidad contra una palabra tomada de la ley divina, y se agotará contra un alma tan perfectamente santa, que ni siquiera se detiene á considerar el mal pensamiento que se le sugiere. A la manera como un hierro candente no puede soportar la gota de agua con que se le rocía, sino que la vaporiza al punto con su ardor, del propio modo rechaza y anonada instantáneamente el alma de Jesús las peligrosas imágenes que se evocan ante ella. La primera humanidad lo había comprometido todo con sus complacientes lentitudes; Jesús lo salvará todo, por no conocer dudas ni perplejidades de conciencia ante los impulsos de la sensualidad. Tiene sólo una ley para su vida: la ley de Dios; Satanás encontrará siempre en sus labios un texto

de esta ley, el cual rechazará fríamente, y con triunfante ironía, sus pérfidas solicitaciones.

Sirve de ocasión natural á la primera prueba el estado de extenuación de Jesús, después de un ayuno de cuarenta días. «Si eres el Hijo de Dios—dícele,—manda á esta piedra que se convierta en un pan [1].» No conviene, en efecto, que quien no es un hombre, sino Hijo de Dios, se atenga á las condiciones de las existencias vulgares y padezca hambre, cuando, á sus órdenes, puede el guijarro del desierto convertirse en el más sustancioso alimento. Del propio modo, en el término de su vida, le gritarán los impíos, órganos autorizados de Satanás: «Ya que eres hijo de Dios, baja de la cruz y cesa de sufrir.»

Pero en el primero, como en el último día de su carrera, Jesús, no obstante ser Dios, quiere permanecer hombre, y no distinguirse nunca, por su modo de ser, de la suerte común de la humanidad. ¿Cómo realizaría la expiación, si, por ser Mesías, rechazase el dolor? El caudillo de un ejército condenado á sufrir hambre y sed, ¿puede acaso dispensarse de padecer con sus soldados? En vano Satanás representará, pues, á Jesús que, Hijo de Dios, tiene la omnipotencia al servicio de la sensualidad; el Mesías se contentará con replicar: «Escrito está: no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios [2].» Inútil es, pues, que pretenda hacerle salir de la condición humana que aceptó. En ella vuelve á co-

---

(1) En *Mat.*, IV, 3, la forma es menos viva: «Manda que estas piedras se conviertan en panes.»

(2) *Deuter.*, VIII, 3, en donde el sentido directo del texto es: «Él te ha alimentado con el máná que tú no conocías... para enseñarte que el hombre puede vivir, no sólo de pan, sino de todo lo que sale de la boca del Eterno.» (*)

(*) El vocablo hebreo *dabar* significa *palabra* (verbum), y también *cosa, algo* (res, aliquid). Los israelitas, preocupados con la falta de alimentos en el desierto, comieron el *maná (Éxodo*, XVI), que fué la *palabra de Dios*, es decir, la *cosa* con que Dios extraordinariamente los socorrió *(Deut.*, VIII, 3): «Afligióte con hambre, y te dió el maná... para mostrarte que el hombre no vive de sólo pan...» Jesús tuvo también hambre en el desierto *(Mat.*, IV, 2); y en esta ocasión la *palabra de Dios* fué que «se acercaron los ángeles y le sirvieron.» *(Mat.*, IV, 11.)—(N. del T.)

locarse enérgicamente por las primeras palabras de su respuesta. Por otra parte, ¿merece la pena comprar con un milagro un pedazo de pan? ¿Sólo el pan alimenta al hombre? ¿No alimentó Jehová á Israel en el desierto, sin darle aquel pan de Egipto que con tanta amargura echaba de menos? Desde un punto de vista más elevado, ¿no es un alimento sustancial, que hace olvidar las necesidades del cuerpo, la palabra que deja Dios caer en un alma? ¿Puede preocuparse por el pan de la tierra el que la gusta? Como amigo del cielo, bástale esperar confiadamente: la Providencia sabe lo que hace falta, y si se complace en alimentar bondadosamente el espíritu del hombre, no dejará morir de hambre su corporal envoltura.

Satanás, viendo á Jesús superior á las necesidades de la vida material, traslada á otro terreno su plan de ataque. Ya que no ha podido apartarle de su filial abandono á la voluntad del Padre, procurará impulsarle á la más presuntuosa confianza. Frecuentemente la certeza de ser tiernamente amado excita al hombre á abusar caprichosamente del poder del que le ama. Jesús no ha querido desconfiar un momento ha; ¿no será lo suficientemente temerario para confiar demasiado ahora?

Satanás, pues, le transporta á la Ciudad Santa y le coloca en el pináculo (1) del Templo, creyendo sin duda que es-

(1) La expresión empleada *τὸ πτερύγιον τοῦ ἱεροῦ* no indica, como han supuesto muchos, la extremidad de la arista formada por la techumbre del templo. Si el Evangelista hubiera querido hablar de la cima propiamente dicha del lugar santo, habría empleado el término consagrado *ναός*. Sabemos, además, por Josefo, *Antiq.*, V, 5, 6; VI, 5, 1, que el techo de esta *naos* estaba erizado de puntas de hierro con objeto de impedir que se posasen en él las aves y ensuciasen la casa de Dios. El *ἱερόν* es, hablando propiamente, todo el recinto sagrado con sus diversos edificios; nosotros preferimos buscar el teatro de la segunda tentación en el ángulo sudeste del muro de circuito, allí donde la techumbre del pórtico real terminaba en una arista (*ἄκρον τοῦ τέγους*, dice Josefo, *Antiq.*, XV, 11, 3), suspendida sobre el Cedrón á una altura de 400 codos, *Antiq.*, XX, 9, 7. «Imposible era fijar la mirada en el profundísimo valle desde el punto culminante de este pórtico, sin exponerse á un vértigo y á no ver más que tinieblas, *σκοτοδινιᾶν*»—añade el historiador judío.—Las piedras del ángulo, que todavía se advierten en esta antigua área del templo, corresponden próximamente por sus gigantescas proporciones á las medidas que da este autor, *Antiq.*, XX, 9, 7, y señalan la extremidad oriental del pórtico. V. *Notre voyage aux pays Bibliques*, vol., II, pág., 74.

te lugar era el teatro natural de una tentación religiosa, como el árido desierto lo había sido de una tentación sensual.

Desde allí domina Jesús la teocracia, de la cual puede llegar á ser dueño. ¡Qué prodigio tan concluyente á los ojos de los adoradores de Jehová, si cayera en el pavimento sagrado ó en la ciudad de Cedrón, llevado en las alas de los ángeles! ¿No obraría ahora, para iluminar á Israel que esperaba á su Mesías, el milagro que rehusó hacer para comprobar á los ojos de Satanás su filiación divina? «Si eres el Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo.» Extraña es la invitación; pero puesto que la ley divina es el código en que señala Jesús la regla de su vida, añade el espíritu del mal en apoyo de su proposición: «Porque escrito está: Que mandó á sus ángeles cerca de ti, y te tomarán en palmas para que no tropieces en piedra con tu pie.» Si promete la Escritura este auxilio á los justos, ¡con cuánta mayor razón no lo asegurará al Príncipe de los justos! Si Dios guarda á sus simples siervos, ¡con cuánta mayor ternura no guardará á su Hijo amadísimo! Es de notar que, por astucia, suprime Satanás, en su cita bíblica, una palabra que modifica considerablemente el sentido del texto [1]. Efectivamente, Dios promete su auxilio al fiel que sigue *su camino*. Pero el abismo no es un camino; nadie se arroja en él sin una orden superior.

¿Qué razón plausible podía alegar Satanás para legitimar su singular proposición? ¿Quería persuadirle á que estableciese súbitamente el reino mesiánico con una decisiva demostración de su omnipotencia, volando por el espacio ante los ojos de Jerusalén asombrada? Es probable; y en efecto, más tarde veremos cómo piden los fieles con insistencia un signo celestial, para determinarse á formular su acto de fe. Puesto que el nuevo bautizado se prepara á inaugurar su vida pública, ¿por qué no hacerlo con un golpe estrepitoso? ¿A qué fin tomar caminos largos y penosos para darse á conocer con lentitud? ¿Por qué con-

(1) *Salmo* XC, 11, 12, citado según los LXX.

sentir en ser discutido, despreciado, rechazado? ¿No era preferible suprimir, con un acto generoso de su gran poder, todo el mal que ha de sufrir el Mesías y han de cometer los otros?

Cualquiera que fuese en el fondo el razonamiento del tentador, la obra que éste pide es un milagro, ó inútil, ó fuera del plan divino, y en todo caso, un acto presuntuoso para el primer jefe. Por más que se apoye el enemigo en una declaración divina, fácilmente se le demostrará que no pueden violentarse los textos de la Escritura para sancionar nuestros errores ó fomentar nuestros caprichos. Tomados aisladamente esos textos, parecen autorizar algunas veces nuestras miras peligrosas; pero, en su conjunto, establecen siempre la verdad.

«Sí—dice Jesús al nuevo doctor de la ley;—sólo que también está escrito: No tentarás al Señor tu Dios.» No sin intención modifica Jesús este precepto que, dirigido á los hijos de Israel, dice: «No tentaréis *vosotros* [1].» Quiere dar doble sentido á su respuesta; y aplicándosela desde luego á sí con relación á Dios, la dirige también á Satanás con relación á él mismo, viniendo á decirle: ¿Tiene Satanás el derecho de tentar á Jesús, que es su Dios?

No desanima al tentador esta segunda respuesta, más incisiva que la primera; y en la que puede entreverse la indignación que va á estallar en la tercera. Sin embargo, ella multiplica sus incertidumbres, y Satanás empieza á dudar del poder de Aquel que, para defenderse, sólo alega citas de la Escritura. Si únicamente se las ha con un hombre, ¿por qué no probarle en su debilidad y no en su fuerza? Así, pues, transportándole á una elevadísima montaña, hace desfilar rápidamente á su vista todos los reinos de la tierra y su gloria. «Te daré—le dice—este imperio universal y todo su esplendor, por que todo esto se me ha entregado, y yo lo doy á quien quiero; te lo daré, pues, si, inclinado ante mí, me adoras.» No es tan grosero el lazo como po-

(1) *Deut*, VI, 16.

día creerse. Satanás no se anuncia como Dios verdadero, sino como simple representante de Dios en el gobierno del universo. Confiesa que su poder es delegado, pero esto basta para convertirle en gran distribuidor de los bienes de la tierra. Hemos visto más arriba qué fundamento tenía esta afirmación, y cómo, no sólo en las leyes judías, sino también en el propio pensamiento del Salvador, era Satanás realmente, en aquella época, el príncipe de este mundo. Ahora bien, como monarca universal de los reinos que acababa de mostrarle, no quería asociar á su trono sino á un vasallo dispuesto á inclinarse bajo su mano y á pedir su investidura. La adoración que reclama es, pues, igualmente el signo externo por el cual abandonaría Jesús su alma á las influencias diabólicas, y aceptaría convertirse en su instrumento aquí bajo. Transformar el Cristo en Anti-Cristo; tal era el plan del tentador.

Pero no es cierto que el príncipe del mal sea el representante de Dios en el mundo; es su odioso imitador y su enemigo. Si reina, es sólo por usurpación, y al venir Jesús, no para continuar el imperio de Satanás, sino para arruinarlo, habrá de contraponerse en absoluto á su influencia criminal. Aun con riesgo de herir de frente las más caras esperanzas de su pueblo, renunciará á todos los medios materiales de establecer su dominio, á toda conquista violenta, á toda combinación terrenal. Su reino, puramente espiritual, en nada se asemejará á los reinos de la tierra. Su establecimiento se efectuará con lentitud mediante la dulzura y la paciencia, buscando y ganando las almas una á una, arrojando poco á poco en la masa de la humanidad la levadura que, á la larga, ha de transformarla, y sembrando con prudencia el grano de mostaza que habrá de convertirse en el grandioso árbol de la nueva sociedad. Satanás ofrece la gloria, Él buscará la ignominia; Satanás propone las riquezas y las alegrías, Él reclamará la pobreza y el sufrimiento. El uno quiere edificar el reino mesiánico sobre la fuerza y la violencia; el otro entiende establecerlo sobre la debilidad y la dulzura. «¡Apártate, Satanás—res-

ponde Jesús,—porque está escrito: ante el Señor tu Dios te prosternarás y á Él sólo adorarás!»

No es posible ilusión alguna para el Hijo de Dios; nadie arrancará de la límpida mirada de su alma el ideal de su misión sobre la tierra; no entrarán en su corazón falsas esperanzas. Aceptará gustoso que Satanás le haga experimentar más tarde todo el poder de las potencias terrenales, porque se dirige al martirio de la cruz; pero cuando crea que le ha anonadado en la muerte, saldrá victorioso de la tumba para decir á su adversario que los medios divinos son siempre la última palabra, y que, mediante ellos, Cristo será por siempre jamás el verdadero rey del mundo y el vencedor del infierno.

Con este triple triunfo de Jesús en el desierto, queda rescatada la cruel derrota sufrida antiguamente por la naciente humanidad bajo el árbol del Paraíso. Satanás acaba de ver hechas pedazos sus armas contra un enemigo invulnerable. En adelante, el hombre, sostenido por la gracia, hollará, á ejemplo del Salvador, y cuantas veces lo quiera enérgicamente, las seducciones del deleite, de la gloria y de los bienes de la tierra. En la prueba de que sale triunfante, no sólo le ha enseñado Jesús el camino, sino que sobre todo le ha asegurado los medios de obtener la victoria.

Con esto queda dicho suficientemente que la tentación fué un hecho real, y no una parábola mal comprendida, como algunos han supuesto; menos todavía un mito.

Desde el principio, sin embargo, dividiéronse los autores eclesiásticos acerca del sentido preciso que había de darse al relato evangélico. La mayor parte, tomándolo á la letra, admitieron una aparición física de Satanás. Según ellos, Jesús fué transportado al pináculo del templo, y también á una montaña desde cuya altura se veían todos los reinos de la tierra. Otros, como Orígenes [1], San Cipriano [2]

---

(1) Orígenes *De Principiis.* IV, 16.
(2) San Cipriano, *De jejunio et tentationibus Christi.*

y Teodoro de Mopsuesta [1], creyeron que Satanás, aunque autor inmediato de la tentación, se mantuvo invisible. Procuraría obrar sobre Jesús como obra en nuestras almas, evocando imágenes, multiplicando ilusiones, insinuando peligrosas solicitaciones. La lucha se entablaría, pues, en una esfera puramente espiritual, sin que por eso pueda concluirse nada en contra de la realidad del combate y del triunfo. El tentador es siempre Satanás, igualmente terrible cuando habla al oído del corazón que cuando habla al oído del cuerpo. Por otra parte, la victoria pertenece por completo á la reacción del alma que rechaza instantáneamente las sugestiones malas sin contaminarse con su contacto. Admitiendo que la tentación llegó á Jesús por los sentidos, será preciso reconocer que se resumió definitivamente en una impresión moral que se trataba de rechazar ó acoger con complacencia. Así, pues, no aparecen con claridad las razones que se aducen para representarse físicamente, por hechos materiales, una escena perteneciente en absoluto al orden espiritual. El único argumento serio se saca de las expresiones que emplea el texto evangélico. Pero entre una dificultad en las palabras y una dificultad en las cosas, ¿no es preferible suprimir la segunda?

Fuera de su manifestación bajo la forma de serpiente en el paraíso terrenal, no leemos en la historia bíblica que Satanás se haya revelado jamás de una manera visible. Y aquí particularmente nada indica que fuese visto por Jesucristo. En vano representan los comentadores al enemigo como ermitaño en el desierto, como ángel de luz en lo alto del Templo, como espíritu de tinieblas en la montaña: nada más arbitrario que sus suposiciones. Por lo demás, el viaje á través de los aires, y su situación en el pináculo del Templo, crean dificultades reales, á menos que se suponga que Jesús y Satanás se hubiesen hecho simultáneamente invisibles á los habitantes del campo y de la Ciudad

(1) Teodoro de Mops., V. en Münter, *Frag Patrum*, fascic., I, p. 107.

Santa. La aparición de dos personajes atravesando el espacio y posándose en la cumbre del edificio sagrado, hubiera preocupado singularmente á los espectadores. Finalmente, hay que reconocer que no existe en parte alguna, una montaña desde la que se vean en un instante todos los reinos del mundo. Ahora bien, puesto que en toda hipótesis nos vemos reducidos á entender ciertos detalles en un sentido lato y figurado, será más sencillo, tal vez, admitir que el relato evangélico nos refiere, bajo una forma llena de imágenes, el triple combate interior que tuvo que sufrir Jesús contra Satanás, y del cual salió enteramente victorioso. Además, ciertos detalles de la narración parecen indicar que los Evangelistas abundaban en este sentido, aun cuando tienden á excluirlo los términos de que se sirven. Así, resumiendo San Marcos en un solo versículo la historia de la tentación, supone que toda ella acaeció por entero en el desierto. En San Mateo y en San Lucas se halla invertido el orden de las dos últimas tentaciones, cosa que no tiene importancia, si se trata de un hecho puramente psicológico, al paso que constituiría un error en el uno ó en el otro, si se tratase de sucesos exteriores y reales. En ambos, después del traslado físico supuesto por la segunda y la tercera tentación, debe Jesús hallarse en el desierto. Ahora bien, el narrador de tal modo le coloca de nuevo en el desierto, como si del desierto no hubiera salido nunca. Finalmente, leyendo con atención los tres sinópticos, parece que, según San Marcos y San Lucas, las tentaciones se perpetuaron durante cuarenta días, mientras que las tres de que nos dan cuenta habrían sucedido exactamente al final de este período. Todos estos detalles dejan visiblemente flotar el relato, en su conjunto, entre la realidad material y externa, bastante difícil de admitir, y la realidad psicológica é interior, que basta, por otra parte, para mantener toda la importancia moral de la enseñanza que nos dió Jesús.

La expresión de San Mateo, al decir que Satanás se *acercó* al Salvador para tentarle, se explicaría en el sen-

tido de que hay, en la esfera de los espíritus, aproximaciones y repulsiones de las que no puede darse idea sino sirviéndose de palabras que simbolizan el concepto.

Menos explícito que su predecesor, se contenta San Lucas con escribir que Satanás habló á Jesús. En nuestra opinión, hablaría el lenguaje de los espíritus, y, por sugestiones y terribles influencias, solicitaría interiormente su alma; con la imaginación lo colocaría en lo alto del Templo y de la montaña, y únicamente ante su espíritu evocaría los reinos del mundo ó las profundidades del abismo. No era necesario más para probarle. La realidad física nada habría añadido á la tentación; y, en último término, no hubiera resultado más gloriosa la victoria del Salvador ni más vergonzosa la derrota de Satanás [1].

Sea de esto lo que fuere, el resultado histórico queda siempre el mismo, porque, siendo tan real el hecho visible como el invisible, es igualmente instructivo el ejemplo y de igual manera fecunda la gracia obtenida.

Avergonzado Satanás de su derrota, se retiró, pero sólo temporalmente [2], ya que, aun pareciendo sospechar la personalidad divina de Jesús y temiendo en adelante su po-

---

(1) Si los Apóstoles, como es preciso admitir, conocían por Jesús mismo la historia de la tentación, es fácil comprender que ésta hubiera perdido en parte, bajo su pluma, la forma primitivamente más abstracta que debió tener en labios del divino Maestro. Jesús podía haber contado en esta forma los asaltos del demonio. «Satanás me dijo,—Satanás me transportó,—Satanás me condujo, etc.» Del mismo modo que en otras circunstancias había dicho: «Satanás pidió zarandearos como el trigo,—El príncipe de este mundo avanza,—Yo veía á Satanás caer del cielo como un rayo,—Viene Satanás y arranca la palabra sembrada en su corazón,» sin que, ni en uno ni en otro caso, nos creamos autorizados á suponer manifestaciones externas del espíritu del mal. Los Evangelistas guardaban cierta libertad en la redacción de sus narraciones, por que, en fin, hacen citar por Jesús, según los LXX, el pasaje del *Deut.*, VIII, 3, y por Satanás el *Salmo* XC, 11, cuando estos textos habían sido invocados indudablemente según el hebreo. ¿Por qué no admitir que influyese también esta libertad en la forma concreta de su narración?

(2) Esta expresión, ἄχρι καιροῦ, empleada por San Lucas, supone que más tarde continuará Satanás este primer asalto. Ahora bien, como Satanás jamás se muestra en lo sucesivo bajo una forma visible, ha parecido lógico á varios escritores concluir que el Evangelista sólo había visto, en las tentaciones relatadas por él, un fenómeno del orden puramente espiritual, en el cual ambos adversarios habían trabado una lucha muy verdadera, pero totalmente invisible.

der, no renunciaba á darle un nuevo asalto. Todavía dispondrá el malvado de una hora, que será la de las tinieblas; de ella se aprovechará para clavar al Hijo del Hombre en la cruz. Sólo que, en este supremo atentado, quedará agotada su malicia y no podrá menos de confesar su completa é irremediable derrota.

Entre tanto y mientras huía vencido, agrupábanse presurosos los ángeles del cielo en torno del vencedor, ansiosos de honrarle y de reconfortar la nueva humanidad que acababa de asociarse á su victoria de otro tiempo sobre el antiguo caudillo de los espíritus revolucionarios. Todos le rodearon piadosamente, como á una hermana cubierta de gloria y digna del más legítimo triunfo.

CAPÍTULO IV

Presentación del Mesías á Israel por Juan Bautista

Jesús debe ser presentado á su pueblo por el Precursor.—Salúdale solemnemente el Precursor como víctima de expiación y como Hijo de Dios.—Certeza que tiene de no engañarse.—¡Paso al Rey Mesías! (*Juan*, I, 29-34.)

Durante este tiempo, admirábase el Bautista de no ver reaparecer, en medio de la turba, al extraordinario neófito sobre el cual había resonado la voz celestial y bajado el Espíritu Santo. Su imagen no se borraba un momento de su mente.

La reflexión, al madurar una por una las súbitas impresiones experimentadas en el momento de la manifestación divina, había hecho más concluyente á sus ojos el signo por el cual había querido cerrar Jehová la Antigua Alianza é inaugurar la Nueva. El incomparable bautizado era ciertamente el Mesías, y la misión que á él, como Precursor suyo, incumbía, no había de consistir en prepararle únicamente los caminos, sino también en anunciarlo á Israel, exclamando: «He aquí el Salvador!»

Por su parte, no ignoraba Jesús que había de ser presentado á su pueblo por el Precursor. No queriendo entrar en el redil sin la ayuda del Bautista, portero oficial del judaísmo, ni proclamarse por sí mismo enviado de Dios, dirigióse, al salir del desierto, y antes de empezar su vida pública, hacia aquel cuyo testimonio esperaba. Sin duda que el camino natural que debía tomar para entrar en Galilea por Perea era Betabara, en donde bautizaba Juan [1];

(1) Betabara ó Betania, era, según dejamos dicho, el punto vadeable por donde los viajeros pasaban el Jordán.

pero el cuarto Evangelio insinúa que se dirigió allí con intención particular, puesto que Juan le vió pasar, no al acaso como á los otros, sino dirigiéndose á él, como á consagrador de su sacerdocio.

Al distinguirle el hijo de Zacarías, sintió que se apoderaba de su alma el espíritu que en otro tiempo había inspirado á los Profetas. Dibujóse á su vista el carácter del Mesías en su aspecto más elevado y verdadero. Al paso que los prejuicios populares esperaban ver en Él un guerrero invencible, un conquistador universal, un rey que eclipsase á David y á Salomón, él vió sólo en el Deseado que esperaban las naciones una víctima expiatoria que tomaba sobre sus hombros, para aniquilarla, la iniquidad de todos los humanos. Sin tener en cuenta este exclusivismo tradicional que limitaba en Israel las influencias mesiánicas, saludó en Jesús al Salvador del mundo entero. «He aquí—exclamó—el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.» El cordero es el símbolo de la perfecta mansedumbre; sufre sin quejarse los malos tratamientos que se le dan, y, según la expresión del Profeta [1], permanece mudo, aun cuando se le conduce al matadero. Pero no podía ser este todo el pensamiento de Juan. Según él, Jesús, en su resignación llena de dulzura, no se parece solamente al cordero que va á degollarse; es la realización personal y típica del *Cordero* [2] *de Dios*, es decir, del cordero que, ofrecido en sacrificio, debe ser víctima expiatoria de los pecados de los demás. Ahora bien, este cordero inmolado no era otro que aquel que, en los días de la esclavitud de Egipto, había separado á Israel de las naciones idólatras y constituído la base fundamental de la Antigua Alianza. El cordero pascual, en efecto, era una víctima de propiciación. ¿No había sido instituído para preservar de

(1) *Isaías*, LIII, 7.

(2) Indica el artículo ὁ un Cordero conocido, esperado en Israel, un Cordero sagrado. En otra circunstancia veremos al Bautista designar á Jesús bajo esta sencilla denominación: el *Cordero de Dios*. Supone él que es una calificación reservada exclusivamente al Mesías, comprendida y aceptada por todos.

la espada del ángel exterminador á los primogénitos de Israel? Cuando la justicia divina encontraba en una puerta la sangre de este cordero inmolado, pasaba á otra, respetando la vida rescatada por la víctima [1]. Esta sangre había, pues, reconciliado con Dios y preservado de su ira á todos los que se refugiaban detrás de ella. Era tan reconocido su poder de expiación, que el israelita creía purificarse anualmente de sus faltas con la inmolación del cordero en el tiempo pascual. Este era, en efecto, el primero y el más necesario de los sacrificios, y es tanto menos sorprendente que el Precursor saludase á Jesús como la grandiosa realidad de la cual era figura la víctima pascual, cuanto los Apóstoles no cesaron, después de él, de repetirlo en sus escritos. San Pablo, en particular, declara que Jesucristo era la Pascua inmolada para el mundo entero [2].

No puede negarse, sin embargo, que hubo también una relación natural entre el Mesías y las demás víctimas prescritas por Moisés para la purificación del pueblo, y más especialmente, tal vez, podemos establecer una relación mística entre el Salvador del hombre y el cordero de un año que caía, mañana y tarde, bajo el cuchillo del sacrificador, como la expiación cotidiana necesaria á Israel [3]. Mas, para Juan Bautista, es evidente que la generalidad de todos los sacrificios, con sus caracteres distintivos, se resumía en el más antiguo, en el más popular, en el más importante de todos, el del cordero pascual. El mismo Isaías, había fijado su mirada en este cordero, símbolo ó sacramento de reconciliación entre Israel y Jehová, cuando diseñaba el retrato del justo sufriendo.

Jesús es, pues, según la profecía del Precursor, la víctima que echa sobre sus hombros la carga de las iniquidades que oprimían al mundo, y que, con su sacrificio, debe aniquilarla. Combatir con su doctrina ó sus ejemplos la malicia universal, sería poco para Él; tendrá que aceptar,

(1) *Éxodo*, XII, 23.
(2) *I Cor.*, V, 7.
(3) *Éxodo*, XXIX, 38; *Núm.*, XXVIII, 3.

por sustitución, la responsabilidad de todos nuestros crímenes y pagar por nosotros el rescate que exigía la divina justicia. Su misión, pues, y como su virtud natural, será la de *llevar* y *borrar*, á la vez, el pecado del mundo.

Luego, para acabar con una palabra, por sorprendente que fuera para la concurrencia, termina Juan la revelación íntima de lo que hay en Jesús declarándole Dios. «Es el mismo—añade—de quien dije: Viene detrás de mí un hombre QUE ME HA PRECEDIDO, PORQUE ERA ANTES QUE YO.» Esta preexistencia es, en efecto, el equivalente de la Divinidad. Para el Bautista, el joven carpintero de Nazaret no es tan sólo un hombre eminente, ἀνήρ, sino un ser que ha ejercitado su actividad en el mundo cuando éste se hallaba todavía en la nada. Semejante convicción de la alta teología judía (1) le era más particularmente inspirada por el mismo texto de Malaquías (2), del cual se preocupa visiblemente cuando formula su testimonio: «He aquí—había dicho Jehová identificándose con el Mesías—que envío mi mensajero, y él preparará el camino delante de mí.» Ahora bien, aquel que envía á su propia criatura convertida en mensajero, preexiste al que ha sido enviado. El Mesías existía antes que el Precursor; fué su principio y continúa siendo su razón de ser.

Nada, pues, falta á la idea cristológica que concibió Juan Bautista, como tampoco faltó nada á su intuición profética. No hay ya que esperar ó que buscar al Mesías: es Jesús de Nazaret. Se apoya para decirlo, no en razones humanas, sino en una revelación divina, inmediata é incontestable. No está preocupado por los lazos de parentesco que le unen á Jesús, ni por las narraciones de familia que le pudieran recordar las manifestaciones sobrenaturales acaecidas en la cuna de su primo. «No—dice á los judíos,—como vosotros, tampoco le conocía yo.» Y, en efecto, según notamos en otra parte, se habían separado los dos

(1) V. Berthold, en la *Christologie juive*, 23, 25, etc., y Schœtgen, II, p. 6 y siguiente.

(2) *Malaq.*, III, 1.

primos desde muy al principio, y, por vez primera tal vez, después de su más tierna infancia, acababan de encontrarse en las aguas del Jordán.

Dios se reservó el darle á conocer al Precursor, á fin de que el mismo Precursor le diese á conocer á Israel. Se ha realizado el signo revelador prometido; Juan *le vió* con sus propios ojos, y por eso habla. ¿Qué es lo que vió? Ya lo referimos en la historia del bautismo, y él mismo nos lo repite: «He visto al Espíritu descender del cielo como una paloma y fijarse sobre Él.» Pues bien, esta era precisamente la manifestación convenida: «Aquel sobre quien veas bajar y fijarse el Espíritu—le había dicho el Señor,—es el mismo que bautiza en el Espíritu Santo.»

Jesús debía, pues, administrar el bautismo del Espíritu; ¿pero no es acaso una prerrogativa divina difundir el Espíritu Santo por el mundo? ¿No se había reservado Dios el derecho de obrar por sí mismo esta efusión sobre toda carne en los días del Mesías? (1) Una vez más, pues, considerará Juan á su Mesías como á Dios, y con razón afirma su filiación divina. «Sí—dice,—yo he visto al Hijo de Dios y he dado testimonio de Él.» Después de lo que precede, el título de Hijo de Dios debe entenderse aquí, no en el sentido lato por el cual se aplica ora á los ángeles, ora á los jueces ó á los reyes del Antiguo Testamento, sino en el sentido más profundo y en su más viviente realidad. Expresa este título toda la naturaleza divina de Aquel cuya preexistencia ha proclamado ya el Bautista, y cuya vida y actividad ha identificado con la del mismo Jehová.

De este modo ha cumplido fielmente su misión el Precursor, que había sido enviado para dar testimonio de la luz. Al pueblo le toca ahora cumplir con su deber. Él se eclipsará ante el sol que muestra en el horizonte. Después de haber exclamado: «¡He aquí el Mesías!», sólo le resta al heraldo desaparecer de la escena. ¡Paso al hijo de Dios!

---

(1) *Joel*, II, 28; *Isaías*, XLIV, 3.

PARTE SEGUNDA

LA VIDA PÚBLICA DEL SALVADOR

LIBRO PRIMERO

PERÍODO DE EXPLORACIÓN GENERAL

Sección primera: Jesús se revela como Mesías

CAPÍTULO PRIMERO

Vocación de algunos discípulos

El Precursor encamina sus discípulos á Jesús.—Andrés y Juan con el Maestro.—Presentación y porvenir de Simón.—Vocación de Felipe.—Natanael debajo de la higuera.—Veránse abiertos los cielos sobre la cabeza del Hijo del hombre. *(Juan*, I, 35-52).

Habiendo recibido la misión oficial de preparar los caminos al Mesías, y sabiendo que este Mesías era Jesús, debía el Bautista encaminar hacia Él sin tardanza el movimiento religioso provocado por su celo. Por lo demás, después de sus solemnes y reiteradas declaraciones, era evidente que el menor soplo iba á hacer caer los frutos maduros del árbol teocrático, para ponerlos en manos del Rey de lo porvenir, como primicias de la Nueva Alianza. En vez, pues, de alejarse, Jesús sólo debía de aguardar los sucesos definitivos, los cuales no tardaron en producirse.

Pocos días después, Juan, que continuaba su ministerio á orillas del Jordán, vióle pasar: «He ahí el Cordero de Dios»—exclamó con santo entusiasmo.—Estas palabras debieron ir acompañadas de una significativa mirada. Dos discípulos que, sin duda, habían oído sus testimonios pre-

cedentes, pero á quienes un sentimiento de respetuosa ternura retenía al lado de su maestro, se sintieron sobrecogidos por ellas. La exclamación de Juan venía á decir: «Id á Aquel á quien yo señalo;» y sin vacilar un momento, obedecieron y siguieron á Jesús.

Llamábase el uno de ellos Andrés, y el otro, que se oculta bajo el velo del anónimo, era Juan, el autor del cuarto Evangelio. Oyó Jesús que iban detrás de Él, y, volviéndose, dirigió amigablemente la palabra á los que no se atrevían á acercársele: «¿Qué buscáis»—les preguntó.—«Rabí (maestro), en dónde vives?»—Esta es la primera palabra que dirigió á Jesús el discípulo amado, y no la olvidó su corazón. Por eso procura reproducirla aun en su texto primitivo, pero explicando á sus lectores helenistas la significación del título solemne de *rabí* que aplicó al Salvador en su primer entusiasmo. En efecto, para Andrés y Juan, Jesús no podía ser ya el Cordero expiatorio que entreveía la mirada profética de Juan Bautista; sino que era el Maestro, el Doctor, el Iniciador de la nueva vida. He aquí por qué, aun cuando sólo manifiestan discretamente el deseo de una conversación particular, se ofrecen de antemano como discípulos suyos.

Díjoles Jesús: «Venid y ved.» Fueron ellos y vieron el lugar en que vivía, en alguna gruta del desierto, bajo algún abrigo de follaje ó en la casa hospitalaria de un amigo. Era la hora décima, hacia las cuatro de la tarde [1],

---

(1) Seguimos aquí el modo de contar las horas que empleaban los judíos y los orientales. La jornada se contaba desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde; lo restante se llamaba noche. Poca duda hay sobre el modo de contar las horas en los países de Oriente. Elio Arístides, sofista que vivía en el siglo II de nuestra era, habla (*Disc. Sagrados*, lib. I) de un baño frío que se había de tomar en invierno á la hora sexta, cuando la sombra va á dar vuelta al cuadrante; evidentemente se habla aquí del mediodía. Más abajo, lib. V, cuando es invitado en sueños para ir á pronunciar un discurso ante un auditorio reunido en el ágora, á la hora cuarta, sólo puede tratarse de las diez de la mañana, momento en que los curiosos y los desocupados se agrupaban en gran número en la plaza pública. Los que han preferido explicar el texto según el cómputo romano, convertido en jurídico, y contar las horas á partir del comienzo del día, ó sea, á las seis de la mañana, suponen que entonces eran las diez. Con esta interpretación, que es la

cuando se dirigieron estos discípulos á Jesús. Demuestran todos estos detalles que el momento fué decisivo en la vida del Evangelista historiador, y que se grabó con toda precisión en su memoria. Lo restante de la tarde se pasó escuchando al Maestro. ¿Cuál fué el tema de la conversación? Lo ignoramos; pero el resultado fué concluyente. Los oyentes reconocieron que, no obstante la obscuridad de su vida pasada, la humildad de su condición y la sencillez de sus costumbres, el obrero de Nazaret podía ser muy bien el Mesías anunciado por Juan Bautista é impacientemente esperado en Israel. Llenos de alegría, fueron cada uno de ellos [1] á buscar á su hermano para comunicarle la gran noticia. Santiago debió de haber seguido al Bautista en las orillas del Jordán, del mismo modo que Simón había seguido allí á Andrés. Estos hombres ardientes y generosos, esperaban con la misma impaciencia al Salvador de Israel. Andrés fué el primero en descubrir á su hermano. «¡Hemos encontrado al Mesías! [2]»—le dice.—Esta palabra εὕρηκα, *he encontrado*, no ha sido únicamente el grito de la ciencia, sino también el de la fe; la cual tiene también sus descubrimientos, y comprueba con emoción la realización de sus esperanzas. Andrés la pronuncia con tanto arrobamiento como Arquímedes, y es tanta la sorpresa que produce en su hermano Simón, que se levanta al punto para ver con sus propios ojos al hombre que provoca semejante entusiasmo.

Simón fué presentado á Jesús hacia la caída de la tarde.

---

menos probable, encuentran la ventaja de dar un sentido más completo al pasaje del Evangelio: *Permanecieron con él aquel día.* Pero *aquel día* significa sencillamente el *final de aquel día*

(1) Este es el sentido que creemos que ha de darse á este pasaje en razón á las expresiones mismas del Evangelista: «*El primero*, Andrés, encuentra á su propio hermano.» En este caso, podría concluirse que, á su vez, Juan encontró también el suyo y que Santiago fué también presentado á Jesús. Otros intérpretes suponen que los dos buscaron á Pedro, pero que Andrés, conociendo mejor las costumbres de aquel que era su *propio* hermano, le encontró el *primero.*

(2) También traduce el Evangelista, para sus lectores, la palabra hebrea que hace pasar al lenguaje griego, y dice que es lo mismo que Cristo, *Ungido* ó *Consagrado.*

El Maestro le examinó atentamente [1]; y adivinando un alma enérgica y generosa bajo la ruda apariencia del pescador de Galilea, le dice: «Tú eres Simón, hijo de Jonás [2]; pues bien, te llamarás Cefas;» lo cual significa en sirocaldeo piedra, ó más exactamente *fragmento de roca*. ¡Palabra divina, que constituye una profecía y una creación! No se comprendió entonces toda su profundidad; pero Jesús insistirá sobre ella más tarde y declarará al hijo de Jonás que, por virtud de su omnipotencia, lo ha constituído *piedra* fundamental de la nueva sociedad, *roca* inconmovible destinada á sostener á la Iglesia en medio de las más violentas tempestades. Mientras tanto, este cambio de nombre [3] significaba que el Maestro tomaba posesión del discípulo, y que, para Pedro, iba á empezar una nueva vocación. De este modo quedaba inaugurado el reino de Dios, puesto que en adelante contaba con tres prosélitos. No tardarían en llegar otros.

Al día siguiente, habiendo Jesús resuelto volver á Galilea para inaugurar allí su vida pública, encontró á Felipe de Betsaida hablando quizás [4] con Andrés y Simón, sus dos compatriotas. «Sígueme»—le dijo, como si por el camino le prometiese acabar la demostración que sus dos amigos habían comenzado.

Siguióle Felipe, y al punto, participando de sus esperanzas y convicciones, sintió, como ellos, la necesidad de anunciar la gran Nueva.

En aquel momento, Natanael de Caná, probablemente otro discípulo de Juan, volvía á su pueblo con el corazón lleno de las emociones religiosas que había experimentado en las orillas del Jordán. Felipe, que le conocía más par-

(1) La expresión ἐμβλέψας indica una mirada escrutadora que penetra hasta las últimas profundidades del alma.

(2) Todos los manuscritos alejandrinos leen Ιωάννου. Quizás Jonás y Juan es el mismo nombre.

(3) No son raros estos cambios de nombres en la historia sagrada: Abram, *padre elevado*, se convierte en Abraham, *padre de una muchedumbre* (Gén., XVII, 5); Jacob, *suplantador*, pasa á ser Israel, *vencedor de Dios*. (*Génesis*, XXXII, 28).

(4) El versículo 45 parece insinuar, efectivamente, que Felipe fué llamado á seguir á Jesús con motivo de las relaciones con sus dos conciudadanos.

ticularmente, procuró ponerle en antecedentes mientras caminaban, y lo consiguió. «Hemos encontrado—le dijo—á aquel de quien se habla en la ley de Moisés y en los Profetas: Es Jesús de Nazaret, el hijo de José.» Estas palabras permiten entrever el fondo de la conversación que había tenido Jesús con Felipe y sus compañeros.

Moisés y los Profetas; he aquí las fuentes en que, tanto al principio como al medio y fin de su carrera, buscó el Maestro la demostración de su dignidad mesiánica [1]. Equivócase Felipe al designar á Jesús como nazareno é hijo de José; no es ni lo uno ni lo otro. Las profecías, si las oyó bien de los labios del Maestro, debieron darle otras indicaciones. Pero en pocos instantes no podía ponerse fácilmente al corriente de todo, y aquí raciocina según las apariencias y las apreciaciones públicas. Aun para los mismos Evangelistas, que conocen la historia de su concepción y de su nacimiento, Jesús será siempre de Nazaret é hijo de José, sin que entiendan comprometer los datos verdaderos de la historia evangélica al acomodarse al lenguaje ordinario.

En aquel momento, Natanael, conforme á la costumbre de los orientales, había hecho alto debajo de una higuera, recapacitando tal vez en su espíritu lo que le había llamado más la atención en la predicación del Bautista. Hay en la vida moral momentos deliciosos en los que el alma que busca á Dios le encuentra de repente á través de una efusión de la gracia, oye su voz y participa de su vida. Esto fué probablemente lo que acababa de acontecer á Natanael, y no tardaremos en verle asombrado de que Jesús tenga conocimiento de ello. Y su admiración será tan grande, que le proclamará Hijo de Dios, por la sola razón de que ha penetrado los secretos de su alma.

A las categóricas afirmaciones de Felipe, Natanael, como hombre sesudo y versado en las Escrituras, se contenta con responder: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?» [2].

(1) *Juan*, V, 46; *Luc.*, XXIV, 27.
(2) V. también la nota de la pág. 241.—(N. del T.)

Belén, en efecto, era el lugar en donde debía nacer el Mesías, y Jerusalén el punto desde donde esperaban verle marchar á la conquista del mundo. Nazaret no era más que una aldea de bastante mala fama. «¡Ven y ve!»—replicó Felipe.—Esto dispensaba de toda argumentación. Cuando basta abrir los ojos para comprobar un hecho, ó extender la mano para tocarlo, es superfluo perder el tiempo en razonamientos para saber si es posible. Por el solo hecho de que se muestre á un alma recta, se manifiesta Jesús.

Natanael cedió á las instancias de su amigo Felipe. Al verle venir, hizo Jesús en voz alta esta reflexión: «He aquí un verdadero israelita en quien no hay engaño.» Oyóle Natanael, pero dejándose llevar ahora tan poco por el elogio de que era objeto, como antes por el entusiasmo de su compañero, contesta fríamente: «¿De dónde me conoces?» Jesús sin darse por resentido de esta familiaridad algo brusca, añade: «Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.» Esta última palabra aludía á un secreto de conciencia, que ignoramos, pero que comprendió al punto Natanael, puesto que se quedó estupefacto, turbado, transportado. Lo que más le sorprende no es el que Jesús le haya visto á distancia, á pesar de los múltiples obstáculos, meditando y orando debajo de la higuera; por otra parte, podía pedirle pruebas de esta afirmación; empero que, en aquel momento, hubiese penetrado la mirada del Maestro hasta las profundidades de su alma y que hubiese leído en ella lo que la conmovía, un misterio de reconciliación, de amor ó de sacrificio, era realmente sobrehumano y superior á toda objeción. «¡Maestro—exclamó, —tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel!» Quien tiene la misma fuerza de penetración que Dios, no puede ser sino el Hijo de Dios. Pero el Hijo de Dios es el Mesías y el Mesías es el Rey de Israel. Con razón, pues, Natanael, proclamado verdadero israelita por Jesús, se complace en prestar homenaje á su verdadero Rey. «¿Pues qué—replica el Señor;—porque te dije: te vi debajo de

la higuera, crees? Mayores cosas que éstas verás.» De este modo anima Jesús su naciente fe, prometiéndole motivos poderosos para lo por venir. Al que ha recibido el primer rayo de la luz divina, bástale tener abiertos los ojos, porque, atrayendo una gracia á otra gracia, acaba por ser inundado de deslumbradora claridad. «En verdad [1], en verdad os digo,—añade Jesús,—que veréis el cielo abierto y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre.» En el simbolismo bíblico los cielos abiertos significan el auxilio de Dios descendiendo sobre la humanidad [2], mientras que, al contrario, los cielos cerrados representan la ausencia de todo apoyo [3] divino y la aproximación de la justicia eterna.

La manifestación, pues, del Mesías en este mundo queda visiblemente comprobada desde que los cielos, de donde viene, se han abierto sobre la cabeza de los hombres. Y aun puede decirse que, por su Encarnación y permanencia en este mundo, hizo de la tierra el vestíbulo del cielo. En donde quiera que Él está, rodéanle los ángeles, y subiendo del Hijo al Padre para descender en seguida, demuestran la perfecta unión que existe entre las dos Personas divinas á las cuales rinden aquéllos homenaje. Esta comunicación entre Jesús y su Padre es la que están llamados á contemplar los discípulos durante el curso de su carrera pública, ora en sus obras milagrosas, ora bajo el encanto de sus discursos de verdad. Con este admirable espectáculo se afirmarán progresivamente sus convicciones, que se convertirán en inquebrantables.

Aquí fué donde por vez primera llamóse Jesús á sí mis-

---

(1) Esta es la primera vez que encontramos la forma *Amen, amen, os lo digo.* La palabra *amen*, de *amán (ha sido establecido)* sirve frecuentemente como adverbio, y significa *ciertamente*, ó también, *así sea.* Con todo, es de notar que jamás se emplea en el Antiguo Testamento para afirmar de antemano lo que va á decirse, sino para aprobar lo que se ha dicho, *Números*, V, 22; *Deuter*, XXVII, 15, etc.; II, *Esdras*, V, 13, etc. La innovación es de Jesús, y sólo en San Juan duplica el *amen* con objeto de disipar mejor la duda que puede existir en el alma del oyente.

(2) *Gen.*, XXVIII, 10-17; *Ezeq.*, I, 1.

(3) *Is.*, LXIV, 1.

mo Hijo del hombre [1]. La significación que á este nombre aplica es la de renuevo de la humanidad, por oposición al título de Hijo de Dios que acaba de darle Natanael. Pero no quiere decir un renuevo cualquiera, sino el renuevo por excelencia, el hombre esperado y profetizado, el caudillo de la nueva humanidad y, por consiguiente, el Mesías. Sólo que esta fórmula es, de todas cuantas puede emplear para indicarnos la superioridad de su naturaleza, la más humilde y la más consoladora para nosotros. Ella oculta, por decirlo así, su esencia divina y sólo nos deja entrever la fraternidad de naturaleza que une á todo hombre con el Salvador, como con un compañero de prueba, con un hermano libertador, con un modelo de santidad.

Los cinco discípulos que acaba de darse Jesús debían permanecerle fieles, pues volveremos á encontrar á Natanael en la persona del apóstol Bartolomé. Pero no hay por qué precipitar los sucesos. Antes de asociarlos definitivamente á su ministerio, quería dejar trabajar la levadura que había depositado en sus almas. Cuando llegue la hora decisiva de la gracia, les hará un signo y abandonarán sus redes y su familia para unirse enteramente al Maestro que los ha subyugado.

---

(1) Treinta y nueve veces toma en los sinópticos este título; sobre todo lo hallamos en San Mateo y San Lucas. En San Juan lo vemos usado diez veces. Imaginar que *Daniel*, VII, 13, sugirió á Jesús la idea de esta denominación, y alegar á *Mateo*, XXVI, 64, es desconocer la profundidad misma de una expreción creada, en todas sus partes, por la conciencia religiosa del divino Maestro, y que analizó admirablemente desde el principio la teología de los Santos Padres.

CAPÍTULO II

Las bodas de Caná

Bodas de parientes ó amigos de Jesús en Caná.—Por qué se dirigen allí los discípulos y el Maestro.—Incidente que ocasiona su llegada.—Ruego discreto de María y contestación de Jesús.—Cambio del agua en vino.—Confirmación del primer milagro obrado por Jesús (*Juan*, II, 1-12).

Entre tanto, se dirigían todos juntos á Galilea. Nada tenían ya que hacer los discípulos en las orillas del Jordán, y Jesús quería dirigirse sin tardanza á ofrecer á sus compatriotas las primicias de la gran revelación.

Durante el camino, y quizás en Nazaret, adonde se dirigía directamente la pequeña caravana, les dijeron que iba á celebrarse una fiesta de familia en Caná. Era un casamiento. Allí estaba ya María, y Jesús también había sido convidado. Siendo Natanael natural de Caná, y queriendo, por su parte, sus compañeros ganar las orillas del lago en donde habitaban, decidió naturalmente el grupo de amigos acompañar al Maestro. Cuidóse Jesús de que también ellos tuviesen su correspondiente invitación [1]; y pudo hacerlo sin indiscreción, porque, según todas las apariencias, las bodas que se celebraban eran de una familia amiga, ó tal vez pariente de la suya. Por esto María no esperó la llegada de su Hijo para encaminarse á la fiesta; y, como ella, se hallaban reunidos ya allí [2] los sobrinos, á quienes llama el Evangelio hermanos de Jesús; y aun no ha faltado quien ha supuesto que el novio era uno de ellos. Las visibles pre-

(1) En el vers. 2, el verlo ἐκλήθη, en singular, insinúa que los discípulos no fueron invitados más que accidentalmente, y como unidos ya al Maestro, quien los conducía allí donde debía ser Él mismo recibido.

(2) No se habla aquí de José que ya debía haber fallecido, ni de las hermanas, que probablemente se habían quedado en Nazaret. *Marc.*, VI, 3.

ocupaciones de María, la responsabilidad que parece tomar sobre sí, la familiaridad con que da órdenes á los criados, todo parece suponer fundadamente que se hallaba en Caná como en casa propia.

De todos modos puede creerse que lo que determinó á Jesús á corresponder á la invitación que se le había hecho, fué el querer manifestar, en el principio mismo de su vida pública, el tolerante espíritu de su misión. Entraba en sus miras mezclarse en las alegrías del mundo para santificarlas, en sus placeres para transformarlos en honestos, con los pecadores para convertirlos. Juan había predicado la penitencia en el desierto y atraído á los pecadores para atemorizarlos; Él irá á buscarlos hasta en sus festines para tocarles el corazón y transformar su vida. Comer con los publicanos y conversar con los seres degradados, ¿no es acaso la misión natural del buen pastor, que debe ir en pos de la oveja descarriada, dondequiera que se encuentre? Por lo demás, si estos nuevos prosélitos, acostumbrados á oir solamente el eco de las iras divinas en labios del hombre del desierto, se admirasen de la bondad de su nuevo Maestro, está éste dispuesto á confirmar con un milagro, que, no por mostrarse condescendiente y caritativo, deja de ser el Enviado del cielo y el revelador autorizado de los misterios divinos.

Aun cuando, según la indicación probable del Evangelista [1], sólo hubiesen tenido los viajeros tres días para ir desde las orillas del Jordán á Galilea, podían estar ya en Nazaret en las primeras horas del tercer día. Ahora bien, de Nazaret á Caná, ora se trate de Kana-el Djelil, ora de Kefr Kenna [2], no es largo el camino; tres horas si se

---

(1) Supone equivocadamente Ewald que las bodas se celebraron al tercer día de hallarse ellos en Caná. No; tuvieron lugar al tercer día de haber abandonado las orillas del Jordán, ó de haber encontrado á Natanael en el camino.

(2) Desde que visitamos el lugar de Kana-el-Djelil, en 1899, no nos atreveríamos á sostener con demasiada existencia la identificación del Caná del Evangelio con Kefr-Kenna; y á decir verdad, Kana-el-Djelil sólo parece conservar el nombre é insignificantes ruinas, sepulcros, los fundamentos de una

trata del primer sitio, dos si se prefiere el segundo, en donde una encantadora aldea, suspendida en el flanco de la colina, y construída en anfiteatro, ofrece el más gracioso aspecto. Detrás de los setos de nopales y granados, brota abundante, en el fondo de un pozo, un antiguo manantial, donde acuden las jóvenes con su cántaro en el hombro, bajando por las piedras salientes del muro, mientras que, en el camino, lavan sus madres la ropa en los remansos alimentados por la misma fuente.

Jesús y sus discípulos llegaron por la noche. Habían empezado ya las fiestas [1], y tal vez desde hacía varios días. La llegada de los nuevos convidados aumentó la alegría. Jesús, amigo de la familia, se presentaba transformado en doctor y rodeado de discípulos.

Éstos, discretamente, pero con sobrado entusiasmo para poder ocultar sus pensamientos, debían complacerse en contar los testimonios del Bautista, la escena milagrosa del bautismo y la historia de su propia vocación. Podemos creer que un soplo de alegría religiosa penetró en aquella bulliciosa asamblea elevándola por encima de las alegrías terrenales.

Ahora bien, mientras se discreteaba en abundancia, disminuía el vino en las ánforas. Por otra parte, la presencia de seis nuevos convidados había contribuído no poco á activar el consumo. Ninguno de ellos pensaba en esto. Bien es verdad que pueden los hombres dispensarse de ser previsores cuando vela por ellos el ojo de una mujer, madre, hermana ó amiga. Allí se hallaba María, quien, por muy

---

gran construcción, tal vez un monasterio, algún pozo y grutas labradas en la piedra; pero por lo mismo que resta poco de la antigua ciudad, es más sorprendente la persistencia del nombre. Su situación al norte de la llanura que va de Seforis al lago de Genesaret no ofrece, por otra parte, menos armonía con los relatos evangélicos que la de Kefr-Kenna, y el nombre bíblico está más visiblemente conservado. Yo no me atrevo á dar la preferencia á Kefr-Kenna en detrimento de Kana-el-Djelil, como sostuve en mi *Voyage aux pais Bibliques*, ó en el artículo *Caná* del Dic. Bíblico. Las naturales, en efecto, no titubean nunca en guiar á las ruinas de El-Djelil, cuando se les pregunta en donde está Caná.

(1) Las bodas duraban á veces una semana entera. (*Gen.*, XXIX, 27 *Jueces*, XIV, 15, *Tob.*, XI, 12; X, 1).

gozosa que estuviera con las nuevas que preocupaban á la concurrencia, no dejaba de prestar atención á las necesidades del festín.

Pronto advirtió, por algunos signos de los criados, que estaba agotada la provisión de vino. Para el dueño de la casa, era ello un percance cuya principal causa podía parecer la llegada de Jesús y sus discípulos. Volviéndose, pues, María á Jesús, le dijo: «No tienen vino.» En esta caritativa comprobación del enojoso incidente [1] se hallaba velada la más respetuosa plegaria. En realidad, llamaba María á su Hijo en socorro de sus huéspedes [2], y lo pedía todo, aun un milagro. Advirtiólo así Jesús, y para demostrar que la primera obligación del que ha recibido una misión divina es la de estar sin padre ni madre y hacerse sordo á las voces de la sangre, contestó con frialdad: «Mujer, ¿qué nos va á ti ni á mí?, aun no es llegada mi hora.» [3] Como si dijese: «No te preocupes inútilmente; ten paciencia hasta el fin. Cuando ponga yo manos á la obra, todo se arreglará.» Sin embargo, no puede negarse que hubo algo de penoso para María en el tono de la respuesta. Quizás al probar su carácter, y sobre todo la firmeza de su fe, tuvo Jesús la intención de enseñar cómo la oración, cuando es el grito de un alma religiosa, debe,

---

(1) A nadie pasará por alto la analogía entre esta discreta súplica y la de las hermanas de Lázaro, *Juan*, XI, 3. «Aquel á quien amas está enfermo».

(2) Algunos graves exégetas han dado á las palabras de María un sentido demasiado extraordinario para que podamos pasarlo en silencio: «Va á faltar el vino—diría ella;—levántate de la mesa á fin de que salgan todos contigo, y así evitarás al dueño de la casa el disgusto de hallarse desprovisto.» Y Jesús habría contestado: «Mujer, no pensamos de la misma manera; no es tiempo de que me vaya, tengo aún algo que hacer aquí.» Ciertamente todo esto dista mucho del texto para que pueda acercarse á la verdad. La expresión *mi hora* tiene siempre en los labios de Jesús un sentido más profundo é indica algo solemne.

(3) Nada más variado que las interpretaciones de este pasaje. Unos colocando el signo de interrogación al fin de la frase, han dicho: «¿A qué fin inquietarnos? ¿No ha llegado mi hora?» Otros traducen: «Mujer, ¿qué hay de común entre los dos? No ha llegado mi hora.» Pero lo más frecuente, en la Escritura, *Jueces*, XI, 12; II *Reyes*, XVI, 10; III *Reyes*, XVII, 18; IV *Reyes*, III, 13, τί ἐμοὶ καὶ σοί significa *déjame en paz*, *déjame hacer*, etc. La palabra *mujer*, en la lengua que hablaba Jesús nada tenía de descortés; se tomaba como sinónimo de *señora*.

en vez de desanimar, hacer esperar contra toda esperanza.

Lo que hay de cierto es que María vió en la respuesta de Jesús lo que nosotros no somos capaces de entrever; y sin mostrar la menor duda, juzgó que su Hijo obraría según los deseos de ella. Dirigiéndose, pues, á los criados les dijo: «Haced todo lo que Él os diga.»

Había en el vestíbulo ó en el patio seis hidrias de piedra, destinadas á las purificaciones acostumbradas entre los judíos. Sin duda, se habían vaciado al ser lavadas para la comida. Sus dimensiones eran considerables, pues cada una de ellas contenía de dos á tres medidas, esto es, de setenta y siete á ciento dieciséis litros (1). Jesús dijo á los criados: «Llenad estas hidrias de agua.» Llenáronlas ellos por completo; tan deseosos estaban de cumplir sus prescripciones.

Seis hectólitros de vino en un país en donde apenas se da la vid, (2) no dejaba de parecer munificencia real. Pero Jesús no iba á ser mezquino con la familia que le había acogido con tanta benevolencia. Él, y los que con Él habían llegado, eran seis; y así, con la ofrenda de seis hidrias de vino, parecía corresponder á la hospitalidad con que se les había honrado.

No era excesiva esta cantidad de vino si había de repartirse, como era probable, entre varias comidas; pero, si sólo era para un festín que tocaba á su término, hemos de convenir en que Jesús obró con gran generosidad. De la misma manera hace Dios germinar el vino en nuestras viñas, sin preocuparse de los abusos que la intemperancia humana puede siempre cometer, pero que no quiere suponer su santidad misericordiosa. Aquí, por otra parte, la

(1) Según los Setenta, la medida ó metreta correspondía al *bath* de los hebreos (II *Paral.*, IV, 5; III *Esdras.*, VIII, 22,). Ahora bien, según Josefo (*Ant.*, VIII, 2) el bath contenía setenta y dos sextarios romanos. El sextario estaba graduado en cincuenta y cuatro centílitros; el metreta, pues, medía treinta y ocho litros ochenta y ocho centílitros.

(2) Cierto que observamos algunos viñedos cuando bajamos á Kefr-Kenna, y aun bebimos buen vino en la casa del párroco; pero no es menos cierto que todo el pueblo se habría visto en apuros para suministrar seis hectólitros.

presencia del joven Profeta y el carácter milagroso del don que ofrecía habían de preservar á los convidados de todo exceso desagradable.

Apenas hubieron llenado las ánforas, cuando se obró un singular prodigio: el agua se había convertido en vino.

El mismo poder que hace sazonar las vides en las laderas de las montañas, lo había hecho nacer en las urnas del festín. El que transforma en delicioso vino el agua de las nubes, no halló obstáculo alguno para someter al mismo cambio el agua llevada de la fuente. Sin duda que en nuestras viñas la transformación se opera gradualmente, de tal modo que antes que la sustancia inorgánica, pasando de uno á otro reino, se convierta en vegetal, hay una serie compleja de combinaciones en las cuales sufre su transformación el rocío del cielo. Para la formación del racimo, se necesita tierra, aire, luz y una cepa que se los asimile. El mismo racimo tendrá que someterse á un trabajo artificial antes de convertirse en vino; ¿pero quiere decir esto que Dios, habiendo determinado las condiciones ordinarias de la producción del vino, no tiene derecho á libertarse de las leyes asignadas á la naturaleza?

No por cierto. Creador único de las causas, puede, cuando quiere, producir inmediatamente los efectos encerrados en aquéllas, sin recurrir á unos medios que, en su calidad de dueño absoluto, multiplica, abrevia ó suprime á su beneplácito. En buena lógica, el que crea directamente la viña, puede crear también directamente el vino.

Por lo demás, los testigos y los instrumentos del prodigio se abstuvieron de todas estas inútiles consideraciones. Para Jesús, los criados eran desconocidos, y, por consiguiente, personas que ninguna razón tenían para ayudarle á dar, como se ha supuesto, una alegre broma. Testigos sorprendidos y desinteresados, debieron afirmar sencillamente el prodigio. «Ahora—dijo Jesús con el acento de la bondad que se aplaude á sí misma,—sacadlo y llevadlo al maestresala.» Su objeto era el de establecer así á los ojos de los concurrentes que, de repente y á medida

que se vertía el agua, Él había producido no solamente mucho vino, sino también un vino exquisito. Ellos hicieron lo que se les mandaba.

Tratándose de convites públicos dados por familias acomodadas—y esto era lo que ocurría aquí,—sobre los criados ordinarios había un intendente encargado de presidir la distribución de los platos y de las bebidas [1]. No se sentaba á la mesa con los convidados, sino que iba y venía, vigilándolo todo y regulando el servicio, conforme á las necesidades de la asamblea. Á este maestresala, pues, llevaron los criados, en la vasija que servía para llenar las copas, el vino que acaban de sacar de las urnas. Apenas hubo probado el maravilloso líquido, cuando el maestresala, ignorando de donde lo habían sacado, llamó al esposo, y á solas, pero con la importancia que se dan esta clase de personas, le dijo: «Todos sirven al principio el mejor vino, y después que los convidados han bebido bien [2], sacan el que es más flojo [3]; mas tú, al contrario, has reservado el buen vino para lo último.» Es preciso reconocer que tenía razón el maestresala; pero ¿de dónde salía aquel vino tan exquisito? No podía haberlo introducido fraude alguno en las urnas de donde se sacaba, porque si en realidad el maestresala no había visto llenarlas, porque se hallaban fuera de la sala del banquete, los criados estaban seguros de no haber colocado en ellas sino agua hasta que se derramase. La conclusión se imponía: el agua se había convertido en vino, y vino delicioso. Luego había allí un hecho fuera de las leyes de la naturaleza, un milagro, un signo que manifestaba la gloria de Jesús.

Fué el primero de todos. Á su vista quedaron los discípulos profundamente conmovidos y creyeron en Él.

El resto de la concurrencia estaba formada por un nú-

---

(1) Pollux, *Onomast.*, III, 41; VI, 13; Heliod., VII, 27.

(2) Las palabras que se permite emplear el intendente, ὅταν μεθυσθῶσιν, pronunciadas en un tono de chanza bastante impertinente, habrían de traducirse: *cuando están ebrios.*

(3) Plinio, *H. N.*, XIV, 13, y Marcial, *Epigr.*, I, 24, mencionan esta costumbre de los antiguos, hoy absolutamente modificada.

cleo demasiado bullicioso ó sobrado irreflexivo para dar al acontecimiento la importancia que merecía. Después de la primera emoción de regocijo y gratitud, preocupáronse ante todo de honrar el presente milagrosamente ofrecido. De igual manera come y bebe la generalidad de los hombres cada día lo que Dios hace nacer, sin pensar siquiera en levantar la cabeza, movidos por el reconocimiento, para bendecir la mano que con tanta generosidad concede tales beneficios.

CAPÍTULO III

Jesús afirma su autoridad en el Templo, durante las fiestas de la Pascua

Jesús huésped en Cafarnaúm y peregrino en Jerusalén.—Los vendedores en el Templo.—Acto de autoridad.—Emoción de los discípulos.—Objeciones de los judíos.—El signo del Cristo: *Destruid este Templo.*—Actitud de los judíos, presagio de lo por venir. (*Juan*, I, 12-22).

Habitaban los nuevos discípulos, como ya lo hemos indicado, en la costa noroeste del lago de Genesaret. Esta región, la más poblada y rica de Galilea, veíase constantemente frecuentada por los viajeros que iban y venían de Siria á Palestina y del Haurán al mar. Predicando Jesús allí la Buena Nueva estaba seguro de que su palabra apasionaría rápidamente á los espíritus y se difundiría por todas partes.

Dirigióse, pues, con sus discípulos á las orillas del lago. Su propia familia, deseosa de contemplar lo que quería hacer, siguióle allá. La nueva actitud que tomaba era para preocupar á cualquiera. Estableciéronse en Cafarnaúm, y Pedro, que estaba casado allí, tuvo probablemente el placer de brindar á todos hospitalidad en casa de su suegra. Por lo demás, la estancia no debía ser larga.

La higuera á cuya sombra vimos sentado á Natanael indica que se estaba en primavera y que se acercaban las fiestas de la Pascua. Todo obligaba á Jesús á celebrarlas en Jerusalén, no tan sólo como peregrino, sino también como Mesías. Galilea, es cierto, parecía dispuesta á escuchar el llamamiento divino; pero no pertenecía á ella

la influencia preponderante en las cuestiones religiosas. Ante todo era preciso dirigirse á la jerarquía sacerdotal y á los judíos de Jerusalén. Aprovechó, pues, Jesús la ocasión que se le ofrecía de subir á la Ciudad Santa, proponiéndose tal vez, no sondear sus disposiciones, que ya sabía eran detestables, sino rendir homenaje á su primacía y á sus tradicionales pretensiones.

Uniéndose, pues, á las caravanas que se formaban en Galilea, subió á Jerusalén para la celebración de las fiestas de la Pascua. De Él había dicho el Profeta: [1] «Y pronto vendrá á su Templo el dominador á quien buscáis. He aquí que llega. ¿Quién podrá sostener el día de su venida? Será como el fuego que purifica,... limpiará á los hijos de Leví y los purificará.» ¡Cuántas veces, seguramente, había subido al Templo el joven carpintero de Nazaret, contemplando con profunda tristeza los abusos que allí se cometían y contra los cuales había de estallar, andando el tiempo, su justa indignación! Sólo que, en aquella época, se presentaba allí únicamente como un piadoso israelita, sin la misión de reprender á los hijos de Leví, guardianes naturales de la casa de Dios, y menos aun con la idea de sustraerse á su autoridad. Hoy, en cambio, es el Hijo que visita el palacio de su Padre, el dueño que va á reconocer su propia casa. Su deber consistirá en denunciar la abominación de la desolación en el lugar santo, y reivindicar los derechos de Dios tan vergonzosamente desconocidos.

Componíase el Templo, como dijimos ya en otra parte, de una serie de recintos, de los cuales el más exterior llamado atrio de los gentiles, era el único que se abría á los prosélitos extranjeros que acudían á prestar homenaje á Jehová. Allí, á lo largo de un inmenso pórtico, cuya parte meridional era particularmente rica y espaciosa, habíase establecido, con la aprobación de la autoridad sacerdotal, un verdadero mercado. Mercaderes y cambis-

(1) *Malaq.*, III, 1-3.

tas [1] tomaban libremente asiento bajo las techumbres de madera de cedro perfectamente labrada, sobre las baldosas de vistosos colores, y á través de una doble ó triple serie de columnas de mármol. Al principio vendíase solamente el incienso, el vino, el aceite y la sal necesarios á los sacrificios; mas se acabó por introducir allí las mismas víctimas que debían inmolarse; de manera que aquel lugar, único reservado en la casa de Dios á los gentiles, hallábase invadido por rebaños de bueyes, ovejas y terneras, atronado por la gritería de codiciosos especuladores y manchado con sus prevaricaciones.

Semejante espectáculo sublevó el alma tan religiosa de Jesús. Nadie podía lamentar con mayor energía que Él lo mucho que había de indecoroso en esta profanación. De repente brillan sus ojos como un rayo, su terrible voz apaga el ruido de la muchedumbre, y su mano, armada de un látigo que improvisa con un manojo de cordeles recogidos al azar, se levanta amenazadora contra los sacrílegos profanadores. Nada resiste á su santa ira; echa fuera del Templo los rebaños de bueyes y ovejas; arroja por el suelo el dinero de los cambistas y derriba por tierra sus mesas. Los mercaderes de palomas son los únicos que en esta confusión son tratados con menos severidad. Estaban allí en beneficio del pueblo pobre, y Jesús se contenta con decirles: «Sacad todo esto de aquí; no hagáis casa de tráfico de la mansión de mi Padre.»

Ninguno de los vendedores pensó en resistirle ó en recriminarle; tan grandes eran el poder de convicción y la autoridad del que hacía aquella demostración, y tan naturales debían de ser al mismo tiempo la vergüenza y la confusión de los que se permitían tan censurables abusos. Si el perfecto sentimiento del derecho multiplica en un hom-

(1) Los cambistas tenían á disposición de la gente monedas de toda clase para facilitar las operaciones mercantiles, y especialmente para cambiar las monedas extranjeras por la moneda sagrada, única aceptada por el sacerdocio en nombre de Jehová, como capitación fijada por Moisés (*Éxodo*, XXX,13).

bre la fuerza moral y física, debe reconocerse también que la conciencia de una falta evidente hace á los otros cobardes y tímidos. El que reivindicaba el respeto para la casa de su Padre estaba solo; pero dió buena cuenta de toda una muchedumbre.

Al verle tan valeroso y terrible, pensaron sus discípulos en el Justo de la teocracia cantado por el Salmista [1], y cuyo espíritu el partido de los Celadores trataba de hacer revivir y prevalecer. Juzgaron, pues, que su terrible divisa: «El celo de tu casa me devora», convenía perfectamente á Jesús. En efecto, el tipo profético de este celador del Señor, hallaba en el Mesías su más perfecta realización. Un cotejo tan natural debía fortalecer la fe de aquellos á cuyo pensamiento había acudido.

Los judíos, por el contrario, después del primer movimiento de sorpresa, y aun de asombro, se metieron en el peligroso callejón sin salida del raciocinio y de la objeción. El acto de purificación que acababa de ejecutar Jesús era ante todo religioso, se recomendaba inmediatamente á la conciencia y se legitimaba por sí mismo; pero aquellos casuistas, amantes de sutilezas, no queriendo contentarse con la evidencia del derecho, pidieron algo que apoyase la evidencia, un signo, para poder discutir en seguida el signo mismo y perder así de vista la luz que ninguna necesidad tenía de demostración. «¿Qué signo nos das—le dijeron—para obrar de esta manera?» Y Jesús, clavando en ellos una profundísima mirada, y con palabra súbita que sobrepujaba la inteligencia de sus oyentes: «Destruid este Templo—exclamó,—y en tres días lo reedificaré.» Nunca quiso prometer á la incredulidad otro signo que el del profeta Jonás. Lo ofreció porque entraba en el plan divino y porque el concederlo no era rendirse á una solicitación análoga á las que había sufrido de

(1) *Salmo* LXVIII, 10. Este salmo no se refiere directamente al Mesías, puesto que en el versículo 6 se dice: «Oh Dios, tú conoces mi locura y no te son ocultas mis faltas»; pero el Justo teocrático de quien aquí se habla tiene rasgos de semejanza con el Mesías y es, en parte, su tipo profético.

parte de Satanás en el desierto, sino más bien precisar, de antemano y proféticamente, lo que había decretado Dios como parte integrante de la redención.

Por lo demás, ¿podía señalar Jesús entre sus obras ninguna más decisiva que el omnipotente acto por el cual, después de permanecer tres días en el sepulcro, se resucitaría á sí mismo? Sellar con tal milagro toda su misión, ¿qué era sino la prueba más fehaciente de la autenticidad y divinidad de ella? Quien tiene derecho sobre la muerte, bien puede arrogarse el derecho sobre el Templo, y quien sabrá encontrar la vida en el sepulcro, tiene indudablemente derecho á creerse bastante fuerte para reedificar la casa de su Padre.

Pero los oyentes no entendieron la respuesta. Encontrándose, como se encontraban, en el Templo, creyeron que Jesús se refería al edificio material, cuya profanación acababa de castigar. La asimilación del cuerpo del hombre á un templo era superior á las formalistas concepciones de los fariseos. Con mayor razón, aquellos ininteligentes legistas, eran incapaces de sospechar que el cuerpo de Jesús era el más real y augusto de los templos, desde que en él se encerraba la Divinidad personal presente y viva [1]. Tal vez les pasó también inadvertido el gesto por el cual se designó á sí mismo como el templo á que aludía. Sus espíritus se habían fijado irremisiblemente en la primera idea del templo material que su enigmática palabra había evocado, y ya no salieron de aquí.

La respuesta pareció, pues, una mera jactancia; y, como no podían destruir el edificio sagrado para ver si en tres días volvería á reedificarlo el joven carpintero de Nazaret, se contentaron con decirle: «Pues qué, se emplearon cuarenta y seis años en construirlo ¿y tú lo reedificarías en tres días? [2]» No sabemos que Jesús añadiese nada para sacarlos de su error. A los que le preguntan con maligna

(1) *Juan*, I, 14; *Col.*, II, 9.

(2) Sabemos por Josefo, *Antiq*, XV, 11, 1, que Herodes el Grande emprendió la restauración ó reconstrucción del Templo el año décimooctavo de su

intención, les responde de ordinario con una palabra de comprensión difícil. Para penetrar su sentido, es preciso que el corazón sea bueno. Entonces esta palabra se despoja de todo lo que tiene de obscuro, y aparece luminosa, como la verdad, al ojo puro que la examina. Mientras tanto, amigos y enemigos conservaron profundamente grabada en su memoria esta singularísima réplica. Veremos más tarde á los fariseos reprochársela á Jesús ante los tribunales, y aun al pie de la cruz, como verdadera impiedad. También se acordaron de ella los discípulos [1], quienes, después de haberla conservado largo tiempo como una cuestión irresoluble, vieron aclarado todo su sentido con la resurrección de Jesús. Entonces fué cuando comprendieron en las Escrituras, cuya clave les dió el Espíritu Santo, la perfecta concordancia que existía entre los Profetas [2], la palabra del Maestro y los acontecimientos que sobrevinieron. Entonces comprendió su fe, entre muchos otros misterios, que el cuerpo del Salvador había sido el templo de la Divinidad, destruído en el Calvario y reedificado tres días después al resucitar á la vida.

También en aquel tiempo, y desde otro punto de vista, pudo reconocerse cómo la muerte de Jesús, al rasgar el ve-

---

reinado. Ahora bien, empezó á reinar el año 717 de Roma. Por consiguiente, empezó este trabajo en el otoño del 735. El mismo historiador (*Antiq.*, XX, 9, 7) nos dice que se terminó en el reinado de Herodes Agripa II, el año 64 de Jesucristo. Si, como parece natural, se toman á la letra los cuarenta y seis años alegados por los judíos, podemos concluir que el primer año del ministerio público de Jesús coincidió con el 781 de Roma. Ahora bien, puesto que el joven Profeta tenía á la sazón unos treinta años, su nacimiento debería remontarse al 750, dos ó tres meses antes de la muerte de Herodes, que ocurrió en las fiestas pascuales de aquel año. Dejamos ya dicho que esta fecha nos parece la más probable, si bien no es absolutamente cierta. En efecto, de un hombre que ha cumplido los 29 años, puede decirse que ha entrado en los treinta; como también puede preocuparnos la indicación, probablemente defectuosa, pero real, que hace Josefo, en otra parte, *B. J.* I, 21, 1, según lo cual, no empezó Herodes las reparaciones del Templo el año 18, sino el año 15 de su reinado.

(1) Se ve por los *Hechos*, VI, 14, que la repitió San Esteban y se le hizo de ella capítulo de acusación.

(2) *Salm.* XV, 10; *Isaías*, LIII; *Oseas*, VI, 2; *Jonás*, II, 11. Compárase *Luc.*, XXIV, 26, *Hechos*, XIII, 33; I *Cor.*, XV, 4, etc.

lo que ocultaba el Santo de los Santos, suprimía, según las antiguas profecías, el templo judío, arruinaba el mosaísmo, y, con las primeras noticias de la resurrección, fundaba la Iglesia naciente. También hubo en esto otra realización de las palabras del Salvador, si bien, dígase lo que se quiera, menos directa que la primera y más controvertible en las condiciones de su cumplimiento.

Si el Mesías, mostrándose en su autoridad real, hubiese sido aclamado por Israel, la purificación del templo hubiera sido el signo de la purificación de la nación entera, y la vida pública del Salvador se hubiera manifestado bajo otro aspecto.

Empero la violenta protesta que suscitó hizo ver que no se establecería el reino mesiánico por un acto de esplendor, sino en la humildad, tras larga lucha, con paciencia y dolor.

CAPITULO IV

Conversación con Nicodemo

Jesús ejerce su ministerio fuera del Templo.—Viva impresión que causa en las multitudes.—Nicodemo.—Su visita durante la noche.—Conversación acerca del segundo nacimiento.—El agua y el Espíritu.—Revelación de los grandes misterios.—La serpiente de bronce.—La redención por el Hijo.—Efecto de la conversación con Nicodemo. (*Juan*, II, 23-25, y III, 1-21.)

Jesús, en efecto, va á reducir su misión á una actividad llena de reserva. La hostilidad que ha suscitado en el partido jerárquico presagia las más insuperables dificultades. No habiendo conquistado por asalto, en el arrebato del primer entusiasmo, la masa teocrática, le pondrá pacientemente sitio en toda regla.

Desde entonces no es ya en el Templo, sino en la calle, en medio de las turbas, donde establece el centro de su acción mesiánica. Allí habla y obra, y los numerosos milagros [1] en que apoya sus discursos, producen vivísima impresión en las multitudes llegadas para la celebración de las fiestas de la Pascua.

Su nombre está en todos los labios, y aun hay algunos que creen en su misión; pero, según dice el Evangelista [2], no se confía Jesús á estos primeros testimonios de su fe. Co-

---

(1) No se especifican estos milagros, pero más tarde veremos una alusión á ellos, *Juan*, IV, 45.

(2) Creían los judíos, ἐπίστευσαν, en Jesús, y Jesús no creía en ellos, οὐκ ἐπίστευεν. Con este juego de palabras demuestra Juan sobre todo una perspicacia notabilísima. Creen aquellos porque ven las obras exteriores de Jesús; Éste no cree, porque penetra en el fondo de su naturaleza, y, después de haberse entregado desde el primer momento á los generosos y sinceros galileos, convertidos en discípulos suyos, se mostrará reservado con prosélitos á quienes aprecia mucho menos. Esta es la diferencia que establece tácitamente el discípulo.

nociendo á fondo las almas que le aclaman, como conoce el padre de familia las tierras sometidas á su cultivo, sabe perfectamente el Salvador que las más lisonjeras apariencias conducirán á la más triste decepción.

Falta profundidad á la capa vegetal. No hay que contar con superficiales impresiones. Pero si descubre, entre la masa, alguno mejor dispuesto, no vacilará en acogerle favorablemente é iniciarle en los secretos de la revelación religiosa.

Por esta razón se dispone á descubrir los grandes horizontes de su doctrina á Nicodemo, que había ido á consultarle, y, tal vez, á asegurarse también de si sería el Mesías anunciado por Juan Bautista.

Era Nicodemo personaje muy notable en Jerusalén [1]. Miembro del Gran Consejo, reputado por su ciencia de las Escrituras y perteneciente á la poderosa secta de los fariseos, había algún mérito en su ofrecimiento como prosélito, pues arriesgaba, con su aproximación á Jesús, la popularidad de que gozaba.

Sin embargo, sólo fué valiente á medias, por que, á fin de no comprometerse, aprovechó la noche para efectuar su entrevista con Jesús. Hallábase el Mesías á la sazón con sus discípulos predilectos; é indudablemente, como testigo inmediato, uno de ellos, Juan, nos pudo transmitir la entrevista del sanedrita con el joven rabí galileo.

«Maestro—dijo Nicodemo para introducirse,—sabemos que eres un doctor venido de Dios, porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, si Dios no está con él.» Habla, pues, no tan sólo en su nombre, sino en el de varios que participan de sus preocupaciones. De los prodigios que comprobaron él y algunos de sus amigos, han con-

(1) Esto significa la palabra ἄρχων. El Talmud habla de un Nicodemo llamado también Bunai, jefe de una de las más poderosas familias de Jerusalén, que habría sido discípulo de Jesús, y que habiendo sobrevivido á la ruina de la Ciudad Santa, acabó con todos los suyos en una gran miseria. Véase *Delitzsch, Zeitschr, f. Luth. Theél*, 1854, pág. 643. ¿Es éste el mismo personaje? Uno de nuestros Evangelios apócrifos, que contiene los *Acta Pilati* y el *Descensus Christi ad inferos*, se titula *El Evang. de Nicodemo.*

cluído que la enseñanza de Jesús era del cielo. Nada más lógico, ya que el milagro es el signo de Dios; y, cuando se fija, como un sello divino, en el discurso de un hombre, es porque Dios acepta la responsabilidad de este discurso. Tampoco halla Nicodemo dificultad en reconocer que, al lado y por encima del doctorado oficial de la sinagoga, puede haber un doctorado aparte, trascendental, puesto por Dios mismo fuera de las formas pedagógicas. He aquí por qué saluda al carpintero de Nazaret con el título de rabí y va á consultarle como á un maestro.

Si Jesús no hubiese sido más que un joven entusiasta, hubiera experimentado y manifestado vivísima alegría al recibir el homenaje que, en su nombre y en el de sus colegas, le tributaba uno de los principales personajes de Jerusalén, y hubiera empleado toda suerte de miramientos para asegurarse tan importante prosélito. Sin embargo, nada hizo, porque su línea de conducta distaba mucho de tener por norma estas habilidades humanas.

Ha venido para instruir, y no para llenar de lisonjas á los que ha de salvar. Puesto que Nicodemo se presenta como discípulo, debe contentarse con escuchar, y Jesús, cortando desde el principio la argumentación en que parecía complacerse el doctor judío, pero que Él debía encontrar superflua, le contestó: «En verdad, en verdad—dijo, entendiendo que con esta fórmula suprimía todas las falsas ideas del fariseo,—que no puede ver el reino de Dios quien no nazca de nuevo[1].» La teoría es radical. Nada debe quedar de todo hombre, y más particularmente de este Nicodemo tan piadoso, de este fariseo respetado, de este poderoso á quien todos aprecian. Es preciso volver á nacer, es decir, ser hecho de nuevo, para poder ver útil-

(1) La palabra ἄνωθεν ha sido tomada por muchos como significando *de lo alto, de Dios, del cielo*, y de hecho, en III, 31; XIX, 11, 23, tiene este sentido. Pero, en este caso, es difícil de explicar el falso sentido que Nicodemo da á las palabras de Jesús. La Vulgata parece que traduce mejor diciendo *denuo*, porque con frecuencia, y aquí se da este caso, significa *desde el origen, de nuevo*, como si se volviese á empezar. En los *Acta Pauli* dice Jesús á Pedro: «Voy á Roma para ser crucificado de nuevo (ἄνωθεν).»

mente y abordar el reino de Dios. Este extraordinario sentido de la vida espiritual sólo será, en efecto, concedido á los que ya han nacido á la nueva vida.

Muy mal debía sonar esta doctrina en los oídos de un fariseo. Admitir que ni siquiera se halla uno en condiciones de ver el reino de Dios, cuando se creía inscrito ya oficialmente y aun incorporado á él; condenarse, no solamente á nuevas prácticas de perfección, sino á una existencia absolutamente nueva; reconocer, en fin, que se encuentra uno sumido en el pecado y en las tinieblas, cuando se había imaginado puro y en la luz divina, ¿no era excesivo? Así, Nicodemo, no entendiendo nada de la teoría de Jesús, y deseando alguna aclaración, replica con una especie de sencillez irónica: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo [1]? ¿Por ventura puede volver al seno de su madre y nacer de nuevo?» La imposibilidad es tanto más notoria, cuanto, siendo viejo, no tendrá ya madre. Pero Jesús, sin preocuparse de la objeción, vuelve á tomar el hilo del discurso, precisando, con todo, los dos elementos reales de la regeneración: «En verdad, en verdad, te digo que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere renacido de agua y de Espíritu Santo.» La primera vida del mundo salió del Espíritu que cubrió las aguas en los días de la creación; la vida nueva saldrá también del agua y del Espíritu.

El bautismo es, en efecto, la puerta por la cual hay que entrar en la sociedad cristiana; con este signo exterior señala la Iglesia á sus hijos. Mediante la inmersión en el agua lustral, proclamará el neófito que muere para el mundo y su espíritu, para empezar la nueva vida. Y, de hecho, saldrá de ella en condiciones diferentes de las en que había entrado, despojado de sus perversas inclinaciones y transformado por el arrepentimiento; puesto que el bau-

(1) ¿Se da Nicodemo á sí mismo el calificativo de viejo? Nada obliga á admitirlo. En todo caso, si realmente era viejo, sería difícil admitir, con el Talmud, que vió la ruina de Jerusalén.

tismo no es solamente el signo de la purificación sino también la expresión simbólica de la penitencia. Esto, sin embargo, sería solamente un nacimiento negativo, ó, por mejor decir, sencillamente una muerte. Necesario es que sobrevenga también el Espíritu de Dios y sople la vida, las virtudes, las actitudes nuevas, en esta alma en que el arrepentimiento ha suprimido lo pasado y que, muerta para el mal, quiere vivir en gracia y santidad. Así es como constituyen el agua y el Espíritu los dos principios de la regeneración religiosa; aquélla indicando las disposiciones requeridas en el alma del hombre, éste como agente creador que difunde en ella la vida. Gracias al uno y á la otra, el hombre renacerá. Puesto que hay en nosotros dos existencias, una carnal y otra espiritual, nada más lógico que distingúir un doble nacimiento. «Lo que es nacido de carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es»—añade el Salvador.

Pero siendo esto así, ¿qué puede hacer Nicodemo para su propia regeneración, cuando sólo ha de esperarla del Espíritu Santo? «No te asombres—prosigue Jesús,—porque te he dicho: es necesario que volváis á nacer. El viento sopla donde quiere, y oyes su voz [1]; mas no sabes de dónde viene ni adónde va. Esto ocurre á todo hombre que renace del Espíritu.» No es suficiente la libertad humana para operar nuestra regeneración, preciso es que el soplo de la gracia fecunde sus esfuerzos. Como viento poderoso, sobreviene el Espíritu de Dios para llevar á cabo su obra. No es posible decir de dónde sale ni adónde va; pero se le siente, se le oye en el fondo del corazón, y, de repente, es transformado y regenerado el hombre bien dispuesto. El hecho se comprueba; no se pronuncia sobre él la última palabra.

En aquel momento, como entendiese Nicodemo cada vez

(1) ¿Pensaba Jesús, cuando por analogía tomaba su imagen del viento, en *Eccles.*, XI, 5, ó es que realmente oía soplar el viento por las calles de Jerusalén? Poco importa. De hecho, la comparación es muy propia, por caracterizar la acción misteriosa, súbita y creadora del Espíritu Santo.

menos estas teorías tan trascendentales, no fué dueño de contener su admiración. «¿Cómo puede ser esto?»—exclama.—Y Jesús, con profunda compasión, le contesta: «¿Tú eres maestro en Israel é ignoras estas cosas?» (1) Con este leve asomo de ironía quiere hacerle entrever que es preciso buscar la noción de la vida nueva fuera de las pueriles disertaciones de la sinagoga y por encima de la fútil ciencia de los rabinos. Puede ser uno el doctor más venerando en Jerusalén y no saber siquiera una palabra de la cuestión que impera sobre todas las demás en el reino de Dios.

Sin embargo, varios tienen esta ciencia, y, por pequeños é ignorantes que sean á los ojos del mundo, no están menos iniciados en los secretos del cielo. En ellos se personifica ya el reino del Padre. Helos agrupados fielmente en torno del Hijo. Todo está más adelantado de lo que supone Nicodemo. La nueva Iglesia hállase ya fundada y mejor instruída que los doctores del Sanedrín. «En verdad, en verdad te digo,—prosigue Jesús,—que lo que sabemos, eso hablamos; y lo que hemos visto, atestiguamos, y no recibís nuestro testimonio.»

De esta manera expresa el Maestro la gran alegría que experimenta por no ser Él solo quien representa ya á la Iglesia naciente. Hace hablar con Él á los que le están unidos por la fe. La comparación y el contraste que establece entre ellos y los judíos, se convierte en un argumento perentorio. Nicodemo, el sabio, el doctor, busca todavía la luz que han visto ya y van á propagar unos pobres pescadores de Galilea, los cuales penetran de repente con su mirada las profundidades del cielo.

Humildes y pequeños, han creído con toda sencillez. Los orgullosos doctores de la Sinagoga son incapaces de seguir su ejemplo, aun cuando se trate de sencillas verdades religiosas que tienen su apoyo en la conciencia huma-

---

(1) Y, sin embargo, se hallaban indicadas en *Salmo* CXLII, 10, 11; *Jeremías*, XXXI, 33; *Ezeq.*, XXXVI, 26-28, etc.

na y en la experiencia íntima de los corazones piadosos. ¿Qué sucederá cuando se trate de misterios superiores, que habrá que admitir bajo una simple afirmación y sin poder penetrar en el insondable por qué? «Si no me creéis cuando os hablo de cosas terrenas—dice Jesús,—¿cómo creeréis cuando os hable de las celestiales?» Tanto más cuanto, en este orden de ideas, no podrá tener ninguna comprobación su palabra, porque «nadie ha estado en el cielo, sino quien del cielo ha descendido, el Hijo del hombre que está en el cielo.»

Nada más dijo Nicodemo; tan sorprendido estaba del magistral lenguaje de Jesús. Como Job ante Jehová parece murmurar: «Soy demasiado pequeño. ¿Qué diré? Hablé una vez, pero ahora sello mis labios.» Así, el Maestro, conmovido de su humildad, se determina á revelarle la serie de ideas que son el resumen del Evangelio. Ya ha dejado entrever la naturaleza divina del Mesías, su preexistencia eterna, y, por consiguiente, la Encarnación del Verbo; réstale hablar de la Redención y de la realización definitiva del plan divino sobre las dos grandes familias de la humanidad: los creyentes y los impíos. «Sí—prosigue; —como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es preciso [1] que sea levantado á su vez el Hijo del hombre, para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.» Cese Israel de buscar al Mesías en la gloria y en el poder, pues sólo tendrá un Mesías elevado sobre una cruz. En la ignominia más profunda encontrará el Enviado de Dios su gloria más verdadera. Si Nicodemo y el partido de los fariseos, á quienes él representa, abrigan otras miras, preciso es que muden de pensar.

No es posible desconocer la analogía característica y sorprendente que existía entre el símbolo de la serpiente, suspendida en el madero del desierto, y el Hijo del hombre crucificado. En efecto, del mismo modo que la serpien-

(1) Aparece aquí por vez primera el inexorable *es preciso* (δεῖ), impuesto por la justicia divina. Volveremos á encontrarlo más tarde en *Mat.*, XVI, 21; *Luc.*, XXIV, 20.

te de bronce fué sólo una imagen de las serpientes verdaderas, así el Hijo del hombre será sólo una imagen de los pecadores, sin ser realmente pecador. Aquélla evocaba la idea del mal para suprimir el mal; éste llevará el pecado en su suplicio, para suprimir el pecado. Finalmente, el israelita que miraba la serpiente de bronce, quedaba curado de las heridas mortales que había recibido; el pecador que, con el ojo de la fe mira al Hijo del hombre *hecho pecado* por la humanidad, se despoja de sus propias manchas y vuelve á encontrar la vida.

¡Qué grito de reconocimiento, y, sobre todo, cuán generosas virtudes debía provocar tal bondad entre los hombres! «Sí—añade el Maestro;—[1] porque de tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo unigénito; para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna.» Del Padre, pues, parte la salvación; no es preciso que el Hijo le arranque el perdón á viva fuerza, puesto que ansioso estaba el corazón del Padre de poder concederlo [2]. Porque el Padre amó siempre al mundo como se ama á un hijo descarriado. Le amó, no tan sólo en una raza ó en una nación, sino en todo el conjunto; le amó hasta darle su propio Hijo para asegurar su salvación. Abraham había ofrecido á Jehová su propio hijo, y Jehová no lo aceptó. Esta vez, es Jehová quien ofrece al mundo el suyo, y el mundo le acepta y le mata, á fin de asegurar por este mismo crimen su propia redención; por-

(1) Por más que digan algunos exégetas, continúa aquí el discurso de Jesús y no el comentario que, según ellos, dedicaría el Evangelista á las palabras del Maestro, desde el vers. 16. Por muy penetrante que sea la imagen de la serpiente de bronce, no puede detenerse en ella la enseñanza del nuevo doctor, sino que debe conducir más lejos á su interlocutor, y, á través de las consideraciones generales sobre el juicio y las condiciones personales de la salvación, despedirse de él con una palabra consoladora á propósito de *los que obran la verdad y buscan la luz*. El diálogo se transforma indudablemente en monólogo, pero hay que convenir en que, cuantas más razones tenía Jesús Salvador para hablar, otras tantas tenía también Nicodemo para callar, anonadado por la sublimidad de lo que oía. No son serias las dificultades creadas por los verbos en pasado en el vers. 19, ni por las palabras empleadas por Jesús y que parecen formar parte del vocabulario característico del Evangelista.

(2) Comp. II *Cor.*, V, 88.

que tan admirable es la misericordia de lo alto, que el mundo, uniéndose con un acto de fe eficaz á Aquel mismo á quién inmoló, se proporcionará la vida eterna. «Porque no envió Dios su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.»

Tomando en sentido material ciertos pasajes de la Escritura [1], creían los judíos que el Mesías había de venir á juzgar y aniquilar á las naciones. Jesús dió á entender que no era esta su misión. Venía para la salvación de todos, y sólo no se salvarán los que no quieran recibirla de Él. A los hombres, pues, les toca escoger por sí mismos su destino, dando ó rehusando su fe; de esta manera se hará más fácil la elección y nada tendrá de odioso el papel del Mesías.

«Quien crea en Él no será juzgado; mas el que no crea, ya ha sido juzgado; per el hecho mismo de no haber creído en el nombre del Unigénito Hijo de Dios.» Por su incredulidad, demuestra el impío que se ha entregado al error y á la maldad. Ordinariamente, en efecto, el estado moral determina la actitud de cada uno con relación á la luz, y, por consiguiente, precisa las dos categorías de hombres de que se compone la humanidad. Los que huyen de la luz prueban que tienen necesidad de ocultar, en las tinieblas, sus obras de iniquidad, y los que la buscan, declaran que no tienen de qué sonrojarse en sus aspiraciones y en sus actos. El juicio procede de este modo: «Vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas. Ahora bien, todo hombre que obra mal, aborrece la luz, y no viene á la luz, para que sus obras no sean vistas; mas el que obra verdad, viene á la luz, para que sus obras sean bien visibles, porque son hechas en Dios.» Había en estas palabras algo de consolador y aun de halagüeño para Nicodemo, cuyo estado moral describían; porque, en efecto, el piadoso israelita ha ido á buscar la luz, y permanece junto á ella, á pesar de todo lo que ha oído opuesto á sus ideas ó de hu-

(1) *Salm.* II, 9; *Mal.*, IV, 1, etc.

millante para su persona. Esto demostraba que su alma era recta y que tenía sed de justicia y de verdad.

Todo induce á creer que, concluído el coloquio, el sanedrita volvió á su casa, muy preocupado de lo que acababa de oir. Desgraciadamente, como sucede á ciertas almas rectas y buenas, no tenía gran valor, y nunca se atrevió á decir en público lo que pensaba de Jesús. A duras penas, para salvarle la vida, pronunciará más tarde algunas palabras de benevolencia, pero sin insistir, y con una especie de indiferencia que nada tendrá de comprometedora. Sólo por la catástrofe del Calvario sufrirá una transformación aquel carácter pusilánime y sin energía. Pero entonces, como si se sonrojase de su debilidad pasada, aquel hombre que iba en secreto á conversar con Jesús en vida, le reclamará, muerto, á sus enemigos, y, con esforzado valor, se juntará á José de Arimatea para tener el honor de proceder á su sepultura, La vista de la cruz le recordará la serpiente de bronce levantada entre el cielo y la tierra; y, confirmando definitivamente su fe esta sangrienta realización de la simbólica imagen, evocada en otro tiempo por Jesús, sabrá él demostrar todo su afecto en la misma hora en que los demás se muestren incrédulos é ingratos.

CAPÍTULO V

Jesús en los campos de Judea.—Último testimonio del Bautista

Bautizan en Judea los discípulos de Jesús.—Recriminaciones de los de Juan, que bautiza en Enón.—Noble respuesta del Precursor.—Él es el Paraninfo, y Jesús el Esposo de la nueva sociedad.—Impónese su testimonio categórico y auténtico á los que quieren evitar la ira de Dios. (*Juan*, III, 22-36).

Ignoramos cuánto tiempo se detuvo Jesús en Jerusalén después de la conversación con Nicodemo. El Evangelista se contenta con decir que, seguido de sus discípulos, dirigióse á la campiña de Judea. Natural era que, después de haber evangelizado la capital, quisiera ejercer su acción en los buenos habitantes de la provincia. Puesto que el bautismo es el signo de la penitencia, y la penitencia la puerta del reino celestial, dió Jesús á sus discípulos orden de bautizar, como lo hacía Juan. De este modo debían concurrir todos, paralelamente, al desarrollo de la agitación religiosa, y preparar el advenimiento del Mesías.

Siguiendo el consejo del Maestro, los discípulos bautizaban solos, pues Él no bautizaba. No tenía que mezclarse directamente en un bautismo que no era el suyo, sino simple reproducción del del Bautista, y figura del que debía instituir más tarde. Y, en efecto, el bautismo de agua al cual iba unido inseparablemente el del Espíritu, fué prescrito por Jesús después de la Resurrección é inaugurado solemnemente en la Pascua de Pentecostés.

Por aquel entonces, el Bautista había abandonado las orillas del Jordán y se había retirado á Enón, cerca de

Salim [1], dos lugares desconocidos, pero que parece poco razonable buscar fuera de Judea. Había allí ricos manantiales de agua que le facilitaban la cómoda administración de sus lustraciones simbólicas. Tal vez procuraba también ponerse allí á cubierto de la ira de Herodes, cuya incestuosa conducta condenaba animosamente [2]. Jesús

(1) No están de acuerdo los autores acerca de la posición geográfica de Enón. Las indicaciones del Evangelio no son suficientes para que podamos determinarla con fijeza. Sin embargo, hay algunos lugares que desde luego deben eliminarse, como son: 1.º, todos los que se han supuesto en Perea, pues, dirigiéndose los discípulos al Bautista, indican que Enón se hallaba en el lado opuesto de esta provincia y en las tierras al occidente del Jordán, *Juan*, III, 26; comp. con I, 28; y 2.º, todos aquellos en que se encuentre falta de agua abundante, puesto que el texto precisa que había mucha en aquel lugar. Este mismo detalle, dado como característico, parece excluir la serie de manantiales que pueden encontrarse á orillas del Jordán. Además, si se hubiera hallado el Bautista en la vecindad del río, ocurriría preguntar por qué no bautizaba en el propio río. Enón, pues, y Salim deben buscarse en lo interior de las tierras, por más que digan Eusebio, S. Jerónimo, *Onomast.*, y *Epist.* LXXIII *ad Evang.*, y San Silvio, *Peregr ad Loc. S.*, quienes los colocan á 8 millas al sur de Scifopolis. ¿Será posible identificarlos con Salim y Ainún, al este de Naplusa, en el corazón mismo de Samaria, como quieren Robinson y Conder? Dejando aparte la distancia (7 kilómetros), que prohibe colocar á Ainún y sus fuentes *junto á* Salim, es evidente que Juan no pudo haber transportado su ministerio á un pueblo especialmente maldito de los judíos, sin condenarse á hacer estéril este ministerio para Israel. Debemos, pues, buscar en Judea el pueblo de Enón; ya que, por otra parte, no podemos remontarnos hasta Galilea. Alguien ha insinuado, como el verdadero lugar, á Silhim-Ain, mencionado en *Jos.*, XV, 32; XIX, 7; pero, en la frontera meridional de Judea, sólo encontramos agua de pozo, y aun muy poca. No podría hallarse en ellos justificado el πολλὰ ὕδατα. ¿Por qué no pensar en los magníficos manantiales que, á 8 k. al sud de Belén, alimentan las cisternas de Salomón? Uno de ellos lleva el nombre de Ain-Saleh, conservando, tal vez, el recuerdo de Ainún y de Salim. Sabido es que las aguas son abundantísimas en ellos, y que Juan se encontraba allí junto al camino de las caravanas y al abrigo de un atentado de Herodes. Esta hipótesis permite encontrar á Enón, conforme las indicaciones evangélicas, al otro lado del Jordán (v. 26), en Judea, donde bautiza Jesús (v. 22), y explica al lector cómo pudieron entablarse discusiones con los judíos (v. 25). Admitiendo esta identificación, que somos, quizá, los primeros en proponer, Jesús habría evangelizado la Judea meridional, Belén, Hebrón, y podría decirse que no hubo parte alguna de Palestina que fuese excluida de su acción religiosa.

(2) El autor del cuarto Evangelio hace, en el vers. 24, esta significativa advertencia: «Porque Juan aun no había sido encarcelado.» Indudablemente, es amigo de reflexiones análogas, véase XI, 2, XII, 1; pero aquí parece que trata de disipar un error que la tradición sinóptica podía creer. Según *Mat.*, IV, 12 y *Marc.*, I, 14, podía suponerse que entre el bautismo de Jesús y el encarcelamiento de Juan había mediado sólo un corto intervalo, y que, en realidad, el primer regreso de Jesús á Ga-

habíasele acercado, ya para sostenerle en la lucha que había emprendido y en la persecución que sufría, ya para provocar su último testimonio, porque el Bautista tocaba al fin de su misión.

La vecindad de los dos predicadores y la simultaneidad de los dos bautismos, excitó los celos de los discípulos de Juan, quienes intimaron á uno ó á varios judíos [1] á que dijesen por qué preferían el bautismo de Jesús al de su maestro. Viva debió ser la discusión, pero no fué difícil hacer callar á los discípulos de Juan, objetándoles que, según había declarado el mismo Bautista, Jesús era el gran purificador de la humanidad. Entonces fué cuando éstos, profundamente despechados, fueron á avistarse con el Precursor y le dijeron con alguna amargura: «Maestro, el que estaba contigo á la otra parte del Jordán, y de quien tú diste testimonio, bautiza y todos van á Él.» Pero sus recriminaciones no dieron el resultado que esperaban. Juan distaba mucho de participar de sus inquietudes; al contrario, mientras los escuchaba, se estremecía su alma, no de indignación, sino de alegría. ¿Podía tener un deseo más ardiente que el de ver al Mesías inaugurar su reino y entrar en los campos que él le había preparado? «Nada puede recibir el hombre—respondió,—si no le fuere dado del cielo.» Querer usurpar lo que no le pertenece, sería un crimen. Nació Juan para allanar los caminos al Mesías, no para levantarse como rival suyo. Entre él y Jesús, no puede haber rivalidad alguna, ni siquiera comparación. Hacía ya mucho tiempo que estaba señalada la

---

lilea había coincidido con el encarcelamiento del Bautista, si no es que había sido motivado por él. Pues bien, el cuarto Evangelio restablece con una palabra el verdadero orden cronológico, que San Lucas, por su parte, III, 19, 20, parece no haber querido comprometer, como sus antecesores. Hay dos regresos á Galilea, señalado cada uno de ellos con un milagro en Caná, *Juan*, II, 11, y IV, 54; y sólo después del segundo, empieza sin interrupción el ministerio en Galilea. Si Juan hizo su observación intencionadamente y teniendo á la vista los sinópticos, hemos de convenir en que, no sólo los conocía, sino que se creía con derecho á esclarecer los puntos oscuros que había en su redacción.

(1) Varían las lecciones entre el singular y el plural. La Vulgata leyó *Ιουδαίων*, pero otras autoridades muy graves leen *Ἰουδαίου*.

distancia que los separaba. «Vosotros mismos sois testigos —añadió—de que dije: no soy el Cristo, sino únicamente el enviado que le precede. El que tiene la esposa es el esposo; más el amigo del esposo, que está con él, y le oye, se llena de gozo con la voz del esposo. Así, pues, hoy este mi gozo es cumplido.»

El Bautista toma aquí, de las costumbres de la vida social [1], la imagen que debe expresar su pensamiento; y lo hace con un atrevimiento digno de Ezequiel y de Jeremías.

Las costumbres judías, entre los novios, habían introducido un intermediario, *shoshben*, que debía secundarlos en sus relaciones amorosas. En realidad, el *shoshben* era el que preparaba el casamiento y lo llevaba á término. Empezaba su cometido llevando á la joven los primeros regalos, prendas del afecto del novio, y no terminaba sino cuando introducía solemnemente en la cámara nupcial á la feliz pareja. Allí, de pie junto la puerta, y escuchando la dulce conversación de los dos esposos, se congratulaba de su obra y atestiguaba á todos la alegría por haber logrado hacerlos dichosos. Pues bien, el papel de *shoshben*, amigo del esposo, fué el que desempeñó el Precursor. La nueva sociedad por él preparada no era otra cosa que la prometida del Mesías. Entre ella y Él, sirvió de mediador inteligente y abnegado; y cuando, con sus reiterados testimonios, dejó en los brazos de Jesús á los primeros discípulos, que constituyeron el núcleo de la naciente Iglesia, se congratuló de su obra. Luego, de pie, detrás de la puerta, procura escuchar, á través de los relatos de sus antiguos prosélitos, Juan, Pedro y Andrés, las palabras de amor que cambiaban entre sí el Mesías y la Iglesia, y se muestra completamente satisfecho de haber realizado con tanta perfección su obra. Ahora sólo le resta eclipsarse y dejar-

(1) A decir verdad, más de una vez había sido comparada con la unión conyugal la unión de Jehová con su pueblo, *Is.*, LIV, 5; *Os.*. II, 21. Esta idea reaparece á menudo en el Nuevo Testamento, *Ef.*, V, 32; *Apoc.*. XIX, 2, 7, 9, y responde por completo á una realidad viviente. Jesús alude á ella en la parábola de las Vírgenes, *Mat.*, IX, 15, y XXV, 1.

los abandonados á las efusiones de su dicha. «Es necesario que Él crezca y que yo mengüe,»—añade Juan.—Tal es el orden provincial y lógico. Al principio, el amigo del novio representaba el principal papel; sólo él se manifestaba con sus idas y venidas; el novio permanecía oculto; pero, llegada la hora de la unión, el novio pasa á ocupar el primer puesto y aun el único, en tanto que el amigo procura eclipsarse discretamente. También sus discípulos han de tomar su partido: «El que viene de arriba—prosigue el Bautista, [1]—sobre todo es. El que viene de la tierra, terreno es como el lenguaje que habla.» Por su origen, su naturaleza y su palabra, se separa Jesús de todo lo que viene de la tierra. Es del cielo; no hay que admirarse, pues, de ver agrandarse esta figura sobrehumana y eclipsar á todas las demás. «Y lo que vió y oyó, eso testifica, y nadie recibe su testimonio.»

Sin dar oídos más que á sus celos, habían dicho los discípulos que todos corrían á Él. Juan, atendiendo únicamente á su afecto, declara que nadie va á Él. Insignificante le parece el movimiento religioso que observa, en comparación del que él desearía; y se indigna cuando ve que un testimonio celestial es acogido con tanta indiferencia, y aun con incredulidad. Sin embargo, ¡qué honor para el hombre que se adhiere á la palabra de Jesús! «El que ha recibido su testimonio, reconoce auténticamente que Dios no puede engañarse.» El acto de fe que acoge sus enseñanzas honra directamente á Dios, cuya veracidad reconoce. El enviado sirve sencillamente de portavoz á quien

(1) Suponen varios autores que no es Juan el que habla aquí, sino el Evangelista, quien añade reflexiones propias. Existe, en realidad, una semejanza de estilo y de pensamientos, bastante sorprendente, entre el fin de este discurso y la conversación con Nicodemo. Pero fuera de lo que el redactor de una conversación pone de su parte, como elegancia literaria, puede creerse, que Juan, Andrés y Pedro habían repetido más de una vez á su antiguo maestro las enseñanzas de Jesús, y que el Bautista estaba completamente iniciado en la doctrina del Salvador. He aquí por qué reproduce, con toda naturalidad, varias de sus ideas para completar el testimonio que tributa al rey Mesías. Parte de la enseñanza, en el final de este discurso, concuerda con *Mat.*, III y lugares paralelos.

le envía. Esto es verdadero, sobre todo en el caso presente. Podían otros haber recibido el espíritu de Dios sólo de una manera incompleta, en parte y temporalmente. «Á Jesús no se lo dió Dios con medida. El Padre ama al Hijo y todas las cosas puso en sus manos.» Nadie pudo afirmarlo mejor que Juan, en cuya presencia se cumplió la soberana manifestación del bautismo. «Aquel que cree en el Hijo—concluye, con el acento de amenazadora severidad que caracterizaba al nuevo Elías,—tiene vida eterna; mas el que no da crédito al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él.» Tal fué el testimonio del Precursor, que consigna aquí el Evangelista, con intención, tal vez, de recoger á los discípulos de Juan, diseminados por todos los lugares en donde vivían los judíos de la dispersión, pero sobre todo en Éfeso [1], en donde fué publicado el cuarto Evangelio. Es explícito y debía serlo. Si Israel no oye, es porque han sido cerradas sus oídos por la malicia.

Todavía continuará valerosamente el Bautista desempeñando por algunos días su misión, pero, según dejan entrever sus últimas palabras, no está lejano su fin.

(1) *Hechos*, XIX, 4.

CAPITULO VI

Jesús y la Samaritana

Sube Jesús de nuevo á Galilea.—Sicar en Samaria y el pozo de Jacob.—Conversación con una mujer.—El don de Dios.—El agua viva.—Revelación inesperada.—Cuestión de controversia.—El Mesías es Jesús.—Lección á los discípulos acerca de la siega y los segadores.—Fe de los samaritanos. (*Juan*, IV, 1-42).

La actitud hostil que mostraban los discípulos de Juan y que no pudieron calmar nunca enteramente los más explícitos testimonios de su maestro podían convertirse en un serio obstáculo para el establecimiento del reino del Mesías. Sus recriminaciones, ante los fariseos y el partido jerárquico, contra los que adquirían, entre el pueblo, súbitamente más influencia que la que habían conseguido ellos, exponían á atraer prematuramente las severidades del Sanedrín sobre el joven profeta de Nazaret y su naciente obra. Hubiera sido tiempo perdido pretender persuadirlos de que el bautismo administrado por los discípulos de Jesús—porque Jesús mismo, para distinguirse del Precursor, no bautizaba,—aun cuando era superior á su propio bautismo, no iba por eso contra él. No querían ellos entender que, con su bautismo, preparaba Juan solamente para el reino mesiánico, mientras que los discípulos de Jesús hacían entrar en él y transformaban los penitentes del Precursor en discípulos del Mesías. De aquí su vivo descontento.

No queriendo desperdiciar el bien que podían hacer á la causa santa los partidarios del Bautista, resolvió Jesús ceder la plaza y extinguir todo motivo de celos, alejándose súbitamente. Muy fuerte desengaño debieron recibir los

fariseos, si acaso creyeron explotar esta situación delicada, haciendo experimentar á los discípulos de Juan su inferioridad respeto de los de Jesús. Los dos partidos que ellos pretendían anonadar, se separaban sin haber llegado á las manos, y constituían dos grupos de acción simultánea; el de Juan, que se mantenía en Palestina, y el de Jesús, que iba ocupar el norte.

Á Galilea, efectivamente, se dirigió el Salvador. Debía estar deseoso de volver á encontrarse en medio de aquellas honradas y simpáticas poblaciones, donde veía ya, á punto de nacer, la semilla que, al pasar, había sembrado.

Samaria era el camino más directo entre Judea y Galilea, pero no el más seguro; por eso raras veces se exponían á él las caravanas judías, teniendo motivos sobrados para estar siempre recelosas de los malos procedimientos de los habitantes del país. El camino preferido era el de Perea. Sin preocuparse Jesús de estos odios entre pueblo y pueblo, y queriendo patentizar, desde el principio, que para todos, sin distinción de razas, era la Buena Nueva, entró resueltemente en Samaria.

Llegado á las cercanías de una ciudad que se llamaba Sicar [1], cerca del campo que dió Jacob á su hijo Jo-

(1) Han supuesto varios autores que Sicar y Siquem eran una misma ciudad, pareciéndoles que Sicar era una transformación maliciosa, un apelativo degradante de Siquem. Los que así opinan hacen derivar la palabra Sicar de *schequer* «mentira,» refiriéndose al pasaje de Habacuc, II, 18, ó bien—y con mayor probabilidad—de *schiccor* «borracho,» en recuerdo de los embriagados de Efraím, de que habla Isaías XXVIII, 1. No encontramos, sin embargo, testimonio alguno que apoye la hipótesis de tal transformación, y San Jerónimo cree sencillamente en un error de los copistas que escribieron *Sicar* en vez de *Siquem*. Pero hay motivos para suponer que no se habla aquí de Siquem. El primero de todos es que Siquem distaba 3 kilómetros del pozo de Jacob y que en esta ciudad había muy hermosos manantiales que dispensaban á las mujeres de ir por agua tan lejos. El segundo motivo es que no parece probable que, ciudad tan considerable como Siquem, hubiese acudido á Jesús, por el solo dicho de una mujer, y aun menos que hubiese aceptado en masa la Buena Nueva, lo cual hubiera sido, por cierto, un acontecimiento decisivo. Son, pues, muchos los que suponen, que se trata de una localidad mucho menos importante que Siquem y más cercana al pozo de Jacob. No hay para qué pensar en la actual población de Aschar, que se encuentra al pie del Ebal, atravesada por un canal de agua muy abundante y límpida. Hacia la vertiente septentrional de Garizim es donde hay que buscar

sé [1], detuvo su marcha el divino Maestro. Era poco tiempo después de la Pascua, hacia las doce de uno de aquellos primeros días de estío [2], á cuyo penetrante calor parece que se abrasan los campos. Jesús se sentía fatigado [3]; y como le invitasen á hacer alto la sombra y la frescura del lugar, se sentó buenamente [4] en el brocal de un pozo que había abierto Jacob [5] en el valle. Pues bien, mientras se llegaban los Apóstoles á la ciudad para procurarse víveres, huevos, frutas ó legumbres—pues los rabinos permitían

---

á Sicar, entre los restos de antiguas y miserables contrucciones, ó en los campos del valle en Ed-Duar, á 2 kilometros al S. E. del pozo patriarcal. En estos lugares no se encuentran fuentes. Las ruinas de esta última localidad estaban á punto de desaparecer en 1888.—V. *Notre Voyage aux Pays Bibliques*, vol., II, p. 152. En 1899 vimos que había ya desaparecido.

(1) Al volver de Padán-Araan, situó Jacob su tienda cerca de la ciudad de los siquemitas, y compró á los hijos de Hamor una porción del terreno que ocupaba. (*Gen.*, XXXIII, 18, 19). Más tarde, un acto de violencia de Simeón y de Leví, confirmó, por derecho de conquista, aquella adquisición en un principio pacífica; y, al morir, habló Jacob á José estas palabras: (*Gén.*, XLVIII, 22,): «Te doy una porción, *schekem*, de más que á tus hermanos; conquistélo á los amorreos con mi espada y mi arco.» Emplea el patriarca un retruécano, dando á Siquem en porción, (*schekem*). Se ha hecho, pues, mal en suponer que, en este lugar, se apoya el Evangelista en una tradición falsa, por ser falsa también la interpretación de los LXX que le dió origen. Tan bien habían comprendido los hijos de Jacob á su padre, que, de regreso á Canaán, depositaron los huesos de José cerca de Siquem, en el campo de Jacob, dando después el terreno á la tribu de Efraím.

(2) A lo menos, según el orden cronológico que seguimos, y que parece autorizado por las palabras de Jesús: «Mirad los campos que están dispuestos para la siega.»

(3) Precisa el Evangelista con la palabra κεκοπιακώς que estaba rendido de cansancio.

(4) Esto es lo que indica la palabra οὕτως.

(5) Háblase en el libro del *Génesis* (XXI y XXIV) de pozos abiertos por Abraham é Isaac, y no se menciona el de Jacob. Pero una antiquísima tradición de los judíos y samaritanos remonta á este patriarca el pozo que todavía subsiste. Encuéntrase á media hora de Naplusa. Está construído de piedra en su parte alta y abierto en la roca en su parte baja. Mide diez y ocho metros de profundidad y 2,20 de diámetro. Recientemente ha sido limpiado de los detritus qne se habían ido acumulando en el fondo; la limpidísima agua que bebimos en ella, abril de 1889, era excelente. Los restos de la iglesia edificada en la Edad Media y los de la cripta han sido derribados. Por una escalera se baja hasta la margen del pozo, la misma en que descansó Jesús. Merced á algunas bujías fijadas en dos tablitas, en cruz, es fácil darse cuenta del arte con que fué construída la obra y abierta hasta sus últimas profundidades. Por más que abundasen los manantiales en sus cercanías, creyó Jacoh que no le sería inútil tener un pozo en sus propias tierras, para conservar absoluta independencia en medio de los indígenas.

tomarlos de los samaritanos,—acercóse una mujer del país[1] para sacar agua. En viéndola, sintióse Jesús movido hacia ella, de misericordiosa benevolencia. «Mujer—le dijo con familiaridad,—dame de beber.» Con frecuencia, la demanda de un servicio es el mejor medio para ganar un alma. Quien se lisonjea de haber merecido nuestra gratitud, se nos entrega sin desconfianza y nos escucha con provecho. Por otra parte, el Maestro podía tener realmente sed. Sin embargo, dirigirse de esta manera á una samaritana parecía sorprendente de parte de un judío. ¿Quién podía ser aquel viajero que suprimía de tal manera, sin otros preliminares, el viejo muro de odio y de prejuicios que separaba á dos pueblos vecinos y casi hermanos? La mujer quedó completamente sorprendida; pero como el vestido y el acento del que acababa de dirigirse á ella no permitían dudar de su nacionalidad: «¿Pues qué—replica con aire provocativo, muy en armonía con su carácter,—¿cómo tú, siendo judío[2], me pides de beber á mí, que soy samaritana?» De este modo, ponía maliciosamente de relieve el desdén que manifestaban de ordinario los judíos por los samaritanos, por más que, en el fondo, naturalmente frívolo y escéptico, no le preocupara ello gran cosa. Jesús no le reiteró su demanda, pues la sed material era para Él un incidente sin importancia. Su verdadero objetivo era hablar á un alma y dirigirla después de haberla iluminado. Con dignidad y dulce tono de reproche: «Si supieses—le dijo—el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú, de cierto, le pidieras á Él, y te daría agua viva.» Estas palabras, cayendo gravemente de un alma santísima y ternísima, iluminan en un momento la divina escena que va á desarrollarse aquí. El que las ha pronunciado no es un

(1) Las palabras ἐκ τῆς Σαμαρείας no significan que saliese de la ciudad de Samaria, que se halla á catorce kilómetros N. O. del pozo, sino que era de raza samaritana.

(2) Probablemente en las palabras que le había hablado Jesús, *teni lischekoth*, se hallaba, precisamente, la letra que los judíos (*Jueces*, XII) pronunciaban *sch* y que los samaritanos debían de pronunciar *s*. Con este solo signo, podía juzgar la mujer que su interlocutor no era paisano suyo.

hombre solamente, es el Hombre-Dios, y la mujer á quien Él se dirige es la oveja descarriada que es preciso conducir al redil. ¡Pobrecilla! ¡Si supieses el don de Dios, es decir, la misericordia que ha hecho el Padre al mundo dándole su Hijo, misericordia cuyas influencias vas á sentir tu misma! ¡Si supieses cómo lo ha preparado todo minuciosamente la gracia divina para tu salvación! ¿Por qué has llegado á esta hora, ni más tarde ni más temprano, á sacar agua del manantial del patriarca? Seguramente no has sido tú sola quien ha escogido el momento; te ha guiado también la gracia del cielo, y si el Mesías descansa para esperarte, si tiene sed para hablarte, es también don de Dios.

Y la samaritana, en efecto, empieza á sentirse dominada por aquella gracia divina, que palpita en la penetrante palabra del viajero. No entiende bien lo que se le dice, pero sospecha la superioridad moral del que habla, y con mayor respeto que la vez primera, le contesta: «Señor, no tienes con qué sacarla [1], y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos, y sus ganados...?» Acostumbrado Jesús á elevar el alma de aquellos á quienes se dirige, haciéndola pasar gradualmente de las ideas sensibles á los conceptos de altísima espiritualidad, prosigue su exposición ideal y simbólica: «Todo aquel que bebe de esta agua volverá á tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed. Pero el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.» La mujer lo entiende menos todavía; sin embargo, imaginando que se trata de una cosa muy ape-

(1) Con todo, es costumbre que nunca viajen las caravanas, en Oriente, sin ir provistas de un jarro con que poder sacar agua de las cisternas que se encuentran en el camino. Los discípulos lo habían guardado, indudablemente, entre sus cosas. He aquí el por qué de la observación que hace el Evangelista, ó sea, que, si Jesús pide de beber á la samaritana, es porque no estaban allí sus discípulos. Acertada estuvo la mujer cuando dijo que el pozo era profundo. Para sacar agua tuvimos que servirnos nosotros de una cuerda de 18 m. de largo. La profundidad del pozo, cuando está seco, es de 25 m.

tecible, manifiesta ansia de aprovecharse de ella. ¿Podría, por ventura, dispensarla de acudir en adelante á sacar agua del pozo, y concederle que encontrase en sí misma, y á su placer, una frescura perpetua? No sería esto en manera alguna despreciable, porque lo incómodo de todas las fuentes, por muy frescas que sean, es la necesidad de volver siempre á ellas para sacar agua. «Señor—dijo ella,—dame esa agua para que no tenga sed, ni venga aquí á sacarla.» Algo hay de agradable en esta ansia desmedida de las comodidades propias, que con tanta sencillez expone esa mujer; porque, en efecto, se adivina que empieza á tomar á Jesús por un hombre capaz de obrar prodigios. Éste compensará ese germen de fe imperfecta, demostrándole que posee la ciencia, no sólo de hacer brotar la vida, sinó también de conocer el secreto de todas las vidas, y de la suya en particular. «Ve, llama á tu marido, y vuelve acá.» No es que Jesús piense encontrar en el marido una naturaleza más apta para recibir sus enseñanzas; no, quiere demostrar á la samaritana que la conoce, con una ciencia sobrehumana, aun en los detalles más íntimos de su vida. De este modo la obligará á aceptar, más fácilmente, su palabra.

La mujer queda sorprendida ante semejante invitación. Sin atreverse á confesar lo que hay de falso en su situación conyugal, contesta de una manera evasiva: «No tengo marido.»—«Bien has dicho—replica Jesús,—no tengo marido. Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tuyo: esto has dicho con verdad.» Como un rayo, tan inesperado como cruel, dieron estas palabras en el alma de la samaritana; empero iban dirigidas á esclarecer, con saludable claridad, las tinieblas en que se hallaba sumida. Jesús, pues, sabía de ella lo bastante para completar los pormenores de su vida, que á ella le interesaba se mantuviesen á la sombra. Él, sin embargo, los suscita pertinentemente, atravesando de este modo aquel corazón enfermo, para salvarlo mediante la humillación. Sostener que no tiene marido cuando ha tenido cinco—de los cuales la separaron

probablemente la mala conducta y el divorcio,—es bastante extraño, y, sin embargo, cierto, porque el mismo hombre con quien vive actualmente es marido de otra mujer. Es, pues, adúltera. Lejos de negarlo, la desgraciada no se atreve á proferir una palabra de excusa. El sincero reconocimiento se convierte en principio de resurrección para toda alma mancillada. Con acento triste y humillado, tributa la samaritana un homenaje al acusador: «Señor—dice,—veo que tú eres profeta.» Luego, de repente, como si no pudiese soportar por más tiempo el peso de su vergüenza, y con aquella diestra movilidad que sabe emplear siempre la mujer como último recurso, atajó las revelaciones que parecía iba Jesús á proseguir, llamando atrevidamente su atención sobre otro asunto. «Nuestros padres—dijo—adoraron en esta montaña—é indicaba, con un gesto, el Garizim, á cuyo pie se encontraba,—y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde es menester adorar.»

Así, para evitar la humillación, se lanza á la controversia. Con admirable bondad, consiente Jesús en seguirla, pero será para revelarle horizontes inesperados. No queriendo ni conceder lo que sería falso, ni descorazonarla contradiciéndola bruscamente, se eleva de repente á alturas que sobrepujan al Garizim y á Jerusalén. «Mujer—le dice,—créeme que viene la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis el Padre.» Sí, cesaron los cultos nacionales, porque Dios es el Padre de la humanidad entera. Después de la redención, podrá hablarle el hombre en todos los lugares. Sin embargo, si es preciso comparar las dos religiones, la de Samaria y la de Jerusalén, no es posible dudar de que los samaritanos se hallan menos cerca de la verdad que los judíos. «Vosotros—añade Jesús,—adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos.» Sólo éstos poseen, no ya la revelación completa, sino también el Templo en el cual se mantiene el reino de Dios. Los samaritanos aceptaron únicamente los libros de Moisés, quedando así fuera del completo desarrollo de la idea religiosa, que

hay que buscar definitivamente en los Libros Proféticos y Sapienciales. Las mismas nociones esencialísimas del verdadero culto, sacadas del Pentateuco, habían sido gravemente comprometidas por ellos, al mezclarlas con las teogonías asirias. De manera que su inferioridad, relacionada con el pueblo teocrático, era evidentemente incontestable.

A pesar de esto, habían de tener fin la superioridad y los antiguos privilegios de los judíos. «Mas viene la hora—prosigue Jesús,—y ahora es cuando los verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre también busca tales que le adoren. Dios es Espíritu; y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.» Tal es, pues, el carácter fundamental de la nueva religión: antes que todo, será religión de las almas. No es que haya de ser excluído el culto externo, al contrario, habrá templos materiales, ceremonias, sacerdocio; pero todo esto subsistirá, tan sólo, con objeto de desarrollar la adoración en espíritu, que constituye el fondo mismo de la vida religiosa. Imagina Israel que sólo puede encontrarse á Dios en su Templo; pues bien, en adelante, sabrá el hombre que le bastará recogerse dentro de sí mismo, para encontrarlo y honrarlo en su propio corazón. Aquí habrá también inmolaciones y sacrificios; aquí, como el incienso en el altar, se elevará la plegaria; aquí, sacrificaremos nuestro orgullo, nuestro egoísmo, nuestras pasiones; aquí ofreceremos nuestra caridad y nuestras virtudes. Esto es lo que Dios quiere. Siendo espíritu, no necesita sangre de las víctimas, bástanle los holocaustos espirituales, y, en realidad, no encontrará el hombre inmolación más grande que la de su propia alma.

Doctrina tan pura y elevada arrebata el pensamiento de la samaritana hacia aquellos días afortunados del Mesías por los que clama con todas sus fuerzas la impaciencia pública. ¿No será el Esperado de las Naciones aquel que le habla con seductora autoridad? No se atreve ella á preguntarlo directamente; pero con tanta sencillez como destreza, lanza la palabra y manifiesta el deseo de que

Jesús se la aplique. «Yo sé—dice—que viene el Mesías que se llama Cristo; y cuando viniere Él, nos declarará todas las cosas.» Era la samaritana un alma de buena voluntad, y, por consiguiente, digna de oir la verdad, á pesar de todas sus flaquezas. Jesús respondió: «Pues bien, yo soy, que hablo contigo.» Franca era la declaración. Ante los judíos, que sueñan con un Mesías temporal, la habría ocultado, por no excitar sus peligrosas concupiscencias y arruinar su propia autoridad, cuando se convenciesen de que no tenía lo que ellos esperaban; y, en cambio, la formula gustoso ante la samaritana, que saluda, en el Mesías, al representante de la vida religiosa.

Nada más frecuente que encontrar un arrebato religioso decisivo en esas pobres mujeres cuyo corazón ha sido extraviado durante largo tiempo por sus flaquezas. Diríase que en ellas, el amor, transportado súbitamente á su verdadero centro, encuentra en el bien todo el ardor que hallaba antes en el mal. Nicodemo, después de haber oído á Jesús, se retiró sin ruido y sin entusiasmo. La samaritana, henchida de felicidad, corre, predica, subleva toda la ciudad en que vive. Detalle lleno de naturaleza y verdad: había dejado su cántaro en el pozo, como prenda de su próximo regreso y para llegar más presto á la ciudad. «Venid—gritaba sin inquietarse por despertar públicamente los recuerdos de su vida desordenada,—venid y ved á un hombre que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho: ¿si quizá es este el Cristo?» Y corriendo rápidamente de boca en boca el relato de la mujer, llegó á hacerse general la conmoción.

Mientras tanto, los discípulos, de regreso de la ciudad, pudieron ver que Jesús conversaba con la samaritana. Un antiguo prejuicio rabínico suponía que la mujer era absolutamente incapaz de toda profunda cultura religiosa. «Quema las palabras de la Ley, antes que perder el tiempo en enseñarla á las mujeres. [1]» Educados en la escuela

(1) V. Lightfoot *In Jo.*, IV, 27, y los singulares pasajes del Talmud, *Kidushim*, LXX, I; *Berachol*, XLIII, 2, etc.

severa y completamente judía de Juan Bautista, los discípulos participaban de este sentimiento, y se admiraron de ver á su Maestro en conversación con una mujer; sin embargo, ninguno de ellos dijo: «¿Qué preguntas ó qué hablas con ella? [1]» Jesús, mientras tanto, permanecía silencioso y recogido; contemplaba á la verdad saliendo del judaísmo y tomando su vuelo hacia las naciones para transformarlas. Luego que estuvo preparada la comida, trararon los discípulos de sacarle de su meditación y le solicitaban, diciendo: «Maestro, come.» Él les contestó: «Yo tengo para comer un manjar que vosotros no sabéis.» ¿No son acaso alimento digno de una gran alma el deber que se ha de cumplir, la victoria que se ha de ganar, el bien que se ha de hacer? Lejos estaban los discípulos de este pensamiento; por eso se decían unos á otros: «¿Si le habrá traído alguien de comer?» Seguramente era así, porque la mujer con quien conversaba le había ocasionado uno de los mejores consuelos de su ministerio. «Mi comida—dijo—es que haga la voluntad del que me envió, y que cumpla su obra.» Después de haber cumplido el apóstol su misión y de haberle dado el resultado apetecido, se siente saciado de dicha; la alegría le sirve de alimento.

En aquel mismo instante salía de la ciudad, para ir á Él, un tropel de samaritanos, cuyas cabezas, agitándose á través del trigo ya maduro, semejaban una segunda mies, viviente y espiritual, la primera que iba á ser segada para los graneros del Padre de familia. Había nacido y crecido rápidamente, como todo lo que es fecundado y vivificado por el Espíritu de Dios. No lo sospechaban los discípulos.

Para despertar su entusiasmo, anúnciales Jesús las alegres sorpresas del apostolado. «Cuando se ha depositado

(1) Demuestra claramente esta reflexión que la extrañeza no provenía de que hablase Jesús solo con una mujer sola. En este caso era muy natural que ni siquiera se les hubiese ocurrido preguntarle de qué hablaban. Conversar en público un *doctor* de la ley con una *mujer;* he aquí la razón de su sorpresa.

el grano en el surco—exclamó,—¿no decís vosotros que aun hay cuatro meses hasta la siega? (1) Pues yo os digo: alzad vuestros ojos y mirad los campos que están ya blancos para segarse. Y el que siega, recibe jornal y allega fruto para la vida eterna, para que se gocen á una el que siembra y el que siega.»

¡Con qué presteza marcha todo para el obrero evangélico, cuando la gracia le preparó los caminos! De un solo golpe, se madura la mies y es segada y recogida. En un abrir y cerrar de ojos, mientras ellos iban á la ciudad, había ejecutado la obra. Jesús, el segador, goza de su recompensa, como si hubiese acabado la jornada. En su alegría, considera aquellas espigas vivas como encerradas ya en el granero del Padre, y une sus transportes de alegría á la de Éste, ó mejor dicho, experimenta en sí mismo, simultáneamente, la satisfacción del sembrador, la del segador y la del propietario (2).

Verdad es que no sucederá lo mismo á los discípulos, porque ellos no arrojarán la semilla, siendo éste un privilegio del Verbo encarnado; pero, en cambio, tendrán el placer de recoger la mies. Ambas misiones, la de sembrador y la de segador, aun siendo distintas, convergen á un mismo fin: constituir la alegría del Padre de familia. La del segundo es más consoladora que la del primero, puesto que consiste en recoger el trabajo ajeno; y ésta será la de los Apóstoles. «Porque en esto el refrán es verdadero—prosigue Jesús:—que uno es el que siembra y otro el que siega. Yo os enviaré (3) á segar lo que vosotros no labras-

(1) Alude Jesús á un proverbio popular. Muy equivocadamente se ha creído que dicho proverbio no estaba confirmado por los hechos, porque, dicen, se siembra á fines de Octubre y se siega seis meses después, á mediados de Abril. Cierto, pero hay dos épocas para la siembra, como para las lluvias. La siembra efectuada á fines de Enero, después de las primeras y antes de las segundas lluvias, se siega á fines de Mayo. Nosotros comprobamos, en Samaria y en Galilea, que el trigo y la cebada sembrados tardíamente, apenas empiezan á madurar á principios de Junio.

(2) En *Luc.*, X, 17-24, volveremos á ver el mismo gran gozo que experimenta aquí Jesús.

(3) Por más que el texto habla en tiempo pasado, ἀπέστειλα y εἰσεληλύθατε *os envié, habéis entrado*, lo traducimos nosotros como si fuese futuro. Nada

teis; otros lo labraron y vosotros entraréis en sus labores.»

No tardaron los discípulos en ver la primera prueba de estas siegas abundantes, reservadas al Apostolado. Los samaritanos, llegados en tropel, al solo testimonio de la mujer pecadora, vieron de cerca á Aquel de quien se les había hablado. Rogáronle que se quedase con ellos y Él les concedió dos días. Pronto dieron fruto los discursos del Salvador en una multitud tan bien dispuesta, pudiéndose entrever ya que la dichosa Nueva de la redención del mundo encontraría más eco en el corazón de los gentiles que en el alma hastiada de los judíos. Muchísimos fueron los que creyeron en Él, y no tan sólo, conforme ellos decían, por lo que les había contado la samaritana, sino por lo que ellos mismos habían oído y visto. «Verdaderamente —exclamaban,—este es el Salvador del mundo.» Prueban los términos de esta profesión de fe que los puntos en que había insistido Jesús durante su predicación eran dos: carácter expiatorio del Mesías y universalidad de su obra. He aquí por qué no se le considera como doctor que enseña, sino como Salvador que rescata, y cuya saludable acción se extenderá á todo el género humano. En Él veían indudablemente la realización de la promesa hecha por Dios á Abraham, y consignada en los libros de Moisés, únicos que habían ellos conservado: «En tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra.»

No sabemos exactamente en qué se convirtieron estos gérmenes de fe, depositados en una tierra al parecer tan fecunda. Es, sin embargo, verosímil que el movimiento religioso, suscitado en Samaria, algunos años más tarde, se relacionaba con esta primera predicación. Lástima que este desgraciado pueblo, lleno de impacientes esperanzas, fuese muy pronto juego de falsos profetas que se atribuyeron las misiones más disparatadas. Por esta razón, después de haberse comprometido en funestas aventuras, cayó víctima de su credulidad é imprudencia.

---

es tan frecuente en hebreo como esta trasposición de tiempo. (Véase Glass., *Phil. S.*, p. 302).

En el reinado de Vespasiano, Siquem pasó á ser colonia romana, con el nombre de Flavia Neápolis. Fué patria de Justino el Filósofo. Sabido es con cuánta elocuencia defendió la fe, sellándola con su sangre, este ilustre apologista del cristianismo.

Aun subsiste hoy la vieja raza de los samaritanos, pero con sus errores antiguos. El viajero que se extravía en los campos de la antigua Siquem, encuentra á más de un anciano, de manos temblorosas, prosternado ante la montaña santa, á la que dirige una mirada de amor. El samaritano ofrece siempre el sacrificio pascual en el solitario [1] Garizim; sus labios murmuran plegarias, y su corazón espera un porvenir mejor. Al transeunte que le habla, pregúntale tristemente si sabe en donde están sus hermanos desterrados; y le ruega que les diga que vuelvan pronto, porque mueren cada día los últimos representantes de su raza, y los sepulcros de los patriarcas van á quedarse sin guardianes; sin gloria quedará el terebinto de Jacob, y sin adoradores la montaña santa.

(1) En 1899, nos encontrábamos en Neápolis, el mismo día en que los samaritanos celebraban su pascua. Nos decían llorando: «¡Oh, qué desgracia; tocamos al fin! No somos ya más que 120, y no hallamos mujeres para casar á nuestros hijos.»

SECCIÓN II

PRIMEROS RESULTADOS DE ESTA REVELACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Fe naciente en Galilea.—Segundo milagro en Caná

Sube Jesús á Galilea en donde era esperado.—Preséntasele un oficial en Cafarnaúm y le pide la curación de su hijo.—Respuesta de Jesús.—Curación á distancia.—Creen en Jesús el oficial y su familia. (*Juan*, IV 43-54).

Después de esta corta detención en la ciudad de los samaritanos, volvió á ponerse Jesús en camino y entró en Galilea. Sabiendo perfectamente que ningún profeta es honrado en su propia patria [1], no entró en Nazaret, sino que subió directamente á los alrededores del lago, en donde le esperaba un entusiasta recibimiento. Varios habitantes de Cafarnaúm y de otras poblaciones, que le habían visto en las fiestas de Jerusalén, habíanse apresurado á referir por todas partes sus asombrosas obras, y todo el mundo las

---

(1) Así es cómo creemos nosotros que debe traducirse la observación de *Juan*, IV, 44, relacionándola con lo que refieren, *Luc.*, IV, 16-30, *Marc.*, VI, 1-6, y *Mat.*, XIII, 54-58. En sí mismo, el texto parecería decir que Jesús volvió á Galilea, *porque* había declarado que nadie es profeta en su país, y que *de hecho*, οὖν, debía ser mejor acogido por los galileos que por los judíos. De aquí que hayan concluído Orígenes y otros varios exégetas que Jesús, nacido en Belén, miraba á Judea como la patria en donde había sido mal recibido, y que por eso volvía á Galilea. Meyer, Reuss y otros, que no admiten ni esta interpretación ni la nuestra, suponen que el Evangelista quiso decir: «Según el adagio, que se complacía en repetir, empezó Jesús por hacerse honrar fuera, en Judea, antes de inaugurar su ministerio en su propio país.» La frase de Juan, con el *porque* del vers. 44, y el *pues* del vers. 45, es, á no dudarlo, embarazosa, y del mismo embarazo se resienten sobre todo las diversas explicaciones.

comentaba y glorificaba. Habituados desde mucho tiempo á soportar el predominio de la capital, enorgullecíanse los galileos de la actitud de independencia y aun de superioridad que había tomado Jesús frente al poder jerárquico, y se mostraban impacientes por testimoniarle su admiración y reconocimiento. Además, los primeros milagros permitían esperar otros nuevos. El taumaturgo era, si no el Mesías en persona, por lo menos un profeta. Todos los labios pronunciaban su nombre, y el deseo de verle reaparecer llenaba todos los corazones. Así, apenas hubo llegado á Caná, donde había obrado su primer milagro, cuando se supo su llegada en Cafarnaúm. En efecto, un oficial real [1], tal vez Chusa, intendente de Herodes [2], ó Manahem [3], su compañero de infancia, llegó de allí á toda prisa para exponerle la triste situación de su hijo enfermo, y suplicarle que le arrancase de la muerte.

El relato del padre no permitía dudar de que el niño había llegado al último extremo. Pero, puesto que Jesús había hecho otras curaciones milagrosas, podía también operar ésta. Sólo que el oficial suponía que era necesaria la influencia inmediata del taumaturgo sobre el enfermo para lograr el éxito, por lo que le rogaba que descendiese á Cafarnaúm, á 40 km. de Caná. Tal deseo era efecto de una fe incompleta y poco ilustrada. No podía dejar de ser absoluto el poder milagroso de Jesús, conforme se había demostrado. Toda la naturaleza le estaba sometida, y, dócil esclava, debía recibir, transmitir á distancia y ejecutar sus órdenes soberanas. Curar, es hacer que cese un estado de enfermedad, mediante la supresión de la causa que lo ha producido. Pero esta causa necesariamente se funda en alguno de los múltiples fenómenos que dependen de las leyes generales y providenciales de la naturaleza. Nada, pues, más fácil á Jesús—y así debiera haberlo

(1) El pueblo llamaba rey á Herodes Antipas, por más que sólo era tetrarca; sus empleados llevaban el título de oficiales reales.
(2) *Luc.*, VIII, 3.
(3) *Hechos*, XIII, 1.

entendido el oficial—que mandar á la enfermedad, en vez de ir personalmente á tocar el enfermo y curarlo. Parece que esta fe imperfecta, aunque muy real, no dejó de contristar á Jesús, por tratarse de un hombre ilustrado.

A esta primera impresión dolorosa añadíase otra: la comprobación del intemperante deseo de prodigios que latía en el alma de sus compatriotas. Menos exigentes acababan de mostrarse los samaritanos. Habían buscado sencillamente la verdad en sus labios, la misericordia en su corazón, y, mediante la verdad y la misericordia, la salvación. Los judíos de Cafarnaúm quieren, ante todo, milagros: sólo con esta condición están dispuestos á creer. Jesús accederá indudablemente á sus deseos; pero ¡cuánto más valdría que creyesen en su palabra, puesto que esta palabra lleva en sí misma los signos más evidentes de una misión divina! «¡Vosotros—dijo con amargura,—si no veis milagros, no creéis!» Este reproche iba dirigido á la disposición general de los espíritus; pero el oficial debía, antes que nadie, tomar su parte. Sin embargo, sin pararse en ello, reiteró su súplica. «Señor—exclamó,—ven antes que muera mi hijo [1].»—« Anda, que tu hijo vive»—contestó Jesús.—Tenían estas palabras tal sello de autoridad y de confianza, que el padre creyó en su eficacia omnipotente.

Podría ser entonces como la una de la tarde. Sin perder más tiempo del que exigía la gratitud á Jesús y la satisfacción de las necesidades de las caballerías que consigo llevaba, regresó el oficial á Cafarnaúm. En el camino, y cuando descendía á la llanura de Genesaret, puesto ya el sol, encontró á sus criados que corrían á él para anunciarle el repentino y completo restablecimiento del hijo. Lleno el padre de alegría, y sin perder de vista que

(1) Los tres términos *παιδίον, υἱός, παῖς*, empleados en este relato, para designar al hijo, responden admirablemente al carácter y á las intenciones de los que los emplean. El padre dice *παιδίον*, mi pequeñín; Jesús dice *υἱός*, hijo, heredero, representante de la descendencia; los criados dicen *παῖς*, palabra que ni es de ternura ni de dignidad, sino de la vida de familia. Tales matices no se inventan; son la expresión de la naturaleza y de la verdad.

lo debía todo á Jesús, se apresuró á preguntar á qué hora se había encontrado mejor el niño. Los criados le respondieron: «Ayer, á la hora séptima.» En nuestra lengua hubiéramos dicho: «Esta tarde á la una.» Pero, para los judíos, el día empezaba á las seis de la tarde, y á las siete decían *ayer*, como decimos nosotros ayer, hablando de la hora que precede á la medianoche.

Pues bien, aquel era el instante preciso en que Jesús había dicho al oficial: «Anda, que tu hijo vive.» A distancia, pues, había sido conjurado el mal por la milagrosa intervención del Maestro. El afortunado padre creyó en Él, y toda su casa siguió su ejemplo.

Así empezaba á florecer la fe en tierra galilea, lo cual llenó de gran consuelo á Jesús.

Más tarde volveremos á encontrar á la mujer de Chusa, intendente de Herodes, entre las fieles siervas que seguían á Jesús y le ayudaban con sus recursos. Si realmente era la madre del niño milagrosamente curado, compréndese que tuviera empeño en pagar, con fiel reconocimiento, la gran misericordia que había recibido.

Por segunda vez, en la misma ciudad de Caná, y también á su regreso de Judea, acababa de probar Jesús, con un milagro, su divina omnipotencia.

CAPÍTULO II

Viva oposición en Jerusalén. - El paralítico de Betesda [1]

Vuelve Jesús á Jerusalén con motivo de una fiesta.—La piscina de Betesda y el paralítico de treinta y ocho años.—Curación milagrosa.—Dificultad á propósito del sábado.—Explica Jesús la ley del descanso.—Se compara á Dios su Padre.—Escándalo de los oyentes.—Tesis sublime de Jesús.—El Hijo vivifica y juzga.—Tal ha sido la misión que ha recibido.—Pruebas múltiples: el testimonio de Juan, los milagros, la palabra del Padre.—¿Por qué no son admitidos?—Moisés es convertido en acusador de Israel. (*Juan*, V, 1-47.)

Los primeros milagros de Jesús habían producido sus frutos en Galilea, y era fácil advertir el principio de una conmoción religiosa en todos los puntos en que el taumaturgo había dejado entrever su misión divina.

¿Qué pasaba entre tanto en Judea? ¿Se disponía á recibir con igual entusiasmo la Buena Nueva aquel país de fariseísmo y de alta cultura rabínica, puesto ya en el caso, por la significativa escena del Templo y la predicación en los campos, de preocuparse del joven profeta de Nazaret? Era poco probable; pero Jesús quería evidenciarlo desde el principio de su vida pública, y legitimar así, á los ojos de todos, la preferencia que había de dar á Galilea, colocando en sus montañas la cuna del reino de Dios.

Tan pronto como se presentó una fiesta, la de Pentecostés, ó, lo más tarde, la de los Tabernáculos [2], tomó el ca-

---

(1) El autor sigue la lección *Bethesda* (Βεθεσδά), prefiriéndola á *Bethsaida*, por encontrarse aquélla en los mejores códices.—(N. del T.)

(2) Preséntase aquí una de las cuestiones que han apasionado más á los exégetas. Los que leen ἡ ἑορτή, *la fiesta* de los judíos, pretenden deducir que se trata de la Pascua, la fiesta judía por excelencia. De este modo habría habido cuatro pascuas en la vida pública de nuestro Señor.

Pero, aun cuando la lección ἡ ἑορτή fuese la más probable—lo cual no vemos en qué razón se funda, puesto que el artículo ἡ falta en los *mejores*

mino de Jerusalén. Tal vez era su deseo contemplar únicamente el estado de los espíritus, como simple peregrino confundido entre la multitud, y aprovechar la ocasión de ejercer su misericordia y su omnipotencia.

Junto á la puerta de las Ovejas [1], hoy probablemente

---

manuscritos,—encuéntrase, por otra parte, sobrado número de razones decisivas que obligan á rechazar la hipótesis de que se alude aquí á una fiesta pascual. ¿Por qué, en efecto, habría designado el Evangelista, en este pasaje, de manera tan general y poco precisa, una solemnidad que en todas las demás partes (cap. II, VI y XII) nombra categoricamente? Además, si tuviésemos aquí una solemnidad pascual, seguiríase que, desde el capítulo II al capítulo V, habría pasado todo un primer año, y que, desde el capítulo V al capítulo VI, habría de contarse un segundo año. Ahora bien, si había ya cierto derecho á lamentarse de que San Juan hubiese clasificado tan pocos acontecimientos en los doce primeros meses del ministerio de Jesús (desde el capítulo II al V), ¿con cuánta mayor razón podríamos lamentarnos de que expusiese menos aún en los segundos doce meses (desde el capítulo V al VII)? No, no pretendió encerrar dos años en cuatro páginas; y cuando nos muestra (Cap. VII, 19-24) á Jesús justificándose de la curación que vamos á referir, no supone—lo cual, no obstante, sería verdad, si la presente fiesta fuese la Pascua—que entre los dos hechos haya un intervalo de año y medio; porque, después de tal lapso de tiempo, es natural que estuviese olvidado aquel conflicto.

La vida pública del Salvador vió, pues, transcurrir únicamente tres pascuas; la primera, que la inaugura; la segunda, á la cual no asistió Jesús; y la tercera, que la termina. Duró solamente dos años completos, más el tiempo que pasó entre el bautismo y la primera Pascua, de dos á tres meses.

Reducidos á meras hipótesis, cada exégeta ha visto, en la presente fiesta, una ú otra de las solemnidades diseminadas en el año judío, según sus preferencias cronológicas. Nosotros creemos que se trata de la solemnidad de Pentecostés ó de la de los Tabernáculos; de manera que restan quince meses, ó á lo menos un año completo, para clasificar todos los sucesos que colocan los sinópticos en Galilea, antes del período de lucha en Judea.

(1) Sobreentendemos πύλη delante de προβατικῇ con la versión siriaca de Jerusalén y otras; porque sabemos (2 Esdr., III, 1, y 32, XII, 39) que había hacia el noreste del Templo una puerta de este nombre *Saar-Hatsón*, llamado exactamente por los Setenta πύλη ἡ προβατική. Tal vez le venía este nombre de tener el suelo á nivel de la plataforma del Templo, por lo cual resultaba más apropiada para la introducción de las víctimas que se habían de inmolar. Cerca de ella, debía encontrarse el mercado en que éstas eran vendidas. Observamos, sin embargo, que varios autores, San Jerónimo, Eusebio, Teodoro de Mopsuesta etc., en concordancia con el manuscrito del Sinaí, separando ἐπὶ τῇ, forman de προβατικῇ el cualitativo de κολυμβήθρα y traducen: «Hay en Jerusalén, en la piscina de las Ovejas, un edificio llamado en hebreo Betesda;» ó también, repitiendo con M. de Sauley, (*Voyage autour de la Mer Morte*, p. 367), la palabra κολυμβήθρα,—olvidada, tal vez, por los copistas,—leen: «Cerca de la piscina de las Ovejas, hay la piscina llamada en hebreo Betesda.» San Jerónimo, siguiendo á Eusebio. *De Situ et Nom.*, en la palabra *Bethesda*, dice, efectivamente, que se observan en Jerusalén «dos piscinas gemelas, una de las cuales se llena con las lluvias de in-

la puerta de Sitti-Mariam, había una piscina, llamada Betesda ó *la Casa de Misericordia.* Alrededor de ella habían construído, persiguiendo una idea bienhechora,—y de aquí, sin duda, el nombre de Beth-Jesda [1]—un edificio de cinco pórticos,[2] donde se albergaban numerosos enfermos, ciegos, cojos y tullidos. Creía el pueblo que, de vez en cuando, descendía un ángel á este depósito y removía el agua. El primero que, en este bendito momento, entraba en la piscina, debía ser curado de cualquier enfermedad que padeciera. De ningún modo nos sería lícito poner en tela de juicio este milagro, acaecido periódicamente, si fuese auténtico el pasaje en que se da cuenta de él. Pero los cuatro manuscritos más antiguos lo han suprimido; muchos otros sólo lo conservan señalado con un signo, ó recargado de variantes que hacen muy dudosa su autoridad [3]. De modo

---

vierno, y la otra tiene sus aguas rojizas y como ensangrentadas, vestigios de su antiguo destino, porque los sacerdotes lavaban en ella las víctimas. De aquí había tomado su nombre.»

(1) Delitzsch propone como etimología *Beth-estav.* ó *la Casa de los Pilares;* otros *Beth-eschda,* ó *la Casa de la Efusión,* es decir, lugar donde se derrama la sangre de las víctimas.

(2) Un pasaje de San Cirilo nos obliga á renunciar á la forma circular que habíamos atribuído primitivamente á este pórtico. Este doctor, autorizadísimo en la descripción de los Lugares Santos, puesto que fué obispo de Jerusalén, nos dice: «Betsaida, que tiene cinco pórticos, cuatro á los lados y el quinto en medio.» *Hom. in Paral.,* II.

(3) Falta, efectivamente, en el manuscrito del Sinaí y en el del Vaticano, que se remontan al año de 350; en el códice Efrem, transcrito un siglo más tarde; en el de Cambridge, posterior todavía de cien años, y en muchísimos otros que sería prolijo enumerar. Igualmente omiten este versículo las versiones copta y saídica, hechas hacia el fin del siglo III, y el manuscrito siriaco Curetón. Sólo tenemos para defender su autenticidad el manustrito alejandrino del Museo Británico, escrito después de la primera mitad del siglo V, la Peschito y Tertuliano, *De Bapt,.* c. V. Pero el célebre apologista africano, cuando menciona el hecho del ángel que agitaba las aguas de Betesda, pudo muy bien aludir solamente á la glosa inscrita, desde el principio, al lado del texto; y, en efecto, no invoca la autoridad del Evangelista. Orígenes no parece haber leído en San Juan el pasaje que nos ocupa. En materias de esta índole, mejor se explica una adición que una supresión. (*)

(*) Estas razones no han parecido suficientes á muchos otros exégetas católicos. Notan: 1.°, que el versículo en cuestión se halla también en la versión Itálica y en los más antiguos mss. de la Vulgata; 2.°, que los PP. del siglo IV lo admiten; que Tertuliano lo cita, no sólo en *De Bapt.,* sino además en *Adv. Jud.,* sin que nada indique que el doctor africano entendiera que se trataba de una glosa; y que, antes que Tertuliano, se lee en el Διὰ τεσσάρων de Tacia-

que nos sentimos inclinados á reconocer en él una devota glosa del copista, trasladada insensiblemente de la margen al texto. En este caso, la piscina de Betesda sería sencillamente un depósito de aguas minerales, semejante á los que se encuentran en Callirroé, Palestina, junto al Mar Muerto; á las termas de Ibrahim, junto á Tiberíades; ó aun en Jerusalén, en Aïn-es-Schifa. Este manantial ha desaparecido [1]. Allí, pues, aguardaban los enfermos el momento propicio en que, desprendiéndose súbitamente el calórico subterráneo, se producía una agitación considerable en la superficie del agua y se disolvían las sales metálicas que constituían la eficacia del baño. Y aun tal vez era intermitente dicho manantial, como sucede, todavía hoy, en el de la Virgen, y así se comprende que los enfermos se apresuraran á precipitarse en él cuando empezaba el movimiento ascencional de las aguas. Obraban sobre todo en este momento, porque eran más calientes y abundantes. [2]

---

no; y 3.º, que la respuesta del enfermo, en el vers. 7, sería muy oscura sin la explicación del versículo 4.—(N. del T.)

(1) Esta es la causa de las vacilaciones que existen para designar el verdadero lugar de Betesda. Actualmente, parece admitir la opinión común, con M. de Saulcy, que habia dos piscinas gemelas: una de ellas, la Probática ó de las Ovejas; la otra, Betesda ó la Casa de Misericordia. El texto, según hemos dicho, puede ecomodarse á esta hipótesis, sugerida por Eusebio y San Jerónimo, quienes hablan de dos piscinas gemelas Κόλυμβοι δίδυμοι, *gemini lacus*. Atestigua el peregrino de Burdeos que vió, á su llegada, dos grandes depósitos al lado del templo: uno á derecha y otro á izquierda. Si hizo su entrada en la ciudad por la parte de Sitti-Mariam, habríamos de reconocer una de las dos piscinas en el *Birket-Israel*, y buscar la otra hacia la iglesia de Santa Ana, en donde, efectivamente, acaban de darla á conocer los Padres Blancos, junto con la serie de santuarios superpuestos que había construído la piedad de los fieles. Puede verse en el Museo Judaico del Louvre un pie de mármol que fué recogido en las excavaciones. La inscripción griega que en él se lee, ΠΟΝΠΗΙΑ ΛΟΥΚΙΑΙΑ ΑΝΕΘΗΚΕΝ, deja ver que es antiguo en la Iglesia el uso de los *ex-votos*, y que también acudieron á Betesda paralíticos cristianos para pedir milagrosas curaciones, no ya á las aguas de la piscina, sinó á la misericordia de Jesús.

(2) Admitida la autenticidad del vers. 4, resulta muy dificil admitir esta explicación. El P. Knabenbauer pregunta: «¿Ubi enim est fons medicatus qui suffiiciat curandis caecis (vel plane, vel maximam partem lumine privatis), claudis, aridis et demum quibuslibet infirmitatibus?, et si illa vis est naturalis, cur unus solum sanatur? (*In Joan.*, p. 189). Se comprende que Vigouroux escribiera: «Mais il est contraire aux explications des saints Docteurs,

Entre los desgraciados que esperaban su curación, había un hombre que estaba enfermo desde hacía 38 años. Su aspecto de abatimiento y de dolor demostraba bien á las claras que, de mucho tiempo atrás, ansiaba deshacerse de un mal tan violento como inveterado. «¿Quiéres ser sano?»—pregúntale Jesús—«¡Ah, Señor—contesta con un acento de tristeza que no podía menos de excitar la compasión,—no tengo hombre que me meta en la piscina cuando el agua está revuelta; porque entre tanto que yo voy, otro entra antes que yo.» Admitía, pues, el desgraciado que sólo tenían eficacia las aguas, puestas en ebullición, para el primer enfermo que se arrojaba á ellas. Esto era un error; si no curaban todos, era porque los unos tardaban demasiado en sumergirse, y porque los otros iban á buscar una curación imposible. «Pues bien—le dijo Jesús, —levántate, toma tu lecho y anda.» En aquel mismo instante, quedó curado el hombre; tomó su lecho y se marchó. Ahora bien, aquel día era sábado, por lo que los judíos que le veían pasar por las calles le gritaban: «Sábado es y no te es lícito llevar tu camilla.» El rigorismo fariseo apenas permitía llevar en la cabeza una almohadilla [1] *(pulvillum)*, y aun á condición de que su peso fuese insignificante; y nuestro enfermo llevaba nada menos que una camilla.

Esta fué la razón de que los judíos, en vez de admirar la curación, se preocuparan de recriminar la contravención del precepto del sábado. Él, sin inmutarse, respondía con toda naturalidad haciendo responsable de su incorrecta acción al que le había devuelto la salud. «Aquel que me sanó me dijo: Toma tu camilla y anda.» Entonces le preguntaron quién era aquel hombre; pero él no sabía cómo se llamaba. Jesús había desaparecido prontamente de la multitud, á fin de evitar toda manifestación ruidosa. Tampoco estaban con Él probablemente los discípulos.

---

et á moins de retrancher le verset 4, il contredit ouvertement l'evangile.» *(Man. bibl.)*—N. del T.)

(1) Maimónides, *Hilcoth Schabbat*, cap. XIX, 17.

Cuando, más tarde, volvió á encontrar en el Templo al enfermo, que se había dirigido allí quizás para dar gracias á Dios por su curación, le dijo: «Mira que ya estás sano; no quieras pecar más, para que no te acontezca alguna cosa peor.» Estas palabras permiten creer que la enfermedad del paralítico había sido ocasionada por sus excesos. Jesús, cuya mirada divina penetraba los últimos repliegues de la conciencia humana, conocía, no tan sólo el cuerpo, sino también el alma de aquel á quien había curado, y quería dejar acabada su obra de misericordia dándole una lección saludable. Por su parte, el paralítico, tan pronto como se informó del nombre de quien le había curado, apresuróse á comunicar á los judíos que el autor de su curación se llamaba Jesús.

Desde este momento va á tomar el conflicto proporciones considerables. Una vez conocido el verdadero despreciador del sábado, era deber de la autoridad religiosa exigirle explicaciones. Por su parte, estaba Jesús dispuesto á discutir aquel caso teológico. Hermosa era la ocasión que le ofrecían de desarrollar, mientras hacía frente á la tempestad, la doctrina acerca de las relaciones que le unían al Padre, y sobre las pruebas irrefregables que confirmaban estas relaciones. Después, dejando de ser acusado para convertirse en acusador, atacará directamente la incredulidad de sus adversarios y pondrá de manifiesto sus verdaderas causas y su malicia: «Mi Padre—exclama —obra hasta ahora, y yo obro.» El fondo de esta argumentación parecía ser el siguiente: Pretenden los judíos que hay que abstenerse de todo trabajo en día de sábado, porque Dios, después de haber acabado la obra de los seis días, descansó el séptimo. Ahora bien, esto no es exacto. Dios, después de haber creado el universo, no entró en reposo absoluto, sino que obró aun en el mismo día de su descanso, y su Providencia ha continuado conservando, gobernando y vivificando todas las cosas. Nunca ha cesado de hacer brillar su sol sobre los buenos y sobre los malos. Si el sábado condenase al Creador á inactividad absoluta,

sería el más funesto de todos los días, porque nos ocasionaría la catástrofe final. Hay que santificarlo, pues, con un descanso relativo. Hacer bien á los hombres, no es profanar el sábado. Si obra el Padre, aun en día de sábado, para conservar la vida de la humanidad, puede también obrar el Hijo para devolver la salud á un enfermo. Por otra parte, su actividad personal, cuando obra milagros, no se separa de la de Dios. El agente principal del prodigio es el Padre. Sí, pues, se recrimina al Hijo por haber ejecutado una curación milagrosa el día de sábado, la recriminación va dirigida contra el Padre mismo, en sus obras; ahora bien, ¿no es acaso una locura acusar á Dios?

Cuando oyeron los judíos que Jesús llamaba á Dios su Padre, y que hasta se igualaba á Él, estalló su indignación por modo diferente. No debían inquietarse ya por la violación del sábado. La impiedad, la blasfemia, de que Jesús acababa de hacerse culpable, revestían una gravedad excepcional. Su primer pensamiento fué el de aplicarle el castigo de los blasfemos condenándole á muerte.

Pero no era Jesús de aquellos á quienes asusta el peligro y los reduce al silencio. Dueño del asunto, eleva el debate á su mayor altura, abordando resueltamente la tesis de la relación necesaria entre la actividad del Padre y la del Hijo. En el cielo, el Padre es el ejemplar eterno del Hijo, porque el Verbo no es otra cosa que la imagen perfecta del Padre. En la tierra, la Encarnación no modifica esta relación necesaria entre las dos Personas divinas, sino que la extiende á la misma naturaleza humana. Ésta lee en el Verbo divino, como el Verbo divino lee en el Padre; de tal manera que, aun como hombre, Jesús regula su actividad conforme á la del Padre celestial. «En verdad, en verdad os digo: El Hijo no puede hacer por sí cosa alguna, sino lo que viere hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hiciere, lo hace igualmente el Hijo.» Jesús entrega aquí el secreto de su vida religiosa. Revela cómo mantiene perpetuamente fija su mirada en el Padre, quien, por

amor, se deja ver á través de su Verbo, y cómo su mérito consiste en imitar lo que contempla. De este modo, se encuentra iniciado en el trabajo del Padre, en la obra divina, y el desarrollo de su propia actividad está en razón directa de esta iniciación. «El Padre—prosigue—mayores obras que éstas le mostrará, de manera que os maravilléis vosotros.» Y, en efecto, del mismo modo que el Padre resucita los muertos y da la vida, así también el Hijo vivifica á los que quiere vivificar.

Entendido en sentido espiritual, entraña este poder algo por modo distinto sorprendente de la curación de un paralítico. Las grandes resurrecciones morales que obrará el Hijo de Dios, después de Pentecostés, serán, en efecto, otro signo diversamente prodigioso de su poder. Pero superior aún á todos estos será el signo solemne por el cual consagrará su gloria en el fin de los siglos: la resurrección física de los muertos y el juicio final. Hoy no hace más que preludiar, en casos aislados, esta manifestación de su poder. Juez único de vivos y muertos, elige á los que quiere llamar á la vida y á la felicidad eternas. Este es su derecho. «El Padre no juzga á ninguno—dice,—mas todo juicio ha dado al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre.» Vivificar y juzgar son los dos grandes atributos de Dios con relación á sus criaturas; y comunicándolos á su Hijo—que no curará solamente á algunos enfermos ó sólo resucitará algunos muertos, sino que llamará á la vida moral, desde luego, y á la vida física, al fin de los tiempos, á la humanidad entera para juzgarla solemnemente,—entiende que le asegura los homenajes y adoración de todos. «Quien no honra al Hijo, no honra al Padre, que le envió.» Este es precisamente el punto sobre el que se ejerce el juicio; de su actitud para con el Hijo deben los hombres esperar su muerte ó su resurrección. «En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra y oye á Aquel que me envió, tiene vida eterna; no viene á juicio, sino que pasa de muerte á vida.»

Luego, de repente, considerándose como el único vivo

en esta humanidad perdida, profetiza la resurrección moral de los fieles. La escena, en su imaginación, se convierte en eminentemente dramática. Parece que se oye á Ezequiel en medio de la vasta llanura de huesos secos, levantando su voz para llamarlos á la vida. «En verdad, en verdad os digo—exclama Jesús,—que viene la hora, y ahora es cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dió al Hijo el tener vida en sí mismo.» Es decir, que ha hecho de su Hijo, no ya su semejante, sino su igual; por que el Hijo encuentra en sí la facultad de vivir divinamente por sí mismo. Si el Hijo, en un transporte de amor hacia el Padre, se humilló haciéndose hombre, el Padre, en cambio, le glorificó encargándole que, por lo mismo que se ha hecho hombre, juzgue á la humanidad, á la que se ha incorporado. De tal suerte, que el Hijo de Dios, hecho Hijo del hombre, tiene aquí bajo toda autoridad y todo poder. «El Padre —dice Jesús—le dió poder de hacer juicio, porque es Hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios. Y los que hicieron bien, irán á resurrección de vida; más los que hicieron mal, á resurrección de juicio.» Esta vez será una resurrección, no ya moral y religiosa, sino física y corporal. La misma voz que ha dado vida á las almas, con la predicación del Evangelio, resonará todavía, en el fin del mundo, como una trompeta, para llamar á los muertos del sepulcro y volverlos á la vida. Tales son la autoridad y omnipotencia del Hijo. Las tiene del Padre y, con amor infinito, se las devuelve declarándose unido á Él con perfectísima subordinación; es tan sólo su dócil instrumento. «No puedo yo de mí mismo hacer cosa alguna. Así como oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió.» ¡Cuán sublime, en su sencillez, es esta viva exposición de las relaciones íntimas del Hijo y del Padre! Más tarde encontraremos su conti-

nuación y desarrollo en los discursos de la última Cena.

No era fácil contradecir tan precisas declaraciones después del milagro que las había ocasionado. Sin embargo, para arraigar más profundamente la fe en el corazón de los oyentes, demuestra Jesús que quien garantiza sus palabras es el mismo Padre. Corrían riesgo de parecer vanas sus afirmaciones, si fuera Él quien únicamente las sostuviese. «Si yo doy testimonio de mí mismo—añade,—mi testimonio no es verdadero. Otro es el que da testimonio de mí, y sé que es verdadero el testimonio que da de mí. Vosotros enviásteis á Juan, y dió testimonio á la verdad. Mas yo no tomo testimonio de hombre, pero digo esto para que vosotros seáis salvos. Él era una antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis por breve tiempo alegraros con su luz. Pero yo tengo mayor testimonio que Juan. Porque las obras, que el Padre me dió que cumpliese, las mismas obras, que yo hago, dan testimonio de mí, que el Padre me ha enviado.» Puesto que los judíos tuvieron confianza en Juan Bautista, ¿por qué no admiten su testimonio? Cierto que, como todo testimonio humano, también fué el suyo transitorio. Brilló la luz un instante; mas luego fué arrastrada por sacrílega mano al fondo de un calabozo. El testigo está entre rejas, y ya no es oído. He aquí por qué invoca Jesús otro testigo inmutable, indefectible y siempre convincente; esto es, sus propias obras, que son la voz del Padre, y el signo innegable de su misión.

Hay más; el mismo Padre habló directamente, y no sólo por los milagros que permitía. Habló en persona, en el bautismo de su Hijo; también había hablado anteriormente, inspirando á los Profetas, en las Sagradas Escrituras. Del primer lenguaje, Israel no oyó nada; era indigno de ello. Del segundo tampoco entendió nada. «El Padre que me envió, Él dió testimonio de mí, y vosotros nunca habéis oído su voz ni habéis visto su semejanza. Ni tenéis en vosotros estable su palabra, porque al que Él envió, á Éste vosotros no creéis. Escudriñad las Escri-

turas, en las que vosotros creéis tener la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir á mí para que tengáis vida.» La razón es que existe entre Jesús y los judíos un desacuerdo absoluto de miras y aspiraciones. Él no busca los aplausos de sus semejantes, pues es el amor que se olvida y que se entrega; ellos, por el contrario, son todo orgullo y egoísmo. «Yo —prosigue Jesús—no recibo gloria de hombres. Mas yo sé que no tenéis el amor de Dios en vosotros. Yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su nombre, á aquel recibiréis. ¿Cómo podéis creer vosotros, que recibís la gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria, que de sólo Dios viene?» Nunca se halla el hombre más lejos de la fe, que cuando busca en su orgullo la popularidad, los homenajes de la multitud. Su corazón, falto de humildad, no tiene oídos para oir la voz de Dios; ambiciona las afecciones de la tierra, y no merece recoger los favores del cielo. «Sin embargo—añade Jesús,—no penséis que yo os he de acusar delante del Padre; otro hay que os acusa, Moisés, en quien vosotros esperáis. Porque si creyeseis á Moisés, también me creeríais á mí; pues él escribió de mí [1]. Mas si á sus escritos no creéis, ¿cómo creeréis á mis palabras?»

He aquí una última é irresistible palabra de ternura y de lógica con que quiere terminar Jesús su discurso. Nadie debe tomarle por el enemigo, por el acusador de su nación. No, Él deplora su ceguedad. El acusador será Moisés, el gran profeta de Israel, el antiguo libertador del pueblo, en quien convergen todas las esperanzas. Convertido de intercesor en juez, condenará á sus prosélitos en apariencia tan celosos, y tributará homenaje á Aquel á quien se acusa de usurpador de sus prerrogativas y transgresor de sus preceptos.

(1) Alude aquí Jesús á las figuras simbólicas del Mesías, á las promesas hechas á los Patriarcas, contenidas en los libros de Moisés, y más particularmente á la profecía del *Deuter.*, XVIII, 18.

CAPÍTULO III

Prisión del Bautista.—Retirada á Galilea

Nueva actitud del partido religioso con Juan Bautista.—Incesto de Herodes Antipas.—Valerosas invectivas del Precursor.—Influencia desconocida que le entrega á Herodes.—La prisión de Maquero.—Retirada definitiva de Jesús á Galilea. (*Luc.*, III, 19-20, y IV, 14; *Mat.*, XIV, 3-5, y IV, 12; *Marc.*, VI, 17-20, y I, 14).

El discurso de Jesús, en su argumentación contra los judíos, se refiere á un grave suceso recientemente acaecido: la prisión del Bautista. Si el Salvador, en efecto, declara que el Precursor ha cesado de ser la antorcha que arde y brilla, es porque ha habido hombres perversos que le han hecho encarcelar. Y aun tal vez no han sido extraños á esta maniobra los mismos á quienes iba dirigido el final del precedente discurso; porque he aquí lo ocurrido, armonizando los datos de Josefo [1] con la narración de los Evangelistas.

Hacía ya algunos meses que Juan no respondía á las esperanzas que había fundado en él el partido sacerdotal. La embajada del Sanedrín había regresado poco satisfecha de sus respuestas. El descontento aumentó sobre todo cuando se supo que designaba como Mesías á un carpintero de Nazaret, hiriendo de frente todas las patrióticas ambiciones de Israel. Empezaron entonces á sospechar de su misión; y como de la sospecha á la persecución no hay más que un paso, decretaron sencillamente que convenía suprimir al falso predicador del reino mesiánico. No era fácil la empresa, por la gran popularidad de que gozaba

(1) *Antiq.*, lib. XVIII, 5-2.

el Bautista. Según el historiador judío, acudían á él de todas partes las muchedumbres; tan universal era la seducción que ejercía su palabra. La habilidad de los fariseos consistió en encontrar el medio de hacerle caer [1] en manos de Antipas, príncipe que tenía sus motivos para estar enojado con él.

Y, en efecto, Antipas, hijo de Herodes el Grande y de la samaritana Maltace, tetrarca, según queda dicho, de Perea y Galilea, se había casado con una hija de Aretas, rey de Arabia. De repente la repudió y tomó la mujer de su hermano Filipo [2]. Semejante escándalo provocó la indignación general. El pueblo se conmovió, tanto más cuanto Aretas, dispuesto á no dejar impune semejante afrenta, declaró la guerra á su yerno. No dejó Juan Bautista, que á la razón predicaba en Perea, en tierras del incestuoso tetrarca, de reprochar enérgicamente esta conducta; y aun parece que el austero predicador llegó al extremo de hacer sus demostraciones en el mismo palacio del culpable, perturbando así su felicidad. Repetíale el inexorable *non licet*, que, de grado ó por fuerza, despierta los remordimientos y sólo deja al crimen deleites llenos de amargura. «No te es lícito—decía el hombre del desierto—retener la mujer de tu hermano.» Y á esto añadía la terrible recapitulación de las iniquidades cometidas por Herodes.

Esta voz excitaba sobre todo los furores de la princesa,

---

(1) Esto es probablemente lo que significan las expresiones *μετὰ τὸ παραδοθῆναι* empleadas por San Marcos, I, 14 y lugares paralelos.

(2) No debe confundirse el Filipo que aquí se cita con el tetrarca de Iturea y de Traconítida, que era hijo de Cleopatra. Se trata de otro hijo del mismo nombre, que Herodes había tenido de Marianna, hija del sumo sacerdote, y á quien él había desheredado, *Antiq.*, XVII, 6; *Bell. Jud.*, 1, 30, 7, Se ha supuesto erróneamente que existe contradicción entre Josefo y los Evangelistas, porque aquél llama Herodes al mismo príncipe que éstos llaman Filipo. Trátase siempre del mismo individuo, que ora lleva su nombre particular, ora solamente su nombre de familia. Krebs, *Observ. in Nov. Test.*, p., 37, demostró hasta la evidencia que los autores de aquel tiempo, entre otros, Dion Casio, lib. LV, p. 567, designaban á estos príncipes ya por su nombre patronímico, ya por su nombre distintivo. En particular, por lo que se refiere á Josefo, afirma que cualquiera puede convencerse de que, á la misma persona de que aquí tratamos, la llama unas veces Filipo y otras Herodes. *V. Antiq.*, XVIII, cap. IV, comparado con cap. V.

quien podía temer que, después de haber arrostrado la deshonra, se desvaneciesen miserablemente sus sueños de ambición. No había otro remedio que, ó perder al implacable vengador del derecho ó resignarse á su propia perdición. Así, mientras se ligaba cada día más á Herodes, por los mil lazos cuyo secreto sólo conoce la pasión, tenía buen cuidado de evocar ante sus ojos, como un peligro terrible, la inmensa popularidad del Precursor. Con habilidad calculada, permitió que llegase á oídos del príncipe el murmullo de indignación pública; y luego, dejando entrever que con una sola palabra más podía desencadenarse la tempestad, parecía decirle que aquella palabra estaba á punto de salir de la boca del terrible agitador.

Este era el momento propicio en que debía empezar á desempeñar su papel el partido jerárquico, enemigo secreto del Bautista. Una influencia no citada en el Evangelio, pero muy real, intervino, en efecto, para entregar el predicador al odio de la mujer que le perseguía. Siendo fácil sustraerse á la autoridad de Herodes refugiándose en Judea, puede admitirse lógicamente que se retiró á esta provincia; pero semejante retirada no le ofrecía seguridad alguna. El Sanedrín, desilusionado de sus primeras esperanzas, descontento de las categóricas declaraciones del Bautista, y, finalmente, hostil á sus tendencias, debía rehusarle su protección. Juan cayó en manos de su enemigo, fué cargado de cadenas y encerrado en las prisiones de Maquero [1].

El odio de Herodías no se satisfacía con esto; pero He-

(1) Maquero, edificada por Alejandro, hijo de Hircano I, destruída por Gabinio y reedificada por Herodes, era una fortaleza de primer orden que servía de defensa natural á Palestina contra los árabes. Josefo, *B. J.*, VII, 6, nos da la descripción de ella. Comprendía un castillo, la ciudad alta y la ciudad baja. Se han encontrado vestigios de ella en M'Kaur, al E. del Mar Muerto. Todavía subsisten los fundamentos de la ciudadela, con una cisterna y algunos subterráneos, que fueron tal vez la misma cárcel de San Juan Bautista. Los restos de la ciudad alta, 150 metros al sur de la ciudadela, cubren el suelo en una extensión de unos 1600 metros. La vista que desde allí se descubre sobre el Mar Muerto y las montañas de Judea es sumamente pintoresca. La ciudad baja, al este de la fortaleza, conserva en sus ruinas restos de la civilización griega.

rodes retrocedió ante una sentencia de muerte. Aun temiéndola, no podía menos de admirar, y hasta amar, aquella voz que con tanto denuedo predicaba el deber.

Por otra parte, un rigor tan excesivo era ocasionado á aumentar el descontento general y hacer que estallase repentinamente la tormenta. La popularidad que rodea á los hombres virtuosos es siempre terrible, aun para los tiranos. En un momento determinado puede aplastar con su peso los tronos más sólidos; y esta era la causa de que protegiera al justo en la soledad de su calabozo.

Contentáronse, pues, con tener encerrado al Bautista para impedirle que hablase á la multitud, pero sin recargar los rigores de su cautiverio. Veremos que sus discípulos podían visitarle, y aun San Marcos deja entrever que Herodes, no sólo tenía ciertas consideraciones con su víctima, sino que estimaba á Juan y confiaba en él, pidiendo y siguiendo en ocasiones su consejo. Por desgracia, una mujer perversa habíase introducido entre ambos, seduciendo al uno y detestando al otro. Su influencia, al preparar el triunfo de su odio, ocasionó la catástrofe que debía hacer de Juan un mártir y de Antipas un verdugo.

Respecto de Jesús era un serio aviso el encarcelamiento del Bautista, si fué, en parte, según suponemos, obra de los príncipes de los sacerdotes. No quedaba otro recurso que desbaratar las secretas maquinaciones de los fariseos retirándose de Judea. Si habían entregado al predicador amado y aplaudido en sus principios, ¿qué no reservarían al Maestro, por causa del cual se había hecho detestable el heraldo?

En todo caso, la acogida de que había sido objeto el Mesías por segunda vez en la Ciudad Santa, demostraba más y más una hostilidad tenaz por parte de aquellas muchedumbres llenas de prejuicios y dirigidas por un sacerdocio pervertido. Si Jesús no había podido lograr nada en Judea, aun en los momentos en que le apoyaba el Bautista con sus solemnes declaraciones, no debían esperarse

frutos más consoladores, ahora que el testigo oficial, encarcelado, había terminado su ministerio.

En adelante, permanecerá sólo para predicar y fundar el reino de Dios. Sin duda que Galilea es el punto en que arraigará su pensamiento, tal vez con más lentitud, pero con mayor firmeza. Las almas están ya trabajadas allí por la gracia divina; el Maestro no tiene que hacer más que modelarlas á su manera. Por rudas que sean, las veremos transformadas insensiblemente al contacto de su bondad misericordiosa. De aquellos incultos montañeses hará el núcleo de su Iglesia, á la que conducirá más tarde, guiada por Él, al asalto de todo lo que debe desaparecer en el judaísmo. Todavía podrá resistir Jerusalén los últimos avances de la misericordia divina; pero entonces los galileos, sacudiendo el polvo de sus sandalias, en señal de maldición, abandonarán esta tierra maldita, y, volviéndose hacia el mundo pagano, se dirigirán á la conquista del mismo.

Subió, pues, Jesús á Galilea [1] para empezar en ella su obra; y sólo saldrá de allí, cuando haya organizado definitivamente la Iglesia.

---

(1) Comp. *Mat.*, IV, 12; *Marc.*, I, 14. Nada revela más manifiestamente las lagunas de nuestros Evangelios, que lo que se observa en los tres sinópticos al principio mismo de la vida de Jesús. Los tres suprimen los dos regresos del Salvador á Galilea, después de su bautismo, y sus dos apariciones, no obstante ser muy significativas, en las fiestas de Jerusalén. Según esto, parece confundirse su tercer regreso á Galilea con el primero, pasando así en silencio la mitad del primer año de su vida pública. Ya hemos visto cuán afortunadamente llena la laguna el cuarto Evangelio; pero ¿ha llenado todas las demás?

LIBRO SEGUNDO

PERÍODO DE CREACIÓN EN GALILEA

SECCIÓN PRIMERA

JESÚS REÚNE LOS PRIMEROS ELEMENTOS DE SU IGLESIA

CAPÍTULO PRIMERO

Infructuosa tentativa en Nazaret

Empieza Jesús su ministerio en Galilea.—Favorecen las sinagogas su acción sobre el pueblo.—La de Nazaret.—El profeta en su patria.—Lectura y comentarios de Isaías, LXI.—Admiración y celos.—Réplica severa.—Furor de la concurrencia.—Abandona Jesús á Nazaret y se dirige á Cafarnaúm, (*Luc.*, IV, 16-30).

El ministerio en Galilea es, en la vida de nuestro Señor, el período más pacífico, más dichoso y más fecundo. Nuestros Evangelios sinópticos han hecho de él asunto casi exclusivo de sus narraciones. Nada más natural, puesto que son el resultado del Evangelio oral primitivo, el cual es, á su vez, fruto de la predicación apostólica. Ahora bien, esta predicación, destinada por entero á la edificación de los fieles, no creyó deber preocuparse de lo que había pasado en Judea, en donde habían resultado infructuosas las diversas tentativas de Jesús; por el contrario, hizo de la evangelización de Galilea el tema ordinario de sus más edificantes discursos. Allí nada de discusiones teológicas, á menos que no se chocase con personas llegadas de Jerusalén; nada de resistencias sistemáticas; nada de malas voluntades irreductibles, sino aldeanos gene-

rosos y sencillos, de alma recta y honrada, cuyas ingenuas preguntas excitaban respuestas y explicaciones siempre llenas de sabiduría y encanto; el espectáculo de la naturaleza inspirando deliciosas parábolas; en una palabra, el medio más felizmente escogido para el pacífico desarrollo del Evangelio.

Con la más cordial efusión, se dirige, pues, el divino Maestro á los que van á recibirle favorablemente, á escuchar su palabra y á reclamar sus milagros. La luz penetrará más rápidamente en aquellas inteligencias obtusas que en los espíritus hastiados de las discusiones teológicas de los rabinos. Va á dar principio el año bendito del Señor, según la expresión del Profeta. En él se inaugurará la obra de Dios, y se podrá comprobar el desarrollo gradual de ella, y entrever su definitivo triunfo. En ese trabajo de creación empleará Jesús su paciencia infatigable, su poder, y particularmente su caridad. Nada más consolador que seguir al Maestro en ese apostolado y tomar puesto entre sus discípulos, con objeto de recoger piadosamente todas sus lecciones.

Esta vuelta de Jesús á Galilea se señaló, según los sinópticos, por un desarrollo extraordinario de actividad. En todas las sinagogas se oía predicar al joven Maestro acerca del advenimiento del reino de Dios, de la penitencia y de la obligación de creer en la Buena Nueva. Afirmaba, con avasalladora autoridad, que se habían cumplido ya los tiempos; todos aplaudían su palabra, é iba en aumento su celebridad [1].

La multiplicidad de sinagogas en un país profundamente religioso, debía ser un medio natural para la difusión de la divina semilla. Al llegar Jesús á una ciudad, estaba siempre seguro de encontrar allí un auditorio dispuesto á oirle y á discutir su palabra. Sin contar la reunión obligatoria, efectuábanse también en la sinagoga reuniones voluntarias los lunes y los jueves; y como aquellos días eran

(1) *Luc.*, IV, 15.

también días de tribunal y de mercado, rara vez dejaban los campesinos de acudir á glorificar á Dios en la santa asamblea, después de haberse dedicado á sus negocios.

Toda población de diez vecinos, suficientemente ricos para poder prescindir del trabajo manual, debía edificar á lo menos una sinagoga. Las grandes ciudades contaban más ó menos, según el número y la munificencia de sus habitantes. Tiberíades poseía doce, y Jerusalén cuatrocientas ocho [1].

Nazaret tenía la suya, y Jesús se dirigió á ella para evangelizar á sus conciudadanos. A pesar de ser notoriamente malas sus disposiciones—ya le vimos pasar por su patria sin detenerse en ella,—no quería darles motivo para la menor excusa. Aprovechando, pues, un día de sábado, acudió, según su costumbre, á la casa de oración y tomó puesto en medio del pueblo. Todos estaban acostumbrados á verle concurrir con la mayor puntualidad á dichas reuniones, desde su más tierna juventud; pero ocultando á la vista de los hombres el estado extraordinario de su alma, había permanecido constantemente confundido con la multitud.

Hay que representarse estas sinagogas como vastas salas rectangulares, de arquitectura más ó menos artística, las cuales terminaban en una especie de santuario con gradas. En ellas, un arca ó tabernáculo encerraba el libro de la Ley. Cerca de las gradas estaban dispuestos los asientos de honor [2]: el del Presidente, los de los ancianos, el del oficiante, vueltos todos hacia el pueblo, el cual se mantenía en el recinto alrededor del púlpito ó plataforma poco elevada y destinada al lector ó al predicador [3]. Todavía se ven dispuestas de esta suerte las sinagogas de Jerusalén. No estaba tan reservado á los sacerdotes y á los rabinos el derecho de hablar á la concurrencia, que no se pu-

(1) *Megill Perek.*, I, y *Barachot*, fol. 8.
(2) *Mat.*, XXIII, 6; *Sant.*, II, 2, 3.
(3) V. Vitringa, *de Synagoga vetere*; Jost, *Geschichte des Judenthum*, I, 168 y sig.

diese conceder nunca á los simples particulares. Sabemos, efectivamente, que cuando, en los días solemnes, exigía el ceremonial que llegase á siete el número de lectores, se invitaba, por cortesía ó necesidad, á que subiesen á la cátedra los concurrentes más instruídos para que leyesen un fragmento de Moisés ó de los Profetas. Además, cualquiera podía, regularmente, pedir que se le oyese, aun sin ser invitado; pero, en este caso, era preciso estar casi seguro de recompensar con su ciencia la temeridad de solicitar semejante honor.

Había terminado la lectura de los fragmentos de la Ley *(Parascha)* é iba á empezar la de los Profetas *(Haphtara)*. Grande debió ser la admiración de todos cuando, desde el centro del pueblo, Jesús el carpintero hizo señal de que quería hablar. Cierto que el rumor de sus recientes obras en Caná y Cafarnaúm no había dejado de llamar la atención de sus compatriotas; pero, fuera de que ignoraban hasta qué punto debían creer los extraordinarios relatos que circulaban, era notorio que Jesús no había frecuentado otra escuela que el taller de José, y no se le suponía suficientemente ilustrado para dar una lectura solemne, menos aun para comentarla. Con todo, el presidente de la asamblea, ó *el ángel de la sinagoga*, autorizóle para subir al púlpito. Una vez allí, el *hazán*, especie de oficial subalterno, le entregó un cilindro en torno del cual estaban arrolladas unas bandas rectangulares. Era la colección de los discursos proféticos de Isaías. Sabemos por el libro de los *Hechos* que, á la lectura del Pentateuco, se añadía, los sábados, la de los Profetas [1]. Jesús, ya porque el orden prefijado lo exigiera así, ya porque su mano fuese derechamente á donde convenía, tomó uno de los pasajes mesiánicos más importantes [2]. El presidente de la sinagoga le hizo seña de que empezase, y Él se puso á leer: «El Es-

(1) *Hechos*, XIII, 15; XV, 21.

(2) Es de Isaías, LXI y sig. Por más que directamente se aplique á la vuelta del cautiverio, la profecía se refería igualmente á los tiempos mesiánicos, cuya figura simbólica debía ser la libertad de Israel.

píritu del Señor sobre mí; por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres; me ha enviado para sanar á los quebrantados de corazón; para anunciar á los cautivos redención y á los ciegos vista; para poner en libertad á los quebrantados [1]; para publicar el año favorable del Señor y el día del galardón.» Á estas palabras se detuvo, cerró el libro, lo devolvió al *hazán* y se sentó.

Esta era la señal de que quería hablar y comentar el texto. Todos guardaron el más profundo silencio y nadie apartaba de Él los ojos. «Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos»—empezó diciendo con voz solemne.—Y luego continuó desarrollando su afirmación, con todos los sentimientos de afectuosa ternura que pedían las circunstancias. Los que le escuchaban, sus compatriotas, los amigos de su familia, los compañeros de su infancia, eran los pobres ciegos á quienes ante todo quería curar, los esclavos á quienes iba á libertar, y á los que deseaba llevar las primicias de la salvación y de su gracia. Á tratarse de un auditorio menos hostil que el de Nazaret, hubiera obtenido Jesús el éxito más consolador. Además, su tesis no pertenecía sólo al dominio del sentimiento; podía afirmar, con el testimonio de Juan Bautista, y con los milagros ya realizados, que realmente había descendido sobre Él el Espíritu del Señor en el bautismo. En cuanto á las disposiciones misteriosas de su corazón

---

(1) Sorprende mucho que se encuentra aquí un miembro de la frase *αποστεῖλαι τεθραυσμένους ἐν ἀφέσει* que no está en el texto hebreo ni en los Setenta. Léense estas palabras en el capítulo LVIII, 6, de Isaías. ¿Se habrá de creer que las tomó Jesús de aquí para insertarlas en su lectura? Es poco probable, porque en aquel momento leía, no explicaba; de manera que no le era permitido intercalar nada sin exponerse á ser reprendido por el presidente de la sinagoga con gran escándolo de todo el mundo. Más plausible sería decir que San Lucas, citando la versión de los Setenta, pudo encontrar en su ejemplar, en nota marginal, el fragmento del capítulo LVIII, transportado al capítulo LXI. Estaba allí como explicación del *τυφλοῖς ἀνάβλεψιν*, ó como simple relación de ideas análogas, imaginada por los gramáticos, y lo insertó en su redacción, como si fuese texto verdadero. Estas inexactitudes pueden conducir á la modificación ds ciertas teorías demasiado severas acerca de la inspiración, pero no comprometer la autoridad del Evangelista.

hacia la humanidad, estaba dispuesto á probarlas, consagrando su vida á la salvación de esta desgraciada humanidad. Desde aquel día, en efecto, como verdadero representante de las misericordias del Altísimo, irá, no ya haciendo resonar la trompeta jubilar, sino inaugurando la predicación evangélica, á publicar por todas partes el gran año de gracia y bendición.

El jubileo, tal como lo había entendido el mosaismo [1], devolvía, cada cincuenta años, la libertad al esclavo que había sido vendido, el patrimonio á las familias que lo habían enajenado, en una palabra, restablecía la sociedad judía en sus primitivas bases. Mejor obrará todavía el ministerio que ha de emprender Jesús, porque restaurará, no ya un pueblo, sino la humanidad, desde tanto tiempo esclavizada, arruinada, degradada. Y su obra de resurrección no tendrá eficacia para medio siglo, sinó para siempre.

La benevolencia, la facilidad, la elocuencia con que se expresaba el nuevo predicador, obligaron á la asamblea á hacerle justicia y admirarle. Con todo, este primer movimiento de entusiasmo y de aprobación dió pronto lugar á un sentimiento de protesta ó aun de violentísimo despecho. Todos olvidaron las hermosas palabras que acababan de oir, para preguntarse quién era aquel que las había pronunciado. «¿No es este el hijo de José?»—murmuró alguien;—y esta pregunta provocó otras palabras picantes, que Jesús oyó, ó perversos sentimientos, que leyó en el fondo de los corazones. Puesto que quería pasar por el gran predicador del jubibeo de la humanidad perdonada, Él, cuya infancia había sido tan oscura, ¿por qué no probaba su misión con algunas obras extraordinarias? En su propia ciudad debía empezar la demostración de su carácter mesiánico.

«Sí—les dijo,—ya os oigo; sin duda me diréis este

---

(1) *Levit.* XXV, 9.

proverbio: Médico, cúrate á ti mismo, [1] todas aquellas grandes cosas, que oimos decir que hiciste en Cafarnaúm, [2] hazlas también aquí en tu patria. Pues bien, en verdad os digo, que ningún profeta es acepto en su patria.» En efecto, siempre ha sido muy difícil á los conciudadanos de un hombre extraordinario reconocer todo el valor de aquel á quien vieron nacer y crecer en medio de ellos. Y como Jesús lee en sus objeciones una especie de duda irónica acerca de la realidad de los milagros que obró en otras partes, les observa, con tono severo, que el cielo sólo ofrece sus señales á los que las merecen por su fe humilde y sincera. Por el mero hecho de ser de la misma nacionalidad ó del pueblo del Taumaturgo, no hay derecho á sus obras. Preciso es ante todo vivir en comunicación de ideas y de aspiraciones con Él. Este es el verdadero lazo ante el cual quedan anulados todos los demás. «En verdad os digo—añade Jesús,—que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando fué cerrado el cielo por tres años y seis meses [3], cuando hubo una grande hambre por toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado Elías, sino á una mujer viuda, en Sarepta de Sidonia [4]. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo de

(1) Es de notar que nos haya sido conservado este proverbio del médico por el único Evangelista que parecía tener interés profesional en repetirlo. Lo encontramos en los rabinos: «Médico, cura tu propia cojera.» *Bereschit Rabb*, 23; *Sanchum*, 4, 2.

(2) Alude esta palabra á los prodigios obrados ya en Cafarnaúm, la curación del hijo del oficial real y otros que no sabemos, pero que supone *Juan*, IV, 48 y tal vez también *Luc.*, IV, 14.

(3) La epístola de *Santiago*, V, 17, señala este mismo lapso de tiempo, y parece seguir, como lo hace aquí Jesús, la tradición judía de la época. Por más que se lea, 3 *Reyes* XVII, 1; XVIII, 1 y 45, que cayó la lluvia al tercer año, sostenían los rabinos, al parecer, la cifra de tres años y medio (Véase Jalkut Schimoni sobre 3 *Reyes*, VII), porque era la mitad del siete, límite ordinario de los tiempos calamitosos, *Dan.*, XII, 7. Pero puede también decirse que, no lloviendo regularmente en Palestina sino por los meses de Noviembre y de Marzo, se añadían, á los tres años profetizados, los seis meses precedentes al anuncio hecho por Elías de la desastrosa sequía, á menos que se prefiera contar los tres años mencionados, XVIII, 1, á partir de la huída del profeta á Sarepta, 3 *Reyes*, VII, 1, y no de XVII, 1.

(4) Recientemente hemos visitado, yendo de Tiro á Sidón, las ruinas de Sarepta. La ciudad, que costea tres pequeños ancones, debió ser, en otro

Eliseo profeta; mas ninguno de ellos fué limpiado, sino Naamán de Siria.»

Cuando los nazarenos se oyeron comparar á los judíos infieles del tiempo pasado, mientras el predicador se comparaba á sí mismo á los grandes profetas que los habían reprendido, no pudieron contener por más tiempo su furor. Se levantaron, y arrojándole fuera de la ciudad, lo persiguieron hasta la cumbre del monte [1] sobre el cual estaba edificado Nazaret. Era su intención precipitarle de lo alto de alguna escarpada roca. De este modo demostraban cuánta razón tuvo Jesús en atacar sus malas disposiciones. En el momento crítico, y cuando estaban á punto de consumar su crimen, el Salvador los detuvo de súbito, probablemente dejando aparecer algo de su majestad sobrehumana. Hay á veces en la mirada ó en la palabra de los hombres superiores un poder sorprendente que encadena el más violento tumulto y se impone á la bestia feroz, repentinamente asombrada. En otras circunstancias veremos en qué grado poseía Jesús este prestigio; pero, por de pronto, no tenemos motivo para extrañarnos, puesto que sabemos que la energía de su augusta alma se hallaba engrandecida con la autoridad misma de Dios.

Atónitos por la sobrehumana dignidad que súbitamente había desplegado, miráronse estupefactos los nazarenos, sintiendo paralizados sus brazos y vacilante su furor; y, como movidos por un impulso repentino é irresistible, abrieron paso al que iban á precipitar. Jesús, tranquilamente, con severa majestad, atravesó sus filas, sin que se atreviese nadie á poner sobre Él su mano sacrílega. Tal fué el milagro, conforme alguien ha dicho, que obró el Mesías, á falta de otro, abandonando á sus conciudadanos.

---

tiempo, muy importante. Sólo quedan algunas piedras bellamente aparejadas y trozos de columnas enterrados bajo fragmentos de cerámica y de mármol. Sarfend, pequeña población situada en la próxima colina, conserva el nombre de la antigua ciudad.

(1) La expresión ἕως ὀφρύος τοῦ ὄρους indica claramente que el lugar de la precipitación debe buscarse trepando la montaña, en el flanco donde se encontraba Nazaret, y no bajando hacia la llanura.

Salió, pues, como un desterrado, de aquella ciudad en que había pasado los largos años de su vida oscura. No se ha dicho que le acompañase amigo alguno de su juventud. Miró de lejos, sin duda por última vez, la ingrata patria, la humilde casa, que había ocultado sus afectos, su trabajo y sus virtudes, y lloró, quizás, por verse así obligado á llevar á otros las obras y las palabras de salvación que los suyos habían rehusado.

Dirigió sus pasos á Cafarnaúm. Estaba seguro de encontrar allí elementos providencialmente preparados para la primera organización de su Iglesia. ¿No había profetizado Isaías [1] que la luz empezaría á iluminar los confines de Zabulón y de Neftalí? Además del oficial del rey, cuyo hijo había curado, y de los que con él habían creído, ¿no había en la ciudad misma, ó en sus puertas, un doble grupo de parientes y de amigos, sobre cuya elección estaba ya decidido, para convertirlos en piedras fundamentales de la nueva sociedad? Jóvenes y magnánimos, convencidos de la misión extraordinaria de Jesús, sólo esperaban la señal definitiva para arrojarse al movimiento religioso y aportar á él, con todos los defectos de incultos galileos, las cualidades de corazones naturalmente rectos y desinteresados.

(1) San Mateo, en efecto, IV, 14, ve en este cambio del domicilio de Jesús el cumplimiento de *Isaías*, VIII, 23, y IX, 1, que cita muy libremente, sin seguir con exactitud ni el hebreo ni los LXX. El Profeta se refiere simultáneamente, en este pasaje, á la libertad del yugo asirio y al reino mesiánico.

CAPÍTULO II

Vocación definitiva de los cuatro [1]

Dirigiéndose á Cafarnaúm, encuentra Jesús en las orillas del lago á Pedro y Andrés, Santiago y Juan.—Propóneles que se conviertan en sus discípulos.—Predicación en la barca de Pedro.—Pesca milagrosa.—Los discípulos serán pescadores de hombres.—Consecuencia de esta vocación en la historia de la humanidad. (*Mar.*, I, 15-20; *Mat.*, IV, 17-22; *Luc.*, V, 1-11.)

Abierta ya definitivamente la era mesiánica, despliega Jesús su actividad y corre á sembrar por todas partes la Buena Nueva y á inaugurar el reino de Dios, sin ocuparse más en la mala acogida de los nazarenos. Se halla solo todavía, pues los discípulos que le siguieron á Jerusalén en la primera Pascua parece que no se encontraban con Él en la otra fiesta en que curó al paralítico de Betsaida. En todo caso, no hemos visto que se hallasen en Nazaret, cuando se produjo el incidente de la sinagoga. Muy probablemente, Jesús los tenía consigo á intervalos; pasadas las fiestas, volvían á sus trabajos, adonde irá muy pronto el Maestro á reunirse con ellos. Por el momento, sólo Él predica la penitencia y la fe en el Evangelio. De esta manera empieza á recorrer á Galilea. Dondequiera que encuentra almas, se detiene. No es ya solamente la sinagoga, es la plaza pública, las casas privadas, las que le sir-

(1) San Lucas es el único que cuenta por completo la vocación de los cuatro. San Mateo y San Marcos lo hacen sólo sumariamente; pero su relato no excluye el de San Lucas, como no destruye un compendio la historia de que es resumen. Según aquéllos, Jesús invita á seguirle á Pedro y Andrés mientras pescan. San Lucas no los contradice, sino que expone *en qué condiciones* pescaban. Santiago y Juan, conmovidísimos por lo que acababan de ver, fueron invitados á seguir al Maestro, *al regreso* de la pesca, mientras arreglaban sus redes estropeadas.

ven para reunir las multitudes é instruirlas. Permanece poco tiempo en un mismo lugar, y no pronuncia largos discursos; después de formular algunas máximas breves y conmovedoras, se retira dejando á todos tiempo para reflexionar. Así, las muchedumbres que apenas han podido vislumbrarle, le siguen deseosas de oirle todavía. Con ellas hará gustoso una parada en el camino, ora al pie de una montaña, ora en el extremo de un campo de trigo, ora á las orillas del lago. Puede asegurarse que quien estaba muerto en la indiferencia y en la infidelidad, se despertará á su paso; á fuerza de bondad, de paciencia, de milagros, provocará en todas partes provechosísima agitación.

Evangelizando de esta manera todo el país, llegó á Cafarnaúm. Simón-Pedro y Andrés, á orillas del lago, arrojaban, por última vez, sus redes, desanimados, después de toda una noche de pesca infructuosa. Jesús, dirigiéndose á ellos: «Venid conmigo—les dijo,—yo os haré pescadores de hombres [1].» Al oir aquella voz tan conocida, atracaron los dos hermanos su barca á la playa y corrieron á saludar á Jesús.

No lejos de allí, estaban en otra navecilla Santiago y Juan, quienes, con Zebedeo su padre y algunos jornaleros, lavaban y remendaban sus redes. También los llamó el Maestro. Muy diferente era esta invitación de la que habían recibido, algunos meses antes, en las orillas del Jordán [2]. Entonces trataba solamente Jesús de unirlos á Él con los lazos generales de la fe y del afecto; actualmente, se trataba de crear los lazos definitivos que debían unir para siempre á los discípulos con el Maestro. La vez primera habíanle seguido los cuatro sólo accidentalmente; en adelante, están llamados á seguirle por obligación y para siempre.

Sin embargo, había crecido considerablemente la muchedumbre que rodeaba al nuevo doctor; y como todos se empujaban ansiosos de tocarle ó de verle de cerca, no era

(1) *Marc.*, I, 16; *Mat.*, IV, 18.
(2) *Juan*, I, 35-43.

posible que le hablara todo el mundo. Reparando entonces en dos barcas que se hallaban junto á la orilla, entró en una de ellas: era la de Simón. Este incidente, al parecer fortuito, pero que se relacionaba con las miras de Jesús sobre lo por venir, era el presagio de la primacía que quería conceder más tarde, en la Iglesia, á este discípulo. En realidad, desde hace dieciocho siglos, nunca ha cesado Jesús de mantenerse sobre la barca de Pedro, para enseñar á la sociedad cristiana con la más indefectible autoridad.

Pidió, pues, que alejasen algo de la orilla la pequeña embarcación, y, después de tomar asiento, empezó á instruir á la muchedumbre. ¡Qué espectáculo tan delicioso! Mientras acariciaban las olas la movible cátedra desde donde hablaba el predicador, escuchaba, con inenarrable entusiasmo, la muchedumbre de oyentes, de pie en la arena, ó subida á las negras rocas de basalto que se introducen en el agua. El sosiego de la mañana, el encanto de la hermosa naturaleza, no menos que la suave palabra del Maestro, parecían difundir por la piadosa asistencia una atmósfera de perfecta felicidad. ¿Qué templo, qué palacio hubieran podido extender sobre ella una bóveda comparable al espléndido cielo de Siria y rodearla con un muro tan risueño como el lago, con sus aguas límpidas, y las colinas onduladas, que lo encajan en una cortina de flores campestres ó de rocas blancas y violáceas?

Concluído el discurso, despidió Jesús al pueblo, y volviéndose á Simón: «Entra más adentro—le dijo,—y soltad vuestras redes para pescar.» Su pensamiento no era tanto reconocer el servicio que se le había hecho poniendo una barca á su disposición, como hacer duradera la impresión producida por su discurso en el alma de Pedro y sus compañeros. Siendo pescadores, preparaba su industriosa misericordia una pesca milagrosa. Respondió Simón: «Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, sin haber cogido nada; mas, en tu palabra, soltaré la red.» La prontitud con que se determina Pedro á hacer una nueva prueba, aun pareciéndole tan dudoso el resultado, demues-

tra la elevada idea que tenía ya del poder de Jesús. Su recompensa fué una pesca tan abundante, que las redes amenazaban romperse. Acudieron en seguida, á una señal, los pescadores apostados en la otra barca, y consiguieron llenar las dos chalupas, que casi se sumergían.

Sabido es que, ordinariamente, no son grandes esas embarcaciones de pescadores en los lagos y estanques. Las que vimos nosotros en Tiberíades, no constituyen una excepción de esta regla; seis hombres bastan para llenarlas.

Incontestablemente, acababa de obrarse un milagro. No era el acaso ni la proximidad de la tempestad lo que había reunido en la red de Pedro tan gran número de peces; pues Jesús no podía contar con el acaso, después de un resultado negativo durante toda la noche, y, por otra parte, no necesitaba Pedro del aviso de Jesús para saber que la pesca es buena cuando se avecina la tormenta. Tampoco se engaña en esto el hijo de Jonás; ha visto en el primer instante que algo hay de sobrehumano en aquel suceso, y se dijo: «Sí, Jesús con un acto de soberana autoridad, mandó á los peces que se reuniesen alrededor de la barca [1], y, con ciencia sobrehumana, supo que habían obedecido.» Ahora bien, quien puede hacer tales prodigios no es un simple mortal. Luego en Jesús hay algo de Dios. La majestad divina, cuando se deja ver á través de obras extraordinarias, no provoca sólo la estupefacción, sino que excita también el espanto. Cayendo el discípulo de rodillas ante el Maestro, exclama: «¡Señor, apártate, que soy un miserable pecador!» Y Jesús, tomando de nuevo la profética y sublime palabra que en aquel momento acababa de dirigir á todos, añade con encantadora bondad: «No temas: desde aquí en adelante, serás pescador de hom-

(1) No es más difícil, para quien ha creado los peces, reunirlos, á una hora determinada, en un punto del lago, que conservar el instinto de agruparlos en masas prodigiosas, á tal día del año, en las costas de Terranova ó en el Báltico, para empezar el largo viaje que los conduce anualmente á nuestras costas.

bres [1].» Andrés, Santiago y Juan participaban de la misma impresión de Simón-Pedro. Jesús debía incluirlos en la misma invitación. Así, pues, luego que hubieron conducido sus barcas á la orilla, les dijo: «Dejad vuestras redes y seguidme.» Seducidos todos por esta perspectiva de llegar á ser pescadores de hombres, abandonaron su familia y sus compañeros, sus barcas, sus utensilios, el pescado mismo, para unirse inmediatamente al Maestro, al que no debían abandonar jamás [2].

Tal vez no se registra en la historia del mundo un acontecimiento más digno de consideración que la unánime respuesta de estos cuatro hombres al llamamiento de Jesús. La vocación de Abraham había asegurado á la humanidad el conocimiento del Dios único, vivo y personal; la de Jesús había demostrado á un pueblo la acción providencial y permanente de este Dios en los asuntos humanos; la vocación de los cuatro discípulos dará este Dios á la humanidad decaída como hermano y libertador. Todo cuanto ha precedido era transitorio, y preparaba simplemente la transformación religiosa que los pescadores galileos van á imponer al mundo idólatra y corrompido. En sus redes, esparcidas por todas partes, desde Levante á Poniente, desde Norte á Mediodía, recogerán los pueblos de toda raza, de toda lengua y de toda civilización.

¡Qué prodigio! Pero ¿qué es la pesca milagrosa del lago comparada con la que los mismos hombres, por la palabra de Jesús, llegarán á realizar con las redes del Evangelio?

---

(1) El término griego de que se sirve Jesús, *ζωγρῶν*, supone que se deja con vida la presa capturada. En efecto, al paso que entonces pescaba para hacerlos morir, Pedro pescará, en adelante, á los hombres para hacerlos vivir.

(2) Estas palabras, *ἀφέντες πάντα ἠκολούθησαν αὐτῷ*, que se encuentran en *Mat.*, IV, 22, y equivalentemente en *Marc.*, I, 20, impiden imaginar un tercer llamamiento de los cuatro discípulos y, por más dificultad que haya en explicar la omisión de la pesca milagrosa, en el primero, y sobre todo en el segundo sinóptico, hay que renunciar á sostener que no refieren el mismo hecho que *Luc.*, V, 1-11.

CAPÍTULO III

Jesús en Cafarnaúm.—Su primera jornada

Cafarnaúm; sus habitantes, su prosperidad, su situación.—Predica Jesús en la sinagoga.—Curación de un poseído.—De la posesión diabólica y sus efectos.—La suegra de Pedro acometida de fiebres.—Después de la puesta del sol, la muchedumbre, con enfermos y posesos, invade la casa en que se encuentra Jesús.—Vase el Señor al día siguiente.– *(Luc.*, IV, 31-41; *Marc.*, I, 21-34; *Mat.*, VIII, 14-17.*)*

Probablemente pasó Jesús aquel día [1] á orillas del lago con los discípulos que acababa de unir á sí; pero, al sábado siguiente, quiso dirigirse á Cafarnaúm, para hablar al pueblo en la sinagoga.

Esta ciudad ha desempeñado un papel importante en la historia evangélica. Algunas palabras de Jesús [2] dan á entender que estaba entonces en plena prosperidad, pero su prosperidad se reducía sólo á lo material, sin serias preocupaciones en el orden intelectual y moral.

En las laderas del pequeño promontorio situado actualmente entre Ain-el-Tin y Tabigah es en donde hay que buscar su situación antigua. Prueba decisiva de ello son los restos del acueducto descubiertos por nosotros hace cinco años, acueducto que servía para extender por toda la llanura de Genesaret las aguas de riego de que habla Josefo [3]. Construída junto al camino de las caravanas, la pequeña ciudad veíase cruzada continuamente por extran-

(1) Seguramente no era sábado el día que encontró Jesús á los discípulos ocupados á orillas del lago. Ahora bien, como, por otra parte, parece que entró solo en casa de Simón en saliendo de la sinagoga, todo induce á creer que había pasado el día precedente fuera de la ciudad.

(2) *Mat.*, XII, 23.

(3) V. en Vigouroux, *Dict. Biblique*, fascic. VIII, p. 202, mi artículo sobre Cafarnaúm.

jeros y enriquecida por el tráfico á que se dedicaban. Citábanse allí para vender ó comprar los primeros frutos de la estación, la pesca fresca ó salada, el trigo y toda especie de granos. Los mercaderes sirios desembalaban gustosos sus ricos tejidos y los beduinos acudían á cambiar la lana de sus ovejas por utensilios domésticos y vestidos. Judíos, paganos y prosélitos codeábanse allí con motivo de sus negocios. Tenía esta ciudad una aduana [1], y estaba fortificada, porque se encontraba en la línea frontera de las tierras de Filipo y Antipas.

Desde este punto, podía Jesús dirigirse indistintamente á Galilea, hacia el Oeste, á Gaulanítida é Iturea, hacia el Norte, á Decápolis y Perea, hacia el Este y Sud; y, después de sus excursiones apostólicas, estaba seguro de encontrar en casa Pedro ó de otros amigos, reposo y cordial hospitalidad. En efecto, llegó á ser, con tanta asiduidad, huésped de aquellas excelentes familias, que, á decir del Evangelio [2], Cafarnaúm fué en adelante su domicilio oficial, *su ciudad*, en donde pagaba el tributo como habitante empadronado [3] en toda regla.

Nada más gracioso que el panorama que se descubría al pie de la pequeña ciudad. Desde el promontorio, formado por la roca donde estaba edificada, podía pasearse la mirada sucesivamente por las dos riberas, cubiertas entonces de deliciosas habitaciones, desde Magdala á derecha y el Wadi-Semak á izquierda hasta Betsaida-Julias al Norte, y recrearse, á lo lejos, por la otra parte del Tiberíades, sobre las azules aguas del lago, batidas, con sus blancas alas, por miles de aves. Aun hoy, cuando empiezan á descender las grandes sombras de las colinas, cual grandes cortinas de tul, sobre esta cuna, en donde parece dormida para siempre la vida de otro tiempo, siéntese extremada facilidad en soñar ante aquel delicioso espectáculo, y compréndese que el Hijo de Dios se complaciese

(1) *Marc.*, II, 14 y lugares paralelos.
(2) *Mat.*, IX, 1; XIII, 1-36; *Marc.*, II, 1, etc.
(3) *Mat.*, XVII, 24.

en pronunciar los discursos del cielo en medio de tan hermosa naturaleza.

La ciudad estaba construída de piedras negras, muy duras, á pesar de su porosidad. Teníase cuidado de blanquearlas frecuentemente, y estos tintes luminosos, alternando con las sombrías rocas ó los verdes bosquecillos que las encuadraban, debían producir felicísimo efecto bajo el hermoso sol de Oriente. Diversos arrabales á derecha y á izquierda, es decir, algunos grupos de casas esparcidas sobre la orilla, como se ve á lo largo del golfo de Nápoles, servían de prolongación á la ciudad misma. De este modo, apoyándose sobre las dos vertientes del pequeño promontorio, tenía á derecha, mirando al lago, su puerto, en el mismo lugar que ocupa actualmente Ain-el-Tin, y á izquierda, hacia levante, su arrabal hasta Tabigah, en donde subsisten todavía numerosas, pero insignificantes ruinas. Allí, y probablemente alrededor de la fuente llamada Cafarnaúm en Josefo [1], fuente que brotaba siempre por múltiples bocas, habitaba la población industrial, como en un distrito manufacturero. Las abundantísimas aguas de esta fuente eran empleadas, parte en el riego de la llanura de Genesaret, adonde llegaban después de haber atravesado, por un acueducto, el montículo sobre el cual se hallaba la ciudad propiamente dicha, y parte en el servicio de los molinos, de los cuales se encuentra uno que otro vestigio. Los alfareros, y sobre todo, los curtidores, de donde parece provenir el nombre de Tabigah, encontraban siempre en ellas los recursos necesarios á su industria. Allí debió sentarse Jesús más de una vez, en medio de humildes obreros, para anunciarles la hora bendita en que, en la libertad de los hijos de Dios, todos los hombres iban á sentirse iguales, invitados á la misma felicidad y unidos en las mismas esperanzas.

Sin embargo, la sinagoga era el lugar que escogía preferentemente para evangelizar y conmover las almas. Una

(1) *B. J.*, III, 10, 8. Καφαρναοὺμ αὐτὴν οἱ ἐπιχώριοι καλοῦσι.

de ellas, singularmente bella, había sido edificada por un centurión [1], extranjero de origen, pero probablemente prosélito de la puerta y de guarnición en Cafarnaúm. Con esto, había querido demostrar á la población judía sus buenas disposiciones, y rendir á Jehová un homenaje de fidelidad [2].

La primera vez que Jesús se presentó en ella, acudió presurosa y llena de curiosidad la muchedumbre. La noticia de su llegada se había difundido rápidamente por todo el país. Todos querían verle y oirle. Tomó, en efecto, la palabra, y la impresión general fué que enseñaba de muy diferente manera que los rabinos judíos. Ni en el fondo ni en la forma, se parecían en nada sus discursos á los áridos comentarios ó á las minuciosas contestaciones de los doctores de la sinagoga. Jesús abordaba las cuestiones prácticas de la religión y las trataba con autoridad y nitidez tal, que admiraban á todo el mundo. Los rabinos partían de la tradición de los antiguos; Él en la experiencia y en la conciencia humana; aquéllos se ocupaban en ridículas futilidades; Jesús en las cuestiones más serias de la vida moral; los unos discutían á lo infinito, para no concluir nada, el otro afirmaba y probaba en pocas palabras. De aquí que unánimemente se tributase justicia á la superioridad de su enseñanza y todos le admiraban.

Pues bien, mientras estaban todos de tal manera suspensos de sus labios, produjose un incidente, por demás inesperado, que puso de relieve un nuevo aspecto de su naturaleza superior. Entre la muchedumbre de oyentes habíase introducido un desgraciado, á quien su estado debía mantener alejado de una piadosa asamblea. Era

(1) *Luc.*, VII, 5.

(2) Equivocadamente se ha pretendido encontrar restos de la sinagoga en las hermosas piedras de mármol cincelado, con frisos, arquitrabes y cornisas, que hasta estos últimos años yacían en Tell-Hum, y están actualmente ocultas bajo las nuevas construcciones de los Padres Franciscanos. La sinagoga de Tell-Hum fué probablemente contemporánea de las que visitamos en Meirún y en Kefr-Birim. Del mismo estilo, y con las mismas esculturas é inscripciones, datan las tres del fin del siglo II de nuestra era.

un hombre poseído del espíritu impuro. En silencio y durante algún tiempo, había escuchado al nuevo doctor; pero el demonio, á quien estaba entregado, mostróse muy pronto menos paciente que él. Satanás debía hallar intolerable el triunfo del predicador. Cada una de sus palabras era una saeta dirigida contra el reino del mal. No pudiendo contener por más tiempo su despecho, estalló de repente, y tomando la voz del poseído: «¡Ah! ¿Qué tienes que ver con nosotros, Jesús de Nazaret?—exclamó.—¿Has venido á destruirnos? Conozco bien quién tú eres; el santo de Dios.» Lo sabe, ó por mejor decir, lo sospecha, porque el odio adivina al enemigo, tan bien como el amor reconoce instintivamente á los amigos. Estupefacta la asamblea con una interrupción tan impertinente y tan poco en armonía con la admiración general, se preguntó qué iba á pasar allí. Jesús, conociendo la voz de Satanás, el adversario, y despreciando su interesado homenaje: «Enmudece—le dijo con tono amenazador,—y sal de este hombre.» Inmediatamente el espíritu impuro, agitando á su víctima en horrorosas convulsiones, la arrojó violentamente en medio de la sinagoga, y la abandonó profiriendo un alarido. No le había hecho mal alguno.

Viva fué la emoción de la asamblea. Acababa de presenciar el choque de las dos potencias que se disputaban el imperio del mundo: Satanás y el Mesías. Satanás tuvo que batirse en retirada ante Aquel en cuyas manos estaba todo poder sobre los espíritus malos, lo mismo que sobre las enfermedades y los elementos. Todos, experimentando el sentimiento de espanto que se había apodedo de Pedro y sus compañeros, después de la pesca milagrosa, repetían; «¿Qué cosa es esta? ¡Porque con poder y con virtud manda á los espíritus inmundos, y salen!»

Nada más satisfactorio á los judíos de aquella época que la comprobación de semejante poder. En efecto, la invisible acción del demonio sobre aquel desgraciado pueblo había tomado proporciones espantosas, por lo que

encontraremos, á cada momento [1], en el camino de Jesús, infelices entregados á la influencia diabólica y pidiendo insistentemente su curación. Josefo [2], que afirma la frecuencia de este doloroso fenómeno, creía que debía atribuirlo á las almas de los hombres viciosos, quienes, después de su muerte, volvían á buscar un domicilio en el cuerpo de los vivos. El pueblo, más extraño á las teorías filosóficas del helenismo, tenía otra convicción, y Jesús, con sus actos y palabras, confirmó su modo de ver [3]. Creía que los malos espíritus, ángeles caídos, compañeros é instrumentos de Satanás, tenían poder para apoderarse de un hombre y atormentar, á la vez, su alma y su cuerpo.

Después de lo que dijimos en otro lugar acerca de la existencia de estos seres superiores y de su poder sobre el mundo, no encontramos dificultad ninguna para tomar al pie de la letra, lo mismo las palabras del Salvador, que las afirmaciones de los Evangelistas.

Nada, en efecto, parece prohibir á los espíritus malos cualquier contacto, ora con nuestra alma, ora con nuestro cuerpo. Pueden, mediante representaciones internas ó externas, excitar nuestra imaginación, solicitar nuestra sensibilidad, perturbando así nuestra inteligencia, y aun ligando en parte nuestra voluntad. El estado moral que de

(1) En otra parte dimos la razón general de esta explosión de poderes infernales en la época en que apareció Jesús. Se ha creído que debían encontrarse las causas particulares de esto, ora en la desaparición total del espíritu de profecía, como en el libro III de los *Reyes*, XVI, 14, ora en el mentís que el cielo, con sus terribles manifestaciones, quería dar á las doctrinas materialistas de los saduceos, como en nuestros días el desarrollo excepcional del espiritismo parece destinado á refutar con hechos las teorías del positivismo. Lo más probable es que Dios quería mostrar su ira contra su pueblo prevaricador, y hacerle sentir, con esta vergonzosa esclavitud, el beneficio de la liberación mesiánica.

(2) *Bell. Jud.*, VII, 6, 3.

(3) Se ha dicho que no estaba encargado de corregir estos prejuicios populares: pero no vemos la razón que hubiera tenido Jesús para dejarlos subsistentes. El dogma religioso se encontraba aquí gravemente interesado. En todo caso, no habrá, indudablemente, quien pretenda que Jesús estuvo obligado á arraigarlos más todavía; y esto es lo que hubiera hecho, sea con su enseñanza, sea con sus procedimientos para con los endemoniados, si la opinión popular no hubiese estado en armonía con su propia doctrina. Comp., *Luc.* IX, I; X, 19; XI, 21, 22; *Marc.*, IX, 29.

esto se siga será realmente extraordinario; las influencias diabólicas serán más potentes, las sugestiones más numerosas, las impresiones más vivas. El hombre parecerá pertenecerse menos á sí mismo. El yo se eclipsará paulatinamente; no se anonadará por completo, pero entrará en una fase bastante semejante al estado de sueño ó de locura. En efecto, de la misma manera que una lesión, un flujo de sangre al cerebro, una fuerte sensación de dolor pueden turbar nuestra razón y adormecer nuestra libertad, así el demonio, sustituyéndose á estas diversas causas, será capaz de producir los mismos efectos. ¿Por qué no ha de poderlo? ¿Porque es espíritu? Pero Dios es también espíritu, y, no obstante, obra directamente sobre nosotros y sobre la creación entera.

Como complemento de nuestra teoría, debemos añadir que no es ilógico ver que la posesión engendre la enfermedad. Así, el diablo, interviniendo en el hombre para dañarle, perturbará su salud por el mismo hecho de perturbar su razón; hará locos, maniáticos, epilépticos, furiosos, sordos, mudos. He aquí la razón por lo cual los Evangelistas llaman con frecuencia *enfermos* á los *posesos*, y dicen que los *endemoniados* eran curados por Jesús. Sus locuciones son exactísimas, porque ordinariamente los enfermos eran posesos y los posesos enfermos.

Debemos observar, sin embargo, que cualesquiera que sean sus violencias, la influencia diabólica sobre el poseído permanece siempre un hecho extrínseco. Indudablemente, puede imponer el demonio á su víctima que haga ó diga lo que él mismo haría ó diría, del mismo modo que el magnetizador hace obrar ó hablar al magnetizado; pero su poder no llegará jamás á sustituirse al yo humano. Continuará siempre siendo un agente externo, un mal completamente exterior. He aquí la causa de que este mismo mal, puesto que no es querido en el fondo por nosotros, y puesto que no es nosotros, puede existir en nosotros sin pecado. El fenómeno, con todo, sería extraño, y, de hecho, no da Dios, á lo menos ordinariamente, un poder tan tiránico al demo-

nio sino sobre hombres sometidos ya voluntariamente al yugo diabólico.

Puesto que Jesús llevaba á la humanidad la salvación, la libertad, el consuelo, entraba en su misión socorrer á aquellos infortunados, á los que la ciencia humana era incapaz de aliviar. En vano, efectivamente, al decir de Josefo, había empleado la medicina, para la curación de ellos, diversas sustancias vegetales ó diversos minerales. Contra un enemigo sobrenatural era preciso una fuerza también sobrenatural. Ahora bien, esta fuerza acababa de revelarse en la sinagoga de Cafarnaúm.

Glorificado por todos, salió Jesús de la asamblea y se dirigió á casa de Simón-Pedro [1]. La ovación popular nunca le impidió ser el hombre de sus primeros amigos por pobres que fuesen; y Pedro tuvo el honor de darle hospitalidad. Era cerca de mediodía [2]. El oficio había empezado en la sinagoga hacia las nueve de la mañana.

Cuando llegó, la suegra de Pedro era presa de un violento acceso de fiebre [3]. Semejantes indisposiciones son frecuentes en el país. Los pantanos que rodean el Jordán, antes de su entrada en el lago de Genesaret, los numerosos charcos de agua que llenan la parte baja de Tabigah, exhalan miasmas peligrosos, y sabemos que los médicos no permitieron á Josefo pasar una sola noche en Cafarnaúm, [4] después de su caída de caballo, sino que, sin pérdida de tiempo, para evitar una recrudescencia de la fiebre, le hicieron transportar á Tariquea. Nosotros mismos

---

(1) *Marc.*, I, 29, observa que la casa pertenecía á Simón y Andrés, lo cual supone que los dos hermanos, originarios de Betsaida (*Juan*, I, 44), tenían un domicilio en Cafarnaúm. Tal vez por sacar más provecho de su pesca, poseían un doble establecimiento en los dos principales centros del lago septentrional.

(2) Nos enseña Josefo que el día de sábado se comía al mediodía, en saliendo de la sinagoga. (*Autobiog.*, 54).

(3) Sabido es que la ciencia médica de los antiguos, desde Hipócrates hasta Galeno, *de diff. Febr.*, I, citado en Wetstein, distinguía uua especie de fiebre llamada *gran fiebre*. Ahora bien, mientras que Mateo y Marcos llaman á la enferma πυρέσσουσα, Lucas especifica; συνεχομένη πυρετῷ μεγάλῳ. Tal exactitud convenía perfectamente á un médico. *Coloss.*, IV, 14.

(4) Jos., *Autob.*, 72.

no hemos pasado nunca por estos parajes sin encontrar atacados de fiebre entre los beduinos que acampan en ellos. Turbado estaba el júbilo de la familia con este incidente; principalmente la mujer de Pedro debía sentirse inquieta por no poder ser ayudada de su madre en tan hermosa ocasión. Informaron de ello á Jesús, preguntándole si haría algo por la enferma. El que socorría á los extraños, ¿podía hacerse sordo al ruego de sus amigos? Dirigiéndose al punto al lecho de la onferma, inclinóse sobre ella el Maestro, y, tomándola por la mano, la levantó. Este era el medio de entrar en comunicación espiritual con la que quería curar. Con su mirada ó su palabra, le inspiró la fe que debía merecer el milagro, y habiendo mandado á la fiebre que cesase, desapareció la fiebre tan pronto y perfectamente, que la buena mujer se levantó para servir á su bienhechor y á los cuatro discípulos, Pedro, Andrés, Santiago y Juan, que estaban con Él [1].

La tarde debió pasarse en piadosas conversaciones. Entre tanto, la ciudad entera se preocupaba de las dos extraordinarias curaciones que acabamos de referir, y aguardaba impacientemente la puesta del sol para que, con la terminación del descanso del sábado, fuese permitido llevar al Taumaturgo todos los enfermos y poseídos.

Hacia el atardecer, en efecto, la ciudad se presentó en masa ante la casa de Simón, conduciendo toda suerte de enfermos. Con una sencilla imposición de manos, Jesús les atestiguaba su benevolencia, excitaba su fe, y, poniéndolos como en contacto con su alma divina, los curaba á todos [2]. Los que más abundaban eran los endemoniados;

(1) Esta curación se encuentra colocada incorrectamente en *Mat.*, VIII, 14, mucho más tarde, durante otra estancia en Cafarnaúm. La razón de ello está, sin duda, en que, para poner en pleno relieve todo el poder del joven Taumaturgo, este Evangelista se preocupó de agrupar, en orden no cronológico, sino más bien didáctico, la serie de diez milagros, VIII-IX, 34, que siguen al sermón de la montaña.

(2) San Mateo, VIII, 17, ve en estas numerosas curaciones el cumplimiento de la profecía de Isaías, LIII, 4, que cita conforme al hebreo y tomándola en un sentido menos elevado que el Profeta. Éste, en efecto, habla en este pasaje del Hombre de dolores que lleva y cura, mediante sufrimientos expiatorios, los pecados de la humanidad.

los libertaba como había librado aquella mañana al de la sinagoga. Solamente que, huyendo de su autoridad, revelaban los demonios á grandes gritos el carácter divino del Mesías. Tal vez pretendían, con ello, provocar una agitación religiosa prematura y comprometer la obra mesiánica. Jesús les amenazaba y les prohibía decir que Él era el Cristo.

El tropel de enfermos no cesó de reclamar la intervención omnipotente del Salvador sino cuando hubo anochecido por completo; cuantos fueron advertidos demasiado tarde, se reservaron tomar su desquite al día siguiente por la mañana. Pero muy temprano, antes que amaneciese, Jesús había partido.

CAPÍTULO IV

Visita á las aldeas vecinas.—Curación de un leproso

Preciso es dar tiempo á los cafarnaítas para reflexionar sobre los milagros que vieron.—Va Jesús á las aldeas vecinas.—Betsaida, Corozaín y otras.—Preséntase un leproso.—Su enfermedad.—Su curación.—Doble recomendación: la de callarse y la de satisfacer á la Ley. (*Marc.*, I, 35-45; *Luc.*, IV, 42-44, y V, 12-16; *Mat.*, VIII, 1-4.

Muy probablemente quiso Jesús dar á aquel pueblo, transportado de entusiasmo, tiempo para reflexionar un poco y sacar útiles conclusiones de los milagros que acababa de presenciar. Tal solicitud para con su persona era demasiado interesada. El mismo empeño que ponían en reclamar curaciones estaba lejos de revelar una fe normal y correcta en el fondo de las almas. En todo caso, el joven Profeta había hecho bastante para dejar confirmado que la mano de Dios estaba con Él; tocaba ahora á los cafarnaítas comprender y juzgar si no era lógico aclamar como Mesías al autor de tantos milagros.

Así, pues, cuando, al día siguiente del sábado milagroso, creyó encontrar la multitud á Jesús en casa de Simón-Pedro, y continuar las demostraciones del día anterior, supo que no estaba ya allí. Todos, y al frente de todos Simón, se pusieron á buscarle. Encontráronle en un paraje solitario en donde estaba orando. De tal manera se complacía el Hijo en separarse de la muchedumbre para expresar al Padre su amor, su reconocimiento y sus piadosos deseos. «Todos te andan buscando»—le dijeron los discípulos.—Y llegando el pueblo en aquel momento, se juntó á ellos para ver si podrían retenerle. «No nos abandones»—exclamaban miles de voces suplicantes.—Pero Jesús, que veía su deber en otra parte, les contestó con

bondad: «Vamos á las aldeas y ciudades más cercanas, para predicar también allí, porque para esto he venido.» Y se puso á visitar las localidades circunvecinas, predicando en las sinagogas, curando enfermos y librando poseídos.

Galilea, al decir de Josefo, estaba entonces considerablemente poblada; no se contaban menos de doscientas cuatro ciudades ó aldeas [1] aglomeradas en un territorio, por otra parte, mal provisto de caminos. Su población se elevaba á tres millones de habitantes, los cuales hablaban, con un acento particular que daba pie á que fuesen puestos en ridículo por los habitantes de Jerusalén, la lengua medio siriaca, medio hebrea que llamamos nosotros aramea. Podrán parecer exageradas las indicaciones del historiador judío; pero no es menos cierto que el joven Profeta tenía ante sí un campo digno de excitar su celo y su misericordia. Según todas las probabilidades, limitó su primera misión á las ciudades vecinas á la parte septentrional del lago, Betsaida, Corozaín y otras.

Betsaida, patria de Felipe, Pedro y Andrés, [2] debía encontrarse á poca distancia de Cafarnaúm, y yo no titubearía mucho en colocarla en Tell-Hum. En este caso, deberíamos suponer dos localidades del mismo nombre en la parte septentrional del lago, la una situada en Tell-Hum y la otra colocada por Josefo en la baja Gaulanítida, á la orilla del Jordán. [3] Ésta, edificada por el tetrarca Filipo, llegó á ser una ciudad de bastante importancia con el nombre de Betsaida-Julias. Significando la palabra Betsaida *Casa de pesca*, no sería extraño que se hubiesen denominado así varios establecimientos de pesca situados en esta orilla del lago, en la cual abundan prodigiosamente los peces. [4]

---

(1) *Autobiog.*, 46.
(2) *Juan*, I, 44; XII, 21.
(3) *B., J.*, II, 9, 1; III, 10, 7.
(4) En nuestras excursiones por la parte septentrional del lago, siempre nos pidieron nuestros barqueros, como favor muy singular, que hiciéramos alto en estos parajes para pescar en ellos. En mayo de 1899, los vimos, en el preciso espacio de diez minutos, sacar ocho kilos de pesca-

Otros—y nosotros nos habíamos contado en este número,—suponen que hubo sólo una ciudad del nombre de Betsaida, la que sitúan cerca del punto en que desemboca el Jordán en el lago. Sólo que habría sido engrandecida y transformada por el tetrarca, de tal suerte que, tomando el nombre de la hija de Augusto, Julia, se extendió desde la orilla derecha á la izquierda. De este modo la aldea de los pescadores habría estado situada al occidente, y la ciudad nueva al oriente del río. Nuestra última exploración de los islotes pantanosos que forma el Jordán en este punto nos ha demostrado la improbabilidad de esta hipótesis; Betsaida-Julias debió ser una ciudad absolutamente distinta de Betsaida, la patria de Pedro.

Si identificamos á Corozaín con las ruinas de Kezaret, que hemos también visitado, habremos de convenir en que esta población se hallaría más internada, hacia el Norte. En aquel lugar se encuentran restos de una hermosa y vasta sinagoga, pero se llega á ella por rodeos y senderos impracticables. Seguramente, esta ciudad, en medio de montañas pedregosas y salvajes, estuvo en todo tiempo fuera de las comunicaciones regulares con el resto del país. Antes podría tomarse por un lugar de refugio, en donde pretenderían hacerse olvidar más tarde algunos judíos, que por una ciudad floreciente y orgullosa, como la de que habla Jesús. Los restos de la sinagoga: columnas, arquitrabes y grandes conchas, esculpidas en la piedra negra y porosa del país, nos parecieron, sin embargo, más antiguas que las de Tell-Hum.

Sea lo que fuere, por estos parajes, y luego, subiendo probablemente hacia Safet y Giscala, Kedes, Rama, Hazor y las demás ciudades diseminadas por las montañas, empezó Jesús á ejercer su ministerio galileo. Era el sembrador que, apresuradamente, arroja el buen grano y no tiene tiempo para detenerse á ver cómo crece la mies. Nu-

---

do, entre los peqneños islotes formados por las adelfas y otros arbustos que se introducen en el lago.

merosos milagros apoyaban su palabra tan nueva y arrebatadora.

En una de estas ciudades curó á un leproso. [1] La lepra era muy común entre los judíos. La habían contraído en Egipto, donde, reducidos á la tierra de Gesén y devorados por la miseria, habían sufrido mucho. Luego, á pesar del bienestar relativo de la nación, esta enfermedad se hizo hereditaria en algunas familias. Sin embargo, abundaban las prescripciones legales para librar de ella al país, y su aplicación era, por cierto, severísima. Conforme á la ley de Moisés, el leproso debía mantenerse alejado del resto de los hombres, hasta que la enfermedad hubiese llegado al período en que dejaba de ser contagiosa. Cúbierto el desgraciado de horrorosas llagas que acababan por invadir todo su cuerpo, estaba condenado á vivir en los desiertos [2] con otros compañeros de infortunio, á quienes la sociedad había rechazado igualmente lejos de ella. Depositábase en lugares convenidos el alimento que debían tomar furtivamente, para volver luego, como bestias feroces, á su soledad. Durante el período agudo de la enfermedad, se hinchaba todo el cuerpo, caían las uñas de los pies y de las manos, y los jugos vitales, esencialmente alterados, desaguaban por los ojos, la nariz y la boca. La voz se ponía ronca y chillona. Si el infortunado resistía la crisis, todo su cuerpo, hasta los cabellos, se revestía de pasmosa blancura. Este era el momento en que debía presentarse á los sacerdotes para ser purificado. La curación no estaba, sin embargo, todavía asegurada; pero no podía comunicarse la enfermedad, y resultaban en adelante inútiles, con respecto á la sociedad, todas las precauciones higiénicas.

Gravísimo era el estado del enfermo de que nos habla

(1) Para convencerse de que los sinópticos no se copiaron ni bebieron en una misma fuente escrita, basta comparar el triple relato que hacen de este milagro. Si varían en el tiempo, lugar y detalles, son idénticos en las palabras puestas en labios del leproso y de Jesús, palabras que había conservado el Evangelio oral.

(2) IV *Reyes*, VII, 3; *Luc.*, XVII, 12.

el Evangelio. La lepra le había invadido por completo. ¿Cómo explicar que se hubiera atrevido á llegar de este modo hasta los muros de una ciudad? [1] Muy probablemente, las admirables cosas que se contaban de Jesús y el violento deseo que experimentaba de obtener su curación le habían movido á quebrantar todas las prescripciones legales. Por otra parte, no estaba absolutamente prohibido á los leprosos el viajar; si bien debían ir con la cabeza descubierta, tapada la barba y gritar cuando encontraban á alguno: «¡Cuidado; soy leproso!» Olvidar cualquiera de estas precauciones, equivalía á exponerse á la última pena. Todo indica que algún resalto del terreno, un muro arruinado, una calle poco frecuentada habían permitido al infortunado permanecer oculto hasta que, en el momento de pasar Jesús, pudo, en medio de la estupefacción general, presentarse repentinamente á Él. [2] Cayendo de rodillas, ocultó contra el suelo su horrorosa cara, y con voz suplicante, dijo; «Señor, si quieres, puedes curarme.» Cree, pues, en el poder de Jesús y se remite á su bondad. Brillan, efectivamente, en su corta plegaria, la fe y la resignación, las dos virtudes que mejor podían atestiguar su mérito.

Conmovióse hasta el fondo de sus entrañas Aquel de quien él esperaba su salvación. Grande fué la espectación general. Lleno de piedad, miróle el Señor, y extendiendo su mano hacia él, á pesar de todas las prohibiciones de Moisés, se aprestó á tocar el mal mancillador y contagioso. La muchedumbre estaba evidentemente agitada; ignoraba que el soberano de la ley hace la ley, y que el Salvador podía adelantarse aun á tocar, sin peligro para Él, la lepra de otra suerte asquerosa de nuestros pecados. «Quiero; sé limpio» —dijo con la serenidad de quien viola la letra del precepto para hacer vivir su

(1) *Luc.*, V, 12.

(2) El giro empleado por San Lucas, *καὶ ἰδοὺ, κ. τ. λ.*, sin verbo, es perfectamente hebreo, y está bien escogido para dar á entender que el leproso se presentó de improviso, sin que se le hubiese visto llegar, como una aparición.

espíritu [1]. En el mismo instante desapareció la lepra. La mano del Señor no se había hecho impura por haber tocado al leproso; mas el leproso se había vuelto puro por haber sentido el contacto de una mano tan santa. «Cuidado—añadió Jesús al despedirle [2];—que no lo digas á nadie; mas ve, preséntate al príncipe de los sacerdotes y ofrece por tu limpieza lo que mandó Moisés, en testimo- á ellos [3].»

Varias son las explicaciones que se dan á la prohibición de publicar el milagro. Según unos, quiso Jesús, una vez más, impedir que estallase el popular entusiasmo á expensas de la obra verdaderamente mesiánica. Según otros, deseó que el leproso hiciese fructificar la gracia recibida en el silencio y el recogimiento. Pero la palabra del Maestro indica una relación evidente entre el mandato de callarse y el de ir á presentarse al sacerdote. ¿Quería ante todo que, puesto que conocía las malas disposiciones del partido jerárquico, quedase francamente confirmada la cura-

(1) Apenas hay necesidad de mencionar aquí la explicación racionalista, según la cual el enfermo, en el momento de estar perfectamente curado, pidió sencillamente á Jesús que hiciese el oficio de sacerdote, declarándole puro y le evitase así la molestia de subir á Jerusalén. No hay semejante cosa en el relato evangélico. En él se nos pinta la lepra en su más alto grado de agudeza. (Comp. *Éxodo*, IV, 6, y IV *Reyes*, V, 27.) El enfermo no es declarado puro, pero es suprimida la enfermedad: *y al instante le abandonó la lepra.* La palabra καθαρίσαι, *purificar*, es para los Evangelistas sinónimo de curar; la emplean aquí en razón de la idea de suciedad que lleva consigo la lepra.

(2) Este es el mejor modo de traducir la expresión de *Marc.*, I, 43, ἐξέβαλε la cual ha hecho creer á ciertos intérpretes que, contra toda verosimilitud, el milagro se había realizado en una sinagoga. En realidad, nada hay en el Evangelista que autorice tal suposición. *Luc.*, V, 12, dice solamente que Jesús estaba entonces en una de las ciudades que visitaba. Si *Mat.*, VIII, 1, coloca esta curación en el momento en que desciende el Maestro del monte de las Bienaventuranzas, es por razón de la combinación artificial de que hablamos más arriba. La recomendación que hace el Taumaturgo de no decir á nadie lo sucedido, excluye la presencia de la muchedumbre en el momento en que se cumplía el prodigio.

(3) Estas palabras εἰς μαρτύριον αὐτοῖς, que conservan unánimemente los tres sinópticos, han sido interpretadas de diversas maneras. La palabra αὐτοῖς no puede referirse al sacerdote, que está en singular. Debe, pues, pensarse en una colectividad y decir que la comparecencia ante el sacerdote atestiguará á los ojos de todos, ya la curación completa de la lepra, ya la omnipotencia de Jesús, ya, más probablemente, el respeto á la ley.

ción, para obligar á los sacerdotes á que reconociesen su poder sobrehumano, en cuanto supieran de qué manera se había producido? ¿Prevé que el sujeto sobre quien se había obrado el milagro, con la expansiva alegría de su curación, y con las preguntas y felicitaciones de sus amigos, se olvidaría de cumplir con las obligaciones legales? Ésto es más probable.

Al ponerse Jesús por encima de la ley con objeto de devolver la salud á un desgraciado, no quiere suprimir la ley misma. Quiere que los sacerdotes lo comprueben. Bastantes quejas de otra índole tienen contra Él en Jerusalén; constan, por múltiples y recientes experiencias [1], y no tiene por qué aumentarlas. El leproso irá, pues, al Templo para hacerse visitar y ofrecer dos aves, una de las cuales será inmolada y la otra puesta en libertad [2]. Así, serán todos testigos de su respeto á las prescripciones legales. No ha llegado aún la hora de desposeer de su autoridad al antiguo sacerdocio. El mosaísmo ha de permanecer enteramente en pie, hasta que lo sepulte honrosamente el soplo del Espíritu Santo y haga germinar en su lugar la nueva religión.

La primera parte de la orden dada por Jesús no fué observada; hallábase el leproso demasiado conmovido de dicha y de reconocimiento, para poder callar. Apenas hubo salido de la presencia de su bienhechor, se puso á publicar lo que acababa de sucederle.

(1) Podría sorprendernos esta hostilidad de los sacrificadores de Jerusalén, si sólo conserváramos los tres Evangelios sinópticos, puesto que en ellos no parece Jesús haber comparecido todavía en la Ciudad Santa. Pero San Juan nos ha tenido al corriente de las luchas que aquéllos suponen, sin haberlas mencionado.

(2) *Levit.*, XIV, 4.

CAPITULO V

Regreso á Cafarnaúm.—Victoriosa demostración ante los fariseos

Jesús debe instruir más aún que hacer milagros.—Regreso á Cafarnaúm.—Aguárdanle allí fariseos escoltados de escribas.—Incidente del paralítico bajado por el techo.—Atribuyéndose Jesús el derecho de perdonar los pecados es blasfemo ó Dios.—La curación del paralítico responde al dilema.—Confusión de los fariseos.—(*Luc.*, V, 17-26; *Marc.*, II, 1-12; *Mat.*, IX, 1-8.)

Según acabamos de observar, ha parecido á muchos muy posible que el pensamiento de Jesús, al recomendar silencio al leproso, fué restringir la efervescencia popular que amenazaba desfigurar el verdadero carácter de su misión. El Mesías, en efecto, no había venido para obrar milagros, sino para instruir y salvar á la humanidad. Sus obras, por muy admirables que fuesen, no podían sino formar el marco del cuadro. Su doctrina era el asunto que debía poner en claro. Pero he aquí que se tomaba de buen grado lo accesorio por lo esencial. A medida que se iba difundiendo la reputación del Taumaturgo, corrían en mayor número las muchedumbres para solicitar curaciones. La dicha y la admiración de haberlas obtenido lo absorbía todo, y no se encontraba ni el tiempo ni la calma necesarios para recoger con fruto el Evangelio mismo, que era el que debía fundar, con la transformación de las almas, el reino de Dios.

Así, pues, queriendo evitar estas demostraciones de entusiasmo y de oficiosidad, se determinó Jesús á no aparecer ya más en las ciudades. Las muchedumbres fueron entonces á perseguirle hasta en los campos. Sólo los parajes

más aislados podían, de vez en cuando, sustraerle á las exigencias de unos ó á la curiosidad de otros, permitiéndole gozar de nuevo, retirado á la soledad, de aquellas efusiones de amor y de oración que eran la fuerza y el consuelo de su vida humana. Su celo le impulsaba muy pronto hacia aquellos que le buscaban; y, puesto que era preciso ó renunciar á la predicación del Evangelio ó sufrir aquella agitación interesada del pueblo, determinó, antes de proseguir sus excursiones apostólicas, volver á entrar en Cafarnaúm y fortalecer allí los primeros gérmenes de bien que había dejado en aquel lugar. En efecto, abandonando la soledad á que se había retirado, volvió á dicha ciudad, en adelante su patria [1].

Esperábale allí á pie firme una especie de comisión religiosa, elemento sobrado extraordinario fuera de Judea, y muy extraño en una población tan poco ilustrada como Cafarnaúm. Eran doctores de la ley y fariseos, que habían acudido de todas partes, aun de Jerusalén, para juzgar su doctrina y sus obras. Su renombre empezaba á ser universal; por eso le seguía atentamente el partido jerárquico, con el cual le hemos visto disputando en la Ciudad Santa. Como de Cafarnaúm habían llegado las noticias más recientes, y pareciendo que Jesús había establecido allí su centro de acción, tuvieron que determinarse á enviar á aquella ciudad un grupo de inquisidores. Nada más fácil que encontrar gente para esta labor. Una de las vanidosas preocupaciones de los rabinos de aquella época era precisamente la de ser invitados á demostrar su ciencia y á apreciar la de los otros. Se les veía, montados en jumentos, recorrer regularmente el país [2], visitando

(1) En *Mat.*, XI, 1, debiendo volver Jesús de Gadara, toma una embarcación y atraviesa el lago, para llegar á Cafarnaúm. Este detalle no podría tener otra importancia que la de una transición imaginada entre los milagros que el Evangelista parece haber querido disponer, más bien en orden lógico que cronológico. Es inútil tenerlo en cuenta sino para señalarlo á los teólogos, deseosos de hacer prevalecer *a priori* teorías demasiado rigurosas acerca de la exactitud material de los autores sagrados.

(2) Léase el *Targum* sobre el cántico de Débora.

escuelas y sinagogas, y aceptando gustosos la misión de zanjar las dificultades que sometían á su juicio. Como, de ordinario, tenían una profesión manual, trabajaban durante el viaje, ó se dedicaban al comercio. De esta manera, podían vivir sin ser onerosos á nadie. En realidad, era grande su influencia, porque el pueblo tributaba á los que le explicaban la Ley, parte del respeto que tenía á la Ley misma.

Tan pronto como se hubo propagado la noticia de la llegada de Jesús, la muchedumbre, con los fariseos y los doctores á su cabeza, acudió á la casa en donde se había albergado. Era indudablemente la de Pedro. Pronto se vieron invadidos el interior y aun el mismo vestíbulo; todos querían oir al nuevo predicador.

Pues bien, mientras estaba obstruída de tal modo la entrada, presentáronse algunos hombres llevando en una litera, á un pobre paralítico que pedía su curación. Inútiles fueron sus instancias para determinar á la muchedumbre á que les abriese calle y permitiera que penetrase la comitiva en aquel lugar. ¡Sin embargo, ni el enfermo ni sus amigos estaban dispuestos á perder una ocasión tan propicia de poner á Jesús en el caso de demostrar su omnipotencia. Para llegar á Él con seguridad, acudieron á una singular estratagema.

Las casas, en Oriente, tienen por techo plataformas, generalmente rodeadas de una balaustrada, á las cuales se sube por una doble escalera, interior ó exterior. De aquí la pregunta que hacen los rabinos á propósito del inquilino que habita el piso alto: «¿Ha de subir á su casa por dentro ó por fuera [1]?» Puesto que la entrada de la casa se hallaba obstruída, los portadores del paralítico le subieron al techo por la parte exterior, y desde allí se dispusieron á bajarlo al interior. Podemos suponer que Jesús hablaba, ora en el patio, ora en el claustro que, aun en las casas ordinarias, se abre á este patio, ora en el prin-

(1) *Bava-Mezia*, fol. 117, 1.

cipal departamento inferior, correspondiente al diván moderno (1). Si suponemos que Jesús se hallaba en el patio, la parte derribada debió ser el borde de la terraza, con su balaustrada de ladrillos; y si en el claustro, ó más probablemente en el diván, entonces debió haberse hecho ó agrandado una abertura suficiente para bajar al enfermo (2). A la verdad, viva era la fe que así derribaba las murallas, y que, á pesar de todos los obstáculos, iba á colocar el paralítico á los pies de Jesús, como una plegaria irresistible. El Salvador la admiró, y desde aquel momento la muchedumbre esperó un milagro; pero, con gran sorpresa de todos, se contentó con decir: «Hombre, perdonados te son tus pecados (3).» La curación, pues, de las enfermedades no es la última palabra de su poder; atribúyese también sobre las almas una acción de muy diferente manera superior y sorprendente. Puede penetrar hasta en lo que el hombre tiene de más íntimo en su corazón, y llamarlo, con su gracia, á la vida sobrenatural, suprimiendo todos los gérmenes de muerte. ¿No es este el privilegio exclusivo de Dios?

---

(1) La abertura superior, por la cual recibía el diván luz y aire de la terraza, estaba cubierta por una sencilla cortina, ó por algunos ladrillos convenientemente colocados, según que se tratase de resguardarse del sol ó de la lluvia. Los que se figuran que tuvieron que demoler las tejas que se adelantan sobre el patio, nunca han visto los techos ó las terrazas de Oriente. Algunas veces hay ladrillos, tejas nunca.

(2) Las expresiones de San Lucas, *διὰ τῶν κεράμων*, y más todavía las de San Marcos, *ἀπεστέγασαν τὴν στέγην, κ. τ. λ.*, parecen señalar un verdadero boquete abierto en la plataforma. Hay quien se ha inquietado por los inconvenientes que podía traer consigo semejante demolición, pero sin motivo, pues puede creerse que se hizo con sobradas precauciones y en condiciones bastante favorables para evitar todo inconveniente á la asamblea, sobre cuya cabeza se practicaba la abertura. No es raro, aun hoy, cuando hace mucho calor en el diván y se sofoca la multitud, atraída por algo interesante ó agrupada en un banquete, ver manos serviciales descubriendo, en parte, la terraza ó el techo.

(3) Han creído varios, de conformidad con esto, que el paralítico llevaba, en sus enfermedades, el castigo de una vida poco regular, y que, tocado por el arrepentimiento, iba á reclamar la salud con el firme propósito de ser más virtuoso en lo sucesivo. Mientras que en *Luc.*, V, 20, dice Jesús al paralítico: *¡Oh hombre!*, en *Marc.*, II, 3 y *Mat.*, IX, 2, emplea la expresión más afectuosa y animadora de *Hijo*. He aquí una de las numerosas variantes que deben hacer reflexionar tanto á los partidarios de ciertas teorías sobre la inspiración verbal, como á los de un origen común escrito.

Porque, si el pecado es un atentado contra la majestad divina, sólo ella, ofendida, tiene el derecho de remitirlo y perdonarlo.

No de otra suerte razonaban los doctores y los fariseos. Por eso, pasando de la sorpresa á sentimientos de indignación mal reprimidos: «¿Qué dice este hombre?—murmuraban.—¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados sino solo Dios?» Efectivamente, para hablar así era preciso ser ó un blasfemo ó un Dios. Jesús acepta este dilema que tenía ya previsto; su demostración no tendrá réplica. Si quieren ser consecuentes, veránse obligados sus adversarios á confesar que, no siendo blasfemo, puesto que obra milagros, debe ser realmente Dios. «¿Qué pensáis—les dijo—en vuestros corazones?» Así, quien había leído de repente en el alma del paralítico los pecados que habían de perdonarse y las disposiciones suficientes para obtener este perdón, distingue actualmente en la de sus adversarios todas las dificultades que se suscitan ellos mismos y las confusiones teológicas en que se pierden. «Pues bien—añade,—¿qué es más fácil, decir: Perdonados te son tus pecados; ó decir: Levántate y anda?» Ni lo uno ni lo otro es fácil al hombre, pero ambas cosas son fáciles á Dios. En buena lógica, si Jesús puede hacer andar, instantáneamente, al paralítico, es evidente que no mintió antes, al atribuirse el derecho de perdonarle los pecados. La obra visible será garantía de la obra invisible. Compréndenlo muy bien los asistentes, y, ansiosos, pónense en espectativa de lo que va á suceder. Si se efectúa el milagro, quedan confundidos los doctores; si no tiene lugar, Jesús está perdido.

La prueba queda aceptada, desde el momento en que nadie formula la menor réplica.

Entonces, en medio del silencio general [1], con majes-

(1) Hay en la construcción de la frase una incorrección reproducida idénticamente por los tres sinópticos: es el paréntesis que indica felicísimamente el momento de espera que cortó en dos la frase de Jesús: «Pues para que sepáis, etc., etc.» *(dijo al paralítico)*: «A ti te digo, etc.»

tuosa calma y perfecta autoridad: «Pues para que sepáis—dijo Jesús—que el Hijo del hombre tiene potestad sobre la tierra de perdonar pecados (dijo al paralítico): Á ti te digo: levántate, toma tu lecho y vete á tu casa.» Al mismo tiempo, como si estas palabras hubiesen llevado el calor á los miembros del enfermo y despertado la vida en sus entumecidas articulaciones, levántase el enfermo, carga con la camilla en que había sido bajado, y se dirige triunfalmente á su casa, en medio de la muchedumbre sorprendida y entusiasmada.

La conclusión se imponía clara y categórica. sólo Dios puede perdonar los pecados; Jesús entiende poseer esta facultad, y prueba, con un milagro, que la tiene; el milagro es el sello incontestable de veracidad que Dios concede á una palabra humana: luego Jesucristo es Dios.

Los doctores y los fariseos se retiraron vencidos y completamente preocupados, mientras que el pueblo, después de la primera impresión de santo temor, glorificaba á Dios, exclamando: «¡Maravillas hemos visto hoy!»

CAPÍTULO VI

Abre Jesús las puertas de la Iglesia á los publicanos

Qué eran los publicanos ó peajeros para los judíos.—Vocación de Leví-Mateo.—Banquete ofrecido á Jesús.—Los fariseos y los discípulos de Juan se escandalizan sucesivamente.—El médico va á los enfermos.—Nadie ayuna mientras dura la boda.—El remiendo nuevo en el vestido viejo.—El vino nuevo y los odres viejos. (*Luc.*, V, 27-39; *Marc.*, II, 13-22; *Mat.*, IX, 9-17.)

Quien acababa de dejar así atónitos á sus adversarios con un acto de su omnipotencia, no tardó en contrariar, con un acto de misericordia, sus más caros prejuicios.

Nada más detestable á los ojos del verdadero judío que un *peajero* ó *publicano*. (1) Esta corporación odiosa, al cobrar los impuestos en nombre de la autoridad romana, parecía haberse convertido en la personificación viva de la tiranía extranjera, de la injusticia y de la violencia. Cuando el peajero era de origen pagano, se le despreciaba además como impuro; si era judío, se le aborrecía como apóstata y traidor á su país. De manera que todos aquellos desgraciados que, por codicia ó por necesidad, prestaban así

(1) Traducimos la palabra τελώνης (de τέλος *impuesto* y ὠνέομαι *yo compro*) por *publicano*, que designa realmente una categoría de recaudadores ó perceptores bastante más elevada de la que aquí se trata. Determinada Roma á dar en arriendo á los particulares los diversos impuestos que quería recaudar, formáronse ricas asociaciones de ciudadanos, pertenecientes ordinariamente al orden ecuestre, que se encargaban, por su cuenta y riesgo, de hacer percibir todos los derechos del fisco, y se obligaban á depositar una suma, estipulada de antemano, en el Tesoro público, *in publicum*. V. Tito Livio, XXXII, 7. De aquí provenía su nombre, *publicani*. Se hacían representar en las provincias por *perceptores*, quienes, á su vez, tenían á sus órdenes *aduaneros ó peajeros*. Sólo de estos aduaneros habla el Evangelio cuando pone en escena á los publicanos. A decir verdad, podían llevar bien este nombre genérico, porque, lo mismo que sus jefes jerárquicos, eran considerados como empleados del Tesoro público.

su concurso á los recaudadores generales enviados de Roma, eran asimilados comúnmente á los ladrones y á los pecadores públicos. En realidad, y por la fuerza de las circunstancias, no valían grande cosa. Por eso los judíos les rehusaban el derecho de prestar fe en juicio; y aun llegaban á afirmar que casi era imposible para ellos la penitencia y remisión de los pecados [1]. La dirección general de administración del fisco los situaba en las rutas más frecuentadas por las caravanas, en el límite de las diversas provincias, y en todos los lugares en que eran exigibles los derechos de tránsito, de entrada, de salida, de venta. Desde este punto de vista, Cafarnaúm tenía importancia excepcional, porque, no solamente estaba atravesada por la gran vía comercial que iba de Damasco á Tolemaida, sino que también servía de depósito de gran número de mercancías transportadas en barco á través del lago.

Era, pues, esta ciudad, gran estación de peajeros. Todo induce á creer que, habiendo oído á Jesús varios de estos empleados, se sentían trabajados por su palabra, sin atreverse, no obstante, á llegarse á Él, por razón de su notoria indignidad. Uno de ellos, Leví ó Mateo [2], se encontraba más próximo que los otros á una conversión generosa. El Maestro, cuya mirada divina leía en el fondo de los corazones, había discernido sus felices disposiciones, y se había reservado determinarle, en el momento propicio, á dar el paso decisivo que debía reunirle á su *séquito*.

Abandonando un día las orillas del lago, donde se complacía en predicar, entraba el Señor en la ciudad, escoltado por la muchedumbre. Al pasar por delante de la Aduana,

(1) Lightfoot, *Harm. evang.*, p. 525.

(2) En el relato que sigue, el peajero de que se trata se llama Mateo en el primer sinóptico y Leví en los otros dos. Hay para ello un motivo, fácil de sospechar, si se atiende por otra parte á que, fieles al mismo sentimiento de delicadeza, *Marc.*, III, 18, y *Luc.*, VI, 15, al mencionar á Mateo en la lista de los Apóstoles, se abstienen de identificarle con Leví y de calificarle de *peajero*. Quieren ciertamente hacer olvidar el pasado humillante del Apóstol, mientras que Mateo no se cree obligado á igual miramiento. Dice: Ματθαῖος ὁ τελώνης

distinguió á aquel Leví, hijo de Alfeo, sentado en su mesa. El peajero, combatido vivamente, en el fondo de su alma, por el deseo de hacerse mejor y el sentimiento de abandonar una posición tan lucrativa, seguía, con envidiosa mirada, á los discípulos que rodeaban á Jesús y formaban su ordinaria compañía. Celos tan santos no podían menos de honrar al publicano. Hay un punto de sazón para las almas, como para los frutos. Sólo tiene la gracia que hacer pasar sobre ellas un soplo último, para que caigan en el seno de Dios que las aguarda. Leví había llegado á este momento crítico de la vida moral. Jesús, invitándole con la mirada y el gesto, se limitó á decirle: «¡Sígueme!» Al punto, cual si sólo estuviese esperando este llamamiento, levántase el aduanero y, dejando allí su mesa, su profesión, sus amigos, va en seguimiento del Maestro.

Según todas las probabilidades, el recuerdo de tan singular favor fué el que le movió á cambiar su nombre de Leví por el de Mateo, (1) *Don de Dios*, con el cual se le designó comúnmente en la primitiva Iglesia. Era, en efecto, un singular don de Dios el que transformaba al peajero, paria de la sociedad judía, en discípulo y luego en príncipe de la nueva sociedad. Para festejar tan fausto día, Mateo dió un gran banquete, al cual invitó á todos los aduaneros sus camaradas. Era su deseo, en este convite de despedida, ponerlos en relación con Jesús, porque, experimentando ya en el fondo del corazón el celo de apóstol, esperaba conducirlos adonde él había llegado. Se abría para los pobres la nueva era; era preciso inaugurarla con una fiesta de familia.

---

(1) El pasaje de *Mat.*, IX, 9, Ματθαῖον λεγόμενον, insinúa perfectamente que este nombre había reemplazado á otro menos conocido. En hebreo, Mattai significa más exactamente *gratificado*, y Amittai, *fiel*. (*)

(*) Entre *Mattai*, que no se encuentra en el A. T., y *Amittai*, que se lee en *II Reyes* (Vulg. IV), XIV, 25, y *Jonás*, I, 1, no existe ninguna relación en sus respectivas radicales; la primera palabra deriva de *Nathán*, la segunda de *Amán*. El autor las compara sencillamente para indicar que la forma hebrea correspondiente á Ματθαῖος *Matthaeus*. mejor sería *Mattay*, *donatus*, como dijo San Jerónimo (*Lib. de Nom. hebr.*), que *Matthaya* ó *Matthayahu*, *Don de Jehová*, como otros opinan.—(N. del T.)

Fiel Jesús á sus principios de misericordia y perdón para todos, no puso dificultad alguna en tomar parte en esta sospechosa y, en apariencia, comprometedora, reunión. Grande fué, por consiguiente, el escándalo de los fariseos y doctores que le vigilaban. El mismo que, por la mañana, probaba con un milagro su misión divina, osaba, por la tarde, sentarse á una mesa en donde los peajeros se codeaban ruidosamente con los pecadores públicos y gente de mala vida. Murmuraban, pues, de tal manera de obrar, y, acercándose al banquete, llegaron hasta el punto de llamar aparte á los discípulos é interpelarlos diciendo: «¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?» ¿Intentaban, tal vez, separarlos de su Maestro, suscitando en ellos dudas y escrúpulos, ó bien encontraban más cómodo asegurarse un fácil triunfo, dirigiéndose á ignorantes que no podían responder, más bien que á Jesús cuyas réplicas aplastantes tanto temían? Poco importa. Su objeción llegó á oídos del Maestro, quien se contentó con decir: «Los sanos no necesitan de médico, sino los que están enfermos.» Este adagio, tomado indudablemente del lenguaje ordinario, era una contestación tópica á la dificultad expuesta. Si es cierto, efectivamente, según ellos piensan, que la observancia de la ley y de los ritos supererogatorios, á ella añadidos, basta para hacer al hombre justo y santo, los fariseos son plenamente irreprochables, su santidad espiritual es perfecta y los cuidados del médico celestial les son superfluos. Los peajeros, al contrario, son, según todos reconocen, enfermos gravísimos; su estado parece hasta desesperado. Es, pues, justo que, dejando á un lado á aquéllos, vaya Jesús caritativamente á éstos. Si quieren los fariseos aprovecharse de su ministerio—y no es seguro que tengan gran necesidad de él,—habrán de empezar por reconocerse pecadores. Entonces irá presuroso á ellos el Salvador para curarlos.

Su misión consiste en entregarse á los desgraciados que le reclaman: «Id—añade,—y aprended qué cosa quiere decir esta palabra: Prefiero la misericordia al sacrifi-

cio» [1]. El acto de caridad que produce el hombre con respeto á su semejante es de mayor precio á los ojos de Dios que el sacrificio mismo, el cual parece ser, sin embargo, la expresión más elevada de nuestra religión y de nuestra piedad. He aquí por qué muestra mayor solicitud por salvar á los pobres descaminados, que por inmolar víctimas en el Templo ó practicar purificaciones y abstinencias superfluas. Sabe que su celo por las almas honra á Dios más que todas las devociones del formalismo farisaico. Espéranle los pecadores; no los abandonará; esto sería olvidar el fin principal de su misión: «Sí—dice,—no he venido á llamar á los justos á penitencia, sino á los pecadores.»

Batidos también en este punto, en el que pensaban triunfar, imaginaron sus adversarios casi en el mismo instante otros agravios. Esta vez no estuvieron solos los fariseos; para dar más fuerza á sus nuevas recriminaciones, habían llevado consigo algunos discípulos de Juan, y hábilmente los echaron por delante, mientras se mantenían ellos á la sombra. «¿Por qué—dicen éstos [2]—nosotros y los fariseos ayunamos muchas veces, y tus discípulos no ayunan?» Un momento antes, era la compañía del festín la que los había escandalizado; ahora es el convite mismo. Tal vez, según parece indicar San Marcos [3], el banquete se celebraba en un día que los fariseos y los discípulos de Juan ayunaban rigurosamente. Es, sin embargo, probable, que la acusación versaba sobre la conducta ordinaria de Jesús, más bien que sobre un hecho accidental. Por otra parte, veremos pronto á sus adversarios tratarle de glotón y bebedor, para dar á entender el poco cuidado que tenía de los ayunos establecidos por un rigorismo formalista y absolutamente arbitrario. Sin emocionarse el Señor, les con-

(1) Es de Oseas, VI, 6: «He preferido la caridad al sacrificio y el conocimiento de Dios á los holocaustos.»

(2) En *Luc.*, V, 33, son los escribas y los fariseos quienes hablan; en *Marc.*, II, 18, son los discípulos de Juan y los fariseos reunidos; en *Mat.*, IX, 14; sólo son los discípulos de Juan; variante difícil también de explicar, si ha habido un origen común escrito.

(3) *Marc.*, II, 18.

testa con amable dulzura: «¿Podéis exigir vosotros que los amigos del esposo [1], los convidados íntimos de la boda, ayunen mientras está con ellos el esposo y dura la fiesta todavía?» Si los discípulos de Juan no hubiesen olvidado los discursos de su maestro, debieran haber encontrado aquí la graciosa imagen empleada en otro tiempo [2] por el Precursor para precisar su misión y la del Mesías en la renovación religiosa esperada por Israel; sí, se les hubiera ofrecido como la afectuosa réplica que debía cerrarles la boca. Según el Precursor dejó dicho, Jesús es el esposo, y la predicación del Evangelio es el tiempo de la boda ó de la Alianza religiosa entre el Enviado de Dios y la sociedad que viene á fundar. ¿Por qué pedir aquí lo que en la práctica de la vida no se atreverían á exigir estos mismos fariseos? ¿Por qué, en fin, no se obligan á ayunar, cuando están de boda? «Mas vendrán días—añade Jesús, con acento de profunda tristeza, pues, recogiéndose, ha lanzado una mirada profética sobre lo por venir,—en que será quitado el esposo, y entonces ayunarán.» Jesús conoce el resultado de la lucha, abierta ya para lo sucesivo, y lo deja entrever á sus adversarios, esta vez con mayor claridad todavía que cuando prometía reedificar el Templo, ó cuando hablaba del Hijo del hombre elevado sobre la tierra, como la serpiente de bronce. El esposo será arrebatado por un golpe violento, y los mismos á quienes habla serán los actores criminales del espantoso drama. Entonces vendrán días de tristeza y sufrimiento para los discípulos. Arrastrados ante los tribunales, condenados á los más crueles suplicios y aun á la muerte, no sólo con sus ayunos y sus lágrimas, sino con el martirio y su sangre, fundarán la Iglesia.

Mientras tanto ¿por qué apresurarse á someterlos á mor-

(1) Nada más conmovedor que la benevolencia de Jesús cuando habla de sus discípulos. Son para él amigos íntimos, hermanos, *hijos de la cámara nupcial*, conforme á la expresión absolutamente hebrea. Con esto indica que quedan iniciados por completo en la vida de la Iglesia y en las afectuosas relaciones de esta Esposa con su Esposo.

(2) *Juan*, III, 29.

tificaciones prematuras? Esto sería descorazonarlos, desesperarlos. «Y ninguno echa—dice con sublime familiaridad—pedazo de paño recio en vestido viejo; porque se lleva cuanto alcanza del vestido, y se hace peor la rotura» [1]. Los discípulos son todavía los hombres viejos del judaísmo; si, dejándoles las prácticas antiguas, les impone Jesús algo de su propia religión, va á comprometerlo todo con esta compostura. De una parte, el judaísmo no es bastante fuerte para soportar la nueva idea religiosa, y, de otra, el cristianismo no debe entregarse á trozos para avivar la religión de los fariseos. Cuando suene la hora, los ciudadanos del reino del cielo se despojarán de la vieja vestidura de la legalidad mosaica, para tomar el manto enteramente nuevo del espiritualismo cristiano. Entonces podrá compararse la ley de mortificación de los discípulos con la de los fariseos, y decir de parte de quién se encuentra el heroísmo. Por el momento, Jesús emplea ciertas contemplaciones con las almas todavía novicias y poco generosas.

«Nadie echa—dice—vino nuevo en odres viejos; de otra manera se rompen los odres, y se vierte el vino y se pudren los odres. Mas echan vino nuevo en odres nuevos, y así se conserva lo uno y lo otro.» Es la misma idea bajo otra forma. Los odres, que circulaban al fin del banquete, le habían prestado naturalmente esta segunda comparación. Ve, en este vino nuevo, ardiente, generoso, que se derrama, el símbolo del espiritualismo que caracterizará su religión. Sería una falta colocarlo inmediatamente en discípulos todavía llenos del hombre viejo, pues serían incapaces de contenerlo. Por de pronto, basta que trabajen

(1) Hay alguna diferencia en el modo de reproducir los sinópticos esta comparación. En *Marc.*, II, 21, y en *Mat.*, IX, 16, se trata de un pedazo de paño nuevo que se cose á un vestido viejo y sólo sirve para agrandar la desgarradura de este vestido. En *Luc.*, V, 36, es un pedazo tomado de un vestido nuevo y aplicarlo al viejo, rompiendo así el vestido nuevo y poniendo en el viejo un pedazo que no cuadra en él. La redacción de los dos primeros parece más sencilla y exacta. En realidad, en todos ellos, la semejanza mira á la incompatibilidad de lo nuevo con lo viejo.

en rehacer sus almas viciadas por las pasiones, y también por una religión mal entendida. Cuando las haya templado, refundido en un molde nuevo, regenerado, en una palabra, les dará, con todos los demás preceptos, la ley de mortificación, que es el nervio de la moral cristiana. Entonces, aquellos oídos carnales no querían oir lo que es demasiado duro para la naturaleza. «Y ninguno—añade Jesús con amable alegría—que bebe de lo añejo, quiere luego lo nuevo, pòrque dice: Mejor es lo añejo.» El vino nuevo, en efecto, aun siendo de excelente calidad, produce por su aspereza una impresión desagradable á quien bebe de él por vez primera, y hace que se eche de menos el licor, menos exquisito tal vez, pero cuyo gusto acervo y picante han corregido ya los años. Cuesta trabajo habituarse á él, y se pide cierta tregua para aceptar poco á poco un cambio tan radical. Como puede reconocerse á través de esta amenidad tan oportuna, el pensamiento del Salvador es hacerse todo para todos, para conducir todo el mundo á Dios. Después de haber abierto, en su misericordia, las puertas del reino mesiánico á los pecadores más miserables, quiere usar aún de miramientos para con las almas débiles, y no proponerles la ley nueva, que es toda de una pieza, sino después de haberlos hecho capaces de llevarla.

Los antiguos gustaban mucho de discurrir en la mesa, y no era raro ver la filosofía ó la política reservarse el final de un banquete para abordar las cuestiones más candentes. Parece, efectivamente, que, en este momento, acostumbrada la concurrencia á respirar la misma atmósfera de intimidad, y conociendo ya, por el cambio recíproco de ideas, el pensamiento de todos, constituye un auditorio felicísimamente dispuesto en favor de quien tome la palabra, sobre todo si ha revelado ya, con algunas frases, la superioridad de su espíritu. Jesús se prestó gustoso á las costumbres de su tiempo y de su país. En efecto, más de una vez le veremos tratar, en medio de un festín, con familiaridad sublime, los puntos más delicados de su enseñanza, y ora provocar, ora resolver las malignas objeciones de sus ene-

migos. En el banquete de despedida, en la santa Cena, fué donde especialmente pronunció los más bellos discursos que ha oído jamás el hombre.

Aplastados por su lógica tan amable como irresistible, y desconcertados por su caridad, callábanse los fariseos, cuando un incidente imprevisto llevó á Jesús al terreno de los milagros. No podía cerrarse más gloriosamente tan bella jornada, que revelando en Él al soberano Dueño, no sólo de la naturaleza, sino también de la muerte.

CAPÍTULO VII

Dos grandes milagros acaban de glorificar á Jesús á los ojos de la multitud

Un jefe de sinagoga, Jairo, pide la curación ó la resurrección de su hija.—De camino, siente Jesús que sale una virtud de Él.—La mujer curada del flujo de sangre.—Berenice ó Verónica.—Ruidoso luto en casa de Jairo.—*Talitha cumi.*—La niña vuelve á la vida. (*Luc.*, VIII, 40-56; *Marc.*, V, 21-43; *Mat.*, IX, 18-26).

«Diciendo Jesús estas cosas» [1]—escribe San Mateo,—entró un hombre en la sala del festín. Era un jefe de sinagoga, llamado Jairo [2]. Sus alteradas facciones, sus lágrimas, su apresuramiento, probaban bien á las claras su gran dolor. Padre de una hija única y casi núbil, puesto que tenía doce años, iba á ser cruelmente herido en sus más caros afectos; su hija única estaba expirando [3]. Bajo el

(1) Varios autores han separado del banquete de Leví los dos milagros que vamos á relatar. Sin duda que entre la mayor parte de los relatos que llenan la presente fase de la vida del Salvador, no hay más que lazos sin consistencia, y nosotros mismos mostraremos que, como los demás biógrafos, no tememos parecer que nos deshacemos de ellos en más de una ocasión. Si se tomasen á la letra las expresiones generales que parecen unir los sucesos unos á otros, podría decirse que el ministerio galileo habría durado sólo dos meses. Los días aparecerían empleados fuera de toda probabilidad. Sin embargo, en el caso presente no hemos creído deber separar violentamente hechos que parecen, según la afirmación de San Mateo, estrechamente unidos. En efecto, este Evangelista dice categóricamente que Jesús *hablaba todavía* á las personas del festín y á los fariseos, cuando *entró* Jairo *en la casa donde él estaba*. Por otra parte, *Marc.*, V, 21, indica que se encontraba á orillas del mar; *Luc.*, VIII, 40, no fija el lugar, pero ambos suponen que era al regreso de Gerasa. ¿Dónde debe buscarse la exactitud perfecta?

(2) Este nombre, que llevó un descendiente de Manasés, *Núm.*, X, 41, fué también el de uno de los jueces de Israel que tuvo treinta hijos, *Jueces*, X, 3. Su etimología es: «Ilumina,» es decir, «Dios ilumina.»

(3) Hay á primera vista, además de la divergencia sobre el paraje donde Jairo fué á encontrar á Jesús, muchos otros detalles que parecen contradecirse en las tres narraciones que tenemos del milagro; sin embargo, vamos á ver que no es imposible armonizarlos. San Lucas es, esta vez, el menos claro en su exposición.

golpe de aquella prueba, el infortunado había olvidado, no sólo su dignidad personal, sino también el medio profano en donde iba á encontrar á Jesús, así como las miradas de los fariseos que podían observarle. Su dolor le mandaba buscar al Salvador dondequiera que estuviese. Así que le encontró, se precipitó animosamente á sus pies, y prestándole homenaje: «Señor—exclamó con desesperación,—está acabando de morir mi hija; mas ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá.» No faltaba valor á esta fe que pedía sencillamente la resurrección de un muerto, y de aquí podemos juzgar la elevada idea que los mismos jefes del partido religioso tenían del poder y bondad de Jesús. Levantándose el Señor inmediatamente de la mesa [1], quiso demostrar á todos que con tanto gusto asistía al duelo de una familia, como á un banquete de amigos, siempre que se encontrasen en uno ú otro almas que salvar. Los discípulos le siguieron.

Así que estuvo en la calle, la curiosidad, el entusiasmo, el interés, agruparon bien pronto en torno suyo una multitud inmensa. Unos querían ver lo que pasaría, otros glorificaban de antemano al gran Profeta; varios reclamaban alguna curación. Había, entre estos últimos, una mujer que, desde hacía doce años, sufría pérdidas de sangre. Había gastado la mayor parte de su fortuna en médicos, que no habían hecho más que torturarla [2], sin resultado satisfactorio; al contrario, su enfermedad había ido agravándose progresivamente. Si era judía, á estos sufrimientos físicos debían haberse juntado no menores sufrimientos morales. Según la ley mosaica [3], su enfermedad cons-

(1) Como se ve, continúa la divergencia. *Mat.*, IX, 19, hace levantar á Jesús de la mesa *καὶ ἐγερθεὶς*; *Marc.*, V, 24, le hace abandonar las orillas del lago *καὶ ἀπῆλθεν*; *Luc.*, VIII, 42, nos le muestra sencillamente en camino *ἐν τῷ πορεύεσθαι*.

(2) Algo tenía de aterrador la serie de los remedios empleados por los antiguos contra esta enfermedad: (V. *Lightfoot, in Marc.* V, 26.) Se ha notado que *Luc.*, VIII, 43, se muestra menos severo que *Marc.*, V, 26. Se abstiene de decir que sus colegas, los médicos, la habían atormentado de toda manera.

(3) *Levit.*, XV, 25; *Deuter.*, XXIV, 1.

tituía, en efecto, una impureza legal. Después de haberla condenado, tal vez, á un penoso divorcio, obligábale su estado cada día á innumerables precauciones en sus relaciones con la sociedad. Lo que se contaba de Jesús podía hacerle esperar que Él sería para ella un médico más poderoso que los demás; pero, ¿cómo exponerle su penosa situación? Hablarle particularmente era difícil, y confesar en público su repugnante enfermedad debía parecerle tan imprudente como desagradable. Era, pues, preciso que una ocasión propicia secundase sus deseos. Ahora bien, como en aquella ocasión se estrujase la multitud alrededor del joven Maestro, hasta oprimirle, pensó ella—la prudencia de una mujer ve rápidamente todos los detalles de estas pequeñas empresas—que, con valor y paciencia, acabaría por ser llevada, en aquella movediza ola de pueblo, junto al Taumaturgo. «Allí—añadía con heroica confianza,—tan solamente con tocar la orla de sus vestidos, seré sana.»

En efecto, siguiendo su bien meditado plan, llegó junto á Jesús, pero por detrás, tímidamente y con perfecta discreción. Al impulso de una fe viva, tocó furtivamente el *zizith* ó borlita de lana roja que caía de su manto [1]. Al momento, una conmoción profunda, trastornando su ser, le anunció que estaba curada. Efectivamente, el Salvador, al contacto de una mano creyente, había dejado escapar el fluido sobrenatural que mendigaba la pobre mujer, ó por mejor decir, que pretendía arrebatarle. «¿Quién me ha tocado?»—dijo volviéndose, porque quería que el milagro sirviese para fortalecer la fe de todos.—Tal autoridad había en la palabra de Jesús, que, al instante se hizo á un lado, respetuosa, la muchedumbre. Nadie, sin embargo, contestó. Este momento de silencio fué solemne. Jesús aguardaba que se revelase la piadosa culpable. Pedro, con su ordinaria vivacidad, exclamó: «Maestro; las gentes te

(1) *Núm.*, XV, 38; *Deuter.*, XXII, 12. La palabra griega κράσπεδον indica, según su etimología, κεκραμένον εἰς πέδον, lo que *cae hacia la tierra*. Keil, *Archäol.*, § 102; Ewald, *Alterth.*, p. 307.

aprietan y oprimen, y dices: ¿quién me ha tocado [1]?» Como lo mismo dijesen los demás discípulos: «Sí, alguien me ha tocado—repuso Jesús, —porque yo he conocido que ha salido virtud de mí.» Al mismo tiempo, paseaba su escudriñadora mirada alrededor de sí. No era posible vacilar más. La pobre mujer, sin saber lo que le iba á pasar, temerosa de su atrevimiento y esperanzada por su confianza, se separó de la turba entre la que se ocultaba, cayó á los pies del Salvador, y contó, en voz alta, su enfermedad, su acto de fe y su curación. No deseaba nada más Jesús; le bastaba haber dado á entender que nada podía salir de Él, sin un acto positivo de su voluntad. Si había curado la hemorragia, era, no por haber tocado sus vestiduras, sino su corazón. Cubriéndola entonces con una mirada de benevolencia: «Hija mía—le dijo, y con esta palabra de ternura disipaba todas sus inquietudes,—tu fe te ha salvado; vete en paz, y queda libre de tu azote.»

Misericordia tan grande ligó, sin duda, á Jesús el corazón de esta mujer, y la curación del cuerpo preparó en ella la santificación del alma. La tradición asegura que hizo levantar en Paneas, su pueblo natal, y delante de su casa, un monumento de bronce en el que estaba representada, en actitud de plegaria, á los pies del Salvador, quien, con el manto sobre la espalda, tendía su mano hacia ella para atestiguar su curación. Eusebio vió todavía, en su tiempo, estas dos estatuas [2], mandadas derribar por Juliano el Apóstata, para substituirlas con la suya. Añadamos que, desde muy al principio, dió la leyenda cristiana á esta mujer un papel considerable en sus narraciones. En ellas figura, efectivamente, con el nombre de Verónica ó Berenice, ora ante Pilato, para dar á la santidad y bondad de Jesús el más ruidoso testimonio, ora en el camino del Calvario, para enjugar, con sus

(1) Pedro, según el bello pensamienso de Agustín, no ve que haya diferencia entre oprimir y tocar á alguien. La multitud curiosa aplasta á Jesús sólo la fe le toca. «Illi premunt, ista tetigit» dice el gran Doctor, *Serm.*, CCXIV; y en otra parte: «Caro premit, fides tangit.»

(2) *H. E.*, VII, 18.

piadosas manos, á pesar de los insultos de una turba enfurecida, la sangrienta figura del Salvador [1]. A ser fundada esta tardía tradición, la imagen divina, impresa en el lienzo de que ella se sirvió, sería un retrato autorizado que Jesús nos hubiera dejado de sí mismo. La mujer, en otro tiempo impura y tímida, mas luego santificada y sostenida por la gracia, habría sido así merecedora de recoger, en su heroísmo, uno de los recuerdos más conmovedores, legados por el Hijo de Dios á la veneración de los fieles.

Con todo eso, había quedado interrumpida por largo tiempo la marcha á la casa de Jairo, y el desgraciado padre, á quien los minutos parecían siglos, dió á entender á Jesús, con sus gemidos, ó acaso también con respetuosas súplicas, que era preciso apresurar el paso. Harto legítima era, por cierto, su impaciencia, puesto que, en aquella misma hora, recibía la noticia de que su hija acababa de exhalar el último suspiro.

En efecto, personas de su casa, llegadas á toda prisa, habían dicho: «Muerta es tu hija; ¿para qué fatigas más al Maestro?» El padre quedó aterrado. El cielo no bendecía sus pasos, ya que la muerte, en vez de suspender el golpe fatal viendo ir al Señor, parecía haberlo precipitado. Bien podía sufrir quebranto la más firme confianza. Volviéndose Jesús hacia Jairo, le dijo: «No temas; cree solamente, y será sana.» Al mismo tiempo, dirigiéndose á la muchedumbre, le prohibió que le siguiese. La explosión de entusiasmo que debía saludar la resurrección de un muerto, arriesgaba poner trabas al desarrollo paciente y normal del plan mesiánico. Jesús quería rechazar enérgicamente todo triunfo prematuro. Pedro, Santiago y Juan, fueron los únicos admitidos á acompañarle. Estos tres dis-

(1) En los *Acta Pilati*, VII, parte 1.ª del *Evangelio de Nicodemo*, hace ella su deposición ante Pilato: «Una mujer, llamada Verónica, gritó de lejos al Presidente: Tenía yo, desde doce años, un flujo de sangre; toqué la orla de su vestido y cesó inmediatamente el mal.» Dijeron los judíos: «Tenemos nuestra ley, y, según ella, la mujer no tiene el derecho de dar testimonio.» V. Thilo, *Ev. Apocr.*, p. 563. V. Hefele, art. *Christusbilder*, en el *Kirchen-Lexicon*, de Wetzer y Welte, II, 519-524.

cípulos serán los testigos privilegiados de las más importantes escenas de su vida.

Así que entraron en la casa, encontraron lloronas y tañedores de flauta, quienes, según la costumbre, habían acudido para inaugurar el duelo de la familia. Si el más pobre de los israelitas debía á su mujer muerta una llorona y dos tañedores de flauta [1], por lo menos, muy natural era encontrar en gran número esta clase de personas en casa de un personaje de la distinción de Jairo y para un duelo tan cruel. Las lamentaciones, el ruido de los instrumentos, los gritos de toda especie llenaban la casa. Como sorprendido por tan ruidosa exhibición de un dolor inútil, dijo Jesús: «No lloréis; no está muerta la muchacha, sino que duerme.» Para Él, en efecto, en cuya mano está el poder mismo de Dios, la muerte es sólo un sueño ligero: no tiene más que hablar, y los que dormían despiertan. Por otra parte, si se engañan acerca del sentido divino de estas palabras: «no está más que dormida», no hay en ello gran mal. Creerá al principio aquella muchedumbre que Jesús la engaña, y se mofará de Él; luego supondrá que, tal vez, la muchacha estaba sumida realmente en un sueño letárgico, y la duda que, á los ojos de varios, flotará sobre la realidad de esta resurrección prevendrá la intempestiva efervescencia que quiere evitar el Mesías.

Sin más explicaciones, manda, pues, Jesús despedir á todo el mundo, y, acompañado únicamente del padre, de la madre y de sus tres discípulos, penetra en la habitación en donde se hallaba expuesta la difunta, ya amortajada. El Dueño de la vida tomó entonces por la mano á la muchacha, y dirigiéndose á ella, exclamó: «*Talitha cumi*,» es decir: «¡Muchacha, levántate!» Nada más sencillo ni más sublime que esta orden dada familiarmente á un cadáver. Pedro, que la oyó en su irresistible poder, la repitió delante de su discípulo Marcos, y éste nos la trans-

(1) V. de Wette, *Archaeolog.*, § 263; Geier, *De luctu Hebr.*, V, 16.

mitió en el idioma arameo, en que fué pronunciada, como para conservar, con mayor seguridad, lo que tenía de sorprendente en labios de Jesús.

Grande debió ser la estupefacción de los que vieron á la muerte devolver, tan dócilmente, su víctima á quien la reclamaba con tan imponente autoridad. Levantándose al punto la joven, se puso á andar, y Jesús, sereno en presencia de aquel prodigio, como el médico delante de la crisis que acaba de conjurar, se preocupó de que fortificasen pronto, con alimentos convenientes [1], á aquella que, por orden suya, volvía de muy lejos á la vida y á la salud.

El padre y la madre, lo mismo que los discípulos, estaban fuera de sí, atónitos, gozosos, reconocidos. Jesús, con objeto de tomar tiempo para sustraerse á las ovaciones de la muchedumbre, recomendóles el silencio. No era precisamente porque esperase determinarlos á que mantuviesen secreto el prodigio—demasiados testigos inmediatos habían visto muerta á la muchacha é iban á volverla á encontrar viva;—pero sí quería conservar tan sólo libertad plena para salir de la población, sin ser retenido por el entusiasmo popular. Como se proponía no reaparecer sino dentro de algunos días, para entonces, habríase calmado la emoción pública, si es que no se había olvidado por completo el milagro mismo.

Hízose según Él deseaba, y, de este modo, pudo ganar apresuradamente la orilla del mar. Como empezase allí á reunírsele de nuevo la muchedumbre, subió á una barca y pidió que se le condujese mar adentro. Aun así, hubo quien probó á seguirle; mas fueron los menos, por que faltaban botes disponibles. La multitud que quedaba en la orilla le vió partir con sentimiento.

---

(1) Sólo San Lucas, es quien, VIII, 55, precisa este detalle, citando, como por recuerdo de su profesión, la orden que ordinariamente impone el facultativo al enfermo convaleciente.

CAPÍTULO VIII

Tempestad en el lago y visita al país de Gergesa

Descanso en la noche de una gran jornada.—Contemplan los discípulos á Jesús dormido.—Terrible tempestad.—Se despierta al Maestro.—Manda á los elementos, porque es Dios.—Atracan en Gergesa.—Temible poseso. —Satanás, su debilidad, su astucia, su deseo.—Cerdos al mar.—Consecuencias.—El poseso curado no debe seguir á Jesús, sino evangelizar su propio país. (*Luc.*, VIII, 22-39; *Marc.*, IV, 35-41; V, 1-20; *Mat.*, VIII, 18, 23-34).

Nada más delicioso que un paseo por el lago de Genesaret en la hora de la puesta del sol. Las olas, por un momento de oro y púrpura, se vuelven insensiblemente azules, á medida que se va velando la luz detrás de las colinas de Tiberíades y de Magdala. Entonces empiezan á reflejarse en la vasta extensión de agua las estrellas que centellean en el firmamento. La calma de la naturaleza, la frescura de la tarde, no sé qué perfume de pureza y de poesía llenan el alma de una vaga sensación de bienestar, en el que se complace uno, como en un principio de felicidad ideal.

Después de aquel gran día de lucha contra una oposición naciente, y después de los milagros que lo habían llenado, quiso gustar Jesús, en la soledad, aquel dulce reposo de la noche.

Orgullosos de la gloriosa carga que consigo llevaban, los barqueros galileos hacían deslizar suavemente su barca sobre las apacibles olas. Junto al timón, habíase recostado el Maestro, apoyando su cabeza sobre una almohadilla de remero; y mecido al acompasado y cadencioso rui-

do de los remos, había acabado por dormirse, contemplando las profundidades del cielo. (1)

Mirábanle los discípulos con admiración y ternura. Su fe se exaltaba á porfía, evocando, uno después de otro, los recuerdos de la jornada. Ante ellos dormía el Dueño del demonio, de la enfermedad y de la muerte. Habíase puesto bajo su salvaguardia, y le velaban con afecto lleno de orgullo. Nos complacemos en ver dormir á los que amamos y veneramos, sobre todo cuando creemos que nos son deudores de su sueño. El ligero soplo que brota de su pecho y expira en sus labios, alivia nuestro propio corazón, y la serenidad que se refleja en su frente, en la que quedan desvanecidas las graves preocupaciones de la vida, nos hace olvidar las fatigas á cuyo precio hemos comprado su dicha de un momento. ¡Cuántos otros no hubieran querido dar á Jesús, en la noche de tal día, la limosna de tan legítimo reposo, y ver dormir al hombre que ejecutaba, como jugando, tantas obras admirables y sobrehumanas!

Mientras se comunicaban los discípulos, en voz baja, sus religiosas impresiones, levantóse de repente el viento, anunciando violentísima tempestad. No es raro ver abatirse rachas de viento, aun con tiempo perfectamente claro, sobre aquellas aguas ordinariamente tan tranquilas. Los numerosos torrentes que, por el Nordeste y el Oeste, desembocan en la parte superior del lago, son como otros tantos peligrosos desfiladeros por los cuales penetran y se precipitan los vientos que bajan de las alturas del Haurán, de las mesetas de la Gaulanítida y de la cima del Hermón; de tal suerte que, desencadenándose estas corrientes de improviso sobre el pequeño mar de Genesaret, levantan en él la más espantosa agitación. Las navecillas

(1) Nosotros mismos hemos gustado, más de una vez, de este suave goce, transformado en una suerte de contemplación extática por el recuerdo vivo de Jesús. Nada faltaba al marco del cuadro: la almohadilla de los remeros, la belleza del cielo, la calma de la noche, el cadencioso ruido de los remos, el silencio religioso de los barqueros, todo aún como en otro tiempo; sólo el puesto del Maestro se hallaba vacío; no estaba allí la cabeza amada, y, sin embargo, nuestra fe, nuestro amor creían verle todavía.

de los pescadores quedan, á veces, muy maltrechas. Los mejores marineros renuncian entonces á abordar la parte septentrional del lago, y buscan refugio hacia el mediodía, que está siempre mejor abrigado.

Pronto siguió á la primera racha de viento otra segunda, llegando á ser espantoso el huracán. La barca, arrastrada por un torbellino, por todas partes hacía agua. El trance era serio. Los discípulos, que, habituados á la mar, veían todo el peligro, estaban sobrecogidos de espanto.

Jesús, empero, continuaba durmiendo.

De repente pareció que la barca se iba á pique. Creyéndose perdidos, decidiéronse los pobres galileos á interrumpir el sueño del Maestro: «¿No ves—le dijeron unos, despertándole,—que vamos á perecer?»—«Señor, Señor—exclamaban otros,—sálvanos, que perecemos!» Levantóse Jesús sin emocionarse, miró la tempestad, y con soberana autoridad, impuso silencio, con una palabra, al huracán y á la mar. Al punto, cual si sintiesen un freno moderador, calló el viento y se apaciguaron las olas. Los discípulos, á quienes asombró este nuevo acto de poder más aún que cuanto habían presenciado durante la jornada, pasaron de la angustia más viva á la más completa seguridad. El gozo, la admiración, el reconocimiento llenaron su alma; ya no temían nada. Pero Jesús no olvidaba que, al despertarse, los había sorprendido en un estado de inquietud rayano en desesperación. Este recuerdo le era penoso, porque, si bien es cierto que, en tales circunstancias, la plegaria tiene derecho á ser apremiante y conmovida, no es conveniente que, albergándose la fe en el corazón, tome lugar en él el temor. «¿Por qué estáis medrosos?—les dijo.—¿Dónde está vuestra fe?» César en medio de la tempestad, apretando la mano del piloto amedrentado, y diciéndole: «No temas; llevas á César y su fortuna,» puede ser el ideal de la grandeza humana y de la confianza orgullosa en un elevado destino; Jesús, imponiendo no solamente valor á los suyos, sino también su voluntad al cielo y á la mar embravecidos, es el ideal de la grandeza divina. Por

eso, sobrecogidos de estupor los discípulos, se dijeron unos á otros: «¿Quién es éste que manda á los vientos y al mar, y le obedecen?»

Cada nuevo prodigio que presenciaban transformaba y elevaba en su espíritu la primitiva idea que se habían formado de Jesús. Insensiblemente veían multiplicarse los rayos en torno de aquella gran figura, hasta que su perfecta fe se determinó á saludar, en su Maestro, al Hijo de Dios hecho hombre. Sus entusiastas exclamaciones demuestran el trabajo progresivo ya obrado en sus almas, y, como conclusión lógica de este trabajo, estallará, por fin, en los labios de Pedro, la admirable profesión de fe que paulatinamente se formula en el fondo del corazón de todos ellos.

Nada más natural que los sentimientos sugeridos á los discípulos por el acontecimiento que acababan de contemplar. Al hombre toca domar, con su paciencia y genio, las fuerzas de la naturaleza, y quedar siempre superior á ella, aun cuando por ella sea aplastado. Así, lanza sobre las olas al navío audaz é infatigable que prescinde de las estrellas del cielo para seguir su dirección, y que, con su fuerza motriz, marcha al puerto, á pesar de la tempestad. Este es el resultado de un trabajo humano, y quien lo realiza es no más que un hombre. Pero si, de pie en medio del espanto universal, grita Jesús á los vientos desencadenados y á las olas embravecidas: «¡Silencio! ¡calmaos!», obligando así súbitamente á la tempestad, por Él refrenada, á que enmudezca, ¿no es preciso decir, ante tal acto de autoridad: «Ved ahí á Dios?»

Por lo demás, esta acción omnipotente del Salvador sobre la tierra no ha cesado de afirmarse, desde el día en que dejó admirados á los discípulos en el lago de Genesaret. En una esfera por completo espiritual, pero con realidad semejante, Jesús, dormido en la barca de la Iglesia, ha debido ser despertado con sobrada frecuencia por los gritos de sus fieles angustiados. En la misma hora en que todo parecía perdido, dió la señal, y la ola popular de las

revoluciones se calmó repentinamente, y enmudecieron los vientos del poder humano y del orgullo, si es que no fueron enteramente anonadados por la sola palabra de Cristo. Restablecióse la tranquilidad, y la barca de la Iglesia, flotando aún triunfante, ha proseguido, á pesar de todos los obstáculos, su ruta á través de los siglos.

Jesús y los discípulos tomaron tierra en la orilla oriental del lago, en el país de Gergesa. (1) ¿En dónde estuvo exactamente situada esta localidad? Imposible es decirlo, pero debe buscarse hacia el sudeste del lago. Allí los acantilados se aproximan más al pequeño mar, sin dominarlo, no obstante, jamás á pico, acaso porque se va alejando insensiblemente de las rocas enhiestas.

---

(1) En los diversos manuscritos, llevan los tres sinópticos ora *Gerasa*, ora *Gadara*, ora, finalmente, *Gergesa*. Es cierto que si Gerasa se halla en el lugar en que la colocan Burckhard y con él todos los geógrafos, no responde de modo alguno á las indicaciones del Evangelio. Djerasch, en efecto, se encuentra á quince leguas al S. E. del pequeño mar de Genesaret. Por otra parte, si Hum-Keis señala el sitio de Gadara, es casi igualmente difícil explicar los relatos de los Evangelistas, puesto que, desde la extremidad sur del lago á Hum-Keis, hay también una distancia bastante grande. Después de haber atravesado la llanura que va hasta Jarmuk, es preciso franquear el profundo y ancho barranco por donde corre este río, y por fin, después de una subida de hora y media, se llega á la antigua Gadara. Ahora bien, la escena del Evangelio pasa en la orilla del lago. Jesús ha desembarcado *apenas*, y ve al endemoniado saliendo de los sepulcros que constituían una dependencia de la ciudad. Los cerdos pacían á distancia, pero suficientemente cerca del mar para precipitarse en él inmediatamente. Ninguno de estos detalles resulta inteligible, si se admite que la ciudad fuese en realidad Gadara, situada á tres horas largas del lago. Estas consideraciones movieron á Orígenes, á adoptar, rechazando las dos lecciones de Gerasa y Gadara, la de Gergesa, cuyas ruinas existían, todavía en su tiempo, cerca de un precipicio que se elevaba á pico sobre el lago. *In Jo.*, I, 28, y II, 12. Nosotros buscamos los restos de esta antigua ciudad, πόλις ἀρχαία, como la llamaba el gran exégeta Alejandrino, y nada encontramos que respondiese á su indicación. En cuanto á Kherza, descubierta por Thomson, es una solución que, como nosotros, rechazarán cuantos hayan visitado el Wadi-Semak. Sin contar que no hay en este sitio rastro alguno de sepulcros, es evidente que, antes de lanzarse en el mar desde Kherza, los cerdos hubieran tenido tiempo sobrado para recobrarse. Después de todo, pudo muy bien suceder que Gergesa hubiese pertenecido al distrito de Gadara, que, según Josefo, (*Bell. Jud.*, IV, 7, 3), era la capital de Perea. Las dos lecciones *gergesanos* y *gadaranos* serían, en este caso, exactas, y los habitantes de Gergesa podrían ser llamado gadaranos, como pueden llamarse bretones los nanteses. En cuanto á la lección *gedaranos*, es inexacta, y proviene de que Gerasa era más conocida que Gergesa; fué una inepta corrección de los copistas.

Así que Jesús puso pie en tierra, vió que corría á través de los sepulcros, por el flanco de la colina, un [1] hombre completamente desnudo, que exhalaba gritos feroces, y cuyo aspecto inspiraba tanta compasión como espanto. Era un poseso. La antigüedad desconocía esas admirables instituciones de caridad, donde el cristianismo recoge la locura en todas sus formas, procurando calmarla si es incurable, y asegurándole, si no algunos instantes de dicha, por lo menos un retiro honrado y seguridad completa.

Aquel desgraciado, poseído por el espíritu impuro, se había vuelto loco furioso. En vano se había pretendido tenerle atado; rompía sus cadenas y volvía á emprender sus vagabundas correrías. Ordinariamente se ocultaba en los sepulcros [1] que él creía sin duda morada de demonios y espíritus errantes. Los transeuntes tenían que sufrir sus agresiones violentas, por lo que se evitaba á todo trance encontrarle en el camino. Sus alaridos eran horrorosos.

(1) Dice San Mateo que eran dos. Muy extraño fuera que, no tan sólo San Lucas, sino también San Marcos, quien no olvida nada para dramatizar su relato, hubiesen descuidado este detalle. Por esto supusieron varios intérpretes que había en el primer sinóptico un torpe error de los copistas. Éstos, viendo que el demonio hablaba en plural, hubieron de concluir que, á lo menos, debía haber dos endemoniados, y, del presunto descubrimiento de un error, pasaron inmediatamente á su corrección. Según ciertos exégetas, podría ser que ni San Lucas ni San Marcos hubiesen hablado sino de un poseso, porque éste era más terrible que el otro; ó bien porque, habiendo llegado á ser un firme creyente, y aun quizás un discípulo, fuese notablemente célebre en la Iglesia primitiva. Pero *Mat.*, VIII, 28, presenta los *dos* posesos como muy malos y peligrosos y, por otra parte, la Iglesia primitiva no parece haber conocido al uno más que al otro, porque de los dos posesos no queda huella en la tradición apostólica. La solución más plausible es la que admite aquí, como á propósito de los ciegos de Jericó, una distracción del traductor leyendo en plural lo que, en el original arameo, estaba en singular. Es además muy de notar que los dos posesos hablan y obran siempre en *Mateo* como si no fuesen más que un solo individuo, lo cual no dejaría de ser muy sorprendente si hubieran sido realmente dos.

(2) Basta haber visitado las necrópolis de Biblos, de Sidón y otras, sin hablar de las de Jerusalén, para saber que era costumbre en Siria establecer los sepulcros en la cercanía de las ciudades. Toda familia numerosa poseía una caverna excavada, ó naturalmente ó á costa de grandes gastos, en la roca, enbellecida de ordinario con columnas y mármoles preciosos. En las paredes interiores encontrábanse aberturas destinadas á recibir los despojos mortales de varias generaciones.

Jesús, en cuanto le divisó de lejos, detúvole con una sola palabra [1], y mandó á Satanás que soltase su víctima. Esta orden, dada con tono de autoridad soberana, conmovió el alma del poseso y depositó en ella, con un vislumbre de esperanza, un germen de fe. Comprendió el desgraciado que se hallaba en presencia de un hombre más fuerte que los demonios. Cesando de huir, corrió repentinamente hacia Jesús, y cayó á sus pies para rendirle homenaje.

Entonces, viéndose amenazados los malos espíritus, respondieron á la interpelación del Salvador con este grito de audacia: «¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?» Y luego, como reconociéndose ya vencido por una fuerza superior, Satanás empezó á implorar favor: «En nombre de Dios—exclamaba,—no me atormentes. ¿Has venido á atormentarnos antes de tiempo?» Esta súplica en nombre de Dios permitiría creer que hombre y demonio hablaban sucesivamente, aquél acordándose de los dolorosos tratamientos que inútilmente se le habían hecho sufrir tiempo atrás, éste pidiendo gozar en paz de la presa por él conquistada. Sin embargo, es más probable que el hombre no tome nunca la palabra en este diálogo, sino siempre el demonio. Satanás forcejea bajo el imperio de Jesús, que le ordena dejar su víctima. Su resistencia, sus súplicas, su temor de ser atormentado y volver al abismo, su pesar de abandonar al desgraciado á quien subyuga, su deseo de invadir una piara de puercos, el nombre que se da, entrañan algo de sorprendente para nosotros, faltos de ideas precisas sobre el reino del mal y el estado individual de sus habitantes. Entreve-

(1) El atento estudio del relato de San Lucas y del de San Marcos, induce á creer que el endemoniado no había divisado á Jesús, sino que Jesús fué quien vió é interpeló al endemoniado. Del vers. 29 en San Lucas y 8 en San Marcos, y de la conjunción muy significativa, γάρ puesta evidentemente con intención, puede concluirse que si el poseso vió á Jesús, llegóse á Él y le habló en tono tan particular, fué porque Jesús le había ya interpelado, ordenando al demonio que le dejase. De esta suerte, se desvanecen todas las dificultades nacidas de que el endemoniado se hubiese encarado por sí mismo con Jesús en términos sobrado extraordinarios, de que hubiese dicho su nombre y de que se hubiese dirigido á quien no le hablaba, para suplicarle que no le atormentase, etc.

mos, no obstante, que, aun hablando á Jesús, cual si le reconociese, Satanás conserva todavía sus dudas acerca de su naturaleza superior, y no cree imposible engañarle con sus astucias. Luego de haber dicho su nombre, *Legión* [1], —el conjunto de los fenómenos físicos y morales producidos en el desgraciado poseso, demuestran claramente la multiplicidad de los espíritus obsesores [2],—pide, en efecto, permiso para invadir una piara de cerdos, que pacían á alguna distancia, en la ladera del monte. Su proyecto es hacer caer sobre Jesús la responsabilidad del desastre que prepara. Los propietarios de los animales le jugarán ciertamente una mala partida, puesta que la ruina que se les va á producir está por Él autorizada. De esta suerte piensa el vencido tomar su desquite y perder para siempre al nuevo doctor y su doctrina. Artificio inútil, porque el Salvador, sacando bien del mal, se mostrará potente para hacer que hasta la malicia de Satanás contribuya al acrecentamiento de su propia gloria.

Puesto que tiene el pleno dominio sobre toda criatura, nada podría impedirle entregar al demonio las impuras víctimas que mendiga. Por otra parte, estos animales, que la ley prohibe comer, ¿no son por ventura ocasión de caída para más de un israelita, y sobre todo una impudente protesta del paganismo contra la religión de Jehová? Los herodianos, en efecto, según los relatos rabínicos, habían compuesto y hacían circular entre el pueblo folletos con el fin de minar la ley de Moisés y demostrar la puerilidad de sus prohibiciones. Ahora bien, semejantes teorías, fruto natural del libre pensamiento y del materialismo de entonces, ganaban terreno cada día. El Salvador vió, indudablemente, que había alguna razón para castigar una infracción tan flagrante de los preceptos sagrados y quitar la piedra de escándalo colocada

(1) La legión, recordando las armas romanas con su fuerza irresistible, había llegado á ser símbolo de la omnipotencia. Intenta el demonio, con esta presuntuosa respuesta, desconcertar á Jesús.

(2) Ejercían probablemente sobre el alma del poseso una acción sucesiva, y sobre su cuerpo una acción simultánea.

por la impiedad en el camino de los creyentes. Paganos ó judíos, los propietarios de la piara merecían la lección.

Dijo, pues, Jesús á los demonios: «Id.» Puesto que Él es el Pastor de las ovejas, emblema enteramente amable de la dulzura, de la bondad y de la fidelidad, puede permitir á Satanás que se atribuya los puercos, repugnante símbolo de la deformidad moral y de los más viles apetitos de la naturaleza decaída. Al instante los demonios, saliendo del poseído, que renacía á una vida nueva, arrójanse sobre la inmunda piara como un espantoso huracán.

Espantados, excitados, arrebatados por aquel viento de tempestad que los azota, los punza, los solivianta, dirígense los animales en tropel hacia la cima de la montaña. Allí, engañados sin duda por un accidente del terreno, víctimas de un terror pánico, ó arrastrados por los espíritus impuros, llegan al punto extremo en que la colina avanza perpendicularmente sobre el mar, caen en el abismo y mueren todos en las olas.

En presencia de tal desastre—dos mil cerdos anegados, —los guardas, desesperados, corren á campo traviesa hasta la ciudad, para dar la noticia á los interesados. De todas partes acuden para comprobar la catástrofe. De tal suerte, contra las previsiones del demonio, se realizan los designios de Jesús. Los guardas del rebaño, en su desesperación, se convierten en mensajeros evangélicos, puesto que han difundido por todas partes la noticia de que se halla en la región un hombre extraordinario, que ejerce su omnipotencia sobre los demonios, y prueba con sus obras la misión divina que se atribuye

Cuantos llegan de la ciudad vecina ó del campo quedan sorprendidos de tal suceso. Á los pies de Jesús estaba sentado tranquilamente el demoníaco curado; había entrado de nuevo en las costumbres de la vida social. Viéndole calmado, razonable, con sus vestidos puestos, y en todo semejante al resto de los hombres, quisieron todos saber cómo habían pasado las cosas. Entonces la admira-

ción se cambió en estupor. En un movimiento de temor respetuoso, como Pedro después de la pesca milagrosa, los gergesanos rogaron á Jesús que se alejase [1].

La gracia se ofrece, pero no se impone. Jesús acababa de dejar caer un rayo de luz divina sobre aquella tierra enteramente impregnada de paganismo. Puesto que se le acogía fríamente, no había llegado todavía la hora de la providencia. Así, pues, el Salvador volvió á entrar en la barca para regresar á Cafarnaúm.

Á tiempo que iba ya á abandonar la orilla, el endemoniado curado, y transportado de reconocimiento, le suplica que le tome consigo y le admita como discípulo. «No—dijo Jesús;—vuélvete á tu casa y cuenta cuán gran merced ha hecho Dios contigo.» Convenía, en efecto, dejar, como adraja en aquel territorio, al cual el Hijo de Dios se proponía evangelizar más tarde, no sólo el rumor, sino también la prueba viviente de la aparición del Mesías; ahora bien, esta prueba era el mismo hombre que había sido libertado de una legión de demonios.

El Evangelio nos dice que las miras de Jesús sobre el nuevo prosélito no resultaron fallidas. Aun sin ser admitido en la compañía del Maestro, el endemoniado fué siempre un obrero evangélico ardiente é infatigable. Predicó en la Decápolis, y provocó las más vivas esperanzas en quien acababa de revelarse con obras tan pasmosas.

Cuando vuelva Jesús á este territorio, será en él conocido ya su nombre y apreciada su doctrina [2].

---

(1) Como gentiles, comprendiendo su profunda indignidad, y cediendo quizás á una impresión supersticiosa, podían temer mayores males de parte de Aquel que parecía enviado por el cielo como juez. (V. *III Reges*, XVII, 18).

(2) *Marc.*, VII. 31.

CAPITULO IX

Serie de milagros que acaban de preparar los primeros elementos de la Iglesia

Los mismos gentiles empiezan á creer en el poder de Jesús.—El Centurión que tiene un criado enfermo.—Embajada de los ancianos.—Fe y humildad del soldado.—La Iglesia abierta á los paganos.—Curación de dos ciegos y un endemoniado mudo.—Jesús puesto por el pueblo por encima de los hombres del Antiguo Testamento. (*Luc.*, VII, 1-10; *Mat.*, VIII, 5-13; IX, 27-34.)

Aceptada plenamente estaba la situación de Jesús en Cafarnaúm, aun por los personajes más influyentes de la ciudad. La oposición de los fariseos y sus murmuraciones se encontraban, de esta suerte, sofocadas por un transporte de admiración general, del cual participaban los gentiles mismos, ya que éstos habían acabado por mirar al joven Profeta como á un hombre extraordinario, capaz de obrar los más admirables prodigios. Así, vemos que un centurión ó capitán de la cohorte que estaba de guarnición en Cafarnaúm [1], recurre públicamente á Él para obtener la curación de un criado enfermo.

Por lo regular, cuando un criado, por su fidelidad, su sacrificio, su carácter dulce, afectuoso y discreto, ha merecido ser admitido en la intimidad de la familia, le estima-

(1) No se sabe si estaba al servicio de Herodes ó de los emperadores romanos. Las grandes provincias del Imperio estaban guardadas por legiones que formaban un cuerpo de ejército de ocupación en estado permanente. Las menos importantes eran vigiladas por simples cohortes. Por esto, Judea tenía tropas romanas mandadas por tribunos, bajo los cuales estaban los centuriones. Sin embargo, no tenemos prueba alguna de que Galilea no hubiese sido completamente abandonada á la custodia de Antipas, y, como se sabe que, entre las tropas de éste, había gentiles (*Marc.*, VI, 21), puede suponerse que el Centurión era uno de sus oficiales.

mos como á un pariente. Al preocuparse de nuestras necesidades, si posee un alma suficientemente elevada y simpática, acaba por asociarse sin esfuerzo á nuestras solicitudes morales. Poco á poco parece tomar, en algún modo, lugar en nuestra vida, sin dejar de probar, en la perfecta conciencia de su inferioridad, que una especie de vanidad no le hace indigno del afecto que se le atestigua. Su muerte tomará las proporciones de una desgracia de familia; con él perderemos un auxilio y un afecto irreemplazables. Así se explican las congojas del Centurión, que veía á su fiel criado (1) tocado de parálisis (2) y á punto de morir. Si hubiera sido judío, nada más natural para él que recurrir al gran Médico que había curado ya al hijo de un oficial real, y había resucitado á la hija de Jairo. Pero era pagano, ó á lo más *prosélito de la puerta*, es decir, apenas llegado al umbral de aquella teocracia judía, en la que sólo se entraba definitivamente por la circuncisión y la aceptación completa de la ley mosaica (3).

Había, sin embargo, testificado toda su simpatía al pueblo de Dios, haciendo edificar una sinagoga en la ciudad (4), generosidad que le ligaba á los verdaderos israelitas, y que no se dejará de explotar muy pronto. En efecto, habiendo manifestado el Centurión su designio de recurrir á Jesús y su temor de no ser recibido, los *batlanim*, aque-

---

(1) En *Mat.*, VIII, 6, y en *Luc.*, VII, 7, el criado es llamado παῖς, como si fuese hijo de la casa, y *Luc.*, V, 2, declara, en efecto, que era muy amado del dueño, ὃς ἦν αὐτῷ ἔντιμος.

(2) Era, sin duda, ó un reumatismo agudo, que se convierte prontamente en mortal, cuando se fija en el corazón, ó el *tétanos*, especie de neurosis de los nervios raquídianos, muy común en los países cálidos. Oponiéndose á los movimientos de la respiración y de la deglución, esta enfermedad conduce ordinariamente, y á no tardar, á la muerte. Todo esto lo confundían los antiguos con la parálisis, á pesar de ser estas enfermedades tan diferentes entre sí por sus causas y por sus efectos. *Mat.*, VIII, 6, dice: παραλυτικὸς δεινῶς βασανιζόμενος.

(3) Josefo, *Antiq.*, XIV, 7, 2, los llama οἱ σεβόμενοι τὸν Θεόν. Véase *Hechos*, XIII, 43-50; XIV, 14; XVII, 4, etc. Cornelio, el eunuco etíope, Lidia, pertenecían á esta categoría.

(4) En el caso de que hubiese más de una sinagoga en Cafarnaúm, es probable que, conforme á la expresión τὴν συναγωγήν, el Centurión había edificado la más bella.

llos ancianos del pueblo que tenían el gobierno de la comunidad religiosa, [1] ofrecieron su mediación; y, organizándose en diputación regular, fueron á pedir al Taumaturgo que se dirigiese á casa del oficial para curar al pobre criado. Ante todo expusieron, no sólo el afecto de este extranjero hacia la nación, sino también su respeto á Jehová, puesto que había edificado, á su costa, una bellísima casa de oración. Con ello apelaban, de un golpe, á dos sentimientos preponderantes en el corazón de Jesús: el patriotismo y la religión.

Siguiólos el Salvador sin hacerse de rogar.

Parece que los embajadores, llenos de esa obsequiosidad hacia los grandes, que compromete frecuentemente las mejores intenciones, habían ido más allá del deseo del Centurión. Éste no pretendía pedir á Jesús que saliese de casa. La curación del hijo del oficial real había demostrado que bastaba una sola palabra de Él para detener el mal; y esta sencilla palabra era lo que él solicitaba.

Así, pues, en cuanto supo, por un emisario, que iba Jesús en persona, mostróse contrariado, y, enviando á otros amigos, hizo que le dijesen: «Señor, no te tomes este trabajo.» Con esto daba á los judíos una buena lección. En efecto, mientras que los hijos de la sinagoga, orgullosos de sus títulos á la amistad de Dios, se creen autorizados para tratar familiarmente á sus profetas, el Centurión, aquel humilde representante de la gentilidad, ve, á la primera ojeada, la inconveniencia de molestar á Jesús por un criado enfermo, y más aún, de proponerle que vaya á la casa de un pagano. Con franqueza militar, declara que no se cree digno de recibir á un personaje tan elevado, y que, á pensar que, sin indiscreción, podía dirigirle personalmente su demanda, no se hubiera hecho representar. Gran-

(1) Los *Batlanim* (palabra que literalmente significa *ociosos*, como si dijéramos *jubilados*) eran en número de diez, y debían asistir á todas las reuniones para que fuese siempre posible constituir una asamblea. Este pasaje de los Evangelios es el único en que se trata de *ancianos de los judíos* que no forman parte del Sanedrín.—(N. del T.)

de era la humildad de este hombre, y muy conmovedor el sentimiento de su inferioridad; pero era todavía más grande y conmovedora su fe.

Según la idea que se formara de Jesús, una sencilla palabra, caída de sus labios, debía bastar para curar al criado. Y he aquí en qué apoyaba él su convicción. Su razonamiento, por su franqueza original y neta, es digna de un militar. «Porque también—decía—yo soy un oficial subalterno, que tengo soldados á mis órdenes; y digo á éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y á mi siervo: Haz esto, y lo hace.» ¿Por qué no había de tener Jesús esta misma autoridad sobre las fuerzas de la naturaleza? ¿No ha demostrado, siempre que lo ha querido, que era su dueño? ¿No han obedecido á su voz cuando Él ha hablado? Estas fuerzas naturales son, pues, como soldados á las órdenes de su jefe. En derecho, puede éste, con decir una palabra, dispensarse de dar un solo paso. Para un pagano era esto tener una idea muy exacta del soberano dominio de Jesús sobre la naturaleza. El mismo giro, completamente militar, que emplea para traducir su pensamiento, entrañaba algo particularmente feliz y agradable al Maestro.

Bajo esta impresión, dirigiéndose á la muchedumbre que le seguía, dijo: «En verdad os digo, que ni en Israel he hallado una fe tan grande.» De esta suerte, por la generosa energía de sus convicciones, hacía presentir que la gentilidad suplantaría pronto al judaísmo, y, desde este momento, el justo Juez no vacila en tributar homenaje público á quien lo merecía. Luego, encarándose con los orgullosos fariseos, cuyos manejos fomentaban en torno de Él sorda y peligrosa oposición: «Yo os digo—añadió—que vendrán muchos de Oriente y de Occidente y se sentarán con Abraham é Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mas los hijos del reino serán echados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes.» Esta gran tesis de la vocación de los gentiles sólo se halla aquí bosquejada; Jesús volverá sobre ella, dándole mayor desarro-

llo, cuando sea inminente la reprobación de Israel. Entre tanto los hijos de los Santos y de la Promesa, que se creen ciudadanos natos de la patria eterna, deben comprender que el cielo es de quien lo compra, y que, para entrar en él, nada son el derecho de nacimiento, la nacionalidad, el nombre; en cambio, lo son todo la fe y las obras.

Dirigiéndose entonces á los enviados, ó tal vez al Oficial mismo, que llegaba en aquel último momento [1], porque no estaba lejos su casa: «Ve—dijo,—y como creíste, así te sea hecho.» En aquella misma hora fué curado el servidor, como pudo confirmarlo el Centurión entrando en su casa [2]. Este paso por parte de un pagano y la acogida que acababa de hacerle Jesús, tenían un alcance muy considerable. La Iglesia tendía la mano, no ya solamente á los peajeros, sino también á los mismos gentiles. Lo que Jesús había predicado era para en adelante un hecho consumado, Todo hombre, despertado por un rayo de verdad evangélica, puede llamar resueltamente á la puerta que ya ha comenzado á abrir la misericordia divina:

Cuando volvía á su domicilio, oyó el Maestro á dos ciegos que le seguían gritando: «Hijo de David, ten piedad

---

(1) Los dos relatos de San Mateo y de San Lucas se desarrollan con una divergencia tan aparente, que, en todo tiempo, ha dado que hacer á los intérpretes. Leyendo el primero, creeríase que el Centurión había dado personalmente todos los pasos ante Jesús, mientras que, siguiendo los detalles más precisos del segundo, es claro que el Capitán sólo obró por procuradores. A esta dificultad se responde, de ordinario, observando que los dos Evangelistas no se contradicen, y que muchas veces damos como hecho por nosotros mismos lo que hacemos mediante otros. Pero ¿no es más sencillo admitir que, después de haber enviado á los emisarios, el Centurión fué á recoger personalmente la *sencilla palabra* que había *hecho pedir* á Jesús para la salud de su criado?

(2) Ninguna razón asiste para identificar esta curación con la que se cuenta en *Juan*, IV. Por de pronto, casi no hay nada de común entre los dos hechos. En San Juan, es un empleado civil y de origen judío el que pide la curación de su *hijo*; aquí un militar de origen pagano que pide la curación de su *criado*. El uno quiere que vaya Jesús á su casa, á pesar de la distancia que separa á Caná de Cafarnaúm; el otro suplica que no se tome la molestia de llegar á su casa, por más que se encuentre en Cafarnaúm mismo. Por otra parte, tampoco hay analogía alguna en el resultado. De la súplica del primero, Jesús concluye con un reproche para los galileos; la petición del segundo le lleva á poner á un pagano por ejemplo á todo Israel.

de nosotros.» Sea con objeto de probar mejor su fe, sea por prudencia, Jesús no se detuvo. En efecto, el título con que se le saludaba, celebrado y repetido por la muchedumbre, podía ser un peligro, y convertirse, entre aquellos patriotas y entusiastas galileos, en la señal de la revolución política. Sin desalentarse, y cual si hubieran sido dirigidos sus pasos por un rastro luminoso, los dos suplicantes se pusieron á seguirle hasta su casa. Allí, volviéndose Jesús hacia ellos, les dijo: «¿Creéis que puedo hacer esto á vosotros?» Ellos contestaron: «¡Oh, sí, Señor!» Entonces, tocando sus ojos, añadió: «Según vuestra fe, os sea hecho.» Y se abrieron sus ojos, y ellos contemplaron, llenos de dicha, al que, aun estando ciegos, habían proclamado, con tanta fe, Hijo de David.

Más que nunca recomendóse el silencio á los dos sujetos del milagro, porque las expresiones empleadas por su reconocimiento amenazaban todavía comprometer el desarrollo regular de la obra mesiánica. Pero, como siempre, la recomendación no impidió que estallase ruidosamente su entusiasmo, y todo el mundo tuvo conocimiento de lo que había sucedido.

Por esto se sucedían sin interrupción los enfermos para implorar el auxilio de Jesús. Apenas salían los dos ciegos, cuando le presentaron un poseso, á quien la acción del demonio había dejado mudo. Ora el mutismo fuese para este pobre hombre una monomanía, ora el espíritu malo le hubiese privado realmente del uso de la palabra, lo cierto era que aquel desgraciado no hablaba. Jesús sólo tuvo que hacer un signo para que Satanás se retirase, y al instante se puso á hablar el poseso.

Tales prodigios hicieron exclamar, trasportadas de admiración, á las muchedumbres que los habían presenciado ó conocido: «No, no, nunca se vió tal cosa en Israel.» De tal modo, según confesión unánime, las grandes figuras de Elías, de los Profetas y aun de Moisés, palidecían al lado de la de Jesús. La fe de la muchedumbre se hacía cada vez más explícita, y se aproximaba la hora en que el Hi-

jo del hombre, haciendo una selección entre estos frutos casi maduros, iba á escoger alrededor de Él á los doce jefes que debían agrupar á las tribus del nuevo Israel, y convertirse en columnas de la naciente Iglesia.

CAPÍTULO X

Visita á Nazaret y á Naím

Razones de una nueva visita á Nazaret.—Jesús en la sinanoga.—Impresiones y reflexiones de la concurrencia.—La incredulidad impide los milagros. Nuevas excursiones apostólicas.—Naím.—Una sepultura en Oriente.—El hijo de la viuda resucitado.—Realidad del milagro. Emoción de la muchedumbre. (*Marc.*, VI, 1-6; *Mat.*, XIII, 54-58; *Luc.*, VII, 11-17.)

Por esta época probablemente, determinó Jesús visitar una vez más á Nazaret, su ingrata patria. En el momento de escoger sus primeros cooperadores, mensajeros oficiales de la Buena Nueva y sus futuros representantes en la tierra, experimentó, tal vez, en su corazón de hombre, el sentimiento de no poder fijar su elección en sus parientes, compañeros de infancia ó amigos de juventud, á quienes la incredulidad sostenía lejos de Él. Además, y humanamente hablando, todo parecía, en la hora presente, prometerle, ante los nazarenos, si no un verdadero triunfo, á lo menos un éxito relativo.

No volvía solo, sino escoltado de numerosos discípulos, los cuales, llenos de entusiasmo, referían sus obras extraordinarias, y con su visible admiración, le rodeaban de una aureola de gloria. Por desgracia, nada hay más difícil de vencer que los prejuicios de las pequeñas poblaciones y las hostilidades que saben suscitar. La acogida fué menos brutal que la primera vez, pero el resultado religioso no dejó, á corta diferencia, de ser el mismo.

En efecto, habiéndose dirigido á la sinagoga el día del sábado, Jesús tomó la palabra para instruir á la multitud. La impresión que produjo fué profunda, á pesar de las recelosas disposiciones del auditorio. Tan llenas de unción, de oportunidad y fuerza eran las palabras que sa-

lían de su boca, que todos quedaron asombrados. Sólo que, en vez de convertirse en un germen de fe, aquella admiración pública se resumió en una suerte de curiosidad estéril, ya que no maligna. «¿De dónde saca Él todas estas cosas?»—decían unos.—«¿Qué sabiduría es esta que le es dada; y tales maravillas que por sus manos son obradas?» —preguntaban otros.—«¿Por ventura no es éste el hijo del carpintero y carpintero él mismo? ¿No se llama su madre María [1], y sus hermanos Santiago, José, Judas y Simón?» Y así se complacían en ir enumerando los miembros de la familia, como si el conocimiento perfecto que tenían de la parentela suprimiese las obras del joven Profeta, ó la sublimidad de sus discursos. Sin duda que el medio en que había crecido Jesús era un medio humilde y pobre, no podía negarse; mas aquellas observaciones maliciosas, acumuladas para probarle, eran superfluas. Porque ¿qué era lo que debía concluirse de ello sino que el punto culminante á que se había elevado, á pesar de todos los obstáculos, probaba irrefragablemente su valor individual y su mérito? Pues bien, en vez de admirar el resultado, sus conciudadanos se escandalizaron, incapaces de reconocer ni aun sospechar á un Dios oculto en el joven carpintero de Nazaret.

Por esto vióse condenado Jesús á ver atadas por la incredulidad sus manos, tan poderosas y llenas de misericordia. La gracia de Dios toca á los que, abriendo su corazón en la fe, se muestran dignos de experimentar sus efectos por una generosa correspondencia á sus invitaciones; á los demás los deja entregados á su réprobo sentido. En vista de esta oposición obstinada, contra la cual fracasaban tantos avances fraternales, repitió Jesús las palabras que había dicho ya anteriormente y que ha consagrado como un proverbio la experiencia de todas las edades. «No hay pro-

(1) En el texto de *Marc.*, VI, 3, no se alude á José, lo cual prueba que había muerto en esta época. En *Mat.*, XIII, 55, es mencionado el padre solamente con motivo de su profesión. No se le nombra porque no estaba ya vivo.

feta sin honor sino en su patria, y en su casa, y entre sus parientes.» En efecto, apenas llegó á curar, con la imposición de las manos, á alguno que otro enfermo en esta ciudad en que con tanta viveza anhelaba su corazón hacer resaltar su bondad y su poder. Tal fenómeno de endurecimiento *le maravilló*, dice San Marcos, como si pudiera encontrarse á veces en la incredulidad del hombre obstinación bastante para sorprender el alma misma de un Dios [1].

Jesús pasó sólo algunos días en Nazaret. La fría atmósfera que allí se respiraba no era grata á su corazón, todo afecto para los hombres y celo para la causa de Dios. Renunciando definitivamente á ejercer una acción saludable sobre sus compatriotas, volvió á emprender sus excursiones apostólicas por los países vecinos. Allí, á lo menos, era acogido con entusiasmo. Conmoviendo su palabra los corazones y confirmando sus enseñanzas con prodigios, veía nacer á cada paso gérmenes de salvación.

En una de estas expediciones llegó á Naím, encantadora población, situada en la vertiente noroeste del pequeño Hermón, á cuatro horas de Nazaret. Un grupo de pobres casas y una blanca capilla indican el lugar de la antigua localidad, y lleva todavía su nombre. Al ver las ruinas de que está cubierto el suelo y las numerosas tumbas abiertas en la roca alrededor del viejo muro, puede suponerse que Naím tuvo alguna importancia. No sin emoción hemos recorrido detalladamente la necrópolis, preguntándo-

(1) Esta explicación coincide, como es natural, con la siguiente nota del P. Scío: «No porque no tuviera Jesucristo conocida la incredulidad de los de Cafarnaúm; sino que usa el Evangelista de este modo de hablar, para explicar que era muy grande.» La frase Jesús *se maravilló* (miratus est), se lee también en *Mat.*, VIII, 10, y *Lucas*, VII, 9, á propósito de la fe del Centurión, de quién se ha hablado en el cap. precedente. En *Lucas*, V, 22 (V. *Mat.*, XXII, 18; *Juan*, VI, 15), se dice que Jesús *conoció* (cognovit) los pensamientos de los escribas y fariseos. San Pablo, *Hebr.*, V, 8, escribe que Jesús «*aprendió* (didicit) la obediencia por las cosas que padeció;» las cuales palabras sirven á Santo Tomás (*Sum. Theol.*, p. III, q. IX, art. IV) para demostrar que Cristo tuvo alguna ciencia adquirida ó experimental. Téngase, pues, presente esta nota, siempre que el autor cite pasajes análogos de la Escritura, ó se sirva de locuciones fundadas en la manera de hablar de nuestros Libros Santos:—(N. del T.)

nos cuál de aquellos sepulcros fué el que un día quedó vacío á una señal hecha por el Salvador á la muerte asombrada. Santa alegría hubiéramos tenido en recoger su testimonio sobre uno de los más sorprendentes prodigios de la historia evangélica. He aquí lo que pasó.

Era al atardecer [1]. Jesús, escoltado de numerosos discípulos y de una muchedumbre de gente que escuchaba con avidez su palabra y admiraba sus obras, ascendía por el flanco septentrional del pequeño Hermón y se dirigía hacia Naím. Las conversaciones tenían algo de grave, como las impresiones del viaje. Á algunos pasos, hacia Levante, veíase Endor, en una de cuyas anchurosas cavernas evocó antiguamente la pitonisa ante Saúl la sombra terrible de Samuel. Hacia Occidente, desarrollábase sonriente la vasta llanura de Esdrelón, llena enteramente de grandes recuerdos, desde Sunam hasta Cisón. Tal vez se les había ocurrido á algunos el pensamiento de relacionar los célebres nombres de Endor y de Sunam, de la pitonisa y de Eliseo, para llevar al Maestro á la discusión del gran misterio de la muerte, y á precisar el poder de los amigos y de los enemigos de Dios sobre los que pueblan el reino de ultratumba. Un vapor nebuloso flotaba á lo lejos en los campos de Mageddo, abonados con sangre de valientes. El sol, ocultándose detrás de las cimas del monte Carmelo, doraba con sus últimos reflejos las pintorescas colinas de Galilea. Los aldeanos, con su andar calmoso, regresaban del trabajo de los campos. Henchía el ambiente esa calma profunda de la tarde que invita al reposo, tras un día de fatiga. También Jesús y sus discípulos, conversando tranquilamente, llegaron á las puertas de la ciudad. En aquel momento dejáronse oir gritos de dolor, penetrantes lamentaciones, y, por fin, el tumulto de un gran duelo. Era un cortejo fúnebre. Nada

(1) Desde la cautividad, los judíos habían tomado de los persas la costumbre de dar sepultura á los cadáveres el día mismo de la muerte. Los funerales se hacían, pues, y se hacen todavía invariablemente hacia el fin del día.

más lúgubre que esta suerte de lamentaciones en Oriente. Abren la marcha hombres silenciosos, con la cabeza cubierta en parte por su manto, á veces descalzos y con las vestiduras desgarradas; sigue luego, llevado en su fúnebre litera, el cadáver, amortajado, y finalmente las mujeres, las lloronas, que cantan con acentos desgarradores sus duelos en honor del muerto, y tocan alternativamente en el *tam-tam* para acompañar á los tañedores de flauta.

Esta vez el duelo era tanto más lastimero cuanto que la madre del muerto lo presidía por sí misma. Aquella pobre mujer, viuda ya, había puesto toda su esperanza en su hijo, arrebatado prematuramente á su afecto. No había necesidad de otra boca que la suya para exclamar el lamentable ¡ay! usado en los funerales [1], ni de otro corazón para ensalzar las cualidades del que ya no existía. Por lo demás, la muchedumbre, conmovida, tomaba mucha parte en su dolor. Jesús se emocionó [2], y acercándose afectuosamente á la infortunada: «No llores»—le dijo con un acento de benevolencia que debía imponerse al más legítimo dolor.—Al mismo tiempo, extendió su mano hacia el féretro. Tenía su gesto tal majestad, que los que llevaban al difunto se detuvieron. «Mancebo—dijo,—á ti te digo, levántate.» Y los oídos, cerrados por la muerte á los ruidos de la tierra, oyeron al punto la orden dada por la voz del cielo. La cesación de las comunicaciones entre el alma y el cuerpo es sólo relativa en la muerte, como en el sueño; y á la manera que, en el sueño, basta la palabra del hombre para restablecerlas, despertando al que duerme, del mismo modo, en la muerte, las reconstituye la palabra de Dios, resucitando al que ya no existía. El joven, incorporándose en sus andas, se puso á hablar. Jesús, con exquisita ternura, le tomó de la mano y le devolvió á su madre.

Tal prodigio, confirmado por testimonios numerosos y

(1) *Jerem.*, XXII, 18.
(2) La palabra εσπλαγχνίσθη expresa su profunda compasión.

desinteresados, era innegable. Sabían todos que el joven había muerto realmente, puesto que se procedía á su sepultura, y todos le volvían á ver vivo, puesto que hablaba y caminaba. El milagro, es decir, la intervención de un poder sobrehumano, se imponía, pues, como el trazo de unión necesaria entre estos dos hechos evidentes: una muerte y una vida. Aun los discípulos reconocieron que no habían visto todavía nada tan sorprendente.

Esta resurrección, en efecto, sobrepujada más tarde por la de Lázaro, debió parecerles más asombrosa que la de la hija de Jairo. El muerto que se lleva á enterrar está más lejos de la vida que el que acaba apenas de fallecer; y, por otra parte, está, á su vez, más cercano á ella que el que se descompone hace cuatro días. Pero, después de todo, el acto que resucita á los tres es esencialmente el mismo. Sólo pertenece á Dios y á los que obran en nombre de su omnipotencia llamar á la vida á los que salieron de ella.

Por esto, todos, en un arranque unánime, discípulos, naimitas y pueblo, que seguían á Jesús, dominados por un santo temor y un irresistible entusiasmo, aclamaron al Taumaturgo: «Un gran profeta se ha levantado entre nosotros; y Dios ha visitado á su pueblo.» «Y la fama de este milagro—añade el Evangelista—corrió por toda Judea [1] y por toda la comarca alrededor», es decir, por Perea, en donde permanecía encarcelado Juan Bautista.

(1) De ningún modo es necesario buscar, según esta indicación, á Naím, á la otra parte del Jordán y en la región meridional de Perea. Sin duda que Josefo, *B. J.*, IV, 9, 4, 5, coloca allí una ciudad de este nombre; pero es también evidente que el milagro contado por San Lucas se produce en Galilea; y si el Evangelista observa que se esparció la fama, ἐξῆλθεν, desde este país hasta Judea y por los países comarcanos, es como transición de lo que va á contar del Bautista.

CAPÍTULO XI

Los enviados de Juan Bautista

Santa impaciencia del Precursor.—Sentido de su pregunta á Jesús.—Respuesta indirecta, pero categórica del Salvador.—Las obras revelan al Mesías.—Panegírico de Juan: su firmeza, su austeridad, su excepcional dignidad.—El Reino de Dios abierto.—Penetran en él los hombres violentos.—Los muchachos caprichosos son postergados.—Los hijos de la sabiduría. (*Luc.*, VII, 18-35; *Mat.*, XI, 2-19.)

La fama de los prodigios obrados por Jesús, iba, en efecto, hasta en las mazmorras de Maquero, á hacer estremecer de alegría á Juan, el Precursor, cuya ardiente alma clamaba con todos sus anhelos por la inauguración triunfante del reino mesiánico [1]. Compréndense, y aun se alaban, en los grandes siervos de Dios, estas santas impaciencias, que, inspiradas por miras sobrenaturales, nada tienen de común con un reprensible egoísmo. Juan, efectivamente, no esperaba de Jesús ni su libertad, ni el castigo de sus perseguidores, sino sencillamente la gloria de Dios. Ahora bien, todo cuanto sabía de las obras del joven Profeta y del entusiasmo popular que suscitaba, le inducía á creer que había sonado la hora decisiva.

---

(1) Equivocadamente se ha querido ver, en esta especie de requirimiento dirigido á Jesús, la expresión de una duda que á última hora había torturado el alma del Bautista. Seguramente puede comprenderse que ciertos hombres, en la soledad de una mazmorra, agriados por el sufrimiento y fatigados de la lucha, sientan desfallecer su valor y quebrantarse sus convicciones. Pero aquí, en el Precursor, no es admisible semejante estado moral. No puede olvidar ni lo que ha *visto*, ni lo que ha *oído*. Los hombres, á quienes se cita como ejemplo de desfallecimientos análogos, dudaron, no de lo que habían visto, sino de lo que habían pensado. Por otra parte, el mismo texto explica claramente la situación. Tan ilógico sería leer en él que Juan fué inducido á dudar *porque* tenía conocimiento de los milagros de Jesús, como es natural entenderlo en el sentido de que el Precursor estaba impaciente por ver los frutos que dichos milagros producían.

Sus discípulos compartían sus impresiones, no, sin embargo, sin cierto fondo de desconfianza y de duda, de las que no participaba Juan en su fe enérgica. Ellos habían debido, al aproximarse á los fariseos, sacrificar gran parte de las esperanzas que, obligados por los testimonios de su maestro, habían fundado primitivamente en Jesús. El joven Nazareno, á pesar de todos sus milagros, les parecía llenar cada vez menos el programa impuesto, desde mucho tiempo atrás, por los prejuicios nacionales. Semejantes vacilaciones entristecían el corazón del Bautista, y redoblaban su impaciencia por ver al «Cordero de Dios,» proclamado Mesías, hacía algunos meses ya, por la voz del Padre, realizar por fin su divino mandato. Pareciéndole llegado el momento de las resoluciones supremas, se determinó, tanto para afirmar la fe de sus propios discípulos, como para determinar la explosión triunfante de la Buena Nueva, á despachar á Jesús dos mensajeros con este recado: «¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro?» En realidad, estaban felicísimamente elegidas las circunstancias para quitar á esta pregunta toda apariencia de duda: surgía *con motivo* de los grandes milagros de Jesús. Si su forma es atrevida y santamente familiar, es porque el carácter del Bautista no podía apenas dictarla de otra manera. El que despacha la embajada está cierto de la misión de Jesús, segurísimo de su papel con respecto al Mesías, y convencido de la necesidad de obrar sin demora. En vísperas de ser condenado á muerte, pretende continuar hasta el fin su función de Precursor, apresurando la venida del reino de Dios. He aquí por qué da á su pregunta el giro que parece ha de obligar á Jesús á que se pronuncie, y haga cesar la incertidumbre de muchos.

En el momento de llegar la diputación, estaba curando el Salvador á una turba de enfermos. Así que hubo escuchado con visible benevolencia la pregunta que acababa de transmitírsele, señala con un gesto, más elocuente que cualquier discurso, los enfermos curados por su sola palabra ó su contacto. Luego, con gran dulzura, añade:

«Id y contad á Juan lo que habéis oído y visto: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan y á los pobres les es anunciado el Evangelio.» Esta contestación, aun no siendo sino indirecta, era plenamente categórica, porque contenía la afirmación del carácter mesiánico de Jesús y la prueba de esta afirmación. Si Jesús realiza el conjunto de las obras que los Profetas atribuyen al Mesías, es que Él es el Mesías. Había dicho Isaías: (1) «En aquel tiempo los ojos de los ciegos serán iluminados, y abiertas las orejas de los sordos,» y Jesús realiza estos prodigios. «Saltarán los cojos como un ciervo, y será desatada la lengua de los mudos,» y por Jesús es también ejecutado todo esto. Ezequiel (2) había anunciado que «el Mesías purificaría á su pueblo, y resucitaría á los muertos,» y esto hace Jesús. En fin, como rasgo característico, el Mesías «era enviado para evangelizar á los pobres,» (3) y Jesús emplea su vida en esta labor. Inútil es, pues, pedir otras aclaraciones; á cada uno toca ver y concluir que ha llegado el reino de Dios, con su cortejo de prodigios bienhechores, y no es necesario, por el momento, esperar otra realización espiritual. Más tarde se producirá bajo su forma definitiva y triunfante, mediante el juicio solemne. Sería un error de perspectiva confundir la regeneración espiritual del mundo con la consagración eterna de los elegidos en la gloria.

Luego, acentuando particularmente sus palabras, añadió: «Bienaventurado el que no fuere escandalizado en mí.» Con esto no se dirige á Juan, cuyo elogio va á hacer al instante con visible complacencia; es una alusión al estado de incertidumbre y desconfianza en que se encuentran los que van á preguntarle. Que tengan cuidado de no chocar con la piedra de que habla el Profeta, (4) y que es

---

(1) *Is.*, XXXV, 5.
(2) *Ezeq.*, XXXVI y XXXVII.
(3) *Is.*, LXI, 1.
(4) *Id.*, VIII, 14.

el Mesías, porque caerán y perecerán miserablemente. En cuanto al Bautista, aguarda Jesús á que hayan partido sus emisarios, para decir lo que piensa de él; no quiere parecer adulador.

Nada hay más glorioso para el Precursor que este elogio, ó mejor, esta oración fúnebre, pues no está lejana su muerte. «¿Qué salisteis á ver en el desierto?—exclama Jesús.—¿Una caña movida del viento? ¿Un hombre vestido de ropas delicadas? Por cierto, los que visten ropas delicadas en casas de reyes están. ¿Qué salisteis, pues, á ver? ¿Un profeta? Ciertamente os digo, y aun más que profeta. Porque éste es de quien está escrito: (1) He aquí que yo envio mi ángel ante tu faz, que aparejará tu camino delante de ti.» Así hace Jesús justicia á la firmeza de carácter, á la austeridad de vida y á la dignidad de orden divino del Precursor. La caña agitada por el viento es la imagen del alma inconstante y ligera, que se dobla á todo viento, y modifica, según las circunstancias, sus más firmes convicciones. (2) No era esto lo que iban á ver las muchedumbres en el desierto. De pie, en medio de las cañas del Jordán, Juan Bautista fué la encina que no pudieron doblegar las tempestades. El vigor de su alma, la energía de sus convicciones, la vehemencia de su palabra, le conquistaron la admiración de todos. Llegó hasta á hacer frente al mismo Herodes. Una caña hubiera doblegado la cabeza, Juan prefirió entregarla al verdugo. Todo esto corresponde, en parte, á la vida severa que llevó desde su más tierna juventud. Despreció la muerte, porque nunca amó la vida. En su mazmorra es tan temible como en los días de su libertad; porque, habituado á los sufrimientos voluntarios, nada teme sino olvidar el cumplimiento de su deber. He aquí por qué no manda solamente á Herodes

(1) El texto es de *Malaquías* III, 1. La cita no es exacta, ni según el hebreo ni según los Setenta, y, sin embargo, se encuentra reproducida en términos idénticos por *Luc* ., VII, 27; *Mat.*, XI., 10, y *Marc.*, I, 2. Este último la coloca en otro contexto, atribuyéndola á Isaías, probablemente porque la continúa con un pasaje de este profeta.

(2) *Efes.*, IV, 14; *Hebr.*, XIII; 9.

que acabe con la vida escandalosa, sino que á Jesús mismo quiere persuadir que se afirme oficialmente y sin más tardanza como Mesías. Hace frente á todas las necesidades. Si el heraldo predecesor del Hijo de Dios debía ser rígido como el derecho, y animoso como la verdad, Juan fué digno de una misión que Jesús coloca con razón sobre la de los mismos Profetas. En efecto, el que es predicho, es más que los que estuvieron encargados de predecirle. Los Profetas profetizaban, Él fué profetizado. He aquí su gloria.

«En verdad os digo—prosigue Jesús—que entre los nacidos de mujeres nadie se levantó mayor que Juan el Bautista.» Y luego, deteniéndose como sobrecogido por una reflexión que quiere comunicar á sus oyentos, añade: «Y, sin embargo, el menor en el reino de los cielos es mayor que él.» El Salvador no aprecia aquí la virtud, sino la dignidad. Desde este punto de vista, si Juan sobrepuja á los hombres de la Antigua Alianza, es sobrepujado por los de la Nueva. El primero en el Antiguo Testamento es el último en el Nuevo: tan profundo es el abismo que separa ambos órdenes de cosas. Con menos claridad que el más humilde miembro de la sociedad cristiana, entenderá Juan los misterios de la vida sobrenatural, y mientras que, con relación á Jesús, aquél será un hermano, éste no habrá sido sino un siervo. El uno vivirá bajo la ley de gracia, de la cual será penetrado, como á pesar suyo; el otro sólo habrá vivido bajo la ley de justicia, y no encontrará misericordia sino en nombre del Salvador cuya venida anuncia; porque, no hay que olvidar que, muriendo bajo la cuchilla de Herodes, el Precursor no entrará inmediatamente en el cielo. Será preciso que, para él, como para todos los santos de la Antigua Ley, abra Jesús la puerta del reino de gloria; de otro modo, permanecerían todos en el destierro. Esta situación excepcional que ocupa el Bautista entre los dos Testamentos, constituye su inferioridad con respecto á lo por venir, y su superioridad con respecto á lo pasado. No tuvo el gozo de entrar en la tierra prome-

tida, pero sí el honor de haber guiado á ella á su pueblo.

«Y desde los días de Juan el Bautista hasta ahora—prosigue Jesús—el reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan. Porque todos los Profetas y la ley hasta Juan profetizan; y si queréis creerme, él es aquel Elías que ha de venir.» Con esto daba á entender que estaba cerrada la era mesiánica; que no había que preocuparse de lo pasado, sino para saludar su realización en lo presente, y que no restaba más á los verdaderos israelitas que entrar francamente en el reino de Dios. «El que tiene oídos para oir, oiga»—exclama Jesús como para señalar la importancia decisiva de sus últimas palabras.

«Y todo el pueblo—añade el Evangelista—y los publicanos que le oyeron dieron gloria á Dios, los que habían sido bautizados con el bautismo de Juan. Mas los fariseos y los doctores de la ley despreciaron el consejo de Dios, en daño de sí mismos, los que no habían sido bautizados por él.» Así, las clases inferiores respondieron apresuradamente al signo que Dios les hacía, y los jefes de la nación, cegados por su orgullo, se mantuvieron fuera del movimiento religioso que se verificaba en Israel. ¡Singular fenómeno! Incesantemente han encontrado pretexto para estar descontentos: los enviados del cielo no les agradaban; sus doctrinas eran demasiado severas ó demasiado fáciles. «¿Á quién diré que se asemejan los hombres de esta generación, y á quién se parecen? Semejantes son á los muchachos que están sentados en la plaza hablando entre sí y diciendo: Hemos cantado con flautas y no bailasteis. Os hemos endechado y no llorasteis. Porque vino Juan el Bautista, que ni comía pan ni bebía vino, y dijisteis: Demonio tiene. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, como todos, y decís: He aquí que es un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de peajeros y pecadores.» Tal es toda su respuesta á los enviados del cielo.

El pensamiento de Dios era invitar á su pueblo á un doble movimiento: de penitencia con Juan Bautista, y de santo gozo con Jesucristo. Los dos enviados del Padre invi-

taron sucesivamente á los judíos á que los siguiesen; y éstos quedaron insensibles á todas las solicitaciones. Juan era demasiado severo, y Jesús demasiado indulgente. Como aquellos muchachos caprichosos que había visto jugar tantas veces y con los cuales Él mismo había jugado [1] en la plaza de Nazaret, declara el Salvador que los hijos de Israel pierden el tiempo contradiciéndose, y sólo consiguen mostrarse descontentos de todo. Sin embargo, los hombres enérgicos, los *violentos*, marchan vigorosamente al llamamiento que han oído, y toman por asalto el reino de Dios. «Mas la sabiduría—concluye el Salvador—ha sido justificada por todos sus hijos.» Hay, en efecto, almas que ni juzgaron á Juan demasiado severo, ni á Jesús demasiado indulgente; les pareció que la austeridad y la misericordia debían encontrar cada una su lugar en la obra de la justificación, y han accedido sucesivamente á llorar y á alegrarse. Así es como han entrado en el reino de Dios. Demostrando con sus virtudes la sabiduría del plan divino, han sido merecedoras de cooperar á su realización en las sublimes funciones del apostolado.

(1) V. nuestro librito: *Les Enfants de Nazareth*, Vromant, Bruselas, 1900.

CAPÍTULO XII

Elección de los doce Apóstoles

Necesidad de hacer visible la Iglesia.—Jesús prepara por la oración la elección de los doce Apóstoles.—Proclamación oficial.—Sus nombres.—Los Apóstoles en particular y en general.—Su presente y su porvenir.—Primer resultado definitivo obtenido por Jesús.—La Iglesia es constituída, (*Luc.*, VI, 12-19; *Marc.*, III, 13-19; *Mat.*, X, 2-4; *Actas*, I, 13).

Hasta ahora, Jesús no ha hecho más que despertar las almas, conmoverlas y asombrarlas. En medio de esta agitación religiosa, nada ha sido organizado, y la Iglesia queda todavía como un vapor flotante, que dilata el sol de verdad, pero que, por no haber tomado cuerpo, se halla un poco en todas partes, sin tener consistencia en parte alguna. Es preciso, sin embargo, que el Rey Mesías tenga súbditos inscritos, reconocidos, definitivos. Las muchedumbres que vemos aparecer, desaparecer y volver á aparecer todavía, sólo son una esperanza; el nuevo reino debe ser una visible realidad.

Esto es, sin duda, lo que preguntaba Juan por medio de su embajada, en el momento mismo en que Jesús se disponía á ejecutarlo.

Todo demuestra en el relato de los Evangelistas, no obstante su laconismo, que el Maestro dió una importancia capital á la elección de los doce Apóstoles. Retirado sólo á un monte, pasó la noche en oración, ó, por mejor decir, en coloquio íntimo con su Padre. Los sentimientos de piedad y ternura que experimentaba hacia aquel Padre amadísimo le obligaban á depositar á sus pies, como un filial homenaje, la obra riquísima de esperanza que perseguía. Con Él deliberó sobre los mejores medios de asegurar, de localizar, de hacer palpable aquel comienzo de vida que se acen-

tuaba. La elección de discípulos titulares [1], unidos á su persona, y aun destinados á representarle, parecía una medida tan sabia como natural. En cuanto á lo presente, en efecto, debían ser, por su persistente fe, su vida á parte, y aun sus prerrogativas, la personificación visible de la nueva sociedad religiosa. En cuanto á lo futuro, estaban destinados á dar á la verdad el más explícito y autorizado testimonio. Á ellos tocaba, sobre todo, repetir fielmente en la Iglesia la obra y las palabras de su Fundador, y, por sus virtudes y enseñanzas, hacer revivir á sus ojos la gran figura del que había abandonado la tierra. La institución del Apostolado es un acontecimiento decisivo en la historia evangélica. Por él, demuestra Jesús la existencia del reino que ha venido á fundar y asegura su vitalidad futura.

Repasó, pues, durante aquella noche de recogimiento y de oración, bajo los ojos de su Padre, el nombre de los discípulos más fieles, más generosos y más seguros, y á la aurora, así que hubo juntado á la muchedumbre, proclamó *Apóstoles* [2] á los afortunados sobre quienes había recaído la elección celestial.

Fueron doce. Este número correspondía á las doce tribus de Israel, á las cuales se había Jesús dirigido, como á ovejas sin pastor. Cada una de ellas parecía ofrecer así sus primicias, aportar su contingente á la nueva Iglesia, y tener en adelante su predicador delegado. Entrados los primeros en el reino mesiánico, los Apóstoles debían ser elevados en él á la dignidad de jefes y de príncipes. Doce tronos los aguardaban en el cielo, para juzgar desde ellos, no solamente á Israel, sino al pueblo de la Nueva Alianza, es decir, á la humanidad hecha cristiana [3].

Sabido es la importancia que daban los antiguos al sim-

---

(1) *Mat.*, X, 14, indica el papel que debían desempeñar los doce elegidos.
(2) *Luc.*, VI, 13, precisa que la denominación de Apóstoles fué dada en este momento: ἀποστόλους ὠνόμασεν.
(3) *Mat.*, XIX, 28.

bolismo de los números, por lo que se ha estudiado atentamente la significación del mismo. *Doce* es el resultado del número de la Divinidad, *tres*, multiplicado por el número de la creación, *cuatro;* como si los Doce, personificando á la vez la cabeza y los miembros en la Iglesia, el principio que da la vida en ella y el sujeto que en ella la recibe, fuesen la representación numérica de la alianza entre el cielo y la tierra, el resultado de la unión de Dios con las criaturas. Sea lo que fuere de estas místicas significaciones, el número doce, fijado por el Señor, se consideró sagrado por los discípulos. El círculo apostólico ni se agrandó nunca ni disminuyó jamás.

Estudiando de cerca esta nomenclatura de los Apóstoles, conservada exactamente por los sinópticos y el libro de los *Hechos*, encontramos doce nombres idénticos, salvo uno, el de Judas, hermano de Santiago, que es llamado Lebeo por San Mateo, y Tadeo por San Marcos. Dichos nombres forman tres grupos, cada uno de los cuales tiene regularmente el mismo jefe y los mismos miembros. Solamente el orden de éstos se halla á veces invertido, pero de manera que no pasa nunca un nombre de un grupo á otro. Esta clasificación parece, por otra parte, responder á los diversos grados de intimidad que, en las relaciones cuotidianas de la vida, unían á cada Apóstol con Jesucristo.

Así, Pedro abre el primer grupo, formado por los discípulos privilegiados, Andrés, Santiago y Juan.

Felipe es el jefe del segundo, que se compone de Bartolomé, Mateo y Tomás. Estos representan también un papel bastante importante en la historia evangélica.

Finalmente, Santiago, hijo de Alfeo, es el jefe del tercer grupo, que incluye á hombres menos conocidos: Simón el Celador, Judas Lebeo y el traidor Judas, invariablemente escrito el último, como nota deshonrosa en tan hermosa lista [1].

Siete de estos personajes nos son ya conocidos. Jesús los

(1) Véase la página siguiente.

Lista de los Apóstoles según:

	S. Mateo (X, 2-4)	S. Marcos (III, 16-19)	S. Lucas (VI, 14-16)	Hechos (1-13)
1	Simón Pedro			
2	Andrés	Santiago	Andrés	Santiago
3	Santiago	Juan	Santiago	Juan
4	Juan	Andrés	Juan	Andrés
5	Felipe			
6	Bartolomé	Bartolomé	Bartolomé	Tomás
7	Tomás	Mateo	Mateo	Bartolomé
8	Mateo	Tomás	Tomás	Mateo
9	Santiago, hijo de Alfeo			
10	Lebeo	Tadeo	Simón el Celador	Simón el Celador
11	Simón	Simón	Judas, hermano de Santiago	Judas, hermano de Santiago
12	Judas Iscariote	Judas Iscariote		. . . . .

había unido á sí desde mucho tiempo hacía, mediante lazos, á decir verdad, menos estrechos y definitivos que aquellos con que hoy los honra.

Si Pedro se halla á la cabeza de todos, no es efecto del acaso, pues tal acaso hubiera sido sobradamente obstinado en la clasificación; ni porque fuera llamado antes que los otros. Andrés, á lo menos, y Juan habían nacido antes que él á la fe. Es preciso, pues, buscar la razón en la prerrogativa de una primacía bien probada sobre sus colegas. Más tarde veremos su origen y sus consecuencias. Mientras tanto, tomemos en su sentido absoluto el título de *primero* con que se encuentra honrado por San Mateo.

No existe en todo el Colegio Apostólico otra figura

más fuertemente acentuada que la del hijo de Jonás. Tipo de montañés galileo, animoso hasta la temeridad, abnegado hasta el sacrificio, hombre de iniciativas, de intuiciones y de recursos, Pedro es una rica y bella naturaleza. Tiene indudablemente los defectos de sus cualidades. Á veces irreflexivo, porque con frecuencia ha dado con gran viveza en el nudo de la dificultad; presuntuoso, porque es enérgico; voluble, porque es impresionable, se le estima aun en sus equivocaciones, porque se comprende que en medio de sus faltas es capaz de amar, de creer, de esperar hasta el heroísmo, y de lamentar hasta la amargura del arrepentimiento.

Junto á él, su hermano Andrés permanece en visible inferioridad, por más que conserva el honor de haber sido el primero en descubrir y saludar al Mesías de Israel. El Evangelio nos le muestra lleno de celo para anunciar la Buena Nueva. Si su papel fué modesto, juzgamos, sin embargo, según la historia de su martirio, que su fe no fué menos viva, ni menos ardiente su amor [1].

Santiago y Juan se mostrarán en mayor luz. Compartirán con Pedro la honra de acompañar á Jesús en las circunstancias más solemnes de su vida pública. Como el jefe de los Apóstoles, recibieron un sobrenombre; pero los *Hijos del trueno* [2], aun mostrando algunas veces la impetuosidad de un celo violento, no dejaron de ser almas sobre todo meditativas. Se acomodaban á la contemplación mejor que á la acción. Las palabras del Maestro heríanlos con mayor viveza que sus actos. Juan, conservándonos los sublimes discursos del cuarto Evangelio, nos demuestra hasta qué punto su alma reflexiva había llegado á asimilarse el pensamiento del Salvador, en lo que tenía de más trascendental. Habían recibido de su madre una naturaleza tierna y afectuosa. Jesús amó particularmente á Juan, que era el más joven, y de quien hemos hablado en otra

(1) V. *Acta et martyrium S. Andreae Apost.* Migne, *Patrol. Graec.*, t. II, col. 1218-1248.

(2) *Marc.*, III, 17, es quien nos ha hecho conocer este sobrenombre.

parte. Estos dos hermanos tuvieron un destino bien diferente: el uno murió el primero de los Apóstoles, el otro el último. Santiago mostró á sus colegas el glorioso camino del martirio; Juan consolidó con sus escritos, sus consejos y sus ejemplos lo que habían edificado sus colegas; consagró con sus bendiciones la Iglesia definitivamente establecida y organizada, y cerró el siglo apostólico.

Hemos visto á Felipe llamado muy temprano á seguir á Jesús. Pronto en creer, se constituyó aüxiliar de la gracia para conducir á la luz á su amigo Natanael. Espíritu positivo y menos entusiasta que los demás, le encontramos, ora calculando cuánto dinero sería menester para dar pan á cinco mil hombres, ora dirigiendo al Maestro, con quien, por otra parte, parece haber vivido en relaciones de íntima familiaridad [1], esta cándida pregunta: «Señor, muéstranos al Padre, y tendremos bastante.» Como los cuatro precedentes, era de Betsaida: la pequeña población había dado un contingente notable al Colegio Apostólico.

Bartolomé, hijo de Tolmai ó Tolomeo, se une á Felipe tanto más naturalmente, cuanto, según la opinión común, no fué otro que Natanael, su amigo [2]. Bartolomé, no es, en efecto, más que un nombre patronímico que supone otro. Conocemos ya el carácter recto, reflexivo, tal vez

---

(1) *Juan.*, VI, 5.

(2) Sería muy extraño que Natanael, habiendo sido llamado á seguir á Jesús con sus compañeros, todos los cuales fueron Apóstoles, fuese excluído del Apostolado. Por eso le encontramos (*Juan*, XXI, 1-2) nombrado entre *los Apóstoles*, y distinguido *de los discípulos*. Ahora bien, si fué apóstol, ¿cómo admitir que no esté en las cuatro listas que acabamos de transcribir? Si se encuentra, ¿cuál es su lugar natural? Después de Felipe, sin duda, que le condujo á Jesús; ahora bien, el compañero ordinario de Felipe es llamado Bartolomé. Pero San Juan no habla nunca de Bartolomé en su Evangelio, y los sinópticos, al contrario, nunca nombran á Natanael. Esto puede explicarse sobre todo si Natanael y Bartolomé son la misma persona. Esta identidad es tanto más admisible cuanto, de estos dos nombres, sólo el primero es un nombre propio, mientras que el segundo es sólo patronímico. San Juan emplea siempre aquél; los sinópticos prefieren éste, para evitar quizás en su catálogo la aproximación de dos nombres que tienen una misma significación etimológica: Natanael y Mateo, que uno y otro podrían traducirse por Teodoro, ó *don de Dios*.

algo rudo, pero profundamente religioso, de este sincero israelita, á quien Jesús rindió el más honroso testimonio. Era de Caná.

Mateo, á quien hemos identificado con Leví, recuerda él mismo, en su lista de los Apóstoles, su antigua profesión de peajero. Con mucha modestia se coloca después de Tomás, su compañero, mientras que los catálogos de San Lucas y San Marcos le inscriben delante. Tuvo, quizás, como perceptor de impuestos, alguna cultura intelectual, y es muy natural que fuese el primero en emprender la tarea de escribir los discursos y las obras del Salvador. A juzgar por la historia de su vocación, fué un carácter resuelto, enérgico y generoso.

Su compañero Tomás, ó el Mellizo, si queremos traducir en nuestra lengua esta palabra aramea, nos es conocido por tres incidentes referidos tan sólo por el cuarto Evangelio, los cuales ponen de relieve la fisonomía moral de este apóstol. Particularmente serio y casi razonador, Tomás era lento en creer. Consideraba las dificultades de una situación, examinándola sobre todo por sus lados malos, y fácilmente se dejaba conducir al desaliento. Pero, una vez convencido y arrastrado, era el hombre de la fe animosa, explícita y entusiasta. Su afecto por el Maestro era capaz del heroísmo.

El jefe del tercer grupo es Santiago, hijo de Alfeo, ó de Cleofás; no es otro que Santiago el Menor, llamado así, ora porque fuese más pequeño de talla [1], ora porque fuese más joven que Santiago, el hijo de Zebedeo. Era primo de Jesús, por parte de padre ó de madre [2]. Su sabiduría, su piedad y sus luces, le dieron gran influencia sobre el partido judío-cristiano de Jerusalén. Su papel en

(1) El calificativo griego *ὁ μικρός* significa más comúnmente pequeño de estatura. (Jenofonte, *Mem.*, I, 4-2; Homero, *Il.*, v, 801.) Sin embargo, algunas veces significa más joven. (V. *Jueces*, VI, 15.)

(2) Hemos dicho en otra parte que María Cleofás, designada *(Juan*, XIX, 25. como hermana de la Santísima Virgen, pudo ser sólo cuñada, ora porque hubiese estado casada, como pretende Hegesipo, con un hermano de José, Cleofás, ora porque fuese hermana de José.

el primer concilio de la Iglesia, fué importante. A pesar de los prejuicios ritualistas que dominaban en su medio, apoyó las tolerantes ideas de Pablo. Fué obispo de Jerusalén durante treinta y siete años.

Su hermano Judas tenía una naturaleza menos pacífica, á juzgar por la pregunta que hizo al Señor, y el estilo de la epístola que conservamos de él. Para distinguirlo del Iscariote [1] y también para hacer justicia al ardor de su temperamento, se le había dado el sobrenombre de Lebeo ó Tadeo, *el animoso, el hombre de corazón* [2].

Simón el Celador, era su digno émulo; porque si hemos de creer á su sobrenombre [3], había pertenecido al partido de los Kenaím, que predicaba y practicaba la revolución contra el yugo extranjero, y se levantaba como Fineas, con hechos, más aún que con discursos, contra las abominaciones de la impiedad. De esta suerte, en un mismo grupo de discípulos íntimos, había sabido reunir Jesús los elementos más opuestos: un miembro de la secta de los celadores y un publicano; Simón, el defensor violento de la independencia nacional, y Mateo, el renegado, que había servido de representante titulado á la tiranía extranjera.

(1) *Juan*, XIV, 22, observa que no hay que confundir estos dos personajes.

(2) Tadeo y Lebeo tienen una significación análoga, derivándose el uno de *Leb*, corazón, y el otro de *Shaddai*, poderoso, ó de *Thad*, pecho. El nombre de Toda ha sido dado por el Talmud á uno de los discípulos de Jesús. Las Actas apócrifas de Lebeo en Tischendorf, pág. 261, dicen que el sobrenombre de Tadeo le fué impuesto al ser bautizado por el Precursor. De hecho, era designado más comúnmente por su sobrenombre que por su nombre, para no despertar el recuerdo del traidor. Una ingeniosa conjetura de Mill (*Proleg.*, § 386), deja á Judas solamente el sobrenombre de Tadeo. Tomando el texto de San Mateo tal como lo traen varios manuscritos: καὶ Λεββαῖος ὁ ἐπικληθεὶς Θαδδαῖος, piensa que las cuatro primeras palabras, inscritas al margen, se refieren al nombre precedente Ματθαῖος y que se aplicaron equivocadamente al nombre siguiente: Θαδδαῖος. De tal suerte que el texto primitivo traería: «Lebeo ó Leví, de sobrenombre Mateo el peagero.» Así se libraría á Judas de un doble sobrenombre, y quedaría establecida perentoriamente la identidad de Leví y de Mateo. (*)

(3) San Mateo y San Marcos le apellidan ὁ Καναναῖος. No es probable que sea preciso traducir este nombre, sea por *Cananeo*, sea por *ciudadano de Caná*. Con mayor razón, se ve una forma particular del adjetivo *Kanna* (y *Kananit* en el Talmud), que significa *celador*. San Lucas no habría hecho más que traducir en griego la palabra hebrea.

(*) La doble etimología de Tadeo es muy dudosa.—(N. del T.)

Gracias á la influencia del Maestro, todos, despojándose del hombre viejo, habían acabado por unirse en la más fraternal cordialidad.

Una sombra hay en el cuadro que acabamos de estudiar, y es el nombre que lo termina. Se ve que los Evangelistas sólo con repugnancia evocan el recuerdo del miserable que encontró en su alma maldad suficiente para traicionar al mejor de los maestros.

Judas Iscariote, el *hombre originario de Keriot* [1], ó también, el hombre *de cinturón de cuero*—tal vez en este cinturón llevaba la bolsa común,—tenía una naturaleza profundamente egoísta. No es raro que el egoísmo haga de los hombres más fríos hombres muy entusiastas de aquellos de quienes esperan algún favor. Probablemente en la época en que la entusiasta acogida hecha á Jesús por los galileos parecía prometer la inauguración inmediata del reino mesiánico, fué cuando empezó á seguir al Maestro, mostróse celoso y se encontró como naturalmente designado para ser uno de los Doce. Por lo demás, no es imposible que, en un principio, hubiese habido sinceridad en el afecto que demostraba á Jesús. Su mismo egoísmo podía encontrar un alimento en los testimonios que daba de su fe y de su ab-

(1) Ordinariamente se descompone la palabra Iscariote en *Isch*, que significa *hombre*, y *Keriot*, nombre de una localidad que unos, según *Jos.*, XV, 25, buscan en las ruinas de Kereitein, á 16 kilómetros al sur de Hebrón, y otros, según Josefo, *B. J.*, I, 6, 5; IV, 6, 1; *Antiq.*, XIV, 3, 4, en Kuryût, á 3 kilómetros al norte de Silo. De este modo Judas habría sido el único apóstol tomado de fuera de Galilea. Ewald quiere que sea de Karta, en Zabulón *(Jos.*, XXI, 34). Por otra parte, se ha observado que los sobrenombres del Nuevo Testamento casi nunca indican el lugar de origen de los que los llevan. Ordinariamente responden, sobre todo tratándose de los Apóstoles, á algo que revela su estado físico ó moral. En este caso, si Judas hubiese sido llamado Iscariote antes de su crimen, podría buscarse en *ascorith* la etimología de su sobrenombre, que tal vez significaría el *hombre del cinturón* ó *tablero de cuero*. Si hubiese sido llamado así después de él, se le designaría como el *hombre de la estrangulación (isch ascara)* ó *de las mentiras (isch scheker)*. Pero la última hipótesis es inadmisible, por que su padre Simón llevaba ya este sobrenombre *(Juan*, VI, 71, y XIII, 2 y 26). El cinturón ó tablero de cuero era, según los rabinos, prenda de vestir de los curtidores. Lightfoot, *Hor. Hebr. in Mat.*, X, 4, dice: «Quaerit Gemara: *Quid est ascoith? Respondit Bar bar Channah: Indumentum coriarii.* Glossa: *Cinctorium indutum a coriariis supra vestes suas.*»

negación. Los hombres personales creen fácilmente vivir sólo para los demás, hasta el momento en que exigen de los demás el deber de vivir para ellos. Judas no tenía la menor grandeza de alma. Hijo de un zurrador, según algunos, y, en todo caso, de baja extracción, era de aquellos hombres á quienes todos los medios parecen buenos, mientras sirvan para elevarse. Por su carácter frío, positivo y práctico, había sido escogido para tesorero del Colegio Apostólico. Pues bien, al mismo tiempo que esperaba una dignidad futura en el reino del cielo, se concedía consuelos presentes, apoderándose de la bolsa común. Tales infidelidades ahogaron prontamente todos los gérmenes de fe en su alma, y, llegada la hora, por incredulidad, por resentimiento, por interés, fué capaz del más espantoso de los crímenes. La indignación de los Apóstoles, de que han participado los corazones honrados de todos los siglos, ha unido á su nombre la calificación de traidor, como mancha tan merecida como indeleble.

La malicia que calcula fríamente, la hipocresía que oculta sus designios, la energía que lleva el mal hasta el fin, todo se daba cita en aquella pervertida naturaleza, y nuestra fe se pregunta cómo Jesús, que no ignoraba lo que se encerraba en el fondo del hombre, pudo hacer de él un Apóstol. Para comprender esta elección, es preciso acordarse de que, aun previendo, á través del juego natural de la libertad humana, nuestro fin último, Dios obra á veces lo mismo que si nada previese; su presciencia, en efecto, no puede ligar nuestro libre albedrío. Ahora bien, del mismo modo que el Creador otorga la vida, la inteligencia y los demás medios de dominación á los hombres que han de abusar de ellos, para desgracia de sus semejantes, así juzgó Jesús humanamente el valor de Judas en la hora en que fué elegido, y prescindió de lo que, como Dios, sabía de su porvenir. Por lo demás, el miserable, llegado por sus manejos al Apostolado, sólo consiguió servir los designios del cielo entregando á su Maestro. Así que le hubo traicionado, se sintió vehementemente incitado á

prestarle homenaje, y la indignada protesta que, en medio mismo de su desesperación, le arrancó su conciencia, fué la compensación ordenada por la Providencia á la cobarde negación de Simón-Pedro. La mentira del jefe de los Apóstoles, jurando que no conocía á Jesús, vióse sofocada por el brillante testimonio de Judas, el traidor, cuando exclamaba: «¡He pecado entregando al justo!»

Tales eran, pues, aquellos doce hombres que formarán en adelante una corporación regularmente organizada para recibir y transmitir la divina doctrina. Dondequiera que se encuentre el Maestro, allí va á estar en lo sucesivo el Colegio Apostólico, sentándose á su mesa, viviendo de las limosnas que Él recogía, y prestándole todos los servicios exigidos por las circunstancias. En las continuas relaciones de la intimidad, debían transformarse gradualmente aquellas rudas naturalezas. Mucho había que hacer. El más ilustrado de todos los Apóstoles era un peajero; los otros habían pasado su juventud ganándose la vida con el sudor de su frente en penosos y groseros trabajos. Cuatro, á lo menos, eran pescadores. Los restantes salieron de aquellas capas populares evangelizadas con tanta complacencia por el Señor. A excepción de Judas, todos tenían buen corazón; y en estos corazones de carne quería el nuevo Legislador grabar la nueva ley del mundo. Cuando esté terminada su obra, soplará el Espíritu Santo, y, dispersando á los cuatro vientos estas doce tablas vivientes, las paseará por todo el universo, revelando por ellas la Ley divina á la humanidad corrompida.

Hemos llegado, como se ve, á un punto culminante de la historia evangélica. De tantas fatigas, discursos, milagros, este es el primer resultado visible, oficial, definitivo. El reino de Dios no sólo está ya abierto ó por venir; se puebla ya, porque la Iglesia queda constituída con estos doce hombres. Sólo resta instruirlos. Esto es lo que va á hacer Jesús sin tardanza.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PÁGS.

Carta de S. S. el Papa León XIII al autor. V
Carta de S. S. el Papa Pío X al autor. VII
Dos palabras del traductor. XI
Prefacio de la sexta edición. 3
Prefacio de la primera edición. 13
Prefacio de la segunda edición. 20

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

DE LA MANIFESTACIÓN PERSONAL DE DIOS EN LA HUMANIDAD

Dios Creador debía á su gloria realzar la humanidad caída; ha encontrado en sí mismo el medio de hacerlo sin sacrificar su justicia; al Verbo pertenecía encarnarse y conducir nuevamente la creación á su principio.—La creencia en un restaurador venido del cielo ha sido universal.—La revolución súbita, inmensa, humanamente inexplicable, que ha transformado el mundo en nombre de Jesucristo, prueba que ha tenido lugar la manifestación divina. 31

CAPÍTULO II

LIBROS QUE TRATAN DE LOS PORMENORES DE ESTA MANIFESTACIÓN

Epístolas y discursos de los Apóstoles.—Los cuatro Evangelios.—Han sido escritos por la generación apostólica.—Resumen histórico de los tres sinópticos.—Causa de su semejanza.—San Juan y su obra.—Garantías humanas y divinas de veracidad en nuestros cuatro biógrafos. 47

CAPÍTULO III

DEL MEDIO DÓNDE SE EFECTÚA ESTA MANIFESTACIÓN

Palestina y el pueblo que en ella habitaba.—La Transjordana y sus distritos. —Samaria y su situación á parte.—Galilea y el carácter de los galileos.—Judea y la religión judía.—Jerusalén.—El templo.—Las sectas.—Estado político del país.—Los hijos de Herodes.—Los romanos.. 87
División de la obra. 123

PARTE PRIMERA

LOS COMIENZOS DE JESÚS

LIBRO PRIMERO

EL MESÍAS APARECE EN ISRAEL

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRECURSOR

PÁGS.

Un nuevo profeta en el desierto de Judea.—Historia milagrosa de su infancia.—El sacerdote Zacarías y su esposa Isabel.—Juan, Precursor del Rey mesiánico.—Cántico de Zacarías.—Educación del nuevo Elías.—Fondo de su carácter. (*Mat.*, III, 9; *Marc.*, I, 4; *Luc.*, III, 1 y I, 5-25, 57-80; *Juan*, I, 6-9). 129

CAPÍTULO II

PREDICACIÓN Y BAUTISMO DE JUAN

Juan predica la penitencia.—Confesión de los pecados.—Idea particular de su bautismo.—Vehemencia del predicador.—Clases de oyentes.—Profundo movimiento popular que Juan provoca al anunciar al Mesías. (*Mat.*, III, 1-12; *Marc.*, I, 1-8; *Luc.*, III, 3-18). . . 140

CAPÍTULO III

LA DIPUTACIÓN DEL SANEDRÍN

Preocupación de la autoridad religiosa.—Emisarios del Sanedrín y su interrogatorio.—Juan no es ni el Mesías, ni Elías vuelto en carne, ni el profeta legendario.—¿Por qué, pues, bautiza?—Se le dejará hacer (*Juan*, I, 19-38). 148

CAPÍTULO IV

EL MESÍAS SE MANIFIESTA Á JUAN BAUTISTA

Bautizando ha de reconocer Juan al Mesías.—Preséntase Jesús á reclamar el Bautismo.—Es preciso que se cumpla toda justicia.—Manifestación celestial.—¿Qué sentido habrá que darle?—Para Juan Bautista, Jesús es el Mesías. (*Mat.*, III, 13-17; *Marc.*, I, 9-11; *Luc.*, III, 21, 22). 153

LIBRO SEGUNDO

HISTORIA RETROSPECTIVA DEL MESÍAS

CAPÍTULO PRIMERO

LA GENEALOGÍA DE JESÚS

PÁGS.

Señalan los Evangelistas dos descendencias de Jesús, porque tiene dos naturalezas.—Como *Logos* ó *Verbo* encarnado, desciende de Dios Padre, de quien es igual.—Como hombre, desciende de David por José, su padre según la ley, y por María, su madre según la sangre.—Comparación de las genealogías de San Mateo y de San Lucas.—Sus caracteres respectivos. (*Juan*, I, 1-18; *Mat.*, I, 1-17; *Luc.*, III, 23-38). 161

CAPITULO II

CONCEPCIÓN DE JESÚS

Como Adán, el hombre nuevo no debe nacer, sino ser creado.—María, la esposa de José, es la elegida del cielo para cooperar á esta creación.—Mensaje del Angel.—Coloquio arrobador.—María se convierte en Madre del Hijo de Dios.—Apresúrase á comunicar á Isabel el secreto celestial.—El *Magnificat* revela toda su alma. (*Luc.*, I, 26-56). 177

CAPÍTULO III

MATRIMONIO DE MARÍA Y JOSÉ

Advierte José el embarazo de María.—Angustias respectivas de ambos.—Habla Dios á José el Justo.—Doble servicio que le pide.—José toma á María por mujer y la respeta como á hermana.—Los hermanos de Jesús.—Misterio de la virginidad cristiana. (*Mat.*, I, 18-25). 194

CAPÍTULO IV

NACIMIENTO DE JESÚS EN BELÉN

Doble designio de Dios al hacer ir á María desde Nazaret á Belén.—El empadronamiento en Palestina.—Su modo y su fecha.—No hay lugar en la ciudad para el Hijo de David.—El hospedaje.—Nacimiento en el establo.—Cántico de los ángeles.—Adoración de los pastores. (*Luc.* II, 1-20). 202

CAPÍTULO V

JESÚS SOMETIDO Á LA LEY.—LA CIRCUNCISIÓN

PÁGS.

Significado de esta ceremonia.—Quiénes eran los ministros de ella. —Al padre correspondía dar el nombre.—Dios escogió el de su Hijo. —Su significación profética.—A *Jesús*, nombre de la persona, se añadió el de *Cristo*, nombre de la función. (*Luc.*, II, 21). 215

CAPÍTULO VI

LA VISITA DE LOS MAGOS

Tras de la sencillez de los pastores, llega la ciencia á la cuna de Jesús.—Los Magos de Caldea.—Signo que vieron en el cielo.—Su llegada á Jerusalén.—Habilísima actitud del viejo Herodes.—La estrella conduce los Magos á Belén.—Lo que hicieron allí.—Cómo volvieron á su país. (*Mat.*, II, 1-12). 219

CAPITULO VII

PURIFICACIÓN Y PRESENTACIÓN

La ley de purificación y sustitución.—Cómo se someten á ella Jesús y María.—El sacerdocio en decadencia no sospecha los misterios que toca.—Los piadosos siervos de Dios.—Simeón y su himno profético.—Ana y su papel tan modesto como su virtud. (*Luc.*, II, 22-38). 228

CAPÍTULO VIII

PERSECUCIÓN Y HUÍDA Á EGIPTO

El rumor público despierta las inquietudes de Herodes.—Ideas que sugiere la crueldad del viejo tirano.—Huída á Egipto.—Matanza de los inocentes.—Muerte de Herodes.—Vuelve la Sagrada Familia á Nazaret.—La variedad de sus domicilios explica lo que sería inexplicable. (*Mat.*, II, 13-23.—*Luc*, II, 39-40). 235

CAPÍTULO IX

LA INFANCIA EN NAZARET

Nazaret en nuestros días.—Un taller de carpintería.—La educación de Jesús y la cuestión de su desarrollo intelectual y moral.—Unico rasgo conocido de su adolescencia.—Jesús perdido y encontrado en el templo, sentado entre los doctores.—Vuelta á la vida obscura del taller. (*Luc.*, II, 41-52). 242

CAPÍTULO X

DESDE LOS DOCE Á LOS TREINTA AÑOS

PÁGS.

Desarrollo físico de Jesús.—Lo que se ha dicho acerca de su exterior.—Sométese al duro trabajo del taller, que Él honra.—Sus relaciones de familia y sus relaciones sociales.—Su alma completamente preocupada de Dios.—Evidente originalidad de su genio religioso. (*Luc.*, II, 40 y 52). 254

LIBRO TERCERO

PREPARACIÓN INMEDIATA Á LA VIDA PÚBLICA

CAPÍTULO PRIMERO

EL RETIRO EN EL DESIERTO

Jesús en el desierto recuerda á Adán en el Paraíso.—Su doble preocupación.—Hacimiento de gracias á Dios, que acaba de proclamarle Hijo suyo: éxtasis de su alma.—Prepárase á su misión divina: ayuna durante cuarenta días. (*Mat.*, IV, 1, 2; *Marc.*, 1, 12, 13; *Luc.*, IV, 1, 2). 263

CAPÍTULO II

SATANÁS EL ADVERSARIO

Es natural que se agite Satanás á la venida del Mesías.—Lo que dice la razón acerca de la existencia del demonio.—Lo que añade la revelación sobre su naturaleza, su influencia y su poder.—La idea de redención basada está en la idea de Satanás, opresor de la humanidad.—Lucha de Satanás y de Jesús.—En qué sentido podía ser Este tentado.—Lo que quiso saber Satanás de Él. (*Marc.*, I, 13; *Luc.*, IV, 2; *Mat.*, IV, 3). 268

CAPÍTULO III

HISTORIA DE LA TENTACIÓN

Satanás no sabe exactamente á quién tienta.—Vuelve á emprender su antigua campaña contra Adán.—Primera tentación, de sensualidad.—¿En qué sentido?—Segunda, de orgullosa presunción.—¿En qué sentido?—Tercera, de dominación.—¿En qué sentido?—El ideal del Mesías no puede ser desfigurado.—Victoria de Jesús y la humanidad.—La tentación, en su realidad incontestable, ¿fué un hecho físico ó moral? (*Mat.*, IV, 1-11; *Marc.*, I, 12, 13; *Luc.*, IV, 1-13). . . . 276

CAPITULO IV

PRESENTACIÓN DEL MESÍAS Á ISRAEL POR JUAN BAUTISTA

PÁGS.

Jesús debe ser presentado á su pueblo por el Precursor.—Salúdale solemnemente el Precursor como víctima de expiación y como Hijo de Dios.—Certeza que tiene de no engañarse.—¡Paso al Rey Mesías! (*Juan*, I, 29-34). 288

PARTE SEGUNDA

LA VIDA PÚBLICA DEL SALVADOR

LIBRO PRIMERO

PERÍODO DE EXPLORACIÓN GENERAL

Sección primera: Jesús se revela como Mesías

CAPÍTULO PRIMERO

VOCACIÓN DE ALGUNOS DISCÍPULOS

El Precursor encamina sus discípulos á Jesús.—Andrés y Juan con el Maestro.—Presentación y porvenir de Simón.—Vocación de Felipe.—Natanael debajo de la higuera.—Veránse abiertos los cielos sobre la cabeza del Hijo del hombre. (*Juan*, I, 35-52). 295

CAPITULO II

LAS BODAS DE CANÁ

Bodas de parientes ó amigos de Jesús en Caná.—Por qué se dirigen allí los discípulos y el Maestro.—Incidente que ocasiona su llegada.—Ruego discreto de María y contestación de Jesús.—Cambio del agua en vino.—Confirmación del primer milagro obrado por Jesús. (*Juan*, II, 1-12). 303

CAPÍTULO III

JESÚS AFIRMA SU AUTORIDAD EN EL TEMPLO, DURANTE LAS FIESTAS DE LA PASCUA

Jesús huésped en Cafarnaúm y peregrino en Jerusalén.—Los vendedores en el Templo.—Acto de autoridad.—Emoción de los discípulos.—Objeciones de los judíos.—El signo del Cristo: *Destruid este Templo.*—Actitud de los judíos, presagio de lo porvenir. (*Juan*, I, 12-22). 311

CAPÍTULO IV

CONVERSACIÓN CON NICODEMO

PÁGS.

Jesús ejerce su ministerio fuera del Templo.—Viva impresión que causa en las multitudes.—Nicodemo.—Su visita durante la noche.—Conversación acerca del segundo nacimiento.—El agua y el Espíritu.—Revelación de los grandes misterios.—La serpiente de bronce.—La redención por el Hijo.—Efecto de la conversación con Nicodemo. (*Juan*, II, 23-25, y III, 1-21). 318

CAPITULO V

JESÚS EN LOS CAMPOS DE JUDEA.—ÚLTIMO TESTIMONIO DEL BAUTISTA

Bautizan en Judea los discípulos de Jesús.—Recriminaciones de los de Juan, que bautiza en Enón.—Noble respuesta del Precursor.—El es el Paraninfo, y Jesús el Esposo de la nueva sociedad.—Impónese su testimonio categórico y auténtico á los que quieren evitar la ira de Dios. (*Juan*, III, 22-36). 328

CAPITULO VI

JESÚS Y LA SAMARITANA

Sube Jesús de nuevo á Galilea.—Sicar en Samaria y el pozo de Jacob.—Conversación con una mujer.—El don de Dios.—El agua viva.—Revelación inesperada.—Cuestión de controversia.—El Mesías es Jesús.—Lección á los discípulos acerca de la siega y los segadores.—Fe de los samaritanos. (*Juan*, IV, 1-42). 334

SECCIÓN II

PRIMEROS RESULTADOS DE ESTA REVELACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

FE NACIENTE EN GALILEA.—SEGUNDO MILAGRO EN CANÁ

Sube Jesús á Galilea en donde era esperado.—Preséntasele un oficial en Cafarnaúm y le pide la curación de su hijo.—Respuesta de Jesús.—Curación á distancia.—Creen en Jesús el oficial y su familia. (*Juan*, IV. 43-54). 347

CAPÍTULO II

VIVA OPOSICIÓN EN JERUSALÉN.—EL PARALÍTICO DE BETESDA

Vuelve Jesús á Jerusalén con motivo de una fiesta.—La piscina de Betesda y el paralítico de treinta y ocho años.—Curación milagrosa.

PÁGS.

—Dificultad á propósito del sábado.—Explica Jesús la ley del descanso.—Se compara á Dios su Padre.—Escándalo de los oyentes.—Tesis sublime de Jesús.—El Hijo vivifica y juzga.—Tal ha sido la misión que ha recibido. Pruebas múltiples: el testimonio de Juan, los milagros, la palabra del Padre.—¿Por qué no son admitidos?—Moisés es convertido en acusador de Israel. (*Juan*, V, 1-47). 351

CAPÍTULO III

PRISIÓN DEL BAUTISTA.—RETIRADA Á GALILEA

Nueva actitud del partido religioso con Juan Bautista.—Incesto de Herodes Antipas.—Valerosas invectivas del Precursor.—Influencia desconocida que le entrega á Herodes.—La prisión de Maquero.—Retirada definitiva de Jesús á Galilea. (*Luc.*, III, 19-20, y IV, 14; *Mat.*, XIV, 3-5, y IV, 12; *Marc.*, VI, 17-20, y I, 14). 362

LIBRO SEGUNDO

PERÍODO DE CREACIÓN EN GALILEA

Sección primera: Jesús reúne los primeros elementos de su Iglesia

CAPITULO PRIMERO

INFRUCTUOSA TENTATIVA EN NAZARET

Empieza Jesús su ministerio en Galilea.—Favorecen las sinagogas su acción sobre el pueblo.—La de Nazaret.—El profeta en su patria.—Lectura y comentarios de Isaías, LXI.—Admiración y celos.—Réplica severa.—Furor de la concurrencia.—Abandona Jesús á Nazaret y se dirige á Cafarnaúm. (*Luc.*, IV, 16-30). 367

CAPITULO II

VOCACIÓN DEFINITIVA DE LOS CUATRO

Dirigiéndose á Cafarnaúm, encuentra Jesús en las orillas del lago á Pedro y Andrés, Santiago y Juan.—Propóneles que se conviertan en sus discípulos.—Predicación en la barca de Pedro.—Pesca milagrosa.—Los discípulos serán pescadores de hombres.—Consecuencia de esta vocación en la historia de la humanidad. (*Marc.*, I, 15-20; *Mat.*, IV, 17-22; *Luc.*, V, 1-11). 376

CAPÍTULO III

JESÚS EN CAFARNAÚM.—SU PRIMERA JORNADA

Cafarnaúm; sus habitantes, su prosperidad, su situación.—Predica Jesús en la sinagoga.—Curación de un poseído.—De la posesión

PÁGS.

diabólica y sus efectos.—La suegra de Pedro acometida de fiebres.—Después de la puesta del sol, la muchedumbre, con enfermos y posesos, invade la casa en que se encuentra Jesús. - Vase el Señor al día siguiente.—(*Luc.*, IV, 31-41; *Marc.*, I, 21-34; *Mat.*, VIII, 14 17). . 381

CAPITULO IV

VISITAS Á LAS ALDEAS VECINAS. —CURACIÓN DE UN LEPROSO

Preciso es dar tiempo á los cafarnaítas para reflexionar sobre los milagros que vieron.—Va Jesús á las aldeas vecinas.—Betsaida, Corozaín y otras.—Preséntase un leproso.—Su enfermedad.—Su curación.—Doble recomendación: la de callarse y la de satisfacer á la Ley. (*Marc.*, I, 35-45; *Luc*, IV, 42 44, y V, 12-16; *Mat.*, VIII, 1-4). . 391

CAPITULO V

REGRESO Á CAFARNAÚM.—VICTORIOSA DEMOSTRACIÓN ANTE LOS FARISEOS

Jesús debe instruir más aún que hacer milagros.—Regreso á Cafarnaúm.—Aguárdanle allí fariseos escoltados de escribas.—Incidente del paralítico bajado por el techo.—Atribuyéndose Jesús el derecho de perdonar los pecados es blasfemo ó Dios.—La curación del paralítico responde al dilema.—Confusión de los fariseos.—(*Luc.*, V, 17-26; *Marc.*, II, 1-12; *Mat.*, IX, 1-8). 398

CAPITULO VI

ABRE JESÚS LAS PUERTAS DE LA IGLESIA A LOS PUBLICANOS

Qué eran los publicanos ó peajeros para los judíos.—Vocación de Leví-Mateo.—Banquete ofrecido á Jesús.—Los fariseos y los discípulos de Juan se escandalizan sucesivamente.—El médico va á los enfermos.—Nadie ayuna mientras dura la boda.—El remiendo nuevo en el vestido viejo.—El vino nuevo y los odres viejos. (*Luc.*, V, 27-39; *Marc.*, II, 13-22; *Mat.*, IX, 9-17). 404

CAPITULO VII

DOS GRANDES MILAGROS ACABAN DE GLORIFICAR Á JESÚS Á LOS OJOS DE LA MULTITUD

Un jefe de sinagoga, Jairo, pide la curación ó la resurrección de su hija.—De camino, siente Jesús que sale una virtud de Él.—La mujer curada del flujo de sangre.—Berenice ó Verónica.—Ruidoso luto en casa de Jairo.—*Talitha cumi.*—La niña vuelve á la vida. (*Luc.*, VIII, 40-56; *Marc.*, V, 21-43; *Mat.*, IX, 18-26). 413

CAPITULO VIII

TEMPESTAD EN EL LAGO Y VISITA AL PAÍS DE GERGESA

Descanso en la noche de una gran jornada.—Contemplan los dis-

PÁGS.

cípulos á Jesús dormido.—Terrible tempestad.—Se despierta al Maestro.—Manda á los elementos, porque es Dios.—Atracan en Gergesa.—Temible poseso.—Satanás, su debilidad, su astucia, su deseo.—Cerdos al mar.—Consecuencias.—El poseso curado no debe seguir á Jesús, sino evangelizar su propio país. (*Luc.*, VIII, 22-39; *Marc.*, IV, 35-41; V, 1-20; *Mat.*, VIII, 18, 23-34). 420

CAPITULO IX

SERIE DE MILAGROS QUE ACABAN DE PREPARAR LOS PRIMEROS ELEMENTOS DE LA IGLESIA

Los mismos gentiles empiezan á creer en el poder de Jesús.—El Centurión que tiene un criado enfermo.—Embajada de los ancianos.—Fe y humildad del soldado.—La Iglesia abierta á los paganos.—Curación de dos ciegos y un endemoniado mudo.—Jesús puesto por el pueblo por encima de los hombres del Antiguo Testamento. (*Luc.*, VII, 1-10; *Mat.*, VIII, 5-13; IX, 27-34). 430

CAPITULO X

VISITA Á NAZARET Y Á NAÍM

Razones de una nueva visita á Nazaret.—Jesús en la sinanoga.—Impresiones y reflexiones de la concurrencia.—La incredulidad impide los milagros.—Nuevas excursiones apostólicas.—Naím.—Una sepultura en Oriente.—El hijo de la viuda resucitado.—Realidad del milagro.—Emoción de la muchedumbre. (*Marc.*, VI, 1-6; *Mat.*, XIII, 54-58; *Luc.*, VII, 11-17). 437

CAPITULO XI

LOS ENVIADOS DE JUAN BAUTISTA

Santa impaciencia del Precursor.—Sentido de su pregunta á Jesús.—Respuesta indirecta, pero categórica del Salvador.—Las obras revelan al Mesías.—Panegírico de Juan: su firmeza, su austeridad, su excepcional dignidad.—El Reino de Dios abierto.—Penetran en él los hombres violentos.—Los muchachos caprichosos son postergados.—Los hijos de la sabiduría. (*Luc.*, VII, 18-35; *Mat.*, XI, 2-19). . . 443

CAPITULO XII

ELECCIÓN DE LOS DOCE APÓSTOLES

Necesidad de hacer visible la Iglesia.—Jesús prepara por la oración la elección de los doce Apóstoles.—Proclamación oficial.—Sus nombres.—Los Apóstoles en particular y en general.—Su presente y y su porvenir.—Primer resultado definitivo obtenido por Jesús.—La Iglesia es constituída. (*Luc.*, VI, 12-19; *Marc.*, III., 13-19; *Mat.*, X, 2-4; *Actas*, I, 13). 450

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado: Los Orígenes del Cristianismo. Primera parte, *La Vida de Nuestro Señor Jesucristo.* Tomo primero, por Mons. Le Camus, Obispo que fué de La Rochela y Saintes, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del libro y entréguense dos ejemplares del mismo, rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

Barcelona 19 de Noviembre de 1908.

El Vicario Capitular
† Ricardo, Obispo de Eudoxia.

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M.ª de Ros, *Pbro.*,
Scrio. Can.